3 1761 07799803 7

LA ÚLTIMA LÁGRIMA

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL
BARCELONA

LA ÚLTIMA LÁGRIMA.

3527u

Alvaro Carrillo

LA ÚLTIMA LÁGRIMA

NOVELA DE COSTUMBRES

ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS CROMOS POR EL DISTINGUIDO ARTISTA

D. EUSEBIO PLANAS

TOMO PRIMERO

BARCELONA

RAFAEL TORRENS, EDITOR

297 - Consejo de Ciento - 297

303449

10 · 9 · 34

ES PROPIEDAD
DEL EDITOR

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17.—Barcelona.

LIBRO PRIMERO

CORAZÓN DE PIEDRA

CAPITULO PRIMERO

Desesperación

No olvides mis instrucciones, Domingo. Aprovecha el primer momento oportuno, que no ha de tardar; te apoderas de mi hijo y lo llevas donde te he dicho.

—De modo que está usted resuelto, señorito.

—¡Y tan resuelto! Ahora mismo voy á sostener la batalla, y dentro de un cuarto de hora salgo para Villanueva á fin de coger el tren que pasa para Zaragoza.

—Es decir que nosotros...

—Tú ya sabes lo que has de hacer, y Rosalía, cuando se separe de su señora, que se vea con Gaspar, que está en Zaragoza.

—Pero bien; ¿y la señorita?

—Que haga lo que quiera; me tiene sin cuidado. Puede irse con su madre si lo juzga conveniente.

—Vamos, veo que se ha resuelto usted por fin.

—Dentro de poco podrás creerlo mucho mejor.

Este diálogo tenía lugar una tarde del mes de Octubre en una casa de campo situada á corta distancia del pueblo de Villanueva de Gállego.

Los dos personajes que le sostenían eran amo y criado, pudiéndose comprender, por las frases cambiadas entre ellos, la gran confianza que el segundo merecía al primero.

Ambos eran jóvenes, si bien el criado tenía alguna más edad que su señor.

Éste se llamaba Feliciano de Vargas, y aquél Domingo Quílez.

Las condiciones físicas de uno y otro eran muy recomendables; pero en cambio las morales... dejaban mucho que desear.

La conversación que sostenían en voz baja, en un lindo saloncito de la quinta, continuó.

—Por supuesto, señorito,—decía el criado,—que la escena va á ser terrible.

—Pero será corta y decisiva,—contestó friamente Feliciano.—Esto debe concluir, y concluirá.

—Con mayor motivo, cuando usted puede hacer un casamiento verdaderamente ventajoso y...

—¡Silencio!—interrumpió Feliciano, mirando con inquietud hacia la puerta de la estancia.

—¡Oh! no hay cuidado. La señorita está abajo, en la galería, llorando amargamente.

—Ya estoy harto de lloros y de quejas. Ahora verás como corto por lo sano. Cuidado que olvides nada de lo que te he encargado.

—Descuide usted.

Feliciano abandonó la estancia.

En la galería baja, que daba sobre el jardín de la posesión, hallábase sentada, en una mecedora, una joven, cubierto el rostro con las manos, por entre cuyos dedos se deslizaba el llanto que brotaba de sus ojos.

Sin duda debía ser muy grande su preocupación, ó el dolor la absorbía tanto, que no escuchó el ligero rumor producido por la aparición de Feliciano en la galería, hasta que éste la dijo bruscamente:

—¡Joaquina!

La joven separó las manos de su rostro, y á través de sus lágrimas dirigió una mirada al recién llegado.

Muda interrogación había en ella, interrogación que sin duda comprendió el joven, porque dijo:

—Parece que te sorprende que después de la escena de esta mañana te vuelva á hablar ¿no es así?

—No,—contestó la joven con acento lleno de amargura, —desgraciadamente ya no puede sorprenderme nada de tí.

—Mejor que mejor,—repuso Feliciano con frialdad;—con eso me quitas el ligero escrúpulo que tenía para manifestarte mi voluntad.

—¡Qué sentías escrúpulos dices! Extraño es en tí, que no has sentido escrúpulo alguno para hacerme la más infeliz de las mujeres.

—Por eso que he comprendido que te había hecho infeliz, trato de poner término á esa infelicidad.

—¿Dándome tu mano? ¿dando un nombre á tu hijo? ¿rehabilitándome á los ojos de la sociedad y devolviéndome el cariño de mi madre?... ¡Oh! si haces eso ¡Dios te bendiga, Feliciano! Daré por bien empleados los muchos días de soledad y las largas noches de insomnio y de lágrimas á que me has condenado.

Y la joven, alzándose de su asiento, fijaba una mirada

afanosa en Feliciano, que, con las manos en los bolsillos, la contemplaba desdeñosamente.

Joaquina hubo de comprender por aquel aspecto que el propósito de su amante no era el que ella presumía, y dijo, con una expresión de desaliento imposible de describir:

—¡Necia de mí, que hubo un momento que pude creer que en tu corazón hubiera algún sentimiento honrado!

—¡Basta, Joaquina! ahorremos palabras inútiles, y vamos á terminar pronto una situación que se ha hecho completamente insostenible. He de estar en Villanueva,—prosiguió mirando el reloj,—para cuando llegue el tren, y ya falta muy poco. Esta mañana te dije que esto debía concluirse, y ahora te añado que esto se ha concluido.

—¡Qué! ¿qué quieres decir?—preguntó la joven dando un paso hacia Feliciano.

—Que esto se ha concluido, que yo regreso ahora á Zaragoza, y desde allí me iré á Madrid, y que tú te quedas en completa libertad para hacer lo que mejor te plazca.

Tan horrible era lo que la joven estaba escuchando, que durante algunos segundos nada pudo contestar.

Aumentó la palidez de su semblante, secáronse las lágrimas de sus ojos, á impulsos del ardiente fuego que brotó de sus pupilas, y lanzándose sobre Feliciano, lo cogió por las solapas del chaqué, diciéndole con voz temblorosa:

—¿Has dicho que todo ha concluido entre nosotros? ¿has tenido la avilantez de decirme que te marchas y me abandonas? Pues, ¿y tu hijo? ¿y mi honra mancillada por tí? No, no puede ser, Feliciano; tú no has dicho eso; tú no has podido decirlo. ¿No me sacaste de mi casa? ¿no abusaste de mi candidez y de mi credulidad? ¿no me prometiste...? ¡Dios mío, Dios mío! creo que voy á volverme loca. Habla, Feliciano, habla; dí que no es verdad lo que yo he oído. ¿Qué va á ser de mí

en el mundo? ¿qué sería de esa infeliz criatura? No, no; si no puede ser. Yo lo he perdido todo por tí; por tí, que me engañaste villanamente; ya lo sabes. Si te digo que esta cadena no puede romperse, existiendo, como existe, el eslabón de tu hijo.

—Pues se rompe, á pesar de ese eslabón,—repuso friamente Feliciano, desasiéndose de las manos de la joven.—Domingo ha recibido ya mis instrucciones, y es inútil todo cuanto hablemos.

—¡Y se ratifica en ello!—exclamó Joaquina, dirigiendo la asombrada mirada á su alrededor —Pero ¡Dios mío!—prosiguió, alzando sus ojos al cielo;—¡es posible que podáis permitirlo!

—¡Ea! basta de comedia, y pongamos término á esta escena, puesto que nada es capaz de torcer mi voluntad.

—¡Y tienes valor de llamar comedia al envenenado puñal que estás clavando en mi corazón! ¡No estás viendo que me matas, que matas á tu pobre hijo, que no te ha hecho daño alguno! Si no por mí, al menos por él, Feliciano; por él, que en hora tan menguada vino al mundo, abandona esa idea. ¡No le ves que te está tendiendo sus bracitos, cual si quisiera rogarte que no le abandones! ¿No me quieres? Si ya lo sé... pero ¿y tu hijo? No, no es posible que persistas en tu resolución. Comprendo que para mi amor se hayan cerrado las puertas de tu pecho; pero para el de tu hijo.. Vamos, si no hay padre en el mundo que sea capaz de hacer lo que tú.

—He dicho que concluyamos,—repuso Feliciano, dando un paso para salir al jardín.

—¡Si no podemos concluir!...

—¡Vaya si concluiremos!—repuso irónicamente el joven. —Por de pronto, me marcho para no volver más.

—¡Oh, miserable, miserable!—gritó la joven entre coléri-

ca y llorosa, corriendo hacia Feliciano y tratando de detenerle.

—¡Eh! basta de insultos,—dijo rudamente el joven, rechazando á Joaquina y saliendo resueltamente al jardín.

La joven, abatida por el exceso de su inmenso dolor, quedóse inmóvil por algunos momentos.

Pero después, al advertir que Feliciano había franqueado la puerta de la verja é iba á cruzar el pequeño bosque que le conducía á la carretera de Villanueva, recobró nueva energía, cruzó, corriendo, el jardín y salió al campo, alcanzando por fin al fugitivo.

—¡Feliciano... por Dios!—le dijo, cogiéndole una mano y cayendo de rodillas ante él;—¡no te alejes de aquí; por Dios te ruego que no abandones á tu hijo! No me hables, no me ames si no quieres, no me veas nunca; pero por Dios, no abandones á tu hijo. ¡Qué podría yo hacer por él, pobre mujer, sin madre, sin esposo, sin sér alguno que por mí se interese! Vuelve á tu casa, escucha mi ruego, es de tu hijo de quien te hablo, es por esa tierna criatura por quien te suplico...

—Déjame te he dicho; todo ha concluido entre nosotros.

Y Feliciano forcejeaba con la joven para alejarse; pero ésta se agarró á sus piernas, diciendo:

—¡No; si no has de conseguir arrancarme de aquí hasta que te vea volver al lado de tu hijo!... ¡Si para marcharte tendrás que pasar por encima de mi cuerpo, tendrás que pisotearle, como ya has pisoteado mi alma!... ¡No, no te irás; no es la amante la que te ruega; es la madre que te suplica por el hijo de sus entrañas!...

—He dicho que me dejes, y me marcharé, á pesar tuyo,—repuso Feliciano, lleno de ira.

Y por medio de un brusco sacudimiento, rechazó con tal

violencia á la joven, que ésta cayó de bruces contra el suelo, y mientras tanto él se alejó con paso precipitado en dirección á la carretera.

La postración producida por lo violento de la sacudida, y al mismo tiempo por lo inmenso de su pena, fué de corta duración en Joaquina.

Sin embargo, cuando pudo levantarse, ya estaba Feliciano bastante lejos.

Sus miradas se dirigieron hacia el punto por donde se alejaba, y murmuró con un acento indescribible:

—¡Oh! el miserable se ha empeñado en ser nuestro verdugo.

Y extraviada la mirada, presa de un acceso de locura producida por la superioridad de su dolor, corrió precipitadamente hacia la casa.

—¡Oh, sí, sí! Vale más morir de una vez, que sufrir una agonía tan larga.

El niño continuaba sentadito en el suelo en la galería, entretenido con sus juguetes.

—¡Hijo mío!—exclamó Joaquina, bajo la influencia del delirio que de ella se había apoderado;—tu padre nos ha condenado. Ven, lucero de mi vida; vamos á cumplir su sentencia.

Y cogiendo al niño entre sus brazos, volvió á salir de la casa, y penetró en el bosque, dirigiéndose hacia el río, que discurría á no muy larga distancia.

La infeliz, ciega completamente, ni se preocupaba de la maleza que maltrataba sus piés, ni de los golpes que á lo mejor se daba, tropezando con los árboles del bosque.

Cerca estaba ya del río.

Por aquella parte, el bosque era más espeso, los matorrales formaban á veces, espesos vallados, que salvaba la pobre

madre destrozándose los piés y dejando jirones de sus ropas entre las ramas.

De pronto, tropezó con un tronco de árbol tendido en el suelo, y cayó, desprendiéndose de sus brazos el niño, que por un milagro resultó ileso en la caída.

En cuanto á la madre, fué el golpe tan violento, que se desvaneció, brotando sangre por la herida que se había hecho en la cabeza.

*
* *

Cuando Feliciano se separó de Domingo, éste se quedó diciendo:

—Pues señor, lo que es el señorito me parece que, por el camino que va, es muy fácil que tenga algún tropezón. Y eso que yo no he querido decirle que andaba rondando por aquí aquel don Pablo que tanto amaba á la señorita y que debe tenerle unas ganas á mi señor... Lo que siento es que ya será difícil que vuelva á tropezarle, que le aseguro que lo que es conmigo no le sucedería lo que con el señorito. En fin, vamos á ver qué pasa por abajo, y á poner á Rosalía al corriente de lo que sucede.

Y el criado abandonó el aposento, se aproximó á la galería, púsose á escuchar, y dijo después:

—Vaya, todavía están discutiendo. Por supuesto, que no sé qué demonios quiere hacer mi señorito con el chiquillo; pero lo dice y hay que obedecerle.

Y Domingo se marchó hacia el interior de la casa, donde permaneció, hablando largo rato con Rosalía.

Cuando volvió á la galería creyendo encontrar á Joaquina completamente abatida, sorprendióse de la soledad que reinaba en aquel sitio.

—Pues ¿dónde diablos está?—murmuró mirando á todos lados.—Se conoce que se ha llevado al niño también. Puede que esté arriba.

Y se dirigió al primer piso, recorrió todas las habitaciones adquiriendo, finalmente, el convencimiento de que su señora no estaba en la casa.

Entonces se dió una palmada en la frente, exclamando:

—¡Qué tonto soy! Sin duda se habrá marchado tras el señorito procurando detenerle y... justo; eso es lo que ha pasado; de fijo que me la encuentro por ahí en algún ribazo, llorando como una Magdalena.

Y abandonó la casa, y comenzó á recorrer el bosque, esperando encontrar á la joven.

*
* *

Largo rato llevaba Joaquina tendida en el suelo, sin movimiento alguno.

De tal magnitud había sido la conmoción, que ni el fresco de las últimas horas de la tarde, ni el tiempo transcurrido, fueron suficientes á hacerla volver en sí.

El niño, jugueteaba con las hierbas que arrancaban sus manitas, y aun cuando algunas veces, volviendo la cara hacia su madre, la llamaba, volvía á sus juegos sin mostrar impaciencia ni disgusto.

De pronto, separóse el ramaje á cuyo pié había caído Joaquina, y un joven que á lo más podría tener de diez y seis á diez y siete años, apareció en aquel lugar.

La fisonomía del recién llegado, era excesivamente simpática.

Vestía pobremente, conociéndose á primera vista que las prendas que constituían su traje, no habían sido hechas para el cuerpo que las vestía.

El adolescente dirigió una mirada recelosa á su alrededor, y murmuró:

—No se oye á nadie. Que ocasión tan hermosa se me presenta para pagarle á la pobre Mariana todo lo que ha hecho por mí. Esta pobre mujer,—prosiguió mirando á Joaquina,—me parece que ya tiene suficiente. ¿Quién será? Si no me preocupara tanto la cuestión de esta criatura, ya trataría de averiguarlo. Pero para mí lo primero de todo es el niño. Y cuidado ¡que es preciosa esa pobre señora! Creo que no se me olvidará nunca la expresión de su rostro cuando llegó aquí. Parecía como si la vinieran persiguiendo, y sin embargo, nadie se ha presentado. ¿Qué será esto, señor, qué será esto? Pero en fin, ¿á mí qué me importa? Por el momento lo de verdadero interés, es la cuestión de este niño. Por supuesto que le hago un gran favor llevándomele; porque, vamos á ver, ¿qué sería de él en este lugar tan solitario, muerta su madre y...? Nada, nada, me le llevo.

Y se aproximó hacia el niño, añadiendo:

—¡Qué alegría voy á darle á Mariana!

Y cogiendo al niño que le miraba asombrado y haciéndole algunas caricias para evitar que llorase, echó á correr hacia la salida del bosque.

* * *

No había pasado mucho tiempo de la desaparición del desconocido, cuando un joven que, por las trazas andaba cazando por aquellas inmediaciones, apareció en el lugar donde se habían desarrollado los sucesos anteriores.

Llevaba la escopeta preparada, y en el morral de caza se comprendía que ésta no había dejado de mostrársele propicia durante aquel día.

¡Que alegría voy á darle á Mariano.

Aun cuando su traje era, como hemos dicho, el de un cazador, advertíase en el que lo llevaba una distinción y una elegancia, reveladoras desde luego, de una educación ó de una posición realmente distinguida.

Al aparecer en aquel sitio, lo primero que llamó su atención, fué el inanimado cuerpo de Joaquina, tendido en el suelo, con la cabeza reposando en un charco de sangre.

—¡Dios mío, qué es esto!—exclamó.

Y se aproximó á la joven, y sin duda hubo de reconocerla, porque soltando la escopeta, se inclinó hacia ella, exclamando:

—¡Joaquina! ¡Joaquina de mi alma! ¿era así cómo te debía encontrar?

Y presa de la mayor angustia, cogió las manos de la joven, tocó su rostro, y murmuró:

—¡Está fría, Dios mío! ¡Habrá muerto acaso!

Y sacando del morral de caza un frasco lleno de ron, trató de introducir por entre los apretados labios de la joven, algunas gotas de su contenido.

—¡Quién le ha causado esta herida! ¡qué es lo que ha sucedido aquí!—decía al mismo tiempo que hacía esfuerzos para que la joven volviera en sí.—Me ha parecido ver á Feliciano que se dirigía á la estación. ¡Cómo era posible que hubiera de imaginarme que había de encontrar en este estado á la mujer que tanto tiempo buscaba! ¡Y no vuelve en sí, y en este cuerpo sólo queda un átomo de vida, que es fácil se extinga si no se la socorre á tiempo.

Y el desdichado, presa de la mayor desesperación, no sabía qué hacer ni qué recursos emplear para conseguir el objeto que se proponía.

En este momento, Domingo, llegó á aquel lugar.

Iba buscando á su señora, y el rumor que produjo llamó

la atención del desconocido, que se volvió hacia él, diciéndole:

—Pronto, amigo, pronto; ayúdeme usted á socorrer á esta señora.

—¡Calla, don Pablo!—murmuró en voz baja Domingo, sorprendido al reconocer al joven.

Pero éste no conocía, sin duda, á la persona que acababa de llegar, porque al ver que permanecía inmóvil, volvió á decirle:

—¿Pero no ha oído usted lo que le he dicho?

—Voy, señorito, voy,—dijo aproximándose al grupo, á la par que introducía la mano en el bolsillo de su chaquetón.

Y al reconocer á Joaquina, murmuró con una expresión indescribible:

—¡Qué es esto! ¡esa señora está muerta!

—¡Oh, calle usted, por Dios!—exclamó Pablo,—puesto que ya sabemos que así se llamaba el cazador.—Ayúdeme usted á socorrerla.

Y volvió á inclinarse sobre el cuerpo de Joaquina.

Pero en aquel momento sonó una detonación y Pablo cayó sobre el cuerpo de la joven, exclamando:

—¡Miserable!

—¡Cómo ha de figurarse el señorito,—murmuró Domingo, que era quien acababa de hacer el disparo,—el servicio que le he prestado!

Después inclinándose sobre el cadáver del joven, añadió:

—Sí, sí, tú llámame miserable; pero el caso es que me figuro que no has de volver á servirnos de estorbo, y para asegurarme más, aquí tenemos el río que es un gran guardador de secretos.

Y aquel infame cogió el inanimado cuerpo de Pablo por las piernas, y fué arrastrándole hasta llegar á orillas del río

Gállego, que, como ya manifestamos, corría á no muy larga distancia de allí.

Entonces, reunió todas sus fuerzas, y lanzó el cuerpo al río.

Hecho esto, exclamó:

—Lo que es ahora, me parece que no ha de volver á constituir una amenaza para mi señor.

Y volvió hacia el sitio donde estaba Joaquina.

—Pero señor,—decía,—¡cómo ha venido hasta aquí esta señora!... ¡y qué es lo que ha sucedido para que se encuentre en semejante estado! Pero ¿y el niño? ¿cómo no está aquí? ¡Si se lo habrá llevado el señorito! ¡Si habrá sido este golpe, consecuencia de la escena que haya mediado entre los dos! En fin, de todos modos, me parece que no se puede pedir más, y que yo tengo poquísimo que hacer aquí. Esta mujer está muerta ó poco menos. Cuando el niño no está por aquí, es señal que se lo ha llevado el señorito. Aquí lo que importa ahora es evitar las diligencias que, indudablemente se promoverán, con motivo del encuentro del cuerpo de esta señora. ¡Si yo pudiera hacer con ésta lo mismo que con el otro! Pero no, no; esto sería demasiado, y vale mucho más que pongamos tierra por medio. Voy á avisar á Rosalía; cerraremos la puerta de la casa, y á Zaragoza, que allí falta gente.

Y Domingo, uniendo la acción á la palabra, volvió hacia la casa, avisó á Rosalía, y juntos, cuando la noche comenzaba á extender sus sombras por aquellos lugares, abandonaron la quinta cuya puerta cerraron, dirigiéndose á Villanueva, á fin de alcanzar el tren que desde Barcelona se dirigía á Zaragoza.

CAPITULO II

Conversación que da alguna luz sobre los sucesos anteriores

Feliciano había podido alcanzar el tren que de Tardienta iba á Zaragoza, y llegó á la ciudad precisamente en los momentos en que Domingo ponía fin á la existencia de Pablo.

Una vez en Zaragoza, se dirigió á la fonda del Universo, y subió á una de las habitaciones, preguntando al camarero:

—¿Está arriba don Gaspar?

—Sí, señor; hace poco que ha llegado,—le contestó aquél.

El joven subió al primer piso, dió discretamente dos golpecitos á la puerta de una de las habitaciones, y casi inmediatamente se oyó una voz que decía:

—Adelante.

Abrió la puerta Feliciano, y penetró en la estancia.

Un caballero de unos cincuenta años, jorobado, y cuyo

rostro reflejaba de un modo sobradamente gráfico que á su deformidad física unía también la deformidad moral, se volvió hacia el recién llegado, y le dijo:

—¡Hola! ¿eres tú?

—Sí, señor; yo mismo, dispuesto á marchar á Madrid cuando usted quiera.

—¡Hombre, hombre! Cuéntame cómo se ha verificado ese rompimiento, porque supongo que rompimiento habrá mediado; ¿no es así?

—¡Ya lo creo! pero el rompimiento ha sido como usted no se puede imaginar.

—Como todos los rompimientos; habrá habido sus correspondientes lagrimitas...

—Crea usted,—dijo el joven pasándose la mano por la frente, como si quisiera desechar el recuerdo de la escena que ya conocen nuestros lectores,—que he necesitado recordar mucho lo insostenible de mi situación, para resistir á las súplicas de aquella mujer.

Y Feliciano se dejó caer sobre una silla, reflejando en su rostro la impresión sufrida.

Gaspar, puesto que ya sabemos que así se llamaba el jorobado, le contempló breves segundos con sarcástica expresión, se acercó luego hacia él, y tocándole ligeramente en el hombro, le dijo:

—¿Conque la escena ha sido fuertecita? ¿eh?

—No hablemos de ello; vale más que nos ocupemos en hacer los preparativos de viaje, y si podemos salir para Madrid esta noche, vámonos, mejor que mañana.

—¡Oh, hijo mío! no vayamos tan de prisa, que yo tengo mucho que hacer todavía.

—Como usted mismo había estado excitándome para que rompiera...

—Y era natural. ¿Qué adelantábamos con todo lo que estabas haciendo? Ya que habías cometido la locura, era necesario impedir que ésta continuase.

—Mire usted, padrino; convengamos en que para esa locura...

—¿Qué?—preguntó Gaspar, fijando una mirada entre severa y malvada en su interlocutor.

—Pues bien, en esa locura que me reprocha, no se halla usted exento de culpa.

—¡Ah! vamos, lo de siempre; porque yo te hice reparar en Joaquina, y porque te dije que tu padre había muerto por efecto de las malas artes de la marquesa de Aldana, madre de Joaquina; ¿no es así?

—Cuando yo reflexiono en la situación tan difícil en que me encuentro colocado...

—¿Situación difícil, teniéndome á tu lado?

—¿Y acaso puede usted sacarme de ella? ¿Acaso puede usted cubrir las enormes deudas que tengo, ni zurcir todos los jirones que hay en mi honra? La situación de usted, metálicamente considerada, es, poco más ó menos, lo mismo que la mía.

—¿Y qué? ¿acaso en el mundo todo se arregla con dinero?

—Me parece...

—Pues te parece muy mal; porque á veces una buena idea vale mucho más que todo el dinero de Rothschild.

—Pues crea usted,—contestó Feliciano sonriéndose,—que yo preferiría los millones del opulento judío á las mejores ideas que se le ocurriesen á usted.

—En lo cual no harías sino demostrar que eres un desagradecido.

—No por cierto; un hombre práctico, y nada más.

—¿Un hombre práctico tú?

—O cuando menos, aleccionado por la experiencia.

—¿Y qué experiencia es la que tienes?

—La del poco resultado que me han dado las ideas de usted.

El jorobado se mordió los labios, diciendo después:

—Achaque siempre de la humanidad es atribuir á los demás la falta de habilidad ó de fortuna que ha tenido en los negocios que emprendiera.

—Supongo que eso no lo dirá usted por mí.

—¿Por qué no?

—Yo he seguido al pié de la letra las instrucciones que usted me había dado.

—¿Y qué?

—Que nada me ha salido bien.

—Azares de la suerte.

—No, señor; consecuencias de ser mala la idea.

—Si tan mala te parecía, ¿por qué la seguiste?

—¿Acaso estaba yo en condiciones de poder obrar por mi propio impulso? En los momentos en que yo las ponía en práctica, tenían que parecerme necesariamente muy bien; la experiencia ha venidc más tarde, cuando he apreciado los resultados.

—¡Ah! ya,—repuso irónicamente Gaspar;—eso no quiere decir más sino que si las cosas hubiesen salido bien, habrían sido ideas magníficas; pero salieron mal, y fueron detestables. Hé ahí una manera cómoda de echárselas uno de experimentado.

—Pero vamos á ver; ¿quiere usted decirme qué resultado podía dar el sistema de jugar que usted me obligó á ensayar en el café y en otros sitios?

—¿Pero te proporcionó el dinero que necesitabas?

—Sí, señor, pero también me proporcionó el duelo que hube de sostener con Pablo Jiménez.

—Y en el cual cometiste la torpeza de no dejarle muerto, porque únicamente los muertos son los que no hablan.

—Bien castigado quedó, y eso que tenía razón.

—No, lo que tuvo fué más perspicacia que tú, y estudió tu juego.

—Pero si á aquel hombre le hubiera dado la gana de hablar ¿quiere usted decirme lo qué hubiese pasado?

—Con todo eso no me has demostrado todavía que fuera mala la idea.

—Y tan mala, porque aun cuando á Pablo le atravesé el pecho de una estocada, dígame usted si al cabo de algun tiempo quería nadie jugar conmigo.

—Y por eso cometiste la sandez de empeñarte en jugar para perder.

—¡Justo! como que era el único medio que podía emplear para rehabilitarme.

—Y para arruinarte.

—Natural,—repuso Feliciano con un acento que no estaba exento de ironía,—éramos dos para gastar de un capital ganado por aquellas artes. Yo le destruía perdiendo al juego, y usted me ayudaba gastándolo en otras cosas.

—Vaya, hijo, que la ruptura con tu Dulcinea, te ha puesto de mal talante.

Y Gaspar al pronunciar estas palabras, se puso á pasear por la habitación, con muestras de mal humor.

*
* *

Durante algunos segundos permanecieron silenciosos entrambos personajes.

Feliciano había apoyado la cabeza entre sus manos, entregándose á profundas meditaciones, provocadas, sin duda, por la evocación de aquellos recuerdos.

De no haber sido así y haber podido observar la expresión del semblante de Gaspar, sin duda alguna que le habría sorprendido.

El jorobado le contemplaba, á la par que continuaba en sus paseos, y en la mirada que le dirigía había una mezcla de odio, de envidia, de desprecio y de ira, que aterraba.

Aquella expresión, al reflejarse en el rostro de Gaspar, daba á sus facciones, ya de suyo duras y repulsivas, tonos mucho más fuertes y vigorosos.

Había momentos en que se detenía breves segundos y miraba á su compañero, y entonces la expresión de su rostro reflejaba algo del triunfo satánico del espíritu del mal.

De pronto Feliciano se levantó de la silla, y dijo:

—¿Conque no nos marchamos esta noche?

—No,—contestó secamente Gaspar.

—¿Pero nos marcharemos mañana?

—Si viene Luis de Castro, quizás nos marcharemos.

—¿Y quién es Luis de Castro?—preguntó Feliciano, mirando sorprendido á Gaspar.

—Un antiguo amigo mío, cuya amistad puede serte muy conveniente; el marqués de la Florida, de quien creo que me habrás oído hablar alguna vez.

—No lo recuerdo.

—Como no suele residir en Madrid...

—¿Es acaso de Zaragoza?

—De la provincia.

—¿Y tan interesante es esa entrevista, que de ella únicamente depende nuestra marcha?

—Sí. Y puede que á tí te convenga más que á nadie.

—¡Hola! eso quiere decir que ya tenemos alguna otra infamia en ciernes.

—Cuidado, Feliciano,—repuso Gaspar frunciendo el entrecejo y mirando con irritados ojos al joven.

—Sí, es verdad, padrino; bien sabe usted que se lo he dicho muchas veces. Ese interés de que usted blasona respecto á mí, no ha sido ni más ni menos que una especie de grillete con el cual me tiene usted sujeto, á fin de que haga cuanto se le antoje.

—Y si tú lo conoces ¿cómo no has roto desde el primer día ese grillete?

—¡Oh! es que cuando lo he conocido estaba remachado el clavo. Mi padre murió no sé cómo, porque usted me ha dicho una cosa, y no se si creerla ó dudar de ella.

—Tu padre murió en un duelo, del cual yo fuí testigo.

—Bien, paso por el duelo. Era usted mi padrino, y fué usted mi tutor. ¿Qué había usted hecho de mi herencia cuando yo llegué á la edad en que debía tomar posesión de ella?

—Hubo necesidad de pagar muchas deudas de tu padre; los carlistas destruyeron casi toda tu hacienda, porque tu padre había sido siempre su enemigo.

—Bien, bien: si todo eso es lo que me ha dicho usted siempre. Pero el caso fué que usted me había enseñado á gastar, y cuando llegó el momento de hacerme esa revelación, ni tenía hábitos de trabajo, ni podía ya emprender ninguna carrera.

—Porque tú no quisiste.

—No, porque no podía. Después usted empezó á hablarme de no sé qué venganzas; despertó usted en mi corazón odios que no creí sentir, hasta que finalmente un día, cuando ya me había usted hecho revolcarme entre todas esas indig-

nidades sociales, me señaló usted á una mujer y me dijo: «mira, esa es Joaquinita Quirós, la hija de la marquesa de Aldana; por su madre murió tu padre, y al morir me encargó que le vengases, conque ya sabes lo que has de hacer.»

—Y así era la verdad.

—Por lo menos usted me lo dijo, y yo fuí tan miserable que le creí, y efectivamente, me he vengado de la marquesa de Aldana, y he descendido algunas gradas más en la escala de la ignominia. ¿Qué nueva degradación es la que trata ahora usted de imponerme con las relaciones de ese D. Luis de la Florida?

Gaspar miró lleno de ira á su interlocutor, y al cabo de algunos momentos de silencio, le volvió la espalda, diciéndole:

—Vamos, hoy estás insoportable, ya hablaremos en otra ocasión.

CAPITULO III

La llegada de Domingo

Iba sin duda á contestar Feliciano á las últimas palabras pronunciadas por su padrino, cuando la campana de la fonda que llamaba á los huéspedes al comedor, puso término á aquella conversación que iba tomando un giro bastante peligroso.

Durante la comida, apenas si se cambió palabra alguna entre padrino y ahijado.

Cuando terminó ésta, dijo Gaspar:

—¿Qué piensas hacer esta noche?

—No lo sé;—contestó secamente el joven.

—¿No quieres venir al teatro?

—No tengo gana.

—Como quieras. Yo iré un rato al casino y después me iré al teatro.

—¿Pero el viaje de Madrid?...

—Ya te he dicho de qué depende.

—Pero bien; ¿cuándo ha de ver usted á ese caballero?

—Mañana, tal vez.

—Y después que le haya usted visto...

—¡Qué demonio, hombre! no estás poco preguntón; ya veremos lo qué se hace.

Feliciano se contentó con encogerse de hombros, y levantándose de la mesa, se dirigió á su habitación.

Una vez allí, comenzó á pasearse murmurando:

—No sé por qué cada día que pasa, voy adquiriendo el convencimiento de que mi padrino es el enemigo más encarnizado que tengo. ¿De qué nace esta enemistad? ¿qué causa es la que existe para ello? ¿qué fin es el que se propone? esto es lo que no he podido averiguar, esto es lo que me desespera, y esto, finalmente, es lo que me obliga día por día y hora por hora, á hundirme más en el fango á que él y nadie más que él me ha arrojado. ¿Quién será el marqués de la Florida, y qué idea se llevará respecto á él? Todo en mi padrino, todo es tenebroso y miserable, y por desgracia mía me ha envuelto en todas sus intrigas, y hoy no puedo desasirme de él. ¡Pobre Joaquina! ¡qué villanamente me he portado con ella! aun cuando su madre fuera culpable, ¿tenía ella la culpa acaso? No sé por qué acude á mi memoria el recuerdo de esa mujer y el de mi hijo, y... ¡vaya una pesadez de pensamientos!—prosiguió Feliciano pasándose la mano por la frente como si tratara de desecharlos.—Más valía que me hubiese marchado al casino.

Y sin duda encontrando aceptable esta idea, fué á coger el sombrero para abandonar la habitación.

Pero en aquel momento llamaron á la puerta.

Sorprendido volvióse el joven, preguntando:

—¿Quién es?

—Soy yo, señorito,—contestó una voz desde el exterior.

—¡Domingo!—exclamó Feliciano lleno de asombro,—¿qué quiere decir esto?

Y dirigiéndose á su criado le dijo:

—Entra.

Abrióse la puerta, y Domingo apareció en ella.

—¿A qué vienes?—le preguntó Feliciano.—¿No te había dejado las instrucciones necesarias para que obrases con arreglo á ellas?

—Sí, señor.

—Pues entonces, ¿por qué has venido tan pronto?

—Porque todo está terminado.

—¡Que todo está terminado!

—Lo que usted oye, y en prueba de ello, que aquí traigo la llave de la casa.

—¡Cómo! ¡Joaquina ha salido de ella!

—Y para siempre, señorito.

*
* *

El acento con que Domingo pronunció estas palabras fué tan intencionado, que Feliciano no pudo menos de estremecerse.

Adivinó algo de terrible en ellas, y dirigiéndose á Domingo, le dijo:

—Cierra la puerta y habla.

El criado hizo lo que su amo le mandaba y después le dijo:

—Puede usted estar tranquilo en todo y por todo, señorito.

—Pero bien; esa tranquilidad ¿qué quiere decir?

—¿Qué era lo que usted me había mandado?

—¿Para qué te lo he de repetir?

—Pues bien; la señorita se ha encargado ella misma de no ser óbice para su felicidad de usted.

Feliciano palideció.

Miró fijamente á Domingo, y parecía como que deseaba ser comprendido con la mirada, y no tener que formular con los labios la pregunta que aquella significaba.

El criado hubo de comprender lo que su amo pretendía, porque le dijo:

No crea usted que nadie haya intervenido en el suceso. Ha debido ser hijo de la casualidad únicamente.

—Pero esa casualidad...

—Ignoro de qué modo se ha verificado; pero el caso es que hace tres horas, al muy poco tiempo de haberse usted marchado de casa, he encontrado en el bosque á la señorita muerta...

—¡Qué dices!—exclamó vivamente Feliciano con voz trémula.

—Muerta, sí, señor; á consecuencia sin duda de un terrible golpe que debió recibir en la cabeza.

—¿Pero estás seguro que esa muerte no ha sido efecto de un crimen?

—Si crimen ha existido, puedo asegurar á usted que yo no he tenido parte en él.

Y el acento de Domingo era realmente tan sincero, que no dejaba lugar á duda alguna.

—¿Pero estás seguro de que estaba muerta?

—Tan seguro como ahora estoy hablando con usted.

Feliciano se dejó caer en una silla, murmurando:

—¡Si habré yo tenido la culpa!

*
* *

Durante un buen espacio, ninguno de los dos hombres pronunció una palabra.

Sombríos y terribles pensamientos debieron cruzar por la imaginación del joven, porque su frente se plegó de un modo extraordinario.

De pronto se volvió hacia Domingo, y le dijo:

—¿Y el niño?

—Precisamente esto es lo más extraño de todo, señorito.

—¿Qué?

—Que el niño ha desaparecido.

—¡Qué estás diciendo!—preguntó el joven alzándose rápidamente de su asiento y aproximándose á Domingo.

—Lo que usted oye; le he buscado por todas partes, ni en casa, ni en el campo, por ningún lado le he podido encontrar.

—¡Pero si eso no puede ser! ¡si cuando yo me separé de Joaquina, el niño estaba en la galería jugando!

—Si lo sé, señorito, si yo le ví también.

—Tú no habrás buscado como debías.

—¡Ya lo creo! pero me he cansado inútilmente, y como después de todo la idea de usted no era más ni menos que una cosa parecida, he dicho que de una manera ó de otra, puesto que el resultado era el mismo, valía más que lo dejásemos así.

—Yo no te había dicho semejante cosa.

—Usted me dijo que lo llevara á la Inclusa, y me parece que cuando semejante acuerdo había tomado, no sería por cierto para pretender sacarle de allí á los cuatro días.

Feliciano no pudo menos de inclinar la cabeza, porque realmente era muy justa la observación de Domingo.

—Otro servicio,—dijo éste,—le he prestado á usted que me parece debe agradecerme en gran manera.

—Muchos me has prestado ya por lo que veo,—repuso Feliciano con una intención cuyo verdadero sentido no debió

comprender sin duda el criado.—Veamos qué servicio tan extraordinario es ese.

—¿Sabe usted á quien me he encontrado arrodillado junto á la señorita en el momento que llegué á verla?

—¿Quién?

—Don Pablo.

—¡Qué dices! ¿Pablo al lado de Joaquina? Esto sólo me faltaba.

—¡Oh! pero no tenga usted cuidado. Lo que es ese ya le respondo á usted que no volverá á presentarse en ninguna parte.

—¡Domingo! ¡Domingo! ¿qué has hecho?—preguntó Feliciano mirando fijamente al criado y cogiéndole violentamente por un brazo.

—¿No era su enemigo de usted?

—Sí, y tenía razón para serlo,—repuso el joven con amargura.

—¿No poseía secretos de usted que le podían comprometer?

—Sí.

—¿No había usted tenido un duelo con él, duelo en el cual le perdonó usted la vida?

—Pero bien; ¿qué quieres decirme con todo eso?

—Nada. Nada más sino que ya puede usted estar tranquilo respecto á él.

—Pero ¿qué ha pasado? habla, dímelo todo. Ya que has principiado, concluye.

—¡Oh! la conclusión es muy sencilla. Una bala encontró fácil camino hasta su pecho, y después las aguas del Gállego se han encargado de llevar su cadáver hasta el Ebro. Me parece que no saldrá de allí.

—¡Jesús! ¡crimen tras de crimen!

Y Feliciano se cubrió el rostro con las manos, cayendo de nuevo sobre la silla abrumado bajo el peso de cuanto acababa de oir.

—Era necesario un crimen para salvar á usted del compromiso en que podía ponerle un encuentro con don Pablo, y lo he llevado á cabo con la seguridad de que le prestaba un servicio verdadero.

—Gracias, Domingo,—repuso Feliciano con voz desfallecida tendiendo su mano al criado.

Este se la estrechó, diciéndole:

—¡Qué demonios, señorito, ánimo! Ya está hecho lo principal. De nadie tiene usted que temer ahora. A gozar de la vida, y nada más.

—Tienes razón. ¿Y Rosalía?

—Rosalía la he dejado en su casa, y nada debe recelar de ella, porque nada sabe de la verdad. Le he contado una historia á mi gusto y la ha creído.

CAPITULO IV

El marqués de la Florida

Feliciano volvió de nuevo á significar su agradecimento á Domingo, y éste le dijo al cabo de algunos momentos:

—Supongo que ya no habrá nada que nos retenga por aquí, y que marcharemos á Madrid al momento.

—Es muy posible que nos vayamos mañana.

—¿Y su padrino de usted?

—También vendrá con nosotros,—repuso Feliciano, cuya frente no pudo menos de nublarse.

—Supongo que ya estará completamente satisfecho, viéndole á usted libre de todo compromiso.

—Sí, contento está, y yo también.

—Ha sido una desgracia la de la señorita; pero si lo reflexionamos bien, para usted ha sido una desgracia con suerte.

—Tienes razón.

—Después, mi encuentro con don Pablo...

—Mira, Domingo,—se apresuró á interrumpirle Feliciano; —tu tendrás necesidad de descansar, y yo también. Me has prestado un gran servicio, que te lo recompensaré algún día. Hoy no puedo hacerlo, porque ya sabes que estoy muy escaso de recursos.

—¡Oh! señorito; yo no digo...

—Lo sé; pero déjeme ahora, y no me digas nada más.

Domingo salió del aposento.

Feliciano, apenas estuvo solo, sepultó la cabeza entre sus manos, y en aquella actitud y de aquel modo, permaneció gran parte de la noche.

*
* *

Entretanto, como Gaspar había manifestado á Feliciano, habíase dirigido al casino, y al cabo de algún tiempo de permanecer en uno de los salones hablando con varios amigos, dijo uno de ellos refiriéndose á otro caballero que en aquel momento entraba en el salón.

—Ya tenemos aquí al marqués.

—Pues á tiempo llega,—dijeron sus compañeros.

—¿A tiempo de qué, señores?—dijo el recién llegado, aproximándose á ellos.

—A tiempo de que nos diga usted si es verdad lo que acaba de decir Cerralbo respecto á su próxima marcha.

—Decía á estos señores,—repuso Gaspar,—que. según mis noticias, creía que no estaría usted aquí ni ocho días.

—Y nosotros le objetábamos que no podía ser, puesto que las obras que estaba haciendo en su casa del Coso, reclamaban aquí su presencia cuando menos por un par de meses.

—Y yo debo contestarles que lo mismo el uno que los otros, todos tienen ustedes razón,—dijo el marqués.

—¡Cómo!—exclamó Gaspar.—¿Va usted á quedarse en Zaragoza?

—Sí, amigo mío.

—¿Lo ve usted, Cerralbo?—dijeron al jorobado alguno de los individuos allí reunidos.

En el rostro de Gaspar se reflejó la contrariedad que le causaba aquella noticia.

El marqués hubo de comprenderlo, y quiso tranquilizarle sin duda, diciendo á sus amigos:

—Pero permaneceré en Zaragoza después que haya regresado de una ligera excursión que me tendrá fuera de aquí ocho ó diez días.

—¿Lo ven ustedes?—dijo Gaspar con acento triunfante.

—Por eso dije antes,—añadió el marqués,—que todos ustedes tenían razón. Les aseguro que pasaré aquí casi todo el invierno.

—Esa oferta nos halaga.

—Y usted, Cerralbo, ¿cuándo se marcha?—preguntó el marqués.

—Tal vez mañana, y tal vez dentro de ocho ó diez días. Eso depende de las circunstancias.

—Es extraño que no haya venido Feliciano esta noche,—dijo otro de los caballeros reunidos allí.

—Según me dijo, no se encontraba muy bien, y es fácil que se haya acostado.

—¿También se va á Madrid con usted?

—¡Ya lo creo!

—Mucho le quiero, y eso es raro en los jóvenes del día, que aun á los mismos padres no suelen tenerles tanto afecto.

—Como Feliciano, puede decirse que no ha tenido otro

padre que yo, pues murió mi pobre amigo Rosendo cuando contaba su hijo unos cuatro ó cinco años, y no tenía, ni tiene, familia en España; no ha podido distribuir su afecto entre otros parientes, y yo á mi vez he procurado, en cuanto me ha sido posible, llenar las veces de padre.

—Y que lo ha hecho á maravilla. Así se muestra Feliciano tan agradecido y le profesa el cariño de un hijo.

—El también se merece cuanto por él se haga. Debo confesar que no me ha dado el más pequeño disgusto.

—Que ya es mucho, dada la situación en que hoy se encuentra la juventud;—repuso un padre; que por cierto no tenía gran motivo para estar satisfecho de su prole.

Y la conversación siguió sobre este mismo tema durante un buen espacio, al cabo del cual fueron separándose varios de los individuos que formaban el grupo, unos para irse al salón de lectura y otros para jugar al tresillo.

*
* *

El marqués y Gaspar se quedaron solos en el saloncito.

Luis de Castro, marqués de la Florida, podría tener hasta treinta y ocho años, y en su rostro se veía estereotipado el orgullo, la altanería y la dureza, llevada á la exageración.

Ningún rasgo había en aquel semblante que revelase bondad ni sentimiento.

Aquel hombre, joven, de buena figura, de fisonomía agradable, no inspiraba simpatía de ningún género.

Por el contrario, se adivinaba en él al enemigo de todo cuanto fuera digno y generoso, y no podía dominarse un sentimiento de repulsión, que aumentaba conforme se le iba tratando.

A no ser por la posición de que disfrutaba, nadie hubiera tratado con él.

Pero el marqués había sido muy rico, llevaba uno de los títulos nobiliarios más respetados en Aragón, y estas eran razones más que suficientes para que se le admitiese en todas partes.

Empero, si tenía muchos conocidos, no tenía en cambio un solo amigo.

El marqués tenía una hermana, de padre, solamente.

El difunto marqués había estado casado en segundas nupcias con la baronesa de Corvera, que falleció á los dos años de casada, dejándole una niña que se llamaba Mercedes.

Sumamente rica la baronesa, su hija heredó sus bienes y su título, y cuando diez años más tarde falleció el marqués, Luis se quedó como jefe de la familia.

Tutor de los dos menores fué el conde de Almarza, quien procuró dar á Luis una educación conforme á su título correspondía.

Así fué que el joven pasó á estudiar á un colegio extranjero; después marchó á viajar, permaneciendo luengos años lejos de su patria.

Resultado, que, cuando regresó á ella, era un extranjero, para quien no había ni afecto ni vínculo que le hiciera agradable la permanencia en su país.

Su hermana se había educado en un colegio de Zaragoza, y cuando salió de él fué á encerrarse en su antigua casa solariega de Epila, entre su nodriza y el antiguo mayordomo de sus abuelos, Marcos Santoyo, que la quería extraordinariamente.

Apenas si conocía á su hermano.

Muy niña era cuando Luis marchó á estudiar á París, y únicamente cuando en vida de su padre iban á la vecina capital de la nación á visitar al niño, era cuando tenía ocasión de verle.

A la muerte de su padre estuvo en Epila, pero desde el

momento en que el conde entró en el ejercicio de sus funciones como tutor y Luis volvió al extranjero para continuar sus estudios, ya no volvió á verle más.

¿Qué afecto podía mediar entre los dos hermanos, colocados en condiciones semejantes?

La única vez que se vieron, según tendremos ocasión de ver más adelante, fué para sostener una escena altamente borrascosa, tras de la cual se siguió una enfermedad gravísima que había sufrido Mercedes, y un mayor alejamiento entre los dos hermanos.

Llegó la edad en que los derechos del tutor desaparecieron, y el joven marqués entró de lleno en posesión de sus bienes, y entonces fijó ya de un modo determinado su estancia en España.

Pero sus relaciones con Mercedes no por eso fueron más íntimas.

La mayor parte del tiempo residía Luis en Zaragoza, en Barcelona ó en Madrid.

En Epila nunca se le veía.

Mercedes estaba allí como recluida, y á pesar de su hermosura, que era excepcional, y de su bondad, que estaba en la misma proporción que su hermosura, ni se había casado, ni respecto á su virtud corrían las mejores noticias.

La verdad era que nadie hacía ninguna acusación concreta; que no se decía nada de cierto; pero cuando se hablaba de la rica heredera de Corvera, solían decir las gentes, moviendo la cabeza á uno y otro lado:

—Lo que es esa, será difícil que se case.

Y lo peor era que los que tal decían estaban en camino de salirse con la suya, porque aun cuando se habían presentado algunos pretendientes, casi todos habían ido desistiendo, y Mercedes había llegado á los treinta años, sin haberse casado todavía.

En su bellísimo semblante veíase esparcida una nube de profunda tristeza, que nada bastaba á disipar, y la existencia que llevaba en su casa solariega era tan retirada, que no la conocían más que los pobres de aquellas inmediaciones y los criados de que disponía.

Las relaciones entre los dos hermanos eran tan frías, que apenas si se veían cada dos ó tres años.

Luis llegaba á Epila, se dirigía á sus habitaciones, daba la disposiciones que juzgaba necesarias, y había ocasiones en que abandonaba la casa hasta sin haber visto á su hermana.

Así como á ésta todo el mundo la quería, Luis era, por el contrario, aborrecido generalmente.

Lo duro de su carácter, su altanería, su falta de sentimiento, le hacían repulsivo para todos, y se le temía y se le respetaba, pero no se le quería.

Tal era el individuo que se había quedado en el saloncito del casino, en unión de Gaspar.

CAPITULO V

Proposiciones

El marques de la Florida contaba á la sazón treinta y ocho años, como ya hemos dicho.

Del mismo modo que su hermana, permanecía soltero, y la verdad era que todas las mujeres á quienes se había dirigido no se mostraban muy dispuestas para sufrir las genialidades de aquel caballero que, según decían, no reconocía ley ni freno de ninguna especie para satisfacer sus caprichos.

Dueño de una gran fortuna, aun cuando con sus queridas se había gastado mucho dinero, la verdad era que ni aun éstas le habían podido soportar.

Tres ó cuatro duelos afortunados, habían conseguido hacerle respetable para los hombres, y varias escandalosas aventuras, en las cuales había quedado mal parada la honra de la mujer que en él había creído, le hicieron objeto de repulsión para éstas.

Aunque parezca extraño, dadas las condiciones de carácter de la persona de quien hablamos, Gaspar parecía ejercer alguna influencia sobre él.

Aquel jorobado, con su expresión sarcástica, su maligna mirada y su frase intencionada siempre, había conseguido respecto á Luis lo que ninguna otra persona alcanzara de él.

—Gracias á Dios,—dijo el marqués sentándose en una butaca al lado de Gaspar,—que nos han dejado solos.

—Como que ellos no comprendían todo el interés que iba á encerrar la conversación que hemos de sostener...

—Interés puede que le tenga para usted, que lo que es á mí, francamente, me tiene sin cuidado.

—Desengáñese usted, marqués, que el interés es mutuo; y todavía, si hemos de creer á cierto rumor, para usted no es tan insignificante como pretende indicar.

Luis se mordió los labios, y dijo:

—¡Quién se fía de rumores!

—Sin embargo, hay ocasiones en que los rumores parecen justificados.

—Las apariencias suelen engañar.

—No se lo disputaré.

—Según me había usted indicado, teníamos que hablar de algo interesante.

—Sí, señor; interesante, como ya le he dicho, para los dos.

—Tengo ganas de conocer esa parte de interés que á mí se refiere, porque, francamente, no acierto á ver nada que á mí me pueda interesar.

—¿Nada?—preguntó intencionadamente Gaspar.

—Nada.

—¿Ni aun el casamiento con la condesa de Maranges?

—¡Cerralbo!—exclamó Luis palideciendo y mirando con algo de enojo á su interlocutor.

El jorobado sonrió malignamente.

Había dado en el blanco, y esto ya lo sabía desde el momento en que pronunció aquellas palabras.

Durante algunos segundos, permanecieron silenciosos los dos personajes.

El marqués observaba al jorobado, que aparentaba no comprender aquella observación.

Afectaba el aire más inocente del mundo, y Luis hubo de comprender que no adelantaría nada observando aquel semblante, que parecía de mármol.

—Vamos á ver, Cerralbo,—dijo por fin;—hablemos con franqueza y terminemos. A mí me gustan las situaciones despejadas; le advierto á usted que no soy ni de los que pretenden torturar una frase, ni de los que se dejan trastornar por el rodeo. Vamos derechos al grano, y quizás así podamos entendernos mejor.

—Precisamente el grano á que usted alude, lo conoce usted tan bien como yo; es decir, mucho mejor que yo todavía; porque es un grano que no puede usted quitárselo de encima, si no es con mi ayuda.

—Mucha pretensión es esa, y creí que me conocía usted algo mejor para comprender que soy de aquellos que jamás han necesitado á nadie para quitarse granos de encima, fuesen de la especie que quisiera.

—Es que hay granos de granos,—repuso Gaspar, con el aire más bonachón del mundo, jugueteando con el puño del bastón que tenía en la mano;—pudo usted quitarse muy bien el de Ricardo Santoyo, por ejemplo, pero en cambio hay algún otro que no ha podido usted quitárselo todavía.

—Cuidado, Cerralbo, cuidado; que hay palabras...

Y el marqués, al decir esto, miró á todos lados, como temeroso que alguien pudiera escucharle.

—No tenga usted cuidado; aquí no es fácil que nos pueda oir nadie.

—Sin embargo...

—A estas horas nadie entra por aquí...

—Pero la casualidad...

—Conmigo juega muy pocas veces la casualidad, puede usted creerlo.

—De todas maneras, cierta clase de conversaciones...

—Se tienen donde se pueden tener.

—En resumen, ¿qué es lo que usted desea?

—Hablemos con más propiedad. ¿Qué es lo que deseamos los dos?

—Yo, nada.

—Está usted en un error.

—¿Por qué?

—Porque usted desea más que yo todavía.

—Vamos, Cerralbo; veo que tiene usted muchas pretensiones.

—¿Cuáles son? porque todavía no creo haberle manifestado ninguna.

—Por de pronto...

—¿Qué?

—Tiene usted la pretensión de creer que conoce á los demás.

—Y los conozco positivamente. ¿Cree usted, acaso, que en los años que tengo de vida, no habré adquirido un gran conocimiento de los hombres y de las cosas?

—A veces, se lo imagina uno.

—No divaguemos y no nos separemos de nuestro objeto principal.

—Tiene usted razón.

—Dije á usted antes que tenía un grano del cual no

podía desprenderse si no le ayudaba, y se lo voy á demostrar.

—Veamos,—repuso el marqués, mirando fijamente á su interlocutor.

—Usted quiere casarse con la señorita de Maranges, no precisamente porque esté usted enamorado de ella, sino por lo que para usted representa ese matrimonio, así en influencia como en posición. La señorita de Maranges está emparentada con la *creme* de la aristocracia francesa, es legitimista por su padre, orleanista por su madre, y tiene relaciones muy íntimas lo mismo con los partidarios del imperio que con los amigos de la república. ¿No es esto verdad?

—Continúe usted.

—La señorita de Maranges se muestra inclinada á esa unión, porque conoce muy bien el nobilísimo abolengo de usted, sus riquezas, etc., etc.

—¿Pero quién le ha enterado?...

—Nadie, porque á nadie he preguntado; pero el caso es que lo sé.

—Pero ¿dónde pretende usted ir á parar?

—Voy á decírselo en seguida; pero déjeme usted que determine la situación.

—Vamos, vamos, Cerralbo; termine usted pronto, porque ya sabe usted que mi genio se aviene poco para esperar.

—Y sin embargo de eso, hace muchísimos años que está usted esperando la desaparición de ese grano de que le hablaba antes.

*
* *

Otra vez volvió á morderse los labios el joven.

El jorobado, con su inalterable calma y con aquellas alusiones cuyo verdadero valor nadie tal vez conocía mejor que él, le desconcertaba por completo.

Cerralbo, conocedor profundo sin duda, de la situación, gozábase en prolongarla, porque de cuando en cuando y aprovechándose de los momentos en que no le miraba su interlocutor, se sonreía de aquella manera diabólicamente pérfida que le caracterizaba.

—Ibamos diciendo,—prosiguió,—que á usted por todos estilos le conviene ese matrimonio con la señorita de Maranges, pero desgraciadamente han llegado á oídos de la linajuda madre de la hermosa condesita, ciertos rumores que no la han hecho mucha gracia.

—Cuidado, Cerralbo, cuidado, que hay palabras que pueden costar muy caras á quien las pronuncie.

—Si las palabras no son verdad, no diré que no; pero si lo son, comprenderá usted que debe tenerme sin cuidado la amenaza que parece ir envuelta en su actitud.

—De todas maneras, la imprudencia...

—El cirujano para curar una herida tiene que hacer daño al paciente; conque, aplique usted el cuento.

—Sí, pero á veces el paciente llega á sufrir tanto, que se revuelve furioso contra el cirujano, y aquí podría suceder algo parecido.

—No puede suceder, porque á la par que descubro la herida, presento también los medios para curarla.

—Acabemos.

—Si precisamente eso es lo que estoy deseando. La noche avanza y Feliciano, como antes dije, no se encuentra muy bien.

—Pues razón de más para que se apresure.

—Hablábamos de los rumores que habían llegado á oídos

de la señora de Maranges, y como que esos rumores tienen su justificación así en el alejamiento en que vive la señorita Mercedes, su hermana de usted, cuanto en la circunstancia de haberse desbaratado algunos proyectos de unión...

—¡Basta, Cerralbo, basta!—repuso con acento colérico el marqués levantándose de su asiento y comenzando á pasear por el salón.

—Me parece que no le he dicho á usted nada.

—Mucho.

—Pero si estos son los comentarios que se hacen respecto á lo que todo el mundo ve y sabe.

—Sin embargo, á mí no me agrada que se me hable de eso, y conociendo mi carácter, me parece que podía usted haber suprimido tocar esa cuestión.

—No podía suprimirla, cuando precisamente esa cuestión es la que quiero tratar.

—¿Otra vez?...

Y el joven se detuvo ante Gaspar, mirándole con irritados ojos.

—Sí, señor; otra vez; porque, como antes le dije, inspirándome tanto en su interés de usted como en el mío, porque no tengo para qué negarlo, he querido hablarle.

—Y si yo hubiera sabido de lo qué se trataba, puede estar seguro, segurísimo que no accediera á semejante pretensión.

—En lo cual habría usted hecho muy mal.

—¿Por qué?

—Porque hubiese usted rechazado así, lo único que podía dar una solución satisfactoria al problema que hoy le preocupa.

—Pero vamos á ver. Cerralbo, en resumen; ¿qué es lo que usted pretende? ¿qué es lo que usted desea?

—¿Quiere usted saberlo resueltamente?

—Cuando se lo pregunto...

—Pues bien, señor marqués; deseo que usted me conceda la mano de su hermana para mi ahijado Feliciano de Vargas.

CAPITULO VI

Concedida la petición

Las palabras de Gaspar produjeron un efecto extraordinario en el marqués.

Por un momento sus ojos brillaron con la luz del desdén, pero casi inmediatamente se apagó este brillo y su rostro expresó cierta repugnante satisfacción.

Gaspar seguía jugando con el puño del bastón.

Durante algunos momentos uno y otro permanecieron silenciosos.

El marqués no sabía cómo contestar, y á su vez, Gaspar, comprendía que no debía exigir una contestación inmediata.

Sin embargo, el marqués tomó una resolución, porque dijo después de algunos momentos:

—¿Usted conoce todo el valor de la petición que me ha hecho?

—Si no le conociera, puede abrigar la seguridad de que no se la habría hecho.

—¿Conoce Feliciano á Mercedes?

—No, señor, no la ha visto nunca.

—Entonces...

—Feliciano hará lo que yo le diga, del mismo modo que su hermana de usted obedecerá lo que su hermano determine.

—Me parece un poco aventurado, sin embargo. Después de todo, ya sabe usted que mi hermana lleva un título respetable.

—Sí, pero título que no ha evitado que la maledicencia se cebe en él.

El marqués palideció.

—¿Es decir,—prosiguió bajando la voz y aproximándose á Gaspar,—que usted pretende prevalerse...?

—De nada. No quiero más que servir á un amigo, y hacer también el negocio de otro.

—¿Pero usted ha contado con Feliciano?

—¿Contará usted con su hermana para concederme su mano?

Otra vez se volvió á morder los labios el marqués, porque de tal manera le salía al encuentro el jorobado, que no había medio de luchar con él.

A pesar de todo su orgullo, á pesar de su habitual insolencia, el marqués no tuvo más remedio que darse á partido, como vulgarmente se dice.

Volvióse á sentar al lado de Gaspar, y le dijo:

—Hablemos, amigo Cerralbo, como hablan dos personas...

—Que han nacido para entenderse;—se apresuró á contestar el jorobado.

—¡Justo! Usted sabe que mi hermana y yo, no estamos en la mejor armonía.

—Lo cual no importa para que usted, como jefe de la familia, disponga en absoluto de su mano.

—Pero hasta ahora...

—Sí, hasta ahora, ya sé demasiado todo lo que ha ocurrido, que los buenos deseos de usted se han estrellado, á consecuencia de esos malditos rumores de que hablábamos antes.

—Es verdad,—murmuró con voz sorda el marqués.

—Y esos rumores son, los que por desgracia, han impedido también el que usted realice la bonita operación que le ofrece el matrimonio con la señorita de Maranjes.

—Y esos rumores á que usted alude, ¿los conoce Feliciano?

—No, señor.

—Entonces, será inútil cuanto nosotros hablemos.

—Al pedirle á usted la mano de su hermana, ya puede comprender, señor marqués, que tendré la seguridad de que el pretendiente no ha de oponerse á ello.

—Es que sentiría hacer una plancha...

—Feliciano no tiene más voluntad que la mía,—repuso Gaspar;—aquí lo único que se necesita es la aquiescencia de usted.

—Pues esa podré dársela, cuando haya hablado con mi hermana. Hasta entonces, á nada puedo comprometerme.

—Vaya, señor marqués; que demasiado sabe, y yo también, que cuanto usted haga, no tiene más remedio que obedecerlo y acatarlo su hermana; así la obligó desde el principio, y así tiene que suceder ahora.

*
* *

Nublóse la frente del marqués, permaneciendo silencioso algunos momentos.

Después, dijo:

—Parece que está usted muy enterado de todo cuanto á mi casa se refiere.

—Ya verá usted; la ciencia en este mundo consiste en saber algo de los demás, dejando á éstos ignorar lo que á uno le concierne.

—¡Ya! Y usted, por lo visto ha sabido...

—Lo bastante para poderle ofrecer hoy, como un suceso ventajosísimo para usted, el matrimonio de mi ahijado Feliciano con su señora hermana.

—Me parece que la ventaja también debe ser para Feliciano, porque si las noticias que yo también tengo, son exactas, su ahijado ha destruido en poco tiempo, todo su patrimonio.

—No se lo niego; pero ya sabe que le queda el mío.

—No de gran consideración, á la verdad.

—Pero mi inteligencia es patrimonio inapreciable, señor marqués,—repuso Gaspar con intención.

—Puede que sí.

—Usted mismo debe reconocerlo, cuando á la par que trato de redondear la posición de Feliciano, le sacó á usted de un compromiso importante.

—¡Oh! es que mi fortuna...

—Está también algo comprometida, señor marqués; Feliciano ha gastado mucho, es verdad; pero usted, ya sabemos que no lo ha hecho menos.

Luis de Castro, se mordió los labios.

Gaspar, continuó:

—En resúmen, reflexionándolo bien, la proposición que he tenido la honra de hacerle, estoy seguro, que es la única que puede conciliarlo todo.

—Puede que tenga usted razón. De todos modos, como le he dicho, consultaré con mi hermana.

—¿Para imponerla su voluntad?

—¡Hombre!...

—Es decir, que usted no desaprueba el proyecto.

—Tanto como desaprobarlo...

—Ya sé que le agrada, mejor dicho, este proyecto le conviene por más de una razón. Hablemos con franqueza, marqués; yo sé muy bien como está usted y el compromiso en que le ha puesto, la exigencia de la señora de Maranges. Usted, necesita ese casamiento para restaurar su fortuna, así como Feliciano también lo necesita para hacer lo propio con la suya. Es cuestión de conveniencia y usted lo ve tan claro como yo; conque así no perdamos el tiempo en discusiones inútiles, y dígame solamente si por su parte habrá alguna dificultad.

—De poco serviría que yo aceptara, si Mercedes no estaba conforme.

—La señora baronesa hará lo que usted disponga. Tengo la honra de conocerla y sé muy bien que usted, la maneja á su antojo. Su carácter débil y tímido la tienen puesta en una dependencia absoluta, aun cuando por su edad ya puede obrar por sí, como usted sabe muy bien.

—Pero...

—Me parece que estamos entendidos, y que si usted me da su palabra de que la boda de Feliciano con su hermana se llevará á cabo, así será.

—¿Feliciano conoce á Mercedes?

—No, señor; pero la conozco yo y basta.

—¡Qué, basta! ¿Es decir que su ahijado?...

—Está en idénticas condiciones que la baronesa se encuentra, respecto á usted. Es decir, que hará cuanto yo quiera.

—Y en su consecuencia, á usted le conviene que mi hermana se case.

—Sí, señor; lo mismo que á usted le tiene mucha cuenta acallar esos rumores, que tan poco favorecen á usted como á ella.

El marqués se pasó la mano por la frente como si tratara de desechar una idea importuna, y dijo:

—Pues bien; por mi parte no hay inconveniente.

*
* *

La frente del jorobado, se despejó algún tanto.

Comprendía perfectamente que si el marqués había accedido á las proposiciones de Gaspar, lo había hecho impulsado por la misma fuerza de las circunstancias, y como que para su carácter era realmente doloroso tenerse que doblegar ante una persona así, el esfuerzo había de serle doblemente sensible.

Gaspar, le miraba de cuando en cuando y parecía como si estuviera leyendo hasta al fondo de su pensamiento, porque un ligero pliegue de sus labios parecía demostrar la repugnante alegría que experimentaba con el sufrimiento de su interlocutor.

—Me parece,—dijo por fin,—que no tiene usted motivo para quejarse de mi arreglo, y mucho menos para dudar de mi discreción.

—¡De su discreción de usted! No comprendo en que haya usted podido ser discreto. Por el contrario, me parece que ha estado usted despachándose á su gusto para llegar á este desenlace.

—¿Y acaso este desenlace le mortifica?

—No hablemos respecto á ese punto, señor don Gaspar.

—Es que si tanto creyera usted que le perjudicaba, yo no quiero nada ni lo he querido jamás por la fuerza.

—Pues me parece que es la fuerza la única que á esto me obliga.

—Por mi parte...

—Está bien, está bien;—dijo el marqués paseándose por la estancia,—no toquemos ya más esa cuestión.

—Como usted guste.

—Que Feliciano me haga su petición oficial, y suya será la mano de mi hermana.

—La petición ya está hecha, y puede usted creer, como antes le dije, que para esto he tenido muy en cuenta tanto lo que se refiere á Feliciano como lo que se relaciona con usted, y aun creo que esto lo he tenido más presente que aquello.

—Vea usted por donde tengo que agradecerle todavía el que me haga usted la honra de que se case su ahijado con mi hermana.

Y el acento del marqués vibró con una ironía que no se escapó á la penetración de Gaspar, pero de la cual, sin duda, no le convino hacerse cargo, contentándose con decir:

—Conociendo la situación de usted é interesándome, como yo lo hago siempre, para todas las personas dignas de ello...

—Sí, si, lo comprendo muy bien. ¿Conque estamos entendidos?

—Por completo; el casamiento de mi ahijado con la señora baronesa, y el de usted con la señorita de Maranges.

—Está bien.

Y el marqués con un movimiento nervioso, tendió su mano á Gaspar, añadiendo:

—Mañana podemos vernos con Feliciano, antes de que yo marche á ver á mi hermana.

CAPITULO VII

Mercedes

La importancia que tiene en el decurso de nuestra obra la hermana del marques de la Florida, nos obliga á retroceder algunos años en nuestro relato, á fin de dar á conocer tanto á la bellísima mujer indignamente sacrificada al egoismo de su hermano, cuanto la aventura que tan mal parada había dejado su reputación.

Mercedes, hija lo mismo que su hermano Luis, del difunto marqués de la Florida, había tenido distinta madre que su hermano.

Casado en primeras nupcias con una dama de nobilísima alcurnia, tan hermosa como noble y tan altiva y tan orgullosa como bella, ni había hecho feliz á su esposo, ni pudo inculcar á su hijo, ideas y sentimientos de los cuales carecía.

Diez años contaba Luis cuando murió su madre, y como que el germen existía ya, el niño demostraba lo que había de ser al llegar á hombre.

Desavenido el marqués con su esposa por las diferencias

de carácter que entre ellos mediaba, ésta era quien había educado á su hijo, y más tarde cuando el marqués, viudo, se apercibió del mal, era ya sumamente difícil ponerle remedio.

El marqués era débil de carácter, y no sabía emplear medios violentos, y pretendiendo remediar el mal, lo hizo completamente irremediable.

Envió su hijo á París á un colegio, y algunos meses después, se casó con la baronesa de Corvera, mujer cuya riqueza era extraordinaria, y cuya bondad superaba á su riqueza.

Fruto de esta unión, fué Mercedes, heredando la bondad de los autores de sus días, y la extraordinaria belleza de su madre.

Excusado es decir cómo recibió Luis, primero la noticia del casamiento de su padre, y después la del nacimiento de su hermana.

Dotado ya de reflexión bastante, comenzó siendo envidioso, para concluir detestando á la desgraciada criatura, que más tarde había de sufrir las consecuencias de aquel odio.

Cuando Luis iba, por vacaciones, á ver á su familia, hacía pagar bien cara á la tierna criatura su nacimiento, como si ella hubiera sido culpable de haber venido al mundo.

Doce años tenía Mercedes cuando murió su madre, y dos años más tarde falleció el marqués, sin que su hijo hubiese ido á recoger su último suspiro, á pesar de saber el estado desesperado del autor de sus días.

El conde de Almarza nombrado su tutor, le notificó la muerte de su padre, y la necesidad en que estaba de venir á Zaragoza, á fin de dejar arreglados una porción de asuntos, de conveniencia para él mismo.

Esta razón le obligó á separarse de Londres donde estaba á la sazón, y regresó á España.

En vano buscó en él su hermana Mercedes, ternura, cariño ni amparo.

Despegado, orgulloso, echándoselas de jefe de familia, de acuerdo con el conde de Almarza, obligó á su hermana entrar en un convento hasta los diez y seis años, mientras él se volvía al extranjero con el carácter de agregado á la embajada de Viena

Como ya hemos dicho en otro lugar, la vida del joven marqués, había sido terriblemente accidentada.

Todavía mientras vivió su padre ó mientras el conde de Almarza administró sus bienes, fué conteniéndose alguna cosa, pero desde el momento en que por efecto de la mayor edad entró en posesión de ellos, no hubo locura á que no se entregara, ni desatino que no hiciera.

Entretanto, Mercedes cumplió los diez y seis años, el conde de Almarza, su tutor, la sacó de allí, y se la llevó consigo á Epila, donde tenía su casa solariega, y donde también residía el conde.

Por mucho que éste hubiera querido velar por la joven, por mucho afecto que la profesara, la verdad era que sus achaques y su edad no se lo permitían.

De manera que la pobre Mercedes en la edad en que más necesario le era un sostén, un apoyo y un guía, se encontró completamente abandonada así misma.

Unicamente la esposa de su mayordomo, buena y honrada mujer, pero incapaz de poder apreciar todo lo crítico de los diez y seis años en la vida de una mujer rica, inocente y bella, era la persona que más íntimamente estaba relacionada con Mercedes.

Sin embargo, el buen instinto de la joven, la hizo pensar en su hermano.

Y le escribió rogándole que viniese á su lado, ó que la llevase consigo.

Pero Luis estaba en aquellos momentos en San Peters-

burgo con una cantante, de quien estaba ciegamente enamorado, y no solamente no accedió á lo que su hermana deseaba, sino que ni aun le contestó siquiera.

La joven sintió un dolor extraordinario al ver aquella indiferencia, y comenzó á buscar á su alrededor seres que la compadeciesen y que por ella se interesaran.

* * *

Marcos Santoyo, era el mayordomo que había en su casa, anciano ya, que había conocido á su madre desde niña y que había seguido con profunda atención todos sus pasos desde que ella vino al mundo, hasta el momento en que vamos hablando.

Marcos, era el tipo del verdadero labrador aragonés.

Brusco, honrado á carta cabal, enérgico y testarudo, ni se doblegaba ante nadie, ni tampoco se le oscurecía nada de cuanto pasaba á su alrededor.

Varias veces su mujer le había dicho que interviniera en la existencia de los dos hermanos, y que escribiese al marqués interesándole respecto á su hermana.

Pero siempre había contestado:

—No; conozco muy bien al señor marqués, y su contestación haría estallar mi cólera, tendría que decirle las verdades del barquero, y abandonar esta casa donde he nacido, donde me he casado, donde ha venido al mundo mi Ricardo, y donde quiero morir.

Otras veces, le decía su mujer:

—Pero hombre, ¿no ves que triste está la señorita? ¿por qué no le dices alguna palabra de cariño?

—Mira, *maña*, déjame que yo sé lo qué hago; acercarse á los señores sin que á uno le llamen, es exponerse á tropezar

con lo que no se busca; tú, déjalos, que cuando tengan necesidad de nosotros, ya vendrán á buscarnos.

—¿Pero es que tú no quieres á la señorita?

—¡Otra que Dios! ¿pues no la he de querer? Si la he visto nacer, lo mismo que á su madre... Pero una cosa es que la quiera y otra que haga lo que debo hacer.

Pero la verdad era, que Marcos quería reservarse, porque había observado algo que no le agradaba.

Este algo era que su hijo Ricardo intimaba demasiado con la señorita.

*
* *

Ricardo tenía seis años más que Mercedes.

Desde sus primeros años, puede decirse que había vivido con ella; cuando niños, él era quien se subía á los árboles para ofrecerle las primeras frutas, quien la llevaba los pájaros más bonitos y las flores más delicadas.

Más tarde, Ricardo tuvo que marchar á Zaragoza á estudiar, y mientras la niña lloraba al despedirse de su compañero, éste también hacía esfuerzos para dominar su dolor.

Ricardo tuvo que marchar de Zaragoza á Madrid.

Su decidida vocación por la pintura, hizo que su padre le pusiera al lado de los mejores pintores de la Corte, y cuando regresó á Epila, no pudo dominar su sorpresa, viendo que la que él había dejado niña se había transformado en mujer, y en mujer llena de encantos y distinciones.

También él se había transformado por completo.

Era un gallardo mozo, de fisonomía inteligente y expresiva, de conversación agradable, y en sus maneras se revelaba desde luego á la persona de educación distinguida, y acostumbrada al trato de gentes.

Lo mismo Mercedes que Ricardo, al verse por primera vez después del tiempo transcurrido y de los cambios verificados en sus respectivas situaciones, quedáronse como cortados.

—Señorita,—dijo Ricardo,—no puede usted imaginarse las muchas veces que he recordado la soledad y el aislamiento en que debía usted encontrarse en esta casa, tan animada y tan alegre en vida de la señora y del señor marqués.

—Efectivamente, tiene usted razón, Ricardo, muy sola me encuentro aquí donde tan acompañada estaba cuando era niña. Pero observo una cosa.

—¿Qué, señorita?

—Esa última palabra que acaba usted de pronunciar ahora. Cuando éramos niños, no me llamaba usted señorita.

—Pero como ya no somos niños, y yo no puedo olvidar la distancia que nos separa, lo que al niño sin reflexión le estaba permitido, comprendo que sería censurable en el hombre.

—Señorita, dice el servidor.

—¿Y qué otra cosa soy sino un servidor?

—Es que yo no quiero tener servidores, Ricardo; quiero tener amigos.

—Demasiado sabe usted que la lealtad de mi padre y el afecto del hijo, le pertenecen en absoluto.

—Seamos lo mismo que éramos cuando niños, Ricardo; dejémonos de esos títulos que parece que alejan el verdadero efecto, la verdadera amistad. Yo sigo siendo Mercedes para usted, del mismo modo que usted sigue siendo Ricardo para mí.

El joven sacudió negativamente la cabeza á uno y otro lado, diciendo después:

—Eso es imposible; por mucho que me alegre lo que us-

ted me dice, comprendo la imposibilidad de lo que usted pretende. Usted sigue siendo el mismo ángel que yo había conocido siendo niña; pero yo, lanzado en el mundo para crearme un nombre, he tenido que luchar á brazo partido con la existencia, y me he visto precisado á aprender mucho en poco tiempo. La honra que usted me hace elevando al hijo del humilde mayordomo á la calidad del amigo de la infancia, sería mal interpretada. Hay muchos ojos que nos miran, y muchos seres maliciosos en el mundo. Permítame usted, señorita, que siempre la llame así, por más que todos los sentimientos de mi pecho, todos los actos de mi vida, tiendan única y exclusivamente á demostrarla que el corazón del hombre respecto á usted, sigue siempre siendo el corazón de un niño.

CAPITULO VIII

Cómo nace el amor

Mercedes reflexionó mucho respecto a las palabras de Ricardo.

En su cándida inocencia, había creído poder contar con el amigo de su infancia, con el compañero de sus juegos.

Habíase alegrado al saber que el joven regresaba á Epila, después de haber ganado un premio en la última exposición celebrada en Madrid, y sin embargo, encontrábase con que en nada había cambiado su situación.

Ricardo tenía razón.

Tal vez se la censurase por las muestras de simpatía que le concediera; quizás aquella intimidad que ella pretendía y de la cual estaba tan necesitada, dado el aislamiento en que vivía, se volvería en contra de su reputación.

Su esperanza se había desvanecido, y un dolor profundo se apoderó de ella.

Precisamente estaba en la edad de los ensueños.

Era el momento en que la crisálida se convierte en mariposa, y precisamente cuando por las condiciones sociales en que había nacido parecía que podía aspirar todos los goces de la vida, por las condiciones excepcionales en que se hallaba, tenía que renunciar á todo.

Si triste estaba antes de llegar Ricardo, después que hubo llegado, su tristeza aumentó doblemente, revistiendo caracteres tan extraños que la sorprendían, y de los cuales no podía darse cuenta exacta.

Pasábase largas horas en sus habitaciones, perdida la mirada en el espacio, vagando su pensamiento en un mundo de sombras, donde no acertaba á encontrar una luz que pudiera servir de objetivo á su atención.

Otras veces llenábansele los ojos de lágrimas, las sentía resbalar por sus mejillas, y cuando sorprendida se preguntaba la causa de aquel llanto, no la podía definir.

En otras ocasiones, eran los precipitados latidos de su corazón los que llamaban su atención.

Sorprendíale semejante fenómeno, y aun cuando quería hacer esfuerzos para ahogar aquella palpitación, la voluntad era impotente para conseguirlo.

Salía á paseo, y caminaba sin objeto, sin saber dónde iba; andaba al azar, como se deja arrastrar la nube en el espacio, impulsada por el viento.

Regresaba á su casa, fatigado el cuerpo y el espíritu.

Así pasaron muchos días.

Ricardo parecía como que huía de su presencia.

Respetuoso como siempre, sin pretender franquear la distancia que le separaba, cogía sus pinceles y sus cartones, y pasaba gran parte del día en el campo, ó se marchaba á Zaragoza, ó se iba á visitar los pueblos inmediatos.

*
* *

Un día, dijo Mercedes á Marcos:

—¿Sabes que tu hijo vive fuera de casa, más que al lado nuestro? Al ver su alejamiento, cualquiera creería que aquí se le trataba mal y que yo había dejado de ser la compañera de su infancia.

—Como que el chico le tiene tanta afición á la pintura, no hay quien le haga detenerse en casa un momento.

—Sí, ya veo que el amor al arte, es superior en él, á todos los demás afectos. Creí tener en él un hermano ya que el mío verdadero tan poco se cuida de mí, y veo que me he equivocado. Dime, Marcos, ¿es acaso condición de los hombres ese desabrimiento y esa indiferencia de que tan patentes muestras dan mi hermano y tu hijo?

—No, señora, no todos los hombres son iguales; porque la verdad es que hay pocos que obren así. En cuanto á mi chico, ese, ya es distinto. El sabe muy bien que las intimidades con los señores, suelen engendrar á la corta ó á la larga disgustos, y yo, por mí, no consentiría que el muchacho obrase hoy como hacía el niño de otro tiempo.

—Pero...

—Déjele usted, señorita, que se vaya por esos mundos de Dios. Lo que yo quisiera fuera que se casase ya.

—¡Casarse!—exclamó mercedes sorprendida.

—Pues ¡ya lo creo! su misma edad tenía yo cuando me casé con mi Petrica, y no he tenido que arrepentirme de haber entrado tan pronto en el matrimonio.

—¡Oh! pero Ricardo tiene otras aspiraciones, piensa adquirirse un nombre...

—Sí, sí, ¡quiera Dios que ese nombre no nos traiga alguna desgracia!

—¿Qué quieres decir?

—Nada, señorita, nada. Usted es la que debía divertirse algo más.

—¡Divertirme! ¿y de qué modo? ¿qué quieres que haga? ¿qué distracciones son las que me están permitidas?

—¡Qué demonio, señorita! ¿no tiene usted sus doncellas? ¿no nos tiene usted á nosotros? ¿Pues por qué no se marcha á Zaragoza unos cuantos días?

—¿Y no se criticaría mi estancia en la ciudad?

—Yendo con nosotros...

—No tengo ganas de asistir á ninguna diversión.

—¡Mal hecho, señorita, mal hecho!

Y el mayordomo visiblemente disgustado, se separaba de la joven murmurando:

—Al menos si la señorita fuera á divertirse por ahí, y le saliera algún novio...

Y Marcos no se atrevía á concluir su pensamiento.

*
* *

Ricardo también estaba más triste y pensativo cada día.

Su padre le observaba y no podía menos de preguntarse qué causa podría tener la preocupación de su hijo.

Unas veces pasábase horas enteras en su cuarto, pintando un cuadro que ocultaba cuidadosamente, cuando sus padres entraban allí.

Petra, puesto que ya sabemos que así se llamaba su madre, le decía muchas veces á su marido:

—Pero ¿qué demonios estará pintando el chico que no quiere que lo veamos?

—Alguna de esas cosas que hacen los pintores y que no quieren que nadie las vea hasta que estén concluidas.

Pero á la par que esto decía Marcos, fruncía el entrecejo, y procuraba cortar la conversación, hablando de cualquier otro asunto.

Ricardo, cuando salía de su habitación, dejaba el cuadro que pintaba, encerrado en un armario.

Un día, Marcos se marchó á Zaragoza.

Cuando volvió, aprovechando las horas que Ricardo solía pasar en el campo, entró en su cuarto, sacó del bolsillo una llave que se había mandado hacer en Zaragoza, y abrió el armario.

Cogió el cuadro que estaba cubierto con un paño, lo descubrió, y exclamó:

—¡Por vida del demonio! ¡Si me lo había figurado! ¡Buena la hemos hecho!

El cuadro en cuestión, era un bellísimo retrato de Mercedes.

Todo el genio del artista resplandecía en aquel retrato, que era de un parecido tal, y estaba hecho con tal maestría, que el mayordomo, contemplándole fijamente, no pudo menos de exclamar con cierto orgullo:

—¡Cristo y qué bien hecho está! ¡si parece que va á hablar!

Pero inmediatamente sus cejas se fruncieron y, volviendo á cubrir el retrato con el paño y encerrándolo en el armario, añadió:

—Esto es menester que se concluya, y se concluirá.

*
* *

Dos días después, Marcos entró en el cuarto de su hijo.

—Dime, Ricardo,—le dijo bruscamente,—¿qué es lo que tú piensas hacer?

El joven, sorprendido, miró á su padre, diciéndole:

—No comprendo lo qué quiere usted decir.

—Pues es bien claro; que ya me parece que llevas aquí bastante tiempo, y si es que quieres seguir la pintura, me parece que no es aquí donde has de hacer progresos.

—¿Acaso le enoja á usted mi presencia?

—¡Hombre! tanto como enojarme, no por cierto; pero yo creo que tú no estás bien en Epila.

—¡Qué no estoy bien encontrándome al lado de ustedes!

—Vamos á ver, muchacho, hablemos como hablan los hombres. Tú ya tienes edad suficiente, sabes de la pintura lo bastante para ganarte la vida, y si á ésto añadimos las tierras que ya poseemos y que han de ser tuyas, al morir tu madre y yo, me parece que no eres un mal partido.

—Pero ¿qué quiere usted decir, padre? ¿á qué viene ahora hablarme de todo eso?

—Pues muy sencillo, á que ya es hora de que vayas pensando en hacer feliz á una mujer.

—¡Quién! ¿yo? ¿pero está usted en su juicio, padre?

—¡Otra que Dios! ¿crees acaso que estoy loco?

—Pero si yo no he pensado en casarme todavía.

—Ya se ve; pero algún día lo has de pensar.

—Soy muy joven todavía.

—¡Ta, ta! esa es grilla; tu edad tenía yo cuando me casé, y á la misma, con corta diferencia, se casó tu abuelo, y todos los Santoyos, tras de padres á hijos, se han casado siempre muy jóvenes.

—Pues por lo visto, yo he de ser una excepción de la familia,—contestó el joven sonriendo,—porque maldito si he pensado en casarme todavía.

—Muy mal hecho. Mira, la Pilarica, la hija del tío Rome-

ro, es una guapa moza, y su padre no es ningún pobre. ¿Qué te parece?

—Muy bien; efectivamente, es guapa; pero á mí no me gusta.

—Pues mira, muchos de los mozos del pueblo andan que beben los vientos por ella. Pero en fin, buscaremos otra, que mozas guapas y ricas, á bien que no faltan.

—Mire usted, padre, no se empeñe en buscarme ninguna, porque por ahora no pienso casarme; y me parece que mucho tiempo pensaré del mismo modo.

Y tan resuelto fué el acento con que el joven pronunció estas palabras, que su padre le dijo:

—Está bien, no se hable más sobre el particular. En ese caso, ¿cuándo te vas á ir á Italia?

—¡Pero padre! ¿es que usted quiere echarme de aquí?—repuso el joven mirando fijamente á Marcos.

Este no se atrevió á decir claramente su deseo; pero tanto insistió Ricardo, que por fin, le dijo:

—Vaya, puesto que tanto insistes, te diré que sí. Es necesario que te marches, no porque ni á tu madre ni á mí nos pese tu presencia, sino porque el deber te ordena que de aquí te alejes, y el deber ha sido lo primero de todo para tu padre. Y no me preguntes más, porque ya te he dicho lo suficiente para que me comprendas.

CAPITULO IX

La despedida

RICARDO no se atrevió á preguntar nada más á su padre.

Comprendió que éste había adivinado su secreto.

Efectivamente, Ricardo amaba á Mercedes.

Pero no la amaba desde que había regresado de Madrid, y la había visto sola y abandonada, sino desde la niñez.

Su amor nacido en los primeros años, había ido cambiando de faz, conforme se verificaron en su existencia los cambios del niño al adolescente, y de éste al hombre.

En Ricardo no había existido más que un solo amor.

El de Mercedes.

Por ella había querido salir de la posición que ocupaba.

Por ella había querido alcanzar un nombre.

Era una locura lo que pretendía, pero locura ó no, él seguía el camino que se había trazado.

Ricardo era todo un carácter.

Dotado de una fuerza de voluntad extraordinaria, había resuelto encerrar su amor en el fondo de su pecho, hasta el día en que pudiera mostrarlo á la faz del mundo, y efectivamente, cuando llegó á Epila, ya hemos visto como esquivó todas las ocasiones en que podía peligrar su resolución.

Creía que nadie lo había advertido, y sin embargo hubo dos personas que lo comprendieron.

Su padre fué el primero.

La segunda fué Faustina, la doncella de Mercedes.

Faustina se había criado también con su señorita y Ricardo.

Niños habían sido todos, y cada uno, en posición distinta, al cambiar de edad, habían ido, por decirlo así, deslindándose los campos.

Faustina tuvo siempre un defecto capital.

Era envidiosa.

Se resignaba á ser la doncella de Mercedes, porque no tenía otro remedio.

Pero ansiaba que llegara un día en que un hombre, al casarse con ella, la sacara de aquella posición humilde.

Del mismo modo que Ricardo había amado desde niño á Mercedes, ella amó á Ricardo.

Y su cariño fué sufriendo las mismas transformaciones que el del hijo del mayordomo.

Pero siempre este amor tuvo como aguijón poderoso; cuando niña, la envidia; cuando mujer, los celos.

Niña, no podía ver que Ricardo cogiera las flores, las frutas y los pájaros para ofrecérselos á Mercedes.

Mujer, cuando vió que Ricardo llegó á Epila y que para ella sólo hubo una frase de amistad, mientras que para Mercedes fué su primera mirada, sintió algo en el corazón, como una punzada que la hizo palidecer.

Más tarde sorprendió algo en la mirada de Ricardo al posarse sobre la baronesa, que aumentó más sus recelos, y finalmente se convenció, como Marcos se había convencido, de que Ricardo estaba locamente enamorado de su señora.

—Ella, siempre ella,—dijo con un acento en que la envidia, la cólera y los celos vibraban por iguales partes.

Y desde el momento en que adquirió aquella convicción, dedicóse á observar, y más de una vez que lo hizo intencionadamente, llamó la atención de Mercedes y de Ricardo, aun cuando ni el uno ni la otra, podían, ni remotamente, sospechar la verdad.

* * *

Ricardo había comprendido que su padre tenía razón, que debía salir de Epila.

Su secreto estaba descubierto, y por lo tanto allí no podía permanecer.

Y le reprochaba su debilidad.

Se había creído un hombre fuerte, capaz de guardar en el fondo de su pecho aquel amor que constituía su vida, y sin embargo, había sido peor que un niño, pues á las primeras de cambio había dejado que su padre lo advirtiera.

Y como sabía cual era el carácter de su padre y lo inexorable que se mostraba en el cumplimiento del deber, y precisamente él estaba faltando á él desde el momento que se atrevía á amar á su señora, era necesario obedecer y alejarse de allí.

Ricardo comenzó á hacer sus preparativos de marcha.

Había deseado que nadie se enterase de ello, pero Faustina lo supo por Petra.

La madre de Ricardo, ignorante de todo y no creyendo

que había peligro alguno, se lo dijo á Faustina, lamentándose de que su hijo quisiera marcharse.

Y al día siguiente al entrar en la habitación de su señorita, viéndola triste y meditabunda como de costumbre, la dijo:

—Pero ¿ve usted, señorita? Ya se nos marcha Ricardo otra vez.

—¿Qué dices?—preguntó la joven alzando vivamente la cabeza.

—Le sorprende á usted también, ¿no es verdad? Ya se ve, ¿quién pudiera imaginarse una cosa semejante?

—¿Qué cosa es esa? Explícate, porque me ha parecido que decías algo de Ricardo, y...

—Justamente, de Ricardo se trata; sí, señorita, se marcha de casa.

—¡Qué se marcha!—exclamó la joven palideciendo.—¿Y por qué?

—Pues es lo mismo que pregunto yo. ¿Por qué se marcha, cuando todos le queremos tanto? ¿No es verdad, señorita?

—¡Es extraño!—murmuró Mercedes, como hablando consigo misma.

—¡Y tan extraño! Por supuesto, que usted no debe dejarle que se marche.

—¡Yo!—repuso la joven, alzando la cabeza y fijando una mirada severa en su doncella.—¿Por qué le he de prohibir que se marche? ¿Qué derecho tengo yo sobre él? Si sus padres lo consienten y lo autorizan, ellos sabrán lo qué hacen.

—De todas maneras, está muy mal hecho el alejarse de aquí.

—¿Y dónde va?

—¡Qué sé yo! Lejos de aquí. Por supuesto, que á mí no me la pegan. Lo dije desde el primer día: Ricardo tiene algu-

na mujer por esas tierras donde ha estado, y eso es lo que le tira; no hay más.

Sin que Mercedes pudiera explicarse la causa, su corazón comenzó á latir con violencia.

Y palideció; y ni su agitación ni su palidez, pasaron desapercibidas por la doncella.

*
* *

Aquella tarde, como de costumbre, Mercedes salió de paseo.

Iba sola, porque en el pueblo era tan querida y tan respetada, que nadie se hubiera atrevido á ofenderla.

Como de costumbre, paseaba al azar.

No llevaba dirección fija, y por una de esas raras coincidencias se fué alejando de Epila, precisamente por un sitio por donde nunca había ido á pasear.

Más preocupada que de ordinario, más olvidada de todo cuanto la rodeaba que de costumbre, hacía ya rato que iba andando, cuando de pronto, rumor de pasos que se aproximaban hacia ella en dirección contraria á la que llevaba, la hizo levantar la cabeza.

Y una ligera exclamación de sorpresa se exhaló de sus labios

La persona que se aproximaba era Ricardo.

Mercedes sintió que el rostro se la enrojecía, y se detuvo.

Ricardo se adelantó hacia ella, y cuando llegó á su lado, la dijo con acento ligeramente alterado:

—Buenas tardes, señorita.

Mercedes no contestó en el primer momento.

Su sorpresa y su emoción fueron tales, que se quedó inmóvil y sin poder decir nada durante algunos minutos.

Después contestó:

—Buenas tardes, Ricardo. ¡Qué caro se hace usted de ver!

El hijo del mayordomo iba á contestar tal vez alguna frase que juzgara inconveniente; pero se contentó con sonreirse, y no dijo nada.

*
* *

Así se pasó un buen espacio.

Ninguno de los dos jóvenes hablaba, y sin embargo, uno y otro tenían deseos de decir mucho.

Mercedes fijaba á lo mejor su mirada en Ricardo, y al observar que éste la estaba contemplando, se la encendía el rostro y se apresuraba á separar sus ojos de los del joven.

Ricardo á su vez palidecía si el rayo de sus pupilas se encontraba con la purísima irradiación de las de su señorita.

Y la agitación de ambos era sobradamente perceptible; agitación que cada vez iba en aumento.

Tanto la una como el otro no dejaban de comprender que su situación iba haciéndose más comprometida cuanto más se prolongara su silencio, pero no sabían cómo romperlo.

El semblante de Mercedes pasaba del encendido color de la vergüenza al pálido del temor, y ora los latidos de su pecho eran sobradamente perceptibles, ora se hubiera dicho que la vida habíase extinguido en ella.

Ricardo tampoco estaba más tranquilo.

Varias veces había dirigido la mirada á su alrededor, cual si buscara algún incidente que le permitiera encontrar una frase para romper aquel silencio que cada vez era más peligroso.

Por fin Mercedes, que con ese instinto especial de la mu-

jer comprendía que era preciso salvar aquella situación, dijo:

—¿Conque se marcha usted?

El joven hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Quién se lo ha dicho?—preguntó.

—De fijo que no ha sido usted,—contestó con un ligero acento de reproche la joven.

—He supuesto, señorita, que mi permanencia ó mi ausencia debían ser cosas de poca importancia para usted, y únicamente en el acto de marchar hubiera...

—No trate usted de disculparse ahora.

—No he pretendido jamás disculpar ninguno de mis actos. Buenos ó malos, he tenido siempre la costumbre de aceptar todas las responsabilidades que llevan consigo.

—Me alegro mucho que así piense usted, porque verdaderamente su proceder desde que ha llegado á Epila, ha sido muy extraño.

—No comprendo...

—Es natural. Usted no podrá comprenderlo, toda vez que, según se desprende de lo que antes ha dicho, tiene la conciencia de cuanto hace; lo que demuestra que cree, sin duda, que todo está bien hecho.

—No por cierto.

—Me parece...

—El que yo haya dicho que acepto siempre las consecuencias, buenas ó malas, de todos mis actos, no arguye que tenga la pretensión de juzgarlos buenos todos ellos.

—¿Luego ya duda usted?

—Tampoco, señorita.

—Entonces...

—Sujeto estoy á error, como todos los hombres, y tal vez me equivoque en la interpretación que pueda darse á esos actos.

—¡Y bien fatal que es la que yo les he dado!

—¿Por qué?

—¿Le parece á usted poco, á pesar de haberle rogado que no se rompiera aquella dulce cadena de los primeros días de nuestra infancia, llegar á Epila y permanecer aquí más de dos meses como si fuera usted una persona completamente extraña? ¿Qué recuerdos guarda usted de aquel pasado? ¡Ah, Ricardo! ¡Bien se conoce que en todas esas poblaciones donde ha pasado tantos años, ha ido usted dejando, tal vez, pedazos de los sentimientos que cuando niños tanto nos habían unido!

—¡Por Dios, señorita, por Dios! No diga usted semejantes palabras.

—Me parece que es lo que lógicamente parece desprenderse de su conducta.

—¿Usted lo cree así?—dijo Ricardo, mirando fijamente á la joven.

—Es lo que creería cualquiera,—repuso Mercedes, un tánto turbada por la mirada de Ricardo.

—Cualquiera podría pensarlo así, pero usted no debía suponerlo, si me hubiese conocido mejor.

CAPITULO X

La situación se agrava

La entonación que Ricardo dió á sus palabras, no pudo menos de conmover á Mercedes.

Y como que al mismo tiempo la miraba con una expresión distinta de como hasta entonces lo hiciera, la baronesa, sin poder ella misma darse la razón, sintió que su semblante se enrojecía y que su corazón se agitaba como hasta entonces no le sintiera.

—Vuelvo á repetirle,—dijo,—que su proceder desde que ha regresado, no ha sido el que yo tenía derecho á esperar, y finalmente, su conducta de hoy pretendiendo marcharse sin decirme nada hasta el momento crítico, por decirlo así, no puede menos de ser acreedora á mis mayores censuras.

—Créame usted, señorita, que dadas las condiciones excepcionales en que yo me encuentro, todo lo que hice, es lo que debía hacer.

—Otra vez lo mismo.

—Y cien veces, señorita; yo no puedo ni debo olvidar un solo momento mi condición en esta casa.

—¿Pero quién le ha recordado á usted esa condición? ¿A qué viene ahora hablarme de ella, cuando yo no la he tenido presente para concederle mi afecto, y...?

Y la joven se detuvo confusa porque en aquel momento preciso, su buen instinto la reveló todo el peligro que había en aquella pendiente por la cual con tanta inocencia iba dejándose resbalar.

—Continúe usted, señorita, continúe usted,—exclamó Ricardo en cuyos oídos resonaban con una dulzura extraordinaria las palabras de la joven.

—Usted es el que ha de contestar á mis cargos. Aquí nadie le ha recordado esa condición de que habla, condición por otra parte, de la cual ha salido usted ya. No estamos en los tiempos en que los hijos de los vasallos eran á su vez vasallos también; no estamos en América donde los hijos de los esclavos son igualmente esclavos; por lo tanto al romper usted el molde, digámoslo así, en que ha nacido, ha adquirido personalidad diferente, si así me puedo expresar. Por otra parte, aun cuando hubiera usted continuado del mismo modo que antes, conforme su padre sigue siendo todavía ¿acaso es su situación en esta casa de aquellas que no le permitan llegarse hasta sus señores? Más que servidores de los míos, han sido todos ustedes sus amigos, y ya debe comprender que usted por su parte no ha respondido por cierto á esa amistad que yo le he profesado.

—Señorita...

—Lo que ha de decir usted más bien y es por cierto lo que más me ofende por su falta de franqueza, que en el tiempo que ha pasado lejos de nosotros, formándose su corazón entre sociedades distintas y entre personas nuevas, ha creado

también nuevos sentimientos, ha olvidado desde luego los afectos antiguos para sustituirlos con otros, y estos son los que indudablemente le llaman lejos de aquí.

—¡Oh, señorita, por piedad, no diga usted eso!

—Sí por cierto, eso es lo que debo decir, porque en otro caso, sería de una ingratitud indisculpable, su proceder.

—¡Dios mío! ¡decir que yo soy ingrato!

Y el semblante del joven reveló tan gráficamente el dolor que aquello le causaba, que Mercedes no pudo menos de conmoverse.

*
* *

Nuevo silencio se siguió á estas palabras.

La joven esperaba una contestación de parte de Ricardo, contestación que éste no se atrevió á dar.

Y no se atrevió, porque temía decir tal vez, lo que no le estaba permitido.

Al contrario de lo que á Mercedes la sucedía, Ricardo había analizado perfectamente el estado de su pecho.

Como ya hemos dicho, su amor por la joven nacía desde la infancia.

En su corazón, á la imagen de la niña, había sustituido á la de la mujer, y allí grabada la había llevado siempre, y cuando la razón le reveló que lo que él sentía por Mercedes no era el cariño fraternal del hermano, ni el afecto del amigo, ni el respeto del servidor, sino que era el amor del hombre y que aquel amor constituía su existencia, en vez de hacer esfuerzos para borrar aquella imagen querida, la esculpió más hondamente en su corazón, á fin de que jamás se pudiera borrar.

Para evitar que los efluvios de este afecto llegaran hasta

sus labios, había evitado sostener largas conversaciones con Mercedes.

No había querido entrar en aquella intimidad á que ella misma le brindara, conociendo como conocía los peligros que de ello podían resultar; y en aquel mismo momento, cuando la joven con sus reproches estaba poniéndole, como vulgarmente se dice, al borde del precipicio, tuvo todavía fuerza bastante para contenerse.

Su exclamación había sido tan sentida, que llegó hasta el fondo del pecho de Mercedes, y cuando ésta esperaba que á aquella exclamación hubiesen seguido algunas palabras aclaratorias, digámoslo así, no pudo menos de sorprenderse.

Y como que aun cuando su instinto parecía advertirla del peligro que había en continuar aquella conversación, su impaciencia y hasta su mismo disgusto la impulsaban hacia adelante, prosiguió acumulando cargos contra el desgraciado.

* * *

—¿Se queja usted,—dijo,—porque le llamé ingrato? dígame usted qué calificación debo dar á la persona que procede del modo que usted lo ha hecho. ¿No es acaso ingratitud dejar de corresponder al afecto que á uno le profesan? ¿No le había á usted pedido el día que llegó, profundamente herida por el desamor de mi hermano, que fuese usted el antiguo compañero de mi infancia? ¿no buscaba yo el afecto de los niños, para refugiarme en él, ya que me faltaba el afecto de la familia? ¿Qué es lo que usted hizo para corresponder á ese afecto que yo había conservado, y que evocaba en usted, creyendo que habría hecho lo mismo que yo? Contestarme con frases llenas de frialdad, frases llenas de convencionalismo, sobre la diferencia de posición, sobre las habladurías del mundo, como si en

el fraternal afecto que entre usted y yo pudiera existir, hubiera algo de censurable. Después he comprendido lo que entonces no pude imaginarme.

—¿Y qué es lo que ha comprendido usted, señorita?—preguntó Ricardo que estaba sufriendo horriblemente conforme hablaba la joven.

—Lo que antes le dije.

—No lo recuerdo.

—Frágil es usted de memoria.

—Será otra condición que habré adquirido desde que salí de Epila.

—Bien puede que sea así.

—De todos modos, deseo que concrete usted más ese cargo que pretende formular.

—¡Oh! es que yo no lo digo en el sentido de hacerle cargo alguno. Para justificar la mudanza que en usted advierto, para comprender esa indiferencia de que ha dado tan patentes muestras, no he visto más que el nacimiento de afectos nuevos que han debido borrar las huellas de los antiguos. Esta es la convicción que he adquirido, y en ella me afirmo, al ver la prisa que hoy demuestra para marcharse.

*
* *

Describir todo lo que sufría Ricardo escuchando á la joven, sería completamente imposible.

Cien veces tuvo en sus labios una palabra para contestar á sus acusaciones, y otras tantas encontró todavía fuerza de voluntad suficiente para dominarlas.

Cuando concluyó Mercedes, inclinó la cabeza, y dijo:

—¡Cómo ha de ser! veo que, efectivamente, debo ser un gran criminal, cuando de esa manera me habla, y cuando yo

no tengo palabras para contestarla, mejor dicho, cuando no debo contestar. Sin embargo, permítame usted que proteste contra esa afirmación que tan en absoluto ha hecho respecto á los afectos que, según cree, han nacido en mí, lejos de aquí.

—¡Oh! no hay protesta alguna, ni tiene usted que esforzarse en hacerla, porque lo lógico es que usted conteste negando, lo que yo estoy plenamente convencida que es verdad.

—En ese caso, señorita, creo que es inútil el que hablemos.

—Así lo ha debido usted comprender ya desde que llegó á Epila, cuando ha evitado tan diestramente el encontrarse conmigo.

—Señorita, no quisiera hablar y, sin embargo, está usted poniéndome en el caso de que lo haga.

—¡Yo! ¡que yo le obligo á usted á hablar! ¿pues qué le digo? Aun suponiendo que estas palabras mías sean una acusación, ¿no está justificada por su mismo proceder?

—¡Pero señor!—exclamó Ricardo, sin poderse contener; —¿qué proceder es el mío ó qué es lo que yo he hecho para haber merecido de tal manera su enojo?

*
* *

Vibró el acento de Ricardo con tal expresión al formular aquella queja, que la joven no pudo menos de estremecerse.

Y fijó sus ojos en los del joven, y algo debió encontrar en ellos que hasta entonces no vería, que por un movimiento puramente maquinal, se llevó las manos al pecho como si hubiera sentido una dolorosa punzada.

Ricardo había conseguido dominarse otra vez.

—Señorita,—dijo,—no puede usted imaginarse todo el daño que me hacen sus palabras, y lo único que deseo es que

llegue un momento en que usted misma comprenda todo lo injusta que conmigo ha estado.

—Eso no puede suceder, porque siempre han de estar en favor mío los hechos.

—¡Pero señor! ¿qué hechos han sido esos?

—El alejamiento en que se ha empeñado usted en encerrarse respecto á mí. Parecía como que le pesaba á usted la estancia en nuestra casa, porque casi siempre estaba fuera de ella.

—Estaba pintando.

—Y de tal modo le absorbía el arte, que se olvidaba del afecto.

—¡Señorita!...

Y Ricardo se detuvo, añadiendo después:

—Dispénseme usted si pongo término á esta conversación de un modo que tal vez le parecerá sobradamente brusco, pero así es mucho mejor para los dos.

CAPITULO XI

Antes de la caída

EL acento con que Ricardo pronunció estas palabras, su ligera inclinación de cabeza después de haberlas pronunciado y la precipitada marcha que emprendió inmediatamente, alejándose de allí, dejaron como petrificada á la joven, que se quedó mirando como se alejaba Ricardo, sin saber qué pensar de aquello.

—¿Pero qué es esto?—decía;—¿qué ha querido decirme con que su silencio era mucho mejor para los dos? ¿Será posible que yo le haya ofendido? ¿Tendrá él razón y seré yo únicamente la culpable?

Y lentamente se dirigió hacia su casa, y se encerró en sus habitaciones, y dióse á pensar en cada una de las frases que Ricardo había pronunciado.

Y durante todo aquel día ni quiso ver á nadie, ni hizo más que pesar una por una todas aquellas palabras, en las cuales cuanto más reflexionaba, encontraba siempre algo que llamaba

su atención, y que en aquellos momentos de reflexión y de calma, encontraba que tenían una significación distinta de la que ella les diera al escucharlas de la boca del joven.

Faustina había observado el regreso de su señorita, del paseo, su honda preocupación, su silencio durante la comida y su falta de apetito, y, finalmente, su afán de quedarse sola y de que nadie entrase en su cuarto á mortificarla.

—¿Está usted enferma, señorita?—la dijo mirándola atentamente.

—No; ¿por qué me lo preguntas?—dijo la joven con sequedad.

—¡Como ha comido usted tan poco!

—No tenía gana.

—¿Quiere la señorita alguna cosa?

—No; ya te he dicho que me dejéis en paz: si algo necesito, si algo quiero, ya os llamaré.

—No se incomode usted, señorita; todo cuanto yo la digo, no es más que hijo del cariño que la profeso.

—Si ya lo sé, Faustina; si ya lo sé; pero déjame ahora.

Y la doncella salió de las habitaciones de Mercedes, murmurando:

—¡Vaya qué humor que tiene la señorita! Nunca la he visto así. ¿Qué habrá pasado? Y esto procede, sin duda, de algo que le ha ocurrido en el paseo. ¡Ya lo creo! Cuando ha salido de casa, no estaba así.

Y su malicia, vagando de uno á otro objeto, llegó á adivinar lo que había pasado.

—¿Si se habrá encontrado con Ricardo? — dijo de repente.

Y una vez que esta idea se le hubo ocurrido, ya no la abandonó.

—Yo sabré si le ha visto,—dijo.

*
* *

Ricardo también había regresado á su casa en una disposición de ánimo muy parecida á la de Mercedes.

Entonces, era él quien estaba resuelto á marchar.

Su padre le había significado pocos días antes la conveniencia de su viaje.

El se había sublevado contra ella, y únicamente al decirle Marcos algo que demostraba que había adivinado lo que pasaba en su corazón, fué cuando se decidió por emprender la marcha.

Pero, sin embargo, la iba atrasando todo cuanto podía.

No tenía valor para separarse de aquella mujer á quien tanto amaba.

Pero en aquellos momentos sus vacilaciones, habían concluido.

Era preciso cuanto antes alejarse de allí.

Un día más de permanencia, podía ponerle en el caso de romper aquel secreto que él se había propuesto guardar, hasta que pudiera sacarlo á plaza sin temor alguno.

En su consecuencia, con febril agitación, se puso á recoger todos los efectos que necesitaba y que debía llevarse, para una larga ausencia como la que tenía proyectada.

Faustina, con la confianza que tenía en la casa, entró en el cuarto de Ricardo.

—¡Ah! ¿eres tú?—la dijo éste volviendo la cabeza al escuchar el rumor producido por la joven.

—¿Qué es eso? ¿qué estás haciendo?—le preguntó ésta.

—Ya lo ves, recogiendo todos los efectos que me he de llevar.

—¿Conque eso va de veras?

—Y tan de veras.

—¿Cuándo te vas?

—Si pudiera marcharme mañana, no esperaría á pasado.

—¿Tanta prisa tienes?

—Mucha.

—Vamos, ya me figuro la razón de tu partida.

—¿Que te la figuras?—preguntó el joven mirándola fijamente.

—¡Ya lo creo!

—¿Qué crees tú que la motiva?

—No se necesita ser ningún sabio para adivinarlo.

—Pues hija, me alegraré mucho que me lo digas.

—¿Quieres que te regalen el oído?

—Yo no quiero que me regalen nada; pero desde luego me harás un favor si me dices por qué me marcho.

—Algo que te llama la atención fuera de aquí es lo que te hace estar tan violento en casa.

—Conque algo que me llama la atención ¿eh?

—Desde luego.

—¿Y ese algo será sin duda mujer?

—¿Pues quién lo duda?

—¡Válgame Dios, hija! y que poco acertada anduviste.

—Ya se ve, ¿tú qué has de decir?

—Como quieras; no hemos de discutir lo que no tiene posibilidad de discusión.

—Con lo cual confiesas que estoy en lo justo.

—No, yo no confieso nada. No hago más ni menos que dejarte que hables.

—Ya sé que hoy has visto á la señorita,—dijo de pronto Faustina mirando fijamente al joven.

Tan inesperado fué esto y tan poco prevenido estaba el joven, que no fué dueño de dominar su impresión.

Faustina que, como hemos dicho, le contemplaba fijamente, comprendió que había acertado.

Sin embargo, Ricardo no lo negó tampoco.

Pasada la primera impresión, contestó con la mayor naturalidad:

—Sí, la encontré en el campo.

—¿Le habrás dicho que te marchabas?

—No lo sé, por más que yo creo que ella lo sabía.

—Pero hijo, ¿de qué humor tan endiablado ha venido la señorita hoy?

—¿Sí?

—Una cosa atroz. Te digo que yo no he cesado de preguntarme qué demonio de mosca será la que le ha picado.

—Ya se ve; como siempre está sola, yo creo que no debe extrañarnos nada, porque realmente su situación, en medio de lo rica que es, tiene muy poco de agradable.

—Ya verás, como que ella tampoco va á ninguna parte...

—Porque no quiere.

—Yo tengo para mí una cosa.

—¿Qué?—preguntó Ricardo dejando lo que estaba haciendo para mirar á la doncella.

—Que cuando la señorita tiene tan poco afán de divertirse y está siempre tan retraída y tan triste, es... es...

—¿Por qué? ¡acaba!—dijo Ricardo con acento lleno de impaciencia.

—Pues es sin duda porque está enamorada.

—¡Enamorada!

Y Ricardo palideció de un modo intenso.

—Ya verás, búscale tú, si no esa, otra solución.

—Como á mí no me importa,—dijo el joven después de algunos momentos de silencio,—ya comprenderás que me tiene sin cuidado el que esté enamorada ó no.

—Lo que vuelvo á repetirte es que, como hoy está, yo no la he visto nunca.

—¡Si que es extraño!—dijo Ricardo afectando una indiferencia que ya no podía engañar á Faustina.

*
* *

Los celos de ésta punzaban de un modo formidable en su corazón.

Al ver á Ricardo, al hombre que tanto amaba, afectando aquella indiferencia, sentía algo que la obligaba á ser cruel, y en su consecuencia, dijo:

—Por supuesto que lo que es si la señorita me hubiera de creer, de otro modo iría, y viviría mucho mejor. Es una lástima que esté así, siempre encerrada en este pueblo, donde nadie la ve; si quisiera hacer lo que yo la digo, á Zaragoza ó á Madrid; ya verías que pronto encontraba novio.

—¡Calla! ¡calla, por Dios, Faustina! ¿qué sabes tú de esas cosas?

—Puede que sepas tú mucho más,—repuso la joven con irónico acento.

—No quiero yo decirte con esto que sepa yo más, pero cuando menos, tengo más experiencia que tú, y conozco el mundo algo mejor.

—¿Sí? ¿estás tú seguro de que conoces el mundo?

—Desde luego, que cuando tantos años he llevado fuera de aquí, algo debo haber aprendido.

—Como no hayas aprendido en eso de hacer pinturas, me parece que en lo demás no has aprendido gran cosa.

—Gracias, por el buen concepto en que me tienes.

—No las merece.

—Sin duda que tú querrás tener más experiencia y más

conocimientos que yo. Dejarías de ser mujer, si no tuvieses esa presunción.

—Pues mira, que á presuntuosos no hay nadie que gane á los hombres; se creen que lo saben todo y, vamos, hijo, que os falta mucho que aprender.

—Ya se ve; lo que á tí te sobra de sabiduría, es sin duda lo que á mí me falta,—repuso Ricardo irónicamente.

—No lo digas con tanto retintín, porque puede muy bien que tú estés pasando por el lado de muchas personas y hablando con ellas, y creyéndote que las conoces muy bien, y, sin embargo, es lo más posible que no las conozcas.

—¿Y tú sí?

—De seguro, mejor que tú.

—¡Vaya que eres pretenciosa, mujer!

—Eso es suposición tuya.

—Según tu modo de ver.

—Y según el modo de ver de cualquiera.

—Sin embargo...

—Déjate de inútil palabrería y veamos si tengo acierto en conocer á las personas.

—No te comprendo.

—¡Ya lo creo! y la prueba de ello es que desde el primer día que llegaste, comprendí que estabas enamorado.

—Conque enamorado, ¿eh?—dijo Ricardo tratando de disimular bajo un aspecto burlón, la mala impresión que le causaban las palabras de Faustina.

—Sí, hijo, sí; ¿y quieres que te diga más?

—Dí todo lo que quieras, porque como no pienso contradecirte...

—Estás enamorado de algo que es imposible para tí,—repuso la doncella marcando de un modo notable sus palabras.

—¡Faustina!—exclamó vivamente Ricardo, reflejando en su semblante la impresión que acababan de producirle aquellas palabras.

—No te alteres, hombre, no te alteres; que no he querido ofenderte con esto. Pero ya ves si he acertado.

Y antes de que Ricardo pudiera decirle una palabra, abandonó la estancia, murmurando:

—Ya sabía yo que se habían visto hoy.

CAPITULO XII

Los primeros pasos

Al día siguiente, Mercedes, reflejaba en su semblante la noche de insomnio que había pasado.

Faustina la dijo mientras la estaba vistiendo:

—Conque ¿sabe usted señorita que Ricardo parece que se marcha mañana?

—¿Mañana?—murmuró la joven con un acento indescribible.

—Sí, señora.

—Pero estás segura...

—¡Ya lo creo! mire usted, ahora mismo me lo acaba de decir su padre, que también es de mi misma opinión.

—¿Y cual es tu opinión, Faustina?—preguntó casi maquinalmente Mercedes.

—Pues muy sencilla; que cuando Ricardo tiene tanto interés en marcharse, renunciando á los placeres de la vida tranquila que aquí hacemos, es señal de que hay algo que le

llama la atención en otra parte. ¿No opina usted lo mismo que yo, señorita?

Mercedes, que no había podido menos de palidecer al escuchar la afirmación de la doncella, no contestó á su pregunta.

Pero Faustina, comprendiendo que el golpe había producido un efecto y no queriendo quedarse sin conocer positivamente la opinión de su señora, volvió á insistir, diciendo:

—Por supuesto, que lo que es el pobre Marcos y su mujer, están que se les puede ahogar con un cabello. Es lo que yo les he dicho, nadie más que ellos se tienen la culpa. Si no hubieran enviado á su hijo á estudiar fuera de aquí, no se habría acostumbrado á esa vida vagamunda, ni habría adquirido conocimientos peligrosos, como por ejemplo el que ahora le arrastra fuera de aquí.

Mercedes, apenas si escuchaba á su doncella.

Distraída la mirada y la cabeza apoyada en la palma de la mano, dejaba vagar su pensamiento muy lejos de allí, quizás.

Porque no oyó más que el murmullo producido por la voz de Faustina, y apenas si se fijó en lo que decía.

La doncella permaneció silenciosa algunos momentos.

Después, dijo mordiéndose los labios llena de cólera:

—Pero señorita, ¡por Dios! ¿qué tiene usted?

Y como esta vez se aproximó algo más á Mercedes, y levantó la voz, la joven alzó la cabeza y dijo:

—¿Qué decías?

—Pero señorita, ¿es de veras que no me ha oído usted?

—No.

—¿Tan abstraída estaba usted en su pensamiento?

—Ni sé lo qué pensaba siquiera.

—¡Vaya una cosa rara!

—Todo lo raro que tú quieras; pero ni me acordaba ya de que estuvieses ahí.

—¡Pues sabe Dios que soy pequeñita!

—Conque vamos á ver, ¿qué me decías?

—¡Toma! pues nada por lo visto que la pueda interesar.

—Entonces, más vale así; no debes quejarte si no te he oído.

—Estábamos hablando de Ricardo.

—Sí, ya sé que me has dicho que se marchaba. Mira, pues buen viaje; si él quiere irse no hemos de ser tú ni yo quien se lo quitemos de la cabeza.

Y la sonrisa con que la joven acompañó estas palabras, tenía algo de forzada, que no se escapó á la penetración de la doncella.

* * *

Durante algunos momentos, permanecieron silenciosas las dos jóvenes.

Mercedes había vuelto á caer en su distracción anterior.

Faustina, la contemplaba con mal reprimida cólera.

Y no pudiéndose contener haciéndose cargo de las últimas palabras pronunciadas por Mercedes, dijo:

—Ya verá usted, señorita, por lo que antes ha dicho, si de mí no hace caso, de usted ya sería diferente.

—¿Eh? ¿qué dices?—preguntó la joven mirando fijamente á la doncella:

—Pues es lo natural; usted al fin y al cabo es la dueña, y una palabra suya equivale á una orden.

—¡Ya! con que tú crees que yo poseo todo ese ascendiente...

—Al menos, eso es lo que todos creemos.

—Pues habéis creído muy mal,—repuso la baronesa con

severo acento,—Ricardo no pertenece á la servidumbre de mi casa; es hijo de un antiguo servidor á quien yo estimo como le habían estimado todos los míos; fuera de eso, yo no debo intervenir en actos ó en cuestiones puramente de familia. No olvides eso, Faustina.

—Pero...

—¡Ea! déjame, quiero estar sola.

La doncella, no tuvo más remedio que salir del aposento.

Una vez que lo hubo hecho, dirigióse al encuentro de los demás criados, murmurando: «¡Anda con Dios, que ahora ya tienes la píldora en el cuerpo! Ya veremos si hablas ó no á Ricardo.»

*
* *

La presunción de la criadita no carecía de fundamento.

Mercedes, sin que, como hemos dicho muchas veces, pudiera explicarse la razón de su estado, la verdad era que sentía algo en su corazón, desconocido hasta entonces, y que cuando oía que se hablaba de Ricardo, ó bien veía al joven, se turbaba de un modo extraordinario, su corazón palpitaba con violencia, y su pensamiento estaba fijo en él, con una insistencia verdaderamente abrumadora.

Cuando Faustina salió de su estancia, no pudo menos de decir:

—Pesada estaba ya esa chica con sus indicaciones respecto á Ricardo. Si se marcha, será porque algo llamará su atención lejos de aquí. Puede que tenga razón Faustina, que ame á otra mujer, y esta sea la causa de su impaciencia. ¡Dichoso él, si ama y es amado!

Y procuró desechar las ideas que se le ocurrían sin duda, porque pasándose la mano por la frente, exclamó:

—No sé por qué han de preocuparme todas esas cosas. Es verdad que si de eso no me ocupara, ¿de qué podría ocuparme en medio de la soledad y del aislamiento en que me hallo? Imposible parece que una persona de mi posición, con tantos elementos como dicen, para ser feliz, viva tan desgraciada como vivo yo.

Y poco á poco, á pesar de sus propósitos de rechazar las ideas importunas que se le ocurrían, Mercedes volvióse á dejar dominar por ellas, en términos que fué necesario que repetidas veces la avisaran para que saliese al comedor.

Más silenciosa y triste que de ordinario, fué aquel día la comida.

Jamás le había parecido tan sola aquella casa y tan grande el aislamiento en que vivía.

Los parientes que tenía eran lejanos, en su mayoría tenían fijada en Madrid la residencia, y por lo tanto, era imposible que tratara de buscar algún consuelo á su profundo dolor, en la amistad ó en el afecto de ellos.

Marcos, que observó su estado, la preguntó con cariñosa solicitud:

—¿Qué es eso, señorita? ¿no está usted buena?

—Sí,—contestó la joven.—¿Conque parece que tu hijo se marcha?

—Es lo mejor que puede hacer,—repuso el mayordomo.

—¡Ah! vamos. ¿Conque tú estás conforme con su marcha?

—Verá usted, señorita; ya que hemos hecho lo más, natural es que hagamos lo menos. El dice que para su carrera le es necesario ese viaje á Italia; y ya se ve, no hay más remedio que dejarle que se marche.

—Tienes razón. Pero sin embargo, hace tan poco tiempo que ha venido...

La frente del mayordomo se nubló algún tanto.

—Y valiera más que no hubiese venido,—murmuró.

Mercedes comprendió la frase que acababa de pronunciar el mayordomo, mas por el momento, sin duda, no creyó prudente hacerse cargo de ella.

—Yo creí,—le dijo,—que te habías opuesto á que ese viaje se verificara, según me parece que me dijiste cuando vino.

—Es verdad, señorita,—repuso Marcos un tanto turbado al contestar á las palabras de la joven,—no me agradaba que se alejase tan pronto; pero ya se ve, después han venido ciertos acontecimientos, y me han hecho comprender que realmente se debía marchar.

—Pero hombre, esos acontecimientos habrán tenido lugar aquí, sin duda.

—Sí, señora.

—¿Y á qué se refieren?

—Cosas nuestras, asuntos de familia...

Y el mayordomo, trató de eludir la conversación, advirtiéndose desde luego en su turbación, que le mortificaban las preguntas de la joven.

Esta no insistió.

Comprendió que Marcos no quería hablar más, y por lo tanto, puso término á la conversación.

El resto de la comida fué completamente silencioso.

Lo dicho por Faustina y las reticencias de Marcos, hicieron comprender á Mercedes, que tal vez la suposición de la doncella, podía tener alguna razón de ser.

Ricardo habría revelado á su padre algo, que debió hacerle modificar su opinión.

Y este algo no podía ser sino algún compromiso de amor, compromiso contraído por el joven, y que le obligaba á cumplir sin perdida de momento.

Más pensativa que de ordinario, no sabiendo definir si era tristeza, despecho, cólera ó dolor, lo que sentía, aquella tarde, salió Mercedes á recorrer el campo, según acostumbraba.

—¿Quiere la señorita que le acompañe?—dijo Faustina.

—No.

—¿Va á salir la señorita á caballo?—volvió á interrogar la doncella.

—No.

—Entonces...

—No necesito á nadie.

Y Mercedes se lanzó fuera de la casa, internándose á poco por los hermosos campos que rodeaban su casa.

Tenía necesidad de poderse entregar libremente á las tristes ideas que la embargaban.

A la soledad de su espíritu, se avenía perfectamente aquella otra soledad de la naturaleza; así fué, que buscó los lugares más solitarios y aquellos donde hubiera sido una casualidad encontrar algún labrador, fueron visitados por Mercedes.

De pronto y cuando más abstraída estaba en sus meditaciones, la sacó de ellas ligero rumor de pasos que percibió á no muy larga distancia, y poco después, Ricardo aparecía ante su vista.

CAPITULO XIII

Continuación del mismo asunto

Mercedes, se quedó inmóvil en el mismo sitio en que la sorprendiera la aparición de Ricardo, reflejando en su rostro algo, que así podía ser la sorpresa y el disgusto de verse inquietada en la soledad que había buscado, como la alegría de encontrar una ocasión ardientemente deseada.

—Señorita,—dijo Ricardo, que también se había quedado inmóvil, á cierta distancia de la joven,—sentiría haberla interrumpido en su paseo ó en sus meditaciones, y en este caso, después de saludarla, me alejaré buscando otro camino para dirigirme al pueblo

Tal vez esto hubiese sido lo más prudente.

Pero Mercedes se apresuró á contestar.

—No me ha molestado usted. Por otra parte, el campo es de todo el mundo, y para no exponerse á tener encuentros de ninguna especie, lo prudente es no salir de casa.

—Es que á veces en casa, y en esto hablo por mí, parece como que no se puede pensar con tanta libertad como en medio de la soledad del campo. Aquí, parece como que todo contribuye á que el pensamiento pueda concentrarse con mayor facilidad en un objeto determinado, y de aquí que yo elija estos lugares para pensar.

—¿Para pensar, sin duda, en el objeto que le llama á usted lejos de aquí?—dijo la joven con acento ligeramente irónico.

—¡Un objeto que me llame lejos de aquí! Dispénseme usted, señorita, pues si precisamente es aquí donde se encuentra todo cuanto puede hacer más agradable mi vida.

—Así debiera ser al menos,—contestó la joven, cuyo semblante se había enrojecido, sin que ella misma hubiera podido darse cuenta de la razón,—porque aquí se encuentran sus padres, que indudablemente deben ser para usted lo más agradable.

—Ha dicho usted un «así debiera ser,» que ha llamado mi atención.

—¿Por qué?

—Porque eso envuelve una especie de duda respecto á lo que es una verdad.

—¡Oh! si fuera verdad, no pretendería usted alejarse de aquí,—contestó vivamente Mercedes.

—Hay razones poderosas que me obligan á salir de Epila.

—No, no, si no pretendo saberlas. Comprendo desde luego, que esas razones tienen que ser de tal naturaleza, que al lado de ellas no signifique nada, ni el cariño de los padres, ni los afectos que siempre se encierran en el país donde uno ha nacido.

—Yo no tengo otra razón para alejarme de aquí que la

de mi posición. Ya sabe usted, señorita, que no he tenido más que una sola aspiración en el mundo.

—Dispénseme usted, Ricardo, que yo no sé nada, no sé más ni menos, sino que ha pasado usted muchos años lejos de aquí, que al cabo de ellos, ha venido, y cuando todos creíamos, es decir, cuando su padre de usted suponía que su estancia iba á ser larga, de la noche á la mañana, he sabido que cual si le pesara esta casa, cual si el pueblo donde ha visto la primera luz, se le viniera encima, no desea más que alejarse.

—¡Oh! no, señorita,—exclamó Ricardo con una vehemencia que no pudo menos de impresionar á la joven,—crea usted que con todo el dolor de mi alma, pareciéndome que me dejo aquí toda mi alegría, toda mi felicidad, mi vida entera, así será como me alejaré de aquí.

* * *

Mercedes, no pudo menos de inclinar la vista hacia el suelo, porque la mirada con que Ricardo había acompañado sus palabras y la expresión que dió á éstas, la produjeran un efecto extraordinario.

Jamás le habían parecido las inflexiones de aquella voz, más dulces, ni más tiernas.

El sentimiento que vibraba en el acento del joven, se armonizaba de tal manera con el suyo, que su corazón empezó á latir con violencia, y para dominar su turbación y temerosa de que Ricardo la advirtiera, inclinó la vista, permaneciendo silenciosa algunos momentos.

Ricardo, continuó:

—Siento, señorita, la opinión que haya usted podido formar por esa marcha, que, después de todo, está justificada

también por las mismas exigencias del arte á que me dedico. Si algo he de adelantar, si algo he de aprender, si esa aspiración de mi alma puede realizarse, únicamente en Italia es donde esto puede tener lugar. Esté usted segura, que esto es lo que podría obligarme á abandonar, como la he dicho, el país donde están todos mis recuerdos, donde están todos mis afectos, esos afectos de la niñez, que jamás se olvidan.

—¡Ya lo creo que se olvidan!—repuso la joven con un acento indefinible,—quien tal vez no lleguen á olvidarlos, serán los que aquí quedan, pero los que se marchan, los que van á ver objetos nuevos y quizás entre esos objetos alguno que en su corazón ha dejado ya profunda huella, esos, desengáñese usted, que van á gozar, y para ellos no deben tener mucha importancia todos esos recuerdos.

—En mal concepto me tiene usted por lo visto,—repuso Ricardo, para quien no había pasado desapercibida la intención que la joven dió á sus palabras.

—No por cierto,—dijo ésta;—hace usted lo mismo que la mayoría de los hombres; al manantial de los recuerdos sustituyen el Océano del olvido.

—¡Señorita, por Dios!

—No hace usted más ni menos que obedecer á una ley natural.

—Dispénseme usted, obedezco á una ley imperiosa impuesta por las conveniencias sociales, — replicó Ricardo con violencia.

—¡Las conveniencias sociales!...

—Sí, señorita, no retiro la palabra.

—¡Ah! ya comprendo lo que quiere usted decir. Su compromiso, sin duda, ha adquirido tales proporciones que no podría usted, sin faltar á la dignidad y al decoro, dejar de cumplirle. Eso, más que conveniencias sociales es cumplir el deber que todo hombre honrado tiene.

Ricardo movió la cabeza negativamente.

—No es eso,—dijo.

—Pues sus palabras...

—Mis palabras, han sido, sin duda alguna, mal interpretadas por usted.

—Yo me atengo á lo que he dicho

—Las conveniencias sociales á que he aludido, no son las de cubrir compromisos de ninguna especie.

—Natural es que usted trate de negarlo.

—Mal me conoce usted, vuelvo á repetir. Buenas ó malas, no me he acostumbrado jamás á disfrazar mis acciones. Las confieso tal como son.

—¿Entonces?...

—Entonces quiero decir, señorita, que esas conveniencias sociales á que me refiero, son de otra naturaleza distinta de lo que usted cree.

—Por más que usted diga, Ricardo, la verdad es que muy poderosa tiene que ser esa razón que así le obliga á desatender el ruego de su padre.

—¡El ruego de mi padre!—exclamó sorprendido Ricardo.

—Es natural; su padre de usted no puede ver con satisfacción una ausencia semejante.

—Y si yo le dijera á usted que precisamente porque comprendo que la voluntad de mi padre tiene su razón de ser, accedo á ella y que esa voluntad es la que determina este viaje.

—¿Qué está usted diciendo?

—Nada, señorita. Suplico á usted que pongamos término á esta conversación; usted no me querrá creer porque la veo ya muy predispuesta en contra mía y, francamente, el que usted no me crea, es lo más duro que existe para mí.

*
* *

El acento empleado por Ricardo al pronunciar las anteriores frases, vibró con una expresión que conmovió profundamente a la joven.

Había algo desconocido, algo misterioso en la resolución indicada por el joven, que excitaba la curiosidad de Mercedes.

La suposición que había hecho Faustina, la estaba punzando en el corazón.

Y por más que Ricardo pretendiera desmentirla, por más que quisiera justificar su marcha con aquellas razones de conveniencia social que había dicho, Mercedes, que no veía clara, como vulgarmente se dice, semejante razón, volvió á insistir diciendo:

—Si es que á usted le enoja el hablar conmigo, si es que yo he abusado de la confianza que creí merecerle y á la cual me parecía que me daba algún derecho el afecto del compañero de infancia, pongamos desde luego término á esta conversación, suplicándole que me dispense la libertad que me puedo haber tomado.

—¡Por piedad, señorita!—exclamó Ricardo revelando en su acento y en la expresión de su rostro el dolor que experimentaba.—¿Es posible que sea usted la que así me hable? acaso no tiene usted derecho, no digo yo para preguntarme, para acriminarme, para castigarme si necesario fuera, por cualquier falta que hubiese cometido. ¡Ofenderme sus palabras de usted! ¡Dios mío! si quisiera estarlas oyendo toda la vida, si el único favor que pudiera otorgarmente el cielo sería poderlas escuchar á la hora de mi muerte, para que su sonido llegara hasta mí en la negra noche de la tumba.

Mercedes sintió algo en su corazón que la hizo estremecerse.

Vibraba el acento de Ricardo con inflexiones tales, que se armonizaban, sin que ella misma pudiera comprenderlo, con los sentimientos de su pecho.

La mirada fija en el suelo, palpitante de emoción, había ya terminado de hablar Ricardo y parecíale que todavía percibía su oído el rumor de sus palabras.

—¡Válgame Dios, señorita,—prosiguió diciendo el joven, —y que desgraciado soy cuando de esa manera me juzga usted!

—No tiene nada de particular, porque como le veo que trata de disfrazar la verdadera causa de su partida.

—¡Qué yo trato de disfrazarla! ¿en qué se funda usted para decir eso?

—En que mis noticias son muy distintas de lo que usted dice. Razones de corazón, cuestiones de sentimiento, compromisos de amor son los que, según estas voces, le llevan á usted lejos de aquí.

—¿Lo cree usted así?—dijo Ricardo después de algunos momentos de silencio.

—Mientras usted no me diga lo contrario.

—Pues bien, señorita, ya que así hablan, tiene usted razón, es cuestión de amor la que me lleva lejos de estos lugares.

CAPITULO XIV

La situación va haciéndose cada vez más peligrosa

MERCEDES, por un movimiento involuntario, llevóse entrambas manos al pecho.

Parecía que las palabras de Ricardo, al repercutir dentro de él, habían herido alguna de sus fibras.

Palideció intensamente y estuvo algunos segundos sin poder contestar.

Al cabo de ellos, haciendo un esfuerzo para sonreirse, dijo:

—¿Lo ve usted? al fin ha tenido que concluir por confesar. Muy bien hecho,—prosiguió la joven con acento ligeramente irónico,—ya que ha adquirido usted el compromiso, natural es que le cumpla.

—¡Pero por Dios, señorita! ¿qué quiere usted decir?

—Nada absolutamente, lo que usted mismo ha dicho.

—¡Yo!

—Sí, señor.

—¡Pero por Dios, trata usted de volverme loco!

—¿Se vuelve usted atrás?

—¡Pero Dios mío, si yo no he dicho semejante cosa!

—¿No acaba usted de afirmar que es efectivamente una cuestión de amor la que le lleva lejos de aquí?

—Sí, señora.

—Entonces...

—No es el amor que usted se figura; es algo de amor también, pero que no debe usted comprenderlo, ni yo tampoco decirlo.

—¿Tan vergonzoso es?—dijo la joven con severo acento.

—¡Vergonzoso!... Señorita, ruego á usted que nada más me diga. Mi desdichada suerte querrá sin duda que piense usted mal de mí, que me anonade bajo el peso de su desprecio, pero no puedo ni debo decir nada más.

—Perfectamente, Ricardo. No creí que á tal extremo hubiese usted llegado, no podía imaginarme que los aires de la corte donde ha residido tanto tiempo, hubiesen podido cambiarle de esa manera. Hace usted muy bien en marcharse, porque ya comprendo que aquí no estaría bien, ni este debe ser, sin duda alguna, el lugar que debe ocupar.

—¡Oh! que implacable es conmigo la suerte,—murmuró el joven con un acento imposible de describir.

—A mí me parece,—dijo Mercedes,—que no debe uno renegar de aquella suerte que se ha buscado.

Ricardo contempló á la joven breves momentos, y después la dijo con un acento indefinible:

—Tiene usted razón.

—Demasiado lo sé. En fin, siento el tiempo que le hecho perder aquí. Adiós, Ricardo; por si no nos volvemos á ver, desearé que lleve usted un felicísimo viaje, y que sea usted más

feliz todavía en ese nuevo estado que se ha creado usted mismo.

—¡Señorita!

—Nada, nada, lo dicho.

Y la joven dió algunos pasos para alejarse de allí.

* * *

Mercedes hacía esfuerzos para contener una lágrima que hacía tiempo estaba temblando entre sus párpados.

Y quería alejarse de allí para evitar que Ricardo la viera.

Este á su vez había estado haciendo también colosales esfuerzos para obligar á su corazón á que siguiera callando.

Tal vez si la baronesa se hubiese limitado á saludarle, alejándose después, hubiera tenido fuerzas para consumar su sacrificio y alejarse de Epila, tal vez para no volver más á ella.

Pero como que en Mercedes había también algo que ni ella misma lo conocía y que lo ignoraba Ricardo, se detuvo, le habló, inquirió causas, buscó razones, y como que el amor incipiente estaba agitándose en su corazón, y este amor había sido excitado por los celos despertados por Faustina, la joven fué poco á poco colocándose y colocando á Ricardo al borde del precipicio que Marcos había querido evitar obligando á su hijo á que se alejase de allí.

Ella ignoraba, como hemos dicho, la razón que había para los sentimientos que se agitaban en su pecho.

No podía definir ni el amor que sentía, ni los celos que la abrasaban.

Completamente virgen su corazón para otros afectos que no fueran los filiales ó los fraternales, iba poco á poco penetrando en un peligrosísimo sendero cuyos riesgos no podía por ningún estilo adivinar.

Había momentos en que el instinto suplía lo que le faltaba de experiencia.

Instintivamente adivinaba el peligro, quería retroceder; pero á semejanza de aquellos que metidos en un terreno pantanoso, cuantos más esfuerzos hacen para salir de él más se van hundiendo, así la joven pretendiendo eludir el daño, iba corriendo inconscientemente hacia él.

Ricardo á su vez sentíase dolorosamente herido.

Aquella mujer á quien amaba con tanta locura, aquella especie de ídolo misterioso al cual rendía ferviente culto, aquella virgen de inmaculada pureza que veía flotar incesantemente ante sus ojos de artista, dudaba de él, le acusaba, le juzgaba un libertino quizás, y la idea de un juicio tan desfavorable le desesperaba.

Había tratado de engrandecerse para ella, y sin embargo las circunstancias le empequeñecían de tal modo, que iba á ser para Mercedes poco menos que un objeto de tedio y de disgusto.

Ante este pensamiento se sublevaba.

Sus buenos propósitos de callar, de alejarse de allí, de sufrirlo todo, se habían desvanecido.

Quedar ante la vista de Mercedes de aquel modo, era imposible.

Pero romper el secreto que se había propuesto guardar, exponerse á un desprecio mucho mayor, era también horrible para el desdichado cuya locura había ido aumentando por momentos.

Resuelto estaba á arrostrar el primer peligro, es decir, el de que la joven le creyera un libertino vulgar, uno de esos calaveras que van buscando únicamente el placer y que no pueden avenirse con los tranquilos goces del hogar doméstico y de la familia.

Pero como que había algo en su corazón que se sublevaba contra la idea de ser juzgado de aquel modo, precisamente por la mujer á quien tanto amaba, aun á riesgo de ser despreciado por ella, resolvió hablar.

De todas maneras estaba ya perdido en su concepto.

Juzgándole un libertino, podría despreciarle; juzgándole un insensato, porque insensatez era desde su inmensa pequeñez pretender fijar sus miradas en el sol, quizás le compadecería.

Y entre el desprecio y la compasión, siempre era preferible lo segundo á lo primero.

*
* *

—Señorita,—dijo tratando de detener á la joven en el mismo momento en que pretendía alejarse de allí,—permítame usted un solo instante.

Y su acento era tan tembloroso, que la joven le miró atentamente y le dijo:

—¿Qué quiere usted?

—Tengo necesidad de que me escuche usted, porque no es posible que me resigne á alejarme de aquí bajo el peso de su desprecio.

—¿De mi desprecio?

—Sí, señora

—Yo no he aprendido todavía á despreciar á nadie, Ricardo; podrá dolerme ver que personas á quienes he profesado algún afecto, siguen torcido camino, pero nada más.

—Es decir, que hoy no profesa usted, al que juzga un libertino, el afecto que profesó al compañero de su infancia.

—No comprendo.

—Pues bien, señorita,—contestó el joven con resolución,—no quiero aparecer ante los ojos de usted como un hombre

indigno del afecto de una persona honrada; antes que eso prefiero que me considere usted como un loco, como un atrevido, como un insensato que ha pretendido escalar el cielo, y que falto de medios para conseguirlo, se ha despeñado en el más horrible de los precipicios. Quiero que me tenga usted compasión, porque no quiero que me desprecie.

—¿Pero está usted en su juicio, Ricardo? ¿por qué he de despreciarle? ¿por qué he de compadecerle?

—Por esa misma locura de que antes la hablaba.

—¿Pero en qué consiste esa locura?—preguntó la joven retrocediendo y dando un paso hacia Ricardo.

—Ruego á usted, señorita, que me escuche hasta el fin, ya que en el extremo que hemos llegado no tengo más remedio que hablar. Será la primera y última vez que oirá usted este lenguaje. Mi marcha dispuesta de antemano no ha de detenerse por lo que voy á decirla. Lo único que hay es que pretendo variar el juicio que pueda usted formar respecto á mí.

—No comprendo lo que usted pretende.

—Nada más, sino que me escuche.

—¿Para qué?

—Para que sepa usted la verdadera razón de mi partida, para que no me juzgue ni dominado por vergonzosas pasiones, ni arrastrado por otros afectos nacidos fuera de aquí. ¿Sabe usted por qué quiero alejarme?

—¿Por qué?—preguntó la joven imprudentemente, arrastrada por la misma fuerza de la situación.

—Porque amo á usted, señorita;—contestó sencillamente Ricardo.—Ahora ya lo sabe usted. El afecto del niño se trocó en el amor del hombre. Comprendí lo humilde de mi condición y quise salir de ella. La quimera ofuscó mi razón; impulsado por ella pretendí elevarme y formar con el arte un

blasón no menos respetable que el de la nobleza. He trabajado, he subido las primeras gradas de ese templo al cual pretendo llegar, formando el propósito á la vez de encerrar dentro de mi pecho este afecto que no debía salir de él sino el día en que hubiese llegado á la cúspide del edificio que pretendía escalar. Sin embargo, la desgracia ha hecho que mi propósito no se haya realizado; suposiciones injuriosas han llegado hasta usted; he comprendido que se me juzgaba injustamente y la necesidad de justificarme me ha hecho faltar á la prudencia. Ahora ya conoce usted mi secreto, ahora compadezca al insensato, al loco, al iluso que se ha atrevido á acariciar tan encantador ensueño; pero ¡por Dios! señorita, no desprecie usted al hombre.

*
* *

Pintar la impresión que Mercedes recibió al escuchar las primeras frases de Ricardo diciéndola que la amaba, sería completamente imposible.

Mezcla de asombro y de alegría, de sentimiento y de sorpresa, de dolor y de placer al mismo tiempo, experimentaba su corazón y los efluvios de éste subían hasta su rostro, donde se reflejaban como en un cristal todas aquellas sensaciones.

Fijaba sus ojos en Ricardo y se apresuraba á separar de él sus miradas inmediatamente.

Pretendía dar un paso para aproximarse á él y retrocedía.

Ni sabía qué actitud tomar, ni qué palabras decir, ni qué sentimiento demostrar.

Sentía su pecho inundado de una sensación desconocida; ignorante como estaba no podía definir si era hija de un inmenso dolor ó de una suprema felicidad.

Ricardo había cesado de hablar y ella le escuchaba todavía.

Porque cada una de aquellas palabras resonaban en su oído con inflexiones tales y las iba reteniendo de tal manera que, aun después de pronunciadas, su vibración continuaba para ella.

Ricardo había estado hablando casi sin mirarla.

Temeroso de que en aquel semblante apareciese una nube que le desconcertara en absoluto, no se atrevía á fijar sus ojos en él.

Unicamente cuando concluyó, fué cuando se atrevió á mirar.

Y como que en el momento que la luz de sus pupilas se cruzó con el destello de las de Mercedes, ésta se apresuró á separar su mirada, el joven sintió un frío horrible en el pecho, y dijo:

—He obrado como debía; he dicho á usted la verdad y ahora... ahora ya puedo marcharme para siempre.

Y dió algunos pasos para alejarse de allí.

Entonces Mercedes volvióse vivamente hacia él y como cediendo á irresistible impulso, le dijo:

—Ricardo, quédese usted.

CAPITULO XV

Celos

El día siguiente era el destinado para la marcha de Ricardo.

Y, sin embargo, el joven no se movió de Epila.

Y con gran asombro de su padre, á la anterior tristeza y melancolía de que constantemente estaba cubierto su rostro, sucedió una expresión de alegría que no dejó de llamar la atención de Marcos, que murmuraba:

—¡Otra que Dios! ¿qué tiene el *maño* que de la noche á la mañana está tan cambiado? Mucho ojo, Marcos, mucho ojo, porque el diablo anda suelto á veces y hasta ahora nadie tuvo que decir nada de los Santoyos.

Y cuando encontró ocasión oportuna; dijo á Ricardo:

—Pero oye, ¿no dijiste que te ibas á marchar hoy?

—No me sentía muy bien esta mañana, y como que por otra parte, tampoco era de una precisión absoluta que hoy emprendiera el viaje...

—¡Miren que otra! pues tú te lo dices todo. Antes mucha prisa para llegar á Roma, mientras que ahora...

—Ahora no crea usted que me retrase mucho.

—Es decir, que piensas marcharte

—Pues ¿quién lo duda?

—¿Pero cuándo?

—¡Caramba, padre! parece que le pesa á usted el que yo permanezca aquí.

—Sí, hombre, sí; yo me entiendo y bailo solo, como dijo el otro. Bien sabe Dios, que tanto tu madre como yo sentiremos tu ausencia, ¡vaya si la sentiremos! como que para eso eres nuestro hijo; pero á pesar de eso es conveniente que te vayas, *mañico*, créelo, que te lo dice tu padre.

Y el acento de Marcos, que al empezar á hablar era jovial y alegre, al concluir respiraba cierta gravedad que llamó la atención de su hijo:

—Pero vamos á ver, padre,—le dijo,—¿por qué varias veces me ha dicho usted ya, que es conveniente que me vaya? ¿Acaso existe para mí, algún peligro permaneciendo aquí?

El mayordomo miró fijamente á su hijo.

Su mirada debía tener tal firmeza y tanto poder, que Ricardo no pudo menos de inclinar la suya completamente turbado.

Marcos se sonrió tristemente.

—Tu mismo,—le dijo,—acabas de contestarte. No tengo necesidad alguna de añadir nada á lo que tu misma conciencia te está diciendo.

—Pero padre...

—Vuelvo á repetirte que es necesario que te alejes de aquí cuanto antes; el aire que aquí estás respirando, es nocivo para tí... y para nosotros también.

—¡Oh! padre mío, ¿y si lejos de aquí sucumbo á mi dolor y á mi angustia?—dijo el joven con voz en que se revelaba su sufrimiento.

Marcos no contestó por el momento.

Su semblante se había alterado al comprender todo lo horrible que para él tendría que se realizara lo que su hijo acababa de apuntar.

Pero esta debilidad fué de corta duración.

—Si mueres lejos de aquí,—dijo con voz entera,—se habrá cumplido tu suerte. Al menos habrás muerto digno de tí y de nosotros.

Y después de estas palabras, el mayordomo se alejó de su hijo, reflejando en su semblante el dolor que sentía.

*
* *

Aquella noche, Mercedes salió á pasear por el jardín que tenía la casa.

A ninguno de sus criados le sorprendió aquel paseo, que muchas noches daba la señorita.

Ricardo se había marchado al casino que había en Epila.

Mas á pesar de esto, el caso fué que Ricardo y Mercedes se vieron en el jardín.

Y que la joven se retiró á sus habitaciones algo más tarde que de ordinario.

Faustina, que estaba esperando á su señorita, no pudo menos de decirle:

—¡Caramba! señorita. Ya pensaba en ir á buscarla por el jardín, temiéndome no le hubiese sucedido algo.

—¿Y qué me había de suceder?

—¡Qué sé yo! Como que hace dos ó tres días que dice usted que no se encuentra muy bien...

—No, pues precisamente hoy estoy mucho mejor.

—Me alegro mucho.

—Por eso te lo digo.

—Y la medicina por lo visto,—añadió la maliciosa muchacha,—no debe haber costado mucho.

—No por cierto.

—Vaya, más vale así.

Y Faustina, que no cesaba de observar á su señorita, no pudo menos de hacerse cargo de que su semblante estaba completamente esclarecido; que de la pasada tristeza no quedaba huella alguna, y que por el contrario, en él estaba retratándose la alegría de su corazón.

La doncella no pudo menos de morderse los labios.

—Supongo, señorita,—dijo,—que ya sabrá usted la novedad.

—¡La novedad! ¿De qué?

—¡Toma! que no se ha marchado Ricardo.

—¿Y eso es novedad?

La doncella se quedó mirando á su señorita y después dijo:

—¡Ah! vamos, ahora lo comprendo; es que usted lo sabía ya.

—¡Pero qué había yo de saber!—exclamó la joven mirando con alguna irritación á la doncella.

—Como no encuentra usted novedad en esa noticia.

—¿Pero tú crees que eso para mí tiene importancia alguna? No sé por qué has de estar siempre hablando de lo mismo; ¿qué tengo yo que ver con que se marche ó se quede Ricardo?

—Dispense usted, señorita,—repuso Faustina un tanto desconcertada al ver la actitud que la baronesa había tomado.

—Ya podías imaginarte que había de llegar un momento en que hubieran de parecerme fastidiosas y ridículas tus observaciones.

—Si yo hubiera podido sospechar que había usted de calificar de ridículo cuanto se refiriese á Ricardo, que al fin y al cabo, lo mismo que yo, nos hemos criado con usted...

Y Faustina fingió que estaba tan conmovida, que casi iba á llorar.

Esto era más que suficiente para desvanecer el disgusto que de la joven se había apoderado, al ver el manifiesto empeño que la doncella ponía en hablarle de Ricardo.

—Vaya, vaya,—la dijo,—no vengas ahora con lloriqueos que bien sabes que cuanto te digo, no es para que lo tomes de ese modo. Ya se ve que no me es indiferente cuanto se refiera á Ricardo ó á tí, que habéis sido mis compañeros de infancia. ¡Pero mujer, si llevas ya una porción de días que parece que no te se quita de los labios el nombre de ese muchacho...!

—Si hubiera sabido que la había de molestar...

—No hablemos más de eso; vete á dormir.

*
* *

Faustina, no obedeció, por cierto, el deseo manifestado por su ama.

El choque que había recibido era demasiado violento para que pudiera irse á dormir, según aquélla le había indicado.

Una vez que estuvo fuera de las habitaciones de su señora, su cólera allí contenida, su despecho y sus celos, estallaron con violencia.

Al dirigirse á su cuarto, iba murmurando:

—No, lo que es á mí, no me engañas tú, ni otra que sepa más que tú. ¿Querrá negarme que no sabía la suspensión del

viaje de Ricardo? Como que si á mano viene será ella misma quien se lo habrá prohibido. ¡Si creerá que se me ha escapado la expresión que ha tomado su semblante cuando le he dicho que estuve á punto de salir al jardín á buscarla! ¡Oh! pero yo lo descubriré. Se ocultan de mí, y puede que algún día les pese. ¿Pero qué se propondrán el uno y la otra? ¡Parece mentira que Ricardo me engañe de ese modo! ¡estar á mi lado tanto tiempo, y no comprender mi amor! Es verdad; ella le estaba embaucando con sus monadas... después, ella es rica, y yo soy pobre... Ya se ve, la de todos los hombres; donde puedan sacar mayor partido. Por supuesto, que lo que es ésta, hará lo que suelen hacer todos estos grandes señorones, el día en que se canse de él, ó el en que se le presente otro partido mejor, ¡adiós Ricardo! si te he visto no me acuerdo... ¡y qué no gozaré yo poco aquel día! Por supuesto, que si esto lo llegara á saber el hermano de la señorita, ¡madre mía del Pilar, y la que se iba á armar en esta casa! Y lo que es llegarlo á saber, ya lo creo; en este mundo todo se sabe, y cuando alguien tiene interés en decirlo, con mayor motivo. No, pues lo que es conmigo, que no jueguen, porque el juego les podría costar muy caro.

Y la vengativa muchacha, fluctuando entre el despecho, el amor, la cólera y los celos, llevóse gran parte de la noche.

*
* *

Ricardo, había vuelto, como vulgarmente se dice, de la muerte á la vida.

Mercedes le amaba.

Las palabras de Ricardo habían sido una revelación para esta.

Aquel estado inexplicable que la dominaba, tuvo razón de

ser, y comprendió perfectamente que en ella también se había verificado la transformación de que Ricardo la hablara entre el afecto de la niña, y el cariño de la mujer.

Y con toda la ingenuidad de su alma, sin comprender la existencia de un peligro con el cual no había soñado jamás, se entregó á aquel amor, que no hubiera vacilado en confiar á Marcos, á no haber sido por la prohibición terminante que la hizo el joven.

Ricardo conocía perfectamente el carácter de su padre, y temía lo que podía suceder el día en que adquiriera la evidencia de la verdadera causa que impedía la marcha de su hijo.

Al día siguiente, Faustina procuró encontrarse con Ricardo.

El joven evitaba, hacía dos días, no sólo encontrarse con la doncella, sino que hasta con su mismo padre, evitaba el encuentro.

Para demorar su viaje, había pretextado la necesidad de hacer dos ó tres cuadros de género, que quería llevar á París antes de marchar á Italia.

Para esto, salía de su casa muy temprano y volvía al anochecer.

Cenaba con su familia y volvía á marcharse al casino, de donde regresaba cuando ya todos se habían recogido en la casa.

De este modo evitaba tener que dar explicaciones á nadie respecto á la suspensión de su viaje, ni que en su semblante advirtieran lo que á él no le convenía.

Por otra parte, en el campo podía ver á Mercedes, que salía como de costumbre, y con la cual quedaba citado.

Por la noche, apenas llegaba al casino, volvía á salir de él, se dirigía hacia el jardín de la casa solariega, cuyas tapias

daban á las afueras del pueblo, las escalaba, y también se encontraba con Mercedes que ya le estaba esperando.

De este modo, el secreto de sus amores podía permanecer perfectamente guardado durante un largo espacio, á no llegar alguna imprudencia á ponerlo de manifiesto.

CAPITULO XVI

La imprudencia

Dijimos en el capítulo anterior, que Faustina al día siguiente de la escena que tuvo con su señora, procuró hacerse la encontradiza con Ricardo.

Precisamente le sorprendió en el momento en que iba á salir de la casa.

—Pues apenas si madrugas,—le dijo.

—Cuando menos, lo mismo que tú,—le contestó Ricardo de mal talante.

—En mí no tiene nada de extraño, porque al fin y al cabo estoy acostumbrada; pero yo creí que tú habías perdido ya esas costumbres allá en Madrid:

—Ya ves que no.

—¿Conque parece que ya no te marchas?

—¿Quién te lo ha dicho?

—A la vista está.

—Un aplazamiento, no es haber desistido del proyecto primitivo.

—¡Ah! ¿es decir que tú marcha no está más que aplazada?

—Nada más.

—¿Y eso lo sabe la señorita?—preguntó Faustina mirando á Ricardo y acentuando bastante sus palabras.

—¡Toma! ¿y qué tiene que ver la señorita con esto?

—Vaya si tiene que ver; pues poco mal que la sabía el que te fueses.

—Vamos, Faustina, déjame en paz y no me vengas ahora con tonterías que á nada conducen ¡Mira tú que decir que á la señorita le importaba el que yo me fuera ó me quedase!

—Mal haces en disimularlo, Ricardo,—repuso la joven,—y venirme á mí con disimulos... Si creerás que yo me mamo el dedo.

—Lo que tú tienes, Faustina, es mucho de maliciosa, y más todavía de mal pensada. No eras por cierto así, cuando pequeña.

—Serán defectos que habré ganado con la edad.

—Me parece que sí.

—En cambio habrás descubierto nuevas perfecciones en la señorita.

—¡Puede!—repuso Ricardo, haciendo esfuerzos para contener su cólera.—Por de pronto tiene la buena condición de quererte, cuando tú, á lo que veo, no eres digna de ello.

—Tú lo dirás únicamente, y con ello me pruebas el afecto que la profesas.

—El que la tuve siempre.

—No, el que la tienes hoy.

—Vaya, Faustina, terminemos esta conversación, porque al paso que va, me vería obligado á decirte algo que no te

acomodara. Pero no olvides que es de tu señorita de quien hablas, que no le has merecido nunca más que afecto y cariño, y que yo, que no he cambiado en lo más mínimo desde que era niño, no consentiré que ni aun tú, que también te has criado conmigo y con ella, la faltes de la manera que pretendes hacerlo.

—¡Chico, chico, pues apenas si lo tomas fuerte!

—Como debo tomarlo, y basta, porque no quiero que volvamos á tratar más de este asunto.

Y Ricardo se apresuró á coger el álbum y los pinceles, saliendo poco después de la casa.

* * *

Faustina estuvo mirándole conforme se alejaba, y cuando estuvo segura de que ya no podía oirla, y que por lo tanto podía dar rienda suelta á su cólera, exclamó:

—Anda con Dios, pobre tonto; puede que algún día tengas que arrepentirte de todo eso que me has dicho. No pases cuidado, que no volveré á hablarte más sobre ese particular, pero yo os cogeré, y entonces veremos quién es más fuerte de los tres.

Y quedóse pensativa mirando hacia el campo, en la dirección que Ricardo había tomado.

Embebida estaba en su conversación, cuando de pronto escuchó cerca de sí la voz de Marcos, que la decía:

—¿Qué es eso, Faustina? ¿qué haces ahí?

—Pues estaba mirando el camino que ha tomado Ricardo.

—¡Qué! ¿se ha marchado ya?

—¡Toma! ¿pues no lo sabía usted?

—No, acabo de levantarme ahora mismo, y creí que el muchacho estaría durmiendo todavía.

—Sí, sí, dormir; se conoce que tiene mucha prisa para marcharse por las mañanas y muy poca para volver por las tardes.

—Como que quiere acabar esos cuadros para venderlos en París antes de marchar á Italia.

—¿Y no ha encontrado usted muy extraño, señor Marcos, que tan de repente le haya entrado la gana de hacer esos cuadros, cuando ya tenía resuelta su marcha?

—¡Qué sabes tú de esas cosas!—repuso el mayordomo frunciendo el entrecejo,—cuando el chico lo ha pensado así, él sabrá por qué lo ha hecho.

—Sí, y puede que también lo sepa alguna otra persona, —murmuró Faustina.

—¿Eh? ¿qué dices?—preguntó el mayordomo que no pudo comprender bien las palabras pronunciadas por la doncella.

—Digo,—repuso ésta,—que por más que usted diga, lo que es en la conducta de Ricardo hay gato encerrado, señor Marcos, y lo que es á mí nadie me quita eso de la cabeza.

—Lo que tú eres, es una maliciosa, que valiera más que te ocuparas en cumplir en tus obligaciones, y no en observar y en criticar lo que otros hacen.

—Pues mire usted, á pesar de eso, la señorita no ha tenido que reñirme todavía.

—Porque la señorita es demasiado buena y por esta razón, todos abusáis de su bondad.

Y el mayordomo se alejó de Faustina, murmurando:

—Y el caso es, que en medio de todo, no le falta razón á esta muchacha. Su malicia va más derecha de lo que ella misma cree, y no sé de qué modo valerme para saber la verdad de todo esto. Que algo ha pasado para que el chico no se vaya, eso es positivo. Pero de qué índole es lo que ha pasado,

eso es lo que yo quisiera saber y lo que no encuentro medio alguno de averiguar.

*
* *

Varios días se pasaron así.

Una noche, Faustina, salió al jardín y comenzó á buscar á su señora por todas partes.

Caminaba, no precisamente como quien busca á una persona por quien se interesa, sino como quien pretende sorprender á alguien de quien recela.

Pero por mucha cautela que quiso emplear, fué sin duda descubierta, porque cuando con más precaución iba, y cuando creyendo haber percibido algún rumor de voces, intentaba aproximarse al lugar donde las había escuchado, sintió á espaldas suyas la voz de su señorita que decía:

—¡Eh? ¿quién anda ahí?

—Soy yo, señorita,—se apresuró á responder Faustina.

—¡Tú? ¿y qué haces aquí? ¿á qué has venido?

—Como que ya van á ser las diez y media...

—¿Y qué?

—Que temí...

—Ya te tengo dicho, que no necesito tanto cuidado ni tanta vigilancia. En el jardín de mi casa no entran rateros, ni tengo que temer atentados por parte de nadie. No olvides, Faustina, que no soy amiga de espionajes, y que no me engañan ciertas apariencias de interés, que no siempre suelen ser verdad.

—Todos estábamos inquietos en casa. Ya se lo dirá á usted su misma nodriza.

—Si tú con tus imprudencias has despertado sus inquietudes...

—Como que ella misma quería venir al jardín, ya ve usted.

—Sí, ya veo todo lo que has hecho, porque todo esto no es más que obra tuya.

—¡Obra mía! pero señorita, ¡por Dios!

—Vuelvo á repetirte lo que te he dicho, y tú sabes muy bien que no me agrada tener que volver tantas veces sobre lo mismo.

—Yo le aseguro...

—Nada, nada, no se hable más de esto, y evita el presentarte ante mí, sin que yo te llame.

Y Mercedes entró en su casa, y aquella noche se mantuvo seria y disgustada con Faustina.

*
* *

Precisamente aquella noche debía formar época en la existencia de Mercedes.

El peligro que ni ella ni Ricardo habían podido preveer, llegó del modo que llegan siempre esa clase de acontecimientos.

Desde el día en que el hijo del mayordomo suspendió su viaje y en que la palabra amor formó el lazo que unía á Mercedes y Ricardo, uno y otro sin preveerlo, sin adivinarlo, empezaron á caminar por el borde de un precipicio, en el cual debían hundirse irremediablemente.

El misterio en que quisieron envolver su amor, el secreto en que quisieron guardarle y los medios que para ello tenían que emplear, precisamente fueron los primeros cómplices que tuvieron para el delito.

Aquellas solitarias entrevistas en medio del silencio de la noche, entre el aroma de las flores, el canto de las aves y el

plácido murmullo de las fuentes que había en el jardín, eran excesivamente peligrosas.

Jóvenes, enamorados, con la ocasión propicia y la ignorancia del peligro, cuando más seguros se creían andar por el camino del amor, tropezaron y cayeron.

La falta fué irremediable.

En la embriaguez del momento, no pudieron preveer las consecuencias.

Ni el uno ni el otro, habían creído que aquel caso pudiera llegar, y, sin embargo, cual si caminaran de completo acuerdo, cayeron uno en brazos de otro, para levantarse después Mercedes, sin la blanca aureola de pureza, que hasta entonces constituyera su más hermosa dote; Ricardo, con el remordimiento de la mala acción que había cometido.

Faustina, cuando se retiró aquella noche á su habitación, murmuró:

—No tengo duda, que había oído rumor de voces, en la dirección que llevaba. A quien pertenecían, eso es lo que yo descubriré de un modo ó de otro. Ahora ya conozco el camino. Que alguien había en el jardín, no me cabe duda, y que debía ser conocido de los perros, es indiscutible. Yo llegaré hasta el fin, ó poco he de poder, y cuando haya llegado, veremos si entonces la señorita se muestra tan altanera como hasta ahora, y si Ricardo sigue tan reservado.

CAPITULO XVII

La llegada de Luis

A la mañana siguiente, Faustina aprovechó el primer momento que pudo y se dirigió hacia el jardín.

Precisamente Mercedes había ido, acompañada de su nodriza, á ver al conde de Almarza, su tutor, que estaba ligeramente indispuesto.

La doncella tenía espacio bastante para obrar, sin temor de ser interrumpida.

Resueltamente marchó hacia el lugar donde la noche anterior la pareció percibir el rumor de voces.

Precisamente el jardinero estaba también por aquellos sitios mirando con profunda atención un pequeño espacio que había junto á la tapia, donde varias plantas de flores estaban tronchadas.

—¿Qué es eso, José?—le dijo la doncella.—¿Qué está usted mirando con tanta atención?

—Una cosa que me sorprende. Los perros que jamás me

han estropeado ninguna planta, no sé qué manía les ha dado, de pocos días á esta parte, de venir por aquí, y todo esto me lo están echando á perder.

—Si que es raro.

—Y tanto. Y se conoce que es como cuestión de juego, sin duda, porque si fuera porque sintieran algo del otro lado de la tapia ya ladrarían, y maldito si se les oye en toda la noche.

—¿Y no es más que por este lado por donde ha hecho usted esa observación?

—Nada más.

Faustina miró á su vez y reparó lo que sin duda no había visto el jardinero.

Junto á una de las plantas que estaban tronchadas se distinguía perfectamente el hueco que había dejado en la tierra el tacón de una bota.

La planta del pié había caído sobre la tierna florecilla, pero el tacón había quedado estampado en la tierra.

—Verdaderamente,—dijo el jardinero prosiguiendo en sus lamentaciones,—que es muy extraño que los perros hayan dado ahora en esta manía. Como que voy á tener que trasladar el vivero de plantas á otro sitio.

Faustina seguía mirando con insistencia á la pared que en aquel punto cerraba el jardín, y su mirada perspicaz, mucho más viva puesto que estaba iluminada por los celos, se fijó en detalles que ni remotamente se le habían ocurrido al jardinero.

La pared estaba por la parte interior revestida de cal, y precisamente por aquella parte se advertían desconchados, rayas y señales de que alguien, al descolgarse por aquel sitio, con los tacones había ido determinando aquella huella.

—No tiene remedio,—pensó la joven,—por aquí entra

Ricardo. O viene provisto de una escala que deja caer por este lado, ó bien la señorita se la da por este otro. De todas maneras, este es el sitio por donde entra. ¿Pero qué necesidad tiene de eso estando dentro de la casa?

Y la joven se alejó de allí profundamente pensativa, aconsejando al jardinero que trasladase á otro punto menos expuesto las plantaciones que hacía.

—Ahora ya sé por donde se verifican las entrevistas, y cuando me convenga le sorprenderé ó haré que le sorprendan. Esto será lo mejor.

Y la joven, sonriéndose ante la diabólica idea que se le había ocurrido, llegó á la casa y se dedicó á sus habituales ocupaciones.

Así transcurrieron diez ó doce días más.

El trabajo de Ricardo respecto á los cuadros adelantaba muy poco, con gran disgusto de Marcos que más de una vez decía á su hijo:

—Pero ¡demonio! muchacho, ¿todavía no está acabado eso?

—No, señor.

—¡Pues tú qué querías estar á la entrada del invierno en Italia...! Si desde aquí te has de ir á París y has de vender esos cuadros que todavía están tan atrasados, me parece que ya tendrás que dejarlo para el año que viene.

—¡Pues déjale, hombre!—decía su mujer.—Vale más que se detenga un poco y que los cuadros salgan bien hechos, que no por precipitarse tuvieran algún defecto, por el cual los rechazaran.

—¡Ya, ya, mujer! comprendo bien lo que dices; pero yo también sé lo que debe hacerse.

—No tenga usted cuidado, padre, que ya me marcharé.

Y el mayordomo cada día estaba más inquieto, cada

día más disgustado, y como que no podía participar á nadie sus inquietudes y sus sospechas, su mal humor y su disgusto, lo pagaban precisamente los que menos culpa tenían.

Porque para el mayordomo existía algo que no comprendía.

No se le ocultaba ni la alegría del joven, ni la especie de plácida felicidad que resplandecía en el semblante de Mercedes.

¿Qué razón había para que se hubiese verificado este cambio?

Y poco antes los dos estaban inquietos, disgustados y tristes; si Ricardo había manifestado deseos de marcharse lejos, muy lejos de allí, ¿en qué consistía que cuando todo lo tenía preparado para el viaje, había cambiado tan súbitamente de opinión?

Es verdad que había dicho que tenía que pintar aquellos cuadros.

Pero el buen mayordomo comprendía perfectamente que aquello no era más que una excusa.

Y sin embargo, no se atrevía ni aun á su misma mujer, á decirle lo que pensaba.

Limitábase á observar, y sin embargo, á pesar de lo excitadas que estaban sus sospechas, no se le ocurrió espiar á su hijo, ni sospechó siquiera que aquellas salidas por la noche tuvieran el objeto de asistir á las citas con su amada.

Pero á pesar de ésto, tenía el presentimiento de la desgracia; su buen instinto le decía que aquello tenía que concluir mal, y no veía el momento de que su hijo se marchara de allí.

*
* *

Una mañana, presentóse en Epila, sin anuncio de ninguna especie, Luis, el hermano de Mercedes.

Al verle ésta, cual si tuviera el presentimiento de que aquella llegada envolvía para ella algún peligro, no pudo me-menos de estremecerse.

El marqués de la Florida, altanero, desabrido, brusco como de costumbre, había llegado á Epila con el propósito de vender unas posesiones que tenía, inmediatas á aquella localidad.

—Pero hombre, ¿es posible—le decía su hermana, después que hubo descansado de su viaje,—que prefieras tu permanencia en el extranjero, donde llevas una existencia tan agitada por lo visto, que ni aun te deja tiempo para escribirme, á la tranquila existencia que podrías llevar en tu país? El conde de Almarza, me decía el otro día que ya no te quedaban por estos contornos, más que esas posesiones que ahora quieres vender. Reflexiona, querido Luis, que después de eso, ya no te quedan más que los campos de la Rioja y los caseríos de Navarra.

—Bien, bien; ¿qué quieres decirme con todo eso?—repuso con impaciencia el joven.

—Que la residencia en esos países, tus viajes y tus gastos, van arruinándote más deprisa de lo que crees.

—Vaya, basta, Mercedes; no he venido aquí para escuchar sermones, ni oir censuras. Otro ha sido el objeto de mi viaje.

—¿Acaso el de llevarme contigo?

—¿Estás en tu juicio? ¿Qué vendrías tú á hacer á mi lado? Servirme de estorbo y nada más.

Ante la brutal contestación de su hermano, el corazón de Mercedes no pudo menos de oprimirse dolorosamente.

—¡Válgame Dios, hombre! no creí nunca que una hermana pudiera servir de estorbo á su hermano, y mucho más una hermana como yo, que siempre ha estado dispuesta á

hacer por tí cuanto ha podido, y á quererte como se quiere á un hermano.

—¿Me dices eso acaso por los cinco mil duros que te pedí cuando estaba en Londres? Ya sé que te los he de devolver, lo mismo que los tres mil que me enviaste á Bruselas, y los dos mil de París. Precisamente ahora con esta venta, quiero todo dejarlo saldado.

—Mal me juzgas, si has creído que mis palabras pudieran tener tan ruín objeto. No me acuerdo del dinero que mi tutor te ha enviado, y por lo tanto, es inútil que me hables sobre ese particular. Me quejo de tí, por tu falta de cariño, por esa especie de dejación que de mí has hecho, y por la indiferencia con que me tratas.

—Precisamente otro de los objetos de mi viaje te demostrará el error en que estás.

—¡El error!

—¡Ya lo creo! Interesándome por tí, á pesar de todo eso que dices, he encontrado para tí un partido ventajosísimo.

—¡Qué! ¿Qué quieres decir?—exclamó la joven palideciendo.

—Hija mía, que tu retrato ha llamado poderosamente la atención en Viena, donde, como sabes, tengo establecida mi casa, y uno de mis amigos, el conde de Lutzen, joven diplomático de gran porvenir é inmensamente rico, se ha enamorado de tí como un loco.

—¡Pero si no me conoce!

—¡Ya lo creo! No te estoy diciendo que ha visto tu retrato en mi habitación.

—Pero es que yo tampoco le conozco.

—Ya le conocerás; en París está esperando un telegrama para venir en seguida. Me ha pedido tu mano, y como comprenderás que no es cosa de despreciar un partido semejante...

—¿Qué quieres decir?—preguntó la joven, cuya agitación iba en aumento conforme su hermano iba adelantando en su relato.

—Ya verás, como jefe de la familia, y ante la perspectiva que un casamiento así te ofrece, yo he accedido.

—¿Pero á qué? ¿á qué es á lo que tú has accedido?—preguntó Mercedes con voz temblorosa.

—¡Toma! ¿pues á que ha de ser? á darle tu mano y á que cambies tu título de baronesa por el de condesa de Lutzen

—Eso no puede ser,—contestó la joven alzándose de su asiento.

CAPITULO XVIII

Es necesario partir

Luis se quedó mirando con insolencia á su hermana.

Y en su semblante vió tanta resolución y una negativa tan clara y tan distinta, que no pudo menos de fruncir el entrecejo y morderse los labios lleno de ira.

Porque realmente en algo de lo que acababa de decir existía un fondo de verdad.

El conde de Lutzen habíase prendado de Mercedes, cuyo retrato, como Luis había dicho, vió en su casa.

Pero el conde pertenecía á la misma clase que su amigo el marqués.

Era tan jugador, tan vicioso, tan libertino como éste, con la única diferencia de que, inmensamente rico, sus locuras, aun cuando muy costosas, no podían arruinarle.

Orgulloso con su fortuna, creía que con ella podía conseguirlo todo.

El marqués, que no era por cierto nada escrupuloso cuando necesitaba dinero, comprendió el efecto que en el conde había producido su hermana, y trató de utilizar aquel efecto.

Pidió algunas cantidades prestadas al conde, éste se las dejó, y cuando, finalmente, aquellas partidas sumaron un total respetable, le dijo un día:

—¿Sabes, querido Luis, que estoy pensando una cosa?

—¿Qué?—contestó éste.

—Que podrías darme á tu hermana, y de este modo quedarían saldadas nuestras cuentas. Dices que ella tiene un patrimonio independiente del tuyo ¿no es esto?

—Y patrimonio que ha ido acrecentándose después de la muerte de su madre, porque sus gastos son insignificantes, y nuestro tutor ha sido una especie de *rara avis* en su género, y el patrimonio de mi hermana es muy posible que no baje hoy de un millón de pesetas.

—Pues nada, lo dicho; me conviene, y como tú lo arregles, me caso con ella. La deuda que tienes contraída conmigo, será uno de mis regalos de boda.

Luis sabía todos los vicios de que adolecía el conde, y sin embargo, no vaciló en prometer al conde la mano de su hermana.

Es verdad que se trataba de una deuda, que quizás de otro modo, no hubiera satisfecho, y esto era razón más que suficiente, para que se apresurara á ratificar aquel contrato infame.

Como que tenía que marchar á España para la venta de las posesiones que tenía en Epila, según hemos dicho, acordó con su amigo aprovechar aquella circunstancia para hablar á su hermana, y como que creía que ésta se apresuraría á ceder á su voluntad, quedó ya con el conde en que esperara en París el aviso que había de darle para que fuera á reunirse con él.

Puede comprenderse por esto, el efecto que había de producirle la resolución de la joven.

*
* *

Durante un buen espacio, limitóse el marqués á contemplar á su hermana, tratando de dominar la cólera que le había causado aquella negativa tan rotunda, formulada por la joven.

Ésta no había cambiado de actitud.

De pié, mirando á su hermano, parecía dispuesta á ratificarse en sus anteriores palabras.

—¿Conque no te parece bien mi proposición?—dijo Luis por fin, mirando á su hermana.

—No,—contestó ésta con voz firme.

—¿Y por qué no?

—Porque yo no conozco á ese caballero, porque no le amo, y creo que para el matrimonio lo primero que se necesita es el cariño.

—¡Ah! vamos, ya; lo que se dice en las novelas,—contestó Luis irónicamente.—Se conoce que aquí habrás leído muchas.

—Ya se ve; como que tu indiferencia y tu olvido, me han dejado tiempo para ello.

—Sin duda que querrías que hubiese venido á encerrarme contigo, en este pueblo de mala muerte.

—Nuestros padres habían vivido aquí muy felices y muy contentos.

—¡Oh! ¡nuestros padres, nuestros padres! ellos vivieron de esa manera, y yo vivo de otra. Pero dejemos eso y hablemos de lo nuestro.

—Me parece que es muy poco lo que tenemos que hablar.

—Por el contrario, yo creo que ha de ser mucho.

—Como que no he de cambiar de voluntad...

—¿Pero por qué no? ¿Qué tiene el conde para que no le juzgues digno de darle tu mano? Es joven, rico, su nobleza es tan antigua como la nuestra, y yo no encuentro una razón para que así le desdeñes.

—Pues yo la tengo y muy grande.

—¿Cuál? ¿la de que no le amas?

—¿Te parece poco?

—Y tan poco. Pues si la mayoría de los matrimonios que se hacen entre los de nuestra clase, hubieran de hacerse por amor, ninguno se verificaría.

—Pues cásate tú de esa manera.

—Yo me casaré cuando llegue la ocasión, cómo y del modo que me convenga.

—Y á mí pretendes obligarme...

—Como te obligaría mi padre, cuyas veces hago en este momento.

—No, si papá viviera, ten por muy cierto que no me habría obligado á semejante cosa.

—En resumen, yo he dado mi palabra.

—Pues hijo, mucho lo siento, pero has hecho muy mal.

—¡Oh! es que lo que yo he prometido, debe cumplirse.

—Pues tú verás de qué modo lo has de hacer, porque lo que es yo, te lo digo desde ahora, no daré mi mano sino á aquella persona que haya conseguido interesar mi corazón.

—¿Pero tú olvidas mis derechos?

—Buenos están tus derechos, que no piensas emplearlos más que para obligarme á hacer lo que no quiero. Para esto, francamente, podías haber evitado venir.

—¡Mercedes!

—Es natural; hace cinco ó seis años que no te veo, que no has contestado siquiera á muchas de las cartas que te he dirigido, y cuando vienes al cabo de ese tiempo, es precisamente para pretender ejercer una violencia sobre mí. Vamos, á nadie más que á tí se le podría ocurrir semejante idea.

—Vaya, vaya, tengamos la fiesta en paz, y reflexiona, que precisamente, aquí no se trata más que de tu bien.

—Si te lo agradezco muchísimo, ¿cómo no he de agradecértelo si tan feliz pretendes hacerme?

Y el acento de la joven vibró con tanta ironía, que su hermano no pudo menos de morderse los labios lleno de ira.

*
* *

Mercedes estaba haciendo esfuerzos para dominarse.

Conocido el carácter de su hermano, comprendió desde luego que si por casualidad llegaba á tener un momento de debilidad, estaba perdida para siempre.

Precisamente su carácter no era á propósito para situaciones semejantes.

Quizás si Luis hubiese llegado cuando Ricardo no la había hablado todavía de su amor, cuando su corazón, por decirlo así, vagaba entre las tinieblas de un algo desconocido que no sabía definir, era muy posible que hubiese cedido.

Pero entonces, cuando su corazón estaba lleno por completo con el amor del joven, cuando le pertenecía en absoluto, cuando sin él no podía comprender la existencia, y cuando entre ellos se había cambiado el juramento de eterna fidelidad, era imposible que ella pudiera acceder.

Su mismo amor la prestaría fuerzas para sostener la lucha.

Y como que la presión que Luis podía ejercer sobre ella no tenía gran fuerza, contaba con poderla resistir.

—Supongo,—dijo el joven después de algunos momentos de reflexión,—que pensando como debes, ha de llegar el día en que accedas á mi deseo.

—Siento tenerte que quitar esa idea. Ese caballero, por más que me honre mucho la distinción que de mí ha hecho, jamás conseguirá mi mano.

—Mira, Mercedes, que semejante proceder no tiene nada de correcto.

—Tampoco el tuyo lo tiene, desde el momento en que ofreces y te comprometes á dar aquello de que no eres dueño.

—Contaba con tu obediencia.

—Se obedece en aquello que no afecta á los sentimientos. Dí, acaso, si no te he obedecido en otras cosas que me pediste.

—Y sin embargo, en esta en que tan interesado estoy...

—Sí, pretenderías que por tu egoismo especial, tu hermana sacrificase su existencia. Vamos, no creía que á tal extremo llegase tu desamor respecto á mí.

El joven se mordió los labios, y dijo después:

—Bien se comprende que has dispuesto sin duda de tu corazón, cuando así te niegas á lo que cualquiera otra mujer consideraría como una felicidad.

Mercedes no pudo menos de palidecer.

Su hermano continuó:

—Dime el nombre de la persona á quien amas.

—No amo á nadie,—contestó la joven haciendo un esfuerzo.

Pero su turbación era tan visible, que Luis no pudo menos de decir:

—Si tu misma agitación te está vendiendo, si á pesar de cuantos esfuerzos hagas, estoy leyendo en tu semblante lo que pretendes ocultarme.

—Te he dicho que no amo á nadie,—volvió á repetir la joven.

—Y yo te digo que no lo creo, y es más, yo te prometo que lo descubriré, y como que desde el momento en que tomas esa actitud estás demostrándome ya que la persona de quien se trata no es digna de tí...

—¡Luis!—exclamó la joven llena de indignación.

—Es indigna de tí, vuelvo á repetir, porque si no lo fuera ya me lo habrías dicho. Te repito que yo sabré quién es y castigaré su audacia.

—¡Oh! tú no harás eso,—exclamó la joven con energía,—porque no tienes derecho para ello.

—¿Que no le tengo? ¿No le tendría acaso nuestro padre si viviera?

—Pero como no vive.

—Yo le represento, y te juro que tú podrás no casarte con el conde, pero tampoco te casarás con otra persona que con aquella que á mí me convenga.

Y pronunciadas estas palabras, Luis salió de las habitaciones de su hermana lleno de ira.

—¡Oh!—exclamó ésta cuando se vió sola, rompiendo á llorar amargamente.—Es necesario que Ricardo se aleje inmediatamente de aquí.

CAPITULO XIX

Ricardo comprende que debe marchar á Italia

No sin inquietud había visto el hijo del mayordomo la llegada de Luis.

Conocedor como era del carácter del marqués, del poco apego que tenía á su hermana y de que jamás se había dirigido á ésta sino para sacarle dinero ó para causarle algún pesar, tenía la seguridad de que también en esta circunstancia habría de suceder lo mismo.

Mercedes no quería cometer imprudencia alguna, y, por lo tanto, desde que su hermano llegó, dejó de ver á Ricardo.

Así era que el joven estaba desesperado, procurando por todos los medios posibles ver á Mercedes, y más todavía que verla, poder hablar con ella.

Al día siguiente de la entrevista que había tenido con su hermano, la joven estaba paseando por el jardín profundamente pensativa y llena de inquietudes respecto á la suerte que podrían tener sus amores.

De pronto, de entre un macizo de flores y plantas salió una voz que murmuró débilmente su nombre.

La joven se detuvo, porque había reconocido aquella voz. Era de Ricardo.

El pintor estaba espiando una ocasión oportuna para hablar á su amada, y aprovechaba la que la casualidad le había proporcionado.

—Mercedes, yo no puedo vivir así.

—¡Aléjate, Ricardo, aléjate! porque mi hermano ya sabes que no me deja á sol ni sombra.

—¿Pero qué quiere? ¿á qué ha venido?

—Lo ignoro; únicamente puedo decirte que desde que ha llegado mi corazón está sufriendo horrorosamente.

—¡Pues y el mío! ¿crees acaso que yo podré resistir mucho tiempo esta situación? Felizmente en cuanto haya realizado esa venta supongo que volverá á marcharse.

—Así lo creo.

—Pero mientras él esté aquí ¿hemos de permanecer nosotros extraños el uno para el otro?

—¿Y qué remedio nos queda? ¿Quieres causar mi eterna desgracia?

—¡Oh, no! bien sabes que por evitarte el más ligero dolor, no digo yo mi alegría ni mi felicidad, mi vida entera te sacrificaría gustoso.

—Pues siendo así, más vale que suframos unos cuantos días, que por cometer una imprudencia tuviéramos que sufrir después eternamente.

Iba á contestar Ricardo, cuando la joven, que precisamente en aquel momento estaba mirando en dirección á la casa, exclamó con azorado acento:

—¡Aléjate, Ricardo, aléjate al momento!

—¿Por qué?

—Mi hermano se dirige hacia aquí. Tú sabes lo receloso que es, y podría sospechar alguna cosa.

—¿Cuándo nos veremos?

—Lo ignoro.

—Pero...

—¡Vete, vete que se acerca!

Ricardo se alejó procurando hacer el menor ruido posible, mientras que Mercedes trataba de justificar su detención en aquel sitio, mirando las flores que tenía más inmediatas.

*
* *

La presencia de Luis en el jardín, tenía su razón de ser. No era la casualidad la que allí le conducía.

Era la pérfida insinuación de Faustina, que siempre atenta y aguijoneada siempre por la envidia y los celos, no pensaba sino en encontrar un lado vulnerable para herir á los que habían sido sus compañeros de infancia y de quienes no había recibido otra cosa que afecto y simpatía.

Luis estaba preocupado con la negativa de su hermana.

El compromiso en que se encontraba era grande, y aun cuando no debía quejarse á nadie, puesto que él mismo se lo hábía buscado, se empeñaba en achacar á su hermana la culpa de lo que él solamente había hecho.

Pensativo estaba paseándose por la galería que daba al jardín, cuando Faustina, que estaba observándole atentamente, se le aproximó, y con esa familiaridad á que parece dar cierto derecho haber nacido en la misma casa y haberse criado con los señores, dijo Faustina:

—¡Caramba, señorito Luis; parece que los aires de nuestro país no le han sentado á usted bien esta vez!

—¿Por qué dices eso, Faustina?—la preguntó el marqués.

—¡Toma! si eso se le conoce á usted á cien leguas. Desde que ha llegado tiene una cara. .

—Como la tengo siempre,—contestó Luis sonriendo.

—¡Cá! señorito; á otro perro con ese hueso, que usted no ha estado así otras veces que ha venido.

—Es que no siempre se puede estar igual, y conforme van pasando los años se va uno volviendo más grave...

—¡Jesús! cualquiera que le oyese creería que tenía usted quien sabe los años. Vamos, ya veo que el vivir fuera de aquí cambia mucho á las personas, porque también Ricardo tiene un humor desde que vino de Madrid, que no hay quien le aguante.

—Y por cierto que no he visto á Ricardo todavía.

—¡Cá! si apenas se le ve el pelo por casa. Está hecho un hurón.

—Tendrá también sus quebraderos de cabeza.

—Sí, como usted,—contestó maliciosamente la muchacha.

—¿Y qué sabes tú cuales son los míos?

—¡Pues ya lo creo! ¿qué otros quebraderos de cabeza puede usted tener sino los que lleva consigo el amor?

—¿Conque tú crees que eso produce quebraderos de cabeza?

—¡Ya se ve que sí!

—Señal que lo sabes por experiencia.

—¡Cá! yo; no, señor,—contestó Faustina poniéndose colorada;—pero siempre he oído decir...

—Pues lo que es á mí, el amor no me ha producido todavía preocupación de ningún género.

—No les arriendo la ganancia entonces á las mujeres de quienes usted se haya enamorado.

—De ninguna.

—Vamos, vamos, señorito, que el estado en que usted se encuentra, no indica sino lo que yo digo.

—Perspicaz eres, muchacha, y más que perspicaz todavía presumo que eres maliciosa; pero en este caso, no has acertado.

—Podrá ser.

*
* *

Luis siguió paseando por la galería, mientras Faustina se ocupaba en algunos quehaceres en la habitación inmediata.

De pronto se le ocurrió á Luis la idea de que, siendo Faustina la doncella de su hermana y disfrutando la confianza de ésta, era muy posible que supiera algo referente á sus secretos.

Y como que encontraba extraño que la joven rechazase sus proposiciones, y suponía que para ello debía existir alguna causa, y que ésta quizás la conociese Faustina, se volvió de pronto hacia ella, y dijo:

—Oye, Faustina, ven aquí.

—¿Qué manda usted, señorito?

—Tú eres más que la doncella, la amiga de mi hermana, ¿no es verdad?

—La señorita me honra con su afecto...

—Y tú la correspondes de la misma manera, eso ya me lo figuro; por lo mismo tú eres quien me puede dar algunas noticias que necesito.

—Ya sabe usted que si de mí depende...

—¡Ya lo creo! Figúrate tú que he venido con el objeto de proponer á mi hermana un casamiento ventajosísimo.

—Pues mire usted, nada me había dicho la señorita.

—Y lo ha rechazado ¿comprendes tú esto?

—Diré á usted; si la señorita había pensado otra cosa...

—Eso es lo que yo me había figurado precisamente, que alguna razón debería haber para ello, y esa razón no puede ser otra que la existencia de otro cariño.

Y Luis miraba fijamente á Faustina, que le escuchaba con atención.

—Es verdad.

—¿Luego tú sabes que existe otro amor?

—¡Yo! no, señor.

—Como has dicho que era verdad...

—¡Justo! He dicho que era verdad que podía presumirse que otro cariño únicamente podía ser la causa de que no aceptara la señorita el marido que usted la proponía.

—Pero vamos á ver,—prosiguió Luis, mordiéndose los labios,—tú que posees sus secretos, es fácil que hayas advertido...

—No, señor; nada sé, por más que me sorprendiese quizás lo mismo que usted.

—¡Oh! para que tú te sorprendas, es señal de que algo has visto.

—Lo que es en cuanto á ver, veo lo mismo que está usted viendo; que la señorita está más preocupada que de ordinario, que está triste, que busca la soledad...

—¿Tú ves? Eso ya son indicios...

—Sí, señor; son indicios, pero nada más. Se va á pasear por el campo con mucha frecuencia...

—¿Y no la acompañas tú?

—Ni nadie; siempre quiere ir sola.

—¿Y hacia dónde se dirige?

—Hacia los lugares más solitarios, y sobre todo, como que no dice dónde va, no es fácil saberlo. Por la noche también se va al jardín, y sabe Dios el tiempo que allí se está.

—¡Hola! ¡hola! ¿sabes Faustinita que tus noticias me van interesando alguna cosa?

—No sé por qué; porque la verdad es que nada de cuanto digo puede ofrecerle á usted la luz que desea.

—Sin embargo, son indicaciones que pueden ponerle á uno sobre alguna pista, que sea conveniente seguir.

—Ahora mismo estoy segura que la señorita estará por el jardín.

—Sí, me parece que la ví antes.

—¿No le digo á usted?

—Pero ni ayer ni anteayer salió á pasear por el campo, como me acabas de decir.

—Y es natural, ¿cómo quiere que saliera estando usted aquí?

Luis inclinó la cabeza, comprendiendo la justicia de aquella observación.

Después, dijo:

—¿Y no te se ha ocurrido alguna vez seguir á tu señorita en alguna de esas excursiones? Porque, vamos, veo que tú también has pensado algo...

—¡Cá! yo; no, señor; y sobre todo, la señorita es dueña de sus actos, y yo me guardaría muy bien de meterme en nada.

—De modo que tenemos tristeza perpétua, paseitos por el campo, bajada al jardín con alguna frecuencia, y... pues mira, Faustina, por el mismo bien de tu señorita vas á encargarte de una misión que te quiero dar.

—Lo que usted quiera.

—A la tarde vete á mi cuarto, que he de hablar contigo.

—Iré.

Y Luis entonces abandonó la galería, se dirigió al jardín, y poco después se reunía con su hermana.

CAPITULO XX

Bachillerías

PARECE que te gustan mucho las flores,—dijo Luis al aproximarse á su hermana.

—¡Ah! ¿eres tú?—exclamó ésta, fingiendo sorprenderse viendo á su hermano.

—¿Tan distraída estabas?—dijo Luis, dirigiendo al mismo tiempo curiosas miradas á su alrededor.

—Natural es que me gusten las flores y que con ellas me distraiga, cuando precisamente no tengo ni otra distracción, ni otro aliciente que me pueda hacer agradable la vida.

—Porque tú no quieres.

—No, porque carezco de familia, porque vivo completamente sola, y comprendo perfectamente los deberes que me impone la situación en que me encuentro.

—Tú exageras, Mercedes, lo cual no debiera extrañarme, porque ya desde niña mostrabas esa misma exageración.

—Eso lo dices para disculparte.

—¿Disculparme yo? ¿de qué?

—De tu abandono.

—Otra vez las recriminaciones.

—¿Acaso no es verdad lo que digo?

—Pero hija, ¿querías que siempre te llevara colgada á mí, como una prenda de abrigo?

—Después llamas exagerados á los demás.

—Si aun en vida de mi padre, ya sabes que no estaba nunca en España.

—¿Y qué quieres decirme con eso?

—Que no es posible que pudiera cambiar, en el sentido que pretendiste.

—Pues de eso precisamente me quejo.

—Quejas completamente infundadas.

—No; es la queja del cariño

—Es la pretensión ridícula de querer que un hombre se doblegue por completo á vuestros caprichos.

—Si te empeñas en llamarlo así...

—Como que es la única calificación que tiene.

—Si me hubieras profesado el afecto que se tiene á una hermana, de otro modo hubieses procedido.

—¡Y dále con el afecto!

—Lo mismo que tú con mis pretensiones.

—Yo no puedo vivir en España.

—Porque tú no quieres.

—Desengáñate, que cuando se adquieren ciertos hábitos, es sumamente difícil modificarlos.

—Porque no se quiere.

—Porque no se puede, Mercedes, porque no se puede.

—Pues entonces, ¿de qué te extraña de que viéndome yo sola, busque una distracción, en lo único que puede proporcionármela sin perjuicio de ninguna especie?

—Es que yo he venido á proponerte...

—Lo que no puedo aceptar, Luis.

—¿Pero por qué?

—Ya te he dicho que yo no puedo unirme á una persona á quien no conozco.

—¡Vaya una razón!

—Para mí, la de más peso.

—No por cierto, hay otra indudablemente, que es la de verdadera importancia.

—No sé lo qué quieres decir.

—La razón que tienes para rechazar el candidato que te he propuesto es, querida Mercedes, la de que amas á otro.

*
* *

Al escuchar esta afirmación de su hermano, la joven no pudo menos de palidecer.

¿Habría descubierto algo Luis?

¿Le habrían dicho alguna cosa?

¿Pero quién? Si nadie sabía nada, si lo mismo ella que su amante habían sabido guardar el secreto de un modo tan absoluto ¿cómo se había podido traslucir?

Para que Luis supiese algo, era preciso que alguien se lo hubiese dicho.

¿Y quién podía ser ese alguien? ¿quién había descubierto lo que ellos con tanto afán habían guardado?

Esto aumentaba la confusión de la joven, confusión que constituía una especie de prueba reveladora para Luis.

Las palabras de Faustina, habían llamado ya su atención, y la confusión que ahora advertía en Mercedes, acababa de corroborar su sospecha.

—No hay necesidad,—dijo á su hermana,—de que te

pongas así, porque no es ningún crimen el que ames á una persona, pero podías habérmelo dicho desde el primer momento.

—¿Pero qué te había de decir?—preguntó la joven, más bien por decir algo, que por corroborar lo que su hermano decía.

—Mujer, podías haberme dicho al hacerte mi proposición, la verdadera razón que tenías para no aceptarla.

—Pero si no hay otra razón que la que te he dicho.

—¿De veras?

Y la mirada de Luis se fijaba insistente en el semblante de su hermana, como si tratara de leer hasta el fondo de su pecho.

Mercedes, á pesar de su turbación, comprendió que no debía dejarse dominar.

Así fué, que haciendo un esfuerzo, dijo:

—Vamos, Luis, no volvamos á hablar de un asunto que me parece que debías haber olvidado ya.

—No puedo olvidarlo, cuando precisamente se trata de un compromiso formalmente contraído.

—Pero es un compromiso contraído por tí.

—Contando con tu avenencia.

—Muy mal hecho, porque en asuntos de esa especie, no eres tú quien se ha de comprometer, sino yo.

—¿Y todavía quieres que no sospeche respecto al verdadero estado de tu corazón?

—Sospecha injusta,—repuso la joven, que conforme iba hablando, comprendía la necesidad en que se hallaba de recobrar toda su sangre fría.

—Pues hija, todo cuanto estoy viendo me prueba que mi sospecha no va descaminada.

—Entonces, nada me preguntes,—repuso la joven con frialdad.

—¿Por qué no?

—Porque si sospechas y crees que tu sospecha es verdadera, ó cuando menos tiene probabilidad de serlo, no me digas nada y busca el medio de justificarla.

*
* *

Dado el carácter de Luis, pueden comprenderse los esfuerzos que estaría haciendo para dominar su cólera.

La frialdad y la indiferencia con que la joven le trataba, le ofendían.

Había creído encontrar la víctima resignada de otras veces, y juzgó su tarea respecto á la joven, fácil de resolver.

Pero en vez de esto, tropezó con una resistencia que no encontraba medio de vencerla, sino recurriendo á la violencia.

Y precisamente á esto se inclinaba más su carácter.

¿Pero este sistema le daría el resultado que apetecía?

De todos modos, necesario era intentarlo.

Así fué, que dijo:

—Me parece, querida hermana, que tú has olvidado una cosa.

—¿Qué?

—Que yo soy el jefe de la familia.

—No comprendo por qué me digas eso.

—Represento á nuestro padre, y éste tenía derecho para disponer de tu mano.

—Sí, pero papá no habría dispuesto de ella, sin consultar antes mi voluntad.

—Eso es lo que no sabemos.

—Y si lo hubiera hecho, ten por cierto que yo no hubiese consentido.

—¡Mercedes!

—Lo que oyes, Luis; y aun cuando tú asumas, según dices, ó pretendas asumir los derechos de nuestro difunto padre, no conseguirás que yo me case contra mi gusto.

Y tan resuelto y tan enérgico fué el acento con que la joven pronunció estas palabras, que Luis no pudo menos de comprender, que sin un grave escándalo, no doblegaría la voluntad de su hermana.

—¿Es decir, que te revelas contra mi autoridad?—dijo:

—Me revelo contra aquello que pueda causar mi eterna desgracia. ¿Crees acaso que soy ya poco desgraciada con el abandono en que vivo y con el incierto porvenir que se me ofrece? Yo he creído cumplir con mi deber respecto á tí en cuantas ocasiones me has necesitado, aun á despecho de la opinión de mi tutor; pero en cambio tú, no solamente no has cumplido con tus deberes, sino que ahora mismo pretendes hacerme completamente infeliz. ¿Eso es cariño? ¿eso es afecto? ¿eso es cumplir con la misión que como hermano mayor, como jefe de la familia, según dices, representas? Vamos, desengáñate, Luis, hay cosas que no debieras proponerlas, y de las cuales, siquiera por evitarte la vergüenza que te han de causar; no quiero que hablemos más.

Y la joven, después de pronunciadas estas palabras, antes de que su hermano pudiera evitarlo, se alejó de allí, dirigiéndose hacia la casa.

* * *

Entretanto, Faustina, no había dejado ociosa la lengua, desde el momento en que su señorito parecía dispuesto á otorgarla su confianza.

Apenas éste se marchó al jardín, ya estaba ella diciéndoles á los criados, que su señorita no quería casarse con el novio

que su hermano la proponía, que era tan gran partido, y además un hombre muy guapo y de la primera nobleza.

Todo esto ya sabemos que se lo añadía de su cosecha, como vulgarmente se dice.

Pero la verdad era que ya tenía pié para hablar, y se despachaba á su gusto.

Cuando encontró ocasión, dijo á Marcos:

—¿Conque ya sabe usted señor Marcos, á lo que ha venido el señorito á Epila?

—¿Y á mí qué me importa á lo que haya venido?—contestó el padre de Ricardo,—como que viene á su casa, no tiene que dar cuenta de por qué lo hace.

—De modo, ¿qué usted no sabe nada?

—¿De qué?

—¡Toma! de lo que le estoy diciendo, de la verdadera razón que ha habido para este viaje.

—¡Vaya si estás pesada, muchacha! Haya venido á lo que quiera, me tiene sin cuidado.

—Vaya, que me parece que no.

—¿Acaso viene á quitarme mi plaza? ¿acaso viene á reprenderme porque no haya cumplido con mi deber?

—¡Caramba, señor Marcos, si lo toma usted de ese modo!

—¡Otra! ¿y cómo lo he de tomar? ¿qué me importa á mí cualquier otra cosa que no esté relacionada con el cumplimiento de mi deber ó con el sostenimiento de mi familia?

—¿Pues quiere usted que se lo diga?

—Te lo puedes guardar si quieres.

—Vamos, que ya le agradará á usted saberlo.

—Pero vamos á ver, ¿qué es lo que has de decir?—dijo Ricardo entrando precisamente en aquel momento en la estancia.

—¡Toma! lo del casamiento de la señorita,—contestó la joven mirando fijamente á Ricardo.

—¡Qué! ¡qué has dicho!—exclamó éste palideciendo.

—Que el señorito Luis ha venido para obligar á la señorita á que se case.

—¡Imposible!—gritó el joven con violencia.

—¿Qué has dicho?—preguntó Marcos frunciendo el entrecejo.

Ricardo inclinó la vista confundido.

CAPITULO XXI

La resolución

El pintor no pudo menos de comprender la imprudencia que había cometido.

Lo mismo Faustina, que su padre, se habían apercibido de sus palabras, que no pudo contener en el ardor del momento, y la interpretación que habían de darle, realmente le ponían en un grave compromiso.

—No sé por qué dices que es imposible,—dijo Faustina, queriendo, como vulgarmente se dice, remachar el clavo,—el señorito mismo lo ha dicho, y no creo que seas tú quien se lo vaya á desmentir.

—Si lo ha dicho el señorito,—contestó Ricardo, haciendo un esfuerzo, á fin de cohonestar algún tanto el efecto que hubieran de producir sus palabras anteriores,—si lo ha dicho el señorito,—repitió,—entonces ya es diferente.

—¿Es decir que la señorita va á casarse?—dijo Marcos, mirando fijamente á su hijo.

—Es lo natural, por más que no me parece á mí que se halla muy dispuesta para ello.

Y estas palabras que las acentuó Faustina de un modo muy marcado, mirando á Ricardo, hicieron fruncir de nuevo el entrecejo de Marcos.

—Pues hará muy mal la señorita,—repuso,—si no accede á los deseos de su hermano, porque ya puede comprender que éste no ha de desear más que su bien.

—Sí, como ha hecho hasta ahora,—contestó Ricardo, con irónico acento.

—Pues que, ¿crees tú que el señorito Luis no quiere á la señorita?—preguntó Faustina.

—Mucho.

—En fin, eso no es de nuestra incumbencia,—dijo Marcos.

—Es verdad, y yo estoy segura,—prosiguió Faustina,—que la señorita concluirá por acceder á lo que su hermano desea, que sería también lo que yo la diría, si por una casualidad llegara á preguntarme alguna cosa.

—En lo cual no harías más que cumplir con tu deber.

Ricardo estaba sufriendo horriblemente.

Sin embargo, no tenía otro remedio que disimular, porque estaba viendo fija en él la mirada de su padre lo mismo que la de Faustina, y si la una le inspiraba terror por un estilo, el otro, se lo inspiraba mucho mayor todavía.

—Por supuesto,—prosiguió Faustina,—que según parece se trata de un gran señor.

—Pero si ella no le quiere,—dijo Ricardo.

—Desengáñate que á los grandes señores, se les quiere siempre.

Ricardo hizo un gesto de duda, y se disponía á marcharse del aposento, cuando su padre le dijo:

—Quédate, Ricardo, que tengo que hablar contigo.

—Si estorbo...—dijo Faustina.

—Supongo que tendrás que hacer por allá adentro,—dijo de un modo harto significativo Marcos.

—En la casa siempre hay que hacer,—contestó la joven sonriéndose, para disimular así el despecho que le causaba la especie de despedida que acababa de hacerle el mayordomo.

***

Una vez que se quedaron solos el padre y el hijo, el primero cerró la puerta de la habitación, y dijo:

—Siéntate, y vamos á hablar con franqueza.

—¡Con franqueza!—exclamó el joven mirando á su padre.

—Sí; porque es necesario quitarse las caretas de una vez, ya que la necesidad así lo exige.

—Permítame usted, padre, que le diga, que no comprendo lo que quiere usted decir.

—¿Qué no lo comprendes?

—No, señor; porque creo que siempre he hablado con usted con entera franqueza.

—Menos cuando no, como ha sucedido hasta ahora.

—Usted se explicará.

—Ya se ve que sí; precisamente para eso es para lo que he hecho que te quedaras. No tengo necesidad que las bachillerías de esa muchacha vayan sembrando la alarma por todas partes.

—¿A qué alarma se refiere usted?—preguntó Ricardo cada vez más inquieto.

—Veo que es necesario para obligarte á que hables, hablar primero yo.

—Eso deseo.

—Mira, Ricardo, tú amas á la señora baronesa.

—¡Padre!

—No, no; es inútil que te empeñes en negármelo porque hace tiempo que lo conozco y como que eres mi hijo y tengo hasta el deber de conocerte y de apreciar mejor que nadie tu manera de ser y tu modo de sentir; comprendo el camino que han llevado tus sentimientos y las locas aspiraciones porque te has dejado acariciar.

—Padre, juro á usted...

—No jures nada porque jurarías en falso y todavía no he podido comprender que en mi familia haya perjuros.

—Padre, ya que es necesario que hable, ya que de esa manera me interroga usted, le diré que tiene razón. Es cierto, amo á la señorita.

—Pero desgraciado, ¿tú sabes lo qué dices?

—Sí, señor.

—¿Qué es lo que esperas?

—No lo sé.

—¡Dios mío, Dios mío! Parece imposible que el hijo en quien yo tanta confianza tenía, haya faltado á ella del modo que tú lo has hecho.

*
* *

Ricardo inclinó la cabeza sin contestar.

Marcos le contemplaba profundamente y la cólera iba dominándole, de tal modo, que dió un paso hacia su hijo y le dijo con ademán amenazador:

—Merecías...

—Acabe usted, padre; todo cuanto me diga, todo es poco. Todo me lo he dicho yo antes que usted. Que es una locura mi amor, lo sé; que he cometido una acción in-

digna enamorándome de un bien superior á mis fuerzas, lo sé también; pero ¿qué quiere usted? el corazón no se manda, y el mío se ha erigido en mi señor, sin que haya tenido fuerzas para resistir su mandato.

—¿Y le has dicho algo á la señorita?

—¡Padre!...

—¡Habla! te lo mando y tienes que obedecerme de grado ó por fuerza. ¿Has revelado á la señorita tu amor?

—Sí, señor.

—¿Y no te ha arrojado lejos de sí, despreciando semejante atrevimiento?

—No, señor.

—Pues debiera haberlo hecho.

—Mercedes es un ángel, padre mío.

—¡Mercedes!—exclamó el anciano como escandalizado de que su hijo se atreviera á llamar así á la hija de su señor.—¿Qué es eso de Mercedes? Dijeras la baronesa y yo te comprendiera mejor. Es posible que á tanto haya llegado la desgracia de nuestra casa, que tú tengas derecho para llamar así á la hija del señor marqués.

—Ella me ama.

—¡Mientes!—gritó iracundo el anciano mayordomo.

—No he mentido jamás, padre.

—La habrás fascinado con ese lenguaje aprendido en la corte, la habrás seducido con esos ensueños de gloria de que tienes llena la cabeza y la pobre niña no acostumbrada á ese lenguaje, no habrá sabido cómo rechazarte. ¡Infame, más que infame! te has prevalido de tus malas artes para poder decir con ese orgullo y esa presunción con que ahora me hablas: «me ama.» Esto es necesario que concluya.

—¡Imposible, padre!

—¡Qué! ¿qué has dicho?

*
* *

Marcos, con los ojos desmesuradamente abiertos, miraba á su hijo.

No podía comprender la negativa de éste, á poner término á una situación que su honor y su conciencia estaban rechazando.

Marcos, la honradez, la lealtad personificada, no podía comprender que su hijo se hubiese olvidado de su posición, hasta el extremo de amar á la hija de sus señores.

Había sospechado desde luego, que estaba enamorado de Mercedes.

Pero jamás pudo creer que hubiese tenido el atrevimiento de declararle su pasión, y mucho menos que ella le hubiese correspondido.

Marcos pertenecía á esa antigua raza de los criados, raza que ya va desapareciendo, que creen á sus señores seres superiores en todo, y respecto á los cuales no puede tenerse atrevimiento de ninguna especie.

La acción de su hijo la encontraba tan vituperable, era de un atrevimiento tan inaudito, que se sublevaba contra ella lo mismo que si se hubiese tratado de una persona extraña.

Y por lo mismo que era su hijo, tenía que mostrarse más severo.

—Vamos, vamos á ver,—dijo al cabo de algunos momentos,—porque me tienes transtornado con lo que me acabas de decir. Hablemos con calma, que bien la necesitamos, ya que con tanta imprudencia procediste.

—Pero ¿qué hemos de hablar, padre? ¿qué hemos de hablar, si como ya le he dicho, cuantas reflexiones me pueda usted hacer, todas me las hice ya?

—Pues si te las hiciste, si comprendías que era una insensatez lo que pensabas, ¿por qué entonces viniste aquí?

—Porque no podía imaginarme nunca que el corazón me vendiera.

—¿Y era todo eso lo que habías aprendido en Madrid? ¿no habías comprendido que amigos de esa especie son los que con más facilidad faltan? ¡Excelente disculpa! que te fiaste del corazón y te faltó éste. Pues precisamente por eso es por lo que se cometen tantos crímenes en el mundo, porque falta el corazón en los momentos en que debiera estar más firme.

—El caso está, padre, en que ya no tiene remedio lo que ha pasado.

—¿Qué no lo tiene? ¿qué no lo tiene, has dicho? Vamos, hombre, lo que no tiene remedio es la muerte, que para todo lo demás, ¡ya lo creo que lo hay!

—¿Cuál?

Y Ricardo fijó en el semblante de su padre una mirada interrogadora.

—El remedio que hay,—dijo Marcos,—es el que vas á poner en práctica inmediatamente.

—No lo comprendo...

—Tu equipaje está hecho hace días. Cuando comprendiste que debías marcharte y por desgracia no lo hiciste, fuí tan torpe, que dí crédito á tus excusas.

—¡Ojalá que me hubiese marchado entonces!—exclamó Ricardo con un acento cuya verdadera expresión no pudo comprender Marcos.

—Tienes razón,—repuso éste;—pero nada hay perdido todavía. Márchate, no mañana, sino ahora mismo.

—¡Padre!

—Dentro de media hora estará lista la tartana. Roque te

conducirá hasta la estación inmediata, y el tren para Zaragoza no pasa hasta las ocho. Tiempo tienes de alcanzarle.

—Pero...

—Es necesario, y sobre todo te lo mando.

Y el acento de Marcos vibró con tal energía, que su hijo no tuvo más remedio que bajar la cabeza y resignarse.

CAPITULO XXII

Después de la partida

MARCOS no se separó de su hijo hasta que le hubo dejado en el tren.

No quiso fiarse para nada ni de criados, ni de su palabra.

En su presencia recogió los lienzos y pinceles, en su presencia se despidió de su madre, y siguiéndole entró en la tartana que había mandado disponer, y en ella llegó hasta el pueblo inmediato donde estaba la estación de la vía férrea de Madrid á Zaragoza.

—Eres mi hijo y quiero que permanezcas digno de mí por todos conceptos.

Así le dijo, y cuando ya iba á partir el tren, le añadió:

—Excuso decirte que ni una carta has de dirigir á la señorita. ¿Lo comprendes? Yo estaré muy alerta y si te atreves á escribirla, yo impediré que tu carta llegue á su poder.

—¿Pero qué dirá de mí, entonces?

—Yo la explicaré lo que ha pasado.

Ricardo conocía muy bien el carácter de su padre, y sabía que cuanto hiciera para conseguir disuadirle, sería completamente inútil.

¿Qué iba á suceder en aquella casa, en el momento en que Mercedes supiera que se había marchado sin despedirse de ella?

¿Cómo le juzgaría? ¿Qué opinión formaría de él?

Cegada por el despecho, irritada por la acción del joven, tal vez fuera capaz de acceder á la pretensión de su hermano y consintiera en dar su mano al hombre que éste le había propuesto.

Esta idea le desesperaba.

Varias veces se le ocurrió llegar á Zaragoza, detenerse allí y regresar á Epila y buscar un medio de introducirse en la casa y hablar con Mercedes.

Pero Marcos había ya pensado en esto.

Y en su consecuencia, le dijo que esperaba un telegrama de él cuando llegase á Zaragoza, otro de su salida para Hendaya y otro de su llegada á París, y como que había calculado perfectamente el tiempo, no había medio alguno de poderse sustraer á aquella vigilancia.

En cuanto Marcos dejara de recibir uno de aquellos telegramas, se despertarían sus sospechas, redoblaría la vigilancia y quedarían inulizados todos los proyectos que el joven hubiera podido formar.

Era necesario resignarse y seguir adelante.

Una vez en Italia ya buscaría medio para escribir á la joven.

Tal vez ella misma al saber que estaba allí, le escribiría.

Con esta esperanza, el joven, prosiguió su viaje, enviando los telegramas tal y cómo habían convenido con su padre.

Con tal secreto había llevado éste el viaje de su hijo, que nadie lo había sabido.

Hasta el mozo que había ido con la tartana, calló, porque así se lo había exigido Marcos.

*
* *

El mismo día en que se marchó Ricardo, por la noche, Mercedes se dirigió hacia el jardín, como había hecho antes de la llegada de su hermano.

Supuso que habiéndose interrumpido por la mañana su escena con Ricardo, éste acudiría por la noche, tal vez, al lugar de sus citas, donde habría ido también las noches anteriores con la esperanza de verla.

Pero Ricardo no pareció por el jardín.

En cambio percibió rumor de pasos, que parecían ir en su seguimiento, y volviéndose bruscamente, le preguntó:

—¿Quién va?

—Soy yo, Mercedes, soy yo, se apresuró á decir Luis.

—¿Tú? ¡á estas horas y en este sitio!—exclamó la joven con sorpresa,—cualquiera diría que tratabas de espiarme.

—Si no de espiarte, al menos, de poder acudir en tu auxilio si fuera necesario. Precisamente estaba en el balcón de mi cuarto cuando te he visto salir al jardín, y no ha podido menos de extrañarme la imprudencia que cometías paseando á semejantes horas, y precisamente por lo más retirado de él. Vamos, hermana, que esto es como he dicho antes, una imprudencia de marca mayor.

—No sé por qué ha de ser imprudencia, tratándose de una posesión completamente cerrada como ésta está.

—Sí; cerrada por tapias que se pueden saltar con la mayor facilidad.

—¡Pero calla, hombre! ¿quién ha de saltar por aquí?

—Cualquiera que sepa que tienes la costumbre de andar por el jardín á estas horas, y que podría creerse que haría un magnífico negocio secuestrándote, hasta que se entregara por tu rescate la cantidad que le diera la gana de pedir.

—Confieso que no se me había ocurrido semejante cosa, porque lo que es por todos estos contornos no se había oído hablar nunca de secuestradores, ni mucho menos.

—De los que hay que temer, es de aquellos de quienes no se habla, querida Mercedes.

—¿Sabes que con tus palabras vas haciéndome que tenga miedo?

—Pues eso es lo que yo quiero precisamente; que reconozcas la imprudencia que has cometido y que estás cometiendo, si como tú misma me has dicho, acostumbras á bajar á estas horas por el jardín.

—Sí por cierto. Pues si ahora por el temor que me has inspirado tengo que privarme también de esta única distracción, ¿di qué voy á estar divertida en esta casa?

—Buen remedio; acepta el esposo que te ofrezco y pronto saldrás de aquí y empezará para tí una existencia completamente distinta de la que has llevado hasta ahora.

—No por cierto, Luis, no me hables más de eso, ya te lo he dicho. ¿No comprendes que en ese caso sería mucho peor el remedio que la enfermedad?

—Pero...

—Volvámonos á casa, y créeme, díle á tu amigo, que tu hermana no piensa en casarse por ahora.

Si la oscuridad de la noche no lo hubiera evitado, Mercedes hubiera podido ver la expresión que tomó el rostro de su hermano al escuchar las anteriores frases.

Aquella negativa de Mercedes, era terrible para él.

No queriéndose casar la joven, quedaría en pié la deuda que tenía con el barón de Lutzen, que no tendría otro remedio que pagar, y que daría un golpe terrible á su ya esquilmada fortuna.

*
* *

Al día siguiente, Mercedes se dirigió al campo, creyendo encontrar á Ricardo, pero aun cuando allí no fué sorprendida por su hermano, en cambio, no encontró al joven.

¿Qué significaba aquello?

¿Por qué Ricardo esquivaba su presencia, cuando los días anteriores había procurado hacerse visible para ella á pesar de encontrarse allí su hermano?

Ella quería verle para prevenirle, por si acaso llegaban á su oído los proyectos matrimoniales de su hermano.

¿Acaso obedecería aquel alejamiento á que hubiese sabido alguna cosa?

Llena de la mayor inquietud y visiblemente contrariada, regresó la joven á su casa.

Precisamente Luis había marchado á Zaragoza para arreglar la cuestión de la hipoteca, sobre los bienes que le quedaban en aquellas inmediaciones.

El campo estaba completamente libre, y no dudaba que Ricardo acudiría aquella noche al jardín.

Pero su visita resultó también completamente inútil.

—¡Dios mío! ¿qué quiere decir esto?—exclamaba la joven al recogerse aquella noche en sus habitaciones.—¿Cómo es que Ricardo obra de semejante modo? Mañana es necesario que yo le vea, que le hable, y aun cuando tenga que preguntar á su padre, le preguntaré por él.

*
* *

Aquel día, antes de marcharse Luis á Zaragoza, había estado hablando largamente con Marcos.

Era la primera vez que después de su llegada á Epila, había celebrado una entrevista con el mayordomo de su hermana.

—Querido Marcos,—le dijo;—¿sabes que tengo necesidad de tomar una cantidad sobre las tierras del Reguerón?

—Buenas son, y desde luego que no creo que encuentre dificultad en que le den algunos miles de duros.

—¿Cuánto crees tú que pueden valer?

—¿Es que pensaría usted venderlas?

—No, pero para calcular lo que sobre ellas podré tomar.

—Lo que es en vida del señor marqués, que en paz descanse, ya hubo quien le ofreció sesenta mil duros por la hacienda, y ya ve usted desde entonces lo que han ganado esas tierras. ¡Pero válgame Dios, señorito!—prosiguió el mayordomo con afectuoso acento;—¡qué lástima que tenga usted que irse deshaciendo de un patrimonio tan saneado y tan hermoso como el que le dejó el señor marqués! No puede usted imaginarse el dolor que tuve cuando hace dos años supe que había vendido las haciendas que tenía en Tauste.

—¡Qué quieres, Marcos! la vida en el extranjero es muy cara...

—¿Pero por qué tiene usted ese empeño en permanecer por allá?

—Las exigencias de mi carrera me obligan á ello.

—Pero si con lo que usted tiene, no había necesidad alguna de que estuviera en esas embajadas que no llevan consigo más que gastos de gran consideración.

—Ahora mismo me encuentro en uno, del cual podía haberme sacado mi hermana, y sin embargo, veo que no lo quiere hacer.

—¡Un compromiso del cual podía haberle sacado á usted la señorita y no lo ha hecho!—exclamó admirado el mayordomo;—permítame usted que me asombre, porque precisamente siempre que ha tenido usted algún apuro, á pesar de las reflexiones de su tutor, ha exigido que se le facilitase todo cuanto necesitara.

—Pues á pesar de eso, ahora que, casándose con mi amigo y acreedor por una respetable suma, el barón de Lutzen, me hubiese podido sacar del compromiso, precisamente ahora se ha opuesto á todo.

CAPITULO XXIII

Resolución de Mercedes

Al escuchar el mayordomo las palabras del joven marqués, no pudo menos de mirarle lleno de sorpresa.

Aquella revelación del matrimonio proyectado para su hermana, matrimonio en el cual, por lo que podía juzgar, no entraba más que su egoismo particular, le hizo un efecto bien desagradable.

Sin embargo, en obsequio suyo, debemos decir que, á pesar de la repugnancia que le produjo el ruín cálculo de su señor, no se arrepintió del partido que había tomado con su hijo.

Si hubiera llegado el caso, no habría vacilado en aconsejar á su señora que no se casara con aquel marido á quien quería venderla su hermano, mas no por esto habría hablado nada en favor de su hijo.

—Ya tú ves,—prosiguió Luis,—el grave compromiso que

me encuentro, cuando había prometido al barón que mi hermana sería su esposa.

—Si el señor marqués me permite, yo le diré que antes de contraer ese compromiso, me parece que hubiera sido muy conveniente consultar con la señorita.

—Yo creí que tenía derecho para disponer de su mano, y por lo tanto, no debía consultarla; sobre todo, esos compromisos sobrevienen siempre en la vida, de momento, y no le dan á uno tiempo para andar con consultas.

—Pues si la señorita se ha opuesto, difícil es que ya se pueda hacerla conseguir que desista, porque tiene el carácter tan entero como el de la señora baronesa, que en gloria esté, y también ha heredado algo del carácter del señor marqués.

—Y yo lo he heredado todo,—contestó impetuosamente Luis,—y lo único que debe dar gracias á Dios mi hermana, es que no quiero escándalo, que sino, yo la obligaría...

—El señor marqués olvida sin duda, que todavía vive su tutor, el señor conde de Almarza, y no sería solamente la voluntad de la señorita la que habría que vencer.

Luis comprendió la justicia encerrada en la observación del mayordomo, y no volvió á insistir sobre este particular.

Después, variando de asunto, dijo:

—Yo sé que á tí te quiere mucho mi hermana.

—Mucho me favorece con su afecto, así como también me había honrado con el suyo su señora madre y el señor marqués.

—Por eso que lo sé, quiero que hagas una cosa.

—Usted dirá, señorito.

—Que hablaras con mi hermana y la hicieras comprender la conveniencia, para el buen nombre de nuestra casa, de que acepte el matrimonio que la he propuesto.

—En ese caso tendré que decirle que me ha hablado usted sobre ese particular.

—Desde luego.

—Malo es que la señorita haya dicho que no.

—Aquí para entre los dos, querido Marcos, me parece que mi hermana debe tener algún amorcillo de aldea, por supuesto; amores de impresión puramente, porque no pueden ser otra cosa, y si tú te propones averiguarlo, te será fácil conseguirlo.

—Pero señorito,—dijo Marcos, cuyo semblante no pudo menos de enrojecerse al escuchar las palabras de Luis,—¿cómo quiere usted que yo trate de obtener de la señorita una confidencia semejante?

—¡Oh! ya encontrarás medio, y sobre todo, pié tienes ya para ello, hablándole respecto al matrimonio que yo la he propuesto.

—En fin, lo haré.

—Sí, Marcos, sí; hazlo, porque créeme que si he de pagar al barón la cantidad que le adeudo; me parece que no voy á tener más remedio que vender las tierras del Reguerón. Aprovecha para hablar con mi hermana estos días que yo estaré en Zaragoza.

—Descuide usted, señorito, que yo haré lo que pueda.

*
* *

Luis, al despedirse de Marcos, le preguntó por su hijo á quien no había visto desde su llegada, y supo por el mayordomo que hacía dos días que se había marchado á Italia.

Cuando estuvo en sus habitaciones, Luis no pudo menos de recordar aquella circunstancia, y murmuró:

—¡Vaya si es extraño que este muchacho se haya marchado á Italia estando yo aquí, y sin verme ni decirme nada! Si pretenderá toda esta gente jugar conmigo; pues no les arrendaría la ganancia en ese caso.

Y llamó á Faustina, y la dijo:

—¿Dónde está la señorita?

—¡Toma! pues en el campo, de paseo, según tiene por costumbre; ya creo que se lo dije á usted.

—Pues yo me marcho á Zaragoza dentro de un momento, en cuanto la tartana esté lista.

—¡Caramba, señorito! ¿apenas ha llegado usted, ya se marcha?

—Sí; pero estaré aquí dentro de dos ó tres días. Te encargo muy especialmente que observes bien, á ver si cuando yo vuelva tienes algo que contarme.

—Descuide usted, que procuraré hacerlo; ya que usted tiene empeño en ello.

—Sí que lo tengo. También le he hecho alguna indicación á Marcos sobre otro asunto, y espero que entre los dos me serviréis tal como yo deseo.

—¿Ha visto usted á Ricardo?

—No.

—Sin duda estaría en el campo, porque también es muy aficionado, según dice.

—No, lo que es en el campo, yo te respondo de que no está, al menos, en los nuestros. En otros, no te diré que no.

—¡Cómo!

—Sí, he visto un telegrama que ha recibido su padre desde Hendaya, de modo que á estas horas estará en París.

—¡Pero qué dice usted, señorito! si hace dos ó tres días que estaba aquí.

—Precisamente los mismos que hace que se marchó.

—Vea usted que callado se lo han tenido.

—Sí por cierto. En fin, ya sabes lo que espero de tí.

—¡Oh! descuide usted.

*
* *

La noticia que había recibido Faustina, la sorprendió de un modo extraordinario.

¿Qué quería decir aquella marcha tan precipitada?

¿Por qué lo mismo el padre que el hijo la habían llevado tan reservada?

Faustina comenzó á recordar, y llegó al momento en que dos ó tres días antes estaba ella hablando con Marcos, diciéndole lo que sabía respecto al proyecto matrimonial de Luis, cuando se presentó allí Ricardo, y se enteró también de lo que había.

Y recordó su palidez, sus palabras y, finalmente, el deseo manifestado por Marcos de hablar reservadamente con su hijo.

Y dedujo de todo ello, que indudablemente en aquella entrevista se había decidido la marcha de Ricardo, que debía haberse verificado inmediatamente.

Los comentarios que ella estuvo haciendo respecto á todo aquello, no son para dichos.

Frases como dejadas escapar al acaso, miradas maliciosas, todo lo que puede contribuir á dejar sembrada esa semilla que la envidia sabe esparcir tan oportunamente, brotó de sus labios entre los demás criados.

Aquel día no quiso decir nada á su señorita, cuando regresó de su inútil paseo por el campo.

Pero al día siguiente, ya fué distinto.

Mercedes había pasado una noche sumamente inquieta.

La ausencia de Ricardo, llamaba su atención de un modo extraordinario.

No podía atribuirla, sino á las noticias que hubieran podi-

do llegar hasta él, de los proyectos que abrigaba su hermano.

¿Pero por qué ocultarse? ¿por qué no acudir á ella inmediatamente á pedirle una explicación de aquellas noticias?

Era necesario que ella hiciera todo lo posible por verle y tranquilizarle.

Le había jurado amor eterno, y resuelta estaba á cumplir su juramento.

Por otra parte, en un momento de embriaguez y de locura, había caído en sus brazos, era suya, le pertenecía, y no podía pertenecer á otro hombre.

Lo que no podía comprender era, como Ricardo había sido capaz de desconocerlo de aquel modo.

Era menester que aquel día tuviera una explicación con él, aprovechando la circunstancia de no encontrarse Luis en Epila, y aun cuando tuviera que valerse de Marcos para conseguirlo, aquella entrevista se verificaría.

Faustina, entró como de costumbre á ayudar á vestirse á su señorita, y no pudo menos de sorprenderse al verla vestida ya.

—¡Caramba!—dijo,—¿cuánto ha madrugado usted hoy, señorita?

—Sí, he pasado mala noche, y estaba deseando que amaneciera para levantarme.

—¿Y se encuentra usted mejor, ahora?

—Sí.

—Me alegro Supongo que ya sabrá usted la marcha de Ricardo.

—¿Qué has dicho?—preguntó vivamente Mercedes, cuyo rostro se coloreó ligeramente.

—Pues qué, ¿no lo sabía usted? Vamos, yo me creí que únicamente para con nosotros se había llevado el secreto; pero al menos para los señores...

—Pero ¿qué demonios estás diciendo? ¿de qué secreto se trata, ni qué tiene que ver Ricardo con todo eso?

—¡Pues ya lo creo que tiene que ver! si precisamente de él es de quien se trata. Según yo he podido comprender, á estas horas, ó está en París ó ha salido ya para dirigirse á Italia.

—¿Pero estás segura de lo que dices?—preguntó Mercedes, cuyas mejillas habían palidecido al escuchar las últimas palabras de Faustina.

—Y tan segura; como que hoy es objeto de la conversación de todos los criados, ese dichoso viaje.

—¿Pero cuándo se ha marchado?

—Pues mire usted, debe hacer tres días.

—¡Eso es imposible!

—Precisamente esas mismas palabras fueron las últimas que yo le oí pronunciar hace tres días, cuando le dije que el señor marqués había venido con el objeto de que usted se casara con un amigo suyo.

—¡Tú! ¿tú le dijiste eso?

—Sí, señora.

—Pero ¿quién te había dicho semejante cosa?

—El mismo señorito Luis, á quien yo le había dicho por qué no nos llevaba consigo y nos sacaba de aquí, para ver todos esos países por donde él anda.

—Pero ¿qué necesidad tenías de decirle nada? Eres muy habladora, Faustina, y por más esfuerzos que he hecho para corregirte ese maldito vicio, no lo he podido conseguir.

Y Mercedes, con un movimiento nervioso, hijo de la cólera y del dolor que sentía, rompió el pañuelo de batista, que estrujó entre sus manos.

—¡Válgame Dios, señorita!—repuso Faustina, con acento

compungido,—si yo hubiese podido preveer que había de saberle á usted tan mal...

—Mira, déjame en paz, y no me vengas ahora con tonterías. Vete, no quiero nada.

La doncella abandonó la estancia, murmurando cuando se vió fuera de ella:

—Anda, que lo que es ahora, no has podido disimularlo.

CAPITULO XXIV

Marcos y Mercedes

MERCEDES estaba deseando que Faustina saliera de la estancia.

La noticia que ésta acababa de darle, la había trastornado de una manera tal, que no sabía cómo hacer para ocultar á la maliciosa doncella, el efecto que le había producido.

Desde luego que á ella le achacaba la culpa de cuanto había pasado.

Aquel maldito afán de hablar, era indudablemente la causa de la desesperación de Ricardo, y como es consiguiente, de su alejamiento de Epila.

—Pero es posible,—decía, cuando se encontró sola,—que Ricardo me haya dejado de este modo; es posible que ni me haya escrito una carta siquiera manifestándome su resolución, reprochándome al menos por ese matrimonio que ha de suponer dispuesto á realizarse. ¡Oh! esto es imposible. Yo no

puedo permanecer con esta inquietud, con esta angustia, yo necesito saber la verdad; Ricardo no puede haberse marchado de esa manera porque abandonarme en estos momentos, sería la mayor de las cobardías.

Y reflexionando acerca de todo cuanto la había dicho la doncella, dijo de pronto:

—¿Pero por qué mi hermano ha tenido necesidad de decir á esta muchacha nada referente á mi matrimonio? ¿qué tiene ella que ver con esto? ¿qué personaje de importancia es esa chica para que Luis tenga con ella esas confidencias? No sé por qué veo en esto algo que llama mi atención. Faustina hace ya tiempo que parece que está inquieta, que habla más de lo que debe, que se toma mayores libertades de las que le doy, y que parece así, como si tratara de residenciar mis actos. ¿Habrá tratado mi hermano de saber algo respecto á mí? Ahora recuerdo que ha insistido bastante respecto á la causa de mi negativa, suponiendo que pueda ser por efecto del amor que sienta hacia otra persona. ¿Habrá preguntado á Faustina? le habrá dicho ésta, mis paseos por el campo y mis visitas al jardín?... Todo podría ser y el que mi hermano se haya presentado tan oportunamente cuando me ha visto pasear, parece que están demostrando alguna cosa. Sí, no tengo duda, yo debo estar espiada dentro de mi misma casa y espiada quizás por los que más favores me deben. Prudencia, Mercedes, mucha prudencia, porque empiezo á comprender que mi situación va haciéndose sumamente delicada.

Mercedes, se pasó gran parte de la mañana meditando respecto al plan que la convenía seguir.

Porque cuanto más recapacitaba y más trataba de hacerse cargo de cuanto había mediado desde la llegada de Ricardo á Epila, más se convencía de que Faustina había seguido con un interés inexplicable todas sus impresiones, y concluyó finalmente por decir:

—Esta chica está vendiéndome, sin duda.

Desde el momento en que esta idea se le ocurrió, formó inmediatamente su plan.

Ya hemos dicho que Mercedes estaba dotada de un carácter enérgico y resuelto, y sin asustarse por las consecuencias que para ella pudiera tener aquella situación en que debía encontrarse desde el momento en que había adquirido la convicción de que tenía un enemigo dentro de su misma casa, dijo:

—Yo los engañaré á todos y conoceré lo que verdaderamente intenta.

*
* *

Mercedes quería hablar con Marcos.

Era preciso que supiera lo que había mediado para el rápido viaje de Ricardo, y esto únicamente se lo podía decir el anciano.

Pero era menester que esta entrevista la tuviera sin que Faustina se enterase de ella.

Así fué que buscando pretextos dió al fin con uno que la permitía de un modo natural poder hablar con el mayordomo.

Aquel día á la hora de comer y allí delante de todos los criados, dijo:

—Decidle á Marcos que venga.

—Ya iré yo, señorita,—dijo Faustina.

—No, á tí te necesito aquí; que vaya Domingo.

Poco después, Marcos entraba en el comedor.

—Marcos,—le dijo la joven,—te he enviado á buscar, porque quiero que me acompañes al Reguerón, quiero ver esas tierras de mi hermano, de las cuales, según parece, se quiere desprender.

—Según me ha dicho, no está resuelto todavía.

—¿No me habías indicado tú mismo que eran tan buenas?

—¡Ya lo creo! precisamente de eso estuve hablando con el señorito antes de que se marchara á Zaragoza.

—Pues esta tarde nos vamos á verlas.

—Tenga usted presente, señorita, que está muy lejos.

—Ya harás poner el carruaje.

Marcos, no pudo menos de felicitarse por la ocasión que se le presentaba para hablar con su señora.

Después de la escena que había mediado entre él y Luis, la verdad era que no sabía de qué modo cumplir, tanto con el encargo que le diera el joven, cuanto satisfacer la necesidad que tenía de hablar con Mercedes respecto á su hijo.

Aquella expedición, precisamente le facilitaba la ocasión buscada, y en su consecuencia, dijo:

—¿Piensa la señora llevar en su compañía á alguna de las doncellas?

—¿Para qué? precisamente nuestra expedición no tiene más objeto que ver esas tierras, por si acaso pudiera convenirme quedarme con ellas, á fin de que no salieran de la familia.

—Eso sería lo mejor, porque en realidad son muy buenas y no sé por qué el señorito muestra ese empeño en deshacerse de todos los bienes que le quedan por aquí.

—Como que al fin y al cabo es tan poco lo que reside en España...

—Pero de todas maneras, no le producirá cualquier terreno que compre en el extranjero, lo que estas tierras.

Faustina, no pudo menos de sonreirse al escuchar el deseo manifestado por la joven.

Su malicia sospechó desde luego, que se trataba de alguna entrevista misteriosa que la joven quería tener con el mayordomo para saber algo respecto á Ricardo.

Mercedes, no volvió ya hablar más palabra durante la co-

mida, encargando á Marcos que cuando todo lo tuviera dispuesto, la avisara.

* * *

Solos el mayordomo y la joven en el carruaje, Mercedes que deseaba cuanto antes despejar la situación, dijo:

—Mira, Marcos, tú eres, no el criado de mi casa, sino el amigo; conociste á mi madre á quien querías como á una hermana, y me has llevado en tus brazos cuando nací. Evoco estos recuerdos, para que comprendas que al hablarte como lo voy á hacer, necesito que me contestes con entera franqueza.

—Ya sabe la señorita que en mí no puede buscar más que lealtad y cariño, la lealtad del antiguo servidor, lealtad que ante nada ni por nada se doblega, y el cariño de la persona que la ha visto nacer, y que daría sin vacilar su existencia, por evitarla un disgusto.

—Tenía necesidad de hablar contigo, y he buscado este pretexto.

—También yo tenía necesidad de hablar con la señorita, y me alegro de que merced á esto se hayan podido satisfacer mis deseos.

—¿Que tú tenías que hablarme?...

—Sí, señora.

—¿Y qué era lo que tenías que decirme?

—Permítame usted, señorita, que no debo ser yo quien hable primero; desde el momento en que dice usted que su verdadero objeto al venir esta tarde á las haciendas del Reguerón no ha sido otro sino el de hablar conmigo; á usted es á quien le toca hablar.

—Como quieras.

—Dime, Marcos, ¿dónde está tu hijo?

—Señorita...

Y Marcos palideció intensamente al escuchar aquella pregunta.

El momento temido había llegado.

La joven le salió al encuentro, y le facilitaba gran parte del camino.

—Mi hijo,—contestó con firmeza el anciano,—ha marchado de Epila, para no volver quizás en mucho tiempo, y lo único que deploro, puede usted creerlo, señorita, que á fe de Marcos se lo digo, lo único que deploro es que viniera de Madrid.

—¿Por qué?—preguntó Mercedes con voz alterada.

—Siento que me haga usted esa pregunta, que al fin y al cabo no comprendo la razón, cuando de sobra debe usted adivinarla.

—Vaya, Marcos, juguemos á cartas vistas, porque así no nos entenderíamos nunca; tu hijo me ama y yo le correspondo.

—Harto por mi desgracia lo he sabido, y ya que no he podido evitar el daño, he conseguido cortarle á tiempo, felizmente.

—¿Pero de qué manera?

—De la única que he podido.

—Pues has hecho muy mal, Marcos, cuando heridas de esta especie se hacen, se aumenta el daño, pretendiendo arrancar el dardo que las ha hecho.

—¿Acaso creía usted que yo debía dejar que ese dardo, como usted dice, continuara aumentando el daño?

—Peor has hecho rompiéndole, porque dejaste el hierro dentro de la herida.

—Señorita, ruego á usted que pongamos término á esta

conversación, respecto á la cual, lo único que debo rogarla es que la dé al olvido.

—¡Imposible!

—Las locuras de la juventud tienen muy poca vida, si la voluntad se empeña en hacerlas olvidar.

—Pero como que en mí falta la voluntad, y como que Ricardo opina del mismo modo que yo, ya tú ves si es difícil conseguir el resultado que pretendes.

—Mi hijo hará lo que debe hacer.

—Tu hijo no hará más que lo que yo quiera, porque ama.

—Pero como yo desapruebo ese amor y mi hijo sabe muy bien las razones que para ello tengo, puede usted abrigar la seguridad que no ha de volver por aquí. Vamos, señorita, sea usted razonable, y comprenda que cuando así obro, mi proceder está completamente ajustado á lo que exige mi honra. ¿Qué opinión podría formar todo el mundo al saber que yo apadrinaba esos amores, que yo daba pábulo á esas locuras, yo precisamente el servidor más leal, el más fiel, el más honrado de los que han tenido sus padres de usted? ¿De qué manera habría yo respondido á la confianza otorgada por su señora madre, que antes de morir me dijo: «Marcos, tengo una hija, todavía vive su padre, pero si muere algún día y tú le sobrevives, sé para ella lo que siempre fuiste para mí.» El señor marqués al morir, también me hizo el mismo encargo, y ¿cree usted que yo habría cumplido con ellos alentando los amores de mi hijo con la hija de mis señores? Vamos, señorita, que de la honra de los Santoyos, nadie ha tenido que decir todavía, y no quiero que tenga que decirse en lo sucesivo.

—¿Pero qué tiene que ver tu honra con mi voluntad? ¿acaso tú, ni tu hijo, habéis hecho presión alguna á mi corazón para que ceda? ¿no ha sido mi libre y espontánea voluntad la que ha

concedido á tu hijo ese cariño que reprochas como un crimen? ¿En qué te deshonra ni en qué te envilece el que yo consienta en ser la esposa de tu hijo, de tu hijo que ya no es ni servidor mío, porque la servidumbre hereditaria ha desaparecido, de tu hijo que al fin y al cabo se ha creado un nombre y tiene una personalidad que todavía ha de hacer más grande durante los años que transcurran hasta mi mayor edad? Desengáñate, Marcos, que obras con sobraba ligereza, oponiéndote á lo que no tienes derecho alguno de oponerte.

—Siempre tiene un padre derecho para rechazar una unión, que por más que usted diga, sería juzgada de un modo desfavorable para nosotros.

—Preocupaciones fútiles que el tiempo se encargaría de desvanecer.

—No, señorita; está usted en un error; lo que desvanecería el tiempo se encargaría la sociedad de recordarlo á cada instante; hay gente maliciosa que cuando no tiene en qué ocuparse se ocupa en estrujar la vida y los hechos de los demás.

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo creería que habíamos abusado de la situación en que nos encontramos en esta casa.

—¿Y quién podría creer semejante cosa?

—Todo el mundo, señorita, y su hermano de usted el primero.

—¡Mi hermano! precisamente él menos que nadie tiene derecho para hablar, cuando, si fuéramos á mirarlo bien, él quizás es el único culpable de esto.

—¡Cómo!

—Justamente, si él hubiera cumplido los deberes de hermano, conmigo, si me hubiese tenido en su compañía, si me hubiese hecho frecuentar ese mundo en que él vive, es muy

posible que mis ideas siguiendo la corriente de aquella sociedad, me hubiesen inclinado hacia uno de esos matrimonios de negocio, matrimonios de cabeza, para los cuales no tiene voz ni voto el corazón. Ya ves tú si mi hermano ha de tener derecho para motejarme ni para ofenderme.

—Pues está usted en un error, y siento manifestárselo así, porque precisamente en el matrimonio que el señor marqués ha venido á ofrecerla, él tiene cifrada su esperanza.

CAPITULO XXV

Ultimo acuerdo

Las palabras de Marcos, llamaron la atención de la joven.

Porque el acento que el mayordomo empleara al indicar aquella esperanza, vibró con alguna intención que no pasó desapercibida para la joven.

Así fué que dijo:

—¿Y tú apruebas ese matrimonio?

—Señorita, yo no tengo en ese asunto representación ni importancia alguna, pero si la persona de quien se trata tiene un nombre sin tacha, no creo disparatado semejante proyecto.

—Es decir, que para tí para el nombre...

—Una persona que lleva el apellido de usted no puede unirse sino á otra, que cuando menos, la iguale.

—Y si esa persona es un bribón, como tú mismo sabes que hay muchos, si es un libertino, ¿crees que el nombre com-

pense cumplidamente las cualidades de la persona? ¿eres tú él que me quieres y de ese modo me aconsejas?

—Eso es exagerar, señorita, y no creo que el señor marqués haya buscado para usted un marido semejante.

—Por de pronto, yo no le conozco, es un extranjero hacia el cual no siento otra cosa que indiferencia.

—Cuando le conozca usted...

—Es que no le conoceré, es que le he dicho resueltamente á mi hermano que no acepto ese matrimonio, y ya me parece que me conoces para saber que no cambio tan fácilmente de opinión.

—Si no se hubiera usted dejado arrastrar por las palabras de mi hijo...

—Lo mismo habría pasado. ¿No ves tú que la soledad en que mi hermano me ha dejado, en este aislamiento en que he vivido, he tenido que adquirir ideas propias, resoluciones y energías, mías únicamente? ¿no ves que mi criterio ha tenido que irse constituyendo á fuerza de ver, de sentir y de apreciar? Te digo, que con el hombre que me propone mi hermano, no me casaré nunca, y es más, tú mismo, á pesar de cuanto dices, á pesar de toda esa lealtad de que alardeas, no tendrías valor para aconsejarme que hiciera tal cosa. Vamos, respóndeme con franqueza, puesta la mano sobre tu pecho, como hombre honrado y recordando los encargos de mi santa madre y de mi padre, tan bueno, tan noble y tan leal, ¿te atreverías á decirme que me casara con el barón de Lutzen?

*
* *

La prueba era demasiado fuerte, y Marcos no la podía resistir.

Repugnaba en conciencia mentir, y mentira y muy grave

hubiera sido, si hubiese dicho á la joven que debía casarse con un hombre á quien no conocía.

Por otra parte, las circunstancias por las cuales debiera verificarse aquel matrimonio, no eran las más á propósito tampoco para hacer la felicidad de Mercedes.

Se trataba de una especie de venta, porque según lo dicho por Luis, debía una crecida suma al barón, suma de la cual éste prescindiría, si se casaba con Mercedes.

¿El casamiento hecho bajo estas condiciones, podía ser feliz?

¿Debía aconsejarlo ninguna persona honrada?

Marcos no se hubiese atrevido á hacerlo, mas no por esto podía aprobar los amores de su hijo con su señora.

Habíase quedado silencioso, y Mercedes le dijo:

—¿Lo ves, Marcos? ¿tú ves cómo no es posible que te atrevas á aconsejarme un matrimonio bajo las condiciones que mi hermano pretende?

—Pero, de todos modos, señorita, si ese no, habrá veinticinco mil que la convengan, y para esos siempre tendrá mi aprobación.

—No, no podrás dármela; porque como mi corazón no puede interesarse por ninguno, y un matrimonio donde el amor no domina, es siempre desgraciado, tú no puedes querer mi desgracia.

—¡Oh! señorita, ríase usted de eso; no todos los matrimonios se hacen por verdadero amor, el trato es el que engendra el cariño.

—Pues como que precisamente ese trato no existe entre ninguna de las personas de que mi hermano pudiera hablarme, no hay posibilidad de que nos entendamos. Desengáñate, Marcos, que obraste con suma ligereza al intentar romper una cadena de amor, que no es fácil ya que se pueda quebrar.

—Bien, señorita; vuelvo á suplicarla que no hablemos más sobre ese particular. Dentro de algunos meses, cuando ya esté desvanecida esa ilusión que se han forjado ustedes, entonces, me dará usted gracias por lo que he hecho.

—No te las daré nunca; por el contrario, dentro de algunos meses, estará más firme mi cariño, y si la desgracia, porque desgracia y muy grande sería, hiciera que por una circunstancia cualquiera me viese obligada á casarme con un hombre á quien aborreciera, el remordimiento habría de ser muy grande para tí.

—¡Para mí, señorita!

—Sí; porque tú habrías hecho de este modo mi infelicidad y la de tu hijo.

—Mi hijo olvidará.

—Lo mismo que yo.

*
* *

Y tan firme y tan resuelta fué la entonación que dió la joven á sus palabras, que Marcos hubo de estremecerse.

—Hablemos de otra cosa si á usted le parece.

—No, porque yo no he querido hablar contigo sino de mi amor.

—Pero si ese amor es un sueño, señorita.

—Pues no quiero, mejor dicho, no puedo despertar de él. ¿Dónde está tu hijo?

—Lo ignoro.

—¡Marcos! no me obligues á que te diga que mientes, porque tú lo sabes, desde el momento en que has sido quien le ha enviado al punto donde se encuentra.

—¿Pero para qué quiere usted saberlo? ¿qué ha de adelantar con ello?

—Si tú no me lo dices, ten presente que de cualquier manera que sea, lo sabré. En resumen, Marcos, ten presente lo que te digo, hagas lo que quieras, intentes lo que mejor te plazca, consideres tu honor de la manera que más te convenga, Ricardo me ama, y me amará siempre; y yo le amo y no seré de nadie más que suya.

—¡Señorita, por piedad!

—Ahora ya lo sabes; guárdate en buen hora tu secreto, yo escribiré á Italia, yo escribiré á París, alguna de mis cartas llegará á sus manos, de modo que, á pesar tuyo, nos podremos comunicar, y no habrás conseguido entonces otra cosa que dar una publicidad innecesaria á hechos que nadie más que tú hubiera podido ocultar.

—Pero ¡por Dios! ¿no comprende usted el horrible compromiso en que me pone, la opinión que formará de mí su tutor de usted, las reconvenciones de que me hará objeto su hermano, la crítica de todos los habitantes de estos contornos, que ninguno querrá creer ni mi oposición, ni la violencia que habré tenido que hacerme?

—Pero ¿qué te puede importar las censuras de los unos ni las recriminaciones de los otros? ¿acaso alguno de ellos puede darme la felicidad que yo necesito? ¿qué puede hacer mi anciano tutor, achacoso, y sin salir para nada de su casa? Me ha dado su cariño, sus cuidados, pero nada más. ¿Qué puede darme mi hermano más que lo que me ha dado hastaa hora? Abandono, olvido, indiferencia, y tomar de mi patrimonio cuanto ha podido. Dime si lo que uno y otros han hecho, es razón para que me sacrifique por ellos.

—De todos modos, señorita, vale mucho más que no nos ocupemos por ahora de ese asunto; más tarde, con más calma y más reflexión, volveremos á tratar de ello. Por de pronto, tenemos el compromiso del señor marqués, que ese no sé de qué manera se ha de resolver.

—¿De qué manera? Pues muy sencillo, no casándome con su protegido.

—Pero entonces, el señorito Luis se encuentra en un compromiso sumamente grave.

—¡En un compromiso!

—Sí, señora; y ya que es necesario que lo sepa usted debo decírselo, á fin de que comprenda todo lo de crítica que tiene su situación.

*
* *

Mercedes no pudo menos de mirar llena de asombro al mayordomo.

¿Qué quería éste decir con aquella palabra? ¿qué compromiso era al que aludía?

—Habla, Marcos,—le dijo,—explica tus palabras, porque, francamente, no las comprendo.

—El señorito Luis tiene una deuda de gran importancia contraída con el barón de Lutzen.

—¿Y esa deuda es la que yo he de pagar con mi mano?

—Sí, señora;—contestó Marcos, inclinando la cabeza, porque realmente le avergonzaba lo que estaba diciendo.

—¿Es decir que yo era el precio de esa deuda?

—Si no el precio, al menos, el único medio de cancelarla.

—De modo que mi hermano trataba de especular con mi mano. ¿Y todavía has tenido valor para aconsejarme que aceptara el esposo que me proponía Luis? ¿Pensabas acaso cumplir de esa manera el encargo que te hicieron mis padres de que velases por mi felicidad? Vamos, Marcos, que si mi hermano te ha dicho eso y no le has contestado lo que debías, permíteme que te diga que tu lealtad y tu decoro y el cariño que me tienes, se ha conocido muy poco.

El mayordomo inclinó la cabeza visiblemente confundido.

El reproche era tan justo, tenían tal fuerza las palabras de la joven, que Marcos no sabía qué contestar.

Durante algunos segundos permanecieron silenciosos Marcos y Mercedes.

Una lágrima brilló en los ojos de ésta, que murmuró por fin:

—¡Oh! ¡madre mía, madre mía! ¡Qué desgraciada soy!

—¡Señorita!...—exclamó Marcos, con violencia;—comprenda usted mi situación y dígame qué es lo que debo hacer.

—Nada,—contestó secamente la joven;—yo soy la que debo obrar y obraré. ¿A cuánto asciende el crédito de ese barón de Lutzen?

—Me parece que á treinta mil duros.

—No es mucho en lo que me estiman el uno y el otro. ¡Creí que valía algo más!

Y una lágrima tembló entre sus párpados.

Marcos, no sabía qué decir.

—¿Qué dinero crees que obra en poder de mi tutor?—preguntó la joven al cabo de algunos momentos.

—Según las últimas cuentas que le dí, juzgo que debe tener sobre cuarenta á cuarenta y dos mil duros, pero ignoro si habrá realizado la compra que tenía proyectada.

CAPITULO XXVI

Deuda pagada

Permaneció Mercedes silenciosa algunos momentos.

El mayordomo la contemplaba sin atreverse á decir una palabra.

No había olvidado todavía los reproches que su señora acababa de hacerle, reproches que, después de todo, no dejaba de comprender que eran muy justos.

Porque las palabras de Luis no podían ser más ofensivas para Mercedes, y Marcos debiera haber tomado su defensa.

¿Por qué no lo había hecho?

La verdad era que no lo sabía. En aquellos momentos en que la joven se había mostrado resentida, fué cuando únicamente conoció el mal que hiciera.

De pronto alzó la joven la cabeza, y dijo:

—Cuando regresemos á Epila iremos á casa de mi tutor.

—Está muy bien, señorita.

Mercedes, más por cubrir el expediente que por otra cosa, visitó las tierras del Reguerón é inmediatamente regresó á Epila.

Una vez en su casa, pidió á Faustina otro traje y un abrigo.

Y cuando la doncella supo que iba á salir, no pudo menos de preguntarla:

—¿Quiere la señorita que pongan el carruaje?

—No hay necesidad. Voy á pié,—contestó secamente la joven.

—Entonces iré yo acompañándola.

—Puedes venir, si quieres, aun cuando no haces falta, porque Marcos vendrá conmigo.

—Como usted guste.

—Por otra parte, como que no voy lejos, y para ir á casa de mi tutor, no necesito aparato alguno, con que venga Marcos, basta.

—¿Tiene alguna novedad el señor conde? — preguntó Faustina, que hubiera dado cualquier cosa por saber lo que su señorita tenía que decir al tutor.

—El pobre, — repuso Mercedes, — harto tiene con sus años y sus achaques. Hace días que no le he visto y no quiero que me acuse de ingrata.

—Muy injusto sería el señor conde si tal hiciera, puesto que todos los días ya sea uno, ya otro, vamos á saber noticias suyas.

—Sin embargo, yo debía ir con más frecuencia. Esa es la verdad.

*
* *

El conde de Almarza, según ya dijimos, había sido el ín-

timo amigo, el hermano, mejor dicho, del difunto marqués de la Florida.

Relaciones de parentesco mediaban entre ambos, pero las del afecto eran todavía superiores.

El conde, viudo á la sazón, y sin hijos, había profesado siempre gran afecto á los de su amigo, y especialmente á Mercedes.

Al morir el marqués, quedó el conde como tutor de ambos, y aun cuando Luis desde que cumplió la mayor edad, ya puede decirse que nada tuvo que ver con él, Mercedes no se hallaba en igual caso.

Era su pupila y ahijada, y hasta se decía que también la había instituido su heredera.

El conde había aconsejado á Luis que evitase la ruina á que se aproximaba á pasos agigantados, reduciendo sus gastos y administrando por sí mismo sus bienes.

Pero todos sus esfuerzos, todos sus buenos deseos se estrellaron, contra los hábitos contraídos ya de muy antiguos y aun en algunas ocasiones, Luis contestó con bastante desabrimiento al antiguo amigo de su padre y tutor suyo que había sido.

De aquí que sus relaciones eran en los momentos en que hablamos, bastante frías.

El conde había visto con profundo dolor, como se iban vendiendo las propiedades de su amigo para sufragar los despilfarros de su hijo, y había procurado asegurar todo lo posible lo que de su padre había correspondido á Mercedes, para que no sufriese una suerte igual.

Cuando Luis llegó á Epila, estuvo á ver á su antiguo tutor para consultarle respecto á la venta de la posesión del Reguerón, y el conde le dijo que conceptuaba un disparate aquella venta, pues ya nada de lo que tenía, reunía el valor de aquélla.

Pero Luis le pintó la situación tan apremiante, que el conde no tuvo otro remedio que ceder y dárle las noticias que deseaba y recomendarle á su procurador de Zaragoza, para que hiciera las diligencias necesarias al objeto que Luis deseaba.

El conde sufría en gran manera viendo la fortuna de su difunto amigo irse repartiendo entre manos extrañas, y tal vez esta fuese otra de las causas que contribuían á aumentar sus padecimientos

Porque el conde que se veía achacoso, temblaba á la idea de morir sin haber podido dejar á Mercedes casada ya, ó cuando menos en edad de poder manejar por sí misma sus intereses.

Si su hermano se llegaba á hacer cargo de ellos, ¡desgraciada criatura!

Conocía perfectamente el carácter de la joven, y sabía que no se opondría en lo más mínimo á lo que hiciera su hermano, y con esta conducta llegaría á verse arruinada como él.

Sabía que Luis había ido á Zaragoza, y dijo á su ayuda de cámara, anciano ya como él, y en quien tenía depositada toda su confianza:

—Mira, Ruperto, acuérdate de lo que te digo; el día en que ese muchacho haya devorado ya todo lo suyo, caerá sobre lo que corresponde á su hermana. ¡Lástima de casa que se perderá por completo!

*
* *

Abrumado por estos pensamientos se encontraba, cuando llegó Mercedes.

El anciano abrazó cariñosamente á la joven, diciéndola:

—¡Anda con Dios, picarona! ¡Cómo te olvidas de este pobre viejo!

—¡Olvidarme!—exclamó la joven con acento de reproche, —no diga usted semejante cosa. Todos los días envío á saber cómo sigue, y tan luego encuentro una ocasión propicia para venir, aquí me tiene.

—Ya lo sé, hija mía; ya sé que no eres como tu hermano.

—Luis como que ha vivido casi siempre lejos de nosotros, no tiene nada de extraño que nos tenga poco afecto. No quiero decir por esto, que no nos quiera, pero su cariño tiene más del afecto del deber que no el del sentimiento.

—Si por ese deber fuera, desengáñate que no obraría como lo hace. Luis, por muy triste que sea haber de confesarlo, ni te quiere ni me quiere, y hasta creo que ni él mismo se quiere tampoco.

—Todo es efecto de la condescendencia que había tenido papá dejándole residir en el extranjero. Allí ha adquirido hábitos y costumbres...

—Sí, que le arruinan y que también á tí te han de perjudicar, por más que yo procure evitarlo.

—¿A mí?—murmuró la joven.

—Desde luego, porque no has de poder ver con tranquilidad sus apuros; querrás sacarle de ellos cuando veas que tiene agotados todos sus recursos, y en esa empresa, concluirás también por encontrarte como él.

—Pero ¿quiere usted, que si yo puedo sacarle á flote, consienta en que se hunda?

—Hija mía, hay un refrán que dice que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo.

—Pues precisamente siguiendo ese adagio, vengo á verle hoy.

—¡Cómo! ¿qué quieres decir?

Y el conde alzó la cabeza, fijando una mirada interrogadora en el semblante de su pupila.

—Querido tutor,—dijo ésta,—necesito treinta mil duros.

Semejante petición llenó de asombro al anciano que, dando un respingo sobre la butaca en que se hallaba sentado, exclamó:

—¡Qué dices, criatura! ¿para qué necesitas tú esa cantidad?

—Veamos lo primero de todo, si me la puede usted dar; mejor dicho, si puede usted remitirla al sitio donde es necesario que vaya.

—No te comprendo.

—Es una historia, desgraciadamente por el mismo estilo de todas las de en que se haya comprometido mi hermano.

—¡Ah! es cosa de tu hermano; entonces, hija mía, deja que se arregle como pueda; no seas tonta, que ya le hemos sacado de apuros varias veces.

—Es imposible; no hay más remedio sino hacer lo que digo á usted.

—Pero...

—Y se ha de hacer, porque es de mí de quien se trata en este negocio.

—¿De tí?

—Sí, señor. Hay en París un cierto barón de Lutzen, á quien debe mi hermano treinta mil duros.

—Pero ¿en qué gasta ese chico tanto dinero? ¿qué hace de él?

—No lo sé; pero el caso es que este barón ha visto mi retrato y pretende casarse conmigo, cancelando de esta manera la deuda de mi hermano.

—¿Y Luis ha accedido á semejante trato?— exclamó el conde lleno de indignación.

—Desde luego, toda vez que su venida aquí ha tenido por objeto hablarme de ese matrimonio.

—Es decir, que ha tenido la avilantez de manifestarte el convenio infame á que asintiera.

—No, señor; no me ha dicho esa segunda parte; se ha contentado con indicarme la primera.

—Entonces ¿cómo supiste?...

—Porque se lo ha dicho á Marcos.

—También á mí me lo ha callado, temeroso sin duda de la contestación que había de darle. No, ese matrimonio no se realizará, hija mía; todavía tengo yo un soplo de vida para oponerme á él.

—Pero es necesario pagar esos treinta mil duros.

—¡Tú! ¿por qué?

—Porque de ese modo podré rechazar dignamente la ingerencia de mi hermano en ese asunto. Es preciso que recuerde usted si tiene algún amigo en París que se encargue de entregar ese dinero, y de recoger al mismo tiempo el recibo.

—Pero mujer, ¡por Dios! reflexiona que de esa manera vas poco á poco desmembrando tu capital y resultan inútiles las economías que te impones.

—Me parece que en este caso, está bien justificado lo que hacemos.

—No está justificado, porque la voluntad de tu hermano no basta para casarte.

—Ya lo sé; pero ¡qué quiere usted! ¿que tengamos un disgusto y que rompamos en absoluto, como sucedería si nos poníamos en esa situación? Vale más que dejemos por ahora la compra de esa finca que tenía usted proyectada, y salvemos ese compromiso, que ya ve usted si ha de ser grande, cuando mi hermano ha tenido que acceder á dar mi mano como paga de ese empeño.

El conde no pudo menos de asentir, después de una breve resistencia, á las indicaciones de la pupila.

Aquel mismo día, Ruperto, su ayuda de cámara, marchó á Zaragoza, á fin de poder girar por medio del Banco, la cantidad indicada por Mercedes á un antiguo amigo del conde que residía en París.

De esta manera, al mismo tiempo, escribió á éste, dándole sus instrucciones, y acompañándole una carta de Mercedes para el barón, en la cual le manifestaba que habiendo sabido por su hermano la deuda que tenía contraída con él, y encontrándose éste enfermo á la sazón, le escribía por su encargo, enviándole el importe de su deuda, de lo cual esperaba diese el oportuno recibo á la persona portadora del dinero.

Impaciente, reflejando en su rostro toda la cólera que experimentaba, había estado Faustina esperando la llegada de su señora.

Si no de ella, esperaba saber de Marcos algo que la diese luz sobre aquella visita, que en cualquier otra circunstancia nada de particular le hubiera encontrado, y que sin embargo, en aquellos momentos llamó su atención.

Y, efectivamente, buscó ocasión para hablar con Marcos, y nada pudo saber:

El mayordomo concluyó por decirle:

—Mira, Faustina, el que quiera saber, á Salamanca, ¿me comprendes? y nada me preguntes, porque nada te diré, con que así, no te canses porque sería en balde. Ocúpate de tus quehaceres, y no de lo que hacen los demás, máxime, cuando eso es cosa que á tí no te importa.

Con semejantes despachaderas, fácil es comprender la cólera que había de experimentar Faustina, que se veía imposibilitada de poder decir nada á Luis, cuando regresara de su expedición á Zaragoza.

Quizo hacer un esfuerzo con Mercedes, pero todavía le resultó peor que con Marcos.

Porque la joven que desde la marcha de Ricardo estaba profundamente afectada y no podía disimular por ningún estilo su mal humor, la dijo con un acento que no admitía súplica:

—Desde hace tiempo, Faustina, estoy observando en tí algo que me disgusta de un modo extraordinario; te has vuelto curiosa, y estas curiosidades, ni quiero ni debo tolerarlas, en su consecuencia, nada me preguntes, porque no he de decirte si no aquello que me convenga.

—Pero, señorita...

—Estás prevenida ya, por lo tanto, á la primera que me hagas, no te sorprendas por la disposición que tome. Es todo cuanto te puedo decir y me alegraré muchísimo que no lo olvides.

—Dispénseme usted, si yo autorizada, mejor dicho, alentada por el cariño con que usted me había tratado, he creído en algunas ocasiones que podía...

—Sí, mujer; razón tienes que mi cariño ha procurado siempre por todos los medios posibles, acceder á tus preguntas, lo mismo que á las de todos los que lleváis tantos años en casa, y que es natural que os intereséis por mí; pero de eso á la pregunta indiscreta y al deseo de saber por saber, únicamente, hay una gran diferencia, y á eso es á lo que yo me refiero.

—Pero...

—No hablemos ya, porque creo excusado decirte más de lo que te dije.

CAPITULO XXVII

Ruptura entre los dos hermanos

Puede comprenderse muy bien todo el efecto que había de producir en Faustina, la reprimenda de su señora.

Comprendió desde luego que se desconfiaba de ella; sus celos se despertaron con mayor fuerza, llegando á suponer que porque su señora sospechaba algo de lo que en su corazón pasaba, la trataba de aquel modo.

Y como es consiguiente, de aquí tomó nuevo pié para acentuar su disgusto.

Luis regresó de Zaragoza á los ocho días.

Había ultimado ya el asunto que allí le condujera, y la escritura se la llevarían á Epila para que firmase y recogiese el dinero que había pedido.

Su primera diligencia cuando llegó á la casa de su hermana, fué interrogar á Marcos.

Ya sabemos el encargo que le había dejado al marcharse,

y deseaba saber el resultado que habían tenido las gestiones de éste.

Pero el mayordomo le contestó resueltamente:

—Señor marqués; la misión que usted me había confiado era bastante delicada, y ha resultado lo que debía.

—Pero bien, ¿qué ha resultado?

—Que la señorita se ha indignado de que usted la considerase como un objeto de pago, para solventar su deuda con el barón.

—¿Eso ha dicho?—dijo Luis, frunciendo el entrecejo.

—Sí, señor; y yo debo añadir, por mi parte, que no encontré palabras que oponer á las suyas.

—¿Qué quieres decir?

—Que el señor marqués ha de comprender que es muy duro el compromiso en que se ha puesto y en el que ha puesto también á su hermana.

—Cuando se trata del honor de la familia, obligación de mi hermana es la de sacrificarse por él.

—Es que aquí, permítame el señor marqués que le diga, que según mi opinión, se trata sencillamente de una cuestión de dinero.

—¿Y qué?

—Que como cuestión de dinero con dinero se paga, y no se sacrifica á ella la tranquilidad y la existencia de una persona tan querida como para el señor marqués debe ser su hermana.

—Mercedes me debe obediencia, y cuando yo dispongo una cosa...

—En ese caso, no sé qué contestar al señor marqués. Ahí está el tutor de la señorita, que es la persona verdaderamente llamada á tratar de este asunto. A mí el difunto señor marqués, que esté en gloria, me encargó que velara por su hija, y

francamente, señorito, creería faltar á mi deber si aconsejara á su hermana que asintiese á semejante unión.

—Cuidado, Marcos, cuidado, que no te encuentras en el caso de dirigirme reconvenciones.

—¡Líbreme el cielo de semejante cosa, que harto sé lo que á mi condición le toca! pero en lo que á mi conciencia se refiere, siempre, señor marqués, sé lo qué debo hacer.

Y era tan firme el acento con que el mayordomo pronunció las anteriores frases, que comprendió Luis que sería inútil cuanto en el sentido de hacerle que secundara sus propósitos, pretendiera.

—Es decir, que mi hermana se niega resueltamente.

—Sí, señor.

—¿Y no has podido comprender si en su corazón había alguna otra causa más poderosa que la que me has indicado? quiero decir, si crees que otro amor...

—Ya comprenderá el señor marqués que semejantes confidencias no podía tenerlas conmigo la señorita.

—Siendo tú, como has dicho, el encargado por mi padre de velar por ella y de asegurar su tranquilidad, me parece que nada de particular tendría que estuvieras, también, al corriente del estado de su corazón.

—Pues no lo estoy;—repuso bruscamente el mayordomo.

—Está bien, está bien.

Y Luis puso término á la conversación, no sin que su enojo dejara de ser terrible, así contra su hermana como contra Marcos.

***

Meditabundo se hallaba el joven marqués paseándose por sus habitaciones, cuando Faustina penetró en ellas.

La doncella había estado espiando en un momento favorable para hablar á su señorito.

Este, al verla, se apresuró á decir:

—¡Hola! ¿tendrás muchas noticias que darme?

—Como noticias de importancia, ninguna.

—¿Es decir, que aquí no ha ocurrido nada de particular desde que yo me marché?

—No, señor.

—¿No has sabido nada del hijo de Marcos?

—No, señor, ni una palabra. Su padre recibió unos telegramas, pero nada nos ha dicho. Quizás la señorita sepa alguna cosa,—prosiguió Faustina con marcadísima intención.

—La señorita, ¿por qué?

—Porque estuvo hablando muy secretamente con el señor Marcos al día siguiente de haberse usted marchado.

—¿Y no has sabido de qué hablaron?

—Pues si la señorita está conmigo de una manera, como no había estado jamás. Le aseguro á usted que si no fuera por el cariño que profeso á la casa...

—Mucho me extraña lo que me dices, porque mi hermana siempre te había distinguido.

—Sí, señor; pero yo no sé lo qué ha ocurrido desde que vino Ricardo, que me trata á la baqueta. Parecía que hasta le molestaba el que Ricardo me mirase.

—Pues ¿y á ella qué la importaba?—dijo Luis mirando fijamente á la muchacha.

—Eso mismo digo yo, ya ve usted, pero así ha sucedido.

—Esas serán aprensiones tuyas.

—Mire usted, señorito Luis, no son aprensiones, pues la señorita ha cambiado muchísimo respecto á mí, de poco tiempo á esta parte; no le quepa á usted duda de ninguna especie.

—¿Pero tú á qué lo atribuyes? ¿le has dado algún motivo?

—¡Ay! señorito; ¡pobre de mí! ¿qué motivo le puedo yo haber dado?

—Y después de esa entrevista que dices que tuvo con Marcos...

—¡Oh! desde entonces está mucho peor. Ya ve usted cuando iba á casa de su tutor, generalmente siempre la acompañaba yo; pues bien, ese mismo día que habló con el mayordomo, se fué inmediatamente á ver al señor conde, y quiso que Marcos la acompañara.

—¡Ah! ¿conque estuvo á ver al conde?

—Sí, señor.

—¿Y no has podido saber qué objeto tuvo esa visita?

—¡Oh! la señorita acostumbraba á ir á verle cada dos ó tres días. Pero lo chocante ha sido, que al día siguiente de haber estado la señorita en casa de su tutor, Ruperto, ya sabe usted, el ayuda de cámara del señor conde, se marchó á Zaragoza y estuvo allí dos días.

—Pero muchacha, ¿cómo has sabido tú todo eso?

—Como que usted me había dicho que lo observara todo...

—Ya veo que tienes cualidades inapreciables para el espionaje. ¿Qué habrá ido Ruperto á hacer á Zaragoza?

—Eso ya no lo he podido saber, y crea usted que he puesto todos los medios para conseguirlo.

—¿De veras?

—Como que Carmela, la hija de Ruperto, es muy amiga mía, y he procurado sonsacarla...

—Y sin resultado, ¿eh?

—Ninguno. La chica no sabía nada, ó si lo sabía, no me lo ha querido decir.

—¿Y nada más ha ocurrido por aquí?

—Nada más.

—Pues señor, es necesario convenir que es bien poco lo que hemos sabido.

—¡Quién sabe si seremos más afortunados en otra ocasión!

—Tú no ceses de observar bien.

—Eso no tiene usted que decírmelo.

***

Cuando Luis se quedó solo no pudo menos de decir:

—¿Qué significa esto? Marcos no me ha dicho nada de esa visita al conde. ¿Para qué ha ido mi hermana á verle? ¿Por qué esta muchacha me habla con tanta insistencia del hijo del mayordomo y por qué éste toma conmigo ese aspecto de autoridad que no sé cómo he podido soportar? Aquí sucede algo que no comprendo y que es menester que averigüe. El casamiento de mi hermana con el barón me conviene y lo realizaré á despecho de Marcos y de todo el mundo. No es cuestión de que pague ese dinero á Lutzen, porque si hubiera de pagárselo ¿para qué tendría con lo que he tomado sobre la posesión del Reguerón?

Y Luis comenzó á pasearse por el aposento, más preocupado cada vez.

Durante aquel día, nada dijo á su hermana.

Al inmediato se fué á ver al conde y después de estar hablando con él largo rato, hizo recaer la conversación sobre el matrimonio de su hermana.

—¿Pero tú sabes ya, si ella accederá á semejante matrimonio?—le preguntó el conde.

—¿Qué otro remedio le queda?—dijo Luis.

—Ya lo creo que le queda otro remedio; no casarse si no quiere.

—Pero se trata del honor de la casa.

—No comprendo qué tenga que ver ese honor en este asunto.

—Un marido como el barón de Lutzen, emparentado con las primeras familias de Austria, me parece que no es de despreciar.

—Si yo no te digo eso; lo primero de todo para un matrimonio, es que exista cariño.

—Dispense usted que le diga, que en el matrimonio debe buscarse la conveniencia antes que todo.

—No opinamos de la misma manera.

—Si mi padre viviera, ¿cree usted que se resistiera mi hermana á complacerle?

—En primer lugar que tu padre, mi noble amigo á quien no olvidaré jamás, no habría pensado, ni remotamente en violentar á su hija.

—Eso es lo que no sabemos.

—Yo, sí lo sé, y como soy el tutor de Mercedes, ya comprenderás que no he de consentir en que se sacrifique. Si ella está conforme, si ella me dice que desea ese matrimonio, no me opondré; pero como estoy seguro que no me lo ha de decir, puedes tener la seguridad también de que no daré mi consentimiento.

*
* *

Luis comprendió que entre el conde y Mercedes había mediado ya alguna explicación sobre aquel particular y que estaban de completo acuerdo.

No se había atrevido á decir al tutor de su hermana, el compromiso que tenía contraído con el barón, y que éste poseía documentos que, de darlos á la publicidad, podían ponerle en evidencia de un modo extraordinario.

Y como los días se iban pasando y la situación se iba haciendo cada vez más tirante para Luis, éste se decidió finalmente por celebrar una entrevista definitiva con su hermana, á fin de acordar la línea de conducta que debía seguir.

Precisamente, Mercedes, le dió pié para ello.

Cinco días después de haber visto el marqués al conde, Faustina entró en las habitaciones de Luis, diciéndole:

—La señorita me ha encargado le diga que desea hablar con usted.

—¡Hola! ¿ha ocurrido algo de nuevo?

—Presumo que sí, señor; porque ha venido Ruperto, ha estado hablando con la señorita, y después que se ha marchado ha sido cuando me ha dicho que viniese á verle.

—Pues voy al momento.

Y, efectivamente, el joven se apresuró á ver qué era lo que su hermana quería.

—Te he enviado á llamar, porque mi tutor me ha dicho que estuviste hablando con él hace dos ó tres días respecto á mi matrimonio.

—Es verdad, y por cierto que yo también estaba resuelto á hablarte hoy sobre este particular, porque he tenido carta del barón, que, como te dije, estaba en París esperando noticias mías, y me exige contestación inmediata.

—Sin duda necesitará el dinero que le debes, ¿no es verdad?—preguntó la joven con una frialdad que desconcertó algún tanto á su hermano.

—Sí, algo de eso hay también,—dijo;—pero la verdad es que está locamente enamorado de tí.

—Lo siento, porque á mí me sucede lo contrario, se me ha hecho más antipático desde que he sabido que me habíais valuado en treinta mil duros nada más. Yo tenía la pretensión de creer que valía cantidad más superior á esa.

—¡Mercedes!

—Toma, y desde este momento puedes estar tranquilo respecto al barón. Ya está cancelada tu deuda.

Y al decir estas palabras, la joven entregó á su hermano varios papeles que sacó del bolsillo.

CAPITULO XXVIII

Lo inesperado

Luis cogió los papeles que su hermana le entregaba y una sorpresa extraordinaria se retrató en su rostro al examinarlos.

Allí estaban todos los documentos que obraban en poder del barón de Lutzen.

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó, frunciendo el entrecejo.

—Que sabiendo que tu compromiso con el barón consistía en esa cantidad que le adeudabas y que no le podías devolver, se la he mandado yo y he recogido tus papeles.

—Pero...

—Y al mismo tiempo he deshecho esa boda que tú tan impremeditadamente habías concertado.

—Es que yo no puedo consentir...

—¿El qué?

—Que tú pagues lo que yo debo.

—Varias veces lo hice ya, conque una más no ha de influir poco ni mucho en nuestra situación. Ahora sí, lo que te encargo es que procures que no sean tan grandes las cuentas, porque si viniese otra por el estilo, no te podría sacar del apuro.

—De modo que tú te has dirigido al barón...

—¡Ya lo creo!

—¿Pero sabías dónde estaba?

—¿Acaso una persona como él, es tan desconocida en París, que no se la encuentre?

—Mientras haya quien la busque.

—Y como aquí la ha habido.

—¡Ya! vamos, ahora lo comprendo,—dijo Luis, mirando fijamente á su hermana.—Sin duda te has valido de Ricardo.

—Estás en un error,—repuso la joven, sin que en su semblante se revelase el efecto que aquella indicación le causara.

—¿No ha sido el hijo de Marcos?

—No, ni sé tampoco si está en París. Quien ha ido á ver al barón de Lutzen, en nombre mío, y portador de esa carta con el dinero, ha sido el marqués de la Villa, á quien tú debes conocer.

—¡El marqués!

—Justamente. Yo sé también lo que debo al nombre que llevo. Para justificarte, porque también he querido dejarte á cubierto, he dicho que estabas enfermo y me habías encargado que hiciera llegar aquella suma á poder del barón.

—¿Y Lutzen te ha contestado?

—Era lo natural, siendo una señora quien á él se dirigía.

—¿Y te ha dicho?...

—Que comprendía las razones que le daba y que aun cuando con gran sentimiento de su parte, no quería por nin-

gún estilo que fuese su esposa á la fuerza y me devolvía la palabra que tú le habías empeñado.

*
* *

Luis no pudo menos de morderse los labios.

Su hermana no solamente había desconcertado todos sus planes sino que le cerraba las puertas por algún tiempo para pedirle dinero.

¿Cómo iba á contarle sus compromisos, cuando de un golpe había entregado treinta mil duros?

Había roto el compromiso con el barón, de una manera que le incapacitaba para formar otro con cualquier otra persona y bajo la misma garantía.

Porque conocía ya el carácter de su hermana y estaba seguro que nada conseguiría de ella si no era de su gusto.

Apoyada como estaba por su tutor, sería totalmente imposible vencerla.

Había quedado derrotado entonces, y lo peor era, que la joven lo había hecho de un modo que no dejaba lugar á recriminación de ningún género.

Sin embargo, todavía intentó luchar.

—Siento,—dijo,—que no hayas tenido confianza en mí para decirme lo que intentabas hacer.

—¿Y qué hubiera adelantado con ello?

—Que fuera yo quien se dirigiera al barón. ¿Qué necesidad había en poner al marqués de la Villa en antecedentes que nada le importaban?

—El marqués, antiguo amigo de papá, no puede hacer mal uso de esas noticias, que por otra parte debía conocer ya, según de su carta se desprende.

—De todos modos has procedido con mucha ligereza.

—¿Tú lo crees así?

—Y cualquiera dirá lo mismo.

—Me parece que lo que cualquiera diría, es que ha sido muy vergonzoso, por no decir otra cosa, tu proceder, ligando la mano de tu hermana, mano respecto á la cual no tienes derecho alguno, á un compromiso de dinero.

—El barón te amaba.

—El barón, ó mejor dicho tú, no viste más sino que casándome con él, no se había de mostrar exigente para reclamarte lo que le debías.

—Semejante manera de suponer...—dijo Luis, que no podía disimular su disgusto.

—Es exacta, y tú lo sabes mejor que nadie. En fin, hermano mío, basta ya de discusiones sobre este particular, y no tratemos más de un asunto enojoso para los dos. Lo principal es que tú deuda esta cancelada, que no eres ya deudor del barón de Lutzen, y que yo no tengo por qué temer para lo sucesivo, que vuelvas á contraer compromisos, que como no podría cumplir, te harían quedar en muy mal lugar. Estoy resuelta á no casarme, sino con persona por quien se interese realmente mi corazón; no quiero matrimonios impuestos, y mucho menos de esos en que el dinero ó la nobleza se creen que lo son todo.

Y con estas palabras, puso la joven término á la entrevista con su hermano.

*
* *

Si disgustado estaba Luis antes de ver á su hermana, más disgustado se encontraba todavía después de haberla visto.

El aspecto bajo el cual se le había presentado la joven, era tal, que descubriéndole como le había descubierto todo un carácter, le quitaba la esperanza para lo sucesivo de sacar ningún partido de ella.

Pero para que la joven tuviera aquellos alientos, necesariamente había de existir alguna razón.

Faustina había hablado diversas veces y de un modo intencionado, según hemos visto, de Ricardo, y el proceder usado por éste también había llamado la atención de Luis.

¿No podría ser esta la causa de aquella resistencia y de aquella energía demostradas por Mercedes?

De todas maneras, por el momento estaba perdida la partida.

Es verdad que en aquella jugada había ganado al fin y al cabo los treinta mil duros que su hermana había entregado al barón, y cuando se exponía á verlo perdido todo si ella se hubiese empeñado en no casarse, todavía no debía darse por descontento.

***

Cuatro días después, anunció que se marchaba á Viena.

Allí tenía establecida su casa.

Mercedes no trató de retenerle.

—Si quieres venir á pasar una temporada á mi lado,—la dijo,—puede acompañarte Marcos y tus doncellas.

—No, gracias,—contestó secamente la joven —No quiero presentarme en sociedades que desconozca.

—Como quieras.

—El día antes de su marcha, Luis tuvo una larga entrevista con Faustina.

La entregó algunas monedas, y la dijo:

—Es preciso que me tengas al corriente de todo cuanto aquí suceda. Juzgo que eres la persona más á propósito para ello, y por eso te doy semejante encargo.

—Ya sabe el señorito que le serviré fielmente,—contestó la joven, sin comprender el verdadero sentido que habían tenido las palabras del marqués.

—Es muy fácil que regrese Ricardo después que yo me marche,—dijo éste al cabo de algunos momentos.

—Todo podría ser,—contestó Faustina.

—Es decir, que tú supones...

—¡Oh! yo no digo nada, señorito; usted lo ha indicado, y yo me he limitado á decir que podría ser.

—Pues bien; sí me convendría mucho, pero muchísimo, saber todo lo que hace ese muchacho. Siempre me he interesado por él.

—Pues sobre ese particular, puede usted ir descuidado.

—Por supuesto que también me convendrá mucho tener noticia de lo que hace mi hermana.

—También lo sabrá usted.

—No sé por qué, me figuro que dentro de poco ha de suceder aquí algo que me obligue á regresar, y entonces sabrás si sé cumplir como debo con los que me sirven bien.

—Vaya usted descuidado, señorito Luis, que yo sé perfectamente lo qué debo hacer.

El marqués dijo á Faustina las señas de la casa donde en Viena había de dirigir las cartas, y después de encargarla que no dejase de participarle cualquier novedad que advirtiera, se marchó de Epila.

La existencia de Mercedes, volvió á ser tan monótona como antes de la llegada de Ricardo.

Algunos paseos por el campo, paseos también por el jardín, visitas á su tutor ó á los desgraciados á quienes quería socorrer y nada más.

Un día, Faustina, la vió escribir dos ó tres cartas.

Intentó varias veces con diversos pretextos, enterarse del lugar dónde iban dirigidas.

Pero Mercedes supo de tal modo burlar su vigilancia, que nada pudo sacar en limpio.

Pero tuvo la esperanza de que cuando las llevara al correo, lo podría saber.

Mas ninguno de los criados recibió el encargo de llevar aquellas cartas.

Y sucedió más todavía para acabar de confundir á la curiosa muchacha.

Ni aquel día ni al siguiente salió Mercedes de su casa.

¿A quién podían ir dirigidas aquellas cartas, ó de qué modo se había arreglado para hacerlas llegar á su destino?

Esto fué lo que no pudo saber Faustina, y sin embargo, había sido lo más sencillo.

Dos días después de haberlas escrito, hizo que la mujer de Marcos la acompañara á visitar unos pobres, y al pasar por el correo, ella misma y casi sin que se apercibiera de ello, echó una carta en el buzón.

Al día siguiente, y acompañada también por la mujer de Marcos, volvió á salir y echó la otra.

Aquellas dos cartas iban dirigidas á una misma persona.

Esta era Ricardo. La una iba dirigida á París y la otra á Roma.

Así se pasó algún tiempo.

De pronto, Faustina advirtió que la tristeza de su señora aumentaba. Mas tarde advirtió también que Mercedes estaba más delicada de salud, y que á ojos vistos se iba desmejorando.

Algunas veces habíala sorprendido llorando, y al preguntarle la causa se irritaba, obligándola á alejarse inmediatamente de allí.

Y razón tenía Mercedes para el dolor en que se anegaba, y para la alteración de su organismo.

Las consecuencias de su falta, habíansele ofrecido de un modo harto patente, por su desgracia.

Ya no podía tener duda de ninguna especie.

Mercedes, era madre.

CAPITULO XXIX

Marcos se encuentra en un grave compromiso

Mercedes, había estado esperando impaciente una contestación de Ricardo.

A las cartas que había escrito, sucediéronse otras dos que obtuvieron el mismo resultado que las primeras.

Y sin embargo, Ricardo, había escrito á Epila.

Pero Marcos estaba muy prevenido, y las cartas que habían llegado dirigidas á Mercedes, aun cuando el sobre estuviera escrito con letra distinta de la del pintor, las interceptaba el mayordomo, y se las devolvía á su hijo, diciéndole que no se molestara en escribir, porque ninguna de aquellas cartas llegaría á su destino, máxime, cuando podía asegurarle, que la boda proyectada iba á verificarse.

De este modo trataba de matar las esperanzas de su hijo.

Este, entonces recurrió á otros medios.

Escribió á un amigo suyo de Zaragoza, encargándole que se dirigiese á Epila, y que viera el modo de entregar á

la marquesa la carta que le enviaba adjunta, pero sin que nadie, ni aun su mismo padre, y éste menos que cualquiera otra persona, se enterara de ello.

Marcos, ya había sospechado que su hijo intentaría este medio, y por lo tanto, su vigilancia no se ceñía exclusivamente á la cuestión del cartero.

En su consecuencia, descubrió al amigo qne rondaba buscando ocasión favorable, le interrogó diestramente y consiguió saber lo que deseaba.

Entonces recogió la carta y le dijo que no se molestara más ni admitiera encargos, porque todos tendrían la misma suerte.

Entretanto, Mercedes se desesperaba, viendo que no obtenía contestación á las cartas que había escrito.

Estas cartas tampoco las había recibido Ricardo.

Y la razón era porque no estaba ni en Roma ni en París.

Estando en esta ciudad, se le hicieron proposiciones por un lord inglés para hacer algunos trabajos, pagándoselos á gran precio, y el joven había marchado á Londres, desde donde escribía á su padre y había escrito á Mercedes.

Cuando ésta adquirió, como hemos dicho, la triste evidencia de su estado, tuvo momentos en que creyó volverse loca.

Pero ya hemos dicho que la joven era resuelta, y no se dejaba abatir por la desgracia.

Pasada la crisis producida por el conocimiento de su estado, comenzó á adoptar toda clase de precauciones, á fin de evitar que nadie advirtiera su situación.

No podía dudar del cariño de Ricardo; no se le ocurrió ni por un momento suponer que el pintor hubiese faltado de un modo tan indigno á los compromisos solemnemente contraídos con ella.

Lo que creyó fué que Marcos, cumpliendo lo que le había dicho, interceptaba sus cartas.

Entonces volvió á escribir á Ricardo, diciéndole que las dirigiese á la lista de correos, en Zaragoza, que diez días después de la fecha que ponía á su carta, ella misma iría á la ciudad á recogerlas.

Bajo el pretexto de hacer algunas compras, marchó á Zaragoza, haciendo que la acompañase la mujer del mayordomo.

Petra, la quería como á las niñas de sus ojos, según decía, cuando de ella se trataba, y por nada de este mundo, hubiera disgustado á su señorita.

Pero en Zaragoza no encontró la joven las cartas que esperaba.

Petra se extrañaba de que su señorita quisiera ir al correo todos los días.

La joven, para justificar esta visita, había dicho á Marcos, que si alguna novedad ocurría en la casa le dirigieran las cartas á la lista.

Extrañóle al mayordomo este encargo, cuando en Zaragoza tenían una porción de casas donde pudieran haber recogido la correspondencia, pero no se le pudo ocurrir la verdadera idea de la joven.

En Zaragoza permanecieron ocho días, y las cartas de Ricardo no llegaron.

—Mañana nos marchamos á Epila, Petra,—dijo Mercedes, —al salir del correo.

—Pero señorita, si no hemos comprado nada de lo que usted dijo que quería comprar.

La joven comprendió que tenía razón Petra, pues ella, atenta únicamente al objeto que allí le había conducido, olvidó el que la sirviera de pretexto.

Entonces hizo algunas compras y regresó á Epila.

Su tristeza y su abatimiento, eran entonces mucho mayores.

*
* *

Al día siguiente de su llegada, dijo á Marcos.

Esta tarde vas á venir conmigo.

—Donde usted quiera, señorita,—contestó el mayordomo.

La joven había formado su resolución.

Una vez que estuvieron en el campo, y segura Mercedes de que nadie la podía escuchar, se detuvo y dijo al mayordomo:

—Ya estamos bien aquí y nadie podrá escucharnos.

El mayordomo no pudo menos de sorprenderse, mirando con asombrados ojos á su señora.

—¡Qué nadie nos puede escuchar!—dijo,—¿pues acaso en casa teme la señorita que alguien la escuche?

—Sí, lo temo todo, porque es muy grave lo que te voy á decir.

Y el acento con que la joven pronunció las anteriores palabras, parecía corroborar aquella misma gravedad.

Marcos no pudo menos de estremecerse, aun cuando sin poderse dar la razón de ello.

—¿Dónde está tu hijo?—preguntó Mercedes.

—Pero señorita, por Dios, ¿todavía piensa usted en eso?

—Dónde está tu hijo, vuelvo á repetirte.

—Pero...

—¿Qué has hecho de las cartas que ha escrito para mí?—preguntó la joven con firmeza.

El mayordomo no pudo menos de turbarse al escuchar aquella pregunta.

—Te he preguntado qué has hecho de las cartas que tu hijo me ha dirigido.

—Se las he devuelto, señorita;—contestó Marcos resueltamente, dispuesto ya á sufrirlo todo.

—Has hecho muy mal,—le dijo la joven.

—He cumplido con mi deber. Ya sabe usted lo que la dije en otra ocasión, y Marcos Santoyo es esclavo de su deber.

—Pues á pesar de ese deber en que quieres encerrarte, yo necesito saber dónde está tu hijo.

—Y yo siento decir á la hija de mis señores, á la persona á quien amo casi á la par que á mi hijo, que no puedo decírselo.

—Cuidado, Marcos, cuidado, que el exceso de celo es perjudicial también.

—Cumplo con mi deber callando.

—Y yo estoy en el derecho de exigirte que hables.

—En todo cuanto se relacione con el cumplimiento de mis relaciones, tiene derecho mi señorita para obligarme á hablar; pero en aquello que se refiere á mi conciencia, en lo que atañe á mi honra, no tiene derecho alguno.

—Es que aquí se trata de mi honra también, Marcos,—dijo la joven lentamente.

El mayordomo palideció.

—¡De su honra de usted, señorita!—murmuró.

—Tengo necesidad de saber dónde está tu hijo, porque es necesario que conozca el lugar donde se encuentra el padre del sér que llevo en mis entrañas.

—¡Jesús mil veces!—exclamó Marcos llevándose entrambas manos á la cabeza y mirando con espantados ojos á la joven.

*
* *

Durante algunos segundos permanecieron silenciosos Mercedes y Marcos.

La tremenda revelación había aturdido al mayordomo.

Lo que menos había podido imaginarse, lo que estaba más lejos de su pensamiento, lo imposible, era precisamente lo que acababa de saber.

Su hijo, el que por deber estaba obligado á defender el honor y el buen nombre de la hija de sus señores, era precisamente el que lo había mancillado.

Aquel ¡Jesús mil veces! lanzado con voz ronca por su labio balbuciente, era la fiel expresión de la desesperación inmensa, que le había producido la revelación de Mercedes.

Esta dijo:

—Ahora ya no tiene remedio, Marcos; acuérdate que te dije un día que yo no podía tener otro esposo que tu hijo; no quisiste creerme, y eso que entonces no había adquirido la evidencia que hoy; pero ya le había pertenecido, y yo no soy mujer que pueda engañar á nadie. No es ocasión de desesperarnos por lo que desgraciadamente no tiene remedio. Ya comprenderás que es necesario que yo sepa dónde está tu hijo.

—Pero ¡qué va á decir el mundo!—exclamaba el pobre Marcos golpeándose la frente con desesperación.

—¿Y qué es lo que á mí me ha dado el mundo,—contestó la joven con acento de amargura,—para que yo le guarde consideración alguna?

—¡Oh, señorita! Si el señor marqués alzara la cabeza y me pidiese cuentas respecto al encargo que me había hecho, ¿qué podía yo contestarle?

—Pero como que mi pobre padre no vive, y aquí no se trata tampoco de una situación irremediable, es cuestión de que no perdamos la cabeza en estos momentos, y estudiemos el medio de salvar una situación muy delicada. Por eso te he traído aquí; en casa no podemos hablar; no sé por qué presu-

mo que se nos espía, que se observan mis actos, que se mira mi rostro, que se comentan mis palabras...

—Pero ¿por quién? ¿con qué objeto? ¿de quién sospecha la señora?

—En concreto, de nadie; en general, de todos. Ahora dime, ¿dónde está tu hijo?

—En Lòndres.

—Pues es necesario escribirle inmediatamente; dame las señas y tú irás á Zaragoza á echar esa carta.

—Pero, señorita, ¿qué piensa usted hacer?

—No lo sé.

—¡Dios mío! ¿qué va á decir el señor conde cuando sepa...?

—Mi tutor no sabrá nada.

—¡Cómo!

—Ya habíamos convenido tu hijo y yo en esperar á que hubiese cumplido la mayor edad.

—Pero ¡señor, si eso es una locura! si yo no puedo consentir...

—¿Pretenderías acaso que la hija de tus señores, como tú dices, quedara deshonrada? ¿que no tuviera un nombre mi hijo?

Marcos lanzó un gemido.

—¡Dios mío, Dios mío!—murmuró.

—Vamos,—prosiguió Mercedes,—si tú que eres quien debe darme valor y aliento te pones de ese modo, ¿qué haré yo, pobre mujer, en medio de esta horrible situación?

—¡Perdón, señorita, perdón!— murmuró el mayordomo completamente aturdido.

—Ya has oído lo que te he dicho; aquí es necesario recobrar la serenidad por muchísimas razones. Es menester que ninguno de los criados de casa advierta nada.

—Pero...

—Y hay que escribir á tu hijo, al mismo tiempo que es menester que pensemos también en lo qué se ha de hacer. Tres meses hace que se marchó Ricardo, y dentro de poco ya no va á ser posible ocultar mi estado. Mi salud se resiente de la lucha que estoy sosteniendo, y es menester concluirla de un modo ó de otro.

—Pero ¿qué hemos de hacer?

—Por de pronto tener serenidad para pensar.

—Estoy completamente trastornado.

—Harto lo veo, y eso me desespera.

—Dirigirnos al médico, hablarle...

—No, aquí no podemos hacer nada.

—Pues entonces...

—Yo he tenido que reflexionar acerca de mi situación, y no encuentro más que un solo medio para salir adelante.

—¿Cuál?

—Por de pronto, como te he dicho, es menester que Ricardo conozca mi estado.

—Y vendrá aquí inmediatamente, y...

—Aquí no ha de venir.

—No comprendo entonces...

—Irá á reunirse con nosotros, donde vayamos.

—¿Que nosotros vamos á marcharnos?...

—¿Pues acaso crees que deba permanecer en Epila?

—Es verdad.

—Por eso te he dicho que tu hijo se reuniera con nosotros, en el punto que destinemos.

—Pero ¿qué vamos á decirle al señor conde? ¿qué vamos á decir á los criados?...

—El mismo decaimiento de mi salud, servirá de excusa.

—¿Y quién va á ir con usted?

—Petra y tú. Puede quedarse al frente de la casa Rosendo, y nosotros marcharemos á Madrid.

—Pero allí, señorita, puede vernos alguien.

—Es que en Madrid pasaremos un mes, otro en cualquiera otra población, y así sucesivamente iremos viajando hasta que nos detengamos en París, donde vendrá tu hijo á reunirse con nosotros.

Marcos estaba asombrado de la serenidad de la joven en aquellas circunstancias, cuando él la había perdido por completo.

CAPITULO XXX

Las suposiciones de Faustina

Cuando regresaron de su paseo Marcos y Mercedes, Faustina, que estaba en acecho, no pudo menos de advertir que el mayordomo estaba hondamente preocupado.

Mercedes se sentía también abatida, y de esto pretextó la doncella para decir á su señorita:

—Pero yo no sé por qué sintiéndose usted como se encuentra, no ha de llamar al médico.

—Mira que estás pesada con el médico; si te he dicho que no tengo nada.

—Pero señorita, ¡por Dios! ¡cómo no ha de tener usted nada, cuando está usted tan pálida, no tiene ganas de comer y se fatiga en cuanto anda un poco más de lo regular!

—¡No exageras tú poco!

—Como que todos lo estamos viendo. Hoy mismo lo estábamos hablando con Rosendo. Las cosas empiezan por

poco y suelen concluir por mucho. Vale más una mirada del médico que todo cuanto nosotros intentáramos hacer.

—¡Vaya, pues ya te he dicho que no necesito al médico!

—Pero señorita...

—Déjame en paz.

—¡No sé por qué me ha de tratar usted así!

—¡Mujer! ¡si eres tan pesada!

—Pesada, porque quiero el bien de usted.

—Si yo te lo agradezco.

—Poco se conoce.

—¡Justo! porque no quiero acceder á tus tonterías.

—Pues mis tonterías serán las de todos los de la casa, porque todos, aunque usted no quiera creerlo, opinan como yo.

—Pues opinan mal.

—Está usted desmejorada.

—Porque estoy triste, porque este aislamiento en que vivo, se me hace ya insoportable. Eso es lo único que tengo; disgusto, tristeza, abatimiento.

—Pues permítame usted que la diga que si conoce la causa, no sé por qué no le ha de poner remedio.

—¿Cuál?

—¡Oh! Eso yo no lo sé; pero usted puede conocerlo mejor que yo tal vez.

—Si le conociera, comprenderás que ya le habría empleado. Dejadme y no decidme si estoy bien ó mal.

*
* *

Y la joven procuraba de este modo disimular ante sus criados, porque lo que Faustina la había dicho se lo decían también todos los demás.

Pocos días después, Faustina escribía una carta á Luis, en que le decía lo siguiente:

«Señor marqués:

»Conforme le decía á usted en mi anterior, el estado de la señorita parece que va empeorando.

»Se empeña en no llamar al médico, y tal vez lo que atendiéndolo á tiempo no sería nada, pudiera mañana convertirse en enfermedad grave.

»Yo creo que lo que tiene la señorita, es una gran pasión de ánimo.

»Como le he dicho algunas veces, la he sorprendido en su cuarto llorando, y aun cuando la he preguntado la causa, no ha querido decir nada.

»Ella misma confiesa que lo que tiene es tristeza; pero pregunto yo: ¿Y esa tristeza, de qué nace? ¿No ha estado siempre lo mismo que ahora? ¿Por qué tan de repente se ha vuelto triste y afligida?

»Para mí nadie me lo quita de la cabeza, aquí hay algún misterio que yo no puedo penetrar.

»Ricardo no ha venido, como usted había creído.

»Su padre dice que está en Inglaterra, pero vaya usted á saber la verdad.

»La señorita estuvo de ocho á diez días en Zaragoza; se fué con la mujer de Marcos, cosa que nunca había hecho, porque siempre habíamos ido Rosa ó yo acompañándola con uno de los criados.

»Respecto á las cartas de que le hablé en mi anterior, que la había visto escribir, nada más puedo añadirle.

»No la he visto escribir más ni sé qué se hicieron aquellas cartas.

»Lo que nunca había hecho la señorita lo hace ahora. Siempre que sale se lleva las llaves.

»Obedeciendo la indicación que usted me hizo, me proporcioné una llave para su mesa, pero nada he visto en los cajones que pueda darnos la luz que usted desea.

»Como que voy escribiendo ésta durante algunos días, por si algo de nuevo ocurre, hoy he sabido una cosa que ha de llamarle la atención.

»La señorita se va á viajar.

»¿Comprende usted esto?

»Jamás se le había ocurrido semejante cosa.

»Hace dos días que vino de paseo con Marcos, y la encontré más abatida que de ordinario.

»Quise obligarla á que llamase al médico y se incomodó conmigo, quejándose de la tristeza y del abatimiento en que se encuentra.

»Hoy ha estado á ver al señor conde y yo he ido con ella, pero no he podido oir nada de lo que han hablado, porque Ruperto parece que tiene empeño en no dejar que nadie se aproxime á su señor.

»Cuando hemos salido de allí, me ha dicho la señorita que el señor conde la ha aconsejado que se vaya á pasar una temporada en Sevilla, aprovechando la temporada de feria.

»Veremos si esto se realiza pronto y quién va á acompañarla.

»Dejo esta carta abierta, para comunicarle lo que ocurra.

. . . .

»Por fin se marcha la señorita.

»Rosendo se queda al frente de la casa.

»Los únicos que acompañan á la señorita, son Marcos y su mujer.

»Por lo que se ve, el viaje será largo, porque se lleva ropa de las dos estaciones.

»Según he podido entender, van á Sevilla y desde allí á

Madrid y luego á las Provincias Vascongadas, desde donde regresarán aquí.

»Tampoco encuentro este viaje muy natural.

»No sé qué es lo que se pueda presumir de él.

»Ayer oí á Marcos y á su mujer que hablaban respecto á Ricardo.

»Cuando advirtieron que yo les escuchaba, cambiaron de conversación.

. . . .

»Hoy han marchado la señorita, Marcos y su mujer.

»Si algo puedo saber, se lo diré á usted.

»*Faustina.*»

*
* *

Esta carta llamó la atención de Luis, precisamente sobre los mismos puntos que había creído prudente recargar la doncella.

—Efectivamente,—murmuró mientras la estaba leyendo, —que es muy extraño cuanto me dice esta chica. ¿Qué significa esa enfermeead de mi hermana y esa resistencia á que la vea ningún médico? ¿Por qué ese viaje, cuando jamás se le había ocurrido hacerlos? Parece lo natural que para que la acompañen en un viaje de esa naturaleza deben ir los criados más caracterizados de la casa; mas á pesar de esto, encuentro raro, rarísimo, la coincidencia de que sean Marcos y su mujer los que la acompañan.

Y el marqués se quedó pensativo.

Después, volvió á decir:

—Si no me preocupara tanto esa hermosísima alemana, yo averiguaría lo que esto significaba. Yo me iría á Sevilla y vería el estado de mi hermana.

Pero después cambiando, sin duda, de idea, añadió:

—¿Y qué adelantaría de todas maneras? ¿no son ella y su tutor los únicos dueños? Mercedes es resuelta como ella sola, y tal vez me recibiera á cajas destempladas. Esperemos á ver lo que esta chica me dice y cuando tengamos una prueba verdadera de lo que ha sucedido ó de lo que sucede, entonces será cosa de obrar. Pero mientras llega ese caso, no hay otro remedio que conformarse. Por otra parte, no creo que tampoco esto merezca que sacrifique á ello la conquista de esa mujer hermosísima.

Y como esta era la verdadera madre del cordero, puesto que el marqués en aquellos momentos estaba ciegamente prendado de la bella alemana, según había dicho, dejó que su hermana viajase por donde quisiera, limitándose á contestar á Faustina encargándole que no aflojara en su espionaje y que cuando hubiera una cosa de verdadera importancia, se apresurase á comunicársela.

***

El viaje de Mercedes habíase verificado en la misma forma que Faustina había comunicado á su señorito.

La joven había consultado con su tutor acerca de la conveniencia de aquella excursión como medio para distraerse algún tanto, toda vez que la tristeza y el dolor la tenían abatida.

El conde, sin sospechar absolutamente nada; la aconsejó que se distrajera, que se marchase á viajar, ya que tenía medios para ello, sintiendo él no poderla acompañar.

Los preparativos se hicieron tal y como Mercedes había pensado.

Como que el viaje había de ser largo, Marcos recogió

fondos en cantidad suficiente para poder atender á todas las necesidades que pudieran ocurrir; Mercedes se llevó ropa de verano y de invierno, según había dicho Faustina, y el viaje en vez de ser á Sevilla como dijo para desorientar á todos sus criados, fué á Madrid.

Marcos á pesar de los esfuerzos que hacía, estaba profundamente disgustado.

Fué preciso decir á Petra lo que pasaba y la pobre mujer, que quería á su hijo con delirio y á la señorita sobre todas las cosas, como ella decía, sintió una alegría extraordinaria al saber que su hijo amaba y era amado por Mercedes.

—¡Válgame Dios, señor!— le decía á su marido,—¡quién había de decir que nuestro Ricardo tendría tanta felicidad! Por supuesto que lo que es el chico es una bendición.

—¡Calla, mujer, calla!— contestaba su marido.—¡Quiera Dios que no llegue un día en que tengamos que considerar como una desgracia, lo que tú crees una felicidad tan grande!

Y la frente del mayordomo se oscurecía cada vez más, y conforme el tiempo iba transcurriendo, su disgusto y su contrariedad eran más visibles.

En cuanto á Mercedes, con una entereza y una energía de que nadie la hubiese creído capaz, proseguía la marcha que se trazara, sin separarse ni un ápice de ella.

El mismo Marcos estaba asombrado.

—Si me lo hubieran dicho,— le decía muchas veces á sn mujer,—no lo hubiera creído. Lo que es la señorita tiene un valor á toda prueba, ó es que está desesperada y tiene esa calma fría que produce la misma desesperación.

Ricardo había recibido en Londres la carta que le escribió su padre, y otra mucho más larga escrita por Mercedes.

Inmensa alegría recibió con la carta de su amada; mucho más por la noticia que en ella le daba; pero conforme iba leyendo íbase oscureciendo su semblante.

«No hay necesidad,—le decía la joven,—de que abandones para nada esa ciudad.

»La situación en que nos hallamos exige mucha prudencia, ya que tan imprudentes fuimos antes.

»Dentro de tres meses estaremos en París; allí únicamente será donde nos veremos.

»Oportunamente te daré las instrucciones necesarias para que tomes una casita en las inmediaciones de la gran ciudad, con un nombre supuesto.

»Entonces hablaremos extensamente del porvenir.

»No te fíes de nadie ni á nadie confíes las cartas que me escribas, ni conserves tampoco ninguna de las que á mí se refieran.

»Tengo el presentimiento de que somos espiados. ¿Por quién? No lo sé. ¿Con qué objeto? Lo ignoro. Pero lo presiento y desgraciadamente todos mis presentimientos se han realizado hasta ahora.

CAPITULO XXXI

En París

MERCED al sistema adoptado por la joven, Faustina, y con ella todas las demás personas de la casa, ignoraban el sitio donde se hallaba su joven señora.

Con una habilidad extraordinaria, Mercedes supo despistar á cuantos hubiesen tratado de seguirla.

Alterando los itinerarios, cuando se la creía en San Sebastián para tomar los baños, estaba en París disponiéndose á habitar un lindísimo hotel que había alquilado en Saint Cloud, Ricardo, siguiendo sus instrucciones.

El pintor había presentado algunos trabajos en la Exposición de París, y de esta manera estaba justificada allí su presencia.

Adoptando todo género de precauciones, Ricardo iba á Saint Cloud, procurando hacer de día estas visitas á fin de

que de ese modo pudieran ver más fácilmente si alguien les espiaba.

Cuando se aproximaba el tiempo de su alumbramiento, Mercedes dijo á Ricardo:

—¿Has pensado lo qué hemos de hacer de nuestro hijo?

—Sí,—contestó resueltamente el joven;—llevármelo conmigo, á cuyo lado permanecerá hasta el momento en que nuestra unión sea bendecida.

—Y de ese modo, al conocerse la existencia de ese niño y al verle á tu lado, llamará la atención, comenzarán á hacerse averiguaciones, y nada más fácil que llegar hasta su origen.

—¿Y qué? ¿acaso yo he de negar que es mi hijo?

—Por lo mismo que ni tú ni yo hemos de negarlo, una vez que se llegara á buscar la fecha de su nacimiento, se sabría lo que deseamos evitar.

—Entonces, ¿qué hemos de hacer?

—Vas á marchar á Italia inmediatamente.

—¿Marchar á Italia? ¿para qué?

—Para buscar una mujer de toda tu confianza que se encargue de la lactancia de mi hijo. Esa mujer ha de venir contigo para llevársele. De este modo no le tendrás contigo, pero podrás verle todos los días. Yo también iré á verle todos los años, hasta el momento en que le pueda recoger para no separarle ya de mi lado.

—¡Ay! ¡Cuándo llegará ese momento!

—Dentro de cinco años la ley me da el derecho para disponer libremente de mí. ¡Con cuánta ansiedad esperaré que llegue ese día!

*
* *

Ricardo estaba asombrado de la serenidad de que muestras tan patentes estaba dando su amada.

Efectivamente, inconcebible parecía que la joven hubiera estado en todo, todo lo hubiese previsto, y ningún detalle hubiese omitido para que su secreto permaneciera ignorado.

Es verdad que había meditado tanto desde el momento en que adquirió la evidencia de su estado, que pudo formar un plan completo, que fué realizando de la manera que hemos visto.

Conforme iba acercándose el día del alumbramiento, Marcos estaba más sombrío.

Su hijo le había dicho muchas veces:

—Pero padre, ¿qué es lo que tiene usted? ¿por qué está de esa manera? Es malo lo que ha sucedido, ya lo sé; ¿pero tiene remedio acaso? ¿podemos ya borrar esa página del libro de nuestra vida? Si es completamente imposible, ¿por qué ese semblante grave y ese aspecto adusto que parece ser una reconvención constante de lo que ha pasado?

—¡Ay, hijo! De sobra sé que ya no tiene remedio, mas no por eso es menos grave la situación que me habéis creado. ¿Qué he de decir mañana cuando el marqués me pida cuentas de cómo he conservado la honra de su hija y el honor de su casa? Y bien sabe Dios que no ha sido mía la culpa; yo le había prometido, yo le había asegurado velar por su hija, y precisamente ha sido mi hijo quien ha desbaratado todos mis planes, quien ha deshecho todos mis propósitos. Tú no podrás jamás comprender lo que pasa por mí, y en medio de todo, vale más que así suceda; porque si alguno ha de morir ahogado por el pesar, es mejor que sea yo que no tú, pues al fin y al cabo tienes deberes que cumplir.

—¿Pero por qué esa desesperación? ¿acaso Mercedes no acepta de buen grado la situación en que nos ha puesto el destino? ¿no está ella satisfecha con darme su mano en el momento en que las circunstancias se lo permitan?

—De aquí á que llegue ese momento, ¡quién sabe lo que puede ocurrir!

—¡Por Dios, padre! Si de ese modo nos empeñamos en ver las cosas...

—¡Qué quieres que te diga! desde el momento en que supe lo que había pasado, cayó algo, así como una losa de plomo, sobre mi pecho; desapareció mi alegría y no he visto desde entonces más que sombras y desdichas, cerniéndose sobre nosotros.

—¡Me asusta usted!

—¿Y acaso no lo estoy yo también? La situación en que nos hallamos no puede ser más triste. Se ha cometido un crimen, y como criminales, nos vemos obligados á escondernos. ¿Cómo es posible que lo que entre sombras se hace y como crimen se considera, pueda dar buen resultado?

* * *

La verdad era que las palabras de Marcos no eran nada á propósito para tranquilizar al que las escuchara, y mucho menos á Ricardo que siempre había tenido en mucho las palabras de su padre.

Cuando el joven marchó á Italia, encargó á su padre que velase mucho por Mercedes, y sobre todo que si el alumbramiento se verificaba antes de lo que creían, le telegrafiase inmediatamente.

—¡Oh, no tengas cuidado!—le dijo, con un acento que acabó de afectar á su hijo.—El alumbramiento se verificará sin novedad, y esa pobre criatura vendrá al mundo para ser desdichada y causar la desdicha á los que le dieron el sér.

—¡Padre!

—Es ley natural que los frutos del crimen correspondan á las causas que los produjeron.

Ricardo partió con el corazón dolorosamente angustiado.

Sus gestiones dieron el resultado apetecido.

Precisamente una hermana del mozo que él tenía en su estudio había tenido la desgrácia de perder á un hijo de tres meses y estaba en las condiciones que Ricardo exigía para la mujer que se encargara de la lactancia de su hijo.

Enterada de lo que se trataba, aceptó, y pocos días después marchaba á París acompañando al pintor.

El alumbramiento se verificó con las mejores circunstancias posibles, y el sigilo fué completo.

El niño fué bautizado con el nombre de su padre, y como hijo natural de Ricardo y de Mercedes.

Cinco días después, el pintor y la nodriza marchaban á Italia.

Ya quedó acordado para lo sucesivo que las cartas de Ricardo irían dirigidas á Zaragoza á un nombre supuesto, yendo allí á recogerlas Marcos ó su mujer.

El restablecimiento de Mercedes, fué lento.

Hasta entonces la había sostenido una fuerza de voluntad extraordinaria.

Era necesario salvar la vida de su hijo, y la joven se sostuvo dignamente, según hemos tenido ocasión de ver.

Pero desde el momento en que su hijo vino al mundo y la imperiosa ley de la necesidad la obligó á separarse de él, todo su valor la abandonó y hubo algunos días en que se encontró en grave peligro su existencia.

Pero, por fin, la ciencia pudo triunfar y el período del restablecimiento dió principio.

* * *

Entretanto, Faustina se moría de impaciencia, como

vulgarmente se dice, por no descubrir á ciencia cierta donde estaba su señorita.

Luis estaba preguntándoselo; en dos ó tres cartas le había indicado el sitio en que estaban, y el joven que ya había roto con la hermosa alemana, y que por lo tanto disfrutaba de mayor libertad, habíase dirigido donde Faustina le dijera, y no había encontrado á nadie.

Precisamente el día en que hablamos, regresaba la doncella á su casa, cuando tropezó en el camino con Ruperto, el ayuda de cámara del conde de Almarza.

—¿Dónde vas muchacha?—le preguntó aquél.

—A casa. Vengo de ver á mi madre, que me habían dicho que estaba enferma.

—¿Y no lo está?

—Sí, señor; pero es una cosa muy leve. ¿Y usted de donde viene?

—Pues de Zaragoza.

—¡Caramba! con que frecuencia va usted ahora.

—Como que tiene uno que recoger la correspondencia de la señorita...

—Es verdad, que el señor conde tiene la costumbre de recogerla allí.

—Sí por cierto.

—¿Conque ahora va ya á venir pronto la señorita?

—Así dicen.

—Tengo ya unas ganas de verla. Mire usted, que hace ya más de seis meses que se marcharon.

—¡Ya lo creo! ¡Anda que buen regalo te traerá la señorita!

—Y más ahora, que debe estar en...

—En París,—dijo Ruperto impensadamente.

Pero como queriendo enmendar lo dicho, añadió:

—Yo lo presumo, porque en la última carta allí estaba, pero ya nos anunciaba que iba á salir para Suiza.

—Pues ya estará allí,—dijo Faustina.

—Puede.

—Anda, anda, y que de tierras que habrá visto la señorita. Ella no había salido de aquí más que esta vez; pero ya le digo á usted que ha dado un paseo de los buenos.

—Ya lo necesitaba la pobre.

—Vaya, si yo se lo decía muchas veces; con su dinero, vaya una vida que podía estarse dando.

—Sí, sí.

Y Ruperto se despidió de Faustina, la cual se apresuró á dirigirse á su casa, y cogiendo la pluma escribió á su señorito, diciéndole que tenía la seguridad de que su señorita estaba en París, que él que debía conocerlo perfectamente, y por lo tanto no había de serle nada difícil encontrarla.

CAPITULO XXXII

Las pesquisas

Recibió Luis esta carta en Viena, é inmediatamente se trasladó á París.

Recordó que allí debía estar Ricardo, puesto que dos de sus cuadros habían alcanzado premio, se habían vendido en crecidas cantidades, y la prensa había celebrado su triunfo y su talento, y juzgó que por él podría saber alguna cosa respecto á su hermana.

Sin embargo, creyó que también podría tener noticias en la prefectura, y á ella se dirigió.

Compulsáronse los registros de la llegada de viajeros á París desde hacía algunos meses, pidiéronse datos á la policía, pero inútilmente.

Ni bajo su título de baronesa, ni bajo su nombre de pila, se pudo encontrar la existencia de Mercedes en París.

Y, sin embargo, allí estaba ó allí había estado, según sus noticias.

El marqués supuso entonces que su hermana habría permanecido allí con nombre supuesto.

¿Qué quería decir esto? ¿para qué aquel misterio?

Por un momento pensó abandonar sus gestiones, toda vez que de tal modo se le cerraban las puertas; pero desistió de aquella idea, y volviósele á ocurrir la de ver á Ricardo.

Desgraciado estaba el marqués en sus pesquisas.

El pintor se había marchado á Italia, hacía cinco días.

Entonces y como que Luis tenía en París muchos amigos, trató por medio de ellos, de averiguar la vida que el pintor había llevado allí.

Unos le pintaron como un calavera, mientras que otros por el contrario, hablaron de él con verdadero encomio, pintándole como un modelo de juicio y de virtudes.

Un día le dieron un detalle que llamó su atención.

Le dijeron que tenía la costumbre, especialmente en aquella temporada que había estado en París, de ir á Saint-Cloud con alguna frecuencia, y hasta hubo alguno que afirmó haberle visto acompañando á una joven encantadora.

Este detalle no pasó desapercibido para Luis.

Inmediatamente trasladó sus pesquisas á Saint-Cloud.

Pero también el resultado fué poco satisfactorio.

Es decir, poco satisfactorio para los datos que él necesitaba.

Como conjeturas, sí las adquirió.

En fuerza de dar pasos, llegó á descubrir que un lindo hotel que á la sazón estaba desalquilado, le había ocupado una familia española compuesta de padre, madre y una señorita que parecía estar muy enferma, á la cual solía visitar con mucha frecuencia un joven, que, según las señas que le dieron, debía ser Ricardo.

—¿No sabe usted dónde puede haber marchado esa fa-

milia?—preguntó el joven á la persona que le daba aquellas noticias.

—No, señor; pero eso quizás podrá decírselo á usted el propietario del hotel, que fué quien hizo el arrendamiento.

—¿Dónde vive?

—En aquel hotel que se ve allí bajo, entre aquel grupo de árboles, se llama Mr. Rocher. El quizás le podrá dar á usted razón más exacta, respecto á las personas que busca.

—Mil gracias,—contestó Luis, y separándose de su interlocutor, se dirigió hacia la casa del propietario.

*
* *

Este se hallaba en ella á la sazón, y al escuchar la pregunta del marqués, le dijo:

—Efectivamente, he tenido alquilada la casa á una familia española, y por cierto que se han marchado antes de que cumpliese el término del arrendamiento. Mire usted, mil quinientos francos han perdido, porque yo no arriendo las fincas más que por un año.

—¿Y á nombre de quién estaba hecho el arrendamiento?

—A nombre de don León Sánchez de las Matas. Pero quien hizo el arrendamiento, no fué el mismo don León, sino un joven, me parece que un pintor, según creo que me dijo.

—Vamos, entonces ya me figuro que deben ser los mismos.

—La niña estaba muy enferma según pude juzgar, y con objeto de que se restableciera, la trajeron aquí.

—¿Y empeoró acaso? Porque para marcharse sin haber cumplido el término del contrato...

—No, segun dijeron, fué porque asuntos graves reclamaban su presencia en España; pero la señorita se había puesto ya muy bien, sí, señor. Es verdad que los aires de aquí son muy saludables, y después, la finca reune condiciones inmejorables.

—¡Ya lo creo! ¿Y no tenían criados?...

—Ninguno; que esto nos llamó la atención, porque vamos, parecían ser personas de una posesión desahogada.

—¿Recuerda usted cómo se llamaba la joven?

—Luisa, sí, señor.

El marqués, no pudo menos de morderse los labios lleno de despecho.

—Y dice usted que se han marchado...

—Hace cinco días.

* * *

El marqués se marchó de Saint-Cloud, con la íntima convicción de que los inquilinos del hotel de Mr. Rocher, eran precisamente los que estaba buscando.

Sin embargo, estaba completamente perdida aquella pista, y Luis, escribió á la doncella diciéndola que vigilase sin cesar, porque entreveía algo muy grave que le convenía mucho conocer.

Y no le daba otra explicación, porque no creía prudente confiar al papel las sospechas que había adquirido.

¿Qué joven era aquel que con tanta intimidad trataba á su hermana, que para él no tenía duda, ya que se trataba de Mercedes, que había alquilado la casa y que parecía disfrutar de tanta confianza?

El marqués encontraba extrañas coincidencias en la estancia de Ricardo en París, en su desaparición, en la extraña

enfermedad de la joven, en aquella carencia de servidores que ya había llamado también la atención en Saint-Cloud, y después, en aquella repentina desaparición.

Para obrar, según su primera intención, habría debido marchar á Italia, y enterarse de si estaba allí Ricardo, si se había ausentado, dónde había ido, y finalmente, ver de averiguar todos los misterios de su vida.

Pero esta decisión no podía realizarla el joven, porque cediendo á las veleidades de su carácter y á las condiciones de su vida, se encaprichó con la esposa de un alto funcionario; fué sorprendido por el marido en una de sus amorosas entrevistas, á la sorpresa sucedió el duelo, y el marqués quedó gravemente herido.

Esto impidió por mucho tiempo que pudiera ocuparse de nada absolutamente.

Cuando recobró la salud, habían pasado ya muchos meses; Mercedes, Marcos y su mujer estaban ya en Epila, y Faustina no había encontrado nada nuevo que decir á su señor en todo aquel espacio.

Al año siguiente, apenas llegó la primavera, Mercedes significó sus propósitos de dirigirse á Andalucía.

Precisamente el conde de Almarza, su tutor, se encontraba algo mejor de sus dolencias y se comprometió acompañarla.

*
* *

—Pero señorita,—la dijo Faustina,—¿tampoco quiere llevarme este año consigo?

—No, porque tú no sabes el francés...

—¿Pues qué van ustedes á Francia?

—Es lo más posible.

—Yo creí que iban ustedes á Andalucía.

—¡Oh! cuando uno emprende el camino, y como á mí me sucede, no tiene objeto determinado el viaje, no sabe uno dónde podrá ir á parar.

—Tampoco la mujer de Marcos sabe francés, y sin embargo, se la llevó usted.

—Eso es muy distinto. Petra vino conmigo, porque ya comprenderás que yo sola no iba á ir por esos mundos de Dios, y mucho menos con otra joven de mi misma edad.

—¿Pero no iba Marcos?

—También ahora viene el conde.

—Pues por eso mismo podía yo ir.

—No, porque viene Ruperto.

—¡Pero por Dios, señorita! ¿quién la ha de vestir á usted?

—Yo misma; ¿crees que no sé hacerlo?—preguntó la joven sonriendo.

—Vamos, permítame usted que la diga que no me quiere como antes me quería.

—No sé por qué digas eso.

—Antes no sabía usted dar un paso sin mí; me confiaba usted hasta sus menores pensamientos.

—Pero hija, sino tengo nada que confiarte.

—¡Ya lo creo! Usted tiene secretos que guarda de mí...

—¡Qué yo tengo secretos!—repuso Mercedes que no pudo menos de inmutarse al escuchar á su doncella.—No sé quién te lo ha dicho, ni cómo los has sorprendido.

—¡Oh! tanto como sorprenderlos, no, señora; pero me lo figuro.

—De figurarte una cosa á saberla positivamente, hay una diferencia enorme.

—¿Ve usted? Ya está seria conmigo.

—Pero mujer, si tienes el prurito de hablar sin fundamento alguno, ¿cómo quieres que no me incomode?

—Siempre será porque yo la tengo más afecto que usted me tiene á mí

—Y yo te lo agradezco mucho; pero es lo que te he dicho, ni tengo secretos de ninguna especie, ni he dejado tampoco de quererte, ni de tener confianza en tí, porque si no la tuviera, comprenderás muy bien que no estarías en esta casa.

—Pero de todos modos no quiere dejarme que la acompañe en este viaje.

—Ya te he dicho las razones.

—Pero son razones que no me satisfacen.

—¡Mira que eres pesada y fastidiosa!

—Si lo toma así...

—No sé de qué modo he de tomarlo; demasiadas explicaciones te he dado; no debía darte tantas, y sin embargo...

—Y si el señor conde,—prosiguió la tenaz muchacha,—se pusiera enfermo durante esa excursión ¿qué van ustedes á hacer? y si Ruperto tuviera que ocuparse de él exclusivamente, ¿qué sería de usted entonces, señorita?

—Por eso viene también con nosotros otro de los criados de mi tío.

—Nada, que no hay medio de que yo pueda acompañar á usted.

—Por este año al menos lo juzgo imposible.

—¿Y el año que viene?

—¡Oh! á saber quien vivirá entonces, querida Faustina.

—¿Quién ha de vivir? nosotros.

—Sí, si no nos hemos muerto.

La doncella, escribió aquel mismo día á su señorito, anun-

ciándole el próximo viaje de Mercedes á Andalucía y á París, acompañándola el conde, su tutor.

Pero precisamente aquel año el marqués no pudo ocuparse de su hermana.

Hallábase en San Petersburgo, desempeñando una misión diplomática que se le había confiado, misión que debía retenerle por allí algunos meses.

CAPITULO XXXIII

¿Dónde iba Mercedes aquel año?

Según había dicho Mercedes al conde, á Sevilla se dirigieron.

Pero, sin embargo, la joven tenía ya un objeto determinado, que no se lo había revelado á su tutor, pero que estaba resuelta á cumplirlo.

Este era el de ver á su hijo.

Antes de salir de Epila, tuvo una entrevista con Marcos.

El anciano mayordomo cada día estaba más grave y más sombrío.

Aquella desgracia que no había podido evitar, era su pesadilla, era el continuo torcedor que tenía, y en vano era que su mujer le dijera.

—¡Pero hombre, por Dios, no estés así! ¿Has contribuido tú en algo para ello? ¿lo has podido evitar? entonces, ¿por qué has de sufrir tú y nos has de hacer sufrir á los demás?

—Calla, Petra, calla,—la decía bruscamente el mayordo-

mo,—tú no sabes ni sabrás nunca, lo mucho que me contrista lo que ha pasado.

—Pero si la señorita, cuando llegue á la mayor edad, puede disponer libremente de su mano.

—¿Y qué?

—¡Hombre! me parece que nuestro hijo, con el nombre que tiene...

—No dejará por eso de ser hijo del mayordomo de una casa, de la cual ha abusado de una manera indigna. Pase, por más que grave disgusto me diera, porque se hubiese enamorado de la señorita; pero haber mancillado su honra, haberla puesto en el caso... si esto llega á descubrirse, si se ve obligada á bajar la frente, ¿qué te diré yo? ante la mujer de más humilde condición, ella, la hija de mi señor... vamos, eso por más que tú me digas, no puedo pensarlo con calma, y creo que ha de acabar por quitarme la vida.

La mujer de Marcos, procuraba tranquilizar á su marido, haciéndole comprender la injusticia con que hablaba, puesto que no tenía otro remedio sino aceptar los hechos consumados, con mayor motivo, cuando la joven estaba resignada con su suerte.

—¿Y qué otro recurso le queda?—decía Marcos aferrándose en su idea.

Y así se iban pasando los días, y cada carta que escribía á su hijo, era siempre acriminándole por lo ocurrido.

*
* *

Dijimos que Mercedes antes de emprender su viaje, tuvo una entrevista con Marcos.

—¿Has escrito ya á tu hijo,—le preguntó la joven,—enviándole mi carta?

—Sí, señorita, le he escrito, y crea usted que como siempre he tenido un disgusto.

—Pero disgusto ¿por qué? vamos á ver.

—Si ya lo sabe usted ¿para qué lo he de repetir? Esta situación que yo no podía preveer, que no podía adivinar, que me agobia de un modo que no puede usted imaginarse, la aseguro que no sé cómo va á concluir.

—¿Cómo quieres que concluya? como te dije desde el principio, esperando á que yo tenga la mayor edad, para poder obrar por mí misma.

—¿Y si antes...?

—No creo que con las precauciones que hemos tomado, se pueda descubrir nada.

—¡Ay! es que á veces, sin que uno comprenda como pueden saberse las cosas...

—Y bien, aun cuando ese caso llegara...

—¡Por Dios, señorita, no me lo diga usted!

—No tendría más remedio que sufrir las consecuencias.

—Pero eso sería horrible.

—Cuanto tú quieras. Nadie me violentó; tan culpable fuí yo como tu hijo; ¿qué puedo decirte respecto á ese particular?

—Si cuando pienso en ello, creo que hasta llegaría á maldecir el momento en que vino Ricardo de Madrid.

—¡Calla, Marcos, calla por piedad!

Y el rostro de la joven expresó una tristeza tal, que el viejo mayordomo no pudo menos de decir:

—No sé, señorita, ni qué pensar, ni cómo poner coto á mi lengua, cuando de esto se habla.

—Ya tienes razón, porque me has dado tú más disgustos, que no he tenido por el estado y por la situación en que me he encontrado.

—Eso le probará á usted cuán grande es el sufrimiento mío, cuando yo que por nada de este mundo permitiría que usted sufriese, soy precisamente el que más disgustos le causo.

—En fin, no hablemos más sobre ese particular.

—Como usted quiera.

*
* *

Y el mayordomo permaneció silencioso algunos momentos.

Mercedes también estaba preocupada.

Indudablemente las palabras de Marcos, debían producirla su efecto.

De pronto, se pasó Mercedes la mano por la frente cual si tratase de desechar una idea importuna, y dijo después:

—Te pregunté antes, si habías enviado á tu hijo la carta en que le decía que iba á salir de Epila.

—Sí, señora.

—Pues bien; vamos ahora á hablar respecto á lo que debemos hacer.

—Usted dirá.

—El último día del mes que viene, sales de aquí con el pretexto de marchar á Zaragoza.

—¿Y dónde voy?

—A Sevilla.

—¡A Sevilla! ¿Para qué?

—Para reunirte conmigo.

—¿Qué dirá el señor conde?

—Nada, porque yo le diré que has ido para ver á tu primo que está en Jerez.

—Pero si no tengo necesidad de verle.

—En cambio la tengo yo de que me acompañes.

—¡A Jerez!

—No; á Roma.

—¿Qué dice usted?

—Por eso es por lo que quiero que vayas á Sevilla. Viaje de ocho días.

—Señorita ¡por Dios! mire usted que eso es muy precipitado y tal vez la haga daño.

—No importa; yo necesito ver á mi hijo.

—Permítame usted que la diga que eso es una imprudencia, y que hartas hemos cometido ya.

—Una vez en Sevilla, con el pretexto de ir á ver á tu primo, llegamos á Cádiz; ya sabré yo que día sale vapor para Marsella, nos embarcamos y en cuatro ó cinco días hacemos el viaje. Tu hijo estará ya prevenido.

—Como usted guste; pero me parece que...

—Tú no sabes lo que es estar un año, como á mí me sucede, sin ver al hijo de mi alma.

—¡Qué desgracia ha sido, señorita, qué desgracia!

—Todo lo que tú quieras; pero si ya está hecho.

—Es verdad.

—Una vez en Roma, paso un solo día al lado de mi hijo, le consagro á él, exclusivamente á él esas veinticuatro horas y después regresamos á Cádiz, desde donde nos dirigimos á Sevilla.

—¡Sin descansar! ¿y podrá usted resistirlo?

—¿No he de poder? ¿Acaso no es de mi hijo de quien se trata?

—No sé qué decirla.

Y Marcos inclinó la cabeza profundamente afectado.

Realmente no sabía qué contestar.

En medio de su dolor, admiraba á aquella madre que, acostumbrada á una existencia tan tranquila y tan llena de

comodidades, no vacilaba en prescindir de todo, en sujetarse á la horrible fatiga de aquellos diez ó doce días de viaje, con tal de ver á su hijo, siquiera veinticuatro horas.

—¡Válgame Dios, señorita!—murmuró,—¿y quién hubiera de pensar que se viera expuesta á semejantes atropellos y que fuera yo quien hubiera de acompañarla y de sancionarlo?

—Ya te he dicho que no me hables más de ese particular. La suerte está echada y ni con deplorarlo tú, ni sentirlo yo, lo podemos remediar. Cumplamos cada uno la misión que nos hemos impuesto y deja todo lo demás.

—¿De modo que dice usted que el día último del mes que viene?...

—Sí, porque supongo que todo este tiempo lo pasaremos en Sevilla.

—¿Pero si el señor conde, ¡lo que Dios no quiera! tuviese algún percance?

—En ese caso recibirás carta mía modificando el plan ó dándote instrucciones respecto á lo que debías hacer. Sin embargo, no lo creo porque ya ves que ahora está perfectamente.

—Es verdad; pero usted conoce ya su estado y sabe la facilidad con que en él se verifican esos cambios, que en un momento le ponen casi á las puertas de la muerte.

—Si de ese modo hubiéramos de pensar, desengáñate que no haríamos nada. ¿Acaso puedo yo traerme á mi hijo?

—¡Oh! no;—exclamó Marcos con acento de profundo terror.

—Sin embargo, desengáñate que el año que viene, ya podrá traerle su padre á Barcelona ó á Madrid, donde yo pueda verle. Si este año no lo hago, es porque tendría que venir con la nodriza y no es conveniente poner á nadie más en antecedentes.

*
* *

Faustina no había podido escuchar la conversación que su señora había tenido con Marcos; pero sí observó que salió de sus habitaciones un tanto alterada, y que del mismo modo también cuando después vió al viejo mayordomo, advirtió que su disgusto parecía mucho mayor.

La joven no dejaba de rondar constantemente alrededor de las habitaciones de Marcos, procurando preguntar siempre á Petra ó á cualquiera de los otros criados, por si algo habían podido traslucir, á fin de poder deducir alguna consecuencia.

Pero todos permanecían mudos; porque como ya hemos dicho, empezando por la misma Mercedes, no se había omitido ninguna clase de precauciones y nadie sabía nada.

Sin embargo, su malicia la servía admirablemente, y como generalmente sucede, que los maliciosos de diez veces que se equivoquen consiguen acertar una, la doncella, procurando siempre saber, lo que maldito si la importaba, llegaba á ponerse muy cerca de descubrir la verdad.

La deducción que sacó de la entrevista que habían celebrado Marcos y su señora, fué que, sin duda, el mayordomo la reprendió por aquel viaje que iba á emprender, ó bien, que ella había hecho alguna proposición á Marcos que él no creyó prudente aceptar, y de aquí el mal humor del uno y la preocupación de la otra.

Por otra parte, aquel empeño de Mercedes, en que no sólo ella, sino ninguna de sus otras doncellas la acompañara, no dejaba de llamar su atención.

¿Por qué era esto?

¿Era temor ó precaución?

Si temor, debía ser indudablemente porque realizaba hechos punibles, de los cuales, debía recatarse.

Si precaución, debía ser para evitar que nadie se enterase de lo que ella intentaba.

En uno ú otro caso, la situación era la misma.

Mercedes ocultaba algo que ella necesitaba saber.

Pero á pesar de todos sus esfuerzos, como hemos dicho, no conseguía su objeto.

La carta que escribió á Luis, no podía ser más expresiva.

Después de lamentarse de no haber recibido contestación á sus dos últimas, le decía:

«La señorita, ha marchado hace muy pocos días, á Sevilla, acompañada del señor conde, de Ruperto y de otro criado de éste.

»Contra la costumbre que hace tiempo tiene la señorita de estar muy triste, al emprender este viaje, me ha parecido advertir que iba muy alegre.

»Puede muy bien que vaya á ver á alguna persona que, por razones que yo no comprendo, no pueda presentarse en esta casa.

»Y á propósito, desde que se marchó Ricardo, no ha vuelto por aquí, y siempre que le pregunto á su padre ó á su madre, la verdad es, que me contestan de muy mal talante, y como si les pesara el que les hable de su hijo.

»Antes de marcharse la señorita, tuvo una larga conferencia con Marcos, y cuando salió de su habitación, me ha parecido advertir que la señorita estaba muy triste, y el mayordomo profundamente disgustado. No sé qué quiere decir todo esto.»

CAPITULO XXXIV

En Italia

OBSERVABA Ricardo en Roma las mismas precauciones que la joven guardaba en Epila.

La nodriza de su hijo, ignoraba quién era su madre.

A pesar de la confianza que tenía en ella y su marido, no había querido confiarle su secreto.

Ricardo dirigía las cartas para Mercedes, á Zaragoza.

Allí iba á recogerlas Marcos, y se las traía á su señora, la cual, después de haberlas leído, las hacía pedazos y las quemaba.

Merced á este sistema, estaba seguro el joven de que nadie conocía su secreto.

Todos los días iba á ver al niño que estaba criándose á una legua de Roma.

La tierna criatura, privada de las caricias de su madre, recibía por duplicado las de su padre, como si éste quisiera

compensarle de aquel modo, la desgracia que había precedido á su nacimiento.

Las mismas precauciones que Mercedes tomaba con sus cartas, él también las usaba.

No quería dejar nada á la casualidad.

Mercedes le había dicho que, para que saliera bien su plan, era menester que permaneciera completamente ignorado su amor, y él se atenía estrictamente á las instrucciones recibidas.

La joven le había dicho el año anterior, cuando se separaron en París, que al siguiente recibiría noticias de ella, y efectivamente, la carta de que la joven había hablado á Marcos, decía así:

«Dentro de pocos días saldré de Epila, acompañada de mi tutor.

»Una vez en Sevilla, donde vamos, no me será difícil saber el día en que sale vapor para Marsella.

»Ya he quedado con tu padre, en que el último día del mes que viene, bajo pretexto de ir á Zaragoza, vendrá á reunirse conmigo.

»Una vez allí, diré á mi tutor que quiero ir á Jerez con Marcos; nos embarcaremos en Cádiz, y te telegrafiaremos nuestra salida, para que vayas á Marsella á esperarnos.

»Necesito ver á mi hijo aun cuando no sean más que veinticuatro horas.

»El año que ha transcurrido me parece un siglo.

»¡Que de mortales angustias! ¡que de inquietud continua! ¡que de horribles incertidumbres, mientras que no recibía tus cartas diciéndome que no ocurría novedad!

»Comprendo que el sacrificio que me he impuesto es superior á mis fuerzas.

»Hay momentos en que temo desfallecer, y que este desfallecimiento me obligue á cometer alguna imprudencia.

»¡Que ganas tengo ya que llegue la fecha prefijada para abrazar el hijo de mis entrañas!

»Mentira me parece que siendo madre, pueda haber pasado un año sin ver á mi hijo.

»¡Cuánta envidia te tengo, á tí, que puedes verle á todas horas, que puedes acariciarle constantemente y embelesarte con sus sonrisas!

»Las veinticuatro horas que pase á su lado, quiero consagrarlas exclusivamente á él, á fin de que el recuerdo de sus monadas y de sus cariños pueda endulzar algún tanto el año que he de pasar sin verle.

»Adiós, Ricardo, esposo mío, adiós.

»Abraza á mi hijo, y transmítele el beso que yo deposito sobre este papel, mientras no puedo estamparlo en sus sonrosadas mejillas.

»Adiós; quiérele mucho, tanto por tí, como por tu pobre

»*Mercedes.*»

***

La lectura de esta carta llenó de gozo á Ricardo.

Por fin iba á ver á aquella mujer tan querida.

Más de una vez, en alas de su deseo y cediendo al cariño que profesaba á la joven, habría abandonado Roma para dirigirse á Epila.

Pero ella le había ordenado que no se separase de su hijo, que velara por él, que se consagrara exclusivamente á aquella tierna existencia, que al fin y al cabo era parte de la suya, y por nada del mundo hubiera dejado de cumplir lo ordenado.

Aquella carta fué para él, beneficiosa medicina, que le prestó aliento para soportar la ausencia y poder sostenerse los días que faltaban para que aquello se realizase.

Después que hubo destruido la carta, se apresuró á dirigirse á casa de la nodriza á cumplir el encargo que la joven le había hecho.

El niño estaba hermosísimo, y la nodriza le quería entrañablemente.

—Hijo mío,—dijo el pintor, como si la criatura pudiera entenderlo,—dentro de poco vas á ver á tu madre.

—¡Qué dice usted!—exclamó la nodriza.

—Sí, vendrá dentro de dos meses.

—¡Qué alegría! ¿Y va á estar aquí mucho tiempo?

—No.

—¿Por qué, señorito?

—Porque es imposible,—repuso tristemente el joven.

La nodriza miró afectuosamente al pintor, y después estrechó entre sus brazos al niño, diciendo:

—No tengas cuidado, hijo mío, que tu padre y yo procuraremos hacer que no eches de menos las caricias de tu madre.

—¡Harto sufre la pobre!

—Pero diga usted, señorito, ¿durará mucho ese sufrimiento?

—No lo sé,—contestó el joven con voz sombría.

—Y cuando venga la señora ¿residirá en Roma?

—No.

—¿Pues dónde?

—Estará aquí.

—¿Aquí? Me llena usted de alegría con semejante noticia. ¿Lo sabe ya mi marido?

—No; he querido venir á participártelo antes que él lo sepa. Pero no tenéis que hacer preparativos de ninguna especie, porque esa permanencia aquí, tal vez no se prolongue más allá de un día.

—¡Tan poco!

—Es imposible que permanezca más tiempo.

—¡Cómo ha de ser, señorito! Tenga usted paciencia ya que la suerte lo quiere así.

*
* *

Entretanto, el conde y Mercedes habían llegado á Sevilla.

El tutor de la joven se sentía mucho mejor bajo aquel clima benigno y suave.

Por otra parte, la circunstancia de ser los días de feria, contribuían poderosamente á distraerle.

Los días pasábanse insensiblemente, y Mercedes aguardaba con impaciencia la llegada de Marcos.

Desde Sevilla escribió otra nueva carta á Ricardo.

En ella le decía que ya no faltaban más que quince ó veinte días para realizar el ardiente anhelo de su corazón.

Marcos, se presentó el día convenido, en Sevilla.

El conde de Almarza no pudo menos de sorprenderse al verle aparecer allí.

—¿Qué es eso, Marcos?—le dijo;—¿ocurre alguna novedad en casa?

—No por cierto; pero ya sabía la señorita que había de venir.

—Es verdad,—dijo la joven;—me había dicho que quería venir á ver á su primo.

—¡Ah, vamos! ¿y has querido aprovechar nuestra estancia aquí?

—Justamente.

—¿Cuándo te vas á Jerez?

—Mañana, ó pasado, si ustedes no disponen otra cosa.

—¿Sabes lo que pienso, Marcos?—dijo de repente la joven

—Usted dirá, señorita.

—Tendría gusto en acompañarte á Jerez.

—Pero hija, tú eres insaciable,—la dijo el conde.

—No lo he visto hace muchos años, y ya que Marcos ha de ir...

—Lo que es por mi parte, no hay inconveniente alguno, —dijo el conde;—con el bien entendido, de que lo que es yo, no me muevo de aquí.

—No pretendo yo tampoco que usted se mortifique.

—Si fuera necesario, ¡ya lo creo que iría! pero una vez que vas con Marcos...

—Por eso.

—Nada, nada. ¿Cuántos días vais á estar por allá?

—Por mí,—dijo Marcos,—los que la señorita disponga.

—Pues mira, entonces nos marcharemos mañana.

—Eso es pensarlo y hacerlo,—dijo el conde.

—Pues así se hacen las cosas,—repuso alegremente Mercedes.

*
* *

Efectivamente, al día siguiente Mercedes y el mayordomo salieron de Sevilla, y el proyecto se realizó en todas sus partes.

Embarcáronse en Cádiz, y cuando llegaron á Marsella, ya estaba esperándoles en el puerto Ricardo.

—¿Y mi hijo?—se apresuró á preguntarle la joven.

—Esperando ansioso la llegada de su madre.

—¡Hijo de mi alma! Mentira me va á parecer estrecharle entre mis brazos.

—Si tu deseo hubiera sido que le trajera aquí con su nodriza, aquí le hubieras encontrado ya.

—¡Oh! no podemos cometer imprudencias. Desgraciada-

mente, nuestra situación nos obliga á ser sumamente cautos. No podemos poner en el secreto á esa nodriza, que quizás sabe ya demasiado.

—Pero mañana que el niño no necesite sus cuidados...

—Entonces ya será distinto. El año que viene partiremos el camino.

—¿Es decir que yo le traeré aquí?

—No, aquí no. Cambiaremos de sitio, iremos á San Sebastián.

—¡Siempre ocultándonos!

—¡Como tiene que ocultarse el crimen!—repuso Marcos, que contemplaba con sombría mirada á los dos jóvenes.

—Padre, ¿por qué ha de estar usted siempre reprochándonos lo que ya no tiene remedio?

—Lo que es tu padre, con su abatimiento, con su disgusto, con esa perenne censura impresa en el rostro, creo que nos habría denunciado ya, á no ser por la serenidad de que yo tengo que dar pruebas á cada momento.

—Si no lo puedo remediar.

—¿Pero acaso sufres más que yo?

—Por eso mismo que comprendo lo que usted sufre, lógico es que sufra más también.

—¡Cuándo terminará esta situación!—dijo Ricardo.

—Ya lo sabes,—contestó Mercedes;—el plazo no es muy largo, pero en cambio es muy costoso.

—Con tal que todos podamos resistirle, y sobre todo con tal de que nadie llegue á enterarse de lo sucedido...

—No hablemos de eso.

***

El viaje de Marsella á Roma, se verificó con toda felicidad.

Mercedes, acompañada de Ricardo, dirigióse á la casa de la nodriza, y durante las horas que permaneció allí, ni un solo momento quiso separarse de su hijo.

En vano Ricardo, pretendió que tomara algún descanso.

Mercedes, no veía ni pensaba, ni quería nada más que á su hijo.

Las amorosas sugestiones de Ricardo, las rechazaba, porque quería consagrarse exclusivamente al purísimo amor de aquel niño, privado de sus caricias hacía un año.

—No volveré á pertenecerte,—había dicho á Ricardo,—hasta el día que seré tu esposa. Toda falta lleva aparejado consigo el castigo, y el olvido en que incurrimos, es necesario que le expiemos.

Y Ricardo la había jurado cumplir ciegamente su voluntad.

¡Con cuánto dolor abandonó Mercedes la casa de la nodriza!

Pero aquella mujer bajo una apariencia tan débil ocultaba una fuerza de voluntad extraordinaria, y se había propuesto no permanecer allí más que veinticuatro horas, y al cabo de ellas, sin que la fatiga la doblegase ni el dolor la abatiera, abandonó la casa de la nodriza para regresar á Marsella.

CAPITULO XXXV

Un año después

Marcos estaba asombrado de la resistencia de su joven ama.

El anciano, robusto y fuerte, se encontraba un tanto quebrantado por el viaje que habían hecho, mientras que Mercedes parecía no sentir la fatiga.

—En cuanto lleguemos á Cádiz,—dijo al mayordomo,—es necesario que vayamos á pasar un día en Jerez.

—¡Pero señorita, por Dios, va usted á caer enferma!

—Es necesario cubrir las apariencias; y si me preguntan algo de Jerez, ¿qué he de decir? No tengas cuidado, que en el vapor podré descansar.

—¡Dios lo quiera!

—Otro año sin vernos,—dijo Ricardo cuando llegaron á Marsella.

—Con eso experimentaremos mayor placer cuando nos veamos el año que viene.

—Si tú comprendieras lo que sufro lejos de tí.

—¡Y eso me dices!

—¿Por qué no?

—¡Te quejas, tú que tienes al lado tuyo á nuestro hijo!... ¡Cuánto más no debería yo quejarme, que vivo completamente sola y entregada á mis recuerdos!

Ricardo inclinó la cabeza, comprendiendo que Mercedes tenía razón.

—Perdóname,—la dijo;—pero te amo tanto...

—Pues conserva siempre ese amor hasta el día en que nos reunamos para siempre.

—Hay momentos en que temo que no llegue ese día.

—¡Calla, calla por piedad! porque no sé qué desdichado efecto me han causado tus palabras.

—Si tú vieras lo que pasa por mí cuando estoy pintando alguno de esos cuadros que tanto llaman la atención y que tanto se disputan en el mundo, no te explicarías cómo los puedo hacer. Hay momentos en que tiraría los pinceles, porque me digo: «¿Y para qué me sirve esto? ¿de qué me sirve este nombre, toda esta fama, todo el dinero que por estos trabajos me pagan, si á pesar de todo no puedo acercarme á la mujer que amo?»

—Pues precisamente eso mismo es lo que mañana ha de justificar ante el mundo, no para mí, el que yo te dé mi mano. No tienes títulos de nobleza, pero en cambio tienes el talento, posees eso que no se adquiere por herencia como lo que yo poseo. No te desanimes, Ricardo, no te desalientes; trabaja, que tras ese trabajo hallarás la recompensa con la ventura que hemos de disfrutar.

*
* *

La despedida de los dos amantes, no por ser muy corta, fué menos tierna.

Durante el viaje, apenas si pudo descansar Mercedes.

El recuerdo de su hijo y el de Ricardo, de tal manera la embargaban, que casi no pudo conciliar el sueño, á pesar de la tranquilidad del mar y de las comodidades con que viajaba.

Una vez en Cádiz, siguiendo el plan que se había formado, marchó á Jerez con Marcos.

Dos días permaneció allí, y al cabo de ellos, regresó á Sevilla.

Al verla el conde, exclamó:

—¡Gracias á Dios, mujer! no has tenido tiempo, sin duda, para escribir una carta. Vamos, ¡vaya un interés que te tomas por mí!

—Diré á usted; tuve noticias por una familia que llegó á Jerez y á quien tuve ocasión de tratar; supe que seguía bien y juzgué ya inútil mi carta.

—¡Ya, ya! lo mismo tú que Marcos, os habéis portado...

—Yo, señor conde, ya lo hubiera hecho; pero la señorita me dijo que no había necesidad.

—¡Justo!

—Pues aquí me habéis tenido lleno de inquietud, y si no hubiera sido por Ruperto, que me decía que cuando nada escribíais, era señal de que os iba bien, me parece que, á pesar de mis dolores, tomo el tren y me voy allá.

—En lo cual hubiera usted hecho muy mal.

—Ruperto ha sido quien ha tenido la culpa.

—Con eso, lo que hará usted será obligarme á que otra vez no me separe de su lado.

—Tanto como eso...

—No quiero que esté usted impaciente.

—En fin, lo principal es que te has divertido y que ya estás otra vez aquí.

—Ahora, cuando usted quiera que dejemos á Sevilla...

—¡Diablo, muchacha! ¿apenas has llegado y ya te quieres marchar?

—No, señor; yo lo decía por si quería usted que regresásemos.

—No por cierto; estaremos aquí hasta que el calor nos eche. Ya que una vez me has sacado de Epila, quiero hacer la calaverada completa.

—¡Hola, hola!

—¿Dónde quieres que vayamos desde aquí?

—Donde usted guste.

—Entonces iremos á San Sebastián, y desde allí regresaremos á casa. Ya que tu señor hermano no se acuerda de nosotros, aprovecharemos el tiempo del mejor modo posible.

—Tiene usted razón.

*
* *

Marcos salió dos días después para Epila, y al verle Faustina, se apresuró á decirle:

—¿Sabe usted, señor Marcos que si yo fuera Petra no dejaría de mirar con cierta prevención á Zaragoza?

—¿Por qué, muchacha?

—¡Ahí es una friolera! diez y siete ó diez y ocho días se ha llevado usted por allá.

—¿Sabes que llevas la cuenta muy bien?

—La llevábamos la Petra y yo.

—Pues hija, mi mujer no me ha dicho una palabra; bien es verdad que ya esta acostumbrada á que yo obre con entera libertad.

—¿Pero qué ha hecho usted en Zaragoza?

—En primer lugar, que no he estado solamente allí.

—Ya lo decía yo; ¿pues dónde ha estado usted?

—¡Donde no te importa!—repuso el mayordomo de mal talante.

—¡Toma! yo creí que no hacía mal alguno con preguntarlo.

—Pues sí que lo haces, porque lo que á uno no le importa, no tiene necesidad de saberlo.

—Ya lo sé para otra vez,—repuso Faustina un tanto picada.

—Pues me alegraré que no lo olvides.

Y Marcos le volvió la espalda bruscamente y se alejó de ella.

Faustina se le quedó mirando, y murmuró después:

—¿Qué quiere decir todo esto? Cuando yo digo que aquí hay misterio... ¿Pero cómo averiguarlo? Esa es la cuestión. Yo he de saberlo; podré tardar más ó menos, pero lo que es yo me saldré con la mía.

Al mismo tiempo, Marcos, preocupado también con la entrevista que había tenido con la doncella, decía:

—Este demonio de muchacha, es más curiosa que quiere, y á cada momento estoy temiendo que descubra algo. Tiene sospechas, indudablemente y quizás ha adivinado alguna cosa. ¿Pero cómo? ¿de qué manera? ¿por quién? Es menester estar muy sobre aviso, porque esta criatura de una palabra, ¡sabe Dios lo qué puede sacar!

*
* *

Algunos meses después, regresó Mercedes de su viaje.

El conde llegaba completamente satisfecho de su viaje.

También Mercedes parecía estarlo.

—¿Qué tal, señorita?—la dijo Faustina,—¿se ha divertido usted mucho?

—Muchísimo,—contestó la joven;—ha sido el viaje más agradable todavía qué el del año pasado.

—Me alegro. También por aquí hizo una expedición Marcos un poquito larga.

—¿Sí?

—Sí, señora.

—Vamos, sin duda tendría que hacer algunas ventas de que me había hablado.

—Pues le aseguro á usted que ya comenzaba á inquietarnos su tardanza.

—¿Pero llegó por fin?—dijo sonriéndose la joven.

—¡Oh! ¡ya lo creo!

—Pues entonces, no ha sido tan grande el daño.

—No creo que haya existido daño alguno en eso.

—Por lo mismo.

Y Mercedes puso término á aquella conversación variando de asunto.

Pocos días después, Faustina encontró en la calle al otro criado del conde que les había acompañado en su expedición.

Al verle Faustina, se apresuró á decirle:

—Que grueso has venido, Bonifacio, parece que también á tí te ha probado el viaje.

—¿A quién no prueban esas cosas?—contestó el criado.

—¡Ya lo creo! también la señorita ha venido muy bien.

—¡Oh! esa sí que se ha divertido de lo lindo. Ya se ve, como que es joven, nada la detiene, y disfruta de todo.

—¿Qué te ha parecido Sevilla?

—¡Preciosa, chica, preciosa! Te aseguro que de mejor gana viviría allí, que no en este corral de vacas.

—¡Ya lo creo! Yo tengo unas ganas de acompañar á la señorita en alguno de esos viajes...

—¡Toma! ¿y por qué no se lo dices?

—¡Que si quieres! Ya se lo he dicho, pero nada; el año pasado se fué con Marcos y su mujer, y este año con tu amo y con vosotros.

—Pues también ha estado Marcos en Sevilla.

—¡Qué dices!

—¡Toma! y se fué con la señorita á Jerez.

—¡Cómo!

*
* *

La impresión que recibió Faustina al recibir esta noticia fué tal, que apenas si pudo pronunciar otra palabra.

Tan inesperada fué la revelación, la cogió tan de improviso, que se quedó suspensa durante algunos segundos, en términos, que Bonifacio no pudo menos de decirla:

—¡Pero chica, oye tú! ¿qué mosca te ha picado?

—No sé; he sentido así como un vahido; pero... vamos, ya se me ha pasado.

—¿Quieres que te acompañe á tu casa?

—No, no; me encuentro bien. ¿Conque á Jerez se marcharon?

—Sí; ¿no te lo ha dicho la señorita?

—Algo me habló de eso; pero ya no me acordaba que pueblo había dicho.

—¿No ves tú que allí tiene Marcos un primo, que es un cosechero de los más ricos?

—¡Calla! pues es verdad.

—Allí se conoce que se divertieron en grande.

—Y vosotros, entretanto, en Sevilla.

—¡Qué íbamos á hacer, si la estábamos esperando!

—Vaya, lo que es yo, si la señorita se marcha el año que viene, he de hacer todo lo posible para que me lleve consigo.

—Pues eso es lo que debes hacer.

—Y lo haré.

Cuando Faustina se separó de Bonifacio, no pudo menos de decir:

—Ahora es cuando ya empiezo á ver claro. Es indudable que algo llevan entre manos la señorita y el mayordomo. Pero ¿qué puede ser ello? ¡Miren el viejo taimado que callado se lo tenía! No, pues yo le he de hacer hablar aun cuando tenga que exponerme á que me diga curiosa y habladora.

Y en esta disposición de ánimo, se dirigió Faustina á su casa.

*
* *

Aquella tarde salió Mercedes como de costumbre á dar un paseo por los alrededores de la villa, acompañándola Faustina.

Esta la dijo de pronto:

—Ahora que me acuerdo, señorita; ¿sabe usted á quién he visto esta mañana?

—¿A quién?

—A Bonifacio. Y por cierto, que me ha dicho una cosa que usted me había ocultado.

—¡Yo! ¡que yo te había ocultado!—exclamó Mercedes poniéndose en guardia inmediatamente.

—Sí, señora; que Marcos había estado en Sevilla y se habían ustedes marchado á Jerez.

—¡Toma! ¿y eso qué tiene de particular?

—Ya sé que no tiene nada de particular; pero yo creí que mi señorita, sabiendo que yo disfruto tanto con que me diga que se ha divertido, nada me dice.

—Vamos, tonta; ¿qué diversión crees que pudiera ser para mí el ir á pasar unos cuantos días en Jerez? Para Marcos, sí, que iba á ver su familia.

—De todas maneras, siempre se divertiría usted algo.

—Ví una población que no conocía. ¿Y esta es la noticia que te ha dado Bonifacio?

—Sí, señora; y me ha dicho que no deje de suplicar á usted que me lleve consigo en el primer viaje que haga.

—Ya veremos.

—Sí, lo mismo me dijo usted el año pasado, y, sin embargo, este año no ha querido usted.

—¡Pero mujer! á veces no se hace todo lo que una quiere. El año que viene, ya veremos si hay medio de que vengas conmigo.

—Si usted quiere, me parece que no ha de haber dificultad alguna.

—Lo procuraré al menos.

CAPITULO XXXVI

El espionaje

Mercedes no pudo ocultar su disgusto una vez que se encontró sola en su casa, porque Faustina hubiera descubierto lo del viaje á Jerez.

—No sé quién demonios,—dijo,—le ha hecho á Bonifacio decir á esta bachillera lo de mi viaje á Jerez. Es menester prevenir á Marcos, no sea que éste lo niegue y entonces resulte peor.

Y se dirigió á las habitaciones del mayordomo.

—Marcos,—le dijo á éste,—vengo á prevenirte una cosa.

—¿Por qué no me ha llamado la señorita?

—Porque si lo hubiese hecho así, quizás hubiera llamado la atención.

—¿La atención? ¿de quién?

—De Faustina.

—¡Dale con esa moza! Ya me tiene cargado.

—No tanto como á mí.

—Pues mire usted, buen remedio: que se la lleve su padre.

—No, que ese remedio sería quizás peor que la misma enfermedad.

—Pero bien; ¿qué es lo que ha pasado?

—No sé por qué me figuro que esa muchacha está espiándonos sin cesar.

—También lo creo yo así.

—Y, por lo tanto, aprovecha todas las ocasiones que se la presentan para averiguar...

—¿Y qué ha averiguado ahora?

—Que tú y yo hemos estado en Jerez.

—¡Demonio!

—Lo que oyes.

—¿Pero por dónde lo ha sabido?

—Por ese tonto de Bonifacio, á quien se ha encontrado hoy.

—No sé por qué Ruperto no le encargó que callase.

—Por supuesto, que después de todo, nada puede significarnos.

—De todas maneras, crea usted que es un mal que esa muchacha se entere de ciertas cosas.

—Yo he querido avisarte para que estés prevenido, porque de fijo también te va á hablar.

—No; pues lo que es conmigo, se va á llevar una rociada...

—Harás muy mal.

—¡Cómo!

—Por el contrario, si algo te dice, contéstale lo mismo que yo, no dando importancia alguna á ese viaje.

—De todos modos, yo creo que sería muy conveniente que se desprendiese usted de ella.

—No puede ser; ya lo he pensado, y cuando tropieza uno con un sér de esa especie, vale más tenerle á la vista, que no dejarle que obre á su capricho.

*
* *

Las presunciones de Mercedes se realizaron.

Cuando Faustina encontró una ocasión propicia, emprendió á Marcos, reprendiéndole porque no le había dicho que había visto á la señorita en Sevilla, y que había estado en Jerez con ella.

—¿Y qué tiene de particular eso?—la dijo el mayordomo.

—Mucho.

—No sé por qué.

—Sabía usted que tenía deseos de saber noticias de la señorita.

—¿Pues no se recibían aquí las cartas que escribía?

—Pero no es lo mismo.

—Porque tú lo dices.

—Lo que yo observo es una cosa.

—Siempre será alguna bachillería.

—No, señor; que es una verdad.

—Veamos.

—Parece que lo mismo la señorita que usted, se ocultan de mí y no me dicen nada.

—¿No lo dije? Una bachillería como tuya. Vamos á ver: ¿qué es lo que la señorita se ha de ocultar de tí? ¿Acaso hace algún mal? ¿Es que tú sospechas de la señorita?

—¡Yo! ¡Jesús, qué cosas dice usted!

—No; yo no las digo, eres tú, y nadie más que tú; porque desde el momento en que reparas que de tí nos ocultamos, es porque crees que se hace algo que debe ocultarse. Eso no tiene vuelta de hoja.

—Yo no he querido decir que se tratase de nada malo, no, señor; pero parece que á mí no se me quieren confiar las cosas que saben otros.

—Vamos, mujer, no seas así. La señorita te quiere como te ha querido siempre.

—Más la quiero yo.

—Pues entonces, ¿por qué formulas esas quejas? Vamos á ver.

—Por lo mismo que la quiero. Si no la quisiese tanto, á fe que no me ofendería nada.

—Lo que te digo es que no debes formar esos juicios; sino por el contrario, querer mucho á tu señorita como la queremos todos.

Y Marcos trató de quitarse de delante, como vulgarmente se dice, á la taimada muchacha, de quien dijo, después que se hubo alejado:

—¡Anda con Dios! Quién te quiera que te compre; que yo, por mi parte, si fuera de la señorita, pronto te pondría de patitas en la calle.

*
* *

Con mayor razón habría podido decir esto el honrado mayordomo, á enterarse de la carta que algunos días después escribía Faustina á Luis.

Entre otras cosas le decía:

«No comprendo su silencio de usted á cuantas cartas le he escrito hace algunos meses.

»Si á ésta no tengo contestación, no volveré á escribirle más; porque comprenderé que es que ya no quiere saber nada de aquí.

»Y sin embargo, á mí me parece que lo que ocurre debiera llamar su atención.

»Es el caso que la señorita, como ya le decía en mis anteriores, se marchó á Sevilla con el señor conde.

»Pero á los pocos días, Marcos, pretextando que había de ir á Zaragoza, se marchó también.

»¿Y dónde fué? A Sevilla. Allí parece que él y la señorita se marcharon, según dicen, á Jerez; pero para mí se fueron á otra parte.

»¿Dónde? A usted creo que le toca averiguarlo, porque á la verdad es muy raro todo ello.

»El pobre señor conde me parece que le han engañado como á una criatura, porque la excursión hecha por Marcos y la señorita se prolongó bastantes días, y mientras tanto el señor conde permaneció en Sevilla.

»Cuando Marcos vino, nada me dijo de que había visto á la señorita, y mucho menos que se hubiese ido á viajar con ella.

»La misma reserva guardó conmigo también su señora hermana cuando regresó con el señor conde, y fué necesario que uno de los criados del tutor me lo dijera, y entonces, al verse descubiertos, no han tenido ya más recurso que confesarlo.

»¿Qué quiere decir todo esto?

»Yo, por mi parte, no sé por qué, se me figura que en todo ello anda mezclado Ricardo.

»Si usted no lo averigua, no sé quién lo ha de averiguar; porque yo harto hago con tenerle al corriente de cuanto ocurre.

»El año pasado se marchó la señorita, el mayordomo y su mujer.

»Este año, sin duda, para no llamar la atención, ha hecho la señorita que la acompañase su tutor.

»Pero también ha ido Marcos á buscarla y juntos han hecho otro viaje.

»Si usted no sabe ver lo que hay en todo esto, necesario es convenir que yo soy una tonta.»

*
* *

La carta, realmente era intencionada; y como se ve, las apreciaciones hechas respecto á Ricardo no estaban desprovistas de fundamento.

Pero todas estas cartas quedaban detenidas en Viena, porque, como ya hemos dicho, el marqués estaba á la sazón en San Petersburgo, y allí había caído gravemente enfermo.

Faustina no obtuvo contestación á esta carta, y cesó de escribir.

Creyó que Luis, ó no quería saber nada ó no había recibido las cartas, y no quiso continuar aquella correspondencia.

Así pasó todo aquel año.

Cuando llegó la época en que, en los dos anteriores, había marchado Mercedes, ésta recordó á su tutor la oferta que la hiciera cuando estuvieron en Sevilla.

El conde se mostró propicio á complacerla.

Se encontraba algo mejor, y comenzaron á hacerse los preparativos de marcha.

Faustina dijo á Mercedes:

—¿Y este año, no iré con la señorita?

—Tampoco. Mi tutor viene conmigo, y ya tú ves que no es cuestión de decirle que viene otra persona más.

—Pero si usted me necesita.

—Tanto como necesitarte, no; pero si yo hubiera ido con Marcos, como pensaba, es decir, si el viaje se hubiera hecho por mi cuenta, sí que hubieras venido.

—Nada; está de Dios que no he de acompañar á usted.

—Por otra parte, según he oído decir á mi tutor, este año quiere que viajemos en grande; trata de ir á Alemania también.

—Entonces, verá usted al señor marqués.

—¡Sabe Dios dónde estará mi hermano!

—Es verdad que hace mucho tiempo que no escribe

—¡Mucho me alegraría verle, ó cuando menos tener noticias suyas!

—Yo lo que siento es no ir con usted.

—No tengas cuidado que ya vendrás. Mi tutor ya sabes que está casi siempre enfermo. Ahora es un milagro que se encuentre así. El primer año que me vaya sola con Marcos, vendrás. Yo te lo prometo.

* * *

Mas á pesar de esta promesa, Faustina estaba profundamente irritada.

Marcos sufrió alguna de sus pullas, porque le decía que ya se marcharía él también aquel año.

Pero Faustina quedó completamente desconcertada cuando vió que el mayordomo no se movía de Epila.

Y la razón ya la comprenderán nuestros lectores.

El hijo de Mercedes había cumplido dos años.

Ya no le era tan necesaria la nodriza, y siguiendo Ricardo las instrucciones de su amada, llevó el niño á Suiza, donde fué la joven con el conde, después de terminada la temporada de Sevilla.

Entonces no fué un día solo, el que vió á su hijo.

Mientras Mercedes permaneció en Berna y en Basilea, Ricardo estuvo en aquellas dos poblaciones, y la joven pudo

visitar casi todos los días al niño y extasiarse contemplándole.

Aquella temporada fué deliciosa para ella.

Cuando abandonaron Suiza, quedaron ya en que al año siguiente se verían en Italia.

Y efectivamente así sucedió.

Aquellas tres temporadas fueron las únicas felices de que pudo disfrutar la pobre Mercedes.

¡Cuánto tenía que llorarlas después!

CAPITULO XXXVII

Una pavesa

El marqués de la Florida había pasado cerca de dos años lejos de Viena y olvidado por completo de cuanto se relacionaba con el resto de Europa, y mucho menos con su familia.

La misión diplomática de que hablamos en otro lugar, habíase convertido en Rusia en misión amorosa, y merced á esto, tan dominado estaba por la pasión que, como hemos dicho, olvidó el resto del mundo

Una caprichosísima princesa rusa, á quien había conocido en París y á la cual más tarde volvió á ver en San Petersburgo fué la que le hizo olvidar todas sus pasadas aventuras; creyóse transportado á una nueva región iluminada por la luz que irradiaban los apasionados ojos de la moscovita, y el impresionable español permaneció, como hemos dicho, durante un largo espacio abstraído, dominado y hecho un juguete de los caprichos de aquella mujer.

Pero la constancia no era por cierto la gran virtud de la moscovita, y llegó un día en que se cansó y arrojó lejos de sí al desdichado marqués como se arroja el juguete destrozado por las inconscientes manos de un niño.

Abatido, profundamente disgustado consigo mismo, enflaquecido de cuerpo y gastado de espíritu, el marqués necesitó algún tiempo para reponerse de la violenta sacudida que experimentara.

Cuando lo consiguió y regresó á Viena, encontró allí un gran número de cartas.

—¡Que loco he sido y que sueño tan largo me ha dominado!—exclamó cogiendo todos aquellos papeles, clasificándolos y poniéndose á estudiarlos, por decirlo así.

El marqués tenía necesidad, ante todo, de ocuparse de sus intereses.

Ya sabemos que gastaba sin conciencia, que sus rentas habían disminuido de un modo extraordinario, y especialmente todo aquel tiempo pasado en Rusia, le había sido excesivamente costoso.

Para poner en orden su situación financiera hubo de necesitar algún tiempo, y por lo tanto quedaron abandonados todos los demás asuntos hasta que quedó ya, si no arreglado á su completa satisfacción, al menos para ponerle á cubierto de las contingencias consiguientes al anterior despilfarro.

Entonces fué cuando realmente pudo ocuparse de sus asuntos particulares.

Entre éstos, las cartas de Faustina fueron objeto de su particular atención.

—Pues apenas ha escrito esta chica durante todo este tiempo,—dijo sonriéndose y empezando á revisar cartas.

La lectura de todos aquellos papeles llamó su atención y le entretuvo por espacio de algunas horas.

—Necesario es convenir,—decía,—que esta muchacha tiene condiciones inapreciables para agente de policía. No se le puede negar que ve todos estos asuntos con una claridad que asombra. Y en lo general las deducciones que hace no van descaminadas.

*
* *

Y leyendo las cartas, llegó á la última, donde la doncella le indicaba la extraña coincidencia de que á pesar de haberse marchado Mercedes con el conde, á Sevilla, hubiera ido á reunirse con ella Marcos, para emprender la expedición á Jerez, según habían dicho.

—Una cosa veo aquí,—dijo Luis,—que me llama la atención. Ricardo, á lo que parece, no ha vuelto por Epila, y sus padres, lógico es que tengan deseos de ver al hijo, cuyo talento está llamando la atención tan poderosamente.

Después buscó en vano otra carta de Faustina.

Ya sabemos que la joven le decía que si no tenía contestación á aquélla, no volvería á escribirle más, comprendiendo que no quería tener noticias de ella.

—Y tiene razón la muchacha, no se le puede negar; he estado loco todo este tiempo, y como que ella no lo sabía, ha interpretado mi silencio en otro sentido muy distinto. Es menester que la escriba inmediatamente, porque desde esta última carta ha pasado más de un año, y es preciso que yo sepa lo que ha ocurrido en Epila.

Y efectivamente, escribió á Faustina.

Esta, aun cuando sin saber si le convendrían á Luis ó no las noticias que ella adquiriese, continuaba observando, y había adelantado mucho en su espionaje.

El odio contra su señorita seguía en aumento.

Por más que ésta parecía que seguía otorgándola su confianza, Faustina, que no era lerda, comprendía que se desconfiaba de ella.

Marcos la trataba con aspereza.

Varias veces le preguntaba por Ricardo, y apenas si le decía una palabra satisfactoria.

Otras, extrañándose porque el artista no iba á pasar alguna temporada en Epila, solía decirle:

—Pero á tí, ¿qué te importará si viene ó deja de venir? Ocúpate de lo tuyo y no pienses en lo de los demás.

Resultado de esto, que el carácter de la muchacha se había ido agriando día por día, que sus resentimientos eran mayores, y que cada vez estaba más ansiosa por vengarse de su señorita, que la había arrebatado el amante con que ella soñara, y del mayordomo, que la trataba con tanta aspereza.

*
* *

Luis recibió como contestación á la que escribió á la doncella, una larga carta, que debía encerrar detalles muy curiosos, por la atención que le dedicó desde las primeras líneas.

Decía así:

«Parece que por fin se ha decidido usted á contestarme, y ya creo que era razón.

»Veo las causas que me da, las acepto, y voy á decirle lo que por ésta ocurre, que no es más ni menos que la continuación de lo que en mis anteriores le decía.

»Marcos, cada día tiene peor genio, y parece como que se encuentra dominado por un disgusto que va consumiéndole lentamente.

»Tres años han pasado desde que hizo el primer viaje con la señorita, y si usted le viera, creería que por él habían pasado más de veinte.

»La Petra no oculta sus inquietudes respecto al estado de su marido, y cuando se le pregunta ó se le llama la atención sobre esto, se contenta con decir:

—»A mi Marcos, ha de matarle su mismo carácter.

»¿Por qué ha de matarle? ¿qué clase de pesar es el que de tal modo impresiona al mayordomo de la señorita?

»Yo no lo sé; pero el caso es, que ni su hijo, á quien parece lógico que la Petra le haya escrito el estado de su padre, viene por aquí, ni se toma el interés que parecía natural se tomara por un padre que tantos sacrificios ha hecho por él, como á Marcos le ha sucedido.

»¿Será que Marcos haya prohibido á su hijo el que venga por Epila?

»Si esto ha sido así ¿qué causa es la que puede haber tenido para ello?

»Le confieso á usted que no sé qué pensar.

»Alguna vez he hablado á mi señorita sobre esto, y su contestación ha sido de tal manera, que me ha dejado pegada á la pared.

»Se conoce que no le agrada que le hablen sobre ese particular.

»Vamos á otra cosa.

»En cuanto á la señorita, parece que está esperando, con una ansiedad extraordinaria, que llegue la época de los viajes de verano.

»Ella, que antes no encontraba más placer que el de su casa, ahora estaría viajando constantemente.

»También este último año ha hecho que la acompañe el señor conde.

»Yo creí que á semejanza de lo ocurrido el año anterior, Marcos hubiese ido á reunirse con ellos, aun cuando sin decirnos nada como hizo entonces.

»Pero no ha sucedido así; Marcos no se ha movido de casa ni aun para ir á Zaragoza, como antes acostumbraba á hacerlo.

»Una cosa me sorprende en los viajes de la señorita, y es que siempre se verifican á lugares distintos de aquellos que nos han anunciado.

»¿No le parece á usted muy extraño esto?

»Parece como si se tratara de despistar á cualquier persona que tuviese interés en seguirles.

»Lo único en que están conformes, es en el viaje á Sevilla, pero una vez allí, se les pierde de vista, y si están en París, dicen que se encuentran en Londres, y si en Londres, después salimos con que están en Suiza.

»¿Entiende usted esto?

»Este año parece que han estado en Italia.

»Y vea usted una cosa rara; precisamente allí reside Ricardo, y cuando la señorita estuvo en Roma, Ricardo se encontraba en Alemania.

»¡Al demonio que entienda todo esto!

»Tampoco este año se ha llevado el señor conde á Bonifacio, que fué quien el año pasado me dijo que Marcos y la señorita habían estado en Jeréz.

»Se han llevado á un cuñado de Ruperto, tan seco, tan adusto y tan reservado como éste, á quien no he conseguido sacar una palabra.

»¿No habrá sido la supresión de Bonifacio hija de haberme contado aquello?

»Si así ha sido, es indudable que á ellos no les agrada que yo sepa dónde van, ni lo qué hacen.

»Un detalle voy á decir á usted antes de concluir esta carta, que ya se va haciendo pesada.

»La señorita parece que hace esfuerzos para que yo crea

que sigue teniendo confianza en mí; pero yo comprendo que se reserva y que no se atreve á echarme de casa por consideraciones á haberme criado con ella y á los muchos años que mi padre sirve en la casa.

»Varias veces he observado que en la habitación de la señorita se percibe cierto olor de trapo quemado ó de papel, que algunas veces me ha llamado la atención; la he preguntado respecto á ello, y unas veces no me ha contestado y otras me ha parecido advertir que la contrariaba mi pregunta.

»He buscado por todas partes y no he encontrado ningún indicio de que se hubiese quemado nada.

»Sin embargo, hace dos días ví algo que llamó mi atención.

»Precisamente aquel día la mujer de Marcos había venido de Ariza, donde usted recordará que tiene una parienta.

»Pasaba yo por delante de las habitaciones de la señorita, cuando me pareció advertir el mismo olor que ya en otras ocasiones había advertido.

»Miré á mi alrededor, y me convencí de que el olor procedía de las habitaciones de mi señorita.

»Entonces no vacilé; entré de pronto en el cuarto donde estaba su hermana de usted, y la sorprendí cerca de la chimenea.

—»¿Qué quieres? me dijo al verme, y yo comprendí que estaba completamente inmutada.

—»Señorita, este olor á quemado, la dije, que ya sabe usted que en otras ocasiones lo hemos advertido.

—»Pues hija, tienes un olfato de primer orden, me contestó la señorita con una sonrisa muy forzada.

—»¿Pero de veras, no advierte usted nada? la pregunté sorprendida.

—»No, no advierto nada, y ya te tengo dicho que no entres nunca sin avisar primero.

»Y al decir esto, cerró violentamente de golpe la chimenea, delante de la cual había permanecido.

»Yo comprendí al momento que allí era donde estaba el gato encerrado; pero como por entonces nada podía ni debía hacer, me salí del aposento, resuelta á volver entrar cuando encontrara una ocasión propicia.

»Esta no tardó en presentarse.

»La señorita fué por la tarde á ver al señor conde, que, dicho sea de paso, parece que se ha agravado mucho en estos días, y al momento me fuí á sus habitaciones.

»Abrí la chimenea; pero sin duda prevenida ya la señorita, había hecho desaparecer lo que quiera que fuere que hubiera quemado allí.

»Estaba la chimenea muy barrida y limpia.

»Despechada por verme defraudada en mi esperanza, iba ya á cerrar la chimenea, cuando casi pegada á las mismas planchas de hierro, ví un pedacito de pavesa, que sin duda, no había llamado la atención de la señorita.

»Aquella pavesa parecía de papel quemado.

»¿Qué papeles podían ser los que la señorita tenía tanto interés en que desaparecieran?

»Aseguro á usted, que el tal hallazgo llamó mi atención, y me ha tenido mucho tiempo preocupada.

»Desde aquel día, siempre que la señorita sale y yo me quedo en casa, voy á inspeccionar la chimenea.

»Hace tres días volví á percibir el mismo olor á quemado.

»Pero entonces, aleccionada ya, me mantuve impasible, y después, mientras estaba cenando, aproveché un momento para abrir la chimenea.

»De ella arrancaba el olor á quemado, pero no había ni el más mínimo fragmento de pavesa.

»Inspeccionándolo todo con gran cuidado, en el cubo del

agua sucia que hay en su tocador, advertí sobrenadando, algunos pequeños fragmentos de aquellas pavesas que yo buscaba.

»Como se ve, la señorita no omite precauciones, pero yo tampoco dejo de observar y de acudir á todo.»

CAPITULO XXXVIII

Un indicio

Cuando Luis se enteró de esta carta, dijo:

—Realmente todas las observaciones de esta maldita muchacha, son muy atinadas. Para que Marcos esté tan triste y tan preocupado y el pesar le haya producido ese decaimiento de que habla Faustina, es menester que sea muy grande el disgusto y generalmente disgustos de esta especie no se producen más que por acontecimientos de familia.

Y el joven realmente estaba preocupado.

De pronto se levantó de su asiento y comenzó á pasearse, diciendo:

—¡Si realmente tendrá que ver Ricardo en este asunto!

Y su semblante tomó una expresión tal, que no habría podido menos de estremecerse Mercedes, si lo hubiese podido ver.

—Mala suerte habría tenido el mozo si así sucediera,

porque mi hermana podrá ser dueña de sus bienes; pero no de la honra de mi padre, que es la mía.

Volvió de nuevo á leer la carta, á fin de enterarse bien de todo lo que decía, y volvió á murmurar al cabo de un momento:

—¡Cómo sea verdad lo que esta chica dice! y sí debe serlo, porque no hay nada que aguce más el ingenio que es el odio, y ella por lo que se ve odia á mi hermana por efecto de sus celos, es indudable que ella quema esos papeles que quizás sean cartas. Pero cartas ¿de quién? Yo no he quemado nunca otras cartas que aquellas que, ó me podían comprometer, ó comprometían á la persona que me las dirigía. ¿Quién puede escribirle á mi hermana que á ella le comprometa ó se comprometa el que escribe? Es menester escribir á Faustina que redoble sus precauciones, porque ó me engaño mucho ó aquí sucede algo muy grave cuyo desenlace se aproxima.

Y efectivamente, Luis escribió á la doncella una carta en que la indicaba todo cuanto debía hacer según lo que le había sugerido la lectura de la suya.

*
* *

El marqués entendía el honor á su manera.

Como muchos otros de su misma clase, había hecho del honor una palabra acomodaticia, sumamente estrecha cuando se trataba de las demás, pero excesivamente ancha cuando se refería á él.

Jugar con fullerías ó sin ellas, entregarse á los placeres de un modo desenfrenado, cometer acciones indignas, tener deudas, comprometer mujeres, ser insolente, mordaz, deshacerse de un adversario merced á su destreza en el manejo de las armas, todo eso, según las teorías de Luis, era moneda

corriente, en nada perjudicaba á su buen nombre y en nada manchaban el limpio blasón de sus antepasados.

Pero en cambio, una alianza desigual que contrajera su hermana, una debilidad de mujer, excusable, dado el mismo abandono en que él la dejara, eso lo consideraba como un crimen de lesa honra, y por nada hubiera consentido que se realizara.

Y si hacía la desgracia que así sucediese, él castigaría sin piedad lo que consideraba como un ultraje á su noble padre.

Con semejante manera de ver las cosas y preocupado por lo que Faustina le había dicho, un día resolvió marchar á Italia.

Era menester que viese á Ricardo.

Unicamente así podría juzgar con algún conocimiento.

Y efectivamente, emprendió el viaje á Roma, y apenas hubo llegado, se informó dónde tenía el estudio Ricardo, y hacia él se dirigió.

Esta fué la torpeza que cometió.

Tal vez á no presentarse tan de repente, á espiar los pasos y la conducta del pintor, fácil hubiera sido que descubriese el lugar donde se ocultaba la nodriza con el niño.

Ricardo estaba pintando, precisamente, en el momento en que se presentó el marqués en su estudio.

El hijo de Marcos no esperaba por cierto semejante visita.

Hallábase rodeado de varios amigos, artistas unos y admiradores otros.

El joven había pintado últimamente dos cuadros que habían concluido de cimentar su fama.

Su nombre se repetía con entusiasmo, disputábanse sus lienzos los más importantes *amateurs* de Europa y de América, y estaba realizando una gran fortuna.

* * *

Al ver á Luis, no pudo menos de inmutarse, en términos que éste lo hubo de comprender, aun cuando el pintor trató de dominarse inmediatamente.

Levantóse de su asiento, abandonó la paleta y los pinceles y salió al encuentro del recién llegado, diciéndole:

—¡Caramba, señor marqués! ¡tanta honra para mi humilde taller!

—No por cierto,—dijo afablemente Luis;—el honrado aquí soy yo.

—¡Por Dios, no diga usted eso!

—¡Ya lo creo que debo decirlo! el arte, amigo mío, es superior á la nobleza; porque la una procede de la tierra, mientras que el otro es de origen divino. Seguro estoy que estos señores opinan lo mismo que yo.

—Desde luego,—contestó uno de los individuos que había en el estudio, rico y noble caballero romano;—pero para eso es necesario poseer el arte como lo posee nuestro querido Ricardo.

—No tanto, señores, no tanto, que precisamente estamos en el país del arte, y en la actualidad hay en Roma artistas aventajadísimos, cuyo talento quisiera yo igualar. Pero hablando así, no he presentado á ustedes, y esto es una falta imperdonable tratándose de personas tan dignas todas y tan afectuosas para mí.

Y el joven entonces hizo las presentaciones respectivas de Luis y de las personas que se encontraban en el estudio.

Entablado ya el conocimiento, el marqués se instaló allí como en terreno propio.

—¿Viene usted de España, señor marqués?—le preguntó Ricardo.

—No; hace ya dos años que estoy pensando en dar una vuelta por mi país y todavía no me he resuelto.

—Lo cual demuestra que le va á usted muy bien por estos países.

—No me puedo quejar; ¿y tú, no has ido á ver á tu padre?

—No, señor. ¡Si no puedo moverme un momento de aquí! tengo tanto trabajo, que no me deja espacio para nada.

—Eso es bueno, así te harás rico en poco tiempo.

—Y adquiere fama, que es lo principal,—dijo uno de los artistas que había en el estudio.

—Sin embargo, la fama, sin dinero, hemos de convenir que vale bien poco.

—Según cómo se considere.

—Bajo el punto de vista práctico, desengáñense ustedes, señores, que es muy hermoso, yo no lo niego, poseer un nombre como el que hoy tiene Ricardo; pero si á ese nombre no le acompaña cuando menos medio millón de *liras*, ¿quieren ustedes decirme de qué le serviría?

—Siempre le serviría más que nuestros títulos de nobleza ó los millones de nuestras arcas,—repuso el noble romano, que era verdaderamente apasionado del artista.

—Yo no lo veo así, y dispénseme usted que se lo diga.

—También yo creo,—dijo Ricardo con un acento no exento de amargura,—que mi querido Angelo exagera un poco, por efecto del cariño que me profesa.

—No por cierto, y la prueba la tienes aquí mismo, ¿quieres decirme si para tí ha habido dificultad en entrar en los más aristocráticos salones? ¿no eres atendido, obsequiado hasta por los mismos reyes? ¿si tú corazón sintiera necesidad de amar, crees que alguno de nuestros nobles ó de nuestros más ricos banqueros te negaría su hija?

—¡Quién sabe!

—No: ten la seguridad de que te la concederían, orgullosos de unir sus cuarteles de nobleza con la paleta del pintor que ha hecho esos cuadros que admiran á todo el mundo.

—Ustedes pertenecen á una nación eminentemente artística y tienen delicadezas é impresiones que no se tienen en otros países.

—Si hubiera alguno que rechazara la alianza de Ricardo, —repuso Angelo con fuego,—creo que merecía que se le escupiera al rostro.

—¡Ay, amigo mío! si fuera usted al Norte, á esas severas cortes tan infatuadas con su nobleza, tan orgullosas, tan inaccesibles á todos esos entusiasmos, muchos rostros me parece que tendría usted que escupir.

—Por eso le digo siempre á Ricardo que no se mueva de aquí, donde es querido, respetado, y donde todos estamos orgullosos con poseerle.

* * *

Durante algunos momentos permanecieron silenciosos todos los que había en el estudio.

De pronto dijo Luis:

—¿Y qué tal vamos de amores por aquí, chico? porque supongo que, tratándote con tanto afecto en Italia, país clásico del arte, de la poesía y del amor, lógico es que seas amado.

—¡Oh! en cuanto á eso, el corazón de nuestro querido artista, se halla cerrado por completo para el amor.

—¡Cómo!

—Yo no puedo amar á nadie,—dijo el joven secamente.

—¡Demonio!—exclamó Luis con acento burlón;—¡vaya una manera que has tenido de decir eso! ¿y puede saberse por qué no has de amar?

—Porque tiene sin duda en su país algo que llama poderosamente su atención,—dijo otro de los jóvenes allí reunidos.

—Siempre estáis con lo mismo y ya os he dicho que no amo á nadie.

—Tantas cosas hay que se dicen y, sin embargo, no son verdad...—repuso el marqués.

—Y esta es una de ellas.

—Os he dicho siempre que no me hablarais de ese particular, porque mi corazón está cerrado por completo para el amor.

—Pues entonces, ¿quieres decirnos qué significan esas excursiones misteriosas que haces todos los años sin que ninguno sepamos dónde se dirigen?

—¡Hola! ¿esas tenemos?—dijo el marqués, que no perdía de vista á Ricardo.

* * *

El pintor sintió que el rostro se le encendía, y su turbación se hizo tan visible, que Angelo le dijo:

—Pero chico, ¿qué tienes?

—¿Yo?—contestó el joven haciendo esfuerzos para dominarse.

—Parece que te han hecho mal efecto nuestras palabras.

—No me lo han producido bueno, porque ya sabéis que siempre que de eso se habla, os he contestado lo mismo.

—Y nosotros, deferentes con tus deseos, tampoco te hemos abrumado con nuestras indicaciones.

—Lo cual quiere decir que yo he tenido la culpa de esta discusión.

—No por cierto,—dijo Angelo;—si precisamente á mí me

agrada que de esto se le hable, porque vamos, no se concibe un artista sin amor.

—Y es verdad,—añadió el marqués.

—Que confiese ingenuamente que tiene en España algo que le llama la atención, algo que le absorbe su pensamiento por completo, pero que no se empeñe en decir que no ama.

CAPITULO XXXIX

Continuación del mismo asunto

La verdad era que Ricardo estaba sobre ascuas, como vulgarmente se dice.

Hubiera dado cualquier cosa por haber evitado aquella cuestión.

Sentía sobre él fija la mirada de Luis, y á pesar suyo y aun cuando quisiera hacer esfuerzos para contenerse y dominarse, la verdad era que no podía.

Aquella visita del marqués, tan inesperada, le había sorprendido y no podía explicarse cómo y por qué había ido á verle.

Así fué que queriendo dar un nuevo giro á la conversación, dijo:

—¿Y puede saberse, señor marqués, á qué causa se debe la honra que nos ha concedido de venir á visitarnos?

—Ya sabes mi carácter algo aventurero y aquí lo tienes explicado. Me cansaba en Viena y dije, pues vámonos á Italia y con eso tendré el gusto de saludar á mi querido Ricardo, á

quien hace tanto tiempo que no he visto. Pero parece que con esa pregunta que has hecho has querido eludir lo que te decían tus amigos.

—¡Oh! eso lo hace siempre.

—Lo cual prueba que oculta alguna cosa.

—Y no puede ser más que eso,—dijo Angelo;—cuidado que él mismo sabe que aquí, en Roma, hay mujeres que sólo esperan que les diga una sola palabra para hacerle dueño de sus encantos.

—¿Y no pronuncia esa palabra?—dijo Luis.

—¡Cá! ni por pienso.

—Pues, chico, eres de lo que no he visto.

—Casto como José.

—Y severo como Catón,—añadió Angelo,—porque tenga usted presente, marqués, que siempre está reprendiéndonos por nuestras costumbres.

—Vaya, vaya; cuando os ponéis así llegáis á haceros insoportables.

—Ya salió la muletilla de siempre; en cuanto le hablamos de amores, somos insoportables.

—Pero si es verdad.

—Con esas palabras procuras evitar el darnos explicaciones de esos viajecitos tan misteriosos que te llevas tan callados siempre y que se prolongan, como el de este último año.

* * *

Ricardo estaba sufriendo horriblemente.

Aquellas alusiones á sus viajes, aquella especie de repulsión que mostraba hacia el matrimonio y á esas amorosas aventuras que parecen ser verdadero patrimonio de la juventud, habían de llamar la atención de Luis.

Y si éste llegaba á concebir alguna sospecha, si llegaba por una casualidad á descubrir aquel secreto tan cuidadosamente guardado, las consecuencias realmente podían ser muy temibles.

Ricardo conocía perfectamente á Luis y sabía lo que de él podía esperarse.

Por otra parte, adivinaba que había ido allí con intención sin duda de observarle, porque veía la marcada atención que prestaba á cuanto se decía y la sonrisa irónica que vagaba por sus labios al oir las palabras de los camaradas y amigos de Ricardo.

—Pero señores,—dijo éste tratando de desviar la cuestión del terreno en que se había colocado,—¿es posible que tanto les haya de preocupar á ustedes lo que yo hago ó dejo de hacer?

—Precisamente, como lo que tú haces es lo contrario de lo que debías hacer, nos llama la atención.

—Pues me parece,—dijo Luis,—que fácilmente se comprende que si Ricardo se muestra tan retraído respecto al amor, es prueba inequívoca de que su corazón está ocupado, ya sea aquí mismo, en Roma, ya sea en España.

—Lo que es en España, me parece que las muestras dicen lo contrario,—dijo sonriendo de una manera forzada el pintor.

—¿Por qué?—dijo Angelo.

—Muy sencillo. Si en España residiera la mujer que ocupa mi pensamiento, no me parece que habría pasado tantos años sin manifestar interés por regresar á mi país.

—En eso, hay que darte la razón.

—Entonces, la tienes en París.

—Lo mismo.

—Señores, yo creo que padecen ustedes un error,—dijo Luis.

—¿Por qué?—preguntaron algunos.

—Muy sencillo: Ricardo puede muy bien tener los amores en España, y sin embargo, no ir á ver á la mujer que ama.

*
* *

El pintor no pudo menos de inmutarse al escuchar aquella indicación.

Miró fijamente á Luis, como si tratara de leer hasta el fondo de su pensamiento.

Pero el marqués era impenetrable cuando le convenía serlo.

No en balde había estado agregado á una embajada y desempeñado varias misiones diplomáticas.

Ricardo, aun cuando no pudo adivinar su verdadero propósito, comprendió que aquella frase no se había lanzado al aire.

—Puede que tenga usted razón,—dijo Angelo.

—Pero si es así,—dijo otro,—¿cómo explicarnos entonces ese alejamiento persistente de Ricardo? Porque vamos, yo creo que cuando se ama á una mujer se desea estar cerca de ella todo el mayor tiempo posible.

—Puede haber obstáculos insuperables.

—¡Ah, ya! si se trata de una casada...

—O aun cuando sea una soltera.

—Nada, señores; se han empeñado ustedes en ocuparse de mí, y no tengo más remedio que resignarme.

—Tú tienes la culpa.

—Vamos, Angelo, no digas eso.

—¡Ya lo creo que lo digo y lo repetiré cien veces! Si tú hubieras sido franco y nos hubieses dicho la verdad...

—¡Pero qué verdad he de deciros, si no existe nada de lo que os figuráis! ¿Tengo yo la culpa de que mi corazón no pal-

pite á impulsos de ninguna de esas pasiones que vosotros os imagináis?

—Como que eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque la edad exige lo contrario.

—Vamos; eso son tonterías que parece imposible que las digáis.

—No sé que tenga nada de tontería.

—Y sino, que explique esos viajes periódicos que viene haciendo todos los años.

—Os lo he dicho una porción de veces. Si me tenéis aquí trabajando durante tan largas temporadas, ¿no he de permitirme siquiera un par de meses irme por ahí á distraer?

—Sí, señor; pero te proponemos expediciones para que vengas á acompañarnos y no aceptas ninguna.

—Porque me gusta ir solo.

—¡Vaya un capricho!

—De artista,—dijo Luis.—Nada, señores; no hablemos más sobre el particular, que parece que á nuestro amigo no le agrada que nos ocupemos tanto de su existencia.

—Como que está tan á la vista, como que precisamente en ella hay tan poco de misterio y soy tan franco en todos mis actos, me mortifica el que de mí se dude y se hagan suposiciones que no tienen más fundamento que el afán de broma de mis amigos.

***

El acento de Ricardo, á pesar de que quería revestirlo de cierta cómica gravedad á fin de que no se comprendiera todo lo que aquella conversación le mortificaba, advertíase sin embargo que era forzado.

Luis quiso llegar de otra manera al mismo fin que se proponía, y por medio de una habilidosa evolución, consiguió llevar la conversación á otro terreno.

Hablóse de viajes, de puntos de vista interesantes para él artista, y dijo de pronto:

—¿Tú has estado en Suiza?

—Sí,—contestó Ricardo sin ver el lazo que se le tendía.

—¿Cuándo estuviste?

—El año pasado.

—¡Pero hombre, entonces nos engañaste!—dijo Angelo.

—¡Yo!

—Sí, porque nos dijiste que habías ido á Inglaterra y que habías visitado Irlanda y Escocia.

—Sí; pero también hice después una pequeña excursión á Berna y Basilea,—contestó Ricardo con voz ligeramente alterada.

—¡Ah! ¿conque estuviste en Berna?

—Sí, pero muy pocos días.

—En Austria, especialmente, por la parte de Bohemia y Hungría, hay perspectivas admirables,—dijo Luis.

—Sí, ya nos lo dijo Ricardo,—contestó Angelo, y tenemos proyectado varios amigos emprender un viaje artístico por esos países.

—¡Ah! ¿conque estuviste en Austria y no te se ocurrió ir á verme?

—Diré á usted, marqués; marché directamente á Praga y apenas si me detuve en Viena.

—¡Hombre! pero de todos modos...

—Tú debiste permanecer allí una buena temporada, porque trajiste apuntes numerosos.

—Sí, cerca de mes y medio.

—¿Y no saliste de Praga?

—Estuve por aquellas inmediaciones.

Luis estuvo haciendo diversas preguntas á Ricardo sobre alguno de los lugares que, según el viaje que decía, debiera haber pasado, y se convenció de que el joven no había estado por allí.

Sin embargo, se reservó esta observación, y la conversación volvió á generalizarse, hablándose de diferentes asuntos.

Cuando se separaron y Ricardo se encontró solo en su taller, no pudo menos de decir:

—¿Qué significa esta visita? ¿á qué ha venido este hombre y por qué ha hecho alguna de las indicaciones que tanto me han alarmado? Necesario es que Mercedes me dé alguna noticia.

Y efectivamente, aquel mismo día escribió á su amada una larga carta.

CAPITULO XL

Más indicios

Luis salió del estudio del pintor hondamente preocupado.

Las observaciones que había hecho, eran realmente abrumadoras.

—Es extraño,—decía,—que precisamente coincidan las excursiones de Ricardo con los viajes de mi hermana. ¡Si realmente Faustina acertará en sus suposiciones! Se conoce que para desorientar á sus amigos y para hacer perder la pista á todos, no dice jamás el punto dónde se dirige, é indudablemente cambia el itinerario, sabe Dios con qué objeto. No puedo creer que Mercedes haya olvidado de tal modo lo que se debe á sí misma y lo que debe á nuestro nombre. De todas maneras, yo necesito saber lo qué hace Ricardo. Por de pronto, voy á marchar á Berna y á Basilea. Yo sabré allí si ha estado, porque como precisamente mi hermana y el conde han veraneado allí, no me será difícil descubrir la verdad. Entretanto, aquí me dejaré á Muller, que es á propósito para lo que yo quiero.

Cinco ó seis días permaneció Luis en Roma, y durante el tiempo hizo que Muller, que era su criado favorito, fuese con diversos pretextos y á horas distintas al taller de Ricardo, á fin de que le conociera perfectamente.

Pero no tuvo en cuenta una cosa.

Que si bien Muller conseguía conocer perfectamente al pintor, éste también á su vez conocía admirablemente á la persona, á la que según se puede comprender, pretendía el marqués dar la comisión de que espiara al pintor.

Cuando Luis creyó tenerlo todo bien preparado, dijo:

—Ahora ya conozco por los amigos de Ricardo la vida aparente que aquí lleva. Seguro estoy de que ellos mismos en cuantas ocasiones sea necesario han de decirme lo que quiero; por lo tanto, puedo marcharme con la seguridad de que tengo el terreno tan bien preparado, que poco he de poder ó descubriré ese secreto que tanto se empeña en guardar Ricardo.

* * *

Muller, era un alemán que hacía bastante tiempo tenía á su servicio el marqués.

Habíale conocido cuando estuvo agregado á la embajada.

Era un agente de policía que se hallaba al servicio de la embajada, y el joven había tenido ocasión de estudiarle detenidamente y de apreciar las excelentes condiciones que poseía para el cargo que desempeñaba.

Sin embargo, Muller no estaba satisfecho con su destino.

Las intrigas, quizás la falta de buenas recomendaciones, ó tal vez la propia desgracia, habían hecho que no fuese atendido en la proporción que merecía, estaba postergado y más de una vez había mostrado propósitos de retirarse del servicio.

El marqués comprendió lo muchísimo que podía servirle

aquel hombre, le hizo sus proposiciones, se entendieron, y desde aquel momento Muller entró á formar parte de la servidumbre del marqués y en breve espacio se ganó su confianza.

Porque Muller conocía gran número de historias de personajes muy importantes, de nobilísimas damas y de altos dignatarios, historias que puestas á disposición de su señor, sirvieron á éste admirablemente en distintas ocasiones.

Como hemos dicho, Muller tenía toda la confianza del marqués, y á éste decidió confiarle la misión de vigilar al pintor.

*
* *

Así resuelto, dijo un día á su favorito:

—Muller, prepárame lo necesario para estar seis ú ocho días fuera.

—¡Cómo, señor! ¿nos marchamos tan pronto?

—Yo, sí.

—¿Y yo?

—Tú te quedas en Roma.

Muller miró á su amo, no comprendiendo lo que éste quería decirle.

Hacía mucho tiempo que donde iba el marqués, él le acompañaba, y por lo tanto, le sorprendía aquella nueva resolución.

—Necesito que te quedes aquí y precisamente para eso es para lo que te quiero hablar.

—En ese caso ya es distinto. ¿Qué es lo que el señor quiere que haga?

—Tú ya conoces bien á Ricardo, ¿no es así?

—Me parece...

—Pues vas á convertirte en su sombra, ¿comprendes?

—¡Ya! Usted desea saber todo lo que hace.

—Justamente; y dónde va.

—En ese caso, puede usted irse descuidado, que sabrá todo cuanto necesita.

—Te advierto que yo estaré aquí dentro de ocho ó diez días.

—Lo que haya hecho en ese espacio, lo sabrá usted por completo. ¿Sabe él que yo me quedo aquí?

—No.

—Mejor que mejor, porque de ese modo, creyendo que está solo, obrará con la mayor libertad.

—Por esa razón no he querido decirle nada. No estando prevenido, ha de serte mucho más fácil conseguir nuestro objeto.

—Pues vuelvo á repetir á usted que á su regreso se encontrará con un diario exacto de cuanto ese hombre haya podido hacer. Ahora hablemos de otra cosa, señor.

—¿De qué?

—¿A usted le interesa mucho saber todo lo que hace ese caballero?

—Me parece que cuando este encargo te doy...

—Pues en ese caso, yo creo que lo más conveniente sería que viéramos de crearnos en la casa un auxiliar.

—No por cierto, por ningún estilo.

—¿Por qué?

—Porque esa sería la manera de que él se enterara de lo que yo no quiero que se entere.

—¡Oh! según y cómo se hiciera.

—De todos modos, créeme que no es conveniente intentarlo. Si Ricardo tiene algo que ocultar, tú has de comprender que los criados que tenga han de ser personas de toda su

confianza; buscar medios de ganar á éstos, lo veo muy difícil; en su consecuencia, créeme y no intentes siquiera hacer semejante cosa.

—Está bien, está bien; esté usted seguro que no lo intentaré siquiera.

*
* *

Luis, después de estas instrucciones, marchó como había dicho.

Ricardo, profundamente disgustado con aquella visita y conocedor como era del carácter del marqués, comprendió que tenía necesidad de redoblar todos sus precauciones.

Cuando supo su marcha, se dijo:

—Este hombre, es muy fácil que me tienda algún lazo, y quizás esta marcha tenga ese objeto; estemos prevenidos por lo que pueda suceder.

Y cuando á los dos días de haberse marchado el marqués, se dirigió según costumbre á ver á su hijo, afectando que nada veía, no perdía de vista, sin embargo, todas aquellas personas que le parecían sospechosas.

—El marqués no ha venido aquí á humo de pajas, como se dice vulgarmente; alguna intención ha traído, y si se ha marchado, es muy fácil que haya dejado á alguien el encargo de vigilarme. Pero ese alguien ¿quién puede ser? Esto es lo difícil de averiguar, y precisamente lo que me obliga á no omitir precauciones de ningún género.

Muller, no comprendía ni podía presumir tampoco que el pintor sospechara de él.

La misma confianza que su amo había tenido, la tenía él también, y siguiendo lo prometido, convertido en sombra de Ricardo, el primer día que le vió salir á la campiña romana, dijo:

—Vamos, hoy podremos saber alguna cosa, porque lo que es en estos dos días, maldito lo que hemos adelantado.

Y aun cuando muy á lo largo, fué siguiendo á Ricardo.

Este, desconfiando de todo, una vez que llegó á terreno desde donde su vista podía distinguir perfectamente si alguien le seguía, volvióse rápidamente, y tan imprevisto fué su movimiento, y tan difícil también el que Muller se pudiera ocultar, que el joven exclamó en seguida:

—Me parece que aquella fisonomía no me es desconocida; ¿qué quiere decir esto?

Y volviendo rápidamente hacia atrás, fué á tropezarse con Muller, que aun cuando quiso evitar su encuentro, no le fué posible hacerlo.

El criado del marqués maldijo su torpeza; pero el caso fué, que no tuvo más remedio que sufrir las consecuencias de ella.

*
* *

El joven fué aproximándose hacia él.

Muller, procuró disimular, fingiendo que estaba mirando algunas plantas.

Pero Ricardo que deseaba justificar sus sospechas, dijo sorprendido:

—¡Caramba! señor Muller, ¿usted aquí?

—Muy buenas tardes, señor don Ricardo,—exclamó el alemán haciendo esfuerzos para disimular su contrariedad.

—¿Es acaso que no se ha marchado el marqués?—insistió el pintor.

—Sí, señor, se marchó; pero yo no me encontraba muy bien, y no tuve otro remedio que detenerme un par de días.

—¡Ah! vamos, no ha sido más que un retraso momentáneo.

—Nada más.

—¿De modo que el marqués le esperará á usted?...

—En Niza,—se apresuró á contestar Muller.

—¿En Niza?

—Sí, señor; allí es donde hemos quedado en vernos, y precisamente si me encuentro mejor, mañana ó pasado me iré allá.

—Pues me alegraré que encuentre usted á su amo sin novedad, y dígale que á ver si á su regreso, se detiene más tiempo aquí que ha hecho ahora.

—¡Ya lo creo que se lo diré! y esté usted seguro que á serle posible, aquí se ha de parar algunos días.

—Vamos, señor Muller; mucho me alegraré que se mejore, y si algo se le ocurre, ya sabe dónde puede dirigirse.

—Mil gracias, señor.

CAPITULO XLI

Donde se ve que Luis fué más afortunado que Muller

Ricardo volvió á entrar en Roma, murmurando:

—Este hombre se ha quedado aquí para espiarme, ahora si que ya no puedo tener duda alguna; es preciso vivir muy prevenido. ¿Pero quién puede habernos hecho traición? Porque aquí es indudable que algo sospecha el marqués, y para que sospeche, es lógico que alguien le haya dicho algo, ¿pero quién puede haber sido? ¿Y cómo le digo yo á Mercedes lo que pasa? su disgusto sería grande y la inquietud que había de experimentar, tal vez contribuyera á descubrir lo que por ningún estilo conviene que sepa. Por de-pronto, no es conveniente que vaya á ver á mi hijo.

Y Ricardo profundamente preocupado, se dirigió á su casa.

Al día siguiente, se dispuso á salir á la calle, diciendo:

—Si ese hombre se ha quedado aquí para espiarme, es

indudable que no renunciará á sus pesquisas. Lo único que hará tal vez será disfrazarse para evitar el ser reconocido. El ha dicho que se marchaba hoy ó mañana si se encontraba bien; pero esto, indudablemente ha sido para desorientarme.

Y sobre aviso ya, cuando salió á la calle, tuvo buen cuidado de observar cuantas personas le parecieron sospechosas.

Cuando regresó á su casa, llevaba la íntima convicción de que era espiado.

Porque efectivamente, la suposición del pintor había sido exacta.

Muller, razonó de idéntico modo que había creído Ricardo.

Cuando se separó del pintor la tarde anterior, dijo:

—Parece imposible que haya yo cometido una estupidez tan grande. Si se lo digo al marqués de fijo que no querrá creer que he servido en la policía, y que tanto nombre tenía por mi sagacidad y por mis habilidades. No ocurrírseme que debía haberme disfrazado. Imposible creo, yo mismo que soy el culpable, que haya podido olvidar eso que al más inocente de mis compañeros, se le habría ocurrido desde el primer momento. Es necesario evitar para lo sucesivo, semejantes percances.

Y efectivamente, cuando al día inmediato trató de ponerse en persecución del pintor, una barba, una peluca y unos anteojos, le pusieron en disposición de afrontar la mirada escrutadora del joven.

Sin embargo, éste, como hemos dicho, prevenido ya, reparó atentamente todas las personas que le iban siguiendo.

Para esto entró en diferentes tiendas y al salir, se fijó en las personas que había en uno y otro lado de la calle.

Merced á esto, observó la peluca gris y la barba de Muller, y cuando dos ó tres veces tropezó con aquel personaje, murmuró:

—Ya tenemos al individuo.

Y desde entonces, anduvo por Roma, al objeto de disimular.

*
* *

Entretanto él marqués había llegado á Berna.

Conocía demasiado la población y no vaciló en dirigirse al Hotel de Inglaterra, que era el más importante.

Una vez instalado en él, preguntó al camarero:

—Dime, ¿ha sido en este hotel donde estuvo el año pasado, el señor conde de Almarza?

Quedóse pensativo el camarero, y Luis prosiguió:

—Un caballero español, acompañado de una joven.

—¡Ah! sí, señor; ya recuerdo.

—¿Estuvo?

—Ocupaban aquellas habitaciones que dan á la plaza. Era un caballero que parecía estar algo enfermo.

—Justamente.

—Le acompañaban dos criados.

—Sí, sí.

—La señorita me parece que no era hija suya.

—Es el mismo.

—¿Es acaso pariente del señor marqués?

—No; pero sabía que había de venir aquí y por cierto, que debía haberme reunido con ellos en este sitio.

—Aquí estuvieron una buena temporada.

—¿Recuerdas si paraba en este mismo hotel otro caballero español?

—Sí, señor; un general con su esposa y dos niños.

—No, no; este no era general ni estaba casado. Es un pintor.

—Pintor español... No, no, señor. El año pasado ya le diré á usted los españoles que hubo.

*
* *

El camarero se dirigió al despacho y á los pocos momentos volvió, diciendo:

—Lo que le había dicho á usted; no hubo más que el señor conde, el banquero, don Jaime de los Ríos, el general Vargas y la marquesa de Santa María.

—A todos les conozco.

—Pintores sí, hemos tenido aquí algunos franceses y alemanes.

—Y dime, ¿la señorita salía sola con frecuencia?

—No, señor; la acompañaba generalmente un criado anciano ya, que me parece que era el ayuda de cámara del señor conde.

—¿Y no sabes dónde se dirigía?

—No, señor; como comprenderá el señor marqués ni la señorita nos había de dar cuenta de los sitios donde iba, ni nosotros se lo habíamos de preguntar tampoco.

—¡Oh! ya lo comprendo; pero á veces, hablando...

—Si la señorita creo que ya había estado aquí otras veces.

—Puede. Y dime, ¿recuerdas las visitas que recibían?

—Muy pocas. Precisamente como que ya sabe el señor marqués, que en estos establecimientos todo se comenta, á todos nos sorprendía la vida tan retraída que llevaban. Unicamente se trataban con el general, que era el que estuvo aquí por ese mismo tiempo

—¿Y no salía la señorita con la esposa del general?

—¡Oh! eso, sí, señor.

—¿De modo que no tenía otras visitas?...

—Yo por mi parte no recuerdo haber visto á nadie aquí.

—Algún joven con el pelo negro, buen mozo...

—No, no, señor.

—Vamos, pues entonces me engañarían.

—¿Acaso le habían dicho al señor marqués?...

—Sí, me habían hecho alguna indicación sobre eso y deseaba justificarla.

—Pues ya puede usted asegurar que no es cierto, por la razón que le he dicho. Nosotros mismos lo habíamos extrañado.

*
* *

Luis no desmayó por este primer contratiempo.

Por de pronto ya sabía el sitio donde estuvo el conde y su hermana, y que ésta salía con el criado del conde, que indudablemente sería Ruperto.

Al día siguiente empezó sus pesquisas por otra parte.

Comenzó á recorrer hoteles, preguntando si el año anterior había estado allí un pintor español, llamado Ricardo Santoyo.

En ninguno le dieron razón

Ya comenzaba á perder la esperanza, cuando en una de las fondas de segundo orden, le dijeron:

—Pintor español, no, señor; aquí estuvo un pintor francés Mr. Aubertin.

—¿Qué señas tenía?

—Pelo negro y barba; un caballero muy guapo y muy amable. Quería entrañablemente á su hijo.

—¡Ah! ¿era casado Mr. Aubertin?

—Viudo, señor, viudo hacía poco tiempo. El niño tenía unos dos años ó poco más.

—¿De modo que llevaba consigo á su hijo?

—Y le quería entrañablemente. No puede usted imaginarse los extremos que hacía con él.

—¿Pero no le acompañaba ningún criado, ni camarera para llevar el niño?

—No, señor; nadie. El solo cuidaba á la criatura, se conoce que no debería estar muy sobrado de fondos.

—Vamos, pues entonces no es el que yo digo.

—Naturalmente, usted pregunta por un español y éste ya le he dicho que era francés.

—¡Oh! eso no es una razón. A veces se oculta el nombre.

—Aquí no había ocultación alguna. Era francés y bien francés. Precisamente habían también aquí otros franceses que le conocían de París.

—En ese caso...

—Por eso le digo que no existía ocultación de ningún género. ¡Bueno es el dueño de este hotel para que le engañe nadie! Estamos muy escarmentados porque algunos refugiados políticos nos habían causado más de un disgusto.

—Lo creo.

—Tal vez la persona que usted busca estuviese en algún otro hotel.

—Ya veremos.

*
* *

Luis estaba desorientado.

Y ya se iba á marchar para seguir sus pesquisas por otra parte, cuando de pronto se le ocurrió preguntar:

—Y diga usted, ese pintor francés, ese Mr. Aubertin, ¿recibía algunas visitas?

—Calle usted,—repuso la señora á quien se dirigía, que

era la que regentaba el hotel.—Ahora me hace usted caer en una cosa.

—¿Qué?

—Que la única visita que tenía era la de una señora.

—¿Española?

—No, señor; francesa.

—¡Francesa! ¿Está usted bien segura?

—¡Ya lo creo! Y muy linda por cierto. Era parienta suya, según me dijo.

—Esa señora ¿era rubia?

—Como el oro. No he visto un rubio tan precioso como el de sus cabellos. Después su carácter, una amabilidad...

—Era joven ¿eh?

—Tendría unos veinte años.

—¿Y venía sola?

—¡Ya lo creo! como que estaba casada.

—¡Casada!

—Sí, señor; vivían aquí cerca de la ciudad en una preciosa casita de su propiedad.

—Pero su esposo...

—¡Oh! ¡pobre señor! Estaba imposibilitado hacía ya bastante tiempo, y su joven esposa le cuidaba con un afecto que encantaba.

—Es decir, que usted tuvo ocasión de tratarla.

—Yo, no, señor; pero así lo decía Mr. Aubertin que algunas veces iba á su casa.

—¡Ya! ¿Y el niño?

—Siempre se lo llevaba con él. No le dejaba un solo instante. La señora le quería tanto...

—Me lo figuro. Y ¿recuerda usted cómo se llamaba esa señora?

—Herminia. Un nombre tan bonito como su rostro, porque le digo á usted que era un ángel.

—Vamos, decididamente no son los que yo me figuraba.

Y el marqués dió por terminada su visita á aquel hotel.

*
* *

¿Había creído positivamente que los personajes que le había indicado la señora que estaba al frente del hotel, fuesen los que ella decía?

Por ningún estilo.

Cuando salió de allí, murmuró:

—Aquí hay algo tan extraño, que más no puede ser. Faustina ha tenido razón desde el principio. Ahora deploro el poco cuidado que presté á este asunto. Es indudable que mi hermana no ha venido aquí á humo de pajas; ese pintor francés con un niño y visitándole una joven cuyas señas coinciden en un todo con las de mi hermana, llama mi atención. ¿Sería posible que Mercedes hubiese olvidado hasta ese extremo?... No puede ser; puede haber coincidencias en el parecido, porque hartos estamos de ver personas que se parecen de un modo extraordinario.

Y el marqués, cada vez más preocupado, cada vez más sombrío, llegó á su hotel, se dejó caer sobre una silla y comenzó á repasar en su imaginación cuanto había oído así respecto á su hermana cuanto á lo que le habían contado de aquel pintor francés.

—Pelo negro y barba tiene Ricardo,—decía,—pero ese niño que tanto acariciaba esa joven que iba á verle, rubia como un querubín y con los ojos azules ¿quién es? ¿dónde está ese niño? ¿Cómo se explica que de tan corta edad lo lleve consigo su padre, sin una mujer que le acompañe? La dueña del hotel ha dicho que lo creía pobre, y Ricardo está rico. Puede llevar no digo yo un criado sino todos los que le fueran nece-

sarios. ¿Y por qué no podría ser también efectivamente un francés como demuestra su nombre? Realmente no sé por qué me he de preocupar de esta manera.

Y el marqués trató de desechar aquellas ideas que le mortificaban.

Pero no lo pudo conseguir.

Las visitas de aquella joven, aquel niño, las salidas de su hermana acompañada por el criado del conde, todo esto se reunía en su pensamiento, concluyendo por decir:

—Muller, debe haber descubierto alguna cosa en Roma. Es un sabueso demasiado fino, y estoy seguro que sus noticias han de ser interesantes. Si realmente Mr. Aubertin es Ricardo y ese niño está en su poder, en algún sitio debe tenerle oculto; y él ha de ir á verle. En ese caso, Muller debe saberlo ya. Nada, nada, mañana mismo á Roma y salgamos de dudas de una vez.

CAPITULO XLII

La carta de Faustina

MULLER estaba disgustado porque nada nuevo podía comunicar á su señor.

El no comprendía que su juego había sido descubierto, y que puesto ya en guardia Ricardo, no cometía ninguna imprudencia que le pudiera comprometer.

El pintor, acostumbraba todos los días á ver á su hijo.

Pero desde que en la campiña de Roma sorprendió á Muller y presumió que éste se había quedado en la ciudad para espiarle, no quiso ya dar paso alguno que le pudiera poner en evidencia.

Mas como tampoco era posible que permaneciese todo el tiempo que aquella situación se prolongara sin ver á su hijo, formó el plan de ir á verle á horas en que juzgó completamente imposible que su espía pudiese sospechar que salía de Roma.

Efectivamente, Muller se retiraba al hotel en que vivía, después de asegurarse que Ricardo estaba ya recogido.

Con esto contaba el pintor.

A las cuatro de la mañana salía sigilosamente de su casa, ganaba la campiña, y á las seis estaba ya en casa de la nodriza.

Allí pasaba una hora, y á las nueve regresaba á su taller, sin que nadie se hubiese apercibido de su salida.

Muller, que sabía muy bien que el pintor no se levantaba hasta las diez ó las once, comenzaba entonces su espionaje, que no daba el resultado apetecido como fácilmente se puede comprender.

Visitas á los museos, paseos con sus amigos, sesiones en su estudio ó en el palacio de alguna ilustre dama que quería poseer algún retrato hecho por el célebre pintor, fué todo lo que el alemán pudo descubrir, llenando con esto las páginas del diario que llevaba para presentar á su amo cuando regresara.

Ricardo, á pesar de los disfraces, conocía á Muller, y se sonreía diciendo:

—Sí, sí, anda que poco has de descubrir.

* * *

Por fin llegó el marqués.

Ansioso como llegaba de las noticias que había de comunicarle su criado, no pudo menos de asombrarse al oirle:

—Nada, señor; si ese hombre tiene algún secreto, que lo dudo, debe tenerlo en su casa, porque fuera de allí, aquí en este diario encontrará usted día por día todos los pasos que ha dado.

—¡Qué estás diciendo!—exclamó Luis frunciendo el entrecejo.

—La verdad; usted mismo se podrá convencer con solo fijar la vista en ese cuaderno.

—Vamos, si no has descubierto nada, es menester convenir que anduviste bastante torpe.

Y lleno de ira, cogió el marqués el cuaderno que le ofrecía Muller, y se puso á hojearle.

El pobre alemán estaba completamente confundido.

—Señor,—dijo,—puede usted creer que hice cuanto de mi parte estuvo para satisfacer los deseos de usted, y no es mía la culpa, si, como le he dicho, nada he descubierto.

—¿Pues de quién ha de ser entonces?

—Me parece que ahí está bien detallado todo cuanto ha hecho el pintor.

—Aquí lo que estoy observando es una cosa,—dijo Luis mirando los papeles.

—¿Qué? señor.

—Que el primer día te sorprendió en la campiña, y desde entonces no ha vuelto á salir á paseo, porque supongo que de paseo iría esa tarde.

—Sí, señor.

—¿Y no te se ha ocurrido encontrar muy extraño el que no haya vuelto á salir de Roma?

—¡Ya lo creo! y para inspirarle confianza, desde el día siguiente, me disfracé á fin de que aun cuando me viese, no me pudiese reconocer.

—Pero el caso es que no ha vuelto á salir.

—¿Cómo quería usted que saliese, si como ahí le indico, está tan ocupado?

* * *

El marqués se mordió los labios lleno de despecho.

También aquella última esperanza le quedaba defraudada.

Al día siguiente se presentó en el estudio del pintor.

Pero antes de ir á verle había escrito á Faustina una carta, diciéndole que procurase con destreza interrogar á Ruperto, á fin de saber si él había acompañado en Berna, á Mercedes, cuándo salía, y dónde iban.

También la excitaba de nuevo para que observara si recibía alguna carta y ver si encontraba algún fragmento que pudiera darles algún indicio.

Ricardo demostró demasiada alegría al ver al marqués, para que éste dejara de comprender que en ella había algo de fingimiento.

—No creí que tan pronto regresara usted,—le dijo el pintor.

—Ahora Niza tiene muy poco de agradable,—dijo Luis.

—¿Y qué tal el bueno de Muller?—preguntó Ricardo, que estaba en todo.

—Bien,—contestó Luis, que en aquel momento no recordó lo que había leído en la primera página del diario de su criado.

—¿No estaba malo?

—No.

—¡Cómo! si á mí me dijo que se había tenido que quedar aquí por encontrarse un poco indispuesto el día en que usted se marchó.

—Es verdad,—repuso Luis, contrariado por el descuido que cometiera;—pero como fué una cosa tan insignificante, maldito si me recordaba de ello. Y ahora que recuerdo, sí, me dijo que te había encontrado no sé por dónde.

—En el campo. Había yo salido, cosa rara en mí, porque no tengo tiempo para nada, y al regresar á la ciudad tropecé con él.

—A los dos días de haberme yo marchado, fué á reunirse conmigo.

—Sí, eso me dijo, que pensaba salir al siguiente día.

*
* *

El marqués procuró durante los días que estuvo en Roma, ver si conseguía descubrir algo, ya fuera por medio de los amigos de Ricardo, ya por sus diligencias particulares.

Pero no le fué posible conseguir lo que pretendía.

Un día que se hallaban reunidos varios pintores italianos y españoles en el estudio de Ricardo, preguntó el marqués:

—Señores: ¿conocen ustedes á un pintor francés que se llama Mr. Aubertin?

—¡Aubertin!—exclamaron algunos,—no, no recuerdo que de ese nombre haya ningún pintor.

Ricardo no pudo menos de inmutarse.

El marqués advirtió esa impresión que el joven trató de disimular, diciendo en seguida y con la mayor naturalidad:

—No, es que no existe ningún pintor francés de ese nombre. Podrá haber algún aficionado que se llame así; pero yo que los conozco á todos, estoy seguro que Aubertin no es pintor conocido:

Aquel día, Ricardo escribió á Mercedes una larga carta, en la cual le hablaba de este incidente.

También el marqués volvió á escribir otra á Faustina, encargándola, que fuera del modo que quisiera procurase nombrar delante de su señorita á un Mr. Aubertin, aplicando este nombre á quien le diera la gana, y que estudiara el efecto que á Mercedes le producía.

*
* *

Pocos días después, el marqués anunciaba á Ricardo su regreso á Viena.

—Pero marqués,—le dijo el joven,—¿tan pocos atractivos ofrece para usted, esto, que quiere dejarnos tan pronto?

—Es indispensable.

—Yo creí que ahora hubiera usted permanecido á nuestro lado una larga temporada.

—También yo lo creía; pero en la embajada reclaman mi presencia, y no tengo más remedio que obedecer.

—Pero una vez que ha inaugurado usted estas visitas, yo me atrevería á suplicarle que las repitiera más á menudo.

—Ya veremos. ¿Y tú cuándo vas á España?

—¡Oh! me parece que todavía tardaré,—contestó Ricardo, sonriendo.

—Tu madre debe estar ansiosa de abrazarte.

—Y yo también, marqués; pero los trabajos que tengo aquí emprendidos no me permiten alejarme de Roma ni un momento.

—Pues lo siento que no te vayas, porque quizás te hubiera dado algún encargo.

—Y yo siento no poderle servir; pero ya le digo á usted que por ahora, y me parece que en mucho tiempo también, no podré marchar.

Dos días después, el marqués salía de Roma acompañado de Muller y murmurando con acento que no hubiera parecido nada tránquilizador á Ricardo si lo hubiera escuchado:

—Quizás si yo vuelvo, no sea buena señal para alguno.

CAPITULO XLIII

Seguimos tratando de lo mismo

A pesar de que con la marcha del marqués y de Muller parecía que debiera haberse quedado completamente tranquilo Ricardo, no sucedió así.

Ni aflojó en ninguna de las precauciones que había adoptado, ni cesó de escribir á su amada encargándola sobre todo, que destruyera inmediatamente todas sus cartas, y que procurase evitar que por nadie fuera sorprendido su secreto.

Faustina, había recibido las cartas de Luis, y un día aprovechando la primera ocasión que se le presentó para hablar con Ruperto, fué llevando la conversación hasta el punto que deseaba y le dijo:

—Con usted sería sin duda con quien saldría la señorita cuando estuvieron allí en Suiza.

—Sí, ¿con quién querías que saliera?

—Por eso lo he dicho.

—Y por cierto, que nos dábamos unos paseos... Ya se ve, como ella es joven...

—¡Ya lo creo! ¿Y dónde iban ustedes?

—Pero ¡qué curiosa eres, muchacha!

—Es natural, pues si daría yo cualquier cosa por acompañar á la señorita en esas expediciones.

—Hay cosas muy bonitas en todos esos sitios.

—¿Y usted iba con la señorita á todos ellos?

—¿No te lo he dicho ya?

—Diga usted, señor Ruperto; ¿había unos palacios muy grandes?

—Hermosos edificios, sí; buenos paseos.

—¿Y también iba usted á ellos?

—También.

—Lo que no habrá, de fijo, será unas iglesias tan buenas como las de Zaragoza.

—Eso ni pensarlo ni imaginarlo siquiera. Precisamente cuando se trataba de ir á esos sitios, es cuando más trabajo me costaba el seguir á la señorita.

—¿De veras?

—Como que eran los únicos en que yo no entraba. Había una iglesia especialmente que le había tomado una antipatía extraordinaria, y parecía por lo mismo, que era la que más prefería la señorita.

—Eso sucede siempre. ¡Pues vaya unos malos ratos que pasaría usted!

—¡Oh! yo no, porque la estaba esperando allí en la puerta.

—No serían largas las esperas.

—Vaya. Yo no sé qué diablos quería copiar la señorita en su album, que á veces tenía que estar allí, más de una hora de plantón.

—¿Y cómo se llamaba la iglesia?

—¡Huy! ¡no pides tú poco! No me acuerdo, porque tenía un nombre más revesado...

* * *

Aquella misma tarde, escribía Faustina al marqués una carta donde le contaba la conversación que había tenido con Ruperto, extendiéndose en todo lo referente á la iglesia en cuestión.

Cuando Luis recibió aquella carta, consultó la guía que tenía de Berna, y vió que había una iglesia que tenía dos puertas que daban á calles distintas.

Después consultó un plano de la ciudad, y vió que precisamente á muy corta distancia de una de aquellas puertas se hallaba el hotel donde, según le dijeron, había estado aquel pintor francés Mr. Aubertin.

Entonces se dió una palmada en la frente y exclamó:

—Hé aquí explicadas las visitas de la joven rubia al pintor. Vamos, ya encontramos aquí algo que puede darnos alguna luz. Que siga Faustina de esta manera, y no sé por qué me figuro que vamos á encontrar la clave del enigma.

Bien ajena estaba Mercedes de todo cuanto respecto á ella se fraguaba.

Las cartas de Ricardo, habían llamado su atención de un modo extraordinario.

Aquella visita de su hermano la inquietaba.

El espionaje de que el pintor la hablaba, la hacía estremecer.

No quiso decir nada á Marcos para evitarse alguna de aquellas frases que el honrado mayordomo lanzaba en són de censura y no tuvo otro remedio que sufrir sola, sus inquietudes y sus tormentos.

Había ocasiones en que los presentimientos más horribles la torturaban.

Trataba de desecharlos; pero con mayor violencia la acometían y esperaba ansiosa las cartas de su amado, para experimentar algún alivio.

¡Con cuánto afán ansiaba llegar á la mayor edad, para poner término á aquella situación, que cada día que iba pasando hacía más terrible!

Lo que no podía comprender era quién podía haberle dado á su hermano noticias respecto á ella.

Porque del mismo modo que Ricardo, presumía que Luis sabía algo, mejor dicho, algo sospechaba y lo que pretendía era justificar sus sospechas.

¿Quién había hecho que éstas nacieran?

Ella procuraba recordar si alguno la había visto en aquellas excursiones periódicas; pero estaba segura que de tal modo las habían llevado y tales precauciones adoptaron, que era imposible que nadie les hubiera sorprendido.

Y sin embargo, casualidad no era ya todo lo que Ricardo la decía, referente á su hermano.

Este obraba ya con prevención, y si por entonces habían podido burlar sus pesquisas ¿podría seguir haciéndolo en lo sucesivo?

Esto era lo que inquietaba á Mercedes y sin cesar estaba trabajando su pensamiento á fin de ver si recordaba quién podía haber dicho á su hermano algo referente á sus amores.

*
* *

El marqués esperaba á su vez lleno de impaciencia, una carta de Faustina que aclarase todas sus dudas.

Después de lo que le había dicho respecto á la contestación que Ruperto con la mayor inocencia la había dado, an-

siaba la llegada del correo porque tenía gran confianza en los indicios que la infiel doncella podía prestarle.

Por fin recibió esa carta que le hizo estremecer de alegría.

Decía así:

«Señor marqués:

»Hoy sí que me parece haber descubierto algo.

»Ayer vino Marcos de Zaragoza ya casi cuando nos íbamos á acostar.

»Nunca había venido tan tarde; pero dió como razón el mal estado de los caminos, y efectivamente que el de la estación aquí está muy malo.

»Inmediatamente que llegó entró en las habitaciones de la señorita, y á pesar de toda mi diligencia no pude escuchar ni una sola palabra de las que cambiaron entre sí.

»Cuando Marcos salió del cuarto de la señorita, yo, según la costumbre, entré para ayudarla á desnudarse.

»Pero me despidió diciéndome que no tenía sueño todavía, que me acostara porque iba á ponerse á leer un libro que Marcos había traído de Zaragoza, el cual lo tiene allí sobre una mesa.

»Traté de hacerla alguna observación respecto á lo tarde que era, y me contestó con sequedad que me fuese á dormir que ella ya sabía lo qué hacía.

»Como que cuando la señorita toma ese aspecto no hay otro medio que obedecer, me marché, procurando, sin embargo, no perderla de vista.

»Pero todo fué inútil.

»Con el pretexto de buscar una cosa en mi cuarto entró, con el propósito de ver si me había acostado.

»No tuve otro remedio que hacerlo así, y cuando ya me vió en cama, entonces se marchó.

»Era imposible que me levantase para ver lo que hacía; pero como usted sabe, mi cuarto está cerca del suyo y pude oir rumor de papeles que si bien podían ser las hojas del libro, al volverlas, también podían ser, como realmente eran, las hojas de papel de la carta que Marcos le había dado.

»Porque ahora ya no tengo duda que Marcos va á Zaragoza á recoger las cartas.

»Hoy, apenas me levanté, entré en el cuarto de la señorita.

»El mismo olor á papel quemado que en otras ocasiones la he advertido, parecía como que se había quedado dentro de aquella habitación herméticamente cerrada.

»La señorita dormía profundamente.

»Se comprendía que debió acostarse muy tarde, porque las dos bujías de los candeleros estaban completamente gastadas.

»La chimenea estaba abierta y un pequeño montón de cenizas en uno de los extremos, demostraban que se habían quemado papeles.

»Insensiblemente me aproximé á la chimenea.

»La señorita seguía durmiendo.

»Un objeto llamó mi atención entre el negro montón formado por las pavesas.

»Cogerle, salir inmediatamente y sin hacer ruido, del aposento, y leer lo que aquel pedazo de papel decía, fué para mí obra de un momento.

»Era un pedazo de sobre, sin duda.

»Para otros, quizás, las dos solas frases y estas incompletas por el modo con que estaba roto, resultarían indescifrables.

»Yo creo haberlas acertado.

»En la parte superior del papel se veían estas palabras: *ista;* y en la inferior en letras más grandes, *agoza.*

»No sé por qué en el momento que las ví, compuse todo el sobre.

»Allí debía decir indudablemente «Lista de correos, Zaragoza.» ¿No le parece?

»Ahora ya los tenemos seguros, si mis sospechas son exactas.

»Mañana pretextando una enfermedad, prepararé el terreno para marchar á Zaragoza á que me vea un médico de allí.

»Mi padre me acompañará, y la carta primera que llegue, si como me figuro va dirigida á Marcos, quedará en nuestro poder.

»Ya ve usted, señor marqués, como le sirve su afectísima

Faustina.»

CAPITULO XLIV

Mercedes descubre el juego

Al día siguiente de haber escrito Faustina la carta que han visto nuestros lectores, siguiendo el plan que se había trazado, empezó á quejarse de unos dolores en el corazón, que la impedían ocuparse de los quehaceres propios de su cargo.

Mercedes la ordenó que estuviera quieta y que fuese á ver al médico.

Faustina salió de la casa y apresuradamente se dirigió á la de su padre, donde encontró la carta del marqués en que la decía que bajo un pretexto cualquiera, pronunciase delante de su señorita el nombre de Mr. Aubertin.

El encargo era difícil de cumplir; pero la joven no vaciló, y regresó á su casa después de haber ido á la del médico, el cual no encontró nada de grave en su estado.

La carta que Mercedes había recibido y quemado el día anterior y á la cual hacía referencia la que Faustina escribió

al marqués, había producido en la joven una impresión sumamente dolorosa.

Ricardo la decía en ella el regreso de Luis, sus visitas, y finalmente la pregunta hecha tan á quemaropa respecto á si conocía, él ó sus amigos, á un pintor francés llamado monsieur Aubertin.

Este nombre era muy conocido de Mercedes y como era consiguiente, había de aumentar sus inquietudes de un modo extraordinario.

¿Era la casualidad la que había puesto á Luis sobre aquella pista, ó respondía todo ello á un plan seguido con una perseverancia y una firmeza qne podían augurar grandes males para lo porvenir?

Pensando en esto había pasado la joven gran parte de la noche, como pudo apreciar Faustina al ver completamente consumidas las bujías, y se acostó rendida, tanto por el sueño como por la fatiga que la produjera la extraordinaria labor que estuvo haciendo su pensamiento.

Al día inmediato, cuando se despertó, su mirada se dirigió inmediatamente á la chimenea donde estaban las pavesas de la carta de Ricardo; las vió allí, las recogió arrojándolas en el cubo del lavabo y algo más tranquila ya, púsose á pensar en su situación.

En esos momentos entró Faustina y la habló de su extraña afección; la ordenó que fuese á ver al médico, y entonces pudo ponerse á reflexionar á sus anchas, como se dice vulgarmente.

* * *

De sus reflexiones sacó en consecuencia que la situación era grave y que á todo trance debía ponérsele un remedio.

Este no podía ser otro que hacer público su casamiento con Ricardo, casamiento verificado un año antes, rompiendo por todo y evitar así las persecuciones del marqués.

Este se pondría furioso, la increparía duramente; pero como después de todo, no tenía derecho alguno sobre ella, y ante los hechos consumados no podía hacer otra cosa que resignarse, aun cuando cortaran sus relaciones y se produjera el escándalo consiguiente á esto, era preferible á una situación como la que atravesaban.

De esta decisión quiso hacer partícipe á Marcos y le envió á llamar.

El mayordomo acudió á las habitaciones de su señora.

Esta, una vez que se hubo asegurado de que nadie podía escucharles, dijo:

—¿Sabes para lo qué te he llamado?

—La señora baronesa me lo dirá sin duda, porque yo no he presumido hasta ahora de adivino.

—Es menester que escribas hoy mismo á tu hijo y le propongas el plan que te voy á exponer. No sé por quién ni de qué manera, ha llegado mi hermano á saber alguna cosa.

—Como que así debía suceder,—repuso el mayordomo. —En este mundo lo que no se hace es lo que no se sabe; pero aquello que se hace, y mucho más si se hace mal, tenga usted presente que más tarde ó más temprano se descubre.

—Mira, Marcos, ahora ya no es ocasión de hacer reproches ni de dirigir censuras respecto á hechos que ya no tienen remedio; lo único que tenemos que hacer, es buscar la manera de remediarlos.

—Difícil es, señorita.

—Óyeme, y verás si pueden remediarse ó no.

Entonces lo joven dijo al mayordomo lo que había pensado y lo único que en su concepto podía despejar la situación.

El anciano escuchó atentamente lo que decía Mercedes; frunció más de una vez el entrecejo durante su relato, y, cuando hubo concluido, exclamó:

—¡Válgame Dios, y qué serie de desgracias ha traído la ligereza de un momento!

—¿Encuentras acaso algún otro medio para salvar esa situación?—le preguntó la joven.

—¿Y usted cree, señorita, que de ese modo la salva?

—Cuando menos nos ponemos á cubierto de cierta clase de peligros. No habrá ya necesidad de que nos ocultemos como si hubiésemos cometido algún crimen y yo podré tener á mi lado á mi hijo.

—Pero acaso olvida usted que necesita el permiso de su tutor.

—¿Y tú crees que no lo obtendré? ¿crees que el conde no me lo dará?

—No lo sé; porque yo en su lugar,—prosiguió el mayordomo con firmeza,—esté usted segura, señorita, que no se lo daría.

—¿Por qué?

—Porque aquí se ha realizado un matrimonio desigual, y el señor conde faltaría á su deber si lo autorizara.

—Vamos, Marcos, calla, porque tienes un modo de ver las cosas que me llena de cólera.

—Ya sabe usted, señorita, que siempre las he visto lo mismo. Para mí, el honor de la casa es antes que todo.

—Pues bien; déjate ahora de todo eso, y haz lo que te digo.

—Siempre pensé mal de estos amores, y ¡quiera el cielo que no me engañe! pero el final, esté usted segura que ha de estar en armonía con la gravedad que entraña el acontecimiento.

*
* *

Las últimas palabras de Marcos aumentaron la inquietud de la joven.

Y cuando se quedó sola no pudo menos de romper á llorar, exclamando:

—¡Parece imposible que tanto me castigue el cielo por tan leve falta! Marcos que debía ser mi principal apoyo y mi único consuelo, parece como que se recrea en martirizarme. Suceda lo que quiera, todo es preferible á la situación en que me encuentro.

Después dando nuevo giro á sus ideas, exclamó:

—Pero ¿cómo ha podido Luis saber todo eso? ¿cómo ha podido encontrar analogía entre el pintor Aubertin y Ricardo? ¿quién ha podido darle indicios que han excitado sus sospechas obligándole á dar pasos para tratar de justificarlas? Yo veo aquí la mano de un traidor; pero ¿quién es? ¿dónde se esconde? ¿á cuál de los dos espía? ¿qué es lo que ha podido descubrir y qué lo que ha podido pensar para llegar á ese resultado?

Y preocupada por estas ideas estaba la joven cuando llegó Faustina de regreso de su expedición.

Precisamente había llegado al pueblo un mendigo que parecía extranjero, y ella le había visto pidiendo limosna á la puerta de una posada.

La sagaz muchacha encontró en aquel mendigo el pretexto para hacer la indicación que le decía el marqués.

—Vamos á ver: ¿qué te ha dicho el médico?—la preguntó Mercedes inmediatamente que la vió.

—No lo sé, señorita; porque crea usted que, ó el médico no me mira con interés, ó yo soy tonta de capirote.

—Más fácil es lo segundo que lo primero, Faustina. Tú sabes muy bien que Acebedo se interesa mucho por cuanto con esta casa se relaciona.

—Él podrá interesarse, no lo niego; pero ¡decir que no tengo nada, cuando yo sé perfectamente cómo me encuentro!

—Pero ¿te ha mandado alguna medicina?

—Eso sí, señora. Hace poco, cuando venía para acá, allí en la posada del Manquito había un mendigo francés que al oir que me estaba quejando hablando con la Marcela, dijo que su difunta había empezado con los mismos dolores que yo siento y que por no haber acudido inmediatamente desde el principio, murió á los dos años.

—¿Y tú das crédito á un mendigo, que tal vez ni aun haya entendido lo que tú decías?

—¡Ya lo creo! como que el pobre nos ha estado contando toda su vida, y le aseguro á usted que es bien digno de compasión.

—Las historias de toda esa gente, siempre tienen algo de interesante, pero muy poco de verdaderas. Dame, dame esas recetas, que vea lo que te ha mandado el médico.

—Lo que yo le digo á usted es, que ese señor Aubertin, como dice el mendigo que se llama, es una persona muy entendida.

—¿Qué has dicho?— preguntó Mercedes, que no había podido menos de alzar la cabeza vivamente al oir el nombre pronunciado por la doncella.

—Monsieur Aubertin, un pintor, según él dice que ha sido.

—¿Y es ese el mendigo de quien me hablabas?—preguntó Mercedes, cuya agitación era extraordinaria á pesar de los esfuerzos que hacía para contenerse.

—Sí, señora.

—Pues mira, Faustina,—dijo Mercedes al cabo de algunos momentos;—podías hacer una cosa

—Usted dirá, señorita.

—Anda á ver si encuentras á ese .. ¿cómo has dicho que se llamaba el mendigo?

—Aubertin, pintor.

—Bien, bien; ya me lo has dicho otra vez. Búscale y tráetele contigo, que si efectivamente es lo que dices, no merece el pobre hombre que le dejemos ir mendigando de esa manera.

Faustina no pudo menos de morderse los labios.

Estaba cogida.

Porque ni ella había hablado con el mendigo, ni sabía cómo se llamaba.

—El caso es que ahora no sé si estará ya en la posada.

—Pero en todo caso no andará lejos, y sobre todo, aquí en el pueblo no es difícil encontrar en seguida á una persona que se busca. Créete que me ha interesado mucho lo que me has dicho de ese hombre.

—También á mí me interesó mucho.

—Por eso digo que vayas á buscarle, porque si realmente es un pintor, nosotros le daríamos ocupación aquí en casa.

Faustina no tuvo más remedio que obedecer.

Salió del aposento de su señora, mientras ésta se dejaba caer abatida sobre una butaca, y exclamando:

—¡Ahora lo comprendo todo! Esta bribona es la que me ha hecho traición. Ella misma acaba de venderse. Lo malo es que se vende cuando ya no hay remedio ni se puede evitar el mal. ¡Y pensar que esta muchacha se ha criado conmigo, que

la he guardado tantas consideraciones, que la he tenido tanto cariño y, sin embargo, me paga de ese modo!

Y la joven rompió á llorar amargamente, porque la decepción que acababa de sufrir la hería más todavía que el mismo daño que la causaba la traición de Faustina.

CAPITULO XLV

La explosión

Lo que menos podía imaginarse la infiel doncella cuando abandonó la habitación de su señora, era que ésta supiese por la carta de que había hablado al marqués, la pregunta que éste había hecho á Ricardo respecto á aquel pintor francés de quien le habían hablado en Berna.

Quizás, á haberlo presumido, se habría abstenido de hacer alusión alguna.

Sin embargo, perpleja se encontraba respecto á lo que había de hacer, porque no sabía qué contestar á su señora.

Buscar aquel mendigo y conducirle allí, poniéndole antes en antecedentes y confiando su cooperación, era completamente imposible.

Faustina no era tan tonta que dejase de ver el peligro que había en hacer una cosa semejante.

En su consecuencia, para cortar por lo sano y para evitar-

se compromisos ulteriores, después de haber pasado un par de horas por la calle, regresó á su casa.

Mercedes continuaba en su habitación del mismo modo que la dejara Faustina.

La joven había sepultado la cabeza entre sus manos, buscando una idea salvadora para alejar de su lado á Faustina, sin que ésta pudiera comprender la verdadera causa que á ello le impulsaba.

Al ver á la doncella, la dijo:

—¿Has traído á ese hombre?

—Ha sido completamente imposible, señorita.

—¡Cómo! ¿no ha querido acompañarte?

—No, señora; es que se ha marchado del pueblo.

—¡Vaya una casualidad rara!—contestó con irónico acento Mercedes.—Le has visto hoy por la mañana, has hablado con él tan largamente, por lo visto, y cuando vas á buscarle ya no está en el pueblo. No me parece que debía hallarse á tan larga distancia si le hubieses buscado bien.

—Según me han dicho se ha ido en el carro del tío Pedro Urrea.

—¡Ya! En fin, ¡cómo ha de ser! él se lo ha perdido.

Y Mercedes no volvió á hablar más de aquel asunto.

Cuando concluyó de comer, salió según costumbre, á dar un paseo, pero en vez de salir al campo ó de dirigirse á la casa del conde que era donde por lo regular iba á recaer después de sus paseos, comenzó á recorrer el pueblo.

Marcos la acompañaba, y se sorprendía al escuchar las preguntas que solía hacer en algunas tiendas, en las posadas, etcétera.

Estas preguntas eran: si habían visto á un mendigo extranjero, que según sus noticias, estaba por la mañana en la posada del Manquito.

—Pero señorita,—la dijo Marcos, no pudiéndose contener más,—¿qué interés tiene usted por ese mendigo?

—Ya lo sabrás, Marcos, ya lo sabrás después. No puedes imaginarte todavía todo el interés que para mí tiene el encuentro de ese hombre.

*
* *

Por fin dieron con el mendigo en el momento que salía de la casa del cura.

Su aspecto y la dificultad con que hablaba el español, demostraron á la joven que aquél debía ser el mismo de quien Faustina le había hablado.

El mendigo apenas reparó en Mercedes, se acercó á ella.

Al verle Marcos, se volvió hacia su señorita, y la dijo:

—¿Será ese el hombre que usted busca?

—Me parece que sí.

—¿Quiere usted que le llame?

—No; es mucho mejor que él venga directamente. Mírale, parece que nos ha comprendido y él mismo viene á nuestro encuentro.

—¡Una limosna, señorita!—dijo chapurreando su demanda entre francés y español.

—¿Hace mucho que está usted en el pueblo?—le preguntó la joven sacando del portamonedas una peseta que entregó al mendigo.

—Llegué anoche.

—Es usted extranjero, por lo visto.

—Sí, señora; soy de Marsella.

—¿Cómo se llama usted?

—Domingo Richard, para servirla.

—¿No tiene usted ningún oficio?

—¡Oh! ninguno, señorita. Desde los acontecimientos de la *Comunne* quedé inútil para toda clase de servicios. Era soldado en el 125 de línea, y en Versalles quedé gravemente herido; curado más tarde, no tuve más remedio que emprender esta vida bien desgraciada por cierto.

—Pues lléguese usted de aquí á una hora á mi casa y le daré una limosna suficiente para que pueda usted seguir su camino. ¿Dónde piensa usted ir desde aquí?

—A Calatayud, para dirigirme desde allí á Madrid.

—Pues no olvide usted mi encargo. ¡Ah! se me olvidaba hacerle una pregunta.

—Diga usted.

—¿No estaba usted esta mañana en la posada del Manquito?

—Sí, señora; allí me han permitido pasar la noche en el pajar.

—¿No ha hablado usted con una joven que se detuvo en la puerta de la posada?

—Sí, señora; que dijo que estaba enferma.

—Justamente. Pues bien, no olvide mi encargo que no ha de saberle mal.

Y la joven en medio de la sorpresa de Marcos, emprendió el camino hacia su casa.

* * *

El buen mayordomo no comprendía lo que aquello significaba.

—Pero señorita,—dijo,—¿ha tenido usted en cuenta que estos mendigos nunca dicen la verdad, y especialmente estos extranjeros suelen ser unos bribones que allá en su país no pueden ya vivir y se vienen á merodear por aquí?

—Todo lo que tú quieras, Marcos; sé perfectamente cuánto me puedes decir; pero ese hombre, ahí donde tú le ves, me ha prestado un gran servicio, cuya importancia ni él ni nadie podrá apreciar lo suficiente.

—¿Qué dice usted?

—Ya te lo contaré en otra ocasión.

—¿Y cuando venga á casa, se le ha de socorrer?

—Sí; pero yo necesito hablar con él. Una cosa te he de encargar, Marcos.

—Usted dirá.

—Es preciso que tú estés á la puerta de casa y que evites el que vea Faustina ese hombre antes que yo.

El mayordomo fijó los asombrados ojos en su señora.

¿Qué significaba todo aquello?

¿Qué clase de misterio era el que iba envuelto en aquella cita, ni qué intervención era la que podía tener Faustina en semejante asunto?

Mercedes volvió á entrar en su casa, y una vez que estuvo en sus habitaciones, llamó á Faustina, y le preguntó:

—¿Has tomado ya la medicina que te recetó el médico?

—Sí, señora.

—¿Y cómo te encuentras?

—Parece que no estoy peor; pero de todas maneras, si la señorita quiere, desearía consultar con un médico de Zaragoza.

—Con todos los que tú quieras, porque precisamente dueña en absoluto eres de tu voluntad.

El acento con que la joven pronunció aquellas palabras, no dejó de llamar la atención de su interlocutora.

Pero Mercedes, cambiando súbitamente la conversación, dijo:

—¿A qué hora concluye tu padre de trabajar?

—Ahora á las siete ya estará en casa.

—Muy bien.

Y Mercedes se puso á escribir una carta, diciendo después á Faustina:

—Anda, dile á Juan que entre, y tú también vuelve aquí porque te necesito.

La doncella sorprendida, sin saber por qué, de todo lo que estaba viendo, salió de la estancia regresando al poco tiempo acompañada de Juan.

—Toma,—dijo á éste Mercedes, entregándole la carta que había escrito antes;—lleva esto á casa del padre de Faustina, y la dejas para que se la entreguen cuando vaya.

La doncella no pudo menos de estremecerse.

En aquel momento Marcos entró en el aposento, diciendo:

—Señorita, ahí está ese hombre.

*
* *

Faustina, sin poderse explicar la razón, se sintió llena de inquietud.

¿Qué quería decir aquello? ¿quién era aquel hombre?

—Que pase,—dijo Mercedes.

Salió Marcos, y Faustina se quedó mirando hacia la puerta como si aquel personaje desconocido pudiera ejercer alguna influencia en su destino.

Momentos después Marcos y el mendigo aparecían en la puerta.

—Pase usted, Mr. Aubertin,—dijo Mercedes dirigiéndose al mendigo.

—Richard, señora,—contestó el pobre hombre creyendo que se equivocaba Mercedes.

—¿No me habías dicho que el señor se llamaba Aubertin,

y que era un pintor francés?—preguntó Mercedes dirigiéndose á Faustina que se había quedado petrificada á la aparición del mendigo.

Este reparó á su vez en Faustina, y dijo:

—¡Ah! esta es la señora con quien hablé en la posada; pero yo no la dije que era pintor.

—¡Señorita!

—Nada, nada; tome usted,—prosiguió Mercedes dirigiéndose al mendigo;—que con esto ya tendrá bastante para proseguir su viaje.

Y la joven entregó un billete de diez duros al mendigo, que salió de la estancia haciendo toda clase de reverencias y pronunciando las más expresivas frases de gratitud.

CAPITULO XLVI

Venganza

FAUSTINA estaba temblando.

La tranquilidad de su señora acababa de desconcertarla.

Una vez que hubieron salido Marcos y el mendigo, se volvió Mercedes hacia su doncella, y la dijo:

—¿Podrás explicarme ahora que estamos solas, por qué le has dado á ese pobre hombre un nombre y una profesión que no tiene?

—¡Señorita!

—¿Podrás explicarme, por qué cuando te dije que fueses á buscarle, volvieras diciéndome que se había marchado del pueblo?

—Yo diré á usted... es que...

Y Faustina se detuvo porque realmente ni sabía qué decir ni cómo justificarse.

—Vamos, prosigue; alguna razón habrás tenido para todo

eso, porque yo no creo que te hayas inventado, porque sí únicamente, ese personaje.

—Yo no sé á quién le había oído nombrar á ese pintor, me parece que fué á Ricardo.

—¿Y qué?

—Y... vamos, señorita, que no sé cómo me dió la idea de decirla que ese mendigo era ese pintor.

—Pues no te comprendo; porque con todo eso que estás diciendo me justificas, no que no sabes lo que has hecho, sino que ignoras la manera de componer la falta que has cometido; que ni sé ni quiero saber tampoco la razón que te ha impulsado, ni á quién sirves haciendo todos estos embrollos.

—¡Oh! yo la juro...

—No jures nada; porque cuanto más digas ha de ser peor.

—Pero si ha sido una mala idea que se me ha ocurrido.

—Pues mira, para que no te se vuelvan á ocurrir semejantes ideas, ahora cuando venga tu padre te irás á tu casa, y así aprenderás á no gastar bromas de ese género con quien te había querido y te había tratado mucho mejor de lo que tú merecías.

—Pero...

—Lo que te he dicho. Marcos te dará lo que acredites y nada más.

*
* *

En este momento Marcos, que había dejado ya al mendigo en la calle, volvía á entrar en las habitaciones de su señora.

—¡Por Dios, señor Marcos!—dijo Faustina dirigiéndose al mayordomo;—suplico á usted que interponga su influencia con la señorita para que no me arroje de su casa.

—¡Yo!—exclamó el mayordomo mirando lleno de sorpresa así á Mercedes como á la doncella.

—No, si yo no soy quien te arroja de aquí, eres tú misma; es tu proceder, que no quiero calificar porque no conozco los móviles que te impulsan; pero sean los que quieran, ya sea por inocencia, ya sea por malicia, no me conviene que estés más en mi casa. Lo siento mucho por tu pobre padre que es un antiguo servidor honrado y muy bueno y que sé que va á tener un disgusto.

—¿Pero qué ha pasado?—dijo Marcos.

—Nada, Marcos; arréglale la cuenta á Faustina para cuando venga su padre, porque quiero que hoy mismo quede ya fuera de casa.

—Pero señorita, permítame usted que la diga que tanto rigor...

—Te probará únicamente lo grave de la falta que has cometido.

Y fueron inútiles cuantas súplicas dirigió Faustina á su señora.

Poco después llegó el padre de Faustina y Mercedes le explicó lo ocurrido y la resolución que había tomado.

El pobre viejo reprendió severamente á su hija, y cuando salió de allí la dijo:

—Ya te había yo prevenido que esa correspondencia que seguías con el señor marqués, había de tener mal resultado.

—Calle usted, padre, que al freir será el reir. Puede que algún día se arrepienta la señorita de lo que ha hecho.

—Por de pronto quien paga las consecuencias somos nosotros.

—El señor marqués nos compensará con creces cuanto perdemos hoy.

—Milagro será. En fin, tú lo has hecho y ya verás cómo sales del compromiso.

*
* *

Al día siguiente, Faustina acompañada de su madre se dirigió á Zaragoza.

Quería cuanto antes estar allí para ir al correo.

—¿No estaba,—la dijo á su madre,—el hijo de la tía Tiburcia de cartero aquí en Zaragoza?

—Sí; ¿pero qué tienes tú que ver con eso?

—Ya veremos si tengo que ver ó no.

Y la joven una vez que estuvo en la ciudad fué al correo y se enteró de dónde vivía el cartero que buscaba.

Conocidas las señas de su casa, Faustina sin decir á su madre lo que pensaba, se dirigió á ella.

Carmelo Rodríguez, que así se llamaba el mozo, cuando vió á su prima, la dijo lleno de alegría:

—¡Caramba, muchacha! ¿tú en Zaragoza? Y pues, ¿cómo es esto?

—Yo te diré: tenía necesidad de venir á ver á un médico y he aprovechado la ocasión para verte y para que me hagas un favor.

—Si es cosa que depende de mí, ya lo sabes. ¿Y tu padre y tu madre?

—Mi madre ha venido conmigo; pero mi padre está allá en el pueblo trabajando como siempre.

—Pero muchacha, ¿sabes que estás muy guapa?

—Así lo dicen.

—Y es verdad. Conque, vamos á ver que es lo que tú quieres de mí.

—Casi nada: que me recojas una carta que ha de venir á la lista si no ha venido ya.

—Vendrá á tu nombre, por supuesto.

—No.

—Pues ¿entonces?

—Viene al de Marcos Santoyo.

—¡Ya! Algún trapicheo ¿eh?

—Pues.

Y Faustina procuró hacer creer á su primo aquella farsa, á fin de que no sospechase otra cosa peor.

—Cuidado con andar metida en ciertos belenes, Faustina, porque á veces los señores comprometen á los criados.

—¡Oh! no, no; no se trata de mis señores; es otra cosa muy distinta.

—Yo te digo esto por tu bien; ¿comprendes tú?

—Sí; te lo agradezco. ¿Conque lo harás?

—¡Pues no que no! si la carta ha llegado la tendrás esta noche; y si no, en cuanto llegue y el mayor haga la distribución, la recogeré.

*
* *

—Pero muchacha,—decía á Faustina algunas horas después la madre que, como sabemos, había ido acompañándola; —¿tú has pensado bien lo que pretendes?

—¿Por qué me dice usted eso, madre?

—¡Toma! porque está muy mal hecho eso de sacar las cartas que no vienen para uno.

—Y con eso ¿qué me quiere usted decir?

—Que el pobre de tu primo va á correr un gran compromiso por servirte.

—¡Toma! y él lo corre muy á gusto, con tal de que sea para mí.

—Sí; pero si le quitan el destino ó lo meten en la cárcel que todo pudiera ser...

—¡Quiá, madre, quiá! Carmelo no es ningún tonto y ya sabe él muy bien lo que hace.

La madre de Faustina, como sucede generalmente con las gentes del pueblo, cuyos hijos han recibido una educación superior á la suya, contentóse con hacer un gesto de mal humor, y no se atrevió á decir nada más.

Como Faustina esperaba, su primo la llevó la carta recibida aquel mismo día.

—Vamos, muchacha,—la dijo,—aquí está la carta que ha llegado para el señor Marcos.

Por los ojos de Faustina pasó algo tan extraordinario, que su primo no pudo menos de decirla:

—¡Otra! pues no te alegra poco esa *cartica*.

—Más de lo que tú te figuras,—contestó la joven;—y ahora sólo me resta encargarte una cosa.

—¿Qué?

—Que de esto ni una palabra á nadie; ¿lo entiendes?

—¡Vaya si lo entiendo! ¿te crees acaso que soy ningún tonto? como si no supiera yo el compromiso que arrostro, desde el momento que he tomado esa carta. Lo bueno es que, como vienen tantas, el mayor al hacer la distribución no se ha fijado en ello. Pero vamos á ver, ¿y tú por qué tenías tanto interés con esa carta?

—Es cosa de mi señorita, y ya comprenderás, que no te lo puedo decir. Misterios que siempre hay en las casas de esos señores.

—Ya te entiendo, ya. ¿Y cuándo te vuelves al pueblo?

—No lo sé; es muy posible que me quede aquí en Zaragoza.

—¿De veras?—repuso el cartero con los ojos chispeantes de alegría.

—Todo es posible.

—¿Pero te pondrías á servir aquí?

—¡No que no! ¿acaso tengo yo ningún otro modo de vivir sino sirviendo?

—Pues si así ha de ser, y ha de ser para bien tuyo, pues cuanto antes.

*
* *

Faustina dió una porción de vueltas entre sus manos á aquella carta, diciendo cuando se hubo quedado sola:

—Tendría gusto en leer esta carta, porque indudablemente aquí debe venir algo muy bueno. ¿Y por qué no he de abrirla, vamos á ver, no soy yo, después de todo, la persona á quien esto se le debe? pues me parece que aun cuando así lo hiciera, en mi derecho estaría.

Sin embargo, Faustina, aun cuando la curiosidad era muy grande y realmente desde el momento en que había conocido la letra de Ricardo sus celos se habían despertado con mayor violencia, no se atrevió á romper el sobre.

Cogió la pluma, y escribió al marqués:

«Ahí tiene usted la carta que he conseguido recoger en el correo; carta dirigida á Marcos, y cuya letra es de su hijo.

»Me parece que sabrá usted apreciar como se debe, el compromiso que no sólo yo, sino los que me han ayudado para esto, hemos corrido para servirle.

»Si esa carta le sirve á usted para descubrir la verdad, yo quedaré satisfecha.

»Si no es así, usted me dirá lo qué debo hacer para lo sucesivo.»

Encerradas bajo un sobre las dos cartas, Faustina las envió á su destino.

—Anda, anda;—dijo en el momento en que echó la carta

en el buzón;—ahora si que se va á armar la gorda en cuanto el señor marqués se entere de la verdad.

Faustina se quedó en Zaragoza, como había dicho á su primo, porque demasiado comprendía que residir en Epila, era ya completamente imposible.

La mujer de Marcos, llegó á Zaragoza al día siguiente de aquel en que se había recibido la carta de Ricardo.

Como que ya sabían los días fijos en que las cartas habían de llegar, y á mayor abundamiento, Ricardo escribía directamente á su padre, anunciándole la llegada de la carta que dirigía á la lista, no podía quedarles duda alguna de que la habían de encontrar.

Pero por aquella vez la carta no figuraba en la lista.

La mujer de Marcos un tanto contrariada, se retiró del correo esperando al siguiente día por si era que la carta se había retrasado.

Pero como se comprende muy bien, tampoco al día siguiente llegó la carta; y finalmente, al cabo de dos días más, la pobre mujer hubo de regresar á Epila llena de inquietud.

CAPITULO XLVII

Zozobras

Viendo la tardanza de Petra, Mercedes había dicho á Marcos más de una vez:

—Dime, ¿no has tenido noticias de tu mujer?

—No, señora, y me sorprende, porque ya con hoy son cinco días los que hace que se marchó.

—¿Le habrá sucedido alguna cosa?

—No lo creo, porque de fijo que mi hermano me lo habría dicho.

—Pues es muy extraño.

Y sin que el uno ni la otra pudieran darse la razón, la verdad era que estaban inquietos y preocupados.

Y esta inquietud subió de punto cuando llegó Petra y vieron que no llevaba carta alguna.

—¡Oh! esto es que tiene alguna novedad mi hijo;—se apresuró á decir Mercedes.

—Me parece que no, señorita; porque si alguna novedad

tuviese el niño, al menos á nosotros nos lo habría dicho Ricardo.

—Es que comprenderá que me lo habíais de decir, y querrá evitarlo.

—No opino de esa manera.

—Pues entonces...

—No lo sé; el suceso es tan raro, mucho más, después de habernos avisado que había escrito, que no sé qué pensar.

La mayor inquietud reinaba entre aquellos tres personajes.

Mercedes se imaginaba, que ya fuera el niño, ya Ricardo, se habían puesto enfermos de repente, y esto era lo que motivaba aquel silencio.

En cambio Marcos, pensaba de distinto modo.

Su intranquilidad reconocía otra causa.

Más ceñudo y más sombrío que de ordinario, paseábase por sus habitaciones sin decir una palabra.

Petra, viéndole así, no pudo contenerse ya, y le dijo:

—¿Pero qué demonios tienes? ¿piensas estarte así toda la vida?

—Calla, mujer, calla, que lo que pasa es más grave de lo que tú crees.

—Pero vamos á ver, ¿qué es lo que pasa? que el chico quizás ande algo malucho, y espera ponerse mejor para escribir.

—No, mujer, no es eso.

* * *

Marcos pronunció estas palabras con una seguridad tal, que su mujer no pudo menos de mirarle sorprendida.

Para que su marido hablase de aquel modo, era indudable que algo sabía.

Así fué que le dijo:

—Oye, Marcos, ¿es que tú sabes alguna cosa?

—¿De qué?

—¡Toma! ¿pues de qué ha de ser? del chico.

—¡Tonta! ¿pues si yo lo supiera, no os lo habría dicho ya?

—Como dices eso...

—Porque me figuro que no es verdad que esté malo Ricardo.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres decir? ¿presumes que se habrá olvidado de la señorita?

—¡Ojalá! y no se hubiese acordado nunca.

—¡Marcos!

—Lo que oyes, mujer. Esos amores, como siempre te he dicho, tienen que traernos la desgracia, y quiera Dios que no la tengamos ya.

—¡Cállate, hombre, cállate! no parece sino que siempre quieres ponernos de mal humor con tus dichosos anuncios. Aquí no hay más sino lo que yo te digo, que el chico está malo, y nada más.

—Pero mujer, si estuviera malo, ¿crees que le hubiese faltado un amigo á quien decirle que nos escribiera? y si su gravedad era tan grande que ni aun eso podía decir; sus discípulos, sus criados, sus mismos amigos, ¿dejarán de saber dónde estamos? Aquí hay otra cosa, y esa es la que me asusta.

—¿Qué es?

—Cuidado con que se te escape decirle nada á la señorita.

—¡Quieres callar!

—Me temo, no sé por qué, que esa carta la han interceptado.

—¡Jesús! ¿Quién?

—No lo sé; pero yo te aseguro que mañana he de saber algo.

—¿Qué vas á hacer?

—Marcharme á Zaragoza, y desde allí ponerle un telegrama, diciéndole lo que hay, y que conteste telegráficamente también.

—Sí, sí, hazlo. También sería eso...

—La desgracia que yo siempre he estado temiendo.

—¡Puede que no, hombre, puede que no! La virgen del Pilar no querrá semejante cosa.

*
* *

Al día siguiente, Marcos tomó el tren y se marchó á Zaragoza.

Inmediatamente puso un telegrama á Ricardo, preguntándole si había escrito, y diciéndole que contestara a Zaragoza.

Lleno de impaciencia esperó el resultado.

La contestación no se hizo esperar. Con el carácter de urgente, envió Ricardo la respuesta, diciéndole el día que había escrito, y el en que debió recibirse la carta en Zaragoza.

Entonces ya no le quedó duda alguna á Marcos.

La carta, ó se había extraviado en el camino, ó había sido sustraída, bien en Roma, bien en Zaragoza.

El mayordomo de Mercedes se fué al Correo, hizo la reclamación; pero nadie supo darle razón de aquella carta.

Entonces, volvió á ponerle otro telegrama á su hijo, anunciándole que le escribía una carta certificada

En ésta le decía: que á pesar de sus diligencias, no había parecido la carta, que él creía que aquella carta había sido sustraída.

Que recordara todo lo que en ella decía, para juzgar la gravedad que semejante suceso podía tener, según las noticias que encerrara.

—Pero señor,—murmuraba el mayordomo, á la par que se dirigía á Epila,—¿de qué modo y por quién se puede haber sustraído esta carta? Nadie sabe que las cartas se dirigen aquí, porque, con toda idea, hago que vayan á Epila las que con nosotros se relacionan. No tiene remedio, esa carta donde la han quitado ha sido en Roma. Tal vez Ricardo las confía á alguno de sus dependientes, y nada más fácil que comprar á esta clase de personas cuando hay dinero para pagarlas. Será menester que yo le escriba en este sentido, á fin de evitar que vuelva á suceder una cosa semejante.

*
* *

Cuando llegó Marcos á Epila, Mercedes, que al saber su marcha creyó que había ido haber si había carta, se apresuró á preguntarle:

—¿Qué hay, Marcos?

—Nada, señorita.

—¡Ay! lo que te he dicho; ahora sí que comprendo que mi hijo está enfermo, ó quizás que...

Y la joven no se atrevió á concluir de formular su pensamiento.

—Nada, señorita, esté usted tranquila sobre ese particular, porque no es lo que usted se imagina.

—¿Cómo lo sabes? Eso quiere decir que tienes alguna noticia que no me quieres dar.

—No es eso, señorita; es que yo he reflexionado desde el primer momento, y veo otra cosa muy distinta.

—¿Qué quieres decir?

—En primer lugar, en estos momentos, esté usted segura que no hay novedad en ninguna de las personas que nos interesan.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he puesto un telegrama á Ricardo.

—¿Y ha contestado?

—Sí, señora.

—¿Y qué dice?

—Lo peor que podíamos saber.

—¡Cómo! ¿Y todavía dices que no tiene novedad mi hijo ni él?

—Y lo repito.

—¿Pues entonces?... explícate.

—Ricardo ha escrito la carta, como siempre.

—¿Y no ha llegado aquí?

—No, señora.

Mercedes miró sorprendida al mayordomo.

La mayor inquietud se retrató en su semblante.

Empezaba á adivinar.

—Acaba, Marcos; acaba de explicarte, porque ya no sé qué pensar.

—Pues bien, señorita; aquí lo que ha pasado, sin duda, es que esa carta ha sido interceptada.

—¡Dios mío!—exclamó la joven palideciendo.

—Esto es al menos lo que se desprende del telegrama de Ricardo.

—Pero ¿quién ha podido saber...?

—Lo ignoro; pero para mí es indudable que ha pasado lo que la digo.

—Tal vez se haya extraviado.

—¿Cómo no se ha extraviado ninguna, hasta ahora?

La joven, inclinó la cabeza, porque realmente al ser cierta la suposición de Marcos, podría encontrarse en un grave compromiso.

—¿Pero quién puede haber sustraído esta carta?—dijo.

—Eso es lo verdaderamente importante. El señor marqués se ha puesto sobre la pista, y milagro será...

—¿Entonces esa carta la habrán sustraído en Roma?

—Tal creo.

*
* *

De pronto, Mercedes se dió una palmada en la frente.

—No, no ha sido en Roma,—exclamó con acento de profunda convicción;—ha sido en Zaragoza.

—¡Cómo, señorita! ¿qué quiere usted decir?—preguntó Marcos mirando fijamente á la joven

—Lo que te digo: esa carta la han sustraído en Zaragoza.

—¿Pero quién? ¿Había alguien que supiera que las cartas que venían para usted, iban á mi nombre dirigidas á la lista?

—Responde, ¿cómo sabia Faustina que Aubertín era el nombre que...?

—¡Ah! Tiene usted razón,—exclamó Marcos;—¡torpe de mí que no había caído en ello!

—Faustina era el espía que mi hermano tenía en nuestra casa. Faustina se ha marchado á Zaragoza á servir, según ha dicho su padre, y Faustina ha sido la que ha sacado la carta del correo.

—Pero, señorita, ¿cómo se la habían de dar á ella?

—Yo no sé cómo ni de qué manera puede haber sido; pero no te quepa duda que todo esto es obra suya, en combinación con mi hermano.

—¡Oh! Pues si así es, yo le juro á usted que mañana mismo voy á Zaragoza, y no paro hasta que la encuentre.

—Harás muy mal, Marcos.

—¡Cómo! ¿quiere usted que así lo deje estar?

—Sí.

—Pero ¡por Dios, señorita!...

—Mira, Marcos; el mal ya está hecho, y porque tú increpes á Faustina, no se ha de mejorar ya la situación.

—Pero al menos la haré confesar su infamia.

—¿Y qué conseguirás con ello?

—¡Ya lo creo que conseguiré!

—Nada; créeme, déjalo, y esperemos los acontecimientos, haciendo acopio de la mayor serenidad posible. Hoy mismo escribiré yo á Ricardo, encargándole que redoble sus precauciones.

—¿Teme usted algo?

—¿Acaso tú estás tan tranquilo?

—Tiene usted razón. Ya sabe usted, señorita, que no he temido nada en este mundo, y, sin embargo, desde que he adquirido el convencimiento de la sustracción de esa carta, estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

CAPITULO XLVIII

La carta

El marqués no podía perdonar á Muller que se hubiese dejado engañar por Ricardo, hasta el extremo de no poder adquirir noticia alguna que justificara su sospecha.

Faustina le había escrito una carta participándole su salida de casa de Mercedes, por efecto de haber tocado la cuestión de Mr. Aubertin, siguiendo las instrucciones que él la diera.

—¿Tú ves?—decía el marqués á Muller hablándole respecto á aquella carta;—si no hubieses sido tan cándido habríamos descubierto algo, y no habría yo tenido necesidad de obligar á Faustina á que hiciera esta pregunta, privándome por esta causa de un auxiliar muy importante para mis planes.

—Pero señor, lo que se ha equivocado una vez, puede muy bien acertarse en otra; y como que ahora ya el señor marqués ha tenido la bondad de darme explicaciones, que antes no me dió...

—Ahora ya es tarde; se han puesto sobre aviso, y no conseguiríamos nada.

—¡Quién sabe!

—Es preciso que tengamos alguna otra prueba más poderosa. Unicamente de ese modo podríamos obrar.

—Pero el señor marqués debe tener presente que el pintor, al ver que nos hemos ausentado, habrá recobrado la tranquilidad y la confianza.

—¿Y qué?

—Que en su casa bien deberá tener alguna persona, con la cual sea fácil entenderse, mediante una paga más ó menos crecida.

—Si se tratara de una persona vulgar, no te diría que no.

—Desengáñese el señor marqués, que en ese terreno la mayoría de los hombres son vulgares. Todos tienen su debilidad respecto á alguna persona.

—Estás en un error si juzgas á Ricardo como á la generalidad. Todo lo que ha hecho hasta ahora está demostrando su superioridad.

—Sí; pero mire usted como al fin se ha descubierto.

—Es que no se ha descubierto él.

—Pues entonces...

—Le han descubierto los celos de una mujer. Si no hubiera sido por esto, estáte seguro que yo seguiría ignorándolo todo, y al fin habrían conseguido burlarse de mí.

*
* *

Y á la sola idea del ridículo que corría, el marqués á quien ahogaba el orgullo y que tenía la pretensión de creer que á él y sólo á él se le debía todo, reflejó en su semblante la indignación que le causaba el engaño de que se suponía víctima.

—Pues bien,—prosiguió Muller;—ahí tiene el señor marqués una prueba más de lo que antes le decía. Esa mujer ha sido precisamente la debilidad en que ha incurrido el pintor.

—No sé por qué.

—Muy sencillo: si tan en todo hubiese estado, como usted dice, habría procurado ir engañando esa muchacha á fin de evitar que se convirtiera en enemiga suyo. Ahí es donde le ha faltado la inteligencia, y las consecuencias son las que ha de tocar dentro de poco.

—No lo sé, ahora; habiendo ella salido de casa de mi hermana...

—Por eso he dicho al señor marqués que es necesario buscar alguna otra debilidad ó algún otro descuido, que indudablemente debe haber cometido ese pintor.

—No lo creo.

—En fin; si usted quiere que lo pongamos á la prueba...

—Ya veremos la contestación que da Faustina á la carta que la he escrito,

—Sí, ella seguirá ofreciendo lo que ya es imposible que pueda cumplir.

—La muchacha tiene mucha astucia, y ¡quién sabe lo que podrá adelantar!

—Si no está en la casa y quiere hacer algo, lo que conseguirá será empeorar la situación; porque cualquier cosa que intente ahora se volvería contra nosotros.

—Por eso la he dicho en mi carta que no haga nada sin consultarme; así veremos la conveniencia ó inconveniencia que hay en ejecutar lo que proponga.

—En fin, usted mismo; yo digo únicamente lo que me parece, siempre bajo el punto de vista del mayor beneficio para el señor marqués.

*
* *

Pocos días después recibía Luis la carta de Faustina, acompañándole la que su primo le entregara.

La carta de la doncella la conocen ya nuestros lectores.

El marqués la leyó rápidamente, y una exclamación de alegría se exhaló de sus labios.

—¡Oh! bien había yo hecho en esperar mucho de esa muchacha. Veamos esta carta.

Y sin miramiento alguno rompió el sobre de la carta de Ricardo.

En ella decía el pintor á Mercedes que su hijo continuaba sin novedad, más hermoso cada día, y esperando con ansiedad el próximo verano para volverla á ver.

Le ampliaba los detalles de la estancia del marqués en Roma, añadiéndole:

«No puedes imaginarte la vida que he pasado mientras tu hermano estuvo aquí, comprendiendo que estaba espiado incesantemente, y no queriéndome privar ni un solo día de ver á nuestro hijo.

»Para ello he tenido necesidad casi de no dormir.

»Salía de Roma á la madrugada para dirigirme á la casa del pobre Pietro, y la hora que empleaba en el camino, permitía que ya encontrase levantada á Giovanna y á su marido.

»Allí permanecía otra hora entregado á las caricias de mi hijo.

»¡Cuánto trabajo me costaba separarme de él!

»Puedes creer que aquella hora se pasaba hablándole constantemente de tí.

»De tí, que no te borras ni un solo instante de mi pensamiento.

»¡Cómo deseo que llegue el día en que poderte contemplar á mi lado para no separarme más de tí!

»Sólo falta ya año y medio para que cumplas la mayor edad.

»En ese espacio habré acabado de conquistar lo único que me resta, para tener el nombre que deseo.

»A tí, únicamente á tí lo deberé. Tú me has inspirado todos esos cuadros que tanto admira el mundo, y justo es que te dé con mi nombre lo que de derecho te pertenece.

»Hasta que ese caso llegue, no tenemos otro remedio que seguir ocultando nuestros amores como si se tratara de un crimen.

»¡Cómo ha de ser!

»Por mi parte, puedes estar segura que no omito diligencia de ninguna especie para evitar que nadie, pero absolutamente nadie, se entere de nada.

»Ni discípulos, ni amigos, y cuenta que los tengo de éstos, que son la discreción en persona, han podido saber nada.

»Y no es porque no hayan hecho toda clase de diligencias para descubrirlo.

»Algo sospechan, con mayor motivo al ver mis viajes periódicos; pero por mi parte, puedes estar segura que nada sabrán.

»Tú, ya estás prevenida; Faustina no merece tu confianza, y harás muy bien en alejarla de tu lado.

»Es menester seguir envolviendo en el misterio, como hasta ahora, nuestro amor, hasta el día que podamos mostrarle á la luz.»

* * *

El marqués leyó toda la carta, extrujándola al par que iba

eyendo y volviéndola á extender para poder seguir adelante.

Más de una vez una enérgica exclamación se exhaló de sus labios.

Su semblante estaba revelando todo lo amenazador de su cólera, y cuando terminó, dando un puñetazo sobre la mesa que tenía al alcance de su mano, exclamó:

—¡Ah, miserable! ¡Gracias al infierno que al fin tú mismo te has vendido! ¿Conque esperabais la mayor edad de mi hermana para hacerme tragar ese vergonzoso padrón de ignominia? Yo os juro que cara pagaréis vuestra infamia.

Y llamó á Muller, el cual se apresuró á presentarse.

—Es menester,—le dijo,—que lo prepares todo para marchar inmediatamente.

—Está bien.

—No te descuides.

—¿Dónde vamos, señor marqués?

—A Italia.

—¿Es decir que el señor está resuelto á que pongamos por obra el plan que antes propuse?

—No por cierto; tengo mucho algo mejor que eso.

Muller miró con asombrados ojos á su señor.

—Voy á castigar el crimen,—dijo secamente el marqués.

—¡El crimen!

—Sí, ya lo he descubierto.

—¿Que el señor ha descubierto lo que tanto interés tenían en ocultarle?...

—Sí, vuelvo á repetir; lo sé todo, y puesto que lo sé, quiero castigar con energía y sin contemplación de ningún género.

—Hará bien el señor.

—Cuento contigo, Muller, y ve á lo que te comprometes, porque ya te he dicho lo que quiero hacer.

—El señor marqués puede disponer de mí en absoluto. Tratándose del honor de mis señores, yo le considero como mío, y obedezco sin replicar cuanto se me ordene.

CAPITULO XLIX

Los primeros pasos

El marqués de la Florida, leyó de nuevo la carta de Ricardo.

Importábale mucho fijarse en los nombres de las personas que, según allí decía, tenían á su cargo el niño de su hermana.

—No ha de ser muy difícil encontrar la casa,—murmuraba el marqués.—A una hora de Roma, Giovanna y Pietro, no pueden ser personas tan desconocidas. Muller, que es un bribón de siete suelas, bajo ese aspecto bonachón é inocente, me los descubrirá y ya veremos lo que hago entonces. No quiero bastardos en mi familia. Es necesario que esa criatura desaparezca, así como he de quitar de en medio á su padre, y de este modo habré borrado esa mancha indigna.

Y se puso en camino acompañado de Muller.

Entretanto, Ricardo, puesto en alarma por el telegrama de su padre, por la carta de éste y con posterioridad por

la de Mercedes, encargó á Pietro la mayor vigilancia, y no una, sino dos veces al día, iba á ver á su hijo.

Sin tener un amigo á quien confiarse, ni un servidor en quien pudiera tener depositada su confianza, Ricardo tenía que hacerlo por sí mismo, y no pudo menos de estremecerse al ocurrírsele la idea de que si él caía enfermo ¿quién cuidaría entonces de su hijo?

—Es preciso que yo le separe de aquí;—dijo.

Y cuando aquel día fué á ver á Pietro, le dijo:

—Amigo mío, necesito de tí un nuevo favor.

—Diga usted, que ya sabe que lo mismo mi mujer que yo nos hallamos dispuestos á servirle.

—¿Tendrías inconveniente en alejaros de aquí?

—¡Cómo!—exclamó Giovanna mirando á su marido.

—No sé por qué; pero os aseguro que tengo miedo por mi hijo. Si me preguntáis las razones en que fundo ese temor, no os las podría dar; mas existe, y no estaré tranquilo mientras mi hijo permanezca en este sitio.

—Pero señor,—dijo Pietro,—¿quién quiere usted que entre en esta casa, cuando sabé que yo no me separo de ella y todo el mundo conoce el valor de Pietro?

—Sin embargo, si me creeis, como no dudo, no vacilaréis ese sacrificio que os pido.

—Pero bien; ¿dónde quiere el señor que nos vayamos?

—No lo sé; por el momento lo único que deseo es que me digáis si estáis dispuestos á marchar en el momento que os lo diga. Os facilitaré los fondos necesarios, y hasta si á mano viene, yo mismo iré con vosotros hasta dejaros instalados en el lugar que elija.

Los dos italianos se consultaron con la mirada, y después dijo Pietro:

—Nada, nada; cuando usted quiera y donde quiera, iremos.

—En ese caso, ya os avisaré el día en que hemos de marchar.

***

Y Ricardo escribió á Mercedes el proyecto que había formado, diciéndola que había elegido como residencia de Pietro y de su hijo, la ciudad de Barcelona, donde eran completamente desconocidos, y donde ella podría ir sin despertar sospechas de ningún género, acompañada por Marcos.

Precisamente, el día anterior al en que Ricardo formulaba este plan y se lo decía á Mercedes, habían llegado á Roma el marqués y Muller.

Una vez en la ciudad, Luis le dijo á su criado:

—Ahora ya estamos sobre el terreno; vamos á ver si das muestras de tu habilidad.

—El señor marqués no tiene más que decirme lo que desea, y ya verá si yo sé cumplir sus órdenes.

—En primer lugar, se trata de descubrir el paradero de un niño de tres años.

—¿No más que eso?

—Y después que se haya descubierto, es menester apoderarse de él.

Muller miró fijamente á su amo, y le dijo al cabo de algunos segundos.

—Ya comprenderá el señor marqués que para eso habrá necesidad de servirse de alguna otra persona.

—Las que juzgues conveniente.

—Y que eso siempre suele resultar bastante caro.

—Cueste lo que quiera.

—Entonces, estamos entendidos. Lo único que necesito es algún dato, que supongo me dará el señor marqués.

—Desde luego. Ese niño habita en una casa que está á una hora de Roma.

—¿Hacia qué parte?

—Si lo supiera, ya no tendríamos caso.

—Está bien. ¿Quién habita esa casa?

—Un hombre y una mujer llamados Pietro y Giovanna.

—¿Y el niño?

—Lo ignoro.

—Está bien; conocidos Pietro y Giovanna, no es fácil que á una misma distancia y con los mismos nombres, existan dos familias distintas.

—Conque á ponerte en campaña inmediatamente.

***

Muller, conocedor perfectamente de los lugares donde podía encontrar la gente que necesitaba, dirigióse en busca de los auxiliares que para la empresa proyectada le eran indispensables.

En el *Transtebere*, encontró cuanto le hacía falta.

Dió á los cuatro hombres que había contratado las instrucciones necesarias y cinco horas más tarde, le decía uno de ellos:

—*Padrone*, ya hemos dado con el *bambino* que buscáis.

—¿De veras?

—Llámanse sus padres Pietro y Giovanna.

—Esos son los nombres; pero el niño...

—¡Oh! el *bambino, e un angelo, mio caro padrone*. Se llama Ricardo.

—Ya será él,—murmuró Muller.—Acompáñame que quiero verle.

El bandido guió á Muller, y conforme éste iba aproxi-

mándose á la casa, recordó que precisamente por aquellos sitios fué por donde tuvo el encuentro con Ricardo, la tarde en que iba siguiéndole.

—Ahora lo comprendo,—murmuró el alemán.—El pintor debía venir á esa casa.

Y llegó á ella acompañado del bandido, estuvo inspeccionándola, y tuvo ocasión de ver al niño.

—Se parece al pintor,—dijo.—Vamos, no tiene duda, es el que buscamos.

Y comenzó á tomar informes en las casas más inmediatas, y le dijeron que habían observado que más de una vez entraba en aquella casa un caballero que solía pasar largas horas jugando con el niño.

Todos estos detalles eran preciosos para Muller.

En otra casa fueron más explícitos y dijeron que el caballero iba todos los días.

—¡Demonio!—pensó Muller,—si viene todos los días, no sé cuándo va á querer el señor marqués que robemos al muchacho. Si al menos supiéramos las horas á que viene...

Pero esto no pudo saberlo de cierto.

Le dijeron que le habían visto á horas distintas

***

Como se comprende bien, las indagaciones hechas por Muller, no pudieron llegar á dar lugar á sospecha de ningún género.

Era el bribón demasiado astuto, y sobradamente habilidoso para saber lo que quería sin preguntar de un modo directo.

Aquella noche cuando habló con su señor, le dijo:

—Todo lo tenemos ya.

—¡Cómo!

—Sí, señor. Ya sabemos dónde está el niño.

—¿De veras?

—¡Pues ya lo creo! fuera la primera vez que Muller no se saliera con la suya.

Y explicó á Luis el punto donde se hallaba la casa, las condiciones especiales de ésta y las personas que la habitaban.

—Ahora el señor marqués dirá lo que debemos hacer.

—Por de pronto es necesario no perder de vista la casa.

—Eso ya está dispuesto.

—Mañana á las altas horas de la noche, es preciso asaltar la vivienda de esa gente y apoderarse del muchacho.

—Hay que tener en cuenta que el tal Pietro, según todas las noticias, es un valiente.

—¿Y acaso los hombres con quienes cuentas, son algunos gallinas?

—No por cierto.

—Pues me parece que cuatro personas, tratándose de un hombre y de una mujer, no es fácil que encuentren gran resistencia.

—También lo creo yo así; pero si los cuatro hombres se están ocupando de Pietro y de Giovanna, ¿quién recoge el niño?

—Tú.

—¿Y qué he de hacer de él?

—Entregármelo.

—¡Ah! ¿es decir que el señor marqués será también de la partida?

—Sí, pero estaré á cien pasos de la casa, esperándote.

—Está muy bien.

—Lo que necesito es que me acompañes al sitio donde está la casa, á fin de que pueda orientarme para lo que he de hacer después.

—¡Oh! la situación no puede ser mejor. La casa está entre unos matorrales, dominando una gran llanura. La carretera pasa á un cuarto de legua de allí y sigue internándose por un pequeño bosque.

—Está bien; todo eso quiero yo verlo.

A la mañana siguiente, el marqués, acompañado de Muller, estuvo recorriendo todos aquellos alrededores y se convenció de que, efectivamente, el sitio no podía ser más á propósito para la empresa que trataba de acometer.

La carretera de que había hablado Muller, más que carretera, era un camino vecinal poco frecuentado, que llegaba hasta un pueblecillo inmediato.

El bosquecillo por donde cruzaba el camino, era considerado con cierto terror por aquellos campesinos, porque muchas veces había servido á los ladrones para desbalijar á los descuidados viajeros que por allí cruzaban.

El marqués siguió el camino adelante, cruzó el pueblo y volvió á internarse en la carretera, murmurando:

—Aquí estamos á dos leguas de Roma, y este es un magnífico sitio para lo que yo pienso.

Después dijo á Muller:

—Ahora, ya puedes dar á tu gente las instrucciones con arreglo al plan que te propuse ayer. Dos al hombre y dos á la mujer; atarlos bien, de modo que no puedan oponer resistencia alguna, y tú al chico.

—Está muy bien.

—Una cosa debo advertirte.

—¿Qué?

—Que esos hombres no se han de mover de la casa, mientras que tú no vayas á decírselo.

—¿Pero ha pensado el señor marqués que eso es muy expuesto, y que podría dar lugar?...

—A nada.

—Según y cuánto sea el tiempo que tengan que estar allí de centinela.

—Aunque tengan que estar todo el día de mañana.

—Ese es un servicio extraordinario que no está previsto en nuestro contrato.

—Por eso se les pagará más. La cuestión es que tengan bien atados al hombre y á la mujer, y dos de tus hombres bastan para vigilarles.

—¿Y los otros dos?

—Los otros pueden estar dispuestos para si alguien se aproximase á la casa, contestar sin excitar sospecha. La cuestión es que no se muevan de allí hasta que tú no vayas á decírselo.

—Está bien.

—Disponlo todo, porque preveo que esta noche y el día de mañana han de ser un tanto fatigosos.

Después de estas palabras, el marqués y su criado regresaron á Roma.

CAPITULO L

Rapto y duelo

El mismo día en que vamos hablando, Ricardo dijo á Pietro y á su mujer:

—Tenerlo todo dispuesto para mañana, porque vamos á marchar.

—Conque, ¿al fin se ha decidido usted, señor?

—Yo estaré más tranquilo y podré obrar con más independencia.

—¿Y vamos á ir muy lejos?

—Sí,—contestó lacónicamente el pintor.

—¿A Francia?—dijo Giovanna.

—No lo sé; cuando estemos de camino, elegiremos el lugar que nos agrade.

—¿Y durará mucho nuestra ausencia?

—¡Quién sabe! Es posible que estén ustedes allí año y medio, ó que á los quince días tengamos que cambiar de residencia.

—Pero ¿es que amenaza algún peligro á nuestro querido Ricardo?

—Sí. Pues si no fuese por eso, ¿creen ustedes que haría semejante cosa?

—¿Pero es posible que haya quien quiera tan mal á un ángel de Dios?

—Yo no sé si pueden quererle bien ó mal; pero el caso es que mi hijo está amenazado de un gran riesgo.

—¿Y no conoce usted á las personas que le amenazan?

—Sí.

—¡Oh! pues enemigo conocido...

—Ahí está el mal; que no sé la forma que puede tomar el peligro que amenaza á mi hijo.

—Ya puede usted comprender que nosotros le defenderíamos...

—Lo sé; pero eso no excusa la inquietud y el disgusto con que yo estaría constantemente. Ya ven ustedes que vengo dos veces al día, y esto les demostrará la intranquilidad que experimento y además la perturbación que ha introducido en mis trabajos.

—Es verdad.

—Por esta razón, sabiendo que están ustedes en lugar seguro, yo estoy más sereno y puedo atender á los compromisos de trabajo que hoy tengo pendientes.

—Pues nada, mañana como usted dice, podremos marchar. ¿A qué hora vendrá usted á buscarnos?

—A las once estén ustedes dispuestos.

* * *

Ricardo se alejó de la casa, bien ajeno de la desgracia que le aguardaba.

Sin embargo, todo el día estuvo lleno de inquietud, y cuando volvió por la tarde no acertaba á separarse de su hijo.

Parecía que el corazón le anunciaba que no le volvería á ver.

Hondamente preocupado regresó á Roma, y estuvo haciendo grandes esfuerzos para librarse de aquella extraña preocupación.

Muller dispuso conveniente sus hombres para la sorpresa proyectada.

Habíase reconocido perfectamente el terreno y no dudaba del éxito.

Armados y dispuestos de todo, rodearon los bandidos la casa de Pietro.

Con una destreza extraordinaria, Muller hizo saltar el cristal de una ventana que había en la planta baja, y bien pronto hubo en la madera un hueco suficiente para pasar su brazo y alzar el pestillo que la cerraba.

Hecho esto, los bandidos penetraron sin producir el más leve rumor dentro de la casa.

Pietro y su mujer dormían á pierna suelta.

El pequeño Ricardo estaba en su camita cerca de la que ocupaba el matrimonio.

Los bandidos penetraron de repente en la estancia.

Al ruido que produjeron despertaron los dos esposos; pero cada uno quedó sujeto en el acto antes que pudiera oponer la menor resistencia.

Entonces Muller cogió en sus brazos al niño que, sorprendido bruscamente en medio de su sueño, comenzó á gritar.

Muller procuró á fuerzas de caricias hacerle callar; pero viendo que así no conseguiría nada, recurrió á la amenaza que le dió un resultado más positivo.

Aterrado el niño calló por fin, y entonces el criado del marqués salió del aposento, diciendo á los bandidos:

—Ya sabéis lo que os he encargado. Cuando yo regrese entonces os marcharéis. Hasta entonces mucha prudencia.

Una vez fuera de la casa, echó á correr hasta el sitio donde le estaba esperando su amo.

* * *

El marqués hacía ya rato que miraba lleno de impaciencia hacia la casa, esperando escuchar algún rumor que le revelase la aproximación del momento deseado.

Conteniendo el fogoso corcel que montaba, murmuraba:

—El día se aproxima y va á ser un compromiso para mí esa criatura. Es menester que cuando amanezca me encuentre á dos leguas de aquí lo menos.

Y cuando vió llegar á Muller, le dijo:

—¡Gracias al diablo que has llegado! Creí que habíais sido tan torpes que errarais el golpe.

—Donde yo esté,—repuso con gran flema el alemán,—no se yerra nada. Aquí está el chiquillo.

—Venga.

Muller entregó la criatura á Luis, y éste acomodándola sobre la silla, dijo:

—No te alejes de aquí hasta que me veas. Estaré aquí poco después de amanecer.

—Muy bien, señor,—repuso Muller;—aquí esperaré.

Luis clavó las espuelas en los costados del corcel, y éste partió á galope.

El pobre niño trémulo de espanto, apenas si se atrevía á respirar.

Algunas veces, quiso pronunciar alguna palabra llamando á Pietro y á Giovanna.

Pero la ruda voz de Luis y algún apretón más violento obligábanle á callar inmediatamente.

Así transcurrió una hora.

El caballo en su rápida carrera, había salvado ya el pueblecillo que había al otro lado del bosque, y había entrado en otro camino de travesía.

En aquellos momentos comenzaba á amanecer.

El niño con el movimiento del caballo, entre el terror y el cansancio, habíase quedado dormido.

Cuando Luis se creyó bastante lejos de la casa de Pietro, murmuró:

—Vaya, me parece que este lugar es oportuno para dejar esta criatura por aquí. Se ha dormido,—prosiguió mirando al niño,—tanto mejor; esto podrá ahorrarme un concierto de lloros y de lamentos.

Y á la débil claridad del día, pudo distinguir las facciones de la tierna criatura, exclamando:

—¡Diablo! no puede negar de quien es hijo. Como se parece á Mercedes. Y pensar que si en mi ayuda no vienen los celos de esa miserable, nada habría podido saber. Con lágrimas de sangre ha de llorar Mercedes su liviandad, y el ridículo que pretendía hacer caer sobre mí. ¡Ea! fuera ya vacilación, y hagamos desaparecer esta prueba viviente de una deshonra que habría manchado para siempre nuestro honrado blasón.

Y refrenando el caballo, se detuvo, descendió de él, y llevando en sus brazos al niño que apenas si hizo movimiento alguno, se separó del camino, y le dejó sobre la yerba, deteniéndose á contemplarle algunos momentos.

Su dura fisonomía pareció conmoverse al contemplar el tranquilo sueño del niño, y la suavidad y pureza de sus facciones.

Pero esto fué de corta duración.

Volvióse bruscamente de espaldas á la criatura, y dijo:

—Lléveselo todo el demonio, con tal de que se salve nuestro nombre.

Y volvió á subir en el caballo, clavó las espuelas en sus costados, y le hizo emprender el mismo camino que había traído.

Era ya muy entrado el día, cuando el marqués se reunió con Muller.

El criado miró lleno de curiosidad á su señor.

La palidez de éste era extraordinaria.

Quizás el remordimiento por lo que había hecho, comenzaba á morder su corazón.

—¿Y el niño?—preguntó Muller.

—Ni te importa, ni vuelvas á preguntarme por él,—le contestó secamente su señor.

—Perdone usted, señor marqués.

—¿Ha habido alguna novedad por aquí?

—Ninguna.

—¿Dónde están tus hombres?

—En sus sitios, guardando á Pietro y á su mujer, que si así continúan ligados, me parece que cuando los soltemos no han de quedar buenos para nada.

—Mejor, con eso habrá dos menos que puedan hablar.

Muller no pudo menos de estremecerse.

Aquellas palabras del marqués, eran terribles.

Casi envolvían una especie de amenaza para él mismo.

—Vas á marchar á Roma inmediatamente,—dijo Luis, dirigiéndose al criado.

—Está bien, señor. ¿Y qué he de hacer?

—Recoge nuestro equipaje y llévalo á la estación, lo dejas allí y me esperas.

—Está bien.

—Si ves que no llego antes de la noche, entonces vete donde quieras.

—Pero...

—Lo dicho; si no voy á reunirme contigo, es que habré muerto.

—Pero señor marqués. ¿Usted sabe lo qué dice?

—Pues si no lo supiera, ¿crees que te lo diría, imbécil? ¡Obedece!

—Señor, una palabra antes de marcharme.

—Dí.

—¿Esos hombres han de estarse ahí toda la vida?

—Tienes razón. ¿A qué hora dices que suele venir el pintor á esta casa?

—Allá sobre las diez.

—Perfectamente. A esa hora ó antes, después que hayas despachado el encargo que te dí, vente por este sitio. Si yo he muerto, procura ponerte en salvo; si yo vivo ya veremos entonces lo que se ha de hacer.

—Pero permítame el señor marqués que le diga que no encuentro una razón para que de ese modo vaya á arriesgar su existencia.

—No te ocupes de eso.

—Es que teniendo en esa casa hombres á quienes importa un pepino la vida de uno de sus semejantes, todo se podría arreglar de una manera más conveniente y menos expuesta.

—¡Basta! Vete y haz lo que te he dicho.

Muller, inclinó la cabeza, y se alejó de su señor.

CAPITULO LI

Continuación del mismo asunto

Ricardo había pasado la noche con una inquietud extraordinaria.

Y deseó con impaciencia la llegada del día, para reunirse con su hijo y llevárselo lejos de Roma.

No podía definir la causa de sus temores, pero la verdad era que éstos iban aumentando de un modo fenomenal.

Así fué que con febril agitación, ocupóse desde las primeras horas de la mañana en hacer diversos preparativos, á fin de poder salir en el primer tren que se dirigiera á Civita-Vechia.

Habíase informado debidamente, y sabía que á la llegada del tren salía un vapor para Marsella.

Tomó los pasajes, hizo algunas compras de objetos indispensables para un viajero, mucho más saliendo como él salía de su casa, sin decir dónde iba; lo envió todo á la estación para recogerlo cuando llegase á ella, tomó un ligero almuerzo

y dispuso la hora en que había de ir á buscarle un carruaje á la casa de Pietro.

Hechos todos estos preparativos, dijo:

—Ahora me voy á ver á mi hijo; tengo todavía más de una hora antes de que llegue el carruaje, y al menos, ya no me separaré de él hasta que lleguemos á Barcelona. Seguro estoy de que lo mismo Giovanna que su marido, no llevarán consigo más que lo necesario; por esa misma razón, conviene que yo esté allí para hacerles alguna indicación sobre este particular, indicación que no caí en hacérsela ayer.

Y salió de Roma, dirigiéndose hacia la casa donde estaba su hijo.

—¡Vaya una extraña aprensión que siento!— murmuraba. —Cualquiera diría que me va á suceder alguna desgracia, y precisamente no veo un motivo para ello. Es verdad que está descubierto nuestro secreto; pero ni eso constituye un crimen tan grande, ni realmente encierra para mí un peligro tan inmediato.

*
* *

Pero á pesar de esto, la verdad era que el joven no conseguía recobrar su tranquilidad; que apresuraba el paso, y que conforme se iba aproximando á la casa de su hijo, le parecía que sus inquietudes se aumentaban.

Cerca estaba ya de la casa, cuando de repente y de entre un pequeño grupo de árboles que había á la derecha del camino, se adelantó hacia él un caballero que, con irónico acento le dijo:

—¡Caramba! ¡que temprano sale á recorrer la campiña romana, el ilustre pintor Ricardo Santoyo!

—¡El marqués!—exclamó el joven sorprendido ante la inesperada aparición de Luis.

—¡Diablo! ¡parece que te produce efecto mi encuentro!

—Ya se ve; ¡no ha de producírmelo!—contestó el pintor haciendo esfuerzos para recobrar su serenidad.—Lo que menos podía imaginarme, era que usted estuviese por aquí.

—Me lo figuro, porque de haberlo sabido, es posible que evitases venir por estos sitios.

Ricardo se estremeció.

Extraña le había parecido la presencia de Luis en aquel lugar, cerca de la casa donde estaba su hijo.

Esta aparición parecía envolver una amenaza, y la actitud provocativa en que el marqués se presentaba desde el primer momento, acababa de justificar aquel temor.

Si no hubiera sabido Ricardo que su carta estaba interceptada, aquel encuentro no habría podido achacarse sino á una de tantas casualidades que ocurren en la vida.

Pero desde el momento en que tenía aquellos antecedentes, lo mismo la presencia de Luis que sus palabras, revestían un mayor carácter de gravedad.

—Aquí está el peligro que el corazón me anunciaba,—pensó el joven desde el momento en que vió á Luis.

Pero no podía imaginarse las horribles formas bajo las cuales éste iba á presentar aquel peligro.

*
* *

—¿Hace mucho que está usted en Roma?—preguntó Ricardo, no sabiendo qué decir.

—El tiempo suficiente para poder apreciar hasta qué extremo llega la bajeza y la infamia de ciertas personas.

—¡Oh! para eso,—contestó Ricardo sonriéndose,—ó se necesita mucho, ó muy poco tiempo. Según y cómo se considere.

—Yo creo,—dijo Luis con voz breve,—que aquí no estamos para perder el tiempo.

—No comprendo.

—¿Sabes á lo qué he venido?

—Según usted mismo ha dicho, á adquirir el convencimiento de no sé qué cosa.

—De una infamia; ¿comprendes? Sin duda la palabreja escalda tus labios al pronunciarla, y por eso la evitas.

—Como no sé de lo qué se trata...

—¿De veras?—dijo Luis con irónico acento.—Conque, ¿tan ignorante estás? Ya veo que eres muy prudente ó muy desvergonzado.

Al escuchar este insulto palideció Ricardo.

Pero se contuvo, y dijo:

—¿Ya sabe el señor marqués el valor que tienen ciertas palabras?

—Por lo mismo que lo sé, te la he aplicado.

—¡Señor marqués!

—Y esto te probará que lo sé todo.

—Pero ¿qué sabe usted?—dijo Ricardo dando un paso hacia su interlocutor.

—Lo mismo que tú sabes, lo que no quiero repetirte, porque no quiero manchar mis labios con el relato de una liviandad inconcebible, y de una acción tan miserable y tan indigna como la tuya.

—Basta, señor marqués, empiezo á comprender ya el objeto de su venida.

—Pues mucho has tardado en comprenderlo.

—Es que hay cosas que á veces no se quieren comprender, porque de comprenderlas, podrían resultar dolorosamente afectadas, personas por quienes uno llegaría hasta dar su vida.

—Pues precisamente eso es lo que tú vas á hacer.

—¡Yo!

—Tú, sí; ¿no dices que estás dispuesto á dar tu vida por esa persona á quien no quieres disgustar?

—Sí, señor.

—Pues bien, yo vengo en busca de tu vida.

—¡Señor don Luis!

—Es inútil cuanto digas. He venido por tu vida, y ten por cierto que me la llevaré.

Y el marqués al decir estas palabras, sacó del bolsillo interior de su traje, un par de pistolas que mostró al joven, añadiendo:

—Aquí están las armas, y ten en cuenta que todavía te honro demasiado, haciéndote la merced de cruzar una bala contigo, cuando tengo el derecho de matarte como á un perro.

* * *

Este último insulto hizo que la palidez de Ricardo, acentuara su tinta.

El joven era valiente, y sin embargo, al ver ante sí al marqués, sentía un pavor extraordinario.

No era posible que él se batiera con el hermano de Mercedes.

La sangre derramada en aquel duelo, abriría un abismo entre él y la madre de su hijo.

Y sin embargo, la prueba á que tenía que sujetarse era horrorosa.

Conocía de sobra el carácter de Luis, y sabía que las provocaciones habrían de traspasar toda clase de límites.

Para resistirlas, era indispensable una mansedumbre de que él se consideraba incapaz.

Pero á pesar de esto, era preciso evitar que le cegase la cólera.

Se trataba del hermano de Mercedes, y un duelo con él era imposible.

Equivaldría á la pérdida del soñado bien.

Luis, muerto por él, sería un espectro pavoroso, que siempre se interpondría entre él y la madre de su hijo.

Todas estas reflexiones se le ocurrieron en un momento.

Por otra parte, Pietro y Giovanna le estaban esperando, y era menester que cuanto antes fuera á reunirse con ellos.

Luis, le contemplaba fijamente.

Una irónica sonrisa vagaba por sus labios, sonrisa bajo la cual se estaba viendo la cólera que rujía en el fondo de su pecho.

—Vamos,—dijo de repente,—tengo prisa,y uno de los dos hemos de quedar aquí.

—Permítame usted, señor marqués, que le haga observar que con lo que pretende, no evita ya el daño que yo soy el primero en deplorar, pero que ya no tiene remedio.

—¡Qué no tiene remedio, dices!—gritó Luis, exasperado,—¡que no tiene remedio la liviandad de una mujer y la felonía de un miserable como tú! Estás loco sin duda cuando dices semejante cosa. El remedio existe, y yo he comenzado á ponerle tan radicalmente, que no ha de quedar ni rastro siquiera de la infamia cometida.

—¡Qué quiere usted decir!

—Que tomes ese arma, y que dispares sobre mí sin miedo, porque te aseguro que yo no he de tenerte consideración alguna.

—Señor marqués,—dijo Ricardo, haciendo esfuerzos poderosos para contenerse,—ruego á usted que reflexione. Este

duelo es imposible, yo no puedo ni debo batirme con el hermano de Mercedes.

—¡Miserable! no pronuncies ese nombre siquiera. ¿Quién eres tú, inmundo criado de mi casa, hijo también de otro criado para pronunciar ese nombre con tan odiosa familiaridad? Si la liviandad de mi hermana te alentó para ello, yo la borraré lavándola con tu sangre aborrecida.

—Recuerde usted,—dijo Ricardo, apretando los puños, porque temía que llegara á faltarle la serenidad,—que yo salí hace mucho tiempo de la condición de criado, que con mi genio y con mi trabajo, me he creado un nombre, y he adquirido una fortuna; y que ese nombre si no es tan noble como el de usted, mejor dicho, si no tiene una ejecutoria de tan antiguo abolengo como la suya, la tiene en cambio sancionada por todo el mundo que repite mi nombre y que lo respeta.

—Pues yo borraré tu nombre con el plomo de mi pistola. ¡Ea! elige la que quieras y acabemos de una vez.

—¿Pero es posible que no haya reflexión, que...?

—Ninguna.

—Mire usted que su hermana...

—¡No pronuncies su nombre siquiera, terminemos!

—Pues bien,—repuso Ricardo, al cabo de algunos momentos,—ya que no puede evitarse lo que yo hubiese querido, permítame usted que despache una diligencia cerca de aquí; allí en aquella casa que se ve á lo lejos.

—¡Ya! donde está tu hijo, mejor dicho, donde estaba.

—¡Qué! ¡qué ha dicho usted!—exclamó vivamente Ricardo, en cuyo corazón había resonado el horrible golpe que acababa de darle el marqués.

CAPITULO LII

El triunfo del marqués

Ricardo miraba anhelosamente á Luis.

Este, cual si se recreara en el tormento que el joven estaba sufriendo, se sonreía sin contestarle.

—¡Por Dios, señor marqués! pronto, explíqueme usted esto que acaba de decir respecto á mí...

—¡Ah! conque esto te interesa. ¿Y te batirás después?

—Señor, mire usted...

—¿Te batirás, sí ó no?

—Pero ¿me explica usted lo que ha querido decir respecto á mi hijo?

—¡Insensato! ¿podías imaginarte que yo fuera á dejar tras de mí la prueba palpable de mi deshonra?

—¿Entonces?...

—Tu hijo... sabe Dios dónde se encontrará ahora.

—¡Oh! ¡miserable! ¡miserable!—gritó Ricardo precipitándose sobre el arma que le ofrecía su adversario.

Pero después rechazándola, exclamó:

—Si no puede ser; usted me ha engañado diciéndome eso para obligarme á este duelo inícuo.

—Yo no te engaño; tu hijo ha sido arrebatado esta noche por los míos; su nacimiento era hijo de un crimen y los crímenes merecen castigo siempre. En mi familia no hay bastardos.

—¡Marqués! mi hijo no era bastardo.

—¿Qué? ¿qué has dicho?

—En la iglesia de San Sulpicio, en París, Mercedes y yo nos unimos en lazo indisoluble.

—¡Esto más!—gritó exasperado el marqués.—Tu vida, tu vida es lo que necesito inmediatamente.

—¿Qué ha hecho usted de mi hijo? ¿qué ha hecho usted del hijo de su hermana?

—No lo sabrás; ese será vuestro castigo si yo muero y mi satisfacción para lo porvenir si tú mueres. Elige arma.

Y de nuevo presentó las pistolas á Ricardo.

—¡Por última vez, señor marqués, por última vez! ¿dónde está mi hijo?

—Lo ignoro.

—Mire usted que la cólera sube hasta mi cabeza y...

—Pues si eso es lo que yo quiero precisamente, si yo necesito que la cólera te domine, porque no quiero cometer un asesinato; ¡lo entiendes bien, miserable!

—¡Oh! ¡esto es horrible, Dios mío!—exclamó Ricardo con desesperado acento.—¡Ricardo, Ricardo, hijo mío!—gritó cual si la tierna criatura le pudiera oir,—¿dónde estás, dónde estás?

—Si esperas que te conteste, para rato tienes. ¿Pero es que te habías podido llegar á creer, hombre infame, que me con-

Si es necesario cruzaré tu rostro.

tentaría solamente con quitarte la vida? ¿no comprendes que esa criatura hubiese sido siempre el ignominioso padrón de infamia de mi hermana? Por eso antes que darte la muerte he hecho desaparecer á esa criatura de modo que jamás pueda saberse nada de ella. Lo entiendes bien. Vamos ¿te batirás ahora?

—Señor marqués, usted lo ha querido.

Y el joven fué á coger la pistola, en cuyo momento el marqués alzando la mano y dejándola caer sobre la mejilla de Ricardo le dijo:

—Si es necesario cruzaré tu rostro, á ver si así no te arrepientes ya de tu resolución.

*
* *

Ricardo lanzó un rugido de cólera.

—Nuevo ultraje, señor marqués, ¡ay de usted, ya que en este caso me ha puesto!

Y retrocedió algunos pasos, tendiendo el brazo diciendo:

—Usted hará la señal.

—Tira cuando quieras.

Pero el joven volvió á dejar caer el brazo á lo largo de su cuerpo, diciendo:

—No puede ser, si es perder á Mercedes para siempre y Mercedes es mi vida, señor marqués.

—Tira ó disparo sobre tí.

—Haga usted lo que quiera.

Y el joven alzando la pistola disparó al aire.

—¡Ah! ¡miserable!—gritó el marqués,—quieres obligarme así; pues yo no soy tan generoso como tú.

Y disparando á su vez, la bala se escondió en la cabeza de Ricardo, que cayó al suelo sin poder exhalar una sola palabra.

El marqués se quedó inmóvil algunos segundos.

Después dijo:

—Yo he cumplido con mi deber. Si no ha querido hacer uso del arma que tenía, no es mía la culpa.

Y se dirigió hacia la casa de Pietro.

Pero antes de llegar á ella, Muller salió á su encuentro.

El criado, oculto detrás de un árbol, lo había presenciado todo.

Pálido como un difunto, presentóse ante su señor diciéndole:

—Al fin ha muerto.

—Al fin.

—Mucho se ha resistido.

—Pronto vámonos á Roma, que hemos de salir en el tren de las doce. ¿Dónde está el caballo?

—Allí atado á aquel árbol.

—Pues tráemelo y al momento dale á esa gente el dinero que le falta y que se marchen. Ya pueden dejar libres á Pietro y á su mujer.

—¡Oh! pero que no los desaten; porque entonces...

—Ellos harán lo que crean más conveniente. Dame el caballo y á Roma.

Poco después Luis aguijoneaba furiosamente á su corcel.

Muller, á la par que se dirigía á la casa de Pietro, iba murmurando:

—Pues señor; bueno es ir adquiriendo secretos de estos señores. Lo malo será que no se le antoje algún día hacer conmigo lo que hizo con los otros que supieron menos que yo. Pero para entonces ya habré yo sabido ponerme á buen recaudo. No podía yo imaginarme que fuera mi amo de esta clase. Me parece que don Gaspar le conocía y le conoce mejor que yo. Por supuesto que el tal don Gaspar nada tiene

que envidiarle. Sirviendo á estos señores, la verdad es que no sabe uno si amanecerá sano al día siguiente. Pues no le arriendo la ganancia á su pobre hermana ahora que quiere ir allá. Lo único que siento es no haber podido saber qué es lo que ha hecho de la criatura. Creo que con toda intención me alejó para que no supiese la verdad. Ella no debe estar lejos de aquí. En fin, ya veremos si en otra ocasión puedo brujulear algo. Con los secretos de los ricos podemos engordar los pobres, y lo que es yo he adquirido algunos en poco tiempo, que si los sé utilizar, pueden redondear mi fortuna algún día.

*
* *

Entretanto el cuerpo de Ricardo yacía inmóvil en la misma postura en que había caído.

Los bandidos pagados y puestos en libertad, digámoslo así, por Muller, abandonaron precipitadamente la casa.

La casualidad les condujo cerca del sitio donde estaba tendido Ricardo.

—¡Demonio!—dijo uno de ellos,—lo que es ese mozo se conoce que ha recibido bastante.

—Esos serían los tiros que hemos oído hace poco,—dijo otro.

—Sí, pues mira, veamos si tiene éste algo en los bolsillos y alejémonos cuanto antes, porque de estas cosas conviene separarse siempre.

—Yo me iré por aquel lado,—dijo uno.

—Y nosotros por este.

Y saquearon los bolsillos de Ricardo, y después se separaron, siguiendo distintas direcciones, mientras que Muller emprendía también el camino de la ciudad para reunirse con su señor.

*
* *

Mercedes había recibido la carta de Ricardo, participándole la resolución que tomara en vista de los temores que abrigaba.

Su inquietud, lo mismo que la de Marcos, era tal, que apenas si se decían una palabra, porque las únicas que podían cambiar eran las referentes á sus temores, y lo mismo el uno que la otra, por un exceso de delicadeza, evitaban aumentar su recíproco disgusto.

Cuando Ricardo les dijo que pensaba llevar su hijo á Barcelona, Mercedes sintió inundarse de alegría su corazón, y dijo á Marcos:

—De ese modo podré ver á mi hijo con más frecuencia. Un viaje á Barcelona á nadie sorprende, porque siempre hay que comprar objetos que allí pueden adquirirse más baratos que en cualquiera otra parte. Yo haré que Ricardo tome una casa en los alrededores de Barcelona y allí podremos estar más libres y con mayor seguridad. ¿No te parece, Marcos?

—Lo que me parece, señorita,—repuso gravemente el mayordomo,—es que ese caso no ha llegado todavía.

—¿Y qué quieres decirme con eso?

—Que no debemos dejarnos halagar por cierta clase de ilusiones, no sea que el desencanto sea más terrible todavía.

—¡Pero Dios mío! tú me llenas de espanto; siempre estás anunciando pesares.

—Porque es precisamente lo único que puede recogerse en una situación como la nuestra.

—¿Pero acaso somos nosotros los primeros, ni seremos los últimos que se encuentren así?

—No, señora; pero en lo que sí somos quizás únicos, es en la clase de enemigo que nos acecha, y como ese enemigo está ayudado además por la razón y el derecho que le asiste resulta que no podemos oponernos á lo que determine.

—¡Válgame Dios!—exclamó la joven con un acento imposible de describir.—Parece imposible que formes tal empeño en hablarme de un derecho que yo no puedo reconocer, y de unos deberes que no existen.

—El señor marqués tiene el deber de velar por la honra de su casa.

—¿Pero se ha producido el escándalo? ¿Es él acaso mi tutor?

—Es el hermano mayor, señorita.

—¿Pero qué ha hecho ese hermano mayor para fortalecerme contra los peligros que indudablemente tenía que engendrar el abandono y el aislamiento en que me había dejado? ¿Cuál era su misión respecto á mí? Vamos, habla, Marcos, tú que tanto preconizas y defiendes los deberes que tiene el marqués, ¿no encuentras palabra alguna para censurar los que el hermano no ha cumplido respecto á la hermana?

—Es que la señorita tiene su tutor.

—Vamos, no hables, porque cuanto más digas, tienes que condenar forzosamente la conducta de mi hermano y privarle de todos esos derechos que sobre mí pretende abrogarse.

—Sé lo que puede usted decir: que su tutor es un anciano achacoso y el menos á propósito para un cargo tan delicado como el suyo.

—Pues si sabes eso, si comprendes tú mismo que el uno por sus achaques y por sus años, y el otro por su indiferencia y su abandono, me han empujado por esa pendiente, ¿por qué todavía los defiendes y por qué encuentras vituperable mi proceder?

—Porque yo no he transigido jamás en cuestiones de honor, señorita, usted lo sabe muy bien, y de lo único que estoy arrepentido es de no haber obrado como debía, el día en que supe lo que pasaba.

—¿Y cómo debías haber obrado?

—Dando muerte al mal hijo que había olvidado lo que debía á sus señores.

—Vamos, Marcos, abandona esas rancias preocupaciones que ya no estamos en los tiempos en que la mirada del siervo no podía fijarse en sus señores.

—Siempre, señorita, para eso todos los tiempos son iguales, porque la primera condición del hombre es la de saberse conocer y no desear nunca sino aquello que legítimamente pueda alcanzar.

—Escuchándote, conseguirías aumentar mi inquietud y mi dolor; no parece sino que te recreas en él.

—Dispense usted, señorita; pero yo no puedo hablarla sino del modo que siento y según veo las cosas. Usted cree ya tener su hijo en Barcelona, poder hablar con el hombre á quien ha entregado usted su corazón, y á mí me sucede todo lo contrario.

—¡Cómo! ¿qué quieres decir?

—Usted todo lo ve de color de rosa, y yo tengo la desgracia de verlo todo muy negro.

—¿Pero de qué recelas?

—De todo.

—Eso es muy lato.

—Pues si pudiera concretarlo, ¿cree usted que yo no le habría puesto remedio?

La joven inclinó la vista, sin contestar.

La verdad era que las palabras de Marcos tenían el raro privilegio de afectarla y de robarla la tranquilidad.

Porque en medio de todo, comprendía que no le faltaba razón y que nada bueno tenían derecho á esperar, dado el carácter de Luis.

Una tarde, estaba Mercedes más pensativa que de ordinario y más inquieta porque no había recibido, como esperaba, nuevo aviso de Ricardo, según lo prometiera, cuando de súbito entró Marcos en el aposento, diciéndola con voz trémula:

—Señorita, prepárase usted.

—¿Para qué?—preguntó la joven sorprendida.

—El señor marqués acaba de llegar.

CAPITULO LIII

El presentimiento de Marcos

La casualidad había hecho que el mayordomo viera á Luis en el momento en que el carruaje de la estación se detenía ante la puerta de la casa.

Y á la exclamación de sorpresa que se exhaló de sus labios al verle, siguió inmediatamente otra que llenó de espanto á la pobre Petra.

—Este hombre no viene aquí á nada bueno.

—¡Qué has dicho!—exclamó Petra.

—Voy á avisar á la señorita.

—Pero bien, Marcos, que tienes, ¿por qué esa agitación? —preguntó Petra por el estado de excitación en que se hallaba su marido.

—¡Ay, Petra!—dijo Marcos,—si comprendieras el efecto que me ha producido la presencia del señor marqués...

—Pero...

—Mírale, mírale,—prosiguió el mayordomo cogiendo á su mujer y acercándola á la ventana,—mira bien esa cara, y dime si te anuncia algo satisfactorio.

—¡Calla, calla! Pero nuestro hijo...

—Ruega á Dios por él, que me parece que todos vamos á tener necesidad de su piedad.

Y el viejo se lanzó fuera del aposento, dirigiéndose á la habitación de su señora, conforme ya hemos visto.

Mercedes, habíase quedado petrificada al escuchar el anuncio de Marcos.

Y más que todo, por el acento con que se lo dijo, y por la expresión que advirtió en su rostro.

Jamás había visto las facciones del anciano tan demudadas.

—Habla, Marcos. ¿Te ha dicho algo mi hermano?

—¿Qué ha de decirme? si no me ha visto siquiera.

—¿Pero estás bien seguro de que es él?

—¡Ya lo creo! ¿no está usted oyendo el movimiento que hay en la casa?

—Pero venir sin anunciar su llegada...

—Y con la cara que trae.

—¡Qué quiere decir esto!—exclamó la joven que había palidecido desde el principio, y que conforme iba hablando sentía aumentar sus inquietudes.

—Esto no quiere decir más sino que alguna desgracia nos amenaza.

—¡Calla!

—Lo que la digo á usted, señorita; esté muy prevenida, porque mi corazón está anunciándome algo que no habíamos podido sospechar.

En este momento un criado penetró en la estancia, diciendo:

—Señorita, señorita, el señor marqués acaba de llegar.

—¡Cómo! ¡mi hermano está aquí!—exclamó la joven, comprendiendo que debía aparentar que ignoraba su llegada.

—Voy, voy á ver al señor marqués,—se apresuró á decir Marcos.

—Lo primero que ha preguntado el señor marqués ha sido si estaba la señorita.

—¿Y por qué no ha entrado?

—Se ha dirigido á sus habitaciones inmediatamente.

*
* *

Marcos cambió una mirada con Mercedes, y ambos salieron del aposento.

Efectivamente, como había dicho muy bien el mayordomo, el semblante de Luis nada bueno se revelaba en él.

Conforme había ido aproximándose á Epila, su semblante habíase ido oscureciendo.

Es verdad que desde lo sucedido en Roma, estaba serio y preocupado.

Pero esta preocupación no nacía precisamente del remordimiento que sintiera por las infamias cometidas.

Lo que tenía era temor, ó mejor dicho, cólera, por la escena que presumía iba á tener con su hermana.

La muerte de Ricardo, le importaba muy poco.

Había tenido tres ó cuatro duelos en su vida por motivos sumamente fútiles, y dos de sus adversarios habían muerto sobre el campo.

¿Qué podía importarle la muerte de un hombre más, aun cuando éste hubiese sido su compañero de infancia?

Por otra parte, Ricardo, al fin y al cabo no era más que un criado que se había atrevido á insolentarse con sus señores y

á quien había castigado como debía. La justicia de su causa era innegable.

En cuanto al hijo de su hermana, ¿cómo le había de preocupar su abandono, cuando él había seducido á más de una mujer y la había dejado después, sin preocuparse por las consecuencias que hubiera podido tener su seducción?

Todo cuanto había hecho, bien hecho estaba.

Lo que le llenaba de cólera, era pensar que iba á llegar á su casa, que se iba á encontrar frente á frente con los autores del crimen que había castigado en Ricardo, y que no podía hacer con ellos lo mismo que hiciera con el pintor.

Presumía que se le venía encima una escena de reproches, de recriminaciones, de lágrimas y de lamentos, y esto era lo que más le mortificaba.

Pensó en los primeros momentos en haber escrito á su hermana una carta dándole cuenta de lo que había hecho para salvar el buen nombre de la casa, y otra á Marcos diciéndole que no esperare á su hijo; pero desistió de ello, diciendo:

—No, las cartas, son siempre documentos que hablan, mientras que las palabras producen su efecto, y sin embargo se desvanecen en seguida.

Cuando llegó á Zaragoza, le dijo á Muller, que por efecto de su complicidad en los últimos hechos, había adquirido una gran confianza con él.

—Aquí nos detendremos dos ó tres días.

—¿Acaso quiere usted que yo me adelante á Épila para avisar su llegada?

—¡Tonto! ¿crees que yo necesito embajadores?

—Diré á usted, señor marqués, como que la noticia que usted ha de llevar me parece algo espinosa, yo creí que me confiaría á mí esa misión.

—Lo que yo hago está bien hecho, y no he necesitado nunca que sea otro quien lo anuncie.

—Entonces...

—Quiero detenerme aquí para recompensar á mi aliada.

—¡Ah! ya; el señor marqués quiere ver á Faustina.

—¡Es natural, hombre!

—¡Y tan natural! como que el servicio que ha prestado merece...

—Que se le dé una cantidad, y que con ella se quiebre el molde que tanto ha servido para la traición.

* * *

Estas palabras del marqués, no dejaron de impresionar á Muller.

Ellas le revelaron el porvenir que su dueño reservaba á las personas que le servían con lealtad.

Y la expresión de su semblante expresó de un modo gráfico el efecto recibido.

El marqués no pudo menos de comprenderlo.

Luis no tenía nada de tonto.

Era orgulloso y altanero, pervertido y de malos sentimientos; pero no era imbécil, y conoció que había cometido una solemne necedad.

Dejó ver demasiado su pensamiento, y trató de enmendarlo.

—Esa chica,—dijo,—me había servido únicamente inspirada por los celos.

—Sí, pero el caso es que ha prestado al señor marqués un gran servicio.

—Por eso se lo pago con el dinero necesario y rompo relaciones con ella, antes de que al enterarse de la muerte del hombre á quien amaba, el mismo dolor que sienta la haga convertirse de amiga en enemiga.

—Eso sucederá siempre.

—Sí, pero que después sea enemiga mía, ya me importará muy poco; la cuestión es evitar que lo sea desde ahora.

—De todos modos, señor, con el respeto debido, he de decirle que no me parece bien el sistema.

—¿Por qué, señor Muller?—preguntó Luis, mirando con impertinencia á su ayuda de cámara.

—Porque obrando así, no puede haber ya estímulos para ninguno de los que sirven leal y fielmente al señor marqués.

—¿Hablas por tí?

—Hablo en general. Yo he profesado siempre la máxima de no hablar jamás respecto á mí.

—¡Excelente máxima! Entonces, cuando tú estés resentido, ¿qué es lo que harás?

—Lo ignoro; porque es un caso excepcional en el que no me he encontrado todavía,—respondió Muller con aquella calma que había ocasiones en que desesperaba á su amo.

Este le contempló fijamente, y después le dijo:

—Me alegro que hables así, porque efectivamente, sirviéndome como hasta aquí lo has hecho...

—Me llegaré á encontrar, al cabo de la jornada, poco más ó menos como Faustina.

—¿Entonces?...

—Entonces ya veré lo que hago.

—De modo que me amenazas.

—¡Yo!

—Tú, sí; esas palabras encierran una amenaza que no puede pasar desapercibida para mí.

—El señor marqués olvida, sin duda, que yo tengo sobrada inteligencia para amenazar. No he dicho más sino que no habiéndome encontrado en el caso que el señor marqués supone, ignoro lo qué podría hacer.

—Ya sabes lo que te he dicho siempre.

—No recuerdo...

—Que tú tendrías casa y un amigo, mientras me sirvas bien.

—Y yo se lo agradezco al señor marqués. Pero eso no quita para que no apruebe lo que trata de hacer con Faustina.

—Vamos, pues, para que veas como aprecio tus indicaciones, no haré lo que tenía proyectado.

—En lo cual creo que el señor marqués obrará muy cuerdamente.

***

A pesar de esto, Luis, cuando estuvo lejos de Muller, dijo:

—Primero ella, después este otro. Estos instrumentos siempre son peligrosos.

No le fué difícil encontrar á Faustina.

Conocido el lugar donde estaba, la doncella tan luego supo que el marqués deseaba verla, acudió á la casa de su tía.

—No podrá usted quejarse de que no le he servido bien, —le dijo al verle.

—Y la prueba de que lo aprecio como se debe, es que quiero recompensarte.

Los ojos de Faustina centellearon de placer.

—Pero al menos ¿mis indicaciones le han servido?...

—Pues ¡ya lo creo!

—Es decir, que Ricardo...

—Sí, Ricardo cometió una falta, de lo cual ha debido arrepentirse ya sin duda.

—¿Es decir, que usted le ha hecho conocer la razón?

—Sí, mujer.

—¿Y la señorita?

—A la señorita no hay por qué mezclarla en este asunto.

—¡Y pensar que todo eso se ha debido á aquella carta sin duda!

—Desde luego; si no hubiese sido por aquella carta, nada habríamos podido conseguir.

—Yo de lo único que me felicito, es de que haya usted podido convencerse...

—De que tú querías á Ricardo, y has estado sirviéndome por la cuenta que te traía. Los celos, Faustina, los celos son los que te han hecho servirme.

—¡Señorito, por Dios!

Y la joven trató de ruborizarse, aun cuando debemos asegurar que no lo consiguió.

—En fin, no quiere decir esto que te haga cargo alguno por ello. Nada de eso; la luz se ha hecho, y ¡benditos sean los medios por los cuales se ha conseguido semejante resultado! por mi parte, puedes tener la seguridad de que siempre te lo agradeceré.

—¿De modo que Ricardo ha quedado...!

—Libre, más libre, no puede estar. De este asunto todos hemos salido contentos y bien; por lo tanto, aquí tienes para tu dote.

—¡Señorito!

Y Faustina alargó la mano para coger los billetes que el marqués la ofrecía, afectando, sin embargo, resistir á tomarlos.

—Toma eso,—prosiguió el marqués,—y olvídate en absoluto de la mano que te lo ha dado y del servicio qne has prestado para ello.

Faustina no pudo menos de mirar al marqués sorprendida.

Porque el acento con que éste pronunció aquellas palabras,

vibró de un modo tal, que la joven presumió que trataba de amenazarla.

En su consecuencia le dijo:

—Creo que el señor marqués no habrá dudado nunca de mi lealtad; porque si hubiese querido hacerle traición, creo que ni me hubieran faltado ocasiones para ello, ni me habrían dejado de pagar muy bien, si la codicia hubiese sido el móvil de mis actos.

—Ni he querido amenazarte, ni he dudado tampoco de tu lealtad; pero he querido decirte que por el bien de todos, lo mismo por el tuyo que por el mío, debes dar al olvido cuanto ha pasado, que yo también, puedes estar segura, que lo olvidaré todo.

—No tenga usted cuidado, que si usted no me lo recuerda algún día, lo que es por mí, ya puede estar seguro que no se lo recordaré.

—En ese caso estamos entendidos.

—Como siempre lo hemos estado.

Con estas palabras puso término el marqués á la conversación.

CAPITULO LIV

Los dos hermanos

ROMPER las relaciones con Faustina, había sido el único objeto de la permanencia del marqués en Zaragoza.

Una vez resuelto este asunto, se fué en busca de Muller y le dijo:

—Vamos á marchar á Epila inmediatamente.

—Cuando quiera el señor marqués. ¿Se ha de poner algún telegrama avisando nuestra llegada?

—No, al enemigo conviene siempre sorprenderle.

—Es verdad.

—Por lo tanto, nos presentaremos sin aviso alguno.

—¡No es mala sorpresa la que les vamos á dar!

—Con eso cuento. Enemigo sorprendido, enemigo desconcertado.

—¿Es que usted considera como país enemigo su propia casa?

—Desde luego, máxime cuando tengo que ser portador de tan malas nuevas.

—Es decir que el señor marqués no piensa ocultar...

—Jamás,—contestó secamente Luis.—Buenas ó malas mis acciones, no las he ocultado nunca. Siempre me hago responsable de mis actos.

—Y eso es lo mejor.

—Por lo tanto, abrevía ya razones, y vámonos hacia la estación, si es que queremos coger este tren.

El confidente del marqués, no se hizo repetir la orden, y poco después salían en el tren que les condujo á Epila.

En la estación, tomaron una tartana que les llevó á la casa de Mercedes, donde su llegada produjo el efecto que ya han visto nuestros lectores

Durante el viaje, Muller, iba estudiando la fisonomía de su amo, y pudo apreciar la sorda cólera que se iba reuniendo en su corazón, cólera á la cual el mismo le prestaba pábulo á fin de romper las hostilidades desde el primer momento, y llegar en seguida al objeto que se proponían.

Lo mismo Marcos que Mercedes, mostrábanse inquietos desde el momento que supieron su llegada, y el mayordomo especialmente, porque con más edad y más conocimiento de mundo, adivinó algo de siniestro y terrible, en la expresión del rostro de su amo, desde el momento en que le vió apearse á la puerta de la casa.

*
* *

El marqués, según había dicho el criado que entró á avisar á Mercedes, se dirigió á sus habitaciones, después de haber preguntado por su hermana.

Sentado en una butaca lo encontró ésta al entrar en su aposento.

La joven corrió hacia él, diciéndole:

—¡Pero qué es esto Luis, sin haber avisado siquiera!...

—¿Para qué?—le dijo friamente el joven.

Y el acento con que pronunció aquellas frases, tuvo una entonación tal, que Mercedes se quedó cortada, mirándole atentamente, hasta que le dijo después:

—¿Qué es eso Luis? ¿qué ha querido significarme esa lacónica contestación?

—¿Qué te sorprende en ella? Te he dicho que no comprendía la razón por la cual te había de avisar. Se avisa, al desconocido, al amigo, á cuya casa va uno á servir, tal vez de molestia; pero á la casa propia, al hermano, se le sorprende y se le sorprende agradablemente, como supongo que te habrá pasado.

—De todos modos...

Y la joven no pudo continuar, porque estaba advirtiendo algo en la mirada que su hermano la dirigía al pronunciar las anteriores frases, que la hacía estremecerse.

—Supongo que no me guardarás rencor por esta sorpresa que he venido á darte.

—Me tienes tan poco acostumbrada á ellas, que debo confesarte que sí me ha causado muchísima sorpresa.

—Pues aun me parece que has de tenerla algo mayor cuando sepas el por qué de esta sorpresa, porque estoy seguro que tienes sobrado buen talento para haber supuesto que alguna razón habré tenido para obrar así.

—No sé lo qué quieres decirme.

—¡Oh! de sobra que lo adivinas; leyendo estoy en el fondo de tu pecho y veo el terror que te causa mi presencia.

—¡Yo terror! ¿estás en tí? Puede haber terror en el reo cuando se presenta delante del juez, en el criminal cuando

está delante del hombre honrado; pero aquí ni yo soy criminal ni reo, ni tú eres juez, ni...

—Ni hombre honrado, ¿no es eso lo que ibas á decir?

*
* *

Mercedes no pudo menos de estremecerse.

Más la asustaba aquel aspecto bajo el cual se la presentaba su hermano, que si hubiese llegado amenazando ó exigiendo.

Sin que ella misma pudiera darse cuenta, experimentaba un espanto horrible.

Presentía algún peligro tan grande como jamás le hubiese corrido ni se lo hubiese podido imaginar.

La mirada de Luis, fija en ella, la causaba un daño extraordinario.

En aquella mirada había un sarcasmo tan cruel, una especie de burla tan sangrienta, que á pesar suyo se estremecía.

—¡Válgame Dios!—dijo por fin el marqués,—¡y cómo te debes haber estado riendo de mí, lo mismo que tu amante!

—¿Qué dices?—preguntó Mercedes alentando apenas;—¿por qué me había de reir de tí? ¿acaso me he reído alguna vez?

—Hasta ahora no lo habías hecho, es decir, no hasta ahora, porque hace algunos años que ha durado esa farsa indigna. Afortunadamente, la casualidad se encarga de destruir los planes que se creen mejor formados y las combinaciones que se consideran como mejor ingeniosas.

—¡Habla, Luis, habla de una vez y explica esas palabras que me ofenden!

Y la joven tuvo un resto de energía para mirar fijamente á su hermano.

—Conque te ofenden, ¿eh?—dijo el marqués con irónico acento;—¿te quejas de tus ofensas, y no has tenido en cuenta las que á mí me inferías? Me parece muy bien.

—¡Que yo te infería ofensas! ¿cómo? ¿qué clase de ofensas han sido esas? explícate.

—He venido aquí, como te he dicho, para poner término á una farsa que no debía ni podía continuar más; la he cortado de raíz, y espero que no vuelva á retoñar bajo esta ó bajo aquella forma.

—No te entiendo,—exclamó Mercedes que apenas si alentaba.

—Veo que contigo hay necesidad de poner los puntos á las *ies* para que comprendas la clase de letras de que se trata. Supongo que no habrás olvidado que soy el jefe de la familia.

—Varias veces me has dicho ya eso, y siempre te he contestado lo mismo. Jefe de familia que la deja abandonada y que maldito lo que de ella se preocupa; que si alguna vez piensa en ella es para ver de qué manera puede sacarla dinero, como sucedió con cierto casamiento ó venta, como quieras llamar lo que me propusiste hace algún tiempo, que no atiende para nada ni las súplicas, ni los ruegos, ni hasta las mismas condiciones sociales, ni es jefe ni puede serlo, ni como tal se le puede considerar.

Y Mercedes, sacando, como vulgarmente se dice, fuerzas de flaqueza de su misma situación, cuya gravedad no se la oscurecía, procuró sostener dignamente aquella partida que empezaba de un modo tan formidable.

*
* *

—Quiero concederte,—dijo Luis al cabo de un momento,

—en que tengas razón en lo que has dicho; pero á pesar de eso, soy tu hermano mayor y el guardador incorruptible del honor de nuestro nombre.

—En cuanto á lo primero, no te lo niego; pero en cuanto á ser el guardador de nuestro honor, sería muy cuestionable; porque la verdad es que mal puede guardar el ajeno quien en el suyo ha abierto tantas brechas, como las que tú sabes mucho mejor que yo.

—¡Mercedes!

—No he buscado yo esta discusión.

—Pero la he buscado yo, porque tenía necesidad de vengar mi honor, es decir, el honor de nuestro nombre, el de nuestra casa, indignamente ultrajado por tí. Un miserable, olvidando su condición, se atrevió á fijar sus ojos en tí. Tú, ó pervertida ó inocente, no vacilaste en arrojar por el lodo el honrado nombre de tus padres, y hubieses llegado al colmo de la ignominia dando publicidad á tu casamiento con el hijo de un criado de tu casa cuando cumplieras la mayor edad. ¡Mentira parece que haya estado tan ciego ese pobre conde de Almarza, tu tutor, que no haya comprendido que te ha estado sirviendo de dominguillo para tus livianas correrías!

—¡Cuidado, Luis, lo que dices! Sin duda, recordando las conversaciones que debes haber tenido con esas mujeres á quienes conociste en otros países y con las cuales podría estar muy en su lugar ese lenguaje, te has olvidado de que estás hablando con tu hermana.

—No, no me he olvidado; te hablo como debo hablarte.

—Entonces soy yo la que no te debo escuchar.

Y Mercedes dió algunos pasos para salir de la estancia.

—¡Mercedes!—la dijo su hermano con voz vibrante.

—¿Qué quieres?—contestó la joven.

—Quédate aquí; es tu hermano mayor, el que representa las veces de tu padre, la única persona á quien le debes respeto y consideración, quien te está hablando.

—¡Respeto, consideración, á quien principia por faltar al respeto que se debe á una señora y á la consideración que se ha de tener á una hermana!

—Tu padre te habría muerto.

—Preferible es la muerte á ciertas palabras,—contestó resueltamente la joven,—por supuesto, que como papá no hubiese procedido nunca como tú, como hubiera principiado por no dar lugar á que el aislamiento, la soledad, el abandono me pusieran en el caso de prestar atención y afecto, á quien con afecto me trataba, como que tu padre y el mío no habría obrado de ese modo, ni hubiese tenido derecho para maltratarme, ni aun cuando le hubiese tenido, se habría mostrado como tú.

—Yo he obrado como he creído conveniente obrar, y al tratarte como lo hago hoy, creo también cumplir con un deber de justicia, mejor dicho, con un deber de honor.

—¡Valiente honor el tuyo, Luis!

—Ahora no se trata del mío, sino del de nuestra casa, del de mi padre que tú has manchado y cuya mancha he tenido que lavar, de modo que no pueda jamás, entiéndelo bien, Mercedes, que no pueda jamás reaparecer.

*
* *

Estas palabras apagaron en un instante toda la energía y todo el valor de que la joven estuvo dando repetidas muestras en el tiempo que llevaban hablando.

La extraña entonación que les dió el marqués aumentó su gravedad, y como Mercedes le conocía perfectamente, su co—

razón presintió algo tan horrible que, dando un paso hacia su hermano, le dijo con voz anhelante:

—Explícate por piedad, Luis, explícame esas palabras cuyo verdadero sentido me aterra. ¿Has visto á Ricardo?

—Sí,—contestó secamente el marqués.

—Pero...

—No le volverás á ver más.

—¡Qué! ¿qué has dicho?—exclamó la joven loca de espanto y de dolor, precipitándose sobre su hermano y sacudiéndole violentamente el brazo,—que no le veré yo más; Luis, por piedad, ¿qué has hecho del padre de mi hijo?

—¡Calla, desdichada!—exclamó con voz sorda el marqués, queriendo tapar con la mano la boca de su hermana,—no pronuncies esas palabras que son el baldón de nuestra ignominia. Ni el padre ni el hijo volverán á hacer enrojecer mi frente, ni á manchar el limpio escudo de mis mayores.

—¡Mientes, Luis, mientes! ¿qué has hecho de Ricardo? ¿qué has hecho de mi hijo?

—Búscalos si quieres que si los encuentras tienes que hacer largo viaje. ¿Creías, acaso, que yo iba á transigir con mi deshonra? ¿Pudiste imaginar jamás que yo quisiera tener un bastardo en mi familia, ni por cuñado al hijo de mi mayordomo? Aun cuando hubiera sido en tus mismos brazos hubiera muerto á ese miserable y aun cuando hubiera sido de tu propio pecho habría arrancado á ese hijo de la vergüenza y del crimen para arrojarlo al muladar de donde no debió haber salido.

—¡Oh! ¡miserable, miserable!—gritó la joven con un acento indescribible,—¡dame á mi hijo, dame á mi esposo!

—Ves á buscarlos á la tumba, si es que tanto te interesan.

—¡Oh!... ¡maldito seas!

Y la joven cayó al suelo perdido el conocimiento.

CAPITULO LV

Dolor de padre

Durante algunos momentos permaneció Luis inmóvil contemplando el inanimado cuerpo de su hermana.

Tal vez en aquel momento se avergonzó de la barbaridad que hubiera cometido.

Porque no otra calificación merecía su proceder.

Era necesario tener un corazón como el suyo para dar una noticia de aquellas condiciones á una madre y á una esposa.

Porque, realmente, Mercedes, era la esposa de Ricardo.

El año que estuvieron en París y antes que llegara el momento del alumbramiento, Mercedes quiso legitimar el nacimiento de su hijo, celebrando su matrimonio en la iglesia de San Sulpicio.

Entonces acordaron que este matrimonio se mantendría secreto hasta que Mercedes hubiera cumplido la mayor edad.

Pero desde entonces, el niño podía llevar legítimamente el nombre de sus padres.

Cuando ella había dado semejante prueba de cariño al hombre que amaba y al hijo que llevaba en sus entrañas, puede comprenderse perfectamente todo lo horrible del dolor que había de experimentar al oir la tremenda revelación.

Creyó que se rompían todas las fibras de su pecho; enloqueció y á no perder el sentido, tal vez se hubiera arrojado sobre su hermano.

Porque en el momento de adquirir el convencimiento de que Ricardo y su hijo habían muerto, convirtióse en la leona que sólo piensa en arrojarse y vengar la muerte de sus cachorros con el destrozo de su cazador.

Luis, como hemos dicho, permaneció inmóvil algunos segundos.

Pero si la causa de su inmovilidad fué el remordimiento, hemos de convenir en que éste fué de muy corta duración.

Encogióse de hombros después y dijo:

—Vaya. El mal rato ya está pasado. Cuando vuelva en sí, unas cuantas horas de llanto le desahogarán el corazón.

Y el miserable, porque no otra calificación se le puede dar, llamó á Muller y le dijo:

—Avisa á las criadas de mi hermana para que vengan á recogerla y la ayuden á volver en sí.

Y salió del aposento, mientras Muller, contemplando á Mercedes, murmuraba:

—Pues señor, he visto muchos hombres perversos, corrompidos y malos; pero tanto como éste, no había conocido ninguno.

Y contemplando el inanimado cuerpo de Mercedes, prosiguió:

—¡Pobre señorita! Hasta tengo remordimiento de la parte que he tomado en su desgracia. No estaré yo mucho tiempo al lado de este hombre.

Aproximóse á la joven y trató de hacerla volver en sí antes que recurrir á las doncellas, porque dijo:

—El marqués no comprende ó no quiere comprender que las criadas han de sentir curiosidad por conocer lo que aquí ha pasado, y no comprende que el escándalo á él más que á nadie ha de perjudicar.

Pero el choque que había recibido Mercedes fué tan violento, que Muller llegó á alarmarse, diciendo:

—¡Caramba! que esto es algo más grave de lo que yo había creído, y no digo yo las doncellas, sino todos los médicos que haya en el pueblo es necesario que vengan inmediatamente.

Y uniendo la acción á la palabra, Muller, á la vez que encargaba á las mujeres de la casa que llevasen á Mercedes á sus habitaciones, enviaba también á uno de los criados en busca del médico.

*
* *

Entretanto, el marqués habíase dirigido á la habitación de Marcos.

El anciano mayordomo, después que hubo avisado á su señorita, retiróse á sus habitaciones.

Petra le vió entrar con el semblante contraído, y le dijo:

—Marcos, ¿qué tienes? ¿has hablado con el señorito?

—No.

—Pues entonces...

—No he querido ir á encontrarle, porque...

—¿Por qué?—preguntó Petra sorprendida, viendo que su marido vacilaba en contestar.

—Porque tengo miedo.

Tan absurdo, tan incomprensible parecióle á Petra que su

marido, cuyo valor conocía, la dijera que tenía miedo, que se le quedó mirando y á su vez se puso á temblar, murmurando:

—Marcos, Marcos, ¿qué peligro nos amenaza? ¿por qué tienes miedo?

—No lo sé, Petra, no lo sé; pero tiemblo por Ricardo, por la señorita, por el niño, por todos nosotros.

—¿Pero á mi hijo qué le puede haber sucedido? ¿qué peligro puede amenazar á la señorita? ¿quién sabe dónde está el niño?

—¿Crees acaso que para el demonio hay nada oculto?

—¡Ay, madre del Pilar de mi alma!—exclamó Petra con dolorido acento;—¡ven en auxilio nuestro, porque cuando mi marido tiene miedo, realmente ha de ser muy grande el peligro!

—Por supuesto, que ya sabes que siempre lo estaba temiendo.

—¿Pero por qué juzgas que la venida del marqués...?

—No le nombres, Petra, no le nombres; ese hombre ha de ser fatal para nosotros.

—Vamos, cálmate, porque me parece que tú también exageras las cosas.

—No, Petra, no exagero nada.

Y el mayordomo inclinó la cabeza, permaneciendo así durante largo espacio.

Petra, presa de la mayor inquietud, se separó de su marido y se dirigió hacia el interior de la casa, con el propósito de adquirir alguna noticia respecto á la llegada del marqués.

Preguntando estaba á todos los criados y escuchando los comentarios que todos hacían, cuando la llamada de Muller para que acudiesen en auxilio de la señorita y el encargo de

que fueran á avisar al médico inmediatamente, la hicieron acudir la primera al lado de su ama, murmurando:

—¡Oh! razón tenía Marcos. La venida del marqués ha sido terrible para todos.

* * *

Solo estaba el mayordomo en su habitación, cuando el marqués se presentó en ella.

—¡Marcos!—gritó el marqués al entrar en las habitaciones del mayordomo, viendo que no había nadie en ellas.

Al escuchar Marcos aquella voz, estremecióse, y dijo:

—Llegó el momento.

Y salió al encuentro de su señor, diciendo:

—Señor marqués, ¿usted honrando la humilde habitación de...?

—¡Basta! no he venido para escuchar frases de fingida sumisión, cuando por otra parte se alienta, se patrocina y se protege la deshonra y el vilipendio. Creía que no habías olvidado el encargo que te hizo mi padre al morir.

—Señor marqués...

—¡Silencio! No trates de disculparte, porque estoy más enterado de lo que á tí te hubiera convenido.

—Puede creer el señor marqués que yo he sido el primero en deplorar lo que supe, cuando ya no tenía remedio.

—Y por esa razón, y para cumplir como debías sin duda, tú mismo te convertiste en el guardián de la que ya debías considerar como tu noble nuera, y la llevaste á París á los brazos de tu hijo, para que allí diese á luz el fruto de su deshonra. Si mi padre levantara la cabeza...

—Señor marqués, yo no he olvidado jamás lo que debía á la memoria de mi honrado señor, y juro á usted por mi ho-

nor que, aun cuando plebeyo, también lo tengo, que si cuando supe la falta de mi hijo no hubiese sido ya irremediable, antes que dejarle dar un paso más en el camino que llevaba, yo mismo le hubiese quitado la vida.

—Ese trabajo te he ahorrado yo.

—¡Qué!—exclamó Marcos, palideciendo intensamente y fijando una mirada extraviada en el semblante de su señor.

—¿No has dicho que tú mismo hubieses muerto á tu hijo para evitarle que así manchase el honor de tus señores?

—Sí, señor,—repuso Marcos con voz sofocada.

—Pues yo te he evitado ese trabajo, y ya que no pude impedir que la mancha se infiriera, la he borrado suprimiendo á los dos que empañaban el limpio escudo de mis ascendientes.

—¡Los dos!—murmuró Marcos casi sin poderse dar cuenta de lo que oía.

—¡Justo! el padre y el hijo; es decir, el miserable y el bastardo.

—¡Pero, señor marqués!

Y Marcos se llevó entrambas manos á la cabeza, como si temiera perder la razón.

—¿Es posible,—añadió,—que no haya tenido piedad, ni aun de una criatura tan inocente?

—En mi familia no se cuentan bastardos.

—Señor, ese niño no era bastardo. Un sacerdote había bendecido la unión de la señorita y de mi hijo.

—¡Mientes!—gritó á su vez el marqués, pálido de ira.

—No miento. Usted ha muerto á su legítimo sobrino; usted ha muerto á mi hijo, que era su cuñado legítimo de usted. Ha roto todos los vínculos que nos unían, ha destrozado el corazón del padre, y puesto que me ha condenado usted á muerte, yo le juro que no ha de gozarse con sus infames

triunfos. De mi hijo, únicamente yo tenía el derecho para ser juez.

—Pero como que de mi honor únicamente yo debía ser el vengador, lo he sido.

—Y yo seré tu verdugo, ¡miserable!

Y Marcos, ciego de ira y de dolor, sin ver ya en el marqués más que el matador de su hijo, cogió una silla y la levantó en el aire para arrojarla sobre la cabeza del marqués.

Este se dispuso á rechazar el ataque.

Pero la silla se desprendió de las manos de Marcos, y el infeliz padre cayó al suelo como herido por un rayo.

En este momento, Petra penetró en la estancia llorando, á la par que gritaba con desesperado acento:

—¡Marcos! ¡Marcos! ¡me han muerto á mi hijo! la señorita me lo acaba de decir; ¡véngame!

Y al ver al marqués y á su esposo tendido en el suelo sin movimiento, loca, desesperada, se arrojó sobre Luis, gritando:

—¡Infame asesino! ¡maldito seas! ¡no has de recrearte con tus triunfos!

Y cogiendo la escopeta de Marcos, que estaba en un rincón del aposento, antes que el marqués hubiera podido prevenir su acción, disparó sobre él.

CAPITULO LVI

Loca

FELIZMENTE para Luis, la agitación de Petra y la falta de costumbre en el manejo de armas, evitaron que la bala llegase al punto que ella la destinaba, yendo á clavarse en la pared.

Aquel esfuerzo fué el postrero.

Petra se arrojó sobre el cuerpo de su marido, al mismo tiempo que los criados, atraídos por el rumor de la detonación, acudieron á la habitación del mayordomo.

Muller estaba entre ellos.

—No ha sido nada,—dijo el marques dirigiéndose á los criados.—Marcos estaba enseñándome esa arma, se le ha disparado, y tan grande ha sido su terror al pensar que podía haberme muerto, que se ha desmayado. Dejadle ahí con su mujer, que ya le hará volver en sí.

—Aquí están los dos médicos que hay en el pueblo,—dijo Muller,—si hay necesidad de alguno de ellos...

—Ya se cuidará Petra de avisarles. ¡Ea, cada uno á su obligación!—prosiguió dirigiéndose á los criados.

Estos se alejaron, y Muller dijo al marqués, á la par que salían del aposento:

—El estado de la señorita es muy grave, según la opinión facultativa; un delirio espantoso se ha apoderado de ella, llama á Ricardo y á su hijo, y dice que usted los ha muerto.

El marqués se estremeció.

Mas no fué por el temor de aquella acusación.

Sino porque se divulgase lo que él tenía interés en ocultar.

Así fué que dijo:

—¿Quién está al lado de mi hermana?

—Los dos médicos.

—¿Y de los criados?

—Uno de los médicos, el más anciano, desde el momento que ha oído las palabras de la señorita, ha hecho que todos saliesen de allí.

—Y cómo ha sabido la mujer de Marcos...

—Por las palabras de la señorita.

—Cuando los enfermos deliran, dicen en su delirio cosas de las cuales nadie hace caso, y lo que ha hecho Acebedo, que supongo es el médico de quien hablas, ha sido muy puesto en razón. Voy á darle las gracias.

—Es que no se separa de la cabecera de la señorita.

—Pues allí iré á verle.

—¡Cómo! señor, ¿va usted á entrar en la alcoba?

—¿Por qué no?

—La señorita está en un estado que da compasión verla, no tiene del todo perdida la razón y si le ve á usted...

—¿Qué? Con eso se acostumbrará á verme desde el principio.

—Pero...

—No gusto de que nadie me de consejos cuando no los pido, con que así, puedes suprimir todas tus advertencias.

Y el marqués se dirigió resueltamente hacia la alcoba de su hermana.

Muller le vió alejarse, y dijo:

—Este hombre no tiene corazón. Vuélvame á mi país, y allí ya procuraré yo alejerme de él.

*
* *

Antes de que llegaran los médicos, Mercedes, por efecto de los repetidos esfuerzos de las mujeres que la rodeaban, había vuelto en sí.

¿Pero de qué manera?

La primera persona á quien vió á su lado, fué á Petra, y arrojándose en sus brazos, exclamó con un acento imposible de describir:

—¡Ay, Petra! Ricardo ha muerto.

—¡Señorita! ¡está usted en su juicio!

—No, á perderle voy, porque el dolor que siento, no te lo puedo expresar.

Y como si se dirigiera á un sér invisible, prosiguió exaltándose gradualmente:

—¡Miserable, infame! devuélveme á mi esposo y á mi hijo.

Y como si la persona á quien se dirigía la contestara, continuó al cabo de algunos momentos:

—¡Qué los has muerto, dices! ¡qué lo has hecho por lavar tu honor! ¡Tú, miserable, tú hablas de honor cuando lo has perdido ignominiosamente; calla, infame, y ¿aun dices que eres mi hermano? no puedes serlo, no lo eres, no eres más que un

verdugo miserable á quien voy á destrozar entre mis manos!

—Pero señorita, ¡por Dios!—gritaba Petra, que no se atrevía á dar crédito á las terribles palabras pronunciadas por la joven,—tranquilízase usted por piedad, eso que acaba de decir no puede ser cierto.

—Sí que lo es por desgracia, Petra,—prosiguió la joven, rompiendo á llorar amargamente.—El mismo me lo acaba de confesar ahora mismo. Ha dado muerte á Ricardo y á mi hijo, y yo lo he oído, y ya lo ves, no he sabido morir de dolor.

Entonces fué cuando Petra se lanzó fuera de la estancia, gritando y pidiéndole venganza á su marido.

Al escuchar sus gritos, Mercedes, acabó de perder el sentido que momentáneamente recobrara, y un nuevo síncope volvió á alarmar á las mujeres que la rodeaban.

Felizmente, en aquel momento llegaron los médicos, á quienes Muller enviara á buscar.

Acebedo, que era el más anciano, médico de la casa, y que quería á Mercedes extraordinariamente, procuró hacerla volver en sí inmediatamente; pero desde que lo hubo conseguido, al escuchar las palabras de la joven, movió la cabeza de un modo harto significativo.

Su compañero Ruíz, que era el otro médico que había en el pueblo y que también había conocido á los padres de Mercedes, dijo á su colega:

—Amigo Acebedo, me parece que esto es más grave de lo que podíamos creer.

—Y tan grave. Por de pronto, haga usted que nos dejen solos; aquí sucede algo que no es conveniente que nadie conozca.

Y Ruíz, bajo el pretexto de que no era conveniente la estancia de tanta gente allí, hizo que se marcharan los criados.

Sin embargo, los comentarios comenzaron en seguida.

Todos comprendieron que la llegada de Luis había sido la causa de lo que sucedía.

Y como el marqués era ya poco querido en el país, aquellos nuevos incidentes acabaron de enagenarle las pocas simpatías que le quedaban.

Los dos médicos trataron de calmar la excitación de la joven.

—Compañero,—dijo Acebedo,—estamos frente á una situación que no sé cómo se va á resolver.

—Mal, de cualquier modo que sea. Esta señorita, por lo que se puede juzgar de lo que nos han dicho los criados, ha recibido una fuerte impresión que es la que ha determinado este estado tan alarmante.

—Yo opino porque tengamos una explicación con el señor marqués.

—Es indispensable. El puede darnos algunos antecedentes para poder apreciar mejor la situación.

—En cuanto á los antecedentes, amigo Ruíz, me parece que ya los tenemos.

—Por lo menos indicios muy poderosos.

* * *

En este momento llegó el marqués á la estancia de su hermana.

Esta seguía aletargada.

Pero cual si la presencia de su hermano hubiera tenido la extrañeza de poder sacarla de aquel estado de sopor, apenas escuchó la voz de Luis saludando á los médicos, incorpórose inmediatamente, y extendiendo sus brazos hacia él y haciendo esfuerzos para arrojarse de la cama, exclamó:

—¡Miserable asesino! ¿Qué has hecho de mi esposo y de

mi hijo? ¿No quieres decírmelo? ¿Persistes en tu silencio? ¡Oh! ¡yo sabré arrancarte ese horrible secreto!

—¡Por Dios, Mercedes!—la dijo Acebedo cariñosamente,—tranquilícese usted.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijo!—gritó la joven, sin hacer caso del médico.—Yo quiero ir á arrancarle de las manos de ese hombre. ¿Pero no están ustedes oyendo que lo ha muerto? ¡Oh! ¡infame! ¡No ha tenido piedad ni de su propia sangre!... ¿Todavía estás ahí?...

—Señor marqués,—dijo Ruíz en voz baja,—sería muy conveniente que se marchase, porque se comprende que su presencia la exalta y...

—Es menester que se acostumbre á ella,—repuso bruscamente el marqués.

—No se acostumbrará,—repuso Acebedo frunciendo el entrecejo.—Y como que para el médico no hay nada más sagrado que la vida del enfermo, tenga usted la bondad de dejarnos solos.

—Pero...

—Su presencia está matando á esta pobre niña, y nosotros no podemos consentirlo.

—Estoy en mi casa, doctor, y en ella no admito imposiciones de nadie.

—Señor marqués, desde el momento en que el médico está á la cabecera de un enfermo, á él y solamente á él toca ordenar lo que crea más conveniente.

—¡Mi hijo!—gritó Mercedes arrojándose del lecho y lanzándose hacia donde estaba su hermano.—¡Dime qué has hecho de él!

—¿Lo ve usted?—dijo Ruíz haciendo esfuerzos para conducir á la cama á la pobre criatura.

—¡Salga usted de aquí, señor marqués!—gritó Acebedo

fuera de sí.—¡Salga usted ó nos marchamos nosotros, y entonces usted responderá de las consecuencias!

*
* *

Ante esta decidida actitud del anciano médico de la casa, no tuvo Luis otro remedio que obedecer.

Pero obedecer de la única manera que él podía hacerlo.

Arrojando una mirada desdeñosa á los médicos, diciendo:

—En cuanto hayan ustedes curado á mi hermana, ya estarán ustedes de más aquí.

—Estamos en casa de la señora baronesa de Corbera y en esta casa solamente ella ó su tutor es quien puede darnos órdenes.

Y Acebedo, después que hubo pronunciado estas palabras, volvió la espalda al marqués y dedicó todos sus cuidados y atenciones á la pobre niña.

Luis, mordiéndose los labios lleno de ira, se lanzó fuera del aposento.

—Me parece que ha estado usted un poco duro,—dijo Ruíz á su compañero.

—No, amigo mío, todavía le he dicho muy poco. Usted no sabe lo qué es ese hombre. Felizmente, todavía estoy aquí y cuésteme lo que quiera, yo procuraré salvar á esta desdichada. ¡Oh! si mi difunto amigo el marqués viviera, ¿cómo era posible que su hijo se atreviese á obrar así?

—Parece que la señorita se ha calmado algo desde que su hermano ha salido.

—Sin embargo, no podemos fiarnos de esta calma aparente. Esto no es más que la postración hija del ataque ante-

rior; un pequeño paréntesis para dar lugar á otro acceso más terrible.

Los dos médicos acordaron lo que debían hacer. Recetaron diversos medicamentos y Ruíz salió de la estancia, mientras que Acebedo se instalaba resueltamente á la cabecera de la joven.

CAPITULO LVII

El marqués comprende que no puede permanecer en Epila

LLENO de ira había salido Luis del aposento de su hermana.

La resuelta actitud en que se habían puesto los dos médicos, la especie de seriedad que observaba en los criados, demostrábanle que la actitud general de la población, al circular las noticias de los sucesos ocurridos en el palacio de la baronesa, como llamaban á la casa de Mercedes, habría de serle completamente hostil.

Muller estaba realmente inquieto.

Como ya sabemos, no tenía nada de santo; pero se aturdía al ver la fría crueldad de su señor.

Sobre todo, lo que más le asombraba era que estuviese haciendo todo aquello en una casa que no era la suya y respecto á una persona que ya tenía sus años y su tutor, que era en todo caso el que la hubiera podido reprender.

Muller, según ya le hemos oído, no deseaba más sino encontrarse en Alemania para abandonar el servicio del marqués.

Pero antes deseaba averiguarlo todo, escuchar cuanto podía y adquirir cuantas noticias pudiera respecto á aquella familia.

En su consecuencia, cuando vió que su amo entraba en las habitaciones de Mercedes, sintió extraordinario comezón de escuchar lo que indudablemente debía suceder.

Y consiguió su objeto.

Y escuchó claras y distintas las palabras del médico Acebedo, y murmuró:

—¡Anda, anda! lo que es si el marqués no cambia de formas, me parece que vamos á salir de aquí á palos.

Cuando Luis llegó á sus habitaciones, llamó á Muller.

—Ténlo todo dispuesto,—le dijo su amo al verle,—porque podría ser que nos marcháramos esta misma noche.

—Me parece que el señor marqués obraría muy acertadamente en ello.

—¿Qué es eso, tunante? ¿Te permites comentar mis disposiciones?

—Me parece que no es comentarlas, el apreciar lo que el señor ha dispuesto.

—Pues con obedecer basta.

—Está muy bien.

Y Muller salió de la estancia pensando:

—El marqués parece que va sintiendo ya que la tierra empieza á faltarle bajo los piés.

*
* *

En el momento en que Ruíz salía de la estancia de Mer-

cedes para enviar á buscar las medicinas acordadas, uno de los criados le dijo:

—Señor doctor, vaya usted en seguida al cuarto del mayordomo.

—Pues ¿qué ocurré?—dijo el médico.

—¡Una friolera! Pues lo mismo que le ha pasado á la señorita.

—¡Demonio! ¡Otra congestión! ¿Y quién es el enfermo?

—¡Toma! Pues el señor Marcos. Se conoce que ha tenido una muy gorda con el señor marqués, y ahí tiene usted.

—¡Con el marqués!

—Por lo menos el señor estaba en su cuarto, y Perico, que pasó algunas veces por delante de la puerta, dice que daba unas voces muy grandes.

—¡Ya, ya!

—El caso fué que llegó la señora Petra, que salía del cuarto de la señorita, y que iba diciendo todo aquello que usted debe recordar...

—Bien, bien, ¿y qué pasó?

—¡Toma! Pues nada más sino que el señor Marcos, parece que estaba enseñando su escopeta al señor marqués, un arma *magnífica*, sí, señor, y se le escapó el tiro, y por *poquico* si deja frito al señor. Ya ve usted que la cosa hubiera sido...

—¿Y qué?

—Nada, que el señor Marcos, fué tanto lo que se sobrecogió, pensando en la desgracia que podía haber pasado, que le cogió un mal y cayó al suelo como si le hubiera partido un rayo.

—Y Petra, ¿no estaba allí?

—Llegó ya cuando todo había pasado. Es decir, haber pasado, no, señor, porque todavía el señor Marcos está sin haber vuelto en sí.

—¡Demonio!

—Conque, ya lo sabe usted. Váyase por el cuarto del señor Marcos, porque la pobre señora Petra, está que da compasión escucharla.

Ruíz se apresuró á entregar al criado las recetas y á dirigirse á las habitaciones ocupadas por Marcos y su mujer.

—Vamos á ver, Petra,— dijo el médico dirigiéndose á la mujer del mayordomo,—¿qué es lo que ha pasado aquí?

—¡Ay, señor Ruíz de mi alma!—exclamó la pobre mujer deshecha en llanto;—¿lo sé yo acaso, pobrecita de mí? Si yo venía del cuarto de la señorita llorando como una Magdalena, como usted sabe, por la muerte del hijo de mi alma, cuando llego aquí y me encuentro á mi pobre Marcos como usted le ve. ¡La Virgen del Pilar nos favorezca, porque no sé qué va á ser de nosotros!

—Dejémonos ahora de santos, y vamos á lo que importa, Petra. Yo he oído por ahí algo sobre una escopeta que estaba enseñando Marcos al señor marqués y...

—¡No me hable usted de ese Judas, señor Ruíz!—gritó Petra exasperada;—él ha sido el asesino de mi hijo y ¡quién sabe si lo habrá sido también de mi marido!

—¡Cuidado, Petra, cuidado! baje usted la voz, que esas cosas no pueden decirse como usted las dice. ¿Estaba aquí el marqués?

—Sí, señor.

—Y cuando usted llegó aquí...

—Yo no ví más que á mi pobre Marcos, y sin saber lo que hacía, cogí la escopeta y le apunté; sí, señor, yo fuí quien quise matarle. ¡Dios me perdone! pero mi intención no fué otra que la de castigar al matador de mi pobre Ricardo.

—Y no le acertó usted por lo visto.

—No, señor; y eso es lo que siento,—murmuró la pobre

mujer con desconsolado acento.—Si le hubiese acertado habría un pillo menos en el mundo.

—¡Petra!

—¡Qué quiere usted, señor Ruíz! estoy loca, desatinada, no sé lo qué pasa por mí. Mi hijo muerto, la señorita ya ve usted cómo está, y mi pobre Marcos, si no ha muerto morirá también, porque para él el cariño de su hijo lo era todo.

—Vamos, vamos á vér qué es esto. Aquí lo primero que hay que hacer es trasladar á Marcos á la cama. Llame usted á un par de criados para que le ayuden.

Petra lo hizo así, y poco después el cuerpo del mayordomo era trasladado á la cama y Ruíz podía apreciar toda la gravedad de su estado.

Movió la cabeza de un modo harto significativo, y dijo á Petra que no se separaba de la cabecera del enfermo y que estaba espiando, por decirlo así, las impresiones que se reflejaban en su rostro:

—Petra, yo siento tener que decírselo á usted, pero como quiera que ya está convencida de que el mal es grave, no hay para qué ocultárselo.

—Pero ¿será verdad, señor Ruíz? ¿será verdad que mi pobre Marcos...?

—Sí, está muy mal.

—Pero no vuelve en sí.

—Posible sería que no volviese. La congestión ha sido de tal naturaleza, que auguro muy mal de las consecuencias.

***

Entretanto la noticia de lo ocurrido en casa de Mercedes había llegado á la del conde de Almarza, tutor, como sabemos, de la joven.

Fácilmente se comprende que los criados de ésta, primero al salir en busca de los médicos y después al ir á la botica, dijeran lo que había ocurrido, con el aumento consiguiente á la ignorancia en que estaban de las causas que produjeron aquellas desgracias.

Sin embargo, en una cosa estuvieron conformes.

En que la llegada del marqués había sido la causa determinante de todo.

Del mismo modo que Mercedes era sumamente querida en Epila, Luis era excesivamente antipático para aquellos honrados vecinos.

De aquí que al saber lo grave del estado de la señorita, desatáronse contra su hermano las lenguas de todas las comadres de la villa, que no eran pocas á la verdad.

Leonardo, el ayuda de cámara del conde, se apresuró á entrar en la habitación de su señor, diciendo:

—Señor conde, ¿sabe usted la novedad que ocurre?

—¿Qué novedad es? ¿cómo quieres que yo sepa nada si no he salido de casa?

—¿No tenía usted noticia de la llegada del señor marqués?

—¡Cómo! ¿Luis ha venido sin anunciármelo?

—Sí, señor; y su venida, por lo visto, ha sido una especie de bomba que ha producido en su casa los más deplorables efectos.

—¡Qué estás diciendo!—exclamó el conde, mirando sorprendido á su antiguo servidor.

—Pues poca alarma que hay en el pueblo.

—Pero bien; ¿qué ha sucedido?

—Los médicos, tanto Acebedo como Ruiz, están en el palacio de la baronesa.

—Pero...

—La señorita dicen que se vuelve loca.

—¡Leonardo!

Y el conde, á pesar de sus achaques, impulsado por la emoción que experimentaba, alzóse de su asiento y se aproximó al criado, añadiendo:

—Todo eso es imposible. Mercedes estaba ayer perfectamente.

—Pues hoy está muy mal, y lo mismo le sucede á mi compañero Marcos.

—¿Qué?

—Ahora mismo me da dicho Perico, á quien acabo de encontrar en la botica, que aquella casa es un valle de lágrimas; según parece el señor marqués ha dado muerte al hijo de Marcos.

—¡Jesús!

—¡Si le digo á usted que aquella casa es una verdadera tribulación!

—¡Pronto, Leonardo, pronto! dame mi sombrero y prepárate para acompañarme.

—Cuando quiera el señor conde.

—¡Jesús, Jesús! ¡quién pudiera pensar una cosa semejante! ¡Si yo siempre había esperado de Luis todo lo más malo!... Vamos, vamos.

Y el anciano se disponía á salir de su casa cuando el doctor Acebedo penetró en ella.

—¡Cuánto me alegro que haya usted venido, doctor!—le dijo al verle.—Ahora mismo me acaba de decir Leonardo algo de lo que sucede.

—No se puede usted imaginar, señor conde, todo lo de espantoso que ha sobrevenido en casa de su pupila.

—Pero bien, ¿es verdad lo que Leonardo me ha dicho de que Mercedes está tan mala?

—Más todavía de lo que usted se puede imaginar. El

demonio ha entrado allí y ya le aseguro que ha hecho buena presa.

—Pero bien, ¿qué hay?

—He aprovechado un momento en que Ruíz se ha quedado á la cabecera de Mercedes, para venir á avisarle, á fin de que interponga su autoridad y ponga algún orden en aquella casa.

—Explíquese usted.

—Es algo grave lo que he de decirle.

El conde hizo una señal á Leonardo y este abandonó el aposento.

Entonces el doctor refirió al anciano lo que parecía desprenderse de las frases que había escuchado á Mercedes.

—Pero, doctor, ¡por Dios! ¿cómo ha podido ser eso? Mire usted que lo que me dice es de una gravedad extraordinaria.

—Yo no me he atrevido á interrogar á Petra, cuyo marido me parece que se nos va de entre las manos, á pasos agigantados.

—¡Cómo! ¿Marcos...?

—Está mortalmente herido y si Dios no hace un milagro, lo que es la ciencia crea usted que es impotente para salvarle.

—Y ¿Marcos no ha dicho nada?

—¡Cá! La congestión ha sido de tal naturaleza, que ni ha recobrado el sentido, ni creo que le recobre más que para morir.

—¡Jesús, que desgracia! ¿y el marqués?

—Me he visto obligado á invocar mi autoridad de médico para arrojarle de la habitación de su hermana. Su presencia produce tales accesos en la enferma, que podrían poner en peligro su vida, caso de repetirse.

—¡Pero eso es atroz!

—Sí, señor, y tan atroz que yo mismo no puedo volver de

mi asombro, considerando que haya un hermano que obre de esa manera.

—De modo que él ha llegado hoy, por lo visto.

—Sí, señor, y sin dar aviso de ningún género. El miserable, y dispénseme usted, señor conde, si así le califico, se conoce que tenía ya elegidas sus víctimas y quiso cogerlas desprevenidas.

—Pues voy, voy al momento; porque quiero saber la verdad.

—Y sobre todo tome usted la dirección de aquella casa; porque, la verdad, allí no hay disposición para nada. Este ha sido mi objeto al venir á fin de prevenirle.

—De modo que Mercedes...

—De momento no puedo decirle á usted nada. Creo que podremos salvarle la vida, pero...

—¿Qué? ¡acabe usted!

—Me temo mucho que la perturbación mental va á ser imposible conjurarla.

—¡Válgame Dios, que desgracia!

—Voy á hacer dos visitas que tengo de alguna gravedad, y me vuelvo inmediatamente á casa de Mercedes.

CAPITULO LVIII

El hermano y el tutor

MULLER, como hemos dicho, no cesaba de husmear, así lo que se decía entre los criados de la casa, como de las murmuraciones del pueblo.

Luis habíase encerrado en sus habitaciones y meditaba acerca de lo que debía hacer.

—Por supuesto,—decía paseándose por la estancia,—que aquí el verdadero culpable de todo ha sido el conde. No sé mi padre que idea tuvo al nombrar tutor á un viejo achacoso y medio memo, que maldito para lo que sirve. Otra cosa hubiese sido si en vez de nombrarle á él hubiese nombrado al barón de Aliaga, hombre de mundo y á quien no podía engañar fácilmente una niña caprichosa y soñadora como mi hermana. Estos médicos es menester que salgan de casa inmediatamente y yo traeré de Zaragoza otros que diagnostiquen algo mejor la enfermedad que este par de cernícalos que mi padre quiso proteger. Se han empeñado en revestir el mal

de formas tan superiores con el propósito de darse lustre, ¡que sabe Dios para cuánto tiempo vamos á tener enfermedad! No, lo que es yo corto por lo sano en seguida, y lo mismo que he hecho con mi hermana y con Marcos, haré con ellos si me incomodan mucho.

Al cabo de algún tiempo de reflexión, volvió de nuevo á sus paseos y dijo:

—Quiero tener una consulta respecto á mi hermana, y si como esos estúpidos aseguran se declara la perturbación mental, que, después de todo, nada de particular tendría, yo podría pedir la administración de sus bienes así por su incapacidad cuanto por el estado achacoso del conde, y... vean ustedes por dónde sin haberlo pensado, podía resultarme esta jugada beneficiosa. Necesario será pensar en ello. ¡Y que bien me vendría esa ingerencia en los negocios de mi hermana! ¡un patrimonio tan saneado como el suyo! Nada, nada, es preciso pensar en ello y no abandonar estos lugares por lo que pueda suceder. En cuanto al conde, voy á darle un disgusto de muerte. Su estado, según me han dicho, no tiene nada de satisfactorio y la sofoquina que va á tomarse, podría muy bien facilitarme el camino para esta nueva idea que se me ha ocurrido.

Y largo tiempo se llevó meditando acerca de la conducta que le convenía seguir.

*
* *

Entretanto el conde, acompañado de Leonardo, había entrado en la casa de su pupila.

Casi al mismo tiempo que él, llegó también Acebedo, y el tutor pudo convencerse de la gravedad que encerraba el estado de la joven.

Ésta ni le conoció siquiera.

A pesar de que en aquellos momentos no tenía acceso alguno, en voz baja llamaba á Ricardo y á su hijo, estremeciéndose alguna que otra vez al pronunciar el nombre de su hermano.

—¿Dónde está el marqués?—preguntó el conde á los criados cuando salió de las habitaciones de su pupila.

—Está en su cuarto. ¿Quiere el señor conde que le avise?

—No, yo mismo iré á verle.

Y después de dar algunas disposiciones relativas al orden de la casa, haciendo que Leonardo accidentalmente ejerciera las funciones de Marcos, se dirigió á las habitaciones de Luis.

Antes había estado hablando con Petra, y supo por ella algo de lo que hasta entonces ignorara.

Luis no pudo menos de quedar desagradablemente sorprendido al ver que el conde se le había anticipado y que se presentaba en su habitación en vez de ser él quien hubiese ido á su casa.

Sin embargo, dominó su contrariedad y dijo:

—Precisamente en este momento estaba pensando en ir á ver á usted.

—Pues aquí me tienes, muy disgustado por lo que ha ocurrido y dispuesto á obrar como me ordena el cargo con que tu padre tuvo á bien honrarme.

—¡Esto si que está bueno, señor conde!—dijo el marqués, alardeando de un cinismo verdaderamente repugnante.—Parece que usted se queja, siendo así que el verdadero quejoso debo ser yo.

—¡Tú!

—¡Desde luego! y la prueba de que esa queja es justa, nos la está ofreciendo lo mismo que hoy sucede en esta casa.

—Me parece, Luis, que te olvidas de que en esta casa, y mientras tu hermana no cumpla la mayor edad, soy yo el úni-

nico que tiene derecho para disponer y para hacer cargos.

—No; para hacer cargos me parece que tengo yo más que usted. Hasta ahora mis acusaciones son justas. Usted no puede decir lo mismo respecto á su defensa.

El conde se sentó en una butaca y contempló fijamente al marqués.

*
* *

Este no pudo resistir la nobleza y la lealtad que había en aquella mirada.

Durante algunos momentos, los dos permanecieron silenciosos.

Luis estaba haciendo acopio de su sangre fría y de su descaro para sostener aquella partida que, desde luego, y habiendo tomado la iniciativa el conde, tenía que ser bastante reñida.

El había contado con el efecto de la sorpresa; su manera de atacar estaba reducida á eso; aprovechar la falta de preparación del enemigo para aturdirle, y dominarle desde el primer momento.

La llegada del conde desconcertó su plan, y por esta razón necesitaba pensar en los medios de recobrar la ventaja que perdiera en los primeros momentos.

—¿Conque tienes que formular cargos respecto á mí?—dijo el conde.—Empieza cuanto antes, porque ni estoy para perder el tiempo, ni tú tampoco creo que tengas mucho que perder.

—¡Yo!

—Tú, sí; porque después de lo que ha pasado y de lo que de tí se está hablando en Epila, me parece que no es muy conveniente que permanezcas aquí, cuando menos, por tu propio decoro.

—Vamos, señor conde, me parece que no ha pensado usted bien lo que ha dicho, ó cuando menos arguye que no conoce mi carácter. Cuando he venido á Epila sabía ya á lo que venía y las consecuencias que podía llevar consigo el paso que iba á dar. Es decir, he obrado con entera conciencia de mis actos y me importa muy poco la opinión que puedan formar las eminencias de Epila. Si usted hubiese cumplido con su deber, si hubiese vigilado más á su pupila, no me hubiera puesto en el caso de que yo tuviera que volver por mi honor, que usted había dejado que pisoteara un miserable.

—Si tú hubieses cumplido, no ya con tus deberes de hermano, sino con los que tiene toda persona honrada; no te hubieses alejado de aquí ni hubieses sido completamente extraño para Mercedes, todavía podría encontrar razonable tu actitud; pero si tú mismo has roto los vínculos que nos unían, si tú no has pensado en nosotros sino para que te sacásemos de tus vergonzosos apuros, si no has venido aquí más que para mal vender ó empeñar tus fincas ó para proponer á tu hermana una venta infame contratada por tí con el hombre á quien debías una respetable suma, si no has pensado en que yo estaba enfermo y achacoso más que para pedirme dinero, ¿qué derechos puedes alegar, ni de que ofensas de honor te quejas, ni quién eres tú, en fin, para presentarte en esta casa, que no es la tuya, porque la tuya la vendiste ó la tienes hipotecada, trayendo la perturbación y la muerte?

—Yo tengo el deber de velar por el honor de nuestro nombre. Mi padre le confió á usted el honor de nuestra casa; al hacerle á usted tutor de mi hermana, lo mismo que mío, no le confirió la gestión económica exclusivamente, sino que le dió el honorífico encargo de velar por la honra de un nombre sin tacha hasta entonces. ¿Y cómo ha respondido usted á ese encargo?

—Si tu padre me pidiese cuentas respecto al desempeño de mi misión, diéraselas yo tan cumplidas, que no pudiera quedarle la menor duda respecto á mi buena gestión; pero eres tú quien me las pide, y... vamos que no eres el autorizado para hacerlo. Bueno y santo que pida cuentas de honra el que ha sabido mantener la suya ilesa, pero el que como tú ha arrastrado la suya por los garitos más inmundos y por los más groseros lupanares, el que jamás ha tenido otra idea que la de adquirir dinero para derrocharlo, fuesen los que quisiesen los medios para adquirirlo, ese no tiene derechos de ninguna especie. Tu hermana podrá haber faltado, pero harto ha sufrido la infeliz para que tú hayas venido á aumentar sus sufrimientos y á quitarle la vida tal vez, así como se la has quitado á su esposo.

—¡No llame usted á ese hombre esposo de mi hermana! No quiera usted sancionar la unión del miserable criado con su noble señora.

—¡Ya lo creo que la sanciono! En primer lugar que ese que tú llamas miserable criado, valía más, pero mucho más que tú con todos tus timbres de nobleza y ese escudo que tantas veces has manchado. Ricardo jamás había sido criado tuyo. Su padre era el hombre de confianza de tu padre, así como lo fueron también sus antepasados de tus antecesores, por lo tanto ya ves como no era tan grande la distancia que os separaba; y como si eso no fuera suficiente, Ricardo se había hecho un nombre, había adquirido una ejecutoria no como tú por medio de herencia, sino por medio del trabajo, ejecutoria que se la había dado el mundo; tenía una fortuna honradamente adquirida mientras que tú perdiste la que tus padres te habían legado. A él le aclamaban con admiración y á tí te nombran desdeñosamente; él rodeaba á tu hermana de cariño, de afecto, mientras que tú solo la concedías la indiferencia, el

olvido y el abandono. Ya ves si había distancia entre uno y otro.

*
* *

Centelleante la mirada, apretados los labios y crispadas las manos, el marqués estuvo escuchando las palabras del conde.

Había creído dominarle, había creído producirle un escándalo, del cual quizás resultara, dado su achacoso estado, alguna desgracia que le permitiera la gestión de los bienes de su hermana y esto se le escapaba de las manos, porque el conde parecía haber recobrado toda su antigua energía.

Así fué, que apenas terminó éste su capítulo de cargos, le dijo:

—Ya no me extraña nada de cuanto aquí ha pasado; ahora veo bien clara la complicidad del noble amigo de mi padre en la vergonzosa deshonra de su hija.

—¡Basta!—gritó el conde alzándose de su asiento y dando un paso con ademán amenazador hacia Luis.—Ni aún á tí, hijo de mi honrado amigo, que estoy seguro que desde el cielo ve y aprueba mi conducta, se lo puedo consentir. Lo que has hecho no es más que la consecuencia lógica y natural del proceder que siempre usaste y de la vida que has llevado. Entre la crápula y el desenfreno, entre el juego y la orgía no puede adquirirse más que lo que tú has adquirido; altanería, orgullo, carencia de sentimientos, afanes de venganza y ruptura de todos los vínculos del respeto y del cariño. Has sido el verdugo de tu hermana; has sido el verdugo de ese pobre anciano á cuyo hijo le quitaste la vida, tal vez pretendías serlo de mí también para recoger entonces toda la herencia de tu hermana y jugarla quizás, al día siguiente á una carta ó para gastarla en un tren para una de tus queridas; pero lo que es respecto

á esto último te has equivocado, Luis. Dios da fuerzas según las necesidades y á pesar de mi estado, me sobra energía para hacer respetar mis derechos y para exigirte, entiéndelo bien, para exigirte que salgas de esta casa, donde valiera mucho más que no hubieras entrado.

—Señor conde, estoy en la casa de mis padres.

—No, estás en la casa de tu hermana; porque la madre de Mercedes, sabes muy bien, que no era tu madre.

—¡Oh!

—Inútil es que alardees de cólera ni que vengas con amenazas. Viejo soy, pero todavía no me intimidan los bravucones de oficio, ni los duelistas de tu estofa. Conque así ya sabes lo que te toca hacer.

Y el anciano, después de pronunciadas estas palabras, dominando con su mirada á Luis, salió del aposento sin que éste se atreviera á impedir su salida.

CAPITULO LIX

La venganza del marqués

Una vez que el joven se encontró solo en el aposento, dió rienda suelta á su cólera.

Muller fué la primera víctima de ella.

Pero el flemático alemán ya estaba prevenido.

Había escuchado detrás de la puerta casi toda la conversación que su señor tuvo con el conde, y más de una vez murmuró:

—¡Demonio de viejo, y que claro se las canta á mi señor! Después lo pagaré yo.

Y así fué efectivamente; el marqués no podía desahogar su ira en ninguna de las demás personas de aquella casa; pero en cambio, con Muller, apenas le vió, le increpó diciéndole:

—¿Por qué no me has avisado que se había presentado el conde en esta casa? ¿Es para eso por lo que yo te tengo á mi servicio? Requebrando, sin duda, á las criadas de mi hermana

ó bebiendo en la cocina, te has olvidado de tu obligación. Señor Muller, cuando se está al servicio de una persona como yo, no se cometen semejantes distracciones.

—El señor marqués olvida sin duda una cosa muy esencial,—repuso Muller con aquella calma que no le abandonaba nunca.

—¿Qué? ¿qué es de lo que yo me olvido?

—Que yo no conocía al señor conde y el señor marqués no me había hablado jamás de él.

Luis se mordió los labios porque efectivamente el criado tenía razón.

Sin embargo, no quiso darse por vencido, y dijo:

—Un buen criado debe adivinar sin necesidad de que se le advierta.

—No sé lo qué el señor marqués quisiera que hubiese adivinado. Si no conocía al señor conde ni podía preveer que viniese, ¿cómo había de adivinarlo?

—Está bien; déjame en paz y no me vengas con sandeces.

Muller se encogió de hombros con aire resignado y salió fuera del aposento.

Luis comenzó á pasearse por él, murmurando:

—¡Viejo imbécil! tiene la pretensión de censurar mis actos, embaucado, como se conoce que está, por mi hermana. Ya sé que no estoy en mi casa, y por lo mismo voy á alejarme de ella inmediatamente; pero yo podré decirle siempre que he salvado el honor de nuestro nombre, que él por su confianza y mi hermana por su liviandad, habían puesto completamente en evidencia.

*
* *

Pero el marqués no estaba satisfecho con todo el daño

que había causado, era preciso que lo aumentase, si todavía era posible hacer más triste, la situación de Mercedes.

Llamó á Muller y le dijo:

—Disponlo todo, que vamos á salir inmediatamente para Zaragoza.

—¡Cómo, señor; estando así la señorita!...

—Ya te he dicho que no necesito observaciones; acostúmbrate á suprimirlas, porque cuando dispongo una cosa es porque ya lo tengo resuelto.

—Yo creí...

—Pues creiste muy mal. Haz lo que te he dicho y tengamos la fiesta en paz.

El marqués, una vez que Muller comenzó á ocuparse en recoger la ropa que pocas horas antes había sacado de las maletas, salió del aposento y se dirigió hacia las habitaciones de su hermana.

Pero Acebedo y el conde le salieron al paso, diciéndole el médico:

—Dispense usted, señor marqués, que ya le he dicho que no era conveniente que entrara usted en la habitación de su hermana.

—Ni lo pretendo tampoco,—repuso secamente el marqués.—No podía imaginarme jamás que al venir á mi casa se me recibiera de esta manera.

—Si no hubieses dado lugar á ello...

—Si ustedes hubiesen velado con más interés por el depósito confiado á su custodia, no habría yo tenido que obrar de esta manera.

—Usted era quien debía no haber tenido la crueldad de manifestar á su hermana lo que había hecho,—dijo Acebedo.

—No es usted la persona autorizada para dirigir una re-

convención de ningún género. El carácter que desempeña usted en esta casa, no le autoriza para ello. En resumen; como no estoy para discusiones, que por otra parte serían completamente inútiles, voy á marcharme inmediatamente.

—No hay necesidad de que á estas horas salgas de Epila, —dijo el conde.—Por más que tu proceder haya adolecido de falta de corrección y más que todo de falta de sentimiento, tu hermana, no consentiría que te alejases de aquí el mismo día que has llegado.

—Muchas gracias por esa especie de arrepentimiento de última hora.

—Como quieras,—dijo el çonde secamente.

—He venido á participarle á usted mi resolución, asegurándole al mismo tiempo, que ni me arrepiento de lo hecho, ni dejaría de hacer lo mismo, si en un caso semejante me volviera á encontrar.

—Lo cual hace de tí el más cumplido elogio,—repuso el conde.—Supongo que no te marcharás sin que dejemos formalizada una pequeña cuenta que hay pendiente desde hace muchos años, y como yo voy estando achacoso cada vez más, y tu hermana se va aproximando á la mayor edad, si es que Dios quiere salvarla de ésta, no quiero por ningún estilo que al rendirle cuentas, resulte que sus intereses han sufrido la menor depreciación.

—Sí; ya veo que mira usted bien por ellos, así hubiese usted mirado tan bien las cuestiones de honra.

—No es á tí á quien debo dar cuenta de eso, como te dije antes.

—Y yo ignoro á qué puede referirse esa observación que me ha hecho usted, respecto al descubierto en que he estado.

—Hace ya ocho ó diez años, que tomaste, es decir, que

te facilitó tu hermana porque suyos eran, veintitres mil duros por la hacienda de los «Chorritos,» cerca de Tauste.

—¡Ah! sí, ya recuerdo.

—Como la cosa apremiaba y no había tiempo de hacer la escritura, firmaste un recibo, recibiste tu dinero, y te marchaste. Esta situación es la que hay que legalizar, y por esto te he dicho que antes que marches es menester que la arreglemos.

—En Zaragoza me encontrará usted á su disposición.

—Pero si no hay necesidad de que te marches.

—Sí, señor, que la hay. Usted me ha hecho comprender que no estaba en mi casa, y no soy de aquellas personas á quienes hay que repetir las cosas dos veces.

—Tú debes comprender que has dado lugar á que así te se hable.

—Pues por lo mismo que comprendo que no estoy en mi casa, permaneceré en Zaragoza el tiempo que juzgue conveniente, y allí podremos formalizar ese contrato.

—Como gustes.

—¿Cómo sigue mi hermana?—preguntó Luis, dirigiéndose al doctor.

—Todavía no puedo decir nada, su situación es tan grave como la del pobre Marcos.

—¡Bah! eso se les pasará pronto.

—Y tan pronto, como que si mañana no se define de un modo claro la situación, habrá que enterrar al pobre Marcos, y su hermana de usted será muy posible que le siga.

—Con lo cual, tu obra se habrá cubierto de gloria.

—Vale más que se mueran dejando que ignore el mundo lo que han hecho, que no que vivan para seguir salpicándonos con la ignominia en que se han hundido.

—Esa será tu opinión.

—Y la de toda persona honrada,—repuso secamente Luis.

*
* *

El marqués, cuando llegó á su habitación, preguntó á Muller:

—¿Está ya todo listo?

—Todo; sí, señor.

—Todavía tenemos una hora hasta que pase el mixto que viene á Madrid, así es, que puedes dirigirte muy despacio á la estación, llevándote el equipaje.

Muller no hizo observación alguna, y á poco salía de la estancia, quedándose en ella solo el marqués.

—Que gran cosa sería,—murmuraba á la par que encendía un cigarro, y contemplaba con cierta delicia las espirales que formaba el humo,—que gran cosa, repito, que yo le pudiera birlar á mi hermana esos veintitres mil duros de la posesión de los «Chorritos.» A cualquier hora encontraré yo en Zaragoza quien me dé treinta mil por ella, porque precisamente han ganado extraordinariamente aquellos terrenos, y el cuidado que el conde ha desplegado para mejorarla, ha aumentado su valor. No hay escritura, no aparece nada en la oficina de hipotecas, no hay más que un simple recibo, y eso no vale nada. Gran venganza sería esta, á mas de alguna otra que ya le tengo preparada, porque todos los insultos que á mí me han dirigido, se los tienen que tragar ó poco he de poder.

Y durante un buen espacio, tan preocupado estuvo, que apenas si se percibía el rumor de su respiración.

Después, dijo:

—Yo recuerdo que hace años me habló alguien de esa posesión, y yo dije que no la quería vender. ¿Quién fué,

señor? ¿quién fué la persona que tanto empeño mostraba por ella?

Y el joven sujetó su pensamiento á un trabajo extraordinario, á fin de ver si recordaba la persona de quien se trataba.

Y sin duda lo hubo de conseguir, porque dándose una palmada en la frente, exclamó:

—¡Justo! ese fué, el barón de la Canal, porque tiene tierras colindantes con aquella posesión, y le convenía mucho hacer de todo una sola finca. En cuanto llegue á Zaragoza, le veré.

CAPITULO LX

El descubrimiento de Faustina

A pesar de que Faustina tan eficazmente había contribuido á las desgracias que pesaban sobre Mercedes, no había podido suponer que Ricardo hubiese muerto.

Creía, desde luego, que había mediado alguna escena violenta entre Ricardo y el marqués, tras de la cual sobrevendría el rompimiento, y que habiendo quedado libre Ricardo, sería fácil que algún día comprendiera el cariño que ella le profesaba.

Porque Faustina, si envidia había tenido á su señora, si se había prestado á secundar los deseos del marqués, si había obrado, en fin, de la manera que hemos visto, fué, más que todo, por el amor que profesaba á Ricardo.

Este amor la avasallaba por completo, y había ido creciendo por grados alentado por los celos, adquiriendo proporciones verdaderamente fabulosas.

Desde el momento en que Luis se había presentado en Zaragoza, juzgó ganado su pleito, como vulgarmente se dice, con mayor motivo, después de la explicación que entre ambos medió.

De aquí que cuando su primo fué á verla como de costumbre, y que como sabemos abrigaba sus pretensiones respecto á ella, la encontró bastante cambiada.

Este cambio, no reconocía otra causa que las nuevas esperanzas que en su corazón hiciera germinar la revelación del marqués.

Tentada estuvo de escribir á Ricardo una carta, condoliéndose del disgusto que debía haber sufrido al ser bruscamente atacado por el marqués; consolándole y ofreciéndole su amistad.

De este modo, trataba de insinuarse en el corazón del pintor.

Pero después, resolvió esperar el regreso del marqués que le había ofrecido verla á su paso por Zaragoza, para adquirir algunos detalles más, y poder, con mayor conocimiento, escribir la carta proyectada.

Con el pensamiento habíase trasladado á Epila, y asistido á la escena que debía haber mediado entre Luis y su hermana, recreándose con el disgusto que había experimentado ésta.

—Que se fastidie,—decía,—¿quién le mandaba quitar á las que tienen más derecho que ella, sus amantes?

*
* *

El marqués llegó á Zaragoza, y de lo que menos se ocupó en los primeros momentos, fué de ir á ver á Faustina.

La indicación que le había hecho el conde respecto á la posesión de los «Chorritos,» había abierto nuevos horizontes á su ambición.

Su verdadero objetivo al ir á Zaragoza, no era otro que el de ver al barón de la Canal, y reanudar si era posible la negociación desechada en otro tiempo.

Así fué, que desde el día siguiente procuró hacerse el encontradizo con él, diciéndole:

—Oye, barón; ¿sigues todavía pensando lo mismo que en otro tiempo, respecto á la adquisición de mi hacienda de Tauste?

—Yo no tengo más que una palabra,—repuso el barón,—te dije entonces que si pensabas venderla, por lo que otro te diera me la quedaría yo, y sigo diciéndote lo mismo. Por supuesto, que hoy la tendrás gravada de tal manera, que no será posible que podamos hacer nada.

—No lo creas.

—¡Pero hombre! si sabemos que todos tus bienes están vendidos, ó hipotecados, que todavía es peor. Te has dado tanta prisa á gastar con tu prolongada permanencia en el extranjero, que no me extraña...

—Si me he deshecho de algunas fincas, no te creas que ha sido á humo de pajas, porque también he adquirido otros valores de importancia.

—¡Ya, ya! buenos deben estar tus valores.

—En resumen; ¿te conviene la hacienda ó no?

—Sí, ¡hombre! ¿no te lo digo?

—Pues entonces, mañana trataremos de ello.

—Cuando tú quieras.

*
* *

Satisfecho por aquel resultado el marqués y seguro de hacer negocio en perjuicio de su hermana, pudo dedicarse con verdadero afán á ver á Faustina.

La joven, no esperaba haberle visto tan pronto en Zaragoza.

Así fué, que al tener noticias de que estaba allí, se apresuró á dirigirse á la fonda en que estaba, diciéndole apenas le vió:

—¡Caramba, señor marqués! ¿cómo tan pronto de vuelta?

—¡Qué había de hacer! ya no tenía objeto mi permanencia en Epila, y francamente, como aquello tiene muy poco de agradable, he apresurado mi salida.

—¿Y la señorita?

—Bien,—contestó friamente el marqués.

—Supongo que habrá usted tenido alguna incomcdidad muy grave con ella.

—Era natural.

—Deseaba ver á usted, señor marqués, para hacerle una pregunta.

—¿Una pregunta?

—Sí, señor:

—Dí todo lo que quieras, que si puedo satisfacer tus deseos...

—Desde luego. ¿Cómo le podría escribir á Ricardo de manera que llegase á su poder?

Semejante pregunta que no podía esperar el marqués, le desconcertó algún tanto.

Sin embargo, se repuso inmediatamente, y con acento de disgusto, contestó:

—¿Y para qué quieres escribir á Ricardo? ¿Qué tienes que decirle?

—Supongo que debe encontrarse muy desesperado, y en este caso, es natural que desee encontrar una voz amiga que le consuele.

—¿Y crees tú que tendría tu voz toda esa virtud?...

—No sé; pero me parece...

—Pues es completamente inútil que pienses en eso, Ricardo no tiene necesidad de tus consuelos.

—Pero...

—Te digo que no le hacen falta, y no me mortifiques más sobre este asunto, porque respecto á él he pronunciado ya la última palabra.

*
* *

El acento con que el marqués pronunció estas palabras, y más que todo la expresión con que revistió su semblante, produjeron en la joven desagradable impresión.

Durante algunos segundos, permaneció silenciosa, hasta que dijo después:

—No sé por qué se ha incomodado usted de ese modo, cuando me parece que le he servido con una fidelidad, de la cual no creo que tenga usted queja alguna.

—Mira, Faustina, no recordemos servicios, que á nada conducen en estos momentos semejantes recuerdos. Si me has servido, también la recompensa ha estado en proporción del servicio, conque así, estamos en paz.

—Si yo no me quejo de eso, únicamente me sorprende que al manifestarle mi deseo de escribir á Ricardo, se haya usted puesto de esa manera.

—Porque no es conveniente que le escribas.

—Pero Ricardo es un amigo de la infancia...

—Pero si ese amigo de la infancia no solamente no te ha hecho caso, sino que con su indigna conducta se ha hecho acreedor al castigo que le he dado, me parece que no debes acordarte más de él.

—¡Al castigo!—exclamó la joven sorprendida.

—Sí, al castigo que merecen los que se olvidan de su condición, y los que ultrajan el honor de una familia.

—¡Señor marqués!—exclamó la joven con voz alterada,—¿qué quiere usted decir? ¿qué es lo que ha hecho usted con Ricardo?

—No te importa; lo mismo que haré con todos los que se porten como él se ha portado.

—¡Por piedad, señor! ¡dígame usted, qué ha sido de Ricardo!

—Ve, y pregúntaselo á su padre, y no me mortifiques más con preguntas á las cuales no puedo contestar.

—¡Que se lo pregunte á Marcos! Bien sabe usted que eso es imposible habiendo salido de la casa como salí, por haberle servido á usted. Por esta misma razón me creo también con algún derecho á que me dé usted noticias de Ricardo.

—Pues bien, para que no me mortifiques más, no debes pensar en él porque ha muerto.

*
* *

Fué tal el efecto que causó en Faustina aquella contestación tan horrible, que durante un buen espacio permaneció sin poder articular una sola frase.

Densamente pálida, caídos los brazos á lo largo del cuerpo, con la mirada fija y presa de violenta agitación, la joven contemplaba al marqués, no atreviéndose á dar crédito á lo que acababa de decirle.

—Vamos, ¿por qué me miras de ese modo?—dijo Luis con sequedad.—¿Querías acaso que después de la ofensa que me había inferido le diera todavía las gracias?

—¡Oh, señor marqués!—repuso por fin Faustina, articulando lentamente las palabras,—no podía imaginarme que

sirviéndole, fuese yo misma la autora de su muerte. Si Ricardo fijó sus ojos en la señorita, la verdadera culpable, debió ser ella que correspondió á sus miradas, y si alguien debió sufrir el mayor castigo, debió ser ella.

—No estoy para discutir contigo, ni eres tú la persona á propósito para comprenderme; pero no tengas cuidado, que si he castigado al amante, lo que es la amada, también tiene que llorar algún tiempo. Todos los que directa ó indirectamente han tratado de cubrir de oprobio mi nombre, todos han tenido que sufrir el castigo de su culpa.

—¡Pero nadie como el pobre Ricardo!—exclamó Faustina rompiendo á llorar.

—¡Válgame Dios, y con qué sentimentalismos te vienes á última hora!—repuso con desdeñoso acento el marqués.—Tranquilízate, que aun cuando hubiese vivido, puedes tener la seguridad de que Ricardo no hubiese sido nunca para tí.

Faustina no contestó.

Dirigió una última mirada al marqués, mirada en la cual había tal vez tanto odio como dolor, y salió del aposento haciendo una ligera inclinación de cabeza.

*
* *

La joven, no se atrevió á dirigirse á la casa en que servía.

El dolor que la embargaba era de tal naturaleza, que temía que lo advirtiesen sus señores.

Una vez que estuvo en su casa y pudo dar rienda suelta á su dolor, exclamó con un acento indescribible:

—¡Raza de víboras! no estáis contentos con haber causado mi desgracia de un modo, sino que hasta la esperanza me habéis quitado de haber podido ser feliz algún día. Y pensar que yo he sido la única culpable, pensar que á no haber sido

por mis estúpidos celos ni el marqués hubiese sabido nada, ni la horrible infamia se habría consumado. ¡Oh! pero les juro, que todo el daño que me han hecho, lo han de pagar con creces. Tal vez no pueda revolverme contra el marqués, pero lo que es su hermana que es la causante de todo, se ha de acordar de mí. Ahora, lo único que necesito, es saber todos los detalles de esa infamia. Porque la deshonra tiene que haber sido completa, para que el marqués haya obrado del modo que lo ha hecho. Yo ahogaré mi dolor, ahogaré mi despecho, sabré mostrarme resignada y tranquila, para sacar del marqués todas las noticias que necesito. Pero una vez que las sepa, ¡ay de su hermana entonces, porque su deshonra será conocida por doquiera!

Entretanto el marqués, no se volvió á preocupar más por Faustina, murmurando únicamente así que la joven salió de la fonda:

—¡Valiente tonta está la muchacha! Ya había yo supuesto que los celos solamente fueron los que la impulsaron á servirme. Sin duda se creería que después de haber roto esas relaciones, el pintor se casaría con ella. Es verdad que la única disculpa que tiene, es que no conoce toda la gravedad que tenía el mal, y por lo tanto, supondría sin duda que todo quedaría reducido á una simple ruptura de relaciones. En medio de todo, siento que lo haya tomado así, porque me priva de un auxiliar que tal vez me hubiese servido de alguna cosa. Veremos cómo lo puedo arreglar todavía.

CAPITULO LXI

Muller

Ya hemos visto las disposiciones de ánimo en que Muller se encontraba respecto á su señor.

Profundamente interesado, pero no tan malvado como su amo, las últimas escenas que había presenciado tanto en Italia como en Epila, le habían disgustado de un modo extraordinario.

Porque comprendía que con Luis, no le servía de nada la posesión de secretos, sino que estos mismos secretos podían ser causa de su perdición, pues por lo visto, el marqués ante nada se detenía, ni nada era capaz de impedir la realización de los planes que hubiera concebido.

Siempre había deseado conocer algún secreto de sus señores, porque como él decía, esto siempre le daba algún ascendiente sobre ellos.

Pero ya los secretos del marqués eran de tal naturaleza, que pesaban demasiado.

Había escuchado las acusaciones que el conde le había hecho en Epila, había visto el concepto en que le tenían los criados de su hermana, le había repugnado aquella crueldad de que estuvo haciendo alarde, y, finalmente, la conversación que había tenido con Faustina, también la había escuchado.

—Pues, señor,—decía después,—no me he equivocado en el juicio que tengo formado de mi señor. Utiliza todo lo que cree conveniente y después rompe por lo visto, aquellos instrumentos que juzga que ya no le sirven. Necesario ha de ser que yo esté muy sobre aviso, y hasta por lo que pueda ocurrir, quizás me convendría tener algún aliado por aquí. ¿Pero de qué manera crearme estos aliados? Aquí el que mejor y el que más me hubiera convenido habría sido la señorita, pero en el estado en que se halla, ¿cómo he de entenderme con ella? Aquí no hay más remedio sino buscar á esa Faustina, hacerme su amigo á fin de que me tenga al corriente de lo que suceda en Epila. Porque lo que es en cuanto estemos en Viena, yo abandono la casa del marqués; pues servir á una persona así, es muy expuesto.

Y Muller formaba cien proyectos que los iba desechando poco á poco, juzgándolos irrealizables en su mayoría.

Finalmente, concibió uno tal vez más acertado.

—Escribiré al señor conde y no firmando la carta no hay necesidad de ponerme por el momento en evidencia. El día en que me convenga utilizar ese servicio, ya encontraré el medio de hacer valer lo que hice.

Y efectivamente, cogió la pluma y escribió al conde una carta en que le decía que no hallándose la señorita en estado de poder escuchar una revelación que, en medio de su profundo dolor, podría quizás templárselo algún tanto, se la hacía á él para que hiciese de ella el uso que tuviera por conveniente.

Esta revelación se reducía á manifestarle quienes eran las personas en cuyo poder había estado el hijo de Ricardo, como le había arrebatado de allí el marqués y el lugar próximamente, donde le dejó abandonado.

Al mismo tiempo, añadía, que quien aquel servicio le prestaba, si algún día podía adquirir otros detalles se los comunicaría inmediatamente.

Justificaba el incógnito que guardaba en aquella ocasión con los peligros que tal vez podría correr por efecto de la vigilancia de que era objeto; pero le encargaba que conservase aquella carta, de la cual él se reservaba una copia que presentaría oportunamente si llegaba el caso de que necesitara acreditar su personalidad.

*
* *

Una vez que esta carta la echó al correo, dijo:

—Ahora ya tengo asegurada una protección por esta parte; veamos si consigo entenderme con Faustina.

Y como que sabía la casa donde ésta estaba sirviendo, se dirigió á ella inmediatamente que sus ocupaciones se lo permitieron.

Allí supo que la joven había tenido que retirarse enferma á su casa.

Esto le contrarió algo, creyendo que había perdido las huellas de la joven, pero le dijeron donde vivía la familia de ésta y á su casa se dirigió.

Faustina había pretextado aquella enfermedad á fin de poder dedicarse algunos días á concentrar sus ideas y á tranquilizarse, á fin de poder ver al marqués y saber lo qué deseaba.

Muller no era desconocido para Faustina, y de aquí que al verle la joven se apresuró á decirle:

—¿Le envía á usted el señor marqués?

—No señora; vengo por mi propia cuenta.

La joven le miró sorprendida.

—¿Es decir, que el señor marqués no sabe que ha venido usted?

—No por cierto.

—Entonces...

—He querido hablar con usted particularmente, porque quizás de nuestra entrevista resulte algo que pueda ser beneficioso para los dos.

—¡Beneficioso! No comprendo lo que quiera usted decir.

—Mire usted, Faustina, estoy más enterado de lo que usted cree, de todo cuanto con usted se relaciona más y quizás mis palabras faciliten los proyectos que usted haya podido concebir.

—¿Y qué sabe usted, si yo tengo algún proyecto?

—Joven, me precio conocer lo suficiente el corazón humano, para que tras un golpe como el que usted ha recibido, no piense en vengarse.

—¡Oh!

Y Faustina no pudo ocultar el efecto que le causaran las palabras de Muller.

—Aquí para entre los dos,—prosiguió éste,—el marqués ha procedido muy mal con usted.

—¡Oh! no es de él de quien me quiero vengar.

—¿Pues de quién?—preguntó sorprendido Muller.

—De ella, de la mujer que me arrebató el cariño de Ricardo, de la que verdaderamente ha sido la culpable.

—Ande usted, que bien castigada está la infeliz.

—No tanto como merece.

—Joven, usted esta cegada por los celos y no sabe usted nada de lo que ha pasado.

—¿Acaso lo sabe usted?

—Sí, señora.

—¿Todo?

—Todo.

Faustina miró sorprendida á Muller y al cabo de algunos momentos, le dijo:

—¿Para qué ha venido usted á verme?

—Para consolarla.

—No hay consuelo para mí.

—¡Quién sabe!

—Imposible, la muerte de Ricardo ha destruido todas mis esperanzas, y más que todo me duele el haber sido yo misma el instrumento que más ha servido al marqués.

—¿Y le consta á usted de una manera positiva la muerte de Ricardo?—dijo Muller mirando fijamente á la joven.

Esta miró con asombrados ojos á su interlocutor.

—¿Qué quiere usted decir?—le preguntó

—No me ha contestado usted á mi pregunta.

—El marqués así me lo ha dicho.

—Pues bien; ¿usted quiere ser mi amiga?

—No comprendo lo que significan esas palabras. ¿Por qué he de ser yo enemiga de usted?

—No ser enemiga, ya es algo; pero no lo suficiente todavía. La advierto á usted, que esa amistad que la exijo, no la obliga á nada más que para tenerme al corriente de todo lo que ocurra en Epila.

—Pero bien; ¿qué es lo que ha pasado allí?

—Todo esto contaré á usted con otras muchas cosas que ignora, y que todas ellas quizás la sirvan de mucho para el porvenir; pero antes, necesito saber si realmente puedo contar con su amistad.

—Desde luego.

—Me parece que después de la escena que ha mediado entre usted y el marqués, habrá podido convencerse de todo lo que de él puede esperar.

—Y sin embargo, ya ve usted si le soy franca. Yo pretendía ver al marqués todavía.

—¡Qué pretendía usted verle! ¿para qué?

* * *

La joven se detuvo vacilando.

Realmente la mortificaba aquella revelación.

Porque ella misma comprendía todo lo de repugnante que tenía el papel que había estado haciendo en aquel asunto, así como igualmente el que quería adjudicarse en lo sucesivo, merced á los antecedentes que pudiera obtener del marqués.

—Vamos, hable usted,—volvió á decir Muller, comprendiendo que cuando la joven vacilaba, era porque sin duda no debía ser muy correcto el objeto de aquella entrevista.

—Pues bien;—repuso la joven haciendo un esfuerzo y comprendiendo que era necesario decirlo todo.—El deseo de ver al señor marqués era para que me diese antecedentes respecto á lo ocurrido en Italia. Yo he servido en este asunto á ciegas; hasta mí no han llegado más que los efectos sin que conozca las causas, y como que para mí, como antes he dicho, la primera culpable, la que no perdono ni perdonaré jamás, es la señorita, quiero saberlo todo para poderme vengar de ella.

Muller volvió á contemplar á Faustina con una mirada llena de conmiseración, y la dijo:

—¡En que error tan grande está usted! valiérale mucho más, y ya ve usted si como amigo la hablo, no haberse mezclado en este asunto, porque de él no ha sacado usted, estoy seguro, otra cosa que un gran remordimiento. Yo he tenido

que intervenir en él, y hoy que conozco á fondo los hechos, puedo asegurarla que me arrepiento de la participación que en ellos he tenido.

—Pero...

—Usted ha vivido en un error; los celos la ofuscaron sin duda, y no ha sido usted otra cosa que el instrumento de una mala pasión. Su señorita de usted sufre demasiado y quizás pague con la vida el ligero extravío que ha tenido.

—Pero bien; usted ha prometido contarme lo que ha pasado en Epila,—repuso Faustina, en quien no habían dejado de producir efecto las palabras del alemán.

—Sí, señora; del mismo modo que también estoy dispuesto á decirla todo lo demás que ignora, pero ya sabe usted la condición.

—¿Amistad completa?

—Absoluta.

—Pues bien, seré su amiga de usted.

CAPITULO LXII

Qué sucedió en Epila, después de la salida del marqués

Conocía Muller, demasiado el corazón, para dejar de comprender que la promesa que la joven acababa de hacerle, cuando menos en aquel momento, era sincera.

Tal vez más adelante podría cambiar de opinión, quizás se despertase en ella con más violencia el espíritu de venganza, pero por de pronto él necesitaba tener una aliada allí, que le tuviese al corriente de lo que sucedía en Epila, á fin de obrar en armonía con lo que de allí supiera, y ésta la había encontrado.

—La amistad que desde hoy nos une, tenga usted presente que á uno y otro nos obliga á servirnos en absoluto; y á no fiarnos de nadie sino de nosotros mismos.

—Lo sé; pero dígame usted lo que me tenía que decir.

—En primer lugar, la referiré lo que ha pasado en Epila, y porqué ha regresado tan pronto el marqués.

Y entonces Muller, detalló á la joven las escenas que ya conocen nuestros lectores.

Faustina, á pesar de su perversidad, no pudo menos de sublevarse contra el proceder del marqués.

—Ya ve usted,—la dijo Muller,—los resultados que ha dado aquella carta que envió usted.

—¡Calle usted, por Dios! que si yo hubiera sabido que la señorita tenía un hijo...

—De todos modos, crea usted que ha estado muy mal hecho.

—Lo comprendo.

—Pues ahora, va usted á saber también lo que ha ocurrido en Italia.

Y del mismo modo que Muller había referido lo anterior, contó la parte que había tenido en los acontecimientos de Italia, como el marqués se apoderó del niño y le dejó abandonado, y como después dió muerte á Ricardo.

Fué tanta la emoción que todas aquellas noticias le causaron, emoción que se reflejó enérgicamente en su semblante, que Muller ahogó la reconvención que iba á hacer, comprendiendo que harto sufría aquella mujer para aumentar su sufrimiento con sus palabras.

—Yo ahora voy á Italia,—la dijo después de algunos momentos de silencio,—como que nosotros salimos de allí sin habernos enterado de nada, ¿quién sabe si la herida recibida por Ricardo no sería mortal, si le estarán curando, ó, en fin, qué ha sucedido allí después de aquel suceso? De lo que ocurra, yo la tendré al corriente; pero usted, á su vez, es preciso que me tenga también al corriente de cuanto pase aquí; ya sea que se muera la señorita, ya sea que se salve, ya sea también que la ciencia pueda triunfar de la afección que ha herido á ese pobre Marcos. De este modo, puestos de acuerdo, ¡quién sabe si podremos remediar todavía parte del

daño que hemos hecho! usted, instigada por sus celos, y yo, obrando sin antecedente alguno en virtud de las órdenes de mi amo.

Faustina, bajo la impresión del momento, dominada por las palabras de Muller, verdaderamente arrepentida y contristada en aquellos instantes por las desgracias que causara, prometió todo cuanto quiso el alemán, desistiendo de ir á ver al marqués.

*
* *

Luis, bajo pretexto de la conveniencia de marcharse cuanto antes, consiguió del barón de la Canal, ultimar la venta de la hacienda de los «Chorritos.»

Como la documentación estaba libre, no estaba gravada la finca, ni por lo tanto había impedimento alguno que se opusiera á la operación; ésta se realizó por completo, el marqués cogió su dinero, y dijo á Muller:

—Quisiera hablar con Faustina; porque mañana mismo salimos de Zaragoza. Vete á su casa, y dila que venga.

El ayuda de cámara obedeció, y poco después regresaba diciendo á su señor que Faustina se había sentido indispuesta hacía tres ó cuatro días, y que se había marchado á Epila á casa de sus padres.

El marqués, un tanto contrariado por esta noticia, no detuvo sin embargo su viaje, y al día siguiente emprendía el camino de Viena.

Una vez allí, Muller le pidió permiso para ir á casa de sus padres; pues tenía noticias de que su madre estaba enferma, y el marqués le dijo con aquella indiferencia característica en él:

—Puedes estarte en tu casa todo el tiempo que quieras, y si cuando vuelvas no estoy contento con el nuevo ayuda de

cámara, volverás á mi servicio; pero si no, te buscarás otro acomodo.

—Ya ve el señor marqués la razón que tengo para marcharme.

—Sí; pero como que á mí me tienen sin cuidado tus razones y yo no me puedo pasar sin tener quien me sirva, tú vas á cumplir tu deber cerca de los tuyos, y yo, mientras tanto, veré si encuentro mi conveniencia también.

Muller no pudo menos de felicitarse por lo bien que se había arreglado lo que él pretendía.

El mismo marqués le facilitaba el medio para separarse de él.

Habíale preocupado siempre cómo tomaría el marqués aquella resolución, y por esto ideó el suponer la enfermedad de su madre para justificar su salida.

Pero desde el momento en que el marqués le hablaba de aquel modo, era ya inútil que abrigara recelos de ningún género.

*
* *

Entretanto, en Epila reinaba la misma incertidumbre, respecto á la suerte de Mercedes.

Lo mismo Acebedo que Ruíz, estaban desesperados.

La ciencia nada podía con la pobre hermana del marqués.

La vida, como dijeron los dos médicos al conde, la tenía salvada; pero respecto á lo que abrigaban grandes temores, era á su razón.

No era la locura furiosa, sino un estado de insensibilidad tal, que nada era suficiente á conmoverla.

El pobre Marcos, conforme á la predicción de los facultativos, había muerto sin recobrar la razón.

Su viuda, estaba inconsolable.

—¡Oh!—decía muchas veces con desesperado acento.—¡Qué torpe estuve no acertando con la escopeta á aquel miserable!

Y cada vez que veía á su señorita en el estado en que se hallaba, exclamaba la pobre mujer:

—Al menos, ella feliz, no siente nada, ni por nada se conmueve; pero yo estoy viendo sin cesar ante mí á aquel *Iscariote* que dió muerte á mi pobre Marcos, y no siento más sino que él viva, mientras que mi pobre marido ha muerto.

El conde, también había perdido de un modo extraordinario en el tiempo que había transcurrido desde que el marqués salió de Epila.

En primer término, estaba el dolor que le producía el estado de Mercedes, y en segundo, el engaño de que había sido víctima por parte del marqués.

La primera noticia que tuvo, fué la que le llevaron los arrendedores de la hacienda de los «Chorritos,» al decirle que se había presentado á tomar posesión de ella, el barón de la Canal.

Entonces supo todo lo que había pasado.

Y su furor no tuvo límites, al comprender el engaño de que había sido víctima.

¿Y qué hacer?

Es verdad que tenía en su mano el medio de poner en evidencia al marqués.

¿Pero acaso debía hacerlo?

Era el hijo de su amigo, era el hermano de Mercedes, y la estafa que se le podía probar, siempre sería una mengua para su nombre, sin que por esto pudiera recobrar el dinero estafado.

Por otra parte, se trataba de una posesión de su perte-

nencia, y el dinero que él había dado por ella, era de Mercedes.

Esta, se hubiera ofendido si llegaba á recobrar la razón de que por aquella cantidad se le hubiese puesto en evidencia.

Por lo tanto, decidió callar y esperar el sesgo que tomaba la enfermedad de la joven para resolver.

Había recibido la carta de Muller, y aquellas noticias que para nada le servían entonces, le dieron alguna esperanza para en el caso de que su pupila recobrara la razón.

Las palabras que en su delirio había pronunciado Mercedes, lo que Petra había dicho respecto á la causa de la muerte de su marido, todo ello puso á los médicos al corriente del drama que había tenido lugar en Italia.

Así fué que el conde no vaciló en consultar con Acebedo y con Ruíz lo que debía hacerse en vista de aquella carta.

—Por el momento,—dijo el primero,—juzgo completamente inútil el que tratemos de infundir alguna esperanza en el ánimo de la enferma.

—Soy de la misma opinión,—añadió el segundo;—la baronesa no se encuentra en estado de apreciar cierta clase de noticias. Esto, en otra clase de afección, podría, tal vez, contribuir eficazmente para su curación, mas en el sesgo que ha tomado la que estamos combatiendo, es un factor que no nos sirve de nada.

—¡Válgame Dios! ¡Qué desgracia! Y dígame usted, Acebedo,—prosiguió el conde al cabo de algunos momentos de reflexión;—aun cuando desconfiemos del resultado, según yo mismo comprendo, ¿por qué no ensayamos el medio de decirla algo?

—Lo haremos por complacer á usted; pero sin esperanza alguna. Ya sabe que en varias ocasiones hemos nombrado al

señor marqués, hemos hablado de Ricardo, la hemos dicho que allí estaba su hijo, y, sin embargo, ha permanecido impasible. Yo creo que si hoy se presentase ante ella su hermano, que antes tanta impresión le producía, permanecería inalterable.

—¿Pero no creen ustedes que puede curar?

—Pregunta es esa, señor conde, á la cual no podemos contestar conforme usted deseara y nosotros quisiéramos. Nada hay imposible en la naturaleza, y nosotros estamos agotando todos los recursos que la ciencia nos ofrece.

—Pero no debemos perder de vista,—añadió Ruíz,—que á veces estas lesiones suelen curarse por sí mismas: un acontecimiento inesperado, una impresión más ó menos ruda, determinan un sacudimiento y la razón torna á mostrarse.

—¿De modo que ni podemos tener esperanza, ni debemos perderla tampoco?

—No, señor. Hemos de luchar mientras podamos, tengamos ó no esperanza.

—¡Triste situación la nuestra!

—Más triste es la de la pobre Petra. Esa sí que ya no puede tener esperanza de volver á ver ni á su hijo ni á su marido.

—Es verdad.

Las presunciones de los médicos se realizaron por completo.

Dijeron á Mercedes lo que Muller consignaba en su carta y lo escuchó con la mayor indiferencia.

El conde no pudo menos de sentir que se le llenaban de lágrimas los ojos, y después murmuró:

—¡Quién sabe si para ella será mucho mejor haber llegado á ese estado de insensibilidad!

CAPITULO LXIII

Las pesquisas de Muller

El marqués, como dijimos, facilitó en gran manera la tarea de Muller.

Este, así que estuvo libre, en vez de marchar al lado de su madre, según había dicho á su amo, se marchó á Italia.

Una vez en Roma, fué al café que frecuentaban los artistas.

El ex-criado del marqués conocía á muchos de nombre y especialmente á los que formaban la colonia artística española.

Así fué que se sentó en la misma mesa en que estaban dos de éstos, y después de haberles saludado, les dijo:

—Ustedes me dispensarán, señores; pero me figuro que nadie mejor podrá darme razón de la persona á quien busco.

—Si nosotros la conocemos...—dijo uno.

—Su nombre es conocido en todo el mundo; pero como que personalmente no tengo la honra de conocerlo, he creído

que en ninguna parte como aquí podría obtener las noticias que necesito.

—Diga usted.

—He llegado de España, hace dos ó tres días, y traigo el encargo de la familia de D. Ricardo Santoyo, de averiguar si está enfermo ó si se encuentra fuera de aquí, porque hace ya bastante tiempo que no tienen noticias suyas.

Los dos artistas se miraron y sus semblantes expresaron el mayor dolor.

—Nosotros,—dijo uno de ellos,—habíamos supuesto si Ricardo estaría en España. De la noche á la mañana desapareció de aquí, sin que hayamos vuelto á saber nada de él.

—¿Qué dicen ustedes?—exclamó Muller, sorprendido realmente.

—Lo que oye. Como ya varias veces había hecho eso mismo, desaparecer de Roma sin decir nada ni saberse á ciencia cierta donde estaba, no nos preocupó en los primeros momentos su ausencia.

—Pero sus discípulos, sus criados, bien deberían saber alguna cosa.

—Absolutamente nada. Nosotros pertenecemos al número de los primeros y creemos ser de los que mayor confianza le merecían, y, sin embargo, estuvimos con él gran parte del día que precedió á su desaparición sin que nos dijese la más mínina palabra.

—¡Qué extraño es eso!

—Y tan extraño, mucho más no estando en España, según usted dice.

—Yo he tenido ocasión de ir á Epila, que es donde radica su familia, y toda ella está inquieta, porque á pesar de haberle escrito varias cartas, no se ha obtenido la más pequeña contestación. Trataban de dirigirse al embajador, cuando yo me

ofrecí á dar las noticias más detalladas, puesto que iba á venir aquí.

—Pues ya sabe usted lo que ocurre.

—Sí, señores; y bien desagradable por cierto.

*
* *

Muller no sabía qué pensar.

¿Cómo era que en Roma no se había hablado nada respecto al cadáver de Ricardo?

Persona tan conocida como él, ¿había podido pasar desapercibida al ser encontrado su cuerpo herido por una bala?

Y que este encuentro debía haber tenido lugar, era innegable.

Si el hecho se hubiera verificado en otro punto lejano de Roma, era muy disculpable que no se supiera nada, pues desconocido Ricardo, se le hubiera enterrado, se hubieran instruido algunas diligencias, y, finalmente, nadie se hubiera acordado después.

Pero en Roma, allí donde todo el mundo le conocía, donde estaban sus amigos, sus admiradores, sus compatriotas, sus discípulos, no era admisible siquiera que hubiera pasado inadvertido.

Allí había un misterio que era menester aclarar, porque, el cuerpo forzosamente alguien le debió encontrar.

—¿Y desde cuándo,—dijo,—han advertido ustedes la ausencia de don Ricardo?

—¡Oh! Ya hará de esto cerca de un mes.

—¡Justo! ese tiempo decía su familia que estaba sin noticias suyas.

—¿Pero dónde diablos se habrá metido?—exclamó uno de los pintores.

—¿Sabes acaso dónde va desde hace ya dos ó tres años? Se ausenta de aquí sin despedirse de nadie, y después reaparece á los dos ó tres meses diciendo que ha estado en Suiza, ó en Bélgica ó en España.

—Por supuesto, que eso tampoco ha solido resultar verdad.

—¿Por qué?

—Porque al cabo de algún tiempo, por cualquier incidente, se ha probado que no había estado en los lugares que decía.

—¿Y por qué hacía eso?

—¡Oh! Vaya usted á saberlo.

—Sin embargo, alguna razón tendría para obrar así.

—Aquí, para entre nosotros, hemos sospechado si Ricardo tendría algunos amores, que fuera necesario envolver en el velo del misterio más profundo.

—Puede que tengan ustedes razón.

—Pero el caso era que él lo negaba siempre. Decía que no podía amar, que no amaba ni amaría jamás.

—¡Oh! Esas protestas á veces quieren decir lo contrario.

—Es verdad.

*
* *

Muller abandonó el café sumamente preocupado.

Aquella carencia de noticias en Roma, le aturdía.

Si se hubiera tratado de cualquier pobre diablo no le hubiera llamado la atención.

Pero era Ricardo Santoyo, el pintor de más fama que había en España, querido de todos, respetado por todos y conocido por la generalidad.

¿Cómo no se le había encontrado?

Y el sitio donde él le vió caer, estaba, como quien dice, á las puertas de Roma.

Era preciso investigar en los mismos lugares donde había tenido efecto el acontecimiento.

El alemán no vaciló.

Al día siguiente, salió de la ciudad y se dirigió hacia el sitio donde se verificó el encuentro de Ricardo con el marqués.

La misma soledad reinaba en aquella parte de la campiña.

Muller estuvo registrando minuciosamente el terreno.

Nada de particular encontró en él.

Precisamente, toda aquella parte del campo era notable por sus plantas de gran virtud medicinal; pero nada más.

A corta distancia del sitio donde el encuentro tuvo lugar, pasaba la carretera.

Un cuarto de legua más adelante y oculta por ondulación del terreno, había una especie de venta donde solían detenerse algunos momentos los cazadores que iban por aquellos sitios, ó los labradores que se dirigían á la ciudad.

Muller se dirigió á ella.

Su aspecto era el de un cazador como otros varios que discurrían por la campiña.

El alemán había adoptado aquel disfraz á fin de poderse dedicar á sus investigaciones con mayor libertad.

Entró en el ventorrillo, y la dueña acudió solícita á saber qué deseaba.

Muller pidió un vaso de vino y algunos fiambres, y á la par que se los servían, entró en conversación con la dueña, diciendo:

—Poco frecuentado está esto, y no me parece que ha de hacer usted un gran negocio en este sitio.

—Ninguno, señor, ninguno; y si no fuera porque mi marido y mis dos hijos trabajan en la ciudad, el uno y los otros á corta distancia de aquí, no sé cómo lo pasaríamos.

—Pero vivir aquí tan aislados...

—Como esto es nuestro, siempre hay alguna ventaja, porque no hemos de pagar casa.

—De todas maneras no me parece que esto sea muy seguro, especialmente por las noches y habiendo tanto vagamundo en la ciudad.

—Algunos sustos nos han dado; pero ¿qué le hemos de hacer, si no podemos vivir en otra parte?

—Eso es verdad.

—Algunas veces también hemos tenido que presenciar escenas de otra clase, que ya le aseguro que nos han contristado en gran manera; digo, á mí, que soy la que por lo regular estoy sola de día.

—¿Qué escenas han sido esas?—preguntó Muller á la par que bebía un sorbo de vino.

—¡Toma! los desafíos de los señores de la ciudad. Como el terréno es solitario y llano especialmente por la parte de la derecha, parece que lo elijen para eso, y después aquí es donde acuden para curar á los heridos.

—Bien; pero esas cosas siempre se pagan muy bien.

—Pero si alguno muere como ya ha pasado, no sabe usted los pasos que tiene uno que dar con la justicia.

***

Muller estaba encantado.

Aquella mujer iba conduciéndole precisamente al punto que él deseaba.

—Pero vamos, esos sucesos,—dijo,—no se repetirán con frecuencia.

—Ya se ve que no; pobres de nosotros si se mataran de ese modo las personas.

—¿Hace mucho que no ha habido por aquí ningún duelo?

—Ahora llevamos ya algunos meses que nos han dejado tranquilos; pero en cambio, en casa del pobre Pietro hubo otra cosa peor, que nos ha obligado á estar con mucha inquietud una porción de noches.

—¿Y quién es ese Pietro? ¿el dueño de algún otro establecimiento como este, acaso?

—No, señor; Pietro y su mujer Giovanna, viven á una media legua de aquí. También su casa está muy aislada lo mismo que ésta. El trabaja en la ciudad, y su mujer está sola la mayor parte del día como yo.

—Pero bien; ¿qué le pasó á esa gente?

—Tenían un niño á su cargo de quien Giovanna había sido nodriza, y una noche presentáronse allí unos bandidos; y cuidado que Pietro es valiente; pues le sujetaron á él y á su mujer, les quitaron el niño, y los tuvieron así una porción de horas, sin duda, hasta que el que se había llevado el muchacho se puso en salvo.

—¡Demonio! ¿pues sabe usted que eso es grave?

—¡Toma! ¡ya lo creo! como que mis chicos y mi marido casi puede decirse que no durmieron tres ó cuatro noches por si á los ladrones les daba gana de venir por aquí.

—Pero no les dió, por lo visto.

—¡Gracias á Dios!

—¿Y la autoridad no ha podido descubrir ni á los ladrones ni al niño?

—No, señor.

—Eso si que es raro.

—Mucho. Por supuesto que en eso ha debido haber ya otra cosa. Yo se lo había dicho muchas veces á mi marido. La existencia de ese niño debía ser algo misteriosa. Ya se ve, hay tantas cosas en el mundo.

—¿Y la autoridad no ha podido descubrir á los ladrones?

—Sí. ¿Y ese Pietro y su mujer siguen viviendo todavía en esa casa?

—¿Y qué han de hacer los pobres? les pasa lo mismo que á nosotros; tienen ese rincón y lo aprovechan.

—¡Ya! ¿De modo que ese ha sido el acontecimiento único que ha ocurrido por aquí hace algunos meses?

—Sí, señor.

—Vamos, más vale así, que las gentes no se maten aun cuando ustedes no obtengan la ganancia que de semejantes sucesos reportaban.

—No; no crea usted, yo renuncio de buena gana á semejantes ganancias con tal de no presenciar cierta clase de escenas.

—Lo creo.

—Mire usted, ahora que me acuerdo, por esos mismos días en que ocurrió el atentado de Pietro me creí que íbamos á tener también algún otro disgusto.

—¿Por qué?

—Estaba yo aquí, á estas horas precisamente creo que era, cuando me pareció escuchar uno ó dos tiros. Como estas cosas ya han pasado varias veces, en seguida me figuré si sería algún desafío; presté atención por si percibía algunos rumores; pero vamos, no hubo nada, porque nadie se acercó á la casa ni tampoco ví á nadie cuando salí algo más tarde y miré desde esa altura que se domina perfectamente toda la campiña.

—¿Y no supo usted de que procedían aquellos dos disparos?

—Tal vez sería algún cazador.

—Es verdad.

Muller había sabido ya todo cuanto necesitaba.

Era inútil pensar en adquirir más noticias respecto á Ricardo.

El misterio iba tomando mayores proporciones, y realmente no sabía qué pensar el antiguo ayuda de cámara del marqués.

Permaneció todavía un buen espacio en la venta, y después de haber pagado el gasto hecho la abandonó, dirigiéndose lentamente hacia la ciudad.

CAPITULO LXIV

Qué había sido del hijo de Ricardo

Era Pedro Bufaletti un individuo mitad bandido, mitad saltimbanqui y mitad de todo, que si no llegaba á formar un conjunto completamente perverso, la verdad era, que le faltaba muy poco para ello.

Y sin embargo, no puede decirse que Bufaletti hubiese nacido con predisposiciones para el crimen, ni mucho menos, para la vida vagamunda que llevaba.

Hijo de una honrada familia de Bolonia, recibió excelente educación, distinguiéndose entre todos sus compañeros por su destreza en los ejercicios corporales, llegando á ser en ellos una verdadera notabilidad.

Sus padres, industriales en la citada ciudad, enviáronle cuando tuvo la edad suficiente á España á dar á conocer los artículos que constituían su industria.

Durante tres ó cuatro años, Bufaletti observó una conducta irreprochable.

Pero al cabo de ellos se enamoró locamente de una bailarina, á quien había conocido en un teatro subalterno de Sevilla, y resolvió casarse á gusto ó á disgusto de sus padres.

Mariana Pérez, que así se llamaba la bailarina, bajo un rostro encantador y unas formas esculturales, ocultaba un corazón completamente frío y una razón excesivamente calculadora.

Nacida en las últimas capas sociales, había crecido entre el vicio y si su cuerpo permaneció puro en medio de la candente atmósfera de asquerosas monstruosidades en que vivía, fué porque desde muy niña germinaron en su mente ambiciones que á todo trance quería satisfacer.

Mariana apetecía el lujo, la ostentación, las adoraciones de que eran objeto mujeres á quienes veía, y esto juzgó que no podía satisfacerlo sino engañando aquella misma sociedad, á quien despreciaba y á quien amaba al mismo tiempo.

Para esto, se trazó una línea de conducta especial.

¿Qué había sido de sus padres? No lo sabía.

Lanzada al mundo por casualidad, mucho habían hecho si le habían dado un nombre y si la habían vestido con andrajos durante sus primeros años.

Pero desde el momento en que pudo pedir á la caridad pública el pan que se había de comer, ya no se acordaron más de ella.

Más tarde la recogieron en un asilo de mendicidad. Allí á la par que aprendió á leer y escribir, aprendió también á aborrecer á la sociedad que la encerraba en un asilo, mientras que otras niñas de su edad tenían preciosos juguetes, vestían vistosos trajes y estaban rodeadas de toda clase de afectos, y más tarde salió del asilo para entrar de aprendiza en la tienda de una modista.

Más tarde fué figuranta en un teatro; después aprendió á

bailar, y cuando la conoció Bufaletti estaba en el apogeo de su gloria y de su hermosura.

*
* *

En la historia de Mariana, no existía una sola página galante que pudiera manchar su honra.

Ella podría estar pervertida de espíritu; pero ningún hombre podía vanagloriarse de haber realizado su conquista, y no era porque no la hubiesen perseguido, pues su belleza era de aquellas que fascinaban y enloquecían; pero la joven sabía tener á raya á los más audaces, y tenía una frase sacramental que hacía retroceder á los más atrevidos.

—El único hombre que me toque ha de ser mi marido.

Así contestaba á las proposiciones que se la hacían, y como que no había uno solo que pudiera vanagloriarse de haber obtenido de ella el más mínimo favor, resultaba que, juzgando firme su resolución, la mayoría de esos piratas de bastidores retrocedían convencidos de que aquella presa, por entonces al menos, no podía pertenecerles.

Y los deseos de Mariana eran cada vez más vehementes.

Ibánsele los ojos, como vulgarmente se dice, tras el traje que veía, el aderezo que admiraba, las adoraciones que envidiaba y todo aquello, en fin, que no podía poseer por los medios que ella pretendía.

Al alcance de su mano los tenía, puesto que sin cesar se los estaban brindando; pero no era por aquellos medios por los que Mariana quería conseguirlos.

Conocía demasiado el mundo, y sabía que tras el triunfo de un día, vendría el hastío al siguiente, el abandono más tarde, y que las deidades de un año transformábanse en objetos de desdén, cuando ya no satisfacían las aspiraciones ó los deseos de los que las habían comprado.

Ella quería tener todo aquello; pero por medio del matrimonio.

Es decir, por lo que la pudiera dar una representación en la sociedad; un carácter determinado y legal que la permitiera hombrearse, digámoslo así, con todas aquellas señoras á quienes envidiaba, sin que tuviera que sonrojarse por las miradas que la dirigieran.

Así pasaron los años; y á la par que la fama de virtud de la joven iba creciendo, crecían también sus deseos, pero sin poderlos satisfacer jamás.

Presentáronsela algunos partidos.

Pero no eran los que ella soñaba.

Eran modestos industriales; empleados de corto sueldo; personas todas que tal vez la hubieran hecho feliz con su cariño y con su trabajo; pero que no la hubieran sacado de la modesta esfera en que cada uno de ellos vegetaba.

Ella quería un marido rico, y éstos no se encontraban con facilidad.

Los ricos que la obsequiaban apetecían el lazo momentáneo; no la coyunda eterna.

Y como ella detestaba lo primero, no era tan fácil que pudiera alcanzar lo segundo.

* * *

En estos momentos fué cuando la vió Bufaletti.

Alegre, un tanto calavera, rico, y estando bien considerado en el mundo industrial, Bufaletti buscó en la bailarina lo que otros muchos habían pretendido.

Pero así como en los demás las negativas de la bailarina sirvieron para ahuyentarles, en el bolonés, por el contrario, aumentaron su pasión.

Y excitado por ella la ofreció su mano; y cuando Mariana vió que la cosa era formal, entonces accedió á dar á Bufaletti el sí ambicionado.

Los padres del joven no se mostraron muy conformes con aquel matrimonio; pero ante la resolución formal de su hijo, no tuvieron ya más remedio que aceptar.

Mariana abandonó el teatro y se casó con Pedro Bufaletti.

Su ambición estaba satisfecha.

No amaba con delirio á su marido, pero no podía menos de agradecerle la posición que le había dado.

La realización de su sueño dorado, parecía realmente darle la satisfacción que siente la mujer, casada con el hombre á quien ama, y Pedro se consideraba el más dichoso de los hombres.

En primer lugar, porque había alcanzado una mujer, de la cual, á pesar del espinoso terreno del teatro, nadie tenía que decir nada; y después porque realmente le quería, según él suponía.

Pero como en el mundo se pagan de una ó de otra manera todas las faltas y Mariana la había cometido muy grave no teniendo más Dios que la ambición y el lujo, ni llevando al matrimonio otro objetivo que el de satisfacer estas aspiraciones, sucedió que de la noche á la mañana un incendio destruyó el establecimiento que en Bolonia poseían los padres de Bufaletti, que por una de esas aberraciones á que están sujetas algunas individualidades, los padres de Pedro no habían querido jamás asegurarle, y que por lo tanto la pérdida fué completa y los recién casados encontráronse de repente, cuando aun no habían terminado la luna de miel, con la miseria por perspectiva.

Efecto del disgusto sufrido fallecieron en breve espacio los padres de Pedro; algunos acreedores implacables se echaron

sobre lo poquísimo que se había podido salvar del anterior naufragio y aquella modesta existencia á que jamás había querido sujetarse Mariana, se le presentó entonces más horrible todavía porque sobrevenía tras una situación completamente desahogada y feliz.

Pedro no tuvo más remedio que pensar en buscar alguna colocación.

Pero éstas no se presentan siempre que se necesitan, y tropezando y cayendo fueron pasando algún tiempo sin conseguir el objeto que el pobre bolonés se proponía.

Para hacer más crítica su situación, Mariana dió á luz un niño.

Esto, que en otras circunstancias hubiera colmado de alegría á Pedro, fué en aquellos momentos nuevo objeto de desesperación.

Como consecuencia natural de la estrechez que para aquel matrimonio había llegado, fueron las disensiones y el irse agriando los dos caracteres.

La ambición de Mariana se hizo más vehemente cuanto menores eran los medios de satisfacerla.

Y como tenía sobrado buen criterio para comprender que á nadie podía echarle la culpa de lo que la pasaba más que á la fatalidad, sublevábase contra ella, y sobre el pobre Pedro repercutían todas las reconvenciones que ella dirigía al destino.

Por fin llegó un momento en que, no teniendo ya medio hábil de proporcionarse la subsistencia, Pedro le dijo un día á su mujer:

—Querida mía, no hay más remedio que utilizar lo que yo aprendí en otro tiempo por puro entretenimiento, y en lo cual había llegado á adquirir cierta celebridad.

—¿Qué quieres decir?

—Que he tenido que escribir á uno de los agentes de París que se ocupan en la formación de compañías acrobáticas y espero contestación de un momento á otro.

—¿Y es eso todo lo que te se ha ocurrido?—le dijo ásperamente su mujer.

—No encontrando otro medio mejor, creo es lo más digno y lo más noble que podía ocurrírseme para ganar lo suficiente para satisfacer nuestras necesidades.

—Sin embargo... podrías muy bien buscar otros procedimientos igualmente dignos...

—¿Qué quieres que haga?

—¡Buen porvenir le vas á dar á tu hijo!

—Bueno será siempre, si honradamente puedo proporcionarle un pedazo de pan. Tú tenías una profesión en la que adquiriste honra y medios de subsistencia, yo había hecho unos estudios que hoy pueden utilizarse, y justo es que los utilicemos uno y otro.

—¡Cómo! ¿quieres que yo vuelva al teatro?

—¿No voy yo á salir al circo? Por supuesto, que si yo puedo ganar para los tres no hay necesidad de que tú trabajes.

—¡Bonita situación!

—Bien ves que no la hemos buscado nosotros: ha sido la suerte.

—¡Maldita sea la suerte, que á unos los humilla y á otros parece que se empeña en ensalzarlos!

—¿Y qué quieres hacerle?

—Tienes razón; lo que yo debí hacer fué no casarme.

—¡Mariana!

—¡Ea! ¡déjame en paz!

Y de este modo terminaba siempre la joven aquellas reyertas producidas por la falta de recursos.

*
* *

Bufaletti se ajustó para el circo de Viena, y allí marchó con su mujer y con su hijo.

Poco á poco Mariana fué también encontrando agradable aquella existencia, y con las lecciones de su marido consiguió hacer también algunos trabajos.

Otra vez volvía á sonreirles la fortuna.

Los arriesgados ejercicios de Bufaletti llamaban la atención y se le pagaba bien.

Pero esta felicidad relativa se enturbió bien pronto.

Bufaletti adquirió un vicio muy común entre los artistas de su especie.

Para ser más atrevido en sus ejercicios principió á hacer uso de ciertas bebidas alcohólicas, y lo que había principiado por una especie de necesidad en los días que había de trabajar, llegó á convertirse en un hábito.

Las escenas que se siguieron desde aquel momento en el matrimonio, fueron ya sumamente borrascosas.

El genio de Mariana, como hemos dicho, habíase ido agriando en proporción que la situación fué ennegreciéndose.

Un día, trabajando Pedro en el circo de Berlín, había bebido demasiado, y en uno de los ejercicios más peligrosos faltóle la serenidad y cayó sobre la pista, donde quedó inmóvil, obligando á lanzar un grito de horror á todos los espectadores.

Lenta y penosa fué la curación del acróbata.

Cuando pudo salir del hospital todos sus recursos se habían agotado; su mujer había tenido que perder la contrata que tenía y él quedó inútil para los brillantes ejercicios que tanta celebridad le dieran.

Su hijo tenía cinco años á la sazón y Bufaletti ya principió á enseñarle algunos ejercicios.

Descendiendo del rango de acróbata al de saltimbanqui vulgar, Bufaletti pudo adquirirse un desvencijado carri-coche y un macilento caballejo, y asociándose con otro clown, averiado como él, comenzó á recorrer los pueblos, convertido en artista vagabundo como otros muchos.

CAPITULO LXV

Un hallazgo.—Continuación del anterior

PRECISAMENTE en los momentos en que el marqués de la Florida había resuelto deshacerse de Ricardo y quitar de en medio al hijo de su hermana, la gran compañía acróbata del signor Pietro Bufaletti, artista de los circos imperiales de Viena, San Petersburgo y de París, como pomposamente se anunciaba el marido de Mariana, había estado dando algunas funciones en los pueblecitos inmediatos á Roma, á cuya ciudad se iban á dirigir, á fin de tomar parte en las fiestas que allí se iban á celebrar.

Corta había sido la colecta hecha por aquellos lugares, y tras de corta, entre el clown y Pedro, se habían dejado la mayor parte, en las tabernas de aquellos pueblos.

Excusado es decir con esto el efecto que habría producido en Mariana aquella distracción de fondos sociales.

—Y ahora ¿qué vamos á hacer?—decía agriamente la mu-

jer de Pedro.—¿Te parece que es digno tu proceder? ¿para eso te has casado?

—Mira, Mariana, no me vengas con músicas, que no está el horno para bollos.

—¡Quién no está para sufrir más tus indignidades, soy yo! Hubieras sido un hombre honrado y digno, y aun cuando pobre y que hubieras destruido todo mi porvenir, yo no hubiera tenido más remedio que resignarme; pero tras de perderlo todo, tras de obligarme á volver al teatro, de donde había salido para ser mujer tuya, has ido envileciéndote y rebajándote, hasta el extremo que me avergüenzo de vivir contigo.

—¡Mariana!

—Sí, me avergüenzo, porque vergüenza me da de ser la mujer de un jugador y de un borracho.

—¡No me exasperes, porque ya sabes!...

—Sí, sé que tienes el vino muy malo, y más de una vez me lo has demostrado. Sólo te faltaba levantar la mano sobre tu mujer, sobre la madre de tu hijo.

—¡Calla!—gritó Bufaletti entre avergonzado é iracundo.

—No, si ya sabes que de tí lo espero todo, que nada me sorprende, que sólo deseo que de una vez, entre tú y tu digno compañero, me deis la muerte, para terminar el sufrimiento á que me has condenado. Bien sabe Dios que lo único que siento es mi pobre hijo, mi pobre hijo á quien enseñarás á que sea un borracho y un jugador como tú. No sé cómo Dios consiente que vengan al mundo seres, hijos de padres semejantes.

—Vamos, Mariana, vamos,—dijo Bufaletti un tanto confuso, porque comprendía que á su mujer no le faltaba razón en las reconvenciones que le dirigía;—yo te prometo que no volverá á suceder más.

—No sucederá más, mientras no tengas dinero; pero ahora, si en Roma recogemos algo, volveremos á lo mismo, y tú

sabes que ese dinero lo necesitamos, porque tu hijo no tiene que ponerse ni yo tampoco tengo nada.

*
* *

El titiritero, que exceptuando sus momentos de borrachera en lo general era razonable, se apresuró á hacer á su mujer toda clase de promesas para lo sucesivo.

Sin embargo, ésta sabía demasiado, el valor que tenían y no les prestaba gran crédito.

—¿Y cuándo nos vamos á poner en camino?—dijo Mariana al cabo de algunos momentos;—porque si hemos de estar en Roma mañana, es necesario que no vayamos tan despacio. El pobre caballo es viejo ya, y mucha la carga que lleva.

—Paolo y yo iremos á pié.

—¿Paolo? sí, ¡buen poltrón está! de fijo que se habrá quedado durmiendo bajo alguna de las mesas de la taberna.

—¡Qué cosas tienes, mujer!

—Lo mismo que á tí te habría pasado, á no haberte despertado el señor Tomás, que de fijo habrá hecho lo mismo que otras veces.

—No, mujer, no; no lo creas.

Y el acróbata inclinó la cabeza un tanto confundido, porque la verdad era que su mujer había adivinado.

Todos los taberneros de los pueblos donde pernoctaba la ambulante compañía, se compadecían de Mariana, y si bien no podían evitar que su marido bebiera y se gastase en francachelas con su cofrade Paolo, cuanto ganaba en sus ejercicios, procuraban evitar que las reyertas matrimoniales tomaran un carácter demasiado marcado, obligando á Bufaletti á que se marchase á su casa, cuando á la embriaguez iba á suceder el sueño.

—¡No ves que te conozco tanto!...

—En fin, no hablemos más de eso, porque ya te he dicho...

—Sí, me has dicho lo que muchas veces, y en cuanto tienes algunas monedas en el bolsillo, olvidas todos tus propósitos.

—Es que á veces hay compromisos...

—¡Compromisos! los que tú te creas. Compromiso tenías conmigo para mantenerme, y de buena manera lo has hecho.

—No me exasperes, Mariana, no me exasperes; ya te he dicho que no lo haré más.

—Mientras no tengas dinero. Tendré yo que ir á buscar á ese tunante de Paolo, ya que él no viene.

—Iré yo.

—¡Oh, no, no!—repuso vivamente Mariana;—no vayas.

—¿Por qué?

—Porque todavía perderíamos más.

*
* *

En aquel momento, la llegada de un nuevo personaje, dió nuevo giro á la cuestión.

Paolo, el payaso, como vulgarmente le llamaban, apareció dando traspiés, en la especie de barraca formada con los objetos que transportaba el desvencijado carri-coche.

Al verle Mariana, irritada ya como estaba por el estado de su marido, no fué dueña de contenerse, y saliendo á su encuentro y cogiéndole violentamente por un brazo, le dijo con iracundo acento:

—Pero grandísimo tunante, ¿es esta la manera que tienes de cumplir con tu deber? ¿Es para eso para lo que vienes con nosotros? En cuanto lleguemos á Roma, te buscas otro sitio donde estar. Ya que mi marido es poco menos que tú, tendré yo que tomar la dirección de este asunto.

—Pero señora Mariana,—dijo el payaso con voz balbuciente;—si no hemos hecho nada.

—No, pero habéis gastado el dinero que teníamos; si te parece poco, borrachón incorregible...

—¡Señora Mariana, no me insulte usted!

—Vete, vete de aquí. ¿Cómo nos vamos á poner en camino ahora si lo mismo tú que mi marido no os podéis mover?

—No hables de mí,—gritó Pedro,—porque ya voy estando incomodado, y tú sabes que cuando me incomodo...

—Sí, no vacilas en cometer toda clase de villanías.

—¡Mariana!

—Ya estoy cansada de esta existencia que llevo. Todo lo he soportado con gusto; pero todo esto que estáis haciendo, ya es tan superior á mis fuerzas, que no puedo más. En cuanto llegue á Roma, cogeré á mi hijo, y os dejaré que sigáis vuestro camino hasta que vayáis á parar á una cárcel ó á un hospital.

—Tú no harás eso, Mariana,—dijo Bufaletti dando un paso hacia su mujer.

—Déjela usted, señor Pedro,—dijo Paolo.—A las mujeres hay que dejarlas cuando se les sube la cólera á la cabeza. Vámonos á dormir.

—¿Te crees, grandísimo bribón, que yo estoy borracha como tú? A mí no tiene que subírseme la cólera á la cabeza como á tí el vino, y si mi marido fuera como debía ser, no consentiría que me trataras así.

—Mira, Mariana, que ya chillas demasiado y estás hiriéndome los oídos.

—En el corazón debía herirte, para ver si de una vez conseguía curarte.

—Pues mira si por ese camino puedes llegar al corazón.

Y Bufaletti levantó la mano y la dejó caer sobre la mejilla de su mujer.

Esta no tenía nada de cobarde, y, exasperada por aquel golpe, rechazó la agresión, cogiendo un palo de los que le servían para los ejercicios acrobáticos.

—¡Que te voy á matar, Mariana!—aullaba el saltimbanqui, procurando quitar á su mujer el arma con que se defendía.

El clown quiso mediar en la cuestión para separar á los esposos, y del empujón que le dió Mariana, fué rodando por el suelo.

Procuró levantarse como pudo y volvió á intentar su generosa empresa.

Pero entonces recibió un cachete de Pedro, que se creyó en el deber de devolverlo.

Y durante algunos segundos, aquellos tres desgraciados, excitados por la miseria, por la cólera y por el vino, formando apretado haz de todas las inmundicias sociales, estuvieron zurrándose de lo lindo, acompañando á los golpes con imprecaciones, con insultos y con blasfemias.

Por fin, el payaso volvió á caer, destrozando uno de las cortinas de percalina que separaban la vivienda del miserable escenario donde hacían sus ejercicios. Mariana se dejó caer sobre un cajón lanzando un grito de dolor, y Bufaletti, dueño del campo, apoyándose en el palo que había arrancado á su mujer, contempló aquel cuadro de horrores, llevándose una mano á la frente, manchada por algunas gotas de sangre.

Los tres actores de aquella infernal barahunda, habían salido con algunos deterioros, tanto en el cuerpo como en la ropa.

Pero esto era ya una costumbre en ellos, y al cabo de hora y media, el payaso con una venda sobre un ojo, Pedro con la frente entrapajada y su mujer poniéndose un pedazo de tafetán inglés para cubrir dos ó tres resquebrajaduras que tenía en el rostro, recogían todos los utensilios de su profesión

y los iban acomodando en el vehículo, como si nada hubiera pasado entre ellos.

El hijo de Mariana y Bufaletti, que había presenciado aquella reyerta sin sentir el menor cuidado respecto al éxito de ella, contribuía, hasta donde sus fuerzas alcanzaban, á la colocación de aquellos objetos.

En breve espacio estuvo hecho todo.

Al amanecer, Mariana y su hijo en el carri-coche y Pedro y Paolo á entrambos lados, emprendieron la marcha hacia Roma, sin acordarse ya de la escena del día anterior.

CAPITULO LXVI

El niño abandonado

BUEN rato hacía que iban caminando los individuos que componían la famosa compañía del eminente artista Pietro Buffaletti, cuando de pronto, dijo éste, que había andado gran espacio sin decir una palabra.

—Cada vez me convenzo más de que tenemos necesidad de reforzar la compañía.

—¡Reforzarla!—exclamó Mariana que había oído lo que su marido decía.—Pues si para nosotros no tenemos, ¿cómo querrás tener para nuevos artistas?

—Ya se ve, como que nuestros ejercicios siempre son los mismos, no pueden ofrecer novedad alguna. Aquí lo que nos convenía era una muchacha.

—Cuidado, Pedro, cuidado, con traerme una mujer á la compañía. Todo lo sufriría menos eso.

—¿Pero por qué?

—¿Todavía me preguntas por qué? ¿Tienes todavía la poca

vergüenza de hacerme semejante pregunta después de lo que pasó en Viena con aquella cíngara que te empeñaste en que había de tragar.

—¿Y tengo yo la culpa de tus ridículos celos?

—Vamos, no me exaltes, y dejemos esa conversación. No pienses en traer ninguna mujer.

—¡Justo! y tú harás los mismos bailes, yo seguiré trabajando en la barra fija, y éste dando volteretas y saltos mortales. Lo que es de ese modo nuestra ganancia será grande.

—Si el uno y el otro estuvierais menos tiempo en la taberna y estudiaseis otros ejercicios, dándome participación en ellos, no tengas cuidado, que más alcanzaríamos.

—Siempre ha de salir la taberna.

—Como que es el único camino que vosotros sabéis.

—Bebiendo se ahogan las penas.

—Y se gasta el poco dinero que tanto trabajo le cuesta á uno ganar.

* * *

Paolo creyó prudente intervenir.

Vió que la nube comenzaba á formarse, y temió, sin duda, que le alcanzase alguna exhalación como las del día anterior, de las cuales muestras tan patentes tenía en su rostro.

—El caso es, señor Pedro,—dijo,—que á la señora no le falta razón.

—¡Ah! ¿conque tú también te pones en contra mía?

—No por cierto. *¡Per Dio! ¡caro padrone!* no sea usted tan subito de genio; podemos aumentar la compañía, no con ninguna mujer...

—Pues que, ¿acaso con otro hombre?—se apresuró á decir Buffaletti,—no quiero más hombres.

—¡Ni yo más mujeres!—gritó Mariana.

—Si encontrásemos algún fenómeno, por ejemplo, una mujer con dos cabezas...

—Si con una no la quiero, grandísimo tunante, ¿cómo la he de querer con dos?

—Bueno, pues no hablemos de la mujer; podíamos encontrar un hombre con cuatro piernas.

—Así debías tú andar; en cuatro piés, animal,—dijo Pedro dando un empujón al payaso.

—*Voi siete molto supito, padrone*,—dijo el payaso.

—*E tu siete un asino*, señor Paolo. ¿Te crees, sin duda, que los fenómenos se encuentran cuando uno quiere?

—Perdón, *eccellenza*,—repuso irónicamente el payaso,—cuando no se encuentran, se hacen, y no sería usted el primero.

—*¡Diabolo!*—murmuró Pedro rascándose la cabeza.

—El señor Chiarini, enseñaba un hombre que tenía la mitad del cuerpo de persona, y la mitad de rana, y lo tenía metido en una cubeta, no sacando de ella más que la cabeza.

—¿Y cómo era eso?

—Pues, muy sencillo; un armazón de una tela impermeable, pintada de verde por la parte superior, y blanca por la inferior, sustituía perfectamente las cuatro patas de la rana.

—¡Ya!

—Y como estaba siempre en el agua y ya tenía él buen cuidado de exhibirlo de modo que nadie se acercase á la cubeta, era de ver la admiración que causaban los movimientos de aquel *rano*, que no hablaba una palabra y que cantaba lo mismo que aquellos anfibios.

—Sí, pero Chiarini creo que estuvo en la cárcel.

—¡Ya lo creo! pero no tuvo él la culpa.

—¿Qué le pasó?

—Que un día un mal intencionado, puso un alfiler en la punta del bastón, y desde la balaustrada lo hizo pasar hasta la cubeta, y pinchó al hombre-rana en el sitio donde debía tener la cadera. Excuso decir á usted, que el anfibio recobró de pronto el uso de la palabra para llamar «bruto» al agresor. Juzgue usted el escándalo que se armaría.

—¿Pero él se habría embolsado buenos cuartos?

—¡Toma, ya lo creo! Lo que él dijo á los jueces, ¿qué culpa tenía de que los tontos hubiesen creído la existencia del hombre-rana?

—¿Pues sabes, Paolo, que habrá necesidad de que pensemos en eso?

—Hay muchas cosas que hacer; una cabra con seis patas, un hombre que no tenga brazos y que coma y escriba con los piés, un perro que adivine lo que piensan las personas que estén en el corro, una mujer que de medio cuerpo sea una sirena, y del otro medio...

—¡Una perdida!—gritó Mariana desde el carri-coche.—Ya he dicho que no quiero mujeres.

—Nada, nada, cuando lleguemos á Roma, nos ocuparemos de eso, Paolo. ¿Sabes que tienes más talento del que me había creído, hijo?

—Como el *padrone* se empeña siempre, en que no sirvo más que para dar volteretas...

—Y para beber vino y emborracharte, bribón,—gritó Mariana.

—Injusticia de las mujeres,—dijo filosóficamente el clown.—Después que acabó de dar un consejo tan bueno.

*
* *

Mientras habían ido hablando, el escuálido rocinante que

tiraba del carri-coche, bien ó mal había salvado un buen trozo de camino, cuando de pronto llegaron á oídos de los viajeros unos lamentos que hicieron exclamar á Pedro:

—¿Qué es eso?

—Parece que se lamenta una persona por aquí cerca.

—Ese es el llanto de un niño,—dijo Mariana.

—Pero si no se ve á nadie por aquí,—repuso Paolo mirando á su alrededor.

—Es por este lado por donde se oyen,—dijo Pedro pasando al otro lado de la cuneta del camino, y mirando por entre unos árboles.

—¡Bah!—añadió Paolo;—algún labrador que habrá castigado á su hijo.

—O algún mendigo,—añadió Pedro.

Y arreó al escuálido animal que se había detenido, obligado por la mano de Mariana que tiró de las riendas.

El pesado armatoste volvió á ponerse lentamente en movimiento.

Pero los lamentos seguían y hasta parecía que se aproximaban.

Mariana volvió á decir:

—¡Pedro, Pedro! mira á ver qué es eso.

—¿Pues no te lo he dicho? alguna criatura á quien su padre ha castigado.

—No.

—Pues entonces...

—Ese llanto no es el llanto de dolor.

—Pues será el de la alegría.

—Ese llanto te digo que no es el de tu hijo, cuando yo le castigo; sino el del miedo, el del espanto, el de la desesperación.

—¡Válgame Dios! y qué estudios has hecho tú sobre el particular.

—Como que soy madre y sé cómo llora un niño.

—Y en fin, aun cuando sea eso, ¿qué le vamos á hacer?

—¡Ya lo veo, ya lo veo!—dijo Paolo que había penetrado por entre los árboles.

—¿A quién ves?—dijo Mariana.

—Es un niño, un niño muy pequeño.

—Pues lo que yo he dicho,—repuso Pedro.—Anda, anda Paolo, vamos adelante que la jornada es larga.

—Ya ganaremos después el tiempo que ahora se pierde, —dijo Mariana, queriendo descender del carri-coche.

—¿Dónde vas?—la dijo su marido.

—Yo quiero ver á ese niño.

—Métete en el carro y dejemos á cada uno que se las arregle como pueda.

—¡Y que bonito es!—dijo Paolo.—No es hijo de ningún labrador, ¡qué ha de ser!

—Tráele, Paolo, tráele,—gritó Mariana.

Los lamentos del niño pareció como que se calmaban desde el momento en que veía que alguien acudía en su socorro.

—Paolo,—gritó Pedro,—deja la criatura y vente aquí.

Pero el clown siguió alejándose y el saltimbanquis dió un latigazo al caballo que de nuevo se puso en marcha.

—¡Que he dicho que no me muevo sin ver á esa criatura! —exclamó Mariana.

Y tiró de las riendas al pobre animal que no sabía á quién obedecer.

—¡Ya le tengo aquí, ya le tengo aquí!—se oyo gritar á Paolo.

—Vamos, media hora perdida,—murmuró con acento de mal humor el titiritero.

Momentos después Paolo aparecía en el camino, llevando en brazos al hijo de Ricardo y de Mercedes.

La pobre criatura, revelando en su carita el espanto, miraba todo aquello entre la curiosidad y el miedo, no sabiendo realmente si llorar ó reir.

Mariana saltó del carruaje teniendo en brazos á su hijo y como éste llevaba precisamente en la mano un pedazo de pan, el niño le miró con ansia y dijo:

—Pan.

—¡Pobrecito de mi alma!—exclamó Mariana, y arrancando el pan de manos de su hijo y partiéndolo en dos pedazos, lo dividió entre las dos criaturas.

El hijo del pintor, comió ávidamente aquel manjar, mientras decía Paolo:

—¡*Diavolo*, qué hambre tiene! Ve usted lo que yo decía, *padrone*, el *bambino* no tiene trazas de ser hijo de ningún labrador, ni mendigo. Mire usted esas manitas.

—Este es algún niño perdido, indudablemente,—dijo Mariana.

—Pues si le han perdido ya le encontrarán,—repuso bruscamente Pedro.

—¿Cómo te llamas?—preguntó Mariana.

El niño apenas si podía pronunciar las sílabas de su nombre.

Comprendía la pregunta porque contestó á ella, pero de un modo tan ininteligible dijo su nombre, que todos se quedaron mirándose los unos á los otros, no comprendiendo lo que quería decir.

—¿Cómo has venido hasta aquí?

—¡Otra te pego!—dijo Bufaletti,—al momento va á contestar el chiquillo, cuando no sabe hablar siquiera.

—Pero sabe comer,—dijo Paolo, sonriéndose al ver la rapidez con que el pequeñuelo había dado cuenta del pan y el ansia con que miraba el que aun tenía en la mano el hijo de Bufaletti.

—¡Pobre criatura!—murmuró Mariana,—¡cuánto tiempo estará sin comer! Ven, hijo mío, ven que yo te daré pan.

—¿Pero qué demonios vas á hacer?—dijo Bufaletti, al ver que su mujer se dirigía hacia el carri-coche, llevándose de la mano al niño.

—Ya lo ves, voy á darle pan y á llevármele conmigo.

—¿Dónde?

—Con nosotros.

—¡Pero estás empecatada, mujer del demonio! con que no tenemos para comer y vas á cargarnos con una boca más.

—¡Pero, hombre, no ves que la pobre criatura se conoce que está abandonada por ahí, sabe Dios cuánto tiempo!

—Pero que tengo que ver yo con eso. Pues estaríamos bien si hubiésemos de recoger á todas las criaturas abandonadas.

—¡Vaya! pues yo te digo que no le dejo ya. Mira cómo tiene esos piés, mira esa carita, por la cual se conoce que han resbalado tantas lágrimas... Nada, nada, que no le dejo.

—Pues yo no quiero llevarle.

—Pero *padrone*,—dijo Paolo,—no pensábamos antes en buscar algún refuerzo para la compañía.

—¿Y qué?

—Que le enseñaremos lo mismo que hace Marianito, y dos niños llaman siempre la atención.

—Sí, pero de aquí á que esto suceda...

—Yo me encargaré de enseñarle.

—Tiene razón Paolo,—añadió Mariana.—¡Ea! ya podéis arrear al caballo.

Y se arrellanó en el fondo del carri-coche, llevando consigo á las dos criaturas.

CAPITULO LXVII

La princesa Olga

OLGA Kolwarov era una riquísima princesa rusa, viuda á los treinta años, que viajaba con un séquito verdaderamente regio, que había llamado la atención en París durante algunos meses y que había llegado á Roma hacía cuatro días.

Olga, era lo que se llama una mujer completamente excéntrica.

Había salido muy poco de sus dominios, situados en la parte oriental del Imperio, cerca de Kazan, tenía algunos millares de siervos, y si iba alguna vez á San Petersburgo en compañía de su padre, estaba deseando á los muy pocos días regresar á sus dilatadas estepas, en medio de sus vasallos, para entregarse á sus locas correrías.

Huérfana de madre cuando tenía muy pocos años y gobernador su padre de la provincia de Kazan, habíase criado en las soledades de su inmenso castillo bajo el cuidado de una nodriza.

Olga tenía todas aquellas condiciones propias de los medios de existencia que había tenido.

Acostumbrada al respeto servil del campesino ruso, era orgullosa; pero al mismo tiempo, tan excesivamente compasiva, que se le podía dispensar su altanería en gracia de lo dispuesta que su mano estaba á socorrer el dolor del infortunio.

Valiente hasta la temeridad, lo mismo regía un potro por indómito que fuese, que se lanzaba á la caza del oso ó que afrontaba los rudos temporales de aquellas latitudes, sin que en ella hiciesen mella los peligros en que se vió envuelta en distintas ocasiones.

Su hermosura corría parejas con su valor y su sensibilidad.

En su castillo habíale puesto su padre maestros, transportados del centro de Europa, sin reparar en sacrificios de ningún género, y merced á esto, Olga hablaba el francés, el inglés, el alemán y el italiano con la mayor perfección, estaba al corriente de todos los adelantos del siglo, poseía todas las habilidades propias de su sexo, cantaba admirablemente y pintaba á la mayor perfección.

De tal modo se había habituado, como hemos dicho, á aquella inmensa soledad en que vivía, que la existencia de las grandes ciudades la aburría una vez satisfecha la primera curiosidad y ansiaba por volver á su desierto.

Había llegado á los diez y ocho años, sin ninguna de esas vaguedades de espíritu, sin ninguna de esas melancolías inexplicables, ni de esos ensueños incomprensibles, que caracterizan la evolución que se verifica en el corazón de las mujeres cuando el amor empieza á iniciarse en ellas.

Así fué, que cuando su padre la dijo un día:

—Hija mía, creo que ya comprenderás que ha llegado la

edad de que tomes estado. Dime si tienes alguna persona elegida por tu corazón.

Ella contestó con la mayor indiferencia:

—No sé lo qué me quieres decir.

—¡Cómo!—exclamó sorprendido el príncipe;—entre todos nuestros vecinos, entre los altos dignatarios que has visto en Kazan, no has encontrado ninguno que cautive tu pensamiento.

—Ninguno.

—Pues hija mía, tú debes comprender que yo soy anciano, que llegará un día en que la muerte me acogerá en su seno y que te quedarás sola en el mundo.

—Pero ¿por qué me hablas de eso?

—Porque es preciso pensar en tu porvenir.

—Si yo no me preocupo por él; ¿á qué has de tomarte este trabajo? Yo vivo feliz con tu cariño, con el afecto de los míos, en medio de mis bosques, y no apetezco nada más.

—Sin embargo, vuelvo á repetirte que es preciso que pienses de otro modo, máxime cuando son diferentes las demandas matrimoniales que se me han hecho.

—¿Qué te han pedido mi mano, dices?

—Sí. Y por esa razón, quiero hablar contigo.

—Pues mira, cásame con quien quieras, porque para mí todos me son indiferentes.

—Pero Olga, hija mía, ¿es posible que tu corazón...?

—Mi corazón, ya te lo he dicho, no quiere á nadie más que á tí, no apetece otra existencia que la que llevo, ni otros afectos que los que tengo. Por lo tanto, lo que tú dispongas, aquello será lo que haré.

—¿Qué te parece Demetrio Orloff?

—¿Qué me parece? una persona muy amable, muy instruida, de alguna edad ya.

—Es muy rico.

—Más lo somos nosotros.

—Sin embargo, el conde es un excelente partido para tí.

—¡Ah! conque pretende mi mano.

—Si tu corazón le acepta.

—No te preocupes por mi corazón, porque yo no me he preocupado nunca por ello. ¿Te conviene ese matrimonio? realízale cuando te plazca.

—Pero hija mía, eso es imposible; es necesario que comprendas lo grave del compromiso que vas á contraer, y los derechos que vas á dar á un hombre respecto á tí. Es menester que tu corazón sancione lo que tus labios han de pronunciar.

—Si mi corazón acepta todo lo que tú digas; si para mí lo mismo es el conde Orloff que cualquier otro de nuestros vecinos. Me hablas de deberes, de los derechos que ha de tener mi esposo, esos ya los conozco, y basta que sea hija tuya para que tengas la seguridad de que sabré cumplirlos.

—Pero sin amor...

—Si no sé lo qué es eso, padre mío, si es una frase que he visto usada en muchas de las obras que hay en nuestra biblioteca, frase que se refiere á un sentimiento que no he experimentado todavía.

El príncipe miró á su hija lleno de sorpresa, no acertando á comprender aquella frialdad, digámoslo así, de sentimientos.

*
* *

El casamiento de Olga con el conde Orloff, se verificó con la pompa que correspondía á personajes de su importancia.

La princesa fué esposa sin cariño.

El conde, que se hallaba próximo á la edad madura, estaba realmente enamorado de su mujer, la frialdad con que ésta correspondía á sus apasionados transportes, le desesperaba.

El conde llevóse á su esposa á viajar por Europa.

Varias veces sospechó si la joven amaría á otro hombre; pero por fin hubo de convencerse de que había tropezado con una mujer de hielo, fiel y leal, cumplidora de sus deberes matrimoniales, guardadora incorruptible de su decoro, pero incapaz de sentir el fuego abrasador de la pasión.

Esto produjo algunas escenas algún tanto violentas en aquel matrimonio.

Porque Demetrio, como hemos dicho, estaba locamente enamorado de su mujer.

Tratando de excitar su amor propio, por si conseguía encender en él alguna chispa del amor que experimentaba, se lanzó en ciertas aventuras, que procuró que llegaran á oídos de la princesa.

Pero esta mujer era insensible; supo todo lo que había, y lo único que dijo á su marido, fué:

—Sé que andas entre lodo, procura que no llegue á salpicarme al rostro, porque esto sería lo único que no consentiría.

—Pero Olga, por piedad,—la dijo el conde con un acento lleno de fuego;—si es que yo te amo, si es que yo te considero como la mas hermosa de las mujeres, la más digna de ser amada.

—Pues si me amas como dices, ¿por qué te abandonas al amor de esas mujeres?

—Porque estoy loco, porque yo no sé lo qué haría para conseguir romper el hielo de ese corazón.

—¿Y pretendes hacerlo así?

—Yo no sé ya lo qué pretendo, ni lo que quiero, ni cual va á ser el término de mi vida; yo no sé ver otra cosa sino que tú no me amas.

—Me parece que hasta ahora no te he dado derecho alguno á queja. Te dije, al casarnos, que te entregaba mi corazón tal como era, tú le aceptaste, y te reto á que me digas si he faltado á ninguno de mis deberes.

—Pero si yo lo que necesito es ese amor ardiente insaciable, amor que abre constantemente un mundo de embriagadoras sensaciones, en el cual quisiera anegarme.

—Pero si ya te dije lo que era, lo que sentía y lo que te podía conceder. ¿He faltado acaso á mis juramentos? ¿he faltado á mis compromisos?

—Olga, ¡por piedad!

—Ya te he dicho cuanto tenía que decirte.

—Me vuelves loco.

—Lo siento; pero yo no he perdido la razón todavía.

*
* *

El conde se separó de su esposa tan irritado como enamorado de ella.

Y á pesar de la recomendación de ésta, sus locuras revistieron un carácter más determinado todavía.

Olga aparentó que nada sabía.

Sin embargo, llegó un día en que el conde quiso hacer más profunda la herida, y se presentó en el teatro de la Ópera, en el palco de una de las más célebres horizontales de París.

Se la había quitado á un lord inglés, con quien había tenido que batirse.

La princesa recibió el insulto, sin que en su semblante se advirtiese la expresión más insignificante.

Continuó en el teatro hasta la terminación del espectáculo.

Después se retiró á su casa, y llamando á su mayordomo, le dijo:

—Alejo, á las cinco de la mañana abandonamos á París, nos volvemos á Rusia, dispónlo todo para esa hora.

Y llamando á sus doncellas, les repitió la misma orden.

A las cuatro de la mañana el mayordomo se presentó en las habitaciones de su señora.

—El señor conde,—dijo,—no ha venido todavía.

—Perfectamente. Eso en nada modifica la orden que te he dado. ¿Está todo dispuesto?

—Sí, señora princesa.

—Dí al portero que suba, paga la cuenta á todos los criados que tengo á mi servicio y díles que pueden marcharse cuando quieran.

Poco después, el portero estaba en presencia de su señora.

—Cuando venga el señor conde,—le dijo,—le entregará usted esta carta.

—Según me ha dicho Alejo, ¿la señora princesa se marcha de París?

—Sí. Puede usted retirarse.

A la hora convenida, Olga, acompañada de las dos doncellas rusas, que se había traído de su país, de Alejo y de otros dos criadcs, compatriotas también del mayordomo, abandonaban el palacio, dirigiéndose á la estación.

Al día siguiente, el conde se presentó en su casa.

El portero le detuvo al descender del carruaje, diciéndole:

—La señora princesa me ha entregado, al marcharse, esta carta para el señor conde.

—¡Al marcharse!—exclamó Demetrio palideciendo.

—Sí, señor.

—¿Cuándo se ha marchado?

—A las cinco de la mañana.

—¿Dónde?

—Lo ignoro, señor. Ha despedido su servidumbre.

—¿Y Alejo?

—Ha partido con la señora.

El conde cogió la carta y subió á sus habitaciones.

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó dando vueltas entre sus manos á aquella carta.

Por fin la abrió.

La carta era muy lacónica.

Decía así:

«Demetrio, te dije, no hace muchos días, que tenías libertad para hundirte entre el fango del modo que quisieras; pero que te guardaras muy bien de que el fango me salpicara el rostro, porque sería lo único que no toleraría.

»No has hecho caso y me has salpicado de lodo.

»Todo ha concluido entre nosotros. Desde este momento eres libre para hacer cuanto te plazca.

»Me retiro á mis Estados de Kazan, y no intentes venirme á buscar allí, porque no te recibiré.

»*Olga Kolwarov.*»

CAPITULO LXVIII

La resolución del conde

Después que el conde leyó aquella carta, exclamó:

—¡Oh! ya veremos si me recibes ó no en tus dominios.

Y llamando á su ayuda de cámara, le dijo:

—Inmediatamente despide la servidumbre, porque vamos á salir de París mañana mismo.

—¡Mañana, señor!

—Sí.

—¿Tiene algún inconveniente el señor conde, que yo sepa donde vamos, á fin de preparar lo más indispensable?

—A Rusia.

—¿Por mucho tiempo?

—Ya estás pesado con tus preguntas, Ivan. Dispón lo que quieras.

—¿Quién se va á quedar en la casa?

—El portero.

—¿Nadie más?

—Nadie más.

—¿En qué tren vamos á partir?

—En el de la mañana.

El ayuda de cámara se disponía á salir para cumplimentar las órdenes de su amo, cuando éste dijo:

—Escucha, Ivan.

—¿Decía algo el señor conde?

—Cuando hayas evacuado esas diligencias, vuelve, porque he de decirte algo.

El conde permaneció pensativo algunos momentos y después se aproximó á la mesa y se puso á escribir.

No fué larga, por cierto, la misiva.

Después que la hubo escrito, sacó de un mueble un talonario del Banco, firmó uno de los talones, lo metió en la carta, y dijo:

—De este modo le será menor á Amelia nuestro rompimiento. Por supuesto, que después de todo, ella se tiene la culpa, quiso exhibirse demasiado y todo lo ha perdido. Esta carta se la enviaré mañana, cuando ya esté lejos de París. Si la recibiese ahora, sería capaz de armarme un escándalo.

Después se puso á pasear por la habitación, murmurando:

—En medio de todo, tiene Olga razón. La herida fué demasiado violenta, y dado su carácter, no me extraña lo que ha hecho. Pero ¿quién tiene la culpa? Ella que no tiene corazón, ella que no siente, ella que no...

Y el conde se detuvo porque su buen criterio le estaba diciendo que no tenía razón alguna en quejarse.

—Pero si yo no tengo derecho á quejarme,—dijo,—su defensa es lógica y natural; ella no me ha engañado, me dió lo que tenía, nada me ha robado; me ha dado su corazón tal

como era y ella no tiene la culpa de que no fuesen iguales nuestros dos sentimientos.

Volvió á leer la carta de su mujer, y estrujándola entre sus manos, dijo:

—¡Qué no quiere verme, qué no me recibirá, qué la he salpicado con el lodo en que me hundo! Tiene razón, tiene razón en esto; pero en lo que no la tiene, en lo que no se la concederé, es en no querer recibirme. ¿Acaso no soy yo el jefe de la familia, no soy el que tiene derecho para mandar? Olga, tú me vas á obligar á que cometa una violencia y la cometeré. Yo no puedo vivir sin tí, tú no has comprendido mi corazón y por eso obras de ese modo.

Y el conde, profundamente afectado, impaciente por marcharse y temeroso al mismo tiempo del recibimiento que le haría su mujer, no quiso aquel día salir de su casa.

Creyó de este modo evitar explicaciones con sus amigos y con Amelia especialmente.

*
* *

Pero la noticia de la marcha de Olga había circulado con extraordinaria rapidez.

Los criados, despedidos por la princesa la noche anterior y los despedidos por el conde aquella mañana, comunicaron la nueva á los criados de otras distintas casas, y especialmente los del conde se lo dijeron á los de Amelia.

Tiempo le faltó á la camarera de ésta para penetrar en la estancia de su señora, diciéndola:

—¿Sabe usted, señorita, lo que ocurre?

—¿Qué?

—Que la princesa Olga se ha marchado esta mañana.

—¡Ah! vamos,—dijo con indiferencia la horizontal,—sin

duda se la ha indigestado ver á su esposo, anoche, á mi lado.

—Es que hay más todavía.

—¿Más?

—Sí, señora; que el señor conde ha despedido hoy su servidumbre.

—¡Qué dices!

Y después, como si de súbito se le ocurriera una idea, añadió:

—Si pretenderá instalarse aquí.

—No por cierto.

—¡Qué sabes tú!

—He hablado con Smtih, su *groom*.

—¿Y qué?

—Que el señor conde se marcha mañana á Rusia.

Esta contestación hizo dar un respingo á Amelia, diciendo:

—¿Qué has dicho?

—Que el señor conde se marcha mañana á Rusia.

—Eso no puede ser.

—Dueña es la señorita de creer lo que tenga por conveniente.

—Pero si el conde me ha jurado que me amaba.

—Puede haber jurado todo lo que quiera, pero el caso es que marcha.

—Eso sí que no lo consentiré,—gritó la joven abandonando la *chaise longue* en que estaba tendida.

—¡Quién hubiera de creerlo!—prosiguió la doncella,—una persona que dió tan buena estocada á milord Cowley.

—Y que me hizo perder tan buen acomodo...

—En cuanto á eso, me parece que este hotel y todos sus adherentes...

—Pero si ahora se marcha...

—Ya sabe la señorita, que D. Carlos Pérez Cambronero, ese mejicano tan poderoso, ha intentado varias veces hablar con la señorita.

—¡Quita allá! con esa cara de color de chocolate que tiene...

—Pero en cambio va cargado de brillantes.

—No, no; yo no me dejo quitar mi ruso por todas las princesas del mundo.

—Pero cuando un pájaro quiere marcharse, es muy difícil pretender cerrar bien la jaula.

—¿Te has propuesto desesperarme?

—Esta misma mañana se ha presentado el señor de Cambronero en casa.

—¡Vuelta á hablarme del mejicano! ¿Cuánto te ha dado porque abogues en su favor?

—¡Señorita!

—Entonces, déjame en paz, y dile á Enrique que ponga la berlina.

—Pero...

—Que enganche en seguida, que me avise, y tú sube á vestirme.

La doncella cumplió el encargo de su señora.

—¿Qué quiere usted ponerse?—la dijo al entrar en la habitación.

—Cualquier cosa, lo más pronto, lo más sencillo; un sombrero, el abrigo, los guantes.

—Voy, señorita, voy.

—¡No ves que me muero de impaciencia! ¡Mira que estás hoy torpe hasta más no poder!

—Pero...

—Dame esos guantes.

Y Amelia cogió los guantes, y poniéndose el abrigo, se lanzó fuera del aposento.

*
* *

El conde no podía imaginarse que tan rápidamente se hubiese sabido la marcha de su mujer.

Y mucho menos su proyecto, y que Amelia estuviese enterada de él.

No veía el momento de abandonar á París.

—No me querrá recibir Olga,—decía.—Y ahora recuerdo que en las condiciones matrimoniales hay algunas cláusulas que la dan tales derechos, que en sus dominios sigue siendo señora absoluta. Sin embargo, verá mi arrepentimiento, la rogaré tanto, que no tendrá más remedio que otorgarme su perdón.

Y embebido en estos pensamientos, halagado por la esperanza unas veces, desesperado otras, iban pasándose las horas, cuando de pronto sintió rumor de voces en las habitaciones inmediatas.

—¡Voz de mujer!—exclamó.—¿Quién será?

Y cuando iba á levantarse de su asiento para averiguar la causa de aquel rumor, Amelia se precipitó en la estancia, exclamando:

—¿Conque es verdad? ¿conque te marchas?

—¡Amelia!—exclamó Demetrio profundamente contrariado.

—Mereceríais todos los hombres los mayores castigos,—prosiguió la joven dejándose caer sobre una butaca.—Estoy sofocada, no sé lo qué pasa por mí. Mira, dame una copa de *champagne*, porque sino, creo que me va á dar algo.

—¡Pero qué quiere decir esto, Amelia! ¿cómo te has atrevido á venir á esta casa?

—Porque sabía que no estaba aquí tu mujer. Parece que á la princesa no le sentó muy bien verte anoche á mi lado.

—¡Calla, no me hables de eso!

—Ya se ve; como que tú vas á seguir el mismo camino que ella, como que no puedes vivir sin los encantos de tu princesa. ¿Sabes á lo qué he venido?

—¿A qué?

—A que me lleves contigo.

—¡Amelia!

—Nada, nada, conde, que me marcho contigo á Rusia; precisamente es un país que no conozco y del cual tengo las mejores noticias.

—Vamos, Amelia, vamos, no seas loca.

—Lo que te digo; he venido resuelta á que me lleves contigo. No faltaba más, sino que cuando por tí he dejado al inglés y...

—Te he dicho que no seas loca. Es imposible que vengas á Rusia.

—¡Cómo! es decir, que entonces piensas marcharte y dejarme abandonada.

—Mi ausencia será corta.

—¿Por qué te marchas?

—Tengo negocios urgentes que reclaman mi presencia.

—¿Negocios?

—Sí.

—¿Y qué negocios son esos? ¿Pero haces que me den eso que he pedido, ó es que has perdido también esas galantes costumbres que tanto prestigio te daban entre las mujeres?

—Voy.

Y llamando á Ivan, hizo que trajesen una botella de *champagne*, copas y algún fiambre.

—Vamos á ver, conde; hablemos razonablemente, y explícame la verdadera causa de tu marcha.

—Ya te la he dicho.

—No; no me has dicho nada, porque no creo el pretexto que me has dado.

—Te digo que tengo necesidad de ir á mi país.

—A ver á tu mujer, ¿no es cierto?

—¿Y qué tendría de particular?

—Mucho, porque yo te he sacrificado...

—¡Por Dios, Amelia, no hablemos de sacrificios! los que tú has hecho, ya sabemos tú y yo el valor que tienen.

Y el acento del conde era tan frío, tan indiferente, que la joven comprendió muy bien que allí había una puerta que se cerraba para ella.

En aquel momento entró Ivan con los objetos pedidos.

El ayuda de cámara puso silenciosamente la bandeja sobre una preciosa mesa de malaquita, y salió discretamente de la estancia.

—Toma,—dijo el conde ofreciendo á la joven lo que el ayuda de cámara acababa de servir.

—Gracias,—repuso ésta secamente,—comprendo que te estorbo, y me alejo.

—Pues, ¿no tenías sed?

—Ya se me ha quitado. Adiós, conde.

Y se dispuso á salir del aposento.

—Toma,—dijo el conde presentando á la joven la carta que había escrito algunas horas antes;—como que no pensaba marcharme sin participártelo, ahí tienes la carta que te había escrito.

—¿Y no podías tú ir á verme?—dijo Amelia cogiendo la carta y rompiendo el sobre.

—Temí no tener tiempo.

Amelia se fijó en el talón del Banco, y con un arranque de entusiasmo, se arrojó al cuello de Demetrio, diciéndole:

—Eres adorable, conde; no sé por qué has de querer abandonar á París.

CAPITULO LXIX

El mármol se anima

Amelia abandonó la casa del conde algo más tranquila que había entrado.

Aquel talón había tenido el raro privilegio de cambiar por completo sus disposiciones.

El hotel, las alhajas y los cien mil francos que aquel talón representaban, eran lo suficiente para que la joven vividora se consolara de aquella decepción.

Cuando llegó á su casa, la doncella que casi había adivinado donde había ido su señora, la preguntó con esa familiaridad peculiar en las doncellas de determinadas casas.

—¿Ha visto la señorita al señor conde?

—Sí,—contestó la joven quitándose el abrigo y entregándolo á la doncella.

—¿Y es verdad que se marcha?

—Sí, Justina, el ingrato prefiere á la atmósfera vivificante y llena de encantos de París, la helada de su tierra.

—De modo que...

—¿No ha vuelto el señor de Cambronero?—preguntó de repente la joven, quitándose los guantes.

—No, señora.

—Me parece que me agradaría que viniese alguien, para distraerme del mal humor que tengo.

—Quien estuvo hace un momento fué el vizconde.

—¡Fátuo! cree que porque tiene buena figura...

—Es muy distinguido, habla muy bien.

—Pero si es tan pobre...

—Es verdad.

—¿Decías que Cambronero?...

—Como la señorita me ha dicho que no quería recibirle nunca.

—Es un apellido que me ataca los nervios: Cambronero. Vamos, te aseguro que únicamente se le puede perdonar ese apellido por ser mejicano.

—Y por tener muchos brillantes, ¿no es verdad, señorita?

—Puede.

La doncella se sonrió.

—Parece que te interesas mucho por el mejicano,—dijo Amelia al cabo de algunos momentos.

—Diré á usted; me ha significado de tal modo lo muy prendado que está de usted...

—Comprendo. Como tú tienes un corazón tan compasivo...

—Y la quiero á usted tanto...

—¡Vaya, mujer! concluirás por obligarme á que aun cuando no sea más que por complacerte, consienta en recibirle.

—¡Válgame Dios, señorita! si eso fuera verdad, el pobre se volvería loco.

—¡Calla! que si tanto efecto le ha de hacer...

—Sí; pero será de alegría.

—Entonces, cuando venga, hazle pasar.

*
* *

El conde Orloff, partió al día siguiente para Rusia.

Pero por presto que llegó á San Petersburgo, su esposa le llevaba veinticuatro horas de ventaja.

Olga no se detuvo en ninguna parte.

El conde había contado con que la fatiga del camino la obligaría á detenerse en algún sitio.

Pero la princesa era infatigable.

Había resuelto alejarse cuanto antes de París é ir á encerrarse en sus queridas soledades de Kazan y nada le arredró ni la detuvo.

Apenas llegó á su castillo, dijo á su mayordomo:

—Alejo; aquí soy el ama, ¿lo comprendes?

—Sí, señora princesa.

—Nadie, pero absolutamente nadie, ha de llegar hasta mí, sin que yo lo consienta.

—¿Y si viene el señor conde?

—No vendrá.

—Pero si llegara á presentarse...

—El, menos que cualquier otra persona.

El mayordomo conocía perfectamente el carácter de su ama y sabía que era implacable en sus resoluciones.

Dos días después, el conde llegaba al castillo de su esposa.

Alejo no le dejó entrar.

El conde quiso hacer valer sus derechos de esposo.

Pero la princesa se mantuvo firme y no consintió en recibirle.

El conde no tuvo otro remedio que irse á sus posesiones y desde allí escribió á su mujer, amenazándola con el escándalo de un proceso.

Olga le devolvió su carta sin abrirla siquiera.

Demetrio se dirigió entonces á San Petersburgo, y trató de que el emperador interviniera en aquel asunto, puesto que la princesa Olga estaba emparentada con la familia imperial.

Espontáneamente acudió á San Petersburgo la princesa antes de que el emperador la llamara.

Larga y secreta fué la entrevista que tuvo con él, y, cuando más tarde el conde iba á saber la disposición en que el emperador se encontraba respecto á él, oyó de los imperiales labios, lo siguiente:

—Siento tu desgracia, conde; pero me es imposible hacer nada para remediarla. Tú has tenido la culpa; los cargos que te se dirigen son muy merecidos y lo único que puedo hacer es ayudarte á obtener el divorcio.

El conde quedó petrificado.

Aquello superaba á cuanto pudiera creer.

Trató de ver á su mujer en San Petersburgo; pero inútilmente, porque Olga después que hubo hablado con el emperador y manifestádole las razones que tuvo para la medida tan radical que tomó, había emprendido la marcha para sus posesiones.

Entonces, loco, desesperado, excitado por la cólera y el dolor, por el despecho y por la ira se marchó á Londres y á París, entregóse á toda clase de locuras, cometió los mayores excesos, y finalmente, al cabo de cuatro años de una existencia semejante, encontró la muerte, que era lo que iba buscando, en una de las desenfrenadas orgías en las cuales trataba de dar al olvido su dolor.

Olga, guardó á su marido, muerto, las mismas consideraciones que le había guardado vivo.

Durante aquellos cuatro años de desenfreno y de locura ni una sola queja se había exhalado de sus labios, ni había consentido que nadie le censurase en su presencia, ni ella había dado paso alguno que pudiera ofenderle.

Muerto el conde, guardó rigurosamente el luto, y únicamente, al cabo de un año, dijo al doctor Alejis Bournoff, sabio médico, que había hecho notabilísimos estudios en Persia y en la India, y que pertenecía á la casa de la princesa desde antes de que ésta naciera:

—Doctor, ya es tiempo de que emprendamos una peregrinación por Europa.

—¡Cómo, hija mía!—exclamó el anciano;—¿hemos de abandonar nuestro tranquilo castillo?

—Sí, doctor; estoy harta de esta existencia que usted encuentra tan apacible y que yo he venido soportando con resignación hace muchos años. No me hubiese quejado de ella jamás, habría vivido como hasta aquí; pero libre hoy, comprendo que mi actividad necesita algo diferente de aquello entre lo cual he vivido hasta ahora.

—¿Y dónde vamos á ir?

—Lo ignoro. Aves lanzadas en medio del espacio, iremos donde nos lleve el viento.

—Pero un viaje semejante...

—Cuando se tiene dinero, no se necesita hacer grandes preparativos, querido doctor, prescindiendo de que Alejo es inapreciable para estos casos.

El pobre doctor no pudo renunciar sin pena á la tranquila existencia que había llevado durante tantos años.

Pero su querida Olga, aquella hermosa mujer, á cuya existencia se había consagrado y á cuyo padre juró, en los últimos

momentos de su vida, que no abandonaría jamás y que siempre velaría por ella, lo exigía así, y el doctor era persona que no había faltado á ninguno de sus juramentos.

Alejo hizo los preparativos del viaje con la rapidez de que había hablado su señora, y ésta trazó un itinerario al acaso, que les condujo primeramente á la Siberia, después á Persia, llegando más tarde á Constantinopla. En este viaje, en el cual emplearon dos años, deteniéndose en los puntos que más agradaban á Olga, ó dónde el doctor podía hacer mejores estudios, pareció iniciarse un cambio importante en la existencia de la princesa.

Había llegado á los veinticinco años, y la resistente envoltura de aquel corazón, que hasta entonces le protegiera contra cierta clase de sentimientos, pareció como que bajo el ardiente clima asiático iba derritiéndose.

El doctor advirtió, tal vez antes que el mismo Alejo y los otros criados que acompañaban á la princesa, el cambio que en ella se verificara.

* * *

—Doctor,—le dijo un día Olga á su compañero de viaje, —mañana marchamos á Europa.

—¿Se ha cansado usted ya de Asia?—preguntó sonriéndose Alejis.

—No sé lo qué siento,—contestó la joven;—por la primera vez en mi vida experimento sensaciones desconocidas, doctor; despiértanse en mi pecho insaciables deseos, anhelos inexplicables, agitaciones que jamás había sentido. Hay momentos en que siento deseos irresistibles de llorar, y lloro, como si en el llanto buscara el desahogo de mi oprimido pecho, y sin embargo, esa opresión no se calma. ¿No encuentra su

ciencia de usted explicación alguna para esta especie de malestar que me agobia?

—Hija mía, la ciencia tiene también sus límites marcados, y donde empieza el movimiento del espíritu, es donde, precisamente, terminan sus medios de acción. Entre la materia y el espíritu, hay un abismo imposible de salvar. Entre lo material y lo inmaterial, existe toda la inmensa distancia que separa á Dios del hombre. Deme usted una víscera enferma, un miembro herido ó una entraña afectada, y la ciencia avanzará resueltamente hasta encontrar el origen y hallará el remedio. Por oscura, por insignificante que parezca la rueda del humano organismo, que se distraiga del engranaje general, la encontrará la ciencia; pero en cambio, la razón de por qué la lágrima que brota del corazón sube hasta los ojos, brota por entre los párpados, llega hasta los labios, es absorbida por ellos para volver más tarde á hacer aquella misma evolución, eso, señora princesa, no puede decirlo la ciencia.

—Pues ¿quién entonces?

—El que puso dentro de esa máquina, tan admirablemente organizada, que constituye el cuerpo humano, la vida, el alma, ese átomo de la divinidad, esa esencia impalpable, incomprensible, que presta movimiento y animación al humano sér.

Confusa y oscura encontró Olga la explicación del sabio médico, y si él no sabía con toda su ciencia el mal de que ella adolecía, ¿quién se lo podría explicar?

La princesa tampoco intentó pedir á ningún otro sabio la explicación de su estado.

Pretendió buscar alivio para su mal, en el movimiento y en la distracción, y á partir de aquel instante, el viaje de Olga tuvo algo de la vertiginosa carrera del potro desbocado, que ante nada se detiene, ni hay obstáculo alguno que corte su marcha desenfrenada.

Desde el Bósforo pasó al Sena, desde el Sena fué al Támesis, y del Támesis al Tajo.

París, Londres, Lisboa y Madrid recibieron en breve espacio la visita de la hermosísima viuda que, viajando con el séquito correspondiente á su clase, llamaba la atención por doquiera, excitaba murmullos de admiración por donde iba, escuchaba frases de entusiasmo en su camino, sin que nada de esto consiguiera calmar aquel inquieto anhelar de su espíritu.

En España fué donde hizo una estancia más larga.

De una población á otra, ora visitando un monumento, ora estudiando una genialidad, ora admirando una perspectiva de cualquiera de las provincias que componen la península Hispana, pasó algún tiempo, mientras el doctor herborizaba, ora en la falda de los Pirineos, ora en las agrestas comarcas de Sierra Morena.

Un día le dijo Olga:

—Doctor, estoy cansada; vamos á Italia, y desde allí nos volveremos á nuestras estepas.

—¡Gracias á Dios, hija mía!—exclamó el anciano exhalando un suspiro de satisfacción;—al menos podré poner en orden mis colecciones y ordenar un poco mis estudios.

CAPITULO LXX

En Italia

OLGA había dicho al doctor que estaba cansada porque no había sabido definir positivamente lo que sentía.

La princesa estaba triste.

No había podido encontrar aquello que anhelaba, que no sabía explicar, y que, sin embargo, la hacía sufrir de un modo extraordinario.

Por la primera vez en su vida, solía fijarse en las parejas que á veces, encontraba en su camino.

Aquellos cantos meridionales que había escuchado bajo el hermoso cielo de Andalucía, en aquellas frondosas vegas saturadas de perfumes y llenas de encanto llegaban hasta su pecho con vibraciones tales, que sin que ella misma pudiera explicarse la razón, se llenaban de lágrimas sus ojos, y su corazón palpitaba con violencia.

Varias veces había repetido la frase «amor» y le parecía que

al oirla en otros labios, llegaba hasta su oído con inflexiones completamente distintas, pero que, sin embargo, se armonizaban con las mismas que ella en su interior le daba á aquella frase.

—¿Será posible,—decía,—que el amor haga tan felices á esas pobres gentes que encuentro en mi camino y en cuyos rostros, bajo el calor de una mirada ó por efecto de una palabra, se refleja la dicha que experimentan? ¿Qué es el amor, ¡Dios mío! qué es el amor que yo he oído repetir tantas veces y que no puedo comprender, sin embargo?

Olga y el doctor llegaron á Italia, después de haber hecho una corta permanencia en Niza.

Venecia llamó poderosamente su atención.

¡Cuántas noches, muellemente mecida en la góndola que surcaba los sombríos canales, escuchando los cantos de los gondoleros que cruzaban en distintas direcciones, había sentido inundarse de inefable ventura, de dulce melancolía!

—Todo esto,—murmuraba,—me habla de amor; esa es la única frase que está zumbándome en el oído hace mucho tiempo y, ó es mentira todo eso que dicen, ó yo soy la más desgraciada de las mujeres, porque á pesar de haberme dicho esa misma frase muchos hombres, mi corazón no se ha estremecido al escucharla, cuando ese amor se refería á mí. Y, sin embargo, lejos de ellos parece que experimento algo, parece que en mi pecho se agita misteriosa sensación que se relaciona con otro algo que bulle en mi mente, que flota ante mi vista, pero tan impalpable, tan indeterminado que no me lo puedo explicar.

*
* *

—Doctor,—dijo un día á Alejis, en ocasión que habían llegado á Roma,—quisiera vivir fuera de la ciudad. Me agrada

venir á ella, más para ver los monumentos del pasado, que para ver los adelantos de la civilización presente.

—Como usted quiera,—repuso el doctor.

Alejo recibió orden de su señora, y en virtud de ella, á los tres días hallábanse instalados en una linda casa de campo construida por un inglés dos años antes, y que se había puesto á la venta hacía tres ó cuatro días.

La posesión era encantadora, y Olga dijo al verla:

—¡Qué agradable debe ser la existencia en este paraíso!

Sin embargo, aquel paraíso, como ella decía, comenzó á causarle tedio á los ocho días.

Una mañana, regresaba de Roma en su carruaje, cuando de pronto, mirando distraidamente hacia la campiña por una de las ventanillas del carruaje, exclamó dirigiéndose al doctor:

—Alejis, ¿no ve usted allí un hombre tendido en el suelo?

El doctor miró con los gemelos en la dirección indicada por la princesa, y contestó:

—Sí, señora; y parece que está lleno de sangre.

—¡Qué dice usted!

—Sí, algún crimen de los muchos que se cometen en estos sitios.

La princesa hizo detener el carruaje.

—¿Qué va usted á hacer?—la preguntó el doctor.

—¿Qué voy á hacer? ¡y me lo pregunta usted! socorrer á ese desgraciado, si es posible.

—¡Señora!...

—Venga usted, doctor, venga usted.

Y la princesa descendió del carruaje, y se aproximó á Ricardo, pues él era la persona á quien ella había visto.

El pintor reposaba sobre un lecho de sangre.

Una hora próximamente haría que su matador se había alejado de aquel sitio.

Olga palideció intensamente al contemplar el semblante marmóreo de Ricardo.

—Está muerto,—dijo con un acento indescribible.

—Mucho me lo temo,—repuso el doctor mirándole atentamente,—la bala ha producido una herida mortal de necesidad. Después, este desgraciado, se conoce que recibió la herida hace ya tiempo, y si un átomo de vida le quedaba, con la pérdida de la sangre se le habrá extinguido.

—¡Por Dios, doctor, reconózcale usted bien!

—Señora princesa, me parece que aquí no podemos hacer nada.

—Pero mientras no le haya usted reconocido...

—Por complacer á usted lo haré, pero puedo asegurarla que para el desgraciado ya no existe remedio.

*
* *

Sin embargo, el doctor, queriendo complacer á Olga, hizo un escrupuloso reconocimiento de Ricardo, reflejando en su rostro, de repente, una sorpresa que no pasó desapercibida para Olga, que le contemplaba atentamente.

—¿Qué hay, doctor?—le dijo.

Alejis no respondió, pero siguió sus investigaciones, hasta que por fin repuso:

—Me había engañado.

—¡Cómo!

—Que aun hay vida en este cuerpo.

—¡Oh! ¡es menester salvarle!—contestó precipitadamente la joven.

—Pero para esto tendremos necesidad de pedir socorro en algún caserío.

—Si no se ve ninguno por este sitio.

—Lo primero que hay que hacer es extraerle la bala, y es operación sumamente difícil.

—Hagamos una cosa, doctor.

—Ordene usted, señora.

—Vamos á llevárnosle á casa.

—¿Llevarle á casa? Pero ¡por Dios, señora! ¿usted sabe el compromiso que vamos á contraer?

—Yo no sé más sino que estoy resuelta á no abandonar á este desgraciado.

—Pero...

—Nada, póngale usted una compresa, de momento, y vamos á transportarle al carruaje.

Y la joven hizo señas al cochero de que fuera á reunirse con ellos.

—Pero ¿qué sabemos nosotros quién es este hombre?

—Es un desgraciado que necesita nuestro auxilio, y no hemos de pensar en nada más.

El doctor conocía demasiado el carácter de la princesa para comprender que serían inútil cuantas observaciones la hiciera.

Arrodillóse junto al cuerpo de Ricardo, sacó del bolsillo la cartera de instrumentos que siempre llevaba consigo, cortó algunas tiras de aglutinante, las aplicó sobre la herida, sacó el pañuelo del bolsillo, pidió á la princesa el suyo, y con los dos formó una especie de vendaje provisional.

—Ahora sería conveniente acercar el coche todo lo posible,—dijo el doctor.

Momentos después el cuerpo de Ricardo era depositado en el interior del carruaje.

—¡Qué locura, señora, qué locura! ¡Un hombre desconocido!...

—No puede ser un criminal como usted supone,—repuso

la princesa,—ni por su traje, ni por la distinción que en él se advierte, podemos creer semejante cosa.

—Precisamente bajo este exterior elegante y distinguido, se ocultan criminales de la peor especie.

—Sea lo que quiera, no retrocedo.

La princesa dió orden al cochero para que llevase los caballos al paso, y un cuarto de hora después el carruaje entraba en la lindísima *Villa* de la princesa.

*
* *

El herido fué transportado con grandes cuidados á una habitación, que el mayordomo dispuso para el efecto, siguiendo las instrucciones del doctor.

Olga sentía verdadera impaciencia por escuchar la opinión del anciano, después que se le hubiera hecho la primera cura.

El doctor era tan hábil operador como sabio químico, y tenía bálsamos y medicinas especiales recogidas en sus diversos viajes científicos, y cuya eficacia había tenido ocasión de comprobar.

Una vez que el herido estuvo ya metido en la cama, la princesa entró en el aposento.

—Señora, la operación que voy á practicar,—dijo el doctor,—es sumamente dolorosa, y no es conveniente que la presencíe usted.

—No tenga usted cuidado, doctor, ya sabe que no me falta valor.

—De todas maneras, necesito tener completa libertad de acción, y la presencia de usted podría cohibirme en el momento más crítico.

—Pero...

—Nada, nada; ya sabe usted que en estos momentos el médico tiene una autoridad que está por encima de todas las jerarquías sociales; por lo tanto, ruego á usted que se aleje de aquí.

La princesa no tuvo otro remedio que obedecer.

El médico, acompañado de Alejo y de otro de los criados rusos que Olga llevaba consigo, se encerró en la habitación del herido, y procedió á la extracción de la bala.

Por uno de esos fenómenos incomprensibles, la bala del marqués no había interesado la masa encefálica y había seguido un curso tortuoso, dolorosísimo desde luego, pero sin un peligro inmediato de muerte.

—¡Qué rareza!—dijo el doctor procurando seguir el curso del estilete con que iba sondeando la herida.

—¿Encuentra usted la bala, doctor?—dijo Alejo.

—Ahora,—repuso el operador.

—¿Y habrá facilidad para extraerla?

—Presumo que sí.

—Sin peligro, por supuesto.

—Juzgo que tendremos necesidad de abrir una nueva herida para sacarla.

—¿Pero tiene usted esperanza?

—¡Ya lo creo que la tengo, pues no faltaría más que la perdiera!

—No obstante, podría usted equivocarse .. salir mal la operación... y esa esperanza...

—Eso es lo último que se pierde, querido Alejo,—contestó sonriéndose el doctor.—Por de pronto, me parece que tengo la seguridad de extraer el proyectil.

Y efectivamente, practicada la incisión por el sitio donde había creído que podía hacer la extracción con menos peligro, mostró la bala á Alejo, diciéndole:

—Hé aquí el verdadero cuerpo del delito.

—De modo, ¿que ya estamos fuera de peligro?

—Eso ya es algo más difícil de asegurarlo.

El doctor prosiguió adelante sus operaciones, y al cabo de una hora Ricardo lanzó un débil suspiro.

—Ahora mucho reposo, y ya veremos dentro de algunas horas lo que debemos hacer.

CAPITULO LXXI

La resolución de Olga

IMPACIENTE estaba la princesa, y más de una vez había llamado á la puerta de la habitación, diciendo al doctor:

—¿Qué hay?

—Todo marcha bien,—la había contestado éste.

Sin que ella misma pudiera explicarse la razón, del fondo de su pecho había dirigido fervientes plegarias á Aquel que todo lo puede, pidiéndole la salvación del pobre herido.

Su cadavérico semblante, no se borraba de su pensamiento, y á la sola idea de que el doctor la engañara, de que el joven muriese, no podía menos de estremecerse de angustia.

Por fin, se abrió la puerta del aposento y el doctor apareció en ella.

—¿Qué hay, Alejis?—le preguntó Olga, con tembloroso acento.

—Por ahora, nada puedo decir á usted.

—¿Pero la bala?

—Aquí está,—contestó el doctor mostrándosela.

—¿Ha recobrado la razón?

—Cuando menos ha recobrado la sensibilidad.

—¿Se salvará?

—Lo ignoro.

—¿Pero es posible que no pueda usted darme alguna esperanza?

—Yo al menos, no la he perdido.

—¡Oh! gracias.

Y la princesa estrechó con efusión las ensangrentadas manos del doctor.

—Ahora lo que hay que hacer,—dijo éste,—es averiguar quién es ese hombre.

—El cochero,—dijo Alejo,—me ha entregado un objeto que quizás puede darnos alguna luz.

—¿Qué es?—dijo la princesa.

—Una pistola que encontró cerca del cuerpo de ese joven.

—Y nada me habías dicho.

—Como que desde el primer momento he tenido que ocuparme de todos los preparativos de la operación.

—¿Has examinado el arma?

—Si no he tenido tiempo.

—Registremos las ropas.

Pero aquel registro no produjo resultado alguno.

Ya sabemos que los bandidos se habían llevado no solo cuanto encontraron de valor sobre el cuerpo de Ricardo, sino la cartera con sus papeles.

—Nada absolutamente,—dijo Alejo.

—¡Qué extraño es esto!—exclamó el doctor.

—Quizás con objeto de robarle le darían muerte.

—No,—dijo Alejis,—porque si así fuera, no habrían dejado cerca del cadáver un arma denunciadora.

—Vamos á ver la pistola.

El mayordomo fué á buscar el arma.

Era una pistola de fabricación belga, en cuya culata sobre una plancha de plata había unas iniciales y una corona de marqués.

—Esta no es arma de bandido,—dijo el doctor.

—Pues entonces, hemos de creer...

—En un desafío, tal vez.

—Pero para un desafío no iría ese joven tan desprovisto de alhajas ó de documentos que justificaran su personalidad.

—Tal vez haya sido algún suicidio.

—El suicida,—repuso el doctor,—siempre deja alguna carta para motivar su resolución desesperada.

—¿Entonces qué opina usted?

—Que nos encontramos en presencia de uno de esos acontecimientos misteriosos que debemos dejar al tiempo que nos lo descubra.

—Cuando ese joven pueda hablar,—dijo Olga.

—Han de pasar algunos días antes de que eso suceda,—contestó el doctor.

—Pues esperaremos.

—¿Es decir, que está usted resuelta á que nos hagamos cargo de ese joven?

—Desde luego.

Y el acento de Olga fué tan resuelto al pronunciar las anteriores palabras que, lo mismo el doctor que el mayordomo, comprendieron que sería inútil hacer observación alguna á la hermosa viuda.

*
* *

El doctor consagró toda su ciencia al servicio de aquel desgraciado.

Olga le había dicho que salvara su vida, y él quería á todo trance obtener aquel resultado.

Sin embargo, tropezaba con unas dificultades extraordinarias.

Un delirio horrible se había apoderado de Ricardo.

Cuantos más esfuerzos hacía por combatirle el doctor, reaparecía á las pocas horas, siendo necesaria una vigilancia constante para evitar que el pobre herido cometiese algún desatino.

En medio de aquel delirio los nombres de Mercedes, de su hijo, Luis, Pietro, Giovanna, Marcos y Faustina, los repetía tantas veces y de tal modo los confundía, que el pobre doctor no sabía ni qué pensar, ni qué deducir de todo aquello.

Olga no cesaba de entrar en la alcoba de Ricardo; ella misma le velaba muchas noches, y por más que el doctor la decía:

—Pero, señora princesa, tenga usted en cuenta que obrando así vamos á tener dos enfermos á quien cuidar, en vez de uno.

—Pero diga usted, doctor, ¿no podremos conseguir nada respecto á este desgraciado? ¡adelantamos tan poco!...

—Se conoce que este joven,—decía el doctor,—en el momento de recibir la herida, debía encontrarse bajo la presión de un gravísimo acontecimiento en el cual han debido intervenir todas esas personas cuyos nombres cita.

—Pero ahí habla de dos ó tres mujeres.

—Sí, señora, y de un niño.

—¿Será casado este hombre?

—Lo que dije á usted desde un principio; nos encontramos frente á un enigma que mucho me temo que no vamos á poder resolver.

—¡Cómo! ¿qué quiere usted decir?—exclamó la joven profundamente alarmada.—¿No me había usted dicho que me respondía de su vida?

—Y sigo diciéndolo.

—Entonces...

—Pero no respondí del resultado que pudiera tener la excitación nerviosa, que se ha despertado, en el momento en que también hemos despertado la vida.

—Explíquese usted, doctor, explíquese usted, porque no se puede imaginar todo lo grande del interés que me inspira este hombre.

—Señora, como la dije, hoy, me ratifico doblemente en mi pronóstico. La vida está salvada; la herida marcha con lentitud, pero adelanta hacia su curación; mas, ya sea porque la lesión material haya interesado algo el cerebro, ya porque también estuviera lesionado en el momento de recibir aquélla, me temo que sobrevenga una perturbación de facultades, cuyo resultado no me es posible prevenir.

—¡Jesús, doctor; qué desgracia!

—Mi opinión, señora, sería que condujésemos á este joven á Roma, y ahora que ya está salvada su existencia, le dejáramos en el hospital.

—¡Doctor!...—exclamó Olga llena de indignación y dejándose arrastrar por la violencia de su carácter;—¿desde cuándo la princesa Olga ha abandonado á la caridad pública lo que ella puede hacer por sí misma?... La Providencia ha puesto á ese hombre en mi camino para que le salve y le salvaré, cueste lo que cueste. Desde hoy ese desgraciado pertenece á mi

familia, hasta que la casualidad nos descubra quién es la suya.

El doctor inclinó la cabeza, diciendo:

—Dispénseme usted, pero si yo había hecho esa indicación, fué más que todo, con el fin de evitarla tantas incomodidades como está sufriendo.

—Desde el momento en que se trata de un infortunado, las incomodidades no existen para mí.

*
* *

El doctor se consagró con mayor empeño, en vista de la decisión de la princesa, al cuidado de Ricardo.

El estado de éste ofrecía, á los ojos del inteligente moscovita, un fenómeno científico que no se cansaba de estudiar, por más que no lo pudiera comprender.

Como él decía, caminaba completamente á ciegas en aquel asunto.

Dos meses transcurrieron en aquella lucha continua, al cabo de los cuales los violentos accesos de la fiebre se habían calmado.

Entonces sobrevino un largo período de aplanamiento, durante el cual Ricardo casi tenía constantemente cerrados los ojos, sin responder á ninguna de las preguntas que se le hacían.

El doctor estaba asombrado.

La princesa le decía sin cesar:

—Pero doctor... ¿será posible que usted, á quien he visto tan grande en curaciones reputadas por imposibles por los príncipes de la ciencia, vacile ahora?

—Se lo confieso á usted, señora; es un caso tan extraño, es un libro tan herméticamente cerrado para mí el de este jo-

ven, que cada día, al tropezar con una complicación nueva, al ver los contrarios efectos de medicaciones muy conocidas para mí, me aturdo y no sé qué pensar. Como he dicho á usted muchas veces, por primera vez en mi vida vacilo, y quizás de esas mismas vacilaciones nazca el escaso adelanto que está usted observando y que, aun á mí mismo, me tiene sorprendido.

—Es decir, que empieza usted á perder la esperanza.

—No, señora; cuantas más dificultades encuentro, más empeño pongo en vencerlas. Aquí lo más grave de todo ha sido el no conocer antecedente alguno respecto á ese hombre, y que su perturbación mental nos haya impedido que él mismo nos diera algunos datos indispensables para poder apreciar mejor su situación.

—Pero ese estado no durará siempre.

—No lo sé.

Olga se desesperaba escuchando esta respuesta del médico.

Aquel «no sé,» en labios de una persona como Alejis, que desde el primer momento lanzaba una sentencia, favorable ó adversa, al ver á un enfermo, sentencia que de los cien casos se realizaba en noventa y nueve, era de gran significación.

Y por lo mismo que cada vez aumentaba el misterio en rededor de aquel joven, mayor era el empeño de Olga en descubrirle.

* * *

Había dicho el doctor que estaba desmejorándose, y, efectivamente, su salud se había alterado de una manera notabilísima.

Olga, sin que ella misma pudiera darse cuenta del estado

de su corazón, habíase interesado de tal manera por aquel desgraciado, que desde que éste entró en su casa, apenas si salió de ella.

Sus paseos artísticos, sus excursiones por los alrededores de Roma, habían quedado completamente suspendidas.

Hubiérase dicho que su vida estaba limitada al espacio en que habitaba Ricardo.

Cuando el doctor no estaba junto al joven, estaba Alejo.

Y cuando éste iba á descansar, Olga se encontraba en aquella habitación.

Y recogía afanosamente todas las frases que el joven pronunciaba en su delirio.

Habíale oído hablar de arte, y le juzgó un artista.

Pero después le oyó hablar de vastas posesiones, de jardines, de caballos, de viajes, y ya no supo qué colegir respecto á la posición que ocupaba en el mundo aquel joven.

Que debía ser distinguida, lo estaba revelando el elegante traje que vestía; sus manos, primorosamente cuidadas, y hasta las mismas frases que pronunciaba en su delirio.

¿Quién serían aquellas mujeres de quien hablaba?

Siempre que Olga le oía alguno de aquellos nombres, sentía que su corazón latía con violencia y afanosamente aspiraba cualquiera de las palabras que decía.

—¡Siempre esas mujeres!—murmuraba;—sobre todo esa Mercedes, cuyo nombre lo mezcla en todo; ¿quién será? ¡Dios mío! ¡cuánto daría porque hubiese quien me revelase el pasado de este hombre!

Olga se pasaba largas horas junto á aquel lecho, y de tal modo había conservado en su imaginación todo cuanto le oía al calenturiento, que ella llegó á formarse á su manera una historia respecto al pasado de Ricardo, que no dejaba de tener alguna semejanza con la real.

Supuso que aquella Mercedes debía ser su amada, porque las inflexiones de su voz cuando pronunciaba aquel nombre eran más suaves, más dulces, más tiernas.

En cambio, cuando nombraba á Faustina, lo hacía con dureza, lleno de ira, y de ello había deducido la princesa que se trataba de una rival.

Después hablaba de un niño. Sería su hijo y de aquella Mercedes.

El Luis á quien se refería Ricardo debía ser un rival aborrecido, tal vez el que le había causado aquella herida.

Otras veces hablaba del marqués, y Olga concluyó por creer que el joven pertenecía á la aristocracia, que amaba á aquella joven, y que, quizás, perseguido por un rival, le habían arrebatado el hijo á quien lloraba y tal vez á la misma mujer de quien hablaba tan tiernamente, y que, á consecuencia de esto, había mediado un duelo en el cual el joven, á no haber sido por ella, habría perdido la vida.

CAPITULO LXXII

Ricardo desaparece

Como se ve, casi casi la princesa había adivinado el papel que cada uno de los personajes á quienes el joven nombraba en su delirio, habían representado en su vida.

Y cuando dió parte al doctor de sus observaciones, cuando le dijo lo que ella juzgaba de todo aquello, Alejis no pudo menos de decirle:

—Confieso, señora, que no se me había podido ocurrir jamás semejante cosa. Y me parece que esas noticias que usted me da, van á entrar por algo en el nuevo plan de curación que voy á emprender.

—¿Qué quiere usted decir, doctor?—exclamó Olga sorprendida.

—Suplico á usted que me deje reflexionar algo sobre ello.

Sorprendida la princesa, no se atrevió á decir nada á su viejo amigo.

Pero en cambio éste reflexionó mucho sobre lo que la princesa le dijo, y después murmuró:

—Confieso que esto no puede combinarlo, ó presentirlo mejor dicho, sino una mujer, y una mujer que esté celosa y enamorada. ¿Lo estará la princesa?

Y después, el doctor, dejando vagar por sus labios una escéptica sonrisa, añadió:

—Al fin, una mujer como todas. El bellísimo defecto de la naturaleza, como dijo el famoso poeta inglés, no tiene más remedio que ser defectuoso. Vamos á ver si ensayamos ingeniosamente lo que con más ingenio todavía ha sabido descubrir la princesa.

Y desde aquel día, el doctor procuró unir á una medicación material, otra moral de un género completamente nuevo.

Cuando iba á administrar alguna medicina, le decía al enfermo:

—Vamos, amigo mío; tome usted esto, que desea Mercedes que lo tome.

La primera vez, Ricardo no hizo movimiento de ninguna especie.

Pero cuando á la segunda vez le dijo:

—Es necesario recobrar la salud, porque hay que castigar á Faustina y al marqués.

El efecto fué instantáneo.

Abrió los ojos Ricardo, y fijándolos en Alejis, creyendo que él era el marqués, le dijo intentando cogerle por un brazo:

—¡Infame! ¡ahora vas á pagarlas todas! ¡verdugo de tu hermana! ¡asesino de mi hijo!

Y abatido por aquel esfuerzo, volvió á dejar caer la cabeza sobre la cama.

*
* *

Un día, en el momento en que entraba Olga en el aposento, dijo en voz baja al herido:

—Amigo mío, aquí llega Mercedes.

Al escuchar este nombre, Ricardo dirigió su mirada hacia la joven que se aproximó al lecho, y le preguntó:

—¿Cómo estamos hoy?

—Cuando tú estás á mi lado, Mercedes de mi alma, me encuentro perfectamente. ¿Por qué te separas de mí? ¿por qué te enojas conmigo y te separas de mí? ¡Qué hermosa eres, Mercedes de mi alma!—prosiguió el joven estrechando entre su enflaquecida mano la de Olga que no se había atrevido á retirarla.—Si me parece que ahora te veo por primera vez. ¡Ay! no vuelvas la cara á otro lado; déjame que me bañe en la luz de tus ojos, déjame que aspire tu perfumado aliento. ¿Es que ya no me quieres? ¿es que te has olvidado de mí? ¿no quieres contestarme?

—Señora,—dijo el médico en voz baja,—contéstele usted, hemos dado un gran paso.

—¿Qué te dice mi padre, Mercedes? no le hagas caso, el pobre viejo es tan honrado y tan leal... vente aquí conmigo. Vámonos al jardín, ¡hemos sido allí tan felices!... ¿Pero es que te has propuesto no decirme nada?

A otra nueva indicación del doctor, la princesa no tuvo otro remedio de contestar:

—Vamos donde quieras.

Y su acento temblaba, y Ricardo que lo advirtió, le dijo:

—Ya comprendo la razón de tu ansiedad y de tu angustia. El marqués sin duda...

Y cambiando súbitamente de actitud, y como si se di-

rigiera al imaginario fantasma de su pensamiento, prosiguió:

—¡Ah! ¡miserable! envanecido con tu cuna te atreves á menospreciar á los que valen más que tú, pero ¿qué me importa tu cólera, si su amor es mío?

Y volviéndose hacia la princesa, cuya mano continuaba estrechando entre las suyas, la dijo:

—¿No es verdad, Mercedes, que en tu corazón no hay espacio más que para el amor mío? Dímelo, repítemelo otra vez, porque tu acento llega á mi oído con inflexiones tan tiernas, que mi corazón se estremece de gozo al escucharlas. Habla, háblame una vez siquiera, repíteme que me amas.

—¡Sí, te amo!—contestó Olga con un acento tan apagado que parecía más bien un suspiro.

—¡Oh! ¡bendita seas!

—Basta, señora, basta;—dijo el doctor apresurándose á separar á la princesa del lecho.

—Tampoco hubiera podido continuar más,—dijo Olga en voz baja separando bruscamente su mano de la de Ricardo.

—¡Otra vez tu hermano!—exclamó el joven lleno de ira,—¡otra vez mi padre!

—Vamos, amigo mío, vamos,—dijo el doctor con dulzura;—ahora es necesario reposar. Cuando esté usted mejor, entonces podrá ver á Mercedes cuanto quiera.

—¿Dónde está?

—Conteste usted,—la dijo el doctor en voz baja,—prométale volver, pero márchese en seguida.

—Aquí estoy, cerca de tí,—repuso Olga,—pero el doctor dice que es necesario el reposo y la tranquilidad para tu curación, y yo quiero que te cures. ¿Lo oyes? lo quiero.

—¡Cómo no te he de obedecer, si eres la vida de mi vida!

—Pues bien, adiós, que ya volveré después.

—No te marches todavía.

Olga, á una nueva indicación del médico, salió del aposento mientras éste decía al enfermo:

—Ya volverá después; ahora reposo y tranquilidad.

El enfermo siguió dócilmente la indicación del doctor.

Poco después, Alejo se quedaba velando al enfermo y el doctor se dirigió á la habitación de Olga.

* * *

La princesa había salido de la estancia del herido profundamente afectada.

El medio empleado por el doctor, la aterró.

Cuando salió del aposento y se encontró libre de la presencia del doctor, llevóse entrambas manos al pecho, diciendo:

—¡Dios mío! ¿qué es lo que pasa por mí? ¿qué efecto es el que me han producido las frases de ese hombre? ¡Ay! doctor, presumo que por querer dar la vida á ese desgraciado va usted á amargar la mía.

Y se dirigió á su estancia y dejándose caer sobre una butaca, añadió:

—¡Corazón mío! ¿qué es lo que sientes?

¿Cuánto tiempo permaneció Olga en aquella postura?

Ella misma no lo hubiera podido definir.

Cuando volvió en sí, si esta frase se nos permite, de aquella especie de prolongado sopor en que había estado sumido su espíritu, exclamó:

—¡Qué sueño más horrible! pero al mismo tiempo ¡qué hermoso también! Si el amor fuera tal como yo lo he soñado, podía darse por bien empleado el horrible despertar, por lo encantador del sueño.

Al mismo tiempo, el doctor, se paseaba por la habitación inmediata á la en que estaba el enfermo.

—Pues señor,—murmuraba,—realmente el procedimiento ha resultado, pero sí por curar á un enfermo ¿habré creado una doble enfermedad?

Y el bueno del doctor fruncía el entrecejo, porque verdaderamente la idea que se le había ocurrido no podía ser más fatal.

—Ese hombre,—decía,—á no ser un milagro, no es fácil que recobre la razón, y si Olga se enamora, ¿qué resultado pueden tener esos amores?

—He estado observándola hoy, y la impresión que le producían las palabras del herido, no era la de la compasión que había de sentir hacia una persona falta de razón, sino la impresión de la mujer que ama, de la mujer cuyo corazón despierta, aun cuando tarde, para el amor, despertar mucho más terrible, por lo mismo que las pasiones, los sentimientos y las sensaciones, están ya completamente formadas y definidas. Y la verdad es que el resultado correspondía por completo á mis esperanzas. ¿Y qué hacer ahora? ¿Continúo la experiencia del mismo modo que la he principiado?

Y el doctor no sabía qué resolución tomar.

—Me parece que he adelantado cuanto era posible adelantar ya. El herido cree ver á esa Mercedes, por quien indudablemente ha estado á punto de perecer, en la princesa; y ésta, á su vez, al escuchar aquel acento cree escuchar la voz misteriosa que há tiempo resonaba en su alma, y que no había encontrado realizada en ninguna de las personas que hasta ahora había conocido. Y es imposible que rompa ahora bruscamente la corriente que había llegado á establecer entre los dos. He querido jugar con fuego, y temblando estoy que alguien se abrase en esa voraz hoguera que indudablemente tiene que

brotar del choque de esas dos enfermedades. Porque si enfermo está ese pobre muchacho, enferma también, y quizás más gravemente, está la princesa.

*
* *

Con mayor razón hubiera podido decirlo el doctor, á presenciar el combate que estaba sosteniéndose en el corazón de Olga.

De puntillas y procurando hacer el menor ruido, habíase dirigido la joven á la habitación del herido.

Alejo, estaba á la cabecera.

El joven tenía cerrados los ojos, y sin duda, por su mente cruzaba alguna agradable idea, porque su labio sonreía.

Pero en el momento en que Olga penetró en la estancia, cual si su presencia hubiese sido una evocación mágica, abrió los ojos, y fijando la mirada con esa expresión inexplicable, vaga, que caracteriza la perturbación de los sentidos sin participar de los furiosos accesos de la demencia, exclamó:

—¡Acércate, Mercedes! Déjame que recline mi cabeza sobre tu seno, porque ¡sufro tanto, pobre amada mía! que únicamente en tus brazos me parece que puedo encontrar algún reposo.

La princesa palideció intensamente, y quiso retroceder.

Pero le faltaron las fuerzas para ello.

Por el contrario, cual atraída por irresistible fuerza, aproximóse al lecho.

—¿Pero es posible,—la dijo el herido,—que quieras mostrarte tan cruel conmigo que no me dirijas una sola palabra, cuando tan ansioso estoy de escuchar tu acento? Háblame, Mercedes de mi alma, repíteme esa frase que tantas veces ha hecho estremecerse mi corazón de felicidad y de ventura.

¡Si tú comprendieras el dolor que me causa tu silencio! ¡He estado tanto tiempo sin oirte!... ¡No puedes imaginarte todo lo horrible que tiene una noche tan larga como la mía, sin la luz de tus ojos y sin la armonía de tu acento! ¡Ten piedad de mí! Ven, Mercedes, posa tu mano sobre mi corazón, y estoy seguro que mis latidos han de repercutir en el tuyo, y unidos como siempre, volverá á comenzar para nosotros aquella interrumpida serie de inefables dichas.

Y á la par que esto había dicho Ricardo, su mano que abrasaba, con el ardor de la fiebre, había estrechado la de Olga, que no había tenido fuerza para retirarla.

Y cediendo á la presión de aquella mano y al mismo impulso de su pecho, inclinóse hacia el herido.

Y el abrasador aliento de éste, al acariciar la pálida mejilla de la princesa, la encendió también.

Quiso retirarse, y le faltó valor para hacerlo.

—¡Llámame Ricardo como otras veces!—exclamó el joven, con la voz temblorosa por la misma emoción que experimentaba,—díme como otras veces me has dicho, Ricardo, te amo, y aun cuando tenga que volver á esa eterna noche del no sér en la cual he pasado tanto tiempo, volveré gustoso, porque habré vivido en un solo instante, toda una eternidad de ventura.

—Sí, Ricardo, te amo;—dijo Olga arrastrada por la misma violencia de aquella situación.

—¡Basta, señora, basta! ¡por piedad!—gritó el doctor, entrando en aquel momento en la estancia.

CAPITULO LXXIII

Continuación del mismo asunto

La intervención del doctor, no pudo ser más oportuna.

Dado el estado de Ricardo, las impresiones demasiado fuertes podían perjudicarle, y así fué que al escuchar las palabras de la princesa, al sentir cerca de sí su perfumado aliento, cerró los ojos, y dejó caer la cabeza sobre la almohada, completamente desvanecido.

—¡Doctor, doctor!—exclamó Olga desesperada,—¿le habré muerto yo misma creyendo salvarle?

—Suplico á usted, señora, que se aleje.

—¿Pero hay algún peligro?

—No lo creo.

—Se ha quedado inmóvil,—dijo Alejo.

—Es un desfallecimiento pasajero,—repuso el doctor.

Y cogiendo un botecito que había en una mesa inmediata, entreabrió los labios del herido, y le hizo aspirar algunas gotas de su contenido.

—Suplico á usted, señora, vuelvo á repetir, que se aleje cuanto antes

—¿Pero es que teme usted algo?

—Podría ser que la misma impresión de la violencia recibida, nos produjera un acceso más violento que los anteriores.

—¡Oh!

—Voy á ver si lo puedo evitar, y para esto necesito estar completamente libre.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡qué es lo que he hecho!—exclamó la princesa.

—Si yo hubiese sabido que estaba usted aquí, no la habría dejado sola tanto tiempo.

Y el doctor, mientras tanto, preparó algunas compresas que aplicó sobre la frente del herido, haciéndole aspirar una nueva poción con ayuda de Alejo, que con una espatula, tenía separados los dientes de Ricardo.

La princesa entretanto, llena de angustia, se había retirado á sus habitaciones.

*
* *

Allí se dejó caer sobre una butaca, murmurando:

—¿Para qué tanto luchar? si le amo, si lo que yo siento en mi pecho respecto á ese desgraciado, es ese algo inexplicable que había sentido desde el primer momento que le ví, y que me atrajo hacia él con irresistible impulso.

Y la princesa sepultó el rostro entre sus manos, permaneciendo así durante largo espacio.

La voz del doctor que pedía permiso para penetrar en el aposento, la sacó de aquel estado.

Al ver al doctor, exclamó la princesa:

—¿Y el herido?

—Bien.

—Es decir, ¿que no se ha realizado el peligro que usted temía?

—No, señora.

—¿Quién está con él?

—Alejo.

—¡Qué rato tan horrible he pasado!

—Permítame usted que la diga...

—Sí, doctor, sé lo que usted me va á decir, pero yo he tenido la culpa; pero ¿qué quiere usted que le diga? lo que he dicho es la verdad.

El doctor miró sorprendido á la princesa.

—Señora, esas palabras...

—Son la fiel expresión de lo que siento.

—¡Es posible!

—Y tan posible.

—¡Y yo que venía para hablar con usted, precisamente sobre ese asunto!

—¡Usted, doctor!

—Sí, señora. Había presentido lo que iba á suceder, y quería tener con usted una explicación.

—¡Una explicación!

Y la princesa fijó en el doctor una mirada altiva y penetrante.

—Una explicación, en el sentido que yo puedo tenerla con usted, princesa.

—Pero...

—Lejos, muy lejos de mí, abrogarme unas facultades y unos derechos de que carezco; pero si la amistad con que el príncipe me honró siempre, si el encargo que me hizo al morir, si el paternal afecto que siempre la he profesado me auto-

rizan para hablarla en el sentido que pretendo hacerlo, la ruego que me escuche.

—Hable usted.

*
* *

El doctor miró fijamente á la princesa.

En sus ojos, veíase un enternecimiento profundo.

Al mismo tiempo, hubiérase dicho que aquella mirada perspicaz del hombre experimentado, parecía leer hasta el fondo del pecho de la joven.

—Señora princesa,—dijo al cabo de algunos momentos, —la ancianidad tiene entre otros privilegios, el de conocer el humano corazón, y como que desde niña he tenido ocasión de estudiar el suyo, me parece que es un libro tan claro para mí que no hay una sola página que no me atreva á descifrar ó comprender.

—Pero bien, Alejis, ¿á qué viene todo ese exordio?

—A demostrarla que, aun cuando tratara usted de ocultarme el estado de su pecho, sería completamente inútil, porque creo que, quizás mejor que usted misma, lo conozco.

—Y de su conocimiento de usted, ¿qué resulta?

—Que el mármol se ha animado, que los sentimientos que dominan en él, se han despertado, y que por desdicha de usted ese despertar ha llegado en las peores circunstancias que nos podíamos imaginar.

—Tiene usted razón. ¿Cómo se ha verificado esto? ¿cómo ese amor que jamás había creído, porque jamás había sentido, ha nacido en mí? yo misma no lo sé; pero es verdad que experimento algo nuevo, algo en que jamás pude soñar, distinto en absoluto de lo que había sentido hacia mi esposo al princi-

pio de nuestro matrimonio, y de todos los demás afectos que he sentido en mi vida.

—Y ahora que ya está despejada la situación, señora princesa, ¿quiere usted decirme qué es lo que espera de ese amor?

—¡Cómo qué espero!

—Sí, señora, ¿qué es lo que espera usted de él?

—Pues qué, ¿acaso se siente algo en el corazón, por la mira egoista de esperar el pago de ello?

El doctor miró sorprendido á la joven.

Aquella candidez le hizo fruncir el entrecejo, porque comprendió desde luego los largos días de amargura que le estaban reservados á la princesa, dada la ignorancia en que estaba de las aspiraciones naturales y legítimas que debía tener ese amor.

* * *

Durante algunos segundos permanecieron silenciosos los dos personajes.

Al cabo de ellos, dijo el doctor:

—¡Cómo se conoce, señora, que es usted completamente novicia en la nueva senda en que de un modo tan inesperado acaba de entrar!

—¿Por qué?

—Porque el amor es el conjunto de dos sentimientos recíprocos.

—No comprendo...

—Usted se sorprende porque la he preguntado qué esperaba de su amor.

—Y es verdad.

—El amor que siente una persona respecto á otra, no

se satisface con su propio sentimiento, sino que necesita que unísono con el suyo, palpite también el corazón del sér amado.

Olga se quedó suspensa un breve espacio.

Después, dijo:

—¿Y acaso Ricardo no experimenta también un sentimiento análogo al mío?

—Sí, señora.

—¿Entonces?...

—Pero es que ese sentimiento que constituye la vida de ese hombre, está dirigido á otra mujer.

Olga palideció.

Y se llevó una mano al corazón como si en él hubiera sentido una horrible punzada.

El doctor la contemplaba en silencio y una expresión de dolor se retrataba en su rostro.

—Siento infinito,—dijo,—verme obligado á herirla tan sin piedad; pero es necesario.

La princesa con la vista inclinada hacia el suelo, parecía sujetar su pensamiento á una labor extraordinaria, que no pudo menos de llamar la atención del doctor.

De pronto alzó la joven la frente y mirando fijamente al doctor, le dijo:

—Dígame usted una cosa, doctor.

—Pregunte usted, señora.

—¿Cree usted que Ricardo vivirá?

—Sí, señora.

—¿Y recobrará la razón en absoluto?

—Mucho me temo, que no.

—Pues entonces está resuelto el problema de mi felicidad y de la suya.

Alejis, miró lleno de asombro á su interlocutora.

¿Qué era lo que ésta quería decir? ¿qué problema era aquel para el cual había hallado la solución?

Su interrogadora mirada se fijaba en Olga, sin atreverse á dirigirle una sola frase.

Quería que la explicación partiera de ella y no que el mismo se la trazara con su pregunta.

La princesa comprendió lo que el doctor pretendía, y le dijo:

—Ignoramos por completo el misterio en que está envuelta la existencia de ese joven, ¿no es así?

—Ciertamente; pero también hemos de convenir en que no hemos intentado nada ni hemos dado paso alguno para descubrirlo.

—Pero ¿qué pasos quiere usted que demos, doctor? Que pongamos á la autoridad sobre nuestras huellas, para que al fin y al cabo resulte que nada podemos saber.

—Pero de todos modos.

—¿Qué datos son los que tenemos? Un hombre que se llama Ricardo; pero cuyo apellido y profesión ó posición en el mundo nos son desconocidos; que ama á una mujer que se llama Mercedes, que por lo visto es también española como él, y gracias á que usted y yo conocemos el español lo bastante para haber podido entenderle; un marqués cuyo título ignoramos y cuyo nombre tampoco sabemos, un Luis, un Marcos, una Faustina, y qué sé yo cuántos nombres más, todos españoles, lo cual está demostrando que la parte más importante del drama en el cual ha jugado este joven un papel tan interesante, ha tenido lugar en España. ¿Quiere usted que marchemos allí? ¿cree usted que esto nos daría el resultado que apetecemos?

—Sabe Dios el tiempo que tardaríamos en despejar la incógnita.

—Si es que llegábamos á despejarla.

—De todas maneras...

—No estoy por emprender nuevas tentativas que creo que nos resultarían completamente inútiles.

—Pero bien; desechando ese proyecto por irrealizable, ¿cuál es, princesa, el que tiene usted?

—Llevarme á Rusia á este hombre;—contestó la joven con resolución.

CAPITULO LXXIV

Marcha á Rusia

La sorpresa que experimentó el doctor al oir aquella resolución tan enérgicamente formulada por la joven, le impidió formular una sola frase.

La princesa no tuvo por conveniente añadir ninguna más á las que había dicho.

Y viendo Alejis que su señora estaba callada, la dijo:

—Supongo que no pretenderá usted que nos pongamos ahora en camino.

—El día en que usted me diga que el herido puede resistir las fatigas del viaje.

—¿Pero, señora princesa, ha reflexionado usted bien?

—No, ni quiero reflexionar.

—Si llega un día en que ese joven recobra la razón.

—Será el día en que moriré, lo sé; pero hasta entonces quiero ser feliz.

—Entonces por el placer que usted pretende darse á sí

misma, quiere condenar á eterna noche la inteligencia de ese desgraciado.

—¡Oh! no, eso nunca;—repuso con salvaje energía la princesa,—si la ciencia encuentra un medio de devolverle la razón, devuélvasela en buen hora, aun cuando yo perezca; si usted no se atreve, doctor, consulte á los alienistas más célebres. Mi egoismo no llega hasta ese extremo; si mi amor fuera egoista no fuera amor. Para mí lo primero es él, la vida mía me importa poco, la suya es la que yo quiero salvar.

—¿Y cree usted salvarla así?

—Naturalmente; no ha visto usted el cambio que en él se ha verificado desde el momento en que me cree esa Mercedes á quien tanto ama.

—Sí, señora.

—Pues si ahora le dijéramos que esa Mercedes no existe, si yo cesara de verle, si él cesara de escuchar mi acento, respóndame usted, doctor, respóndame usted con la autoridad que le da su ciencia y su experiencia, ¿qué sucedería?

—Que sobrevendría la locura furiosa, que lo que hoy degenerará en una monomanía tranquila y apacible, con la cual vivirá ¡sabe Dios cuánto tiempo! se convertiría en demencia furiosa, cuyos accesos concluirían por destruir su organismo dándole la muerte.

—Pues ya ve usted si fuera un crimen hacer lo que usted pretende, disuadiéndole de ese amor.

—Pero, princesa, reflexione usted en el sentido en que yo se lo digo. Al fin y al cabo no es á usted á quien se dirigen sus frases de cariño.

—Sí, á mí son, porque él me ama bajo el nombre de Mercedes; mi personalidad civil desaparece desde el momento en que Ricardo me ama bajo otro nombre, que me reconoce

como ha sucedido hoy cuando he entrado en su aposento, y que parece disfrutar nueva vida cuando me tiene á su lado. Si yo supiera quién es esa Mercedes, á quién ama, créalo usted, doctor, aun cuando sintiera rompérseme el corazón á pedazos, aun cuando mi vida terminara entre los más atroces tormentos, yo la iría á buscar y la llevaría junto á él; pero, no sabiendo quién es, ni donde encontrarla, me le reservo para mí exclusivamente, para mí á quien él ama bajo otro nombre, para mí que le amo también con toda la violencia de mi corazón.

—Pero si llega un día en que recobre la razón...

—Si llegara ese día, doctor, de tal modo habría yo conseguido crearme un puesto en su pecho, que me parece que sería ya muy difícil que ninguna otra mujer me arrancara de él.

*
* *

El doctor inclinó la cabeza profundamente pensativo.

La resolución y el amor de la princesa le asombraban.

Y en medio de todo, comprendía que no le faltaba razón en lo que decía.

Haber separado en aquel momento á Ricardo de Olga, hubiera sido darle la muerte.

Y después de todo el culpable era él.

El, que precisamente había ideado la presentación de Olga como Mercedes, creyendo de este modo mejorar el estado del joven.

Y lo había conseguido perfectamente; luego en lo que Olga decía tenia razón; si él la había aceptado por Mercedes y no existía medio por entonces de devolverle la razón, ¿por qué pretender causarle mayor daño, obligándole á renunciar á aquella felicidad de que disfrutaba?

Lo único que el doctor temía era lo que fácilmente podía suceder.

La ciencia no podía pronunciar su última palabra respecto á la perturbación que sufrían sus facultades mentales.

Si recobraba la razón y rechazaba entonces á la mujer que había estado usurpándole, por decirlo así, durante tanto tiempo, el amor de Mercedes, ¿qué iba á suceder?

A esto ya había contestado Olga resueltamente, que no solamente hacía el sacrificio de su amor, sino que también estaba dispuesta á hacer el de su vida.

Y el doctor conocía muy bien á la princesa para abrigar la menor duda de que lo haría conforme lo había dicho.

Esta idea le hizo decir contestando á las últimas palabras de Olga:

—Mucha confianza tiene usted, y hasta me parece que conseguirá usted inspirármela; pero señora princesa, ¿y si no sucediera lo que usted cree? si al recobrar ese hombre la razón se sublevara contra...

—No continúe usted, doctor; si ya le he contestado antes, si esa observación me la he hecho yo misma.

—Y ha contestado usted...

—Sí, que moriría, y moriría contenta, porque después de todo, habría sido feliz durante un período más ó menos largo. ¿Tiene usted más argumentos que oponer á mi resolución?

—Ninguno; es su voluntad de usted...

—Y es irrevocable. Pero tenga usted presente una cosa, doctor.

Y Olga miró severamente á Alejis.

—Diga usted, señora.

—No omita usted nada absolutamente, como ya le he dicho, para devolver á ese joven la razón. Prescinda usted del cariño que me profesa, prescinda usted de los deberes que

conmigo le ligan, porque si yo pudiera sospechar que con interesadas miras, pudiendo devolver á ese hombre la razón, le mantenía en ese estado para evitarme el disgusto de un desengaño, crea usted que prescindiría de sus servicios, y yo misma iría á buscar otro alienista para que realizara mi deseo.

—Señora, tiene usted un corazón tan grande, que supera a todo encarecimiento.

—Mi madre se sacrificó por mi padre, ya lo sabe usted.

—Es verdad.

—Entonces, ¿por qué se sorprende? Ahora, hablemos de otra cosa.

—De lo que usted quiera.

—¿Cuándo cree usted que Ricardo estará en condiciones de soportar el viaje que he proyectado?

—Todavía ha de pasar un mes.

—Está bien; cuando llegue esa época, Alejo marchará á Kazan, á fin de prepararlo todo para nuestra llegada.

—Quizás el brusco cambio de clima perjudique á ese joven.

—Entonces, si usted lo cree conveniente, iremos á Niza, y allí pasaremos los dos meses más crudos de invierno.

—Eso será lo mejor.

—Pues entonces, no omita usted ya nada para la curación de ese desgraciado, hasta donde sea posible terminarla. Considerándole ya como el amado de mi alma, quiero consagrarme á él en absoluto.

—¿Y acaso puede usted hacer más de lo que ha hecho? ¿podría existir en otra mujer más abnegación, más cariño, más sufrimientos que los que usted se ha impuesto por él?

—Todavía hay más, desde el momento que estoy dispuesta á entregarle la vida el día que me la pida.

—Pero ese día...

—Será el día en que no me ame.

*
* *

El doctor inclinó tristemente la cabeza.

Su corazón le decía que desgraciadamente habría de llegar este día.

Olga, así como antes no entraba más que unos momentos en la alcoba del herido, exceptuando las horas en que alternaba con sus demás criados en la vela del enfermo, desde aquel momento quiso ser ella sola quien estuviera junto á él.

Y como si su presencia ejerciera benéfico influjo en Ricardo, su curación adelantó rápidamente.

La extraña alucinación del joven continuaba, á pesar de todos los esfuerzos del doctor.

Este hacía que alguno de los criados representaran los personajes de quien el herido había hablado durante su delirio.

Pero el joven no daba muestras de advertir nada.

Les dirigía algunas frases según los tipos que representaban, pero inmediatamente su atención se dirigía hacia Olga, á la que hablaba con el lenguaje del mayor cariño, y á la que consagraba aquella perturbada inteligencia que le había quedado.

—Alma de la mía,—la decía muchas veces,—si tú lo eres todo para mí, ¿qué me importan todos los demás? ¿por qué vienen á perturbarme cuando estoy á tu lado? No te separes de mi lado, Mercedes de mi alma, ¿es verdad que no te separarás de mí?

—Sí, á tu lado siempre, amado de mi vida,—le decía Olga con el verdadero fuego de la pasión,—no he querido ni quiero á nadie más que á tí en el mundo.

Y el pobre herido, al escuchar estas palabras que llegaban

Aquel beso la abrasaba

hasta él como un dulcísimo suspiro de amor, sonreía dulcemente, y llevaba hasta sus labios la mano de la princesa.

Aquel beso la abrasaba.

El fuego que Ricardo depositaba en su mano, llegaba hasta el fondo de su pecho.

El doctor no podía ocultar su satisfacción al contemplar el estado del herido.

Según él mismo confesaba, la cura que había hecho podía contarse como un milagro.

Algunas horas más que el herido hubiese pasado tendido sobre el campo y sin auxilio de ninguna especie, hubieran producido su muerte.

Aun en el caso de que se le hubiese socorrido, todas las probabilidades estaban en contra del joven.

Unicamente su perspicacia, su paciencia y la destreza que como operador se le reconocía en Rusia, pudieran haber alcanzado aquel triunfo.

Consagrado durante tantos años al estudio, acompañando al príncipe en sus campañas, Alejis había realizado curas famosas, pero ninguna, según decía, como la de Ricardo.

Lo único que deploraba era no haber conseguido devolverle la razón.

Mucho había adelantado, sin embargo, pero no estaba contento todavía.

Cuando Ricardo pudo abandonar el lecho y comenzó á pasear por los jardines, cuando finalmente pudo levantar el último apósito y vió que la cicatrización había terminado, dijo á la princesa:

—He cumplido lo que prometí. He salvado la vida de Ricardo; pero ahora sólo un milagro creo que podrá devolverle la razón.

—¿Cómo se realizará ese milagro?—preguntó la princesa.

—Lo ignoro, señora. Como usted ha visto, hice cuanto fué buenamente posible por conseguirlo, y ahora desafío á todos los alienistas de más fama á que obtengan un resultado superior al mío.

—Está bien.

—Cuando usted disponga, podemos partir á Niza.

—Dentro de tres días.

Efectivamente, al terminar el plazo marcado, la princesa abandonó la preciosa *Villa,* donde sensaciones tan diversas había experimentado.

Ricardo la seguía, dócil como un niño.

En Niza permanecieron por espacio de dos meses sin que ni ella ni él abandonasen el lindo nido de amores que se habían formado.

Al empezar el buen tiempo, partieron para Rusia.

Ricardo seguía siendo el amante esposo de Mercedes, á quien creía ver en Olga.

CAPITULO LXXV

Muller cambia de señor

RECORDARÁN nuestros lectores que el antiguo ayuda de cámara del marqués de la Florida, había escrito una carta al conde de Almarza, dándole algunos detalles respecto á la desaparición del hijo de Mercedes, así como también respecto á la muerte de Ricardo.

El muy ladino, esperaba por este medio obtener algún lucro, y procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance averiguar lo que había respecto á aquellos dos seres que habían desaparecido en absoluto, sin dejar huella alguna de su paso.

Y tenía en esto tanto mayor empeño, cuanto que sabía muy bien el gran resultado que le había de dar una campaña favorable en aquel sentido.

Pero no hubo medio alguno de descubrir nada.

Hombre sumamente metódico y para quien toda clase de detalles, aun cuando más insignificantes parecieran, eran ob-

jeto de profundo estudio, anotó circunstanciadamente aquellos hechos, las desgracias que se habían producido como consecuencia de ellos, y la ineficacia de sus gestiones para descubrir el paradero de aquellas dos personas.

—Un negocio que por ahora me ha resultado negativo,— dijo Muller el día en que se convenció de que nada adelantaría haciendo pesquisas.

Pero con la flema, ingénita en las gentes de su raza, dijo que ya llegaría la época en que tal vez aquellas noticias le pudieran producir.

Mas, como que, era necesario mantenerse mientras llegaba aquel tiempo, para mantenerse era preciso gastar, y aun cuando él tenía algunos ahorros, no era de los que no miran, como vulgarmente se dice, el día de mañana, no tuvo otro remedio sino pensar en buscar un acomodo.

Ni por un momento siquiera se le ocurrió volver á reunirse con el marqués.

Le había visto las orejas al lobo, como decía, y sabía perfectamente todo lo que había de esperar de él.

Y como que le importaba mucho conservar su pellejo y sirviendo á Luis presumía que lo tenía muy expuesto, no se le ocurrió, ni mucho menos, regresar á Viena.

Precisamente encontró en Roma á un individuo, amigo, ó cuando menos conocido del marqués, al cual había tenido ocasión de tratar en la capital de Austria.

También había estado empleado en la embajada y hasta, según creía, era algo paisano del marqués y si no tan pervertido y tan malvado como éste, no debía de irle muy en zaga.

*
* *

Llamábase la persona á quien aludimos D. Gaspar Ce-

rralbo, al cual ya conocen nuestros lectores, porque le han visto figurar en los primeros capítulos de nuestra obra como tutor de Feliciano de Vargas, y como el arreglador, digámoslo así, del matrimonio de éste con la hermana del marqués de la Florida.

Muller, que tenía buen golpe de vista, había comprendido en Gaspar una persona á propósito para los servicios que el podía prestarle, sin correr los peligros que corría con el marqués de la Florida.

Porque Gaspar, á pesar de su joroba y de lo repulsivo de su tipo, era corrompido hasta la médula de los huesos; por alcanzar la mujer que se proponía recurría á todas las infamias imaginables, pero todo esto lo hacía de un modo hipócrita y rastrero que era precisamente lo que constituía la base de su carácter.

Todo lo que tenía el marqués de altanero, de impetuoso, de descaradamente malo, y de sangre fría para realizar el crimen, y de cinismo, si esta frase se nos permite, para alardear de él, lo tenía en el sentido contrario Gaspar.

A su lado podían obtenerse algunas ganancias; pero no había riesgos que correr; porque, como hemos dicho, la base de todas sus operaciones era la astucia, el disimulo, la hipocresía y la calma.

Esta última la poseía en grado superlativo.

Cuando se proponía una cosa la estudiaba detenidamente, no se precipitaba para nada; pero se proponía conseguirla y, de tal modo obraba, que pasara el tiempo que quisiera, al fin lo conseguía.

Un amo de esta especie convenía admirablemente á un criado como Muller.

Este ya se había fijado en él en Viena.

Y del mismo modo, Gaspar había reparado en el criado que tenía el marqués.

Porque uno y otro eran observadores.

El uno en el sentido del partido que podía sacar de una persona y el otro en el de la utilidad que le reportarían los servicios que podría prestar.

Muller vió en Roma á don Gaspar y no quiso presentarse á él en los primeros momentos.

Tenía otros proyectos, le halagaban otras esperanzas, habíase forjado otras ilusiones y natural era que no pensara en ponerse á servir por entonces.

Pero tan luego como todo esto se desvaneció, entonces se hizo el encontradizo un día con Gaspar.

Este reparó en él y se apresuró á llamarle.

—¡Calla, Muller!—le dijo,—¿tú en Roma?

—Sí, señor; aquí me tiene usted, buscando acomodo.

—¡Cómo! pues, ¿y el marqués? ¿no fuiste con él á España?

—Sí, señor.

—¿Y le has dejado ó te ha despedido?

—Ni lo uno ni lo otro.

—Si que es extraño eso,—dijo don Gaspar, mirando fijamente al alemán.

—Pues no tiene nada de particular, porque yo me separé del señor marqués para ir á ver á mi padre que estaba enfermo y después la casualidad me trajo aquí y no he pensado en volver al lado de mi señor.

Don Gaspar fijó una nueva mirada en su interlocutor, mirada con la cual trató de leer hasta lo más recóndito de su pensamiento.

Muller sostuvo aquella mirada admirablemente.

Y tenía razón para ello, porque el mismo marqués aun cuando le preguntaran, no podía decir otra cosa distinta.

—¿De modo que no quieres volver á reunirte con tu amo?

—No, señor, y así se lo he escrito.

—¿Y que tal el viaje á España?

—Bien; por más que allí ha tenido algunas contrariedades.

—Vamos, sí, cuestión de dinero como siempre.

—¡Oh! no, señor, que han sido algo más serias.

—¡Hola, hola! ¿que ha sido ello?

—Cuestiones de familia.

—Tiene ese muchacho un carácter...

Muller discretamente se abstuvo de asentir ó rechazar aquella idea iniciada por Gaspar.

Siguiendo su sistema había lanzado la piedra y había escondido la honda que le había servido para lanzarla.

Pero la piedra había hecho su camino y Gaspar la recogió perfectamente.

—¿Y qué asuntos de familia son esos de que hablabas? ¿Acaso el marqués se ha indispuesto con su hermana?

—No lo sé; pero yo me refería á una gravísima enfermedad que ha tenido la señorita, enfermedad que, por una coincidencia fatal, se desarrolló de un modo terrible el mismo día que nosotros llegamos á Epila y después de una entrevista que habían celebrado los dos hermanos.

—Si que es raro;—dijo Gaspar mirando atentamente al alemán.

—¡Oh! pues todavía hubo más. Le aseguro á usted que aquel día es de los que merecen ser señalados con piedra negra.

—¿Por qué?

—Figúrese usted que el señorito estuvo á ver á su mayordomo, á quien no sé si usted conocería.

—Sí por cierto.

—Pues estuvo hablando con él lo mismo que había hecho con su hermana, de pronto oímos unos gritos y cuando se

acudió, encontramos al pobre hombre con una congestión de mil demonios, que se lo llevó al otro mundo en un momento.

—Vaya unas coincidencias,—dijo Gaspar sin cesar de mirar á su interlocutor.

*
* *

Gaspar comprendió desde luego que aquellos dos sucesos no habían tenido lugar por efecto de una casualidad.

Sino que en ellos existía algo de que Muller debía estar enterado y que este algo debía revestir tal gravedad que, quizás, por efecto de ella se había visto obligado á abandonar el servicio del marqués.

Sin embargo, Gaspar era sumamente discreto para dar á entender lo que sentía.

Y no era porque no tuviese gran curiosidad y que ésta hubiera dejado de excitarse escuchando aquel relato; pero conocía muy bien la clase de hombre con quien trataba y presumía que no había de decir sino aquello que quisiera.

—De modo,—dijo al cabo de algunos momentos,—que vuestra llegada á Epila fué una desgracia continuada.

—¡Pero de qué manera!

—¿Y Mercedes?

—¡Ah! no lo sé, porque nosotros abandonamos la población aquel mismo día ó al siguiente.

—¡Jesús! ¿qué me dices? ¿El marqués no se quedó al lado de su hermana esperando á que ésta hubiese recobrado la salud?

—No, señor. ¿Le parece á usted poco,—prosiguió con un acento en el cual se advertía un ligero tinte irónico,—le parece á usted poco, repito, haber llegado á las diez, pongo por caso, haber hablado con dos personas y encontrarse con que la una

muere y la otra cae gravemente enferma? ¡Qué sé yo! Si hubiera permanecido una hora más en aquella casa, me parece que también me muero yo de pasión de ánimo.

—¡Ah, ya! ¿de modo que el marqués, por complacerte, abandonó á Epila?

—¡Cá! no, señor.

—Como dices...

—Que lo mismo que á mí me sucedía debió sucederle á mi señor cuando me dió orden de que lo preparase todo para marchar.

—¿Y salisteis de allí?

—Inmediatamente.

—¿De modo que él no sabe nada de su hermana?

—Sí, después debe haber recibido alguna noticia.

—Pero estando tú con él, ¿no supiste nada?

—Ya sabe usted que al señor marqués no le gusta tener grandes confidencias con sus criados y, por otra parte, yo tampoco soy de los que les gusta preguntar.

—Cualidad que te hace recomendable.

—Yo me limito á observar.

—¿Y qué haces del fruto de tus observaciones?—preguntó con interés Gaspar.

—Me le reservo para mí; porque como usted comprenderá, hay ciertas observaciones que siempre son peligrosas.

—Cierto. Vamos, Muller, veo que eres un modelo de discreción y que el marqués ha hecho muy mal en dejarte salir de su casa.

—Ya he dicho que el señor marqués no me ha despedido.

—Sí, pero tú has comprendido que no podías permanecer á su lado.

—Eso, permítame usted que le diga que no pasa de ser una apreciación de usted.

—Pero una apreciación que se aproxima mucho á la realidad. Yo soy perro viejo, y difícilmente se me engaña.

—Ya he significado á usted, que la casualidad me ha conducido aquí, y como que me agrada este país...

—Sí, te has quedado; ya lo comprendo. Los aires de España, por lo visto, no te han probado, amigo Muller.

—Ya ve usted, que habiendo ocurrido esas dos desgracias...

—Díme, ¿no tenía el mayordomo del marqués un hijo?

—Sí, señor.

—Y ese hijo, según creo, estaba aquí en Italia y había adquirido un gran nombre.

—Me parece que sí.

—¿No más te parece? Pues si yo he tenido ocasión de hablar con algunos compañeros suyos y el marqués le había visitado y se trataban.

—Como usted comprenderá, el señor marqués no me daba cuenta de sus acciones.

—Y por cierto que, á propósito de ese muchacho, circula por aquí una noticia que no ha dejado de producir sensación.

—¿Aquí?—dijo Muller con una sencillez é inocencia admirablemente fingidas.

—Sí, aquí. De la noche á la mañana ha desaparecido ese pintor, sin que de él haya podido descubrirse el detalle más pequeño.

—¡Caramba, sí que es particular!

—Es verdad que sus discípulos y sus compañeros me han dicho también que hacía ya tres ó cuatro años que Ricardo, que así creo que se llamaba ese pintor, acostumbraba á ausentarse de repente, sin decir á dónde iba ni el tiempo que pensaba estar fuera.

—Pues entonces, esta desaparición será por el mismo estilo de las otras,—repuso Muller con naturalidad.

—¿Cuánto tiempo hace que estuviste con el marqués en Epila?

—Unos dos ó tres meses.

—Vamos, casi el mismo tiempo en que el pintor desapareció de Roma. ¿Y no te se ha ocurrido relacionar esa desaparición del pintor con esa súbita muerte del mayordomo, el mismo día en que llegó el marqués á su casa?

—A mí no se me ocurren esas cosas, señor don Gaspar, —repuso Muller sonriéndose,—y si se me ocurren, como he dicho á usted, acostumbro á reservarme mis observaciones.

Gaspar se mordió los labios y permaneció silencioso algunos momentos.

Al cabo de ellos, dijo de repente volviéndose á Muller:

—¿Quieres quedarte á mi servicio?

—Por mi parte, no hay inconveniente. Ya sabe usted que le dije antes que buscaba un nuevo acomodo, y si le encuentro al lado de usted, he de aceptarlo con mayor placer que tratándose de otra persona desconocida.

—Pues estamos comprendidos. Vete por mi casa esta tarde.

Al día inmediato, Muller quedaba instalado en casa de D. Gaspar Cerralbo.

CAPITULO LXXVI

Triunvirato de locos

PRECISAMENTE en los momentos que vamos hablando, formaban parte de la colonia española que había en la capital del mundo cristiano, tres españoles pertenecientes á lo más distinguido de la sociedad, á quienes habían dado en calificar, lo mismo nacionales que extranjeros, con la significativa denominación de «Triunvirato de locos.»

Componían el triunvirato D. Gaspar Cerralbo, el conde de Quiros y Rosendo de Vargas, opulento andaluz, á propósito del cual se referían un sinnúmero de aventuras.

Rosendo era la lealtad personificada.

Pero su carácter era tan impetuoso, tan arrebatado, que le había proporcionado más de un disgusto.

Apasionábase de un modo extraordinario, y de aquel apasionamiento, resultaba lo que lógicamente tenía que resultar, violencias, escándalos y duelos, que habían contribuido á dar una fama terriblemente desdichada al apuesto andaluz.

Porque joven y apuesto y simpático, era Rosendo.

Paisana suya, y hasta compañera de infancia, había sido Isabel de Abalos, y aun hubo un tiempo que circuló por Sevilla muy válida la noticia de que la marquesita de Aldana, que tal título llevaba Isabel, iba á casarse con el rico hacendado de Osuna, Rosendo de Vargas.

Y efectivamente, parecía prestar pábulo á esta noticia, la circunstancia de que el potro del gallardo andaluz siempre iba caracoleando al estribo de la carretela de la joven; que en el Real, de la feria, Rosendo no se separaba de la hermosa marquesita, que cuando estaba lejos de ella la devoraba con la vista y cuando estaba cerca, sus labios no cesaban de murmurar en su oído frases que, indudablemente debían ser muy del agrado de Isabel, cuando conseguían romper la altiva expresión de aquella encantadora fisonomía.

Porque la marquesa todo lo que tenía de hermosa, teníalo también de altanera y de orgullosa.

Y no quiere decir esto que dejara de ser buena, caritativa y afectuosa para los pobres.

Por el contrario, su inagotable caridad ostentábase por todas partes y no había, ni en sus cortijos, ni en Sevilla, pobre que á ella se acercara, ni miseria que ella conociese, que no fuese atendida inmediatamente.

Su padre no tenía más hija que ella y la idolatraba.

Isabel había perdido á su madre, precisamente en los momentos en que ella iba á franquear esa valla peligrosa de la infancia á la juventud, y preciso es convenir que á pesar de su orfandad, supo hacerlo sin tropezar en ninguno de los escollos en que generalmente tropiezan muchas jóvenes que se encuentran en su mismo caso.

Y esto fué, porque su madre, la difunta marquesa, á pesar de la posición que ocupaba, había sabido ser buena madre.

Isabel había tenido un buen modelo y con imitarle tenía ya suficiente.

Pero el orgullo, la severidad de principios, el convencimiento de su valor moral, más todavía que de su valor físico, la hacían mostrarse orgullosa y un tanto envanecida por los elogios que en aquel sentido se la tributaban.

Era un pequeño defecto en aquel precioso cuadro de perfecciones; pero, sin embargo, podía dispensársele en gracia del sinnúmero de bellezas que atesoraba.

Rosendo de Vargas, parecía estar locamente enamorado de ella, mas á pesar de esto su violento carácter llevábale á cometer locuras, en las cuales, le secundaba, ó tal vez le excedía, su amigo Gaspar Cerralbo, andaluz como él, pero un tanto deforme de cuerpo y mucho más de corazón.

*
* *

Gaspar Cerralbo habíase enamorado como un loco de la marquesa.

Pero comprendió que no podía tener esperanzas de ser correspondido, máxime no pudiendo parangonarse en condiciones físicas ni morales, con su amigo Rosendo.

Porque si Gaspar tenía alguna buena condición, era la de conocerse.

Habíase criado en unos medios de existencia á propósito para que todos los vicios germinaran, creciesen y se desarrollasen con una fuerza prodigiosa en su corazón.

Su madre, un tanto caprichosa y su padre, un mucho abandonado, habían dejado confiado el muchacho á las mercenarias manos de nodrizas, cortijeros y criados, entre cuya sociedad aprendió todo lo malo que de ellos emanaba, sin adquirir nada de lo bueno, que bajo su ruda corteza se escondía.

Por efecto de aquellos descuidos el mozuelo dió una caída de su caballo y de ella quedó jorobado.

Más tarde murieron los autores de sus días, y se encontró joven, dueño de sus acciones y con aquella excrecencia en la espalda, especie de Sambenito que á pesar de los esfuerzos que hacía para disimularla, le daba siempre cierto aspecto ridículo que no podía conquistarle grandes simpatías entre las mujeres.

Como que Gaspar no era tonto, entró en cuentas consigo mismo, se comparó con todos los demás jóvenes de su edad y vió que no podía competir con ellos más que en una sola cosa, en la cuestión de dinero.

Y merced á éste, compró cierta clase de placeres, se encenagó en el vicio, y adquirió forma en tan repugnante esfera.

Como consecuencia lógica, érale odioso todo aquello que le era superior.

La envidia respecto á todos sus compañeros, le dominaba, y se entretenía en hacerles todo el daño que podía, aun cuando procurando siempre que no se supiera de dónde partía el golpe que les había herido.

Disimulado, astuto, hipócrita, tenaz en sus empeños, infatigable para conseguir el objeto que se proponía, hizo un estudio especial para apoderarse del corazón de sus amigos, recreándose después en los disgustos que él mismo les proporcionaba.

Tal era Gaspar, y tal el amigo inseparable de Rosendo, de cuyo corazón había logrado apoderarse por completo.

Ejerciendo esa influencia que frecuentemente se ve en los débiles respecto á los fuertes, Rosendo se dejaba conducir dócilmente por su pérfido amigo, y el día en que confesó á Gaspar que amaba á Isabel, lo que sintió el jorobado es imposible poderlo explicar.

Mezcla confusa de celos, de envidia, de venganza, de indignación, se agitó dentro de su pecho, y como único resultado después de la inmensa labor á que estuvo sujetando su pensamiento, fué decir con un acento que no habría podido menos de impresionar desagradablemente á Rosendo, si lo hubiera escuchado á pesar de todo su valor:

—Yo te juro que no te casarás con Isabel.

Y en otra ocasión, cuando un día, arrastrado por la violenta pasión que sentía hacia la marquesa, sus labios se atrevieron á revelarla su secreto y ella le rechazó, dijo también cuando estuvo sólo en su habitación:

—Esa mujer ha de ser mía tarde ó temprano, y lo será.

*
* *

Desde este momento dieron comienzo los trabajos de Gaspar.

No hubo locura á que no lanzara á su amigo Rosendo, y éste, masa dócil en sus manos, que tomaba todas las formas que él quería, dió tanto que hablar en Sevilla, que llegó un día en que con gran extrañeza de la alta sociedad sevillana, Rosendo cesó de cabalgar junto á la portezuela del carruaje de la marquesa, y finalmente, cesó de visitarles.

Por aquellos días llegó á Sevilla el conde de Quiros, capitán de caballería, hijo de un íntimo amigo del marqués de Aldana, y que no tenía nada que envidiar ni en apostura ni en riqueza, al opulento hacendado de Osuna.

Joaquín de Quiros no pudo ver los encantos de Isabel, sin sentirse vencido por ellos.

Bien pronto comenzó á circular entre la alta sociedad sevillana, la noticia de que Joaquín le hacía el amor á la hermosa marquesa.

—¡Oh!—exclamó Rosendo, al decirle Gaspar lo que se murmuraba,—tendré que matar á ese hombre.

Y estas palabras en sus labios, eran positivamente una amenaza que pronto se traduciría en hechos, puesto que el joven era valiente como lo había demostrado en más de una ocasión.

—Con matarle nada conseguirás,—dijo Gaspar.

—Conseguiré que no se case con Isabel.

—¿Y acaso por eso crees que te casarás con ella? Si su padre se ha opuesto á vuestras relaciones y ahora consiente que su hija las tenga con Quiros, ¿crees tú que por quitar de en medio el rival alcanzarías alguna cosa?

—¡Oh! pues yo no puedo consentir que otro que yo, sea dueño de esa mujer.

—Ten calma, que andando el tiempo se puede hacer mucho.

—¡Calma, calma! como es posible que la tenga, cuando tú sabes lo mucho que yo amo á esa mujer.

—Siempre te había dicho que hacías muy mal con demostrarla ese cariño. Si las mujeres se ríen siempre del hombre que más amor las demuestra...

—Mira tú por dónde se le ha ocurrido á Quiros venir ahora á Sevilla para que el marqués le acoja en su casa...

—Ni más ni menos que á tí te había acogido. Hubieras tenido más tacto y no te hubieses lanzado en cierta clase de aventuras y el marqués no hubiese sabido nada y tú serías el dueño de la hermosa Isabel.

—Eso es, vénme tú ahora á censurar lo mismo que me has aconsejado.

—Pero criatura, ¿te he aconsejado yo que cometieses todas esas locuras con la publicidad que les has dado?

—¡Quita de ahí! que no es para mi genio esa clase de hi-

pocresía consistente en aparentar una cosa y hacer otra. Bueno ó malo lo que haga, puede conocerlo todo el mundo.

—Y así te sucede lo que te ha sucedido.

—Sea lo que quiera, yo lo que te digo es que no puedo resignarme á contemplar impasible los obsequios de Quiros hacia Isabel.

—Pues te resignarás.

—No lo esperes.

—Sí, hombre, sí: esperando una ocasión oportuna para hacerla tuya.

—¿Y qué ocasión será esa? ¿cuándo se presentará?

—Mira, Rosendo, desengáñate, que cuando una mujer, mucho más tratándose de Isabel, le vuelve la espalda á un hombre, se la vuelve en absoluto, es decir, que no hay que confiar en nada respecto á ella.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Que cuando uno tiene que perder la esperanza en un sentido, es necesario hacerla nacer en otro.

—¿Y qué otro sentido es ese?

—El de la venganza, créeme; ese, querido Rosendo, es el gran consuelo de los que tienen que sufrir.

—¡Quita de ahí! sin duda que pretenderás que yo esté esperando veinticinco años á que se me presente una ocasión para vengarme. No, señor; me ofende, pues le cojo, le insulto, le obligo á batirse y estamos listos.

—¿Y qué, después de todo eso?

—¿Cómo y qué? pues que quito de en medio un rival que me estorba.

—Y mañana vuelves á tener otro y como no es posible que á todos los vayas quitando de en medio, pues te encontrarás con que has cargado con la odiosidad de un hecho que te acabará de quitar las simpatías de muchas personas que te conozcan, no habrás obtenido nada.

—Entonces ¿qué quieres que haga?—repuso Rosendo que no dejaba de comprender que en lo que su amigo le decía había algún fondo de razón.

—Tener un poco de paciencia y herir en el momento en que sepas que realmente puedes hacer daño.

—Hacer daño puedo hacerlo siempre.

—Con la diferencia de que la herida puede ser mucho mayor.

—¿Y no me dirás cuándo puede realizarse eso?

—¿Cuándo? el día en que esté casada Isabel.

—¡Oh! es que ese día, no quiero que llegue.

—¡Vaya si llegará! ¿quién eres tú para oponerte á él? Desengáñate, Rosendo, que hay cosas que no se pueden ni se deben decir. Déjales que se casen porque al fin y al cabo tú no puedes evitar que sea con éste ó con otro; déjales que el cariño se cimente entre ellos, que exista algun vínculo más fuerte que el matrimonio que les una, y cuando los veas con velas desplegadas por el mar de la dicha, cuando más seguros se crean para lo porvenir; entonces, entonces es cuando debes herir.

—¡Demonio, chico, sabes que eres terrible!

—Así es como yo concibo las venganzas, sobre todo cuando no les veo un resultado práctico que pueda ser beneficioso de momento.

Rosendo reflexionó.

Gaspar le vió ya en el buen camino y siguió echando combustible al fuego, á fin de que le diera el resultado que esperaba.

De sobra comprendía que el resultado no podría menos de ser satisfactorio, porque conociendo como conocía á su amigo, y sabiendo la influencia que sobre él ejercía, tenía la seguridad de llegar hasta el fin.

—Eso tiene la ventaja de que el golpe les hiere, como ya te he dicho, cuando menos pueden esperarlo, porque si á mano viene tú también te puedes casar.

—¿Quién? ¿yo?

—¡Pues ya lo creo! sin duda que pensarás permanecer soltero toda tu vida.

—¡Hombre!

—Debes casarte, á fin de asegurar mucho más el resultado de tu empresa.

Y por aquel día no quiso ya decir nada más el jorobado á su amigo.

Demasiado había adelantado con hacerle desistir del propósito que tenía formado respecto á Quiros.

CAPITULO LXXVII

Dos bodas

Isabel, realmente, había llegado á enamorarse del apuesto oficial de caballería.

Y cuando éste la significó su resolución de casarse con ella, no encontró nada que objetar.

Las relaciones de Quiros con Gaspar y Rosendo, no eran del agrado de Isabel, pero no tenía otro remedio que transigir con ellas, porque Gaspar, especialmente, había sido compañero de infancia del capitán.

Rosendo, deferente á las indicaciones de Gaspar, trató de sustituir el amor que había sentido por Isabel, con el nuevo que éste le propuso, aun cuando sin olvidar el desaire de que le había hecho víctima la marquesa.

No quería comprender que sus locuras habían sido las que le cerraron las puertas de aquella casa, así como también las del corazón de la hermosísima marquesa.

Cuando se dijo que se casaba ésta con Quiros, dijo Gaspar á Rosendo:

—Magnífica ocasión; mira tú por dónde en un mismo día deben celebrarse las dos bodas.

—¡Las dos!

—¡Justo! La tuya y la de Quiros.

—¡Pero estás en tí! ¿quieres que yo renuncie á mi libertad por una necia cuestión de amor propio?

—¿De amor propio, dices?

—¡Pues ya lo creo!

—¿Estás bien seguro de que no amas á Isabel?

—Mira, Gaspar, déjame en paz, porque con tus tonterías parece que te has propuesto mortificarme.

—Eso no es una contestación.

—Pues entonces, ¿qué es?

—Un modo como otro cualquiera de salir del paso.

—Te digo la verdad.

—Pues yo te repito que amas á Isabel, y es más, que no dejas de tener la idea de conseguir algún día su amor.

—No sé cómo,—repuso Rosendo, cuyo acento ligeramente alterado, demostraba que algún fundamento tenía la afirmación de su amigo.

—Vuelvo á repetirte,—dijo éste,—que tus pretensiones respecto á la desdeñosa marquesa no están muertas.

—¡Dale bola, no seas pesado!

—Un militar se ve obligado á separarse de su mujer con alguna frecuencia. Un cambio de guarnición, una misión para el extranjero que se puede obtener con facilidad, si se cuenta con recomendaciones para ello, en fin, una porción de causas existen para que el militar tenga que abandonar á su mujer.

—Y aun cuando eso sucediera, ¿qué?

—Una friolera Hay un refrán que dice que «donde hubo fuego, cenizas quedan» y yo estoy seguro que tú te encargarías de remover esas cenizas.

—¡Justo! para recibir un nuevo desaire.

—¿Pues para qué sirve el talento?

—¿Talento en estos casos?

—O mejor dicho, deseos de venganza.

—¿Quién te ha dicho que yo deseo vengarme?

—Lo digo yo.

—¡Oh! tú dices muchas cosas, porque te da la gana.

—Porque son verdad. Te conozco demasiado para dejar de comprender todo el efecto que te ha producido la despedida del padre y el desprecio de la hija.

—¡Calla, calla!

—Lo que es yo, á encontrarme en tu lugar, sé muy bien lo qué debía hacer. Por supuesto, que estoy seguro de que á tí también te sucede lo mismo.

—¿Otra vez?

—Y ciento, te diré igual. Cuando una mujer obra como ha obrado Isabel y el hombre es como debe, se aguanta, disimula, y espera una ocasión oportuna para bajarle los vuelos á aquella mujer.

—Estás insoportable con tus indicaciones; ni todas las mujeres son como tú crees, ni todos los hombres como esos de quien hablas.

*
* *

Gaspar se sonrió con aquella sarcástica expresión que daba al menor de sus actos cuando le convenía.

—¿Por qué te ríes?—le preguntó su amigo.

—Porque parece mentira que una persona como tú, diga ciertas cosas.

—Pues las digo.

—¿Crees tú que hay mujeres inquebrantables?

—Sí.

—Estás en un error. ¡Desgraciada la mujer si el hombre forma empeño decidido de hacerla sucumbir!

—¿Por qué?

—Porque sucumbe, querido Rosendo, no te quepa duda. Tardará más ó menos, en eso no me meto; pero si el hombre se traza una línea de conducta y de ella no se separa, la mujer cae y nada más.

—Según esa teoría, la virtud...

—Es una palabra no más.

—¡Calla, calla!

—Yo en tu lugar, como antes te dije, sé lo que debería hacer, y la marquesa sucumbiría.

—Yo te digo que no.

—¿En qué te fundas?

—En mi misma reputación, en mi misma conducta; pues que, ¿acaso crees que yo voy á cambiar ahora?

—Si tienes empeño en vengarte de la marquesa, debes hacerlo.

—Necio fuera yo si tal empeño formara.

—¿Estás herido, sí ó no?

—Demasiado lo sabes.

—Pues entonces á vengarte y nada más.

—Pero si Quiros se va á casar.

—Y tú también.

—Mira que estás pesado con tu afán de llevarme á la iglesia. Que casamentero te has vuelto.

—Por tu bien.

—Muchas gracias.

—Te lo vuelvo á repetir, es conveniente que te cases.

—Cásate tú.

—Yo no puedo, ni debo.

—Pero en cambio quieres que yo lo haga.

—Porque no estás en una situación distinta de la mía.

—No veo esa diferencia.

—¡Pero hombre de Dios! ¿con esta deformidad que tengo, me crees tan necio que pretenda casarme? Si alguna mujer apechugaba conmigo, sería por los pocos cuartos que me quedan, y como yo tengo la buena suerte de conocerlo, no quiero exponerme á lo que me aguardaría, cediendo á esa tentación.

—Vamos, y tú por lo visto quieres que yo...

—En primer lugar, que la mujer de quien se trata, es rica, y es guapa y te quiere. Me parece que son tres condiciones inmejorables.

—Pero hay una fatal.

—¿Cuál?

—Que yo no la quiero para casarme. He entrado en relaciones con ella por eso que tú has llamado antes amor propio.

—Y por ese mismo amor propio es por el que te debes casar.

—¿Sin amor?

—¿Qué falta hace? Dinero, belleza y cariño se encuentran en Feliciana; tú debes utilizar todo eso, para darte aspecto de hombre formal.

—¡Já, já, já! ¡qué cosas tienes!—exclamó Rosendo soltando la carcajada,—mira tú que ser yo hombre formal.

—Se aparenta.

—Cuando se quiere.

—Y tú debes quererlo, porque esa es la única manera de que te aproximes un poco á Isabel. Tú casado, ya no inspiras desconfianzas, ya has entrado en el gremio de las personas maduras y juiciosas, y eso, desengáñate, que es muy importante. Se acecha con calma la ocasión oportuna, de cuando en cuando se sueltan algunas palabras que son otros tantos jalones,

con los cuales se marca el camino que se debe recorrer, y un día el marido se ausenta, ó tiene un desliz que se hace llegar de un modo oportuno á oídos de la mujer, y en fin, hay una porción de medios que uno utiliza oportunamente.

—Vamos, no digas más necedades.

—Unicamente tú calificas así mis palabras.

—Les doy la calificación que merecen.

—Pues estoy seguro que de cien hombres á quien se las dijera, los noventa y nueve las considerarían muy razonables.

—Pues yo no. Ya ves tú lo que son las cosas.

—Otra te queda, querido Rosendo. Isabel es una gran prenda.

—No te lo niego.

—Y es lástima renunciar á ella, cuando con tanta facilidad se la puede coger.

—Imposible.

—Tú sí que dices ahora una tontería.

—Isabel tiene la conciencia de su virtud, y el orgullo consiguiente á la persona que sabe cumplir con su deber.

—Pues esas precisamente son las que están más expuestas á caer.

—Porque lo dices tú.

—Porque es la verdad.

* * *

Rosendo, no pudo menos de separarse de su amigo algo preocupado.

La imagen de Isabel estaba constantemente en su pensamiento.

Aquella espléndida hermosura le fascinaba.

El desdén de que había sido víctima, le tenía irritado.

Había procurado disimularlo por orgullo.

Pero la verdad era que habría dado cualquier cosa por vengarse de aquella mujer.

Sin que él mismo pudiera darse cuenta de ello, mostróse cada día más rendido con Feliciana.

La pobre mujer estaba enamorada de él.

Y creía en sus protestas de afecto, y en el momento en que él la indicó algo respecto á matrimonio, la joven se apresuró á aceptarlo.

Insensiblemente había ido Rosendo modificando sus costumbres.

Y Quiros, que apreciaba á su amigo, elogiaba sin rebozo su conducta, y el día en que se dijo que Rosendo había pedido la mano de Feliciana, Quiros no pudo menos de felicitarle cordialmente diciéndole:

—Chico, me alegro que al fin te hayas decidido.

—Si es lo que yo le estaba diciendo siempre,—dijo Gaspar,—la vida del calavera puede hacerse algunos años, pero no puede sostenerse toda la vida.

—Hagamos una cosa,—dijo Quiros.

—¿Qué?

—¿Por qué no celebramos las dos bodas en un día?

—Chico, chico, yo no voy tan de prisa como tú,—repuso Rosendo.

—Pues las cosas si se han de hacer, cuanto antes,—dijo Gaspar.

—Con eso darás un mentís á todos los que dudan de tu enmienda.

—Que son muchos.

—Y entre ellos, Isabel,—añadió Quiros;—precisamente ayer mismo estábamos hablando de eso.

—Y qué ¿la marquesa no cree en mi enmienda?

—Naturalmente,—repuso el capitán sonriéndose,—¿cómo había de creer, cuando precisamente por efecto de tu conducta, rompió, según me dijo, sus relaciones contigo?

—Es verdad.

—Pues cuidado que cuando estaba en relaciones con la marquesa,—dijo Gaspar,—yo había sido el primero en aconsejarle lo que en mi concepto debía haber hecho.

—Si aquellas relaciones no fueron más ni menos, que un pasatiempo, lo mismo por parte suya que por la parte mía.

—Pues no me lo ha dicho de ese modo Isabel, que según parece, llegó á tratarse ya de un matrimonio.

—Sí, pero...

—Tus locuras dieron lugar á que aquello se desbaratara. De aquí su incredulidad en todo lo que se refiere á tu enmienda.

—Nada, chico,—dijo Gaspar,—para demostrarles que todos se han engañado y que piensas y obras como persona formal, debes hacer lo que te dice Quiros.

—Es demasiado pronto.

—Si lo has de hacer, ¿qué más te da un mes antes que después?

—En fin, ya veremos.

Una nueva entrevista de Gaspar con Rosendo, fué la decisiva.

El jorobado supo excitar de tal modo el deseo de venganza en Rosendo, que finalmente éste se decidió, y las dos bodas se celebraron en el mismo día.

CAPITULO LXXVIII

Gaspar resuelve presentarse en escena

Feliciana, que así se llamaba, como sabemos, la mujer de Rosendo, consideróse, durante algún tiempo, la más feliz de las mujeres, puesto que, amando á su marido extraordinariamente, éste parecía demostrarla igual correspondencia.

La amistad entre Quiros y Rosendo, parecía también haber adquirido mayores proporciones desde el momento en que se verificaron los dos enlaces en un mismo día.

Sin embargo, pronto comenzó á demostrar Rosendo, que no había sido el amor el móvil de su matrimonio, sino que el empeño, había sido el factor principal en aquella empresa.

No volvió el joven á sus locuras anteriores, más que todo, porque á Gaspar no le convenía que hubiera escándalo de ningún género.

Pero la pobre Feliciana advirtió cierto desvío y cierta

frialdad en su marido, que desde aquel momento, la hizo ya vivir inquieta y recelosa.

Gaspar era, únicamente, el confidente de la hermosa casada.

El miserable seguía un plan perfectamente trazado, y no se separaba de él por nada ni por nadie.

Lo mismo Quiros, que Rosendo, que las esposas de ambos, no eran sino peones inconscientes, á quienes manejaba á su antojo.

Con una astucia y una habilidad, superiores á todo elogio, consiguió imponer su voluntad en la casa de Isabel, haciendo que su influencia pesara algo más en el ánimo de su marido, que la de la marquesa.

Es verdad que ésta, como no podía sospechar las malas artes empleadas contra su felicidad, no se preocupó por si su marido iba con más ó menos frecuencia á cualquiera de los cortijos que poseían, ó si alguna noche que otra, se detenía en el casino más de lo regular.

Quiros, cariñosísimo con ella, no viendo más que por sus ojos, como decía, ni teniendo otra voluntad que la suya, no inspiraba recelo ni desconfianza de ningún género.

Rosendo, mostrábase atento, respetuoso; parecía olvidado de sus antiguas locuras, y sólo pensaba en su mujer, que se hallaba en cinta, precisamente como la marquesa.

Un día, Isabel, concibió ligerísima sospecha.

Su marido la había dicho que se marchaba á visitar un cortijo, que tenían á cuatro leguas de Sevilla, cuando Gaspar se presentó en su casa.

El jorobado había guardado siempre una circunspección extraordinaria con Isabel, desde el día que tuvo la malhadada idea de hablarla de su afecto.

Y la marquesa, apreciando en lo que valía aquel proceder,

á falta de un cariño, que en absoluto poseía su marido, otorgaba su amistad al jorobado.

Al ver entrar á Gaspar. le dijo:

—¡Caramba, amigo Cerralbo, que caro se hace usted de ver!

—Por el placer de que á uno le recuerden, damas tan discretas como usted, debía de repetir esas ausencias.

—Vamos, siempre galante,—contestó sonriéndose la marquesa.

—No hace mucho me encontré al conde, que me dió también las mismas quejas que usted, y le prometí no hacerme, en lo sucesivo, acreedor á semejantes censuras.

—¿Hace poco que se encontró usted al conde?—dijo Isabel.

—Sí, señora,—contestó con la mayor naturalidad Gaspar;—me lo encontré en Triana.

—¡En Triana!

—Creo que iba á reunirse con Rosendo.

—Pero si el conde tenía que ir á nuestro «Cortijo de los Palomares.»

—Es verdad,—dijo Gaspar;—así me lo indicó, añadiéndome, que una urgencia indispensable, le había distraído, aun cuando no más que por un momento. Sí, sí, efectivamente, tiene usted razón, porque eso fué lo que me indicó, para responder á la sorpresa que me causaba verle, á semejante hora, por Triana.

Esta contestación no satisfizo gran cosa á la marquesa, porque Gaspar hizo todo lo posible porque se comprendiera, que lo que acababa de decir, no había sido más que una componenda para acallar recelos.

Sin embargo, visos de verosimilitud tenía la cosa, y la marquesa no tuvo más remedio que conformarse con aquella explicación.

Durante un buen espacio estuvieron hablando de cosas indiferentes, cuando de pronto dijo Isabel:

—¿Y puede saberse, amigo Cerralbo, que ha sido de su vida de usted todos esos días? Ni le hemos visto á usted en el paseo ni en el teatro.

—He querido escuchar á una maravilla de que me habían hablado mucho, y, efectivamente, debo confesar que vale la pena de oirla.

—¡Hola, hola!

—¿Qué quiere usted, marquesa? ¿qué hemos de hacer los que nos vemos desheredados de cierta clase de satisfacciones, de que disfrutan otros más felices?

—Vamos, ya comprendo lo que quiere usted decir; pero me parece que si usted buscara con verdadero afán, encontraría, tal vez, algo mejor que esas maravillas, por el estilo de la que me hablaba hace poco.

* * *

Por los ojos del jorobado, pasó algo así como un relámpago de malévola satisfacción.

Efectivamente, había llevado la cuestión al terreno que le convenía.

Porque, como hemos dicho, todo cuanto hacía y todo cuanto decía Gaspar referente á sus amigos, no era sino hijo de un cálculo completamente indigno.

Efectivamente, había visto al conde, y sabía dónde iba; pero Joaquín creía que él ignoraba el objeto de su paseo por Triana.

Del mismo modo, la indicación hecha respecto á aquella maravilla que le había entusiasmado durante algunos días, llevaba también su cola, como se dice vulgarmente, y en ella iba, forzosamente, á enredarse la marquesa.

—Conque maravillas ¿eh? amigo Cerralbo,—dijo Isabel sonriéndose.—Entonces ya está explicado el motivo de sus ausencias, y hasta siento que mi marido le haya dicho nada, porque le ha obligado á venir á aburrirse con esta visita

—Pero ¡Jesús, marquesa! ¿qué está usted diciendo?

—La verdad. Yo conozco muy bien que no hay nada tan enojoso como estas visitas obligadas.

—Si no es así. ¿Puede usted dudar que tengo un verdadero placer en visitarla?

—Usted lo ha de decir.

—Si usted recuerda lo que en una ocasión cometí la locura de decirle.

—¡Ah, Cerralbo! ¿quién se acuerda ahora de ciertas cosas?

—¿Quién se acuerda? Aquel que nunca las olvida.

—Vamos, vamos; no diga usted tonterías.

—¡Cómo ha de ser! usted las califica así.

—¿Conque cuénteme usted algo de esa maravilla?—dijo Isabel, procurando separar la conversación de aquel terreno.

—Esa maravilla es una *cantaora* con una voz de ángel y una sal que parece haberla convertido en el salero de toda la raza gitana.

—¡Ah! vamos, ya comprendo; ha estado usted unos cuantos días de juerguecita continua.

—No tanto,—contestó sonriéndose el jorobado.

—Y quiere usted decirme, ¿qué es lo que sacan ustedes después de unos cuantos días de esa existencia?

—¿Pero cree usted que yo, especialmente, busque esos placeres con verdadero entusiasmo?

—¡Hombre! cuando los busca usted.

—¿No ha oído usted decir, marquesa, que el suicidio

suele proporcionar, y desde luego lo proporciona, el olvido eterno?

—¡Vaya una ocurrencia, Cerralbo!—contestó la marquesa sonriéndose,—¿quiere usted suponer que en los encantos de esa maravilla ha ido usted á buscar el suicidio?

—Si no el suicidio, el olvido.

—¡Qué elástica es en ustedes esa palabra! Por olvidar, el hombre se entrega á la embriaguez, al juego, al amor; de modo que por curarse un dolor van ustedes á entregarse en manos del vicio. Yo comprendería que se tratara de olvidar un desengaño de amor ó de amistad ó de cualquiera otro afecto no menos digno y elevado, por medio de buenos actos, por acciones dignas de loa y que con la admiración que estas causaran, con la gratitud de la generalidad, pretendiera llenarse el vacío que aquel otro acontecimiento hubiera podido dejar en el corazón. Pero, pretender olvidar de esa manera, lo que es eso, permítame usted que le diga que no lo comprendo.

—Podrá haber naturalezas privilegiadas que tengan toda esa abnegación que usted dice; pero yo debo confesar á usted, marquesa, que no la tengo. En mi corazón como en el de otras muchas personas que se encuentran en idéntico caso, para cierta clase de heridas no hay más recurso que la venganza.

—¡La venganza!

—Y para distraerse de ella y para evitar que sus efectos se dejen sentir más inmediatos; se buscan distracciones.

—Repito que no lo entiendo.

—Hay corazones en los cuales las pasiones se agitan y bullen con mayor violencia que en otros, y lo que en éstos produce un dolor momentáneo, que con el tiempo se va suavizando hasta que, finalmente, desaparece; en mí, por el contra-

rio, es un recuerdo perenne que no se olvida, un áscua encendida que siempre está quemando el corazón, é irritándole, en términos que le obliga á lanzarse á violencias que yo soy el primero en deplorar.

—Pero permítame usted que le diga una cosa. Supongamos que se trata de un desengaño de amor, ¿acaso podría usted exigir que la persona por quien pudo usted sentir cariño, le sintiese también hacia usted? ¿De qué sirve la reflexión entonces?

—De nada, marquesa; la reflexión en esos casos y en cierta clase de temperamentos queda completamente oscurecida. Si algún deseo brota, si de algo se ocupa el pensamiento en esos instantes, es únicamente en buscar la manera de herir, los medios de obligar á aquella mujer á que sucumba, ó ya que esto no pueda ser, de vengarse de ella, de destruir su felicidad y, finalmente, de hacerla gustar tanta amargura como ella con su desdén nos causó.

*
* *

La marquesa no pudo menos de estremecerse.

El acento de Cerralbo había vibrado de tal modo, que sin que ella pudiera darse cuenta, sintió en el corazón dolorosísima punzada.

—Pero, hombre,—dijo después,—permítame usted que le diga una cosa.

—Diga usted, marquesa, ya sabe que conmigo está autorizada para decirlo todo sin rodeos.

—Con esa conducta, usted ó cualquiera otra persona que en su caso se encontrara, ¿qué se propondría?

—Pues ya lo sé, nada.

—No, señor; no obtendría sino el desprecio de esa mujer.

—Y en cambio ella sufriría las consecuencias de la ira de aquel hombre, y crea usted, marquesa, que esas consecuencias si se tratara de mí, habrían de ser terribles.

—Pero creo no se trata de usted felizmente.

—¿Y quién sabe? Yo soy un amigo inapreciable por más que peque de inmodesta semejante afirmación; pero también soy un enemigo terrible.

—Vaya, no se quiera usted hacer peor de lo que es.

—Sí, señora; conforme confieso mis virtudes si es que tengo alguna, reconozco también mis defectos, que son muchos.

—De modo, que la mujer á quien usted se dirija no tiene, por lo visto, otro remedio que acceder á su deseos.

—Según la clase de mujer que sea.

—¡Ah! vamos, ya hay un distingo.

—Como le hay en todas las cosas; y cuanto mayor sea el valor real que tenga esa mujer ó el que yo le haya querido prestar, no tenga usted duda que han de ser también más formidables las represalias que tome.

—¡Jesús! Gaspar, me da miedo oirle hablar así.

—Algún consuelo nos ha de quedar á los desheredados de cierta clase de venturas.

—¡Tristísimo consuelo por cierto el que está basado sobre la venganza!

—Le diré á usted, á falta de otro, siempre agrada pensar que una persona está sufriendo por nuestra causa, dolores análogos á la que ella nos hizo sentir.

—Vamos, vamos, Cerralbo, no hable usted así, porque no puedo ni debo creerle dotado de sentimientos tan ruines.

—Pues, sí, marquesa; sí, créame usted, que en ese terreno los tengo.

—Entonces compadezco de todas veras á la mujer que se

encontrara en el caso que usted indica, si no tiene la entereza y la resolución que yo tengo.

—Es que esa entereza y esa resolución, serían precisamente las que yo intentaría quebrantar.

—No lo conseguiría usted, por el contrario, mayor desprecio, cuanto mayores fueran las heridas que recibiera, y aun cuando ellas me ocasionaran la muerte moriría despreciándole.

Gaspar se sonrió y aquella sonrisa no pudo menos de producir un deplorable efecto en la marquesa.

CAPITULO LXXIX

El primer paso

Cuando salió Gaspar de casa de Isabel, ésta se llevó entrambas manos al pecho, diciendo:

—¿Qué ha querido decir este hombre? ¿era á mí á quién iba dirigida esta amenaza? ¿soy yo por ventura á quien pretende herir? Sí, de mí es de quien trataba; pero no sabe ese hombre hasta dónde llega todavía el temple de mi pecho. Yo le juro, que si con esas amenazas ha pretendido intimidarme, le demostraré lo mismo que le he dicho. ¿Pero y si ese peligro á quien amenaza, es á mi querido Joaquín?...

Y al ocurrírsele esta idea á la marquesa, se estremeció, porque precisamente, su cariño lo tenía cifrado en el hombre á quien había elegido por esposo.

Isabel había creído conocer bastante á Gaspar, cuando la primera vez desdeñó su afecto; pero si alguna duda le quedaba de lo que era, el mismo se encargó de desvanecerla en la conversación anterior.

Aquello mismo que había dicho el jorobado, referente al encuentro que tuvo con Quiros, era otro clavo que tenía la joven, cuya punzada enlazaba con todos los terrores que la inspiraba aquel hombre.

Su marido la había dicho que se iba al cortijo.

¿Cómo tan de súbito había mudado de opinión y se había marchado á Triana, donde le había encontrado Gaspar?

Este trató de enmendarlo.

¿Pero sería positiva aquella enmienda?

Lo que el jorobado dijo sobre este particular, parecía que lo pronunciaba como forzado, como si tratara de desvanecer una sospecha.

Después aquel hombre había hablado de una gitana, de una *cantaora* de Triana, reputándola como una maravilla, y precisamente, en Triana, era donde Gaspar había encontrado á Joaquín.

Todo ello podría ser inocente, todo no podía ser más que coincidencias; pero aun siendo así, la martirizaba con mayor motivo, después de las declaraciones hechas por Gaspar.

Estas declaraciones no eran más ni menos que unas amenazas, á las cuales les daba el verdadero valor que tenían.

Porque Gaspar sólo desearía saber algo que pudiera mortificarla, algo que la causara un dolor profundo, para decírselo, para recrearse en su angustia.

Y todavía creía más, y precisamente en esto, demostraba Isabel que conocía perfectamente á aquel hombre.

Suponía que Gaspar hasta sería capaz de influir, cuanto pudiera, en el ánimo de su esposo, para apartarle de sus deberes y provocar un conflicto en su casa.

Así fué que Isabel pasó un día muy triste.

Esperando con impaciencia la llegada de su esposo, veía pasar las horas, y por primera vez, desde que se había casado, sentía disgusto viendo que no llegaba Joaquín.

Más de una vez se asomó á los balcones por si le veía llegar.

Pero Quiros, no sólo no fué aquella tarde, sino que tampoco regresó aquella noche.

Referir todo lo que Isabel sufrió durante aquellas horas, sería completamente imposible.

El encuentro de Gaspar con su marido en Triana, aquella gitana de que había hablado Gaspar, y las embozadas amenazas que éste lanzara, no se borraban de su pensamiento.

Y le hacían sufrir de un modo extraordinario.

*
* *

Quiros dijo, cuando volvió á su casa al siguiente día, que había tenido que quedarse en el cortijo, porque se sintió ligeramente indispuesto.

Al oirlo Isabel, exclamó:

—¿Y no te se ha ocurrido enviarme á buscar? ¿acaso dudabas que tu esposa, la madre de tu hijo, acudiera inmediatamente junto á tí?

—¡Pero hija, por Dios! era sobradamente ligera la indisposición para que fuera á molestarte.

—¡Molestarme! ¿qué quiere decir esa frase que suena en mi oído con inflexiones que me ofenden? ¿Acaso puede molestar á una mujer el acudir al lado de su marido?

—Ya lo sé, hija mía, ya sé que á tí no te molesta nada que á mí se refiera. He querido decirte que la cosa carecía de importancia, y más todavía que por mi pequeña molestia, si me quedé, fué porque el arrendador del «Cortijo de los

Patos,» había de venir hoy por la mañana y tenía que hablar con él.

—¿Pero cómo te sientes ahora?

—Muy bien. En primer lugar, el malestar desapareció, y en segundo, que estoy á tu lado, y tu presencia es para mí, panacea que cura rápidamente todos mis males.

—¿Si vieras cuanto bien me hacen tus palabras, Joaquín de mi alma? ¿si tú supieras lo dulcemente que resuenan en mi corazón?

—Lo comprendo muy bien, por el efecto que las tuyas hacen en el mío.

—Quiero pedirte un favor,—dijo de pronto la marquesa, acariciando con su mano las de su esposo.

—¡Un favor! ¿de cuándo á dónde la que es soberana de mi albedrío, tiene que pedir favores al que es su servidor más humilde?

—¿Eso quiere decir que me lo concederás?

—¿Y has podido dudarlo?

—¡Oh, que alegría!—exclamó Isabel palmoteando.

—Sepamos de qué se trata.

—Siempre que vayas á los cortijos, ó cuando salgas fuera de Sevilla, quiero yo acompañarte.

Joaquín no pudo disimular un ligero movimiento de disgusto.

—¡Pero hija, por Dios! ¿tú sabes lo qué dices?

—¡Ya lo creo! con eso evitaré escenas como la de esta noche pasada.

—Vamos, si lo sé, no te digo nada.

—No, no, si aun cuando no me lo hubieras dicho, estaba yo resuelta á decirte que no quería que te marcharas solo á ninguna parte.

—¡Justo! á dos pasos de Sevilla.

—¡Mira tú, que decirle dos pasos, á dos leguas!

—Además, tu estado, querida mía, no te permite hacer ciertas valentías.

—Pero si voy en carruaje. .

—El movimiento puede perjudicarte. Por ahora al menos hasta que salgas de tu paso, no creo prudente semejante determinación.

—Pues, tú me prometiste...

—Sí, hija, todo lo que fuera razonable, y sobre todo, que no te pudiera perjudicar.

—Pero si yo estoy segura que eso no ha de perjudicarme.

—Pero hija, ¿no ha de perjudicarte estando como está ya tan cerca tu alumbramiento? Figúrate que esto ocurriera en alguno de esos días. ¿Qué íbamos á hacer entonces en un cortijo aislado, sin comodidades, ni medio de auxilios?... No, no; no quiero pensarlo. Sería una locura si yo consintiera semejante cosa.

—Vamos, veo que no quieres que te acompañe.

—No es eso. Reflexiona que sería una imprudencia en mí.

—Está bien, como tú quieras.

*
* *

La marquesa, estuvo algunos momentos revelando en su semblante el disgusto que la ocasionaba la resolución de su marido.

Este, viendo que se había quedado silenciosa, se aproximó á ella y la dijo:

—Vamos, ¿te has disgustado ya?

—No.

—Ven aquí, loquilla, ven aquí, y hagamos las paces. Comprende, hija mía, que te quiero demasiado para exponerte á un contratiempo de ese género, del cual nadie tendría la culpa más que yo.

—Pero tratándose de distancias tan cortas...

—Para que sobrevenga un trastorno, desengáñate, que hay tiempo sobrado.

—Nada, no hablemos más de ese particular.

—Sal de tu cuidado, restablécete pronto, y yo te prometo que vendrás conmigo donde quieras; pero por ahora permaneceré inflexible. Me parece que no debes quejarte, porque me hallo dispuesto á hacer lo que deseas.

Isabel, no tuvo más remedio que aceptar como buenas las palabras de su esposo.

Tenía razón en lo que decía, y no se le podía contradecir.

Al cabo de algunos momentos, dijo Isabel:

—¿Conque ayer viste á Gaspar?

—Sí. Eso quiere decir que estuvo á visitarte.

—Sí, me dijo una cosa que me sorprendió mucho por cierto, porque creí que te habías marchado directamente al cortijo.

—No,—contestó apresuradamente Quiros,—me acordé que el tío Jeromo me había hablado de un potro inglés, á propósito para dejarlo en la dehesa, me dijo anteayer que podía ir á verle cuando quisiera, y fuí á Triana con ese objeto.

—¿Y viste el potro?

—Sí; pero... cosas de gitanos. No vale la pena el animal, y no hicimos nada. Eso me retrasó para llegar al cortijo cuando debía, y ya tú ves he tenido que pasar la noche fuera de casa.

—También me dijo Gaspar otra cosa.

—¿Para disculparse sin duda de no haber venido antes á vernos?

—Sí por cierto; por supuesto que lo que es ese, en tratándose de faldas, no se acuerda de nada.

—A él no podrán quererle, porque vamos, la verdad, es que con aquella facha de *Cuasimodo*, tiene muy poco de simpático; pero en cambio, creo que no hay mujer bonita en Sevilla, sea la que quiera su clase, que no conozca...

—Pues de una muchacha se trata.

—¿No te lo decía?

—Parece que se trata de una gitana, una *cantaora*, como decís vosotros.

Y la marquesa al decir estas palabras, miraba fijamente á Quiros.

Este no pudo menos de inmutarse, y dijo:

—Ya he oído algo de eso también.

—¿Pero tú no la has visto?

—No; creo que canta y baila en un *tabuco* miserable y asqueroso.

—¿Luego tú no la has visto? Es extraño, porque si Gaspar y Rosendo, porque supongo que éste también estará mezclado en el asunto, la conocen, tú que eres tan amigo de ellos...

—Pues no la conozco,—repuso secamente Joaquín.

—Según parece, no debe ser esa mujer muy escrupulosa.

—Como todas las de su clase.

—A lo que parece, Gaspar está muy prendado de ella.

—Gaspar se prenda de todo. En llevando faldas, todas son diosas para él.

—No, lo que es de ese modo de pensar, creo que hay

muchos hombres también. Pero en fin, yo lo que no quiero, como te he dicho muchas veces, es que tú frecuentes su compañía.

—Ya ves tú la vida que yo hago respecto á ellos; les veo, les hablo, oigo sus tonterías, pero nada más.

—Según eso, Vargas, ha vuelto á las andadas.

—No por cierto, al menos que yo sepa.

—Por supuesto que si va mucho con Gaspar ..

—Lo que es ese es capaz de perder un regimiento.

—Por eso temo por tí.

—¡Niña, por Dios! si yo ya estoy curado de espantos, ¿cómo ha de perderme?

*
* *

A pesar de todo esto que dijo Quiros á su esposa, la maldita espina que había clavado Gaspar, no era fácil ya que se la pudiera arrancar la marquesa.

Había advertido la ligera turbación de su esposo y esto la hizo derramar algunas lágrimas cuando estuvo sola en sus habitaciones.

Y la turbación de Joaquín tenía su razón de ser.

Aquella gitana era efectivamente una maravilla, tanto por su hermosura, como por su habilidad.

Gaspar la había descubierto, y se la elogió á sus amigos.

Especialmente Quiros, sintió deseos de conocerla, y se dejó llevar por el jorobado al sitio donde podía verla.

La vió, en efecto, y la muchacha, que sin duda estaba muy bien aleccionada, se propuso marearle y lo consiguió.

Al cabo de algunos días, el gallardo capitán estaba vivamente interesado por la hermosa gitanilla.

Gaspar, entonces, dijo á Rosendo:

—¡Que buena ocasión para hacer pagar un poco caros los desdenes de una mujer!

—¿Qué quieres decir?

—Que si Quiros consigue lo que se propone, lo que es á su mujer no ha de serle muy satisfactorio.

—No será él tan necio que dé publicidad á ciertos hechos.

—Pero si otros se encargan de hacerlo...

—En ese caso, ya sería distinto; pero el capitán tiene sobrada discreción para saber cómo hace las cosas.

—Lo que importa es que las haga, que después ya veremos.

CAPITULO LXXX

Gaspar sigue haciendo de las suyas

El primer paso ya estaba dado.

Gaspar había deslizado hábilmente unas cuantas gotas de veneno en el corazón de Isabel, y al mismo tiempo hizo germinar en el corazón de Rosendo esperanzas que no era posible que pudieran realizarse jamás.

Lo único que podía suceder como resultado de todo aquello, eran quizás algunas desgracias, pero como quiera que éstas habían de refluir en perjuicio de la marquesa, estaba ya satisfecho Gaspar, porque no pretendía otra cosa que gozarse con el sufrimiento de la joven.

Con pocos días de intervalo, Isabel y la esposa de Rosendo, dieron á luz, la primera una niña, y un niño la segunda.

Rosendo, quiso que fuera padrino de su hijo, Gaspar, y éste aceptó gustoso aquel padrinazgo, prometiéndose *inmente* hacer la desgracia del hijo de su amigo.

Y decimos la desgracia, porque se propuso educarle en su

escuela, y ya sabemos que ésta era todo lo más desdichado que puede darse.

Gaspar odiaba á Rosendo casi tanto como á Joaquín.

Porque él odiaba todo aquello que tuviese condiciones de que él carecía.

Rosendo, había sido feliz en todas sus empresas amorosas, mientras que él no había podido realizar otras que aquellas que podían conseguirse con el dinero.

Rosendo era valiente, y él era cobarde.

Por Rosendo se interesaban las mujeres, mientras que á él le temían.

El primero podía ser loco, veleidoso, calavera.

El segundo era malvado.

Gaspar era todo hiel, é incapaz por lo tanto de ningún sentimiento honrado.

Si quería herir á Isabel, era, tanto porque le había despreciado, cuanto porque había amado á Rosendo.

Si quería castigar á Quiros, era únicamente porque era el esposo de Isabel.

Y si quería vengarse de Rosendo, es porque comprendía que bajo el aspecto indiferente de que alardeaba, estaba latente su amor por Isabel.

Y formando parte de su plan de venganza, había concertado el matrimonio de su amigo.

Importábale muy poco, que de toda aquella maquiavélica trama que él había fraguado, resultaran víctimas inocentes, mientras quedara un dolor real para la marquesa y quitara de en medio á los dos hombres que habían sido amados por ella.

Con arreglo á este plan, empezó á obrar al poco tiempo de haber nacido las dos criaturas que habían de haber sido vínculo de unión y de cariño en los dos matrimonios.

Quiros, había conseguido vencer la resistencia de la gitana.

Pero como persona que tenía sobrado buen criterio, comprendía que obraba mal.

Y de aquí que procurase ocultar de tal modo lo que hacía, que no llegara por ningún medio á noticia de su mujer.

Satisfecho el capricho, mortificábale ya el dogal que se había echado.

Pero la gitanilla que conocía su fuerza, le amenazó con el escándalo el día en que quisiera separarse de ella.

Gaspar lo sabía todo.

No tenía otra policía que él mismo, pero bastaba para dar lecciones al polizonte que presumiera de más astuto.

*
* *

Un día le dijo á Rosendo:

—Ha llegado el momento de utilizar tus influencias con el gobierno.

—¿En qué sentido?

—En el de que se le confíe al marido de Isabel una misión para el extranjero.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero dejarte libre el campo.

—¿Para qué?—dijo Rosendo frunciendo el entrecejo.

—¿Para qué ha de ser? para que pongas sitio en toda regla á la plaza que ha de quedar muy debilitada con esa marcha, y de ese modo no tendrá más remedio que sucumbir.

—¡Qué loco eres!

—No lo creas, en la vida he hablado con más cordura.

—Pues no lo hago,—dijo Rosendo al cabo de algunos momentos de reflexión.

—¡Vaya si lo harás! ¿Dejo de comprender que cada vez que miras á Isabel, en el foco de tu mirada brilla la pasión que

te consume? No seas necio y procura aprovecharte de las circunstancias.

—Te digo que me repugna lo que me propones.

—Cuidado, que yo no te propongo nada. Lo único que te digo es que te aproveches.

—La marquesa no cederá nunca.

—La marquesa es mujer como todas.

—No lo creas.

—Y el día en que se comprenda engañada, hará lo mismo que han hecho otras antes que ella y lo que harán tantas, después.

—O no lo hará.

—No seas tonto. ¿Tú sabes el acicate tan poderoso que son los celos y el despecho, para una mujer altiva y convencida de su propio valer?

—Pero ese acicate...

—Lo recibirá el día en que tenga la prueba palpable de la infidelidad del conde.

—¿Y qué sabes tú de eso?

—Si yo no lo sé, lo saben otros.

—El caso es que si el conde tiene relaciones con la gitana, lo llevan de un modo...

—Que lo saben muchos.

—No sé quiénes pueden ser.

—En fin, si quieres hacer lo que te he dicho...

—¿El qué?

—Pedir para Joaquín una agregación á cualquier comisión militar. Precisamente ahora va á marchar una á Italia para no sé qué cosa.

—¿Y si le da la gana de rechazarla?

—No lo hará.

—¿Por qué?

—Porque esas comisiones siempre son cargos muy honoríficos y no se renuncia á ellas así como se quiere.

*
* *

La verdad era que Vargas se sentía empujado por una fuerza á la cual no podía resistir.

Lo que sentía respecto á Isabel, no era ya amor, sino más bien empeño.

Pero empeño engendrado por el mismo Gaspar.

Sin éste, Rosendo, ó bien habría seguido su existencia de calavera sin freno alguno y sufriendo las consiguientes consecuencias, ó bien se habría verificado el cambio que suele operarse algunas veces en individuos de sus mismas condiciones; se habría casado y sería quizás un hombre completamente feliz.

Mas el jorobado no había querido que sucediese esto, y obró en armonía con su idea.

Vargas, conservaba un recuerdo bastante vivo de Isabel.

Este recuerdo podía trocarse en un recuerdo de amistad franca y leal, ó podía revestir todas las formas de una pasión según fueran las sensaciones á que se le sujetara.

Gaspar observó esto.

Comprendió que el átomo podía convertirse en masa incontrastable, y á esto dedicó sus esfuerzos.

Y como la astucia y la maldad le eran tan familiares, por medio de ellas, fué dando fuerza al átomo hasta que consiguió verle firme y sin que se pudiera arrastrar ya por cualquier esfuerzo de la voluntad.

Esta fué la primera victoria.

El malvado contrahecho se sonrió de satisfacción cuando pudo apreciar todos los adelantos que hiciera.

—Ahora ya es mío,—se dijo, frotándose las manos lleno de satisfacción.

Y efectivamente, desde entonces, sin que pudiera advertirlo Rosendo, no fué más que un instrumento de Gaspar.

Todos los actos que había realizado, á partir del día en que la marquesa rompió las relaciones que les unieran, fué obra exclusiva del jorobado.

Pero con la particularidad que Rosendo no podía acusar jamás á su amigo de que le había aconsejado.

En esto, precisamente, consistía la habilidad de Gaspar.

Era de aquellos, que según el dicho popular, tiran las piedras y esconden la mano.

Vargas, negando al principio, no queriendo recurrir á la infamia para conseguir sus propósitos, concluía por aceptar cuanto aquél había dicho.

Pero como que comprendía que estaba mal hecho y no quería aparecer al mismo tiempo como que había cedido á las sugestiones de su amigo, reconociendo como bueno lo que antes le pareciera muy malo, procuraba hacerlo de modo que éste no se enterara.

¡Como si fuera posible que á Gaspar se le oscureciera nada de cuanto su amigo pudiera hacer, máxime cuando no le perdía de vista un solo momento!

*
* *

Vargas, encontró indigno el proceder que había indicado Gaspar.

Lo rechazó con indignación, y ya hemos visto las dudas que le asaltaron y todo cuanto dijo en contra de aquel proyecto.

Pero más tarde, y hasta si se quiere, de un modo incons-

ciente, estuvo en Madrid, habló con algunos amigos importantes que tenía en la situación, y á los quince ó veinte días, cuando menos lo pudo esperar Quiros, cuando era imposible que se imaginase semejante cosa, puesto que ni lo había solicitado, ni había dicho una palabra en aquel concepto, encontróse con el nombramiento para formar parte de la Comisión que debía marchar inmediatamente a Italia, para hacerse cargo de algunas modificaciones que pensaban introducirse en el arma de infantería.

El efecto que semejante nombramiento produjo en Quiros, fué extraordinario.

—¡Pero señor!—decía,—si yo no he pedido nada, si yo no quiero más sino que me dejen tranquilo en mi casa.

—Pues mira, renuncia á ello,—le dijo Isabel.

—Imposible, hija mía; para esto hay que pedir la licencia absoluta.

—Pues pídela.

—¡Justo, en estos momentos! No puede ser, Isabel, no puede ser, no tengo más remedio que ir á Roma, y para evitarme en lo sucesivo pejigueras de esta especie, una vez que haya terminado esta Comisión, abandonaré el servicio.

—Pero si tú no has pedido nada; ¿por qué te han conferido ese nombramiento?

—¡Qué sé yo! porque mi nombre, sin duda, les habrá parecido más bonito que cualquier otro.

—Pues lo que es yo, me voy contigo.

—¡Justo! criando á tu hija vas á emprender ese viaje.

—¿No lo emprenden otras?

—¡Por Dios, mujer! no exageremos, no quieras tú compararte á las personas que por necesidad se ven obligadas á hacer ciertas cosas.

—Yo creo que el cariño, lo mismo ha de ser en unos que

en otros, yo no podré vivir tranquila estando tú fuera, y pensando siempre si estarás enfermo, si te sucediera cualquier cosa... Vaya, vaya, que no quiero, que me voy contigo.

—No, Isabel, eso es imposible, créeme. ¿Qué tiempo crees que puede durar esa Comisión? Tres ó cuatro meses á lo más, y eso no merece la pena del trastorno que había de verificarse en casa.

Isabel no se conformaba con ninguna de las observaciones hechas por su marido.

Ella no veía más sino que su marido se iba á marchar, que iba á estar separado de ella durante algunos meses, y sin que pudiera darse cuenta de ello, el recuerdo de aquella gitana, se presentó á su imaginación.

Hacía tiempo que no se hablaba de la maravilla de Triana, como llamaban á la *cantaora*.

Isabel había procurado, aun cuando de una manera indirecta, enterarse respecto á aquella mujer; pero tropezó con dificultades que llamaron su atención.

La gitanilla había desaparecido repentinamente de Sevilla, sin que nadie pudiera decir dónde, ni cuándo se había marchado.

Con este motivo, habíanse formado toda clase de cálculos.

Unos decían, que un inglés muy rico, había conseguido cautivar, merced á sus espléndidas dádivas, el corazón de la joven.

Otros, que un contrabandista de los Barrios, buen mozo, valiente y atrevido como él solo, la había robado y se la había llevado á Chiclana.

Otros, que un alto funcionario, que por aquellos días se había marchado en uso de licencia, á Francia, se la llevó consigo.

Y entre tanta suposición, la verdad se desconocía por completo.

Había momentos en que Isabel sospechaba si su marido tendría algo que ver en aquella desaparición.

Pero inmediatamente se apresuraba á desechar semejante idea, porque la verdad era, que la conducta de Joaquín, no daba lugar á sospecha de ningún género.

Sus salidas eran las ordinarias, y los puntos donde iba, los sabía perfectamente Isabel.

Pero lo que ignoraba, era que Quiros, si entraba en el casino por una puerta, salía por otra, y se dirigía á cierta casa, situada en uno de los barrios extremos de Sevilla, alquilada con nombre supuesto, de donde salía, convenientemente disfrazado, tomaba un caballo en casa de un alquilador, que no le conocía más que por el nombre que él había querido darse, y se dirigía á Santiponce, deteniéndose en un pequeño cortijo que había fuera del pueblo, donde solía pasar una ó dos horas.

Regresaba de allí usando las mismas precauciones, entraba en el casino, procuraba hacerse visible para todos sus amigos, y se dirigía después á su casa, de donde por lo regular no volvía á salir más que, si acaso, para ir al teatro acompañando á su mujer.

CAPITULO LXXXI

Presentimientos justificados

Quiros consiguió vencer la resistencia de su mujer, y partió para Italia.

Gaspar fingió sorprenderse el día que circuló por Sevilla la noticia de la comisión que se había confiado á Joaquín.

Y cuando vió á su amigo, le dijo:

—¿Conque es verdad que se marcha Quiros?

—Eso dicen,—contestó Rosendo, haciéndose el indiferente.

—Mira tú que también ha sido casualidad; que estuviésemos hablando de esto hace algunos días, y que al fin haya venido á realizarse.

Y Gaspar, que fijaba su maligna mirada en Rosendo al decir esto, advirtió que se ruborizaba ligeramente.

—Sí, es verdad,—contestó éste.

—Cualquiera diría que habías aceptado como bueno mi pensamiento.

—¡Quita de ahí! Ya sabes que te dije que no me agradaba.

—Pues mira como la casualidad entonces te ha venido á ayudar.

—No tenía por qué, porque no la buscaba.

—Mejor que mejor; con eso te aprovechas de ella sin peligro ni remordimiento de ninguna especie.

Vargas no pudo menos de inmutarse, y ya no volvió á hablar con su amigo de aquel asunto.

Quiros, aun cuando contrariado en los primeros momentos, no vió después con tan malos ojos, como vulgarmente se dice, aquel viaje.

Era un medio inesperado para romper con la gitana.

Aquel yugo se le iba haciendo insoportable ya, y según hemos dicho, si lo sostenía, era más bien por temor al escándalo, que por afecto verdadero.

Hay caprichos que no tienen más duración que la vida de una flor, y el de Quiros, respecto á la gitana, fué uno de éstos.

Pero aquella flor tuvo para él la desgracia de tener una espina, que podía causarle mucho daño.

La gitana estaba orgullosa de su conquista, había llegado á interesarse por ella, y no quería dejársela arrebatar sin más ni más.

Y como que en ella la pasión gritaba con más violencia que las conveniencias sociales ó la educación, Quiros, amenazado con el escándalo, no tenía otro remedio sino dejarse arrastrar por la fuerza de las circunstancias.

Quiros se marchó sin decir nada á la gitana.

Pero en cambio, hubo quien se encargó de noticiarle, no sólo su marcha, sino el lugar dónde había ido, y de aconsejarla que se fuera en su seguimiento.

*
* *

Este fué Gaspar.

Sospechó desde luego que la muchacha no conocía la marcha de Joaquín y se fué á su casa.

Hay que advertir que el jorobado no ignoraba nada absolutamente de lo que ocurría.

Porque precisamente cuanto había pasado, estuvo diestramente preparado por él.

La gitana no fué más ni menos que un gancho diestramente preparado por él para coger á Quiros y preparar su venganza proyectada.

Inútil es decir la cólera que se apoderó de la gitana al saber la ausencia de su amante.

—*Jesú*, que grandísimo pillo,—decía entre llorosa é irritada.—¿Ha visto usted que modo de jugarle una partida serrana á una *probesita* mujer, desamparaita de todo el mundo y que estaba *chalaita* por él?

—Pues mira, hija, las cosas no se arreglan con lloriqueos ni con lamentaciones.

—¡Me gusta! ¿Y qué quiere usted que le haga yo?

—Poner los huesos en punta, y largarte con viento fresco en busca del fugitivo.

—¿Quiere usted decir que el ingrato *esagraesio* querrá recibir á la que está sufriendo estas penitas, que á ninguna otra mujer le deseo?

—¿Y qué ha de hacer sino recibirte con los brazos abiertos?

—Si yo lo supiera...

—Sí, mujer, eso por sabido, se calla; Joaquín te quería mucho y te quiere.

—*Miste*, si me quisiera, no habría hecho la del humo, de la manera que lo ha hecho. Lo que tiene, es que ustedes no tienen entrañas ninguno. ¡*Maresita* mía! ¿quién me había de decir que había de sufrir tales angustias?

Y la gitanilla rompió á llorar de nuevo, hasta que por fin Gaspar consiguió convencerla y que emprendiera el viaje.

Por supuesto, que ella no deseaba otra cosa desde el momento que supo que Quiros se había marchado.

En el extranjero no tendría necesidad de ocultarse.

*
* *

Gaspar no pudo menos de frotarse las manos lleno de satisfacción, cuando se realizó el viaje de la gitana.

—Ahora es cuando nos vamos á divertir, marquesa,—exclamó;—yo te aseguro que me has de pagar bien caros tus desdenes.

Inútil es decir el efecto que produjo en Quiros la llegada de la gitana.

Aquello era el colmo del escándalo.

Y sin embargo, no tuvo más remedio que transigir con lo más mínimo de él, para evitar lo máximo.

Porque lo máximo, era que ella empezase á vociferar, á lamentarse y á hacer saber á los que lo ignoraban, lo que á él no le convenía.

La gitana, como ya dijimos en otro lugar, comprendió en lo que estribaba su fuerza y abusaba de ello.

Joaquín no tuvo más remedio que plegarse á la mayoría de sus caprichos.

Viósele en Roma acompañando á aquella mujer de peregrina hermosura, que había dicho que era una parienta, que

accidentalmente estaba allí, esperando á su esposo, que debía llegar de un día á otro.

Hubo algunos maliciosos que creyeron advertir demasiada intimidad en un parentesco tan ligero; pero tolerantes como generalmente son entre la alta sociedad, al cabo de algunos días, nadie hizo caso.

Entretanto, la marquesa sufría de un modo extraordinario, en su casa de Sevilla.

Sin que ella misma pudiera darse cuenta, los más horribles presentimientos la atormentaban.

Unas veces, cuando no recibía noticias por el correo que las esperaba, suponía, como en estos casos sucede, lo peor.

Es decir, que su esposo estaba enfermo, que necesitaba de sus tiernos cuidados, y que ella no se los podía prestar.

Otras, y esto era lo que más le dolía, pensaba en los elogios que había oído tributar á las damas de la sociedad italiana.

Sabía que había mujeres muy hermosas, y que en punto á moralidad, se encontraban poco más ó menos, en las mismas condiciones que las de otros países, y la sola idea de que su esposo pudiera fijarse en los encantos de alguna de aquellas damas, le era sumamente doloroso.

Luchando entre los celos, entre la inquietud por el estado de su esposo, no sabiendo de un modo positivo noticias exactas, diciéndose por algunos que aquellas comisiones solían prolongarse á veces más de un año, Isabel no sabía ya qué pensar ni que hacer.

Cada carta que escribía á su marido, retrataba de un modo exacto la perturbación de su espíritu, y en cada una de las que de él recibía, estudiaba las frases, para ver si en alguna

de ellas encontraba algo que pudiera darle luz sobre el verdadero estado de su corazón.

Un día, recibió la marquesa una carta por el correo interior, que hubo de llamar su atención.

¿Quién podía escribirla desde Sevilla, que no pudiera ir á su casa á decirle lo que tuviera por conveniente?

Si ella jamás había cerrado su puerta á nadie, ¿por qué la escribían los que la podían hablar?

Estuvo mirando la letra del sobre, y le pareció que no le era desconocida.

—Yo he visto esta letra, no una vez, murmuraba, sino muchas ¿Quién puede escribirme? ¿qué es lo que se encierra aquí dentro? Sin que yo misma pueda darme de ello razón, me siento tan inquieta, que no parece sino que me amenaza una horrible desgracia.

Y daba vueltas entre sus manos á la carta, sin atreverse á romper el sobre.

De pronto, se la ocurrió una idea.

—Esta letra parece de Vargas. Sí,—prosiguió, mirándola atentamente,—no tengo duda, es de él. ¿Y por qué me escribe? ¿qué tiene que decirme y por qué se ha de dirigir á mí?

—Veamos, veamos que es esto.

Y con mano febril entre ofendida y angustiada abrió aquella carta.

Pero apenas hubo fijado sus ojos en las primeras líneas, exclamó pasándose las manos por ellos como si no se atreviera á darse cuenta de lo mismo que estaba viendo.

—¡Dios mío! ¿será verdad lo que dice aquí? ¿Pero quién es, quién me escribe esto?

Y buscó la firma, cuya firma no existía.

—¡Un anónimo!—exclamó con marcada expresión de desaliento.

Pero como sucede siempre en casos semejantes volvió á coger la carta, y sufriendo los mayores tormentos, leyó lo siguiente:

«Marquesa, comprendo que te voy á dar un grave disgusto.

»Pero es preferible que padezcas un momento, á que vivas engañada por más tiempo, siendo así objeto de compasión ó de risa, que de todo hay en nuestra bendita sociedad, por lo que está pasando con tu marido.

»Quiros, te engaña.

»¿Te acuerdas de cierta gitana que hace algún tiempo llamó la atención en Triana?

»Pues esa es la querida de tu marido.

»Es brusco el modo que tengo de darte la noticia, pero comprende que no tengo otro medio de hacerlo, ni hay frases para poder dulcificar una píldora de esta especie.

»Si el escándalo hubiese terminado, si con la marcha de tu esposo á Roma esto hubiese concluido, hubiérame guardado de decirte nada.

»Lo hubiera considerado como un capricho momentáneo que nada había de afectar á la paz del matrimonio.

»Pero es que hay algo más grave.

»El conde se ha llevado esa mujer á Roma y ya puedes comprender todo lo de bochornoso é indigno que hay en esto.

»Sus amigos le han hecho observaciones, que parecía lógico que hubiese atendido.

»No lo ha hecho así, y precisamente esta es la razón que tengo para dirigirme á tí.

»Eres demasiado buena, sobradamente digna de ser amada, y es necesario que te alces contra la humillación que te se impone.

»El conde, está dominado por aquella mujer, tú sabrás el

medio que debes emplear para sustraerle de semejante dominio.

»Es un verdadero amigo el que te habla, es una persona que á pesar de haber mediado entre nosotros sucesos cuya gravedad determinó un rompimiento, no ha podido olvidarte nunca, y si á costa de su vida pudiera asegurar tu ventura, ten por muy cierto que lo haría.»

CAPITULO LXXXII

Golpe inesperado

FÁCILMENTE puede comprenderse todo el efecto que esta carta debió producir en la marquesa.

Con los ojos fijos en aquel papel y una mano en el pecho, como si tratara de contener sus latidos, permaneció largo rato, sin poderse dar cuenta del anuncio que había leído.

Otra vez volvió á leer aquella carta, y otra vez en su pecho sentía arder la destructora tea de los celos.

—¡Esto no puede ser!—murmuró al cabo de algún tiempo;—Joaquín no es capaz de semejante infamia.

Pero á la par que decía esto, tornaba á fijar sus ojos en el maldito papel, exclamando:

—Sin embargo, algún fundamento tendrá esto, y por más que el anónimo sea infame, sea el medio de herir á traición, si no hubiese alguna causa, si no hubiera algo en que apoyarse, no se escribiría. Es necesario que yo sepa si realmente esa mujer está en Sevilla.

Y llamando á un antiguo criado de su padre que, cuando niña, la conociera, y que desde entonces no se había separado de su lado, le dijo:

—Oye, Curro; necesito que me hagas un favor.

—¡Por Dios, señora marquesa! no diga usted esas palabras. Mire usted que pedir favores á quien tiene derecho de mandar...

—Pues bien, te mando que vayas á Triana inmediatamente.

—Bueno; pues figúrese usted que ya estoy en Triana. ¿Qué es lo que he de hacer allí?

—Averiguarme dónde está una *cantaora* que, según creo, le llaman María de la Luz.

—La conozco.

—¡Cómo! ¿tú la has visto? ¿sabes quién es?

—¿Pues y quién no la conoce en Sevilla, señora?

—Pues necesito que me digas dónde está.

—Si mi memoria no me es infiel, me parece que yo la he visto hace pocos días. Ya se ve que sí,—prosiguió el criado, como si tratara de recordar;—estuve yo en la Macarena á ver á mi compadre Juanillo García, y estábamos echando una ronda en la casa del Montañés, que vive al lado, cuando pasó por allí *Mariquiya*, derramando sal y recogiendo flores de todos los mozos que encontraba á su paso.

—¿Conque es tan guapa?

—Ya se ve que sí; tiene unos ojos como dos botoncitos de azabache, colocados bajo dos arcos de terciopelo negro; unos labios más rojos que la mismísima flor del granado; unos *piños* (1) iguales y pequeños como los de un niño, y á luego, señora marquesa, tiene unos andares, vamos, que la digo á

(1) Dientes.

usted que no hay cristiano que no quisiera volverse moro para poder tener á esa *gachi* á su vera.

Curro era andaluz de pura sangre, con sus ribetes de gitano, y que, á pesar del tiempo que llevaba sirviendo á los marqueses, conservaba sus pintorescas formas de lenguaje, que más de una vez habían hecho sonreir á Isabel.

Pero en aquellas circunstancias todo lo pintoresco y exagerado del lenguaje de Curro aumentaba, como puede comprenderse muy bien, los tormentos que sufría la joven.

Porque todos aquellos elogios que el criado hacía de la gitana eran otros tantos envenenados dardos que estaban clavándose en su pecho.

***

Durante algunos segundos, permaneció silenciosa la joven, mientras el criado esperaba las últimas órdenes para marchar.

Y viendo que nada le decía, exclamó por fin:

—Conque vamos á ver, señora marquesa: ¿tiene usted algo más que decirme sobre lo que yo debo hacer en Triana?

—¡Ah! sí, es verdad; ya no me acordaba.

—¿Qué es lo que desea?

—Nada más que averiguar si esa mujer está aquí.

—Lo que es á mí, me parece que sí, señora.

—Pero no basta que te lo parezca; yo necesito saberlo de cierto.

—Pues lo sabrá usted.

—Ven en seguida, ¿eh?

—En un *vuelecito* estoy yo aquí, que ya sabe la señora que por servirla, soy yo capaz...

—Anda, hombre, anda,—le dijo la marquesa, impaciente por conocer la verdad de su desgracia.

Una vez que se quedó sola, volvió á pensar en la maldita carta.

Y la leyó con mayor atención, murmurando:

—Si esta letra es de quien presumo, y es cierto lo que aquí me anuncia, ¡cómo habrá gozado al escribirla! Tal vez en la liviandad del esposo haya entrevisto alguna criminal esperanza. ¿Pero y si todo esto no fuera más que una calumnia infame, lanzada únicamente con el objeto de ver si caigo en el grosero lazo tendido á mi virtud?... Vamos, ya puede ser que sea esto; pero ¡cuán equivocados van los que presumen que la marquesa de Aldana, ni por despecho, ni por ceguedad, descienda á semejante extremo! Dentro de poco saldré de dudas, y entonces podré apreciar el verdadero valor que tiene esta carta.

*
* *

Desgraciadamente, las noticias que Curro podía llevarla no tenían nada de satisfactorio.

El andaluz no había tenido necesidad de andar mucho para saber la verdad.

Encontróse, cuando iba á entrar en Triana, á un antiguo compañero suyo, que tenía una tienda de vinos, y le dijo:

—Oye tú, Zacarías; ¿podrías tú darme noticias de una cosa que yo necesito saber?

—Según y lo que sea.

—Pues mira, se trata de saber si *Mariquiya*, la gitana, podría venir esta noche á dar unas cuantas *pataítas* á una cierta casa.

—No sigas, Curro, que lo que tú *quiés* es imposible.

—Pues, ¿por qué?

—Porque María de la Luz no está en *Seviya.*

—¿Que no está, dices?

—No.

—Vaya, *chavó;* no tengas ganas de *soflama,* que yo no me mamo el dedo. Puede que tú la tengas *comprometía* esta noche, y si así es, vale más que me lo digas, porque todos podríamos quedar *servíos.*

—¡Que no es eso, hombre, que no es eso!

—¿Pues entonces, qué es?

—Que no está en Sevilla; si ya te lo he dicho.

—¿Pero cuándo volverá?

—¡Ay, ay, ay! no quieres tú saber poco. Pregúntale al pájaro que abandona su nido, cuando volverá á él.

—Eso quiere decir que ha tomado vuelo...

—Y por todo lo alto, *pa* que tú lo sepas. Por supuesto, que la hembra bien se lo merecía.

—¿Pero no sabes tú dónde se ha marchado?

—¡Cá, hijo, cá! si *caa* uno dice su cosa. Unos las suponen que está en Portugal, otros, que se ha ido á la capital de las Españas con un cierto señor que estaba *chalaito* por ella; pero aquí *pa* entre nosotros, si he de decirte la verdad, no creo ni lo uno ni lo otro.

—¿Pues qué crees entonces?

—Que ella, á dónde se ha ido, y con quién se ha ido, pues ha debido ser con algún pájaro del país; ¿tú me entiendes?

—¿Qué si te entiendo, Chavó? claro que sí. Por supuesto, que para que unos *bocaos* tan ricos se los coma cualquier *lipendi* forastero, vale más que se los coman nuestros paisanos.

—¡Anda! que no le arriendo la ganancia al gachó que se la haya *llevao.*

—¿Por qué?

—Porque esa *chai* es capaz de derretir más oro, que hay en las Californias.

—¿Ah, sí?

—Lo que te digo, Curro. Cuando ella empezaba, la conoció Cañizares, aquel montañés de Puerto Real, tan rico, ¡anda con Dios! y todo se lo comió ella.

—Menudo piquito que debe tener la moza.

—Ya te digo que es buena, pero buena.

—¿Y no sabes dónde ha ido á parar, ni con quién se ha marchado?

—Eso sí que no; Lorenza, la Chiclanera, fué quien me dijo todo eso; pero ella tampoco sabía la persona que se había hecho dueña de su pasión.

—Pues con esas costumbres, no le arriendo la ganancia.

—Ya puedes pensar que no será ningún pobre.

—Me lo figuro.

Y los dos hombres estuvieron hablando todavía un buen rato ocupándose de la graciosa gitanilla.

* * *

Entretanto, llena de angustia y de impaciencia, estaba Isabel esperando que llegase Curro con la respuesta apetecida.

Unas veces creía que aquel papel mentía de un modo descarado y con una intención inícua, y execraba á su autor.

Otras, pensaba si podría ser verdad, si su marido se habría olvidado de sus deberes hasta aquel punto, y si su desgracia sería tan grande como suponía la malhadada carta.

En seguida desechaba esta idea y volvía á la anterior; pero siempre quedaba en su pecho un envenenado aguijón que la causaba atroces dolores.

Pero sobre todo, lo que más la mortificaba, era la incertidumbre.

Hubiera deseado que Curro volara, para saber ya si la gitana continuaba en Sevilla ó si había salido de ella.

Esto podría justificar ó desvanecer lo dicho en aquella carta.

Varias veces preguntó si había llegado el criado, y àl oir la negativa respuesta, se volvía á sus habitaciones, murmurando:

—¡Cuánto tarda! No comprende mi impaciencia, y así se concibe que se dé tan poca prisa.

Por fin, llegó Curro.

Inmediatamente pasó á ver á su señora.

—¡Válgame Dios, hombre! ¡cuánto has tardado!—le dijo Isabel, al verle entrar en la estancia.

—Ya se ve, señora, como que para servirla como se debe, he tenido que preguntar á varias personas.

—¿Y está esa muchacha en Sevilla?

—Ni por pienso. Esas aves, en cuantito que saben volar, ya no se puede decir dónde van.

—¿Pero qué es lo que quieres decir?—preguntó Isabel, alentando apenas.

—¡Toma! que ya se las afufó de aquí, después de haber desplumado á un pobrete de Puerto Real.

—¿Es decir, que se ha marchado?

—Sí, señora.

—¿Pero cuándo? ¿No me dijiste que hacía poco que la habías visto?

—Ciertamente.

—¿Pues entonces?

—Es que se ha marchado hace muy pocos días.

—¡Dios mío!—exclamó Isabel, llevándose entrambas manos al pecho.

—Según mis noticias, parece que ha sido un caballero de aquí de Sevilla quien se la ha llevado.

—¿Pero dónde?

—¡Sábelo Dios! Puede usted contar, que cuando uno de esos señores hacen una huida de esta clase, pues se van á parar siempre al extranjero, donde nadie les conozca.

—¡Calla, calla, Curro! no me lo digas.

—Pues si esa es la *verdá*. Vea usted por donde esa *chiquiya* ha conseguido darse á conocer.

—No; quien se ha dado á conocer, ha sido la persona que se la ha llevado. Esa, esa ha sido la que, sin preocuparse por la desgracia que dejaba tras de sí, se ha cubierto de ignominia y...

Y la marquesa se detuvo, porque vió la asombrada mirada del criado fija en ella.

—Déjame, Curro; ya te llamaré si te necesito,—le dijo, haciendo esfuerzos para dominarse.

Pero apenas el criado hubo salido de la estancia, el comprimido dolor de la engañada esposa, estalló con violencia.

Rompió á llorar amargamente, y durante un buen espacio permaneció insensible á todo cuanto á su alrededor pasaba.

Tenía necesidad de desahogar su duelo, y aquellas lágrimas fueron débil lenitivo para su pesar.

Tras el llanto, llegó la reflexión, y tras la reflexión, el adoptar una resolución definitiva.

—Yo no puedo dejar que el padre de mi hija, obre de esa

manera,—dijo;—no es ya la esposa indignamente ultrajada la que pretende reconquistar el amor de su marido, sino la madre ofendida, que reclama para su hija lo que de derecho le pertenece.

Y sin consultar á nadie, sin revelar su propósito hasta el momento mismo de ir á ponerlo en ejecución, dejando á su hija con la nodriza, llamó á Curro, y le dijo:

—Vete al momento, y averigua si sale algún vapor con rumbo á Italia, y si no lo hubiera para Italia, el primero que salga para Marsella.

El criado, sin comprender la idea de su señora, se apresuró á cumplir su orden.

Poco después regresaba á su casa, diciéndola:

—Mañana sale uno para Marsella.

—Entonces prepárate para acompañarme en unión de Casilda.

Al siguiente día, Isabel, acompañada de su doncella y del criado, se embarcaba con dirección á dicho punto.

CAPITULO LXXXIII

El marido infiel

La verdad era, que Joaquín estaba profundamente disgustado.

Por más que se empeñaba en ocultar con el mayor cuidado sus amores con la gitana, ésta hacía lo posible para que todo el mundo se apercibiera de ellos.

Y como Joaquín sabía que si provocaba un rompimiento, sobrevendría un escándalo, cediendo á este temor, iba dejando fomentar el mal.

Un día se encontró de repente con sus amigos, Gaspar y Rosendo.

Presentáronse en la fonda donde paraba, y ante la sorpresa que experimentó Joaquín, se apresuró á decirle Gaspar:

—Chico, la verdad era que sin tí nos aburríamos en Sevilla, y yo le dije á éste: ¿vamos á dar una sorpresa á Joaquín? Asintió y aquí nos tienes.

—La verdad es,—dijo Joaquín,—que habéis llegado oportunamente, porque yo también me aburría en Roma.

—¡Demonio! aburrirte aquí,—dijo Rosendo;—eso si que es incomprensible. Yo comprendo que uno se aburra en aquel rincón donde nos conoce todo el mundo y donde de todos es conocido; ¡pero aburrirse en Italia, en la tierra clásica del amor y de la belleza! preciso es confesar, que no se le ocurre á nadie más que á tí.

—Y sin duda por eso,—dijo Gaspar,—temiendo ese aburrimiento de que hablas, te trajiste de Sevilla á María de la Luz.

—¡Cómo! ¿qué dices?—exclamó Joaquín, palideciendo.

—Mira, chico, no te vengas haciendo de nuevas ahora, porque eso lo sabe en Sevilla todo el mundo.

—¿Pero qué estás diciendo? que en Sevilla se sabe...

—Nosotros lo hemos sabido por la voz general, al menos; porque como tú quisiste llevarlo tan callado.

—Os juro que yo no me la traje.

—Eso lo dices tú.

—Os lo juro. Ella vino no sé cómo, ni sé quién le dijo que yo estaba aquí.

—Lo que es en cuanto á eso bien fácil es de comprender: cualquiera que te conociese se lo diría. Por supuesto, que como tú habías hecho tanto misterio de todo...

—Pero ¿y mi mujer? Todavía no me habéis dicho nada de ella

—¡Esa es otra!—dijo Gaspar.—Si yo creí que estaría aquí.

—¡Cómo!

—Sí; porque tres ó cuatro días antes de salir nosotros de Sevilla, nos dijeron que se había marchado.

—¿Dónde?

—¡Yo qué sé, hijo! Esto lo supe porque ví á uno de tus criados, le pregunté por la marquesa, y me dijo que hacía tres días que se había embarcado para Marsella.

***

El terror de Joaquín llegó á su colmo al escuchar aquella última afirmación de Gaspar.

¿Dónde podría haber ido su esposa?

Si se había embarcado con rumbo á Marsella, lo natural sería que se hubiese dirigido á Italia.

Pero si había salido tres días antes que sus amigos, presumible era que llevara ya aquellos tres días en Roma.

Y si allí estaba, ¿por qué no se había presentado?

¿Cómo no le había dicho la razón que tuvo para semejante viaje?

¿Qué quería decir aquello?

Una idea que se le ocurrió le hizo estremecerse.

¿Sabría acaso su mujer que la gitana estaba en Roma?

¿Aquel viaje habría sido originado por los celos?

¿Qué pensaría de él Isabel, aquella mujer tan querida?

¡Cuánto deploró entonces haberse dejado arrastrar por el capricho de un momento y no haber tenido fuerza de voluntad suficiente para rechazar á la gitana cuando se le había presentado allí!

Pero era necesario enmendar lo hecho; era preciso poner remedio al mal, si es que remedio cabía, porque desde el momento en que ignoraba el paradero de Isabel, estaba en el caso de sospechar que quizás estuviera vigilándole.

Para poner este remedio era menester romper en absoluto con la gitana.

De aquello podía resultar un escándalo; pero prefería

afrontarlo, á permanecer apareciendo ante los ojos de Isabel, como uno de tantos maridos que prefieren el capricho á la mujer propia.

Por otra parte, quizás Isabel no hubiese viajado como lo habían hecho Vargas y Gaspar, y podría ser muy bien que todavía no estuviera en Roma.

En este caso todo estaba salvado quizás.

Si él conseguía, y lo conseguiría indudablemente, pues á todo estaba resuelto, romper aquella misma noche con la gitana, ya podía llegar en buen hora Isabel cuando quisiera.

Agradecido tenía que estar á sus amigos que se habían presentado tan oportunamente para darle aquella noticia, merced á la cual iba á regularizar su situación.

*
* *

Pretextando ocupaciones importantes, se excusó aquella noche Quiros de acompañar á sus amigos.

Y cuando creyó que nadie podía observarle, envuelto en su capa española dirigióse á la casa de la gitana.

Al verle ésta, acostumbrada ya á leer en el semblante de su amante, exclamó:

—Oye, hijo, ¿qué es lo que tienes? A tí te ha pasado alguna cosa; no me lo niegues como haces siempre, porque no te creeré. Habla, confíaselo todo á tu *chachi*, que sabes que te quiere más que á las niñas de sus ojos.

—Tienes razón, María, algo muy grave me sucede, y es menester que te lo diga; porque á tí se refiere más que á nadie.

—Si te lo he conocido en cuanto has entrado, y lo que no puedo acertar es toda esa gravedad á que te refieres; porque no sé á tí que cosa tan grave te pueda ocurrir.

—Lo más grave que imaginarte puedas. Por supuesto, que si esta gravedad se relaciona en gran parte contigo, puedes comprender que yo sé hasta dónde llegan mis deberes.

—¿Conmigo?

Y la gitana miró fijamente á su amante no acertando á explicarse sus palabras.

El semblante de Quiros permanecía impasible.

Nada se advertía en él que pudiera dar alguna luz á la gitana.

—Vamos, habla;—dijo ésta.

—Pues, hija mía, el caso es que en este mismo momento debemos romper nuestras relaciones.

Lo que menos podía imaginarse la gitana era una contestación semejante.

Así fué, que durante algunos segundos permaneció silenciosa; pero se reaccionó en seguida, y levantándose de su asiento, dió un paso hacia el esposo de Isabel, diciéndole con voz ligeramente temblorosa:

—¿Qué has dicho?

Joaquín, invocando el nombre de su esposa y la tranquilidad del hogar doméstico, hizo un esfuerzo y repuso:

—Ya lo has oído; que esto es menester que concluya hoy mismo.

—¿Por qué?

—Porque tú has dado lugar á que se murmure de mí; mi posición es muy crítica en esa ciudad donde estoy desempeñando un cargo de consideración, y he resuelto poner término á este estado.

—Mucho has tardado en pensarlo.

—No importa si estoy resuelto á llevarlo á cabo.

Y el acento con que pronunció estas palabras Quiros, vibró de tal modo, que la gitana comprendió que, efectivamente, aquella resolución era irrevocable.

*
* *

Entonces pasó algo por los ojos de la gitana como un relámpago de ira y de indignación.

Durante un segundo, sus facciones, generalmente tan graciosas y tan bellas, se descompusieron de un modo extraordinario.

El conde contempló á su amada adivinando la tempestad próxima á estallar.

Y efectivamente, estalló con un diluvio de denuestos y de acusaciones y de amenazas que el conde no pudo menos de escuchar un tanto aterrado, porque lo que la joven decía, era para ello.

—Puesto que tú lo quieres,—exclamaba la gitana,—escándalo habrá, y tan grave, que no tendrás más remedio que marcharte de aquí.

—¿Y qué conseguirás con ello?

—Ya sé que nada, pero me habré vengado de tí.

—Vengarte, ¿y de qué?

—¿Y todavía tienes valor para preguntármelo?

—¡Ya lo creo! como que no comprendo la razón de tu venganza.

—Como que no me has amado nunca.

—Del mismo modo que tú; la pasión de un día, la ilusión de un momento, el amante de hoy que sustituye al amante de ayer.

—¡Quieres callarte, grandísimo *arrastrao!*—gritó la gitana con exasperación,—pues si yo no te hubiese querido, ¿habría venido aquí después de la perrada que me jugaste?

—Viniste, porque alguien que tú no has querido decirme te hizo venir.

—Luego, cuanto tú viniste y saliste de Sevilla á cencerros tapados, ya lo hiciste ccn su cuenta y razón.

—Justamente; y si entonces hubieras procedido como debías, allí habrías recibido dos mil duros, con los cuales no hubieras encontrado ya tan duro nuestro rompimiento.

—¡Ingrato!

Y el acento con que la gitana pronunció estas palabras, demostraba que aquello de los dos mil duros no le había parecido ya tan mal.

—Y ahora que ya estamos hablando y colocados en este terreno,—prosiguió Joaquín,—voy á exigirte que me contestes á una cosa que no me has querido decir todavía.

—Ni te diré nada. Yo no quiero sino que tú me quieras.

—Imposible.

—Mira, Joaquín, no me exasperes, porque soy capaz...

—¿De qué?

—De cometer un disparate. ¿Qué te has creído que así, sin más ni más, voy á quedarme aquí, completamente *perdiita* en una ciudad como ésta, sin tener á mi *vera* quien me ampare y me defienda?

—Porque viniste.

—Por tí, grandísimo *desagradesío.*

—No; vuelvo á repetirte que no viniste por mí.

—¡No me faltaba más que eso!

—Puede faltarte todo lo que quieras; pero tú misma me has dado á entender una porción de veces que habías sabido por una buena alma que yo estaba aquí.

—Como que es la *verdá.*

—Pues esa buen alma es la que yo quiero conocer.

—¡Que si quieres!

—Mira, María, que te conviene mucho decírmelo.

—También á mí me conviene que me quieras.

—Pero si eso no puede ser.

—¿Cómo ha sido hasta ahora?

—Por la fuerza.

—Pues continúa del mismo modo.

—No quiero, ya te lo he dicho, y es inútil que hablemos más sobre el particular.

—Pero escucha, ven aquí, niño mío,—dijo la gitana tratando de recurrir á los halagos, ya que tan mal resultado le daban las amenazas,—considera tú que tu *Mariquiya* no *tie* en *er* mundo más que á tí; que tú eres la luz de mis ojitos, que este corazoncito no late por nadie más que por tí. ¿No estás viendo que estoy *chalaita* por tí, Joaquín de mi alma? Vamos, hombre, no tengas esa cara, porque no sabes tú las penitas que estoy pasando mirándote así. Anda, cachito de gloria, hazle un mimo á tu *Mariquiya* y la verás derretirse como un *terronsito* de azúcar al calor de tus caricias. ¡Si no hay nadie en el mundo que te quiera más que yo!

—No te canses,—repuso Joaquín, rechazando dulcemente á la joven,—esto debe concluirse y se concluirá. Así lo he resuelto y así debe ser.

*
* *

La gitana comprendió que todo sería inútil.

Y entonces toda la cólera que durante algunos momentos pudo conseguir contener, volvió á estallar.

Pero todo alcanzó el mismo resultado.

Quiros estaba resuelto á no dejarse convencer, y lo único que hizo mientras la joven desahogaba su furia entre improperios y amenazas, fué sacar la cartera, extraer de ella algunos billetes de Banco, y dejarlos tranquilamente sobre una mesa que había en la estancia, diciendo:

—Cuando te se antoje poner término á todo ese borbotón de palabras necias que á nada conducen, ahí encontrarás dos mil duros para que puedas emprender tu viaje de regreso á Sevilla.

—¿Es decir, que me echas de aquí?

—Puedes hacer lo que quieras. Tuyo es ese dinero, como tuyo es todo cuanto te he dado; por lo mismo, tienes completa libertad para obrar.

—¡Válgame la *Maresita* de las Dolores! ¡En que *horita* tan desdichada nací!

Y María rompió á llorar al ver que Joaquín se disponía á marcharse.

Pero por si acaso se arrepentía su amante y recogía los billetes, puso, como por distracción, la mano sobre ellos.

Ya iba Quiros á franquear la puerta, cuando Mariquilla se levantó de su asiento y se lanzó sobre él tratando de retenerlo entre sus brazos.

Pero el conde se desprendió de ellos con suavidad, y volvió á decirla:

—Todo debía concluir y todo ha concluido, María. En lo sucesivo seremos desconocidos el uno para el otro. Adiós.

—Anda, que has de tener mal fin por lo que has hecho conmigo.

Joaquín, á pesar de no ser supersticioso, no pudo menos de estremecerse al escuchar las palabras de la gitana.

Pero cuando salió á la calle se pasó la mano por la frente cual si tratara de desechar aquella impresión, y murmuró:

—¡Vaya! ahora ya está hecho lo principal. Desde mañana puede ya presentarse aquí mi Isabel.

Y se dirigió hacia su casa.

No quiso ni aun ir á reunirse con sus amigos, que le estaban esperando tal vez.

Llegó al hotel donde paraba, y, según su costumbre, se dirigió hacia sus habitaciones.

Pero su criado no estaba, y le sorprendió ver luz en el interior.

Abrió la puerta, y al entrar en el aposento no pudo menos de exhalar una exclamación de sorpresa.

Isabel estaba sentada en una butaca, en actitud pensativa.

CAPITULO LXXXIV

Reyerta matrimonial

Quiros quedóse inmóvil en el umbral de la puerta. Lo más lejano que tenía en su pensamiento era encontrarse su mujer al llegar á su casa.

Precisamente había roto sus compromisos con la gitana, á fin de quedarse completamente libre para cuando ésta llegara, y su presencia allí estaba indicando que Isabel se encontraba en Roma tal vez desde hacía algunas horas.

Lo primero de todo que le sorprendió fué que el traje de su esposa no era el de una viajera.

La marquesa llevaba un rico traje de visita.

Inmóvil en la butaca, al ligero rumor producido por la llegada de su esposo, no hizo más que alzar la cabeza y fijar en él una mirada.

Pero aquella mirada no era la impregnada de cariño que tanto encantaba á Joaquín cuando tropezaba con ella al entrar en sus habitaciones de la casa de Sevilla.

—¿Tan mal efecto te ha causado mi presencia,—dijo la marquesa con acento frío y altanero, viendo la inmovilidad de su marido,—que no te atreves á penetrar en tu aposento?

—¡Isabel, por Dios!—exclamó Joaquín.—¿Y has podido pensar semejante cosa? No, vida mía,—prosiguió, corriendo al lado de su mujer y tratando de abrazarla.

Pero la marquesa le rechazó, diciéndole:

—Cuidado, caballero, que ciertas intimidades han muerto ya entre nosotros. Es mucha persona la marquesa de Aldana para admitir comanditas con las gitanas de Sevilla.

—¡Isabel!...

Y Quiros quedó aterrado, comprendiendo que su mujer lo sabía todo.

* * *

Durante algunos segundos no se cruzó una sola frase entre los dos esposos.

Quiros no sabía qué decir.

La marquesa esperaba sin duda que fuese su marido quien hablara.

Y viendo que éste nada decía, porque la verdad era que estaba aplanado bajo el peso de aquella fatalidad incomprensible, le dijo:

—Hace tres días que estoy en Roma, ¿comprendes lo que esto quiere decir?

—¡Isabel, por piedad, olvida todo cuanto ha pasado; yo te ruego!...

—Nada me ruegues, porque á nada he de acceder,—repuso la marquesa con frialdad.—No he querido dar un paso como este hasta no haberme convencido por mí misma de la verdad de ciertos rumores. Vine aquí, y he tenido precisión de creer.

—¡Oh! ¡Yo te explicaré!...

—Nada me expliques, porque toda explicación de tu parte tropezaría con mi incredulidad, incredulidad formada por la evidencia.

—Dueña eres de juzgarme como mejor te plazca, pero sin embargo, permíteme que te diga que á ningún reo se le juzga sin escucharle.

—Contra lo que yo he visto, contra lo que yo he sabido, no existen palabras que me puedan convencer.

—Pero...

—Escucha y comprenderás si tengo razón para hablar, ó mejor dicho, para proceder del modo que estoy resuelta á hacerlo.

—Si no tienes necesidad de esforzarte en demostrarme lo mismo de que yo estoy convencido. Yo sé que he obrado mal.

—Pues cuando uno obra mal, no tiene más remedio que inclinar la cabeza y acatar el fallo de la persona que ha ofendido.

—Pero si el fallo pronunciado por el juez es más duro todavía que la misma culpa, reconoce, Isabel mía, que el juez se pone á la misma altura del reo. Más grande creo que es el juez que perdona, que el que castiga cuando el criminal empieza por arrepentirse.

—Es que aquí en el juez hay dos entidades distintas; la de la esposa y la de la madre.

—Pues escúcheme una de ellas, y estoy seguro que habré alcanzado el perdón de la otra.

—No, de ninguna de las dos.

* * *

Tan seco, tan duro fué el acento con que Isabel pronun-

ció las anteriores palabras, que Joaquín no pudo menos de estremecerse.

La tempestad que había ido á desafiar en la casa de *Mariquiya*, era nada en comparación de la que se desencadenaba en el hogar doméstico.

—He dicho,—prosiguió Isabel al cabo de algunos momentos,—que no había querido resolver nada, hasta no ver; y en los tres días que llevo en Roma, he visto tanto, que no sé cómo no me he quedado ciega.

—Pero es que todo eso que has visto, ha concluido ya; el capricho de un día, la locura de un instante, ha terminado como debía terminar. Hoy mismo, hace un momento, he roto vínculos, que únicamente la insensatez ó la procacidad de ciertas mujeres habían podido formar, yo te lo juro.

—Ya es tarde, Joaquín.

—No puede serlo, jamás. Tu eres mi esposa, y yo soy el padre de tu hija; y ni la esposa puede rechazar al esposo alucinado un momento, ni la madre puede prescindir del padre del sér á quien ha llevado en sus entrañas.

—Pues si no fuera madre, ¿crees qué estaría aquí?

—¿Qué quieres decir?

—Que la esposa te hubiera cerrado en absoluto las puertas de su corazón, al mismo tiempo que las de su aposento.

—¡Isabel!...

—Pero la madre no puede privar al hijo de las caricias de su padre, ni puede consentir que meretrices impuras, le arrebaten lo que pertenece á su hijo.

—¿Y pudiste suponer jamás que yo te desconociera ni que olvidara á mi hija?

—Y tanto como me has desconocido.

—¡Oh! ¡en qué hora tan terrible se cruzó esa mujer en mi

camino!—murmuró Joaquín llevándose entrambas manos á la frente.

—Sí que fué hora bien menguada, no para tí que al fin y al cabo has encontrado la dicha en ajenos brazos, dicha que sin duda no encontrabas en los propios.

—¡Oh! no me martirices con esas palabras. Considera que he estado loco unos cuantos días, y que he recobrado la razón por fin. ¿Serías tan cruel que pretendieras castigar al loco haciendo sufrir horriblemente al cuerdo?

—Hay locuras en que un hombre honrado y leal no incurre nunca.

—¡Isabel mía!...

—Y la que de honrada se precia como yo, la que en tanto se estima porque tiene el convencimiento de lo que vale como á mí me sucede, no perdona jamás el haber sido pospuesta á una mujerzuela indigna, y haber sufrido la mofa que de ella habrán estado haciendo la ramera inmunda y el marido infiel.

—Pero ¡qué es lo que estás diciendo!

—Nada; porque creo que no debemos hablar ya de lo pasado. Todo cuanto á esto se refiere, me ofende. En su consecuencia, demos ya por terminado lo que sobre eso pudiéramos hablar.

—Eso no es posible.

—Lo es, porque como te he dicho, estando la razón de mi parte, yo soy la única que tengo derecho á imponer condiciones y hablar.

*
* *

Joaquín empezó á pasearse por el aposento, expresando de un modo harto gráfico en su rostro lo que estaba sintiendo.

La marquesa, dijo al cabo de algunos minutos:

—En Sevilla, y cuando yo estaba llorando tu ausencia y creyendo que como yo tú también la debías sentir, una mano, buena amiga sin duda, puesto que no vaciló en abrir en mi pecho una herida que no se cerrará nunca, me escribió un anónimo, contándome el aprecio que el esposo había hecho del inmaculado amor que su esposa le entregara, manchándole de barro con los impuros besos de una deidad de taberna.

—¿Dónde está ese anónimo?—preguntó de repente Joaquín deteniéndose de sus paseos.

—Aquí está el anónimo,—repuso la marquesa llevándose la mano al corazón;—aquí está la herida que me hizo, herida que está destilando sangre, y que no se cerrará nunca.

—¿Y pudiste dar crédito á una acción tan vil?

—Si no hubiese existido la vil acción del marido, no habría tenido razón de ser el anónimo.

Joaquín inclinó la cabeza sin contestar.

Isabel continuó:

—Todavía no me atrevía á dar crédito á aquel miserable papel. Tantas armas se emplean para conseguir reprobados fines, que fuí tan crédula que hubo un momento en que dudé de la certeza de aquella acusación.

—Hiciste bien en dudar.

—No, y me arrepiento mucho de haber dudado un solo instante.

—¿Por qué?

—Porque ví justificado lo que el anónimo decía al saber que aquel esposo que me había abrazado casi con lágrimas en los ojos, diciéndome que la ausencia de mi lado era la mayor de sus desdichas, aquel mismo esposo traía á Roma su querida para demostrar así lo mucho en que tenía el amor de la que la había dado su mano y era padre de su hija.

—¡Calla, Isabel, por piedad; calla, porque tú no sabes lo que están martirizándome tus palabras!

—Mucho más me han martirizado á mí tus obras.

—Olvídalas.

—Imposible, ya te lo he dicho.

—Pero bien; ¿qué es lo que quieres? ¿qué es lo que pretendes de mí?

—Si yo de tí no pretendo nada, si por el contrario, soy yo la que te voy á decir lo que estoy resuelta á hacer

—Todo, menos impedirme que te ame.

—Puedes hacerlo enhorabuena, pero me parece que ya no ha de ser el amor mío el que te preocupe.

—¡Oh! sí, siempre.

—Pues lo siento por tí, porque tengo la seguridad de que ya no has de encontrar el mío.

—¡Isabel, qué estás diciendo!

—La verdad; si yo no sé disimularla, si yo no tengo como tú la facilidad de estar abrazando á una persona, cubriéndola de caricias, y al día siguiente... ¿qué digo al día siguiente? al cuarto de hora si á mano viene, estar abrazando y acariciando á otra mujer. Yo he de decir las cosas tal como son, tal como las siento, y tal como mi dignidad lo exige.

—¡Que cruel eres, Isabel!

—Tú me habrás enseñado el camino.

—Si yo soy el primero en reconocer mi falta.

—Sí; pero ya no puedes cerrar la herida que con ella has abierto.

—¿Qué quieres que haga para conseguirlo?

—Nada. Mi amor era una sensitiva que se estremecía de gozo con el calor de una caricia ó con la ternura de una mirada. Llegó el momento en que aquella mirada y aquella caricia eran falsas, la sensitiva plegó sus hojas y dentro de ellas quedó encerrado mi amor. Esto es todo lo que hay. La esposa ha muerto, no puede vivir más que la madre, y eso porque

no es justo hacer sufrir á un sér inocente las culpas por otros cometidas.

—¡Pero por Dios, Isabel! ¿no ha de ser la madre tan buena que ruegue á la esposa para que perdone al esposo culpable?

—No, porque sobre la esposa está la mujer, la mujer, que se considera á una altura extraordinaria sobre todas esas mujerzuelas con quienes ha estado rozándose su marido, y que consideraría manchadas sus mejillas si sobre ellas se volvieran á posar los labios del hombre cuyos besos han encendido el rostro de las gitanas de Triana.

CAPITULO LXXXV

Ruptura y desesperación

Al pronunciar Isabel las últimas palabras, se había levantado de su asiento, y su belleza se destacó tan poderosamente, revestida en aquellos momentos de la altivez de la esposa ofendida, que Joaquín, fascinado, cayó de rodillas ante ella, diciéndola:

—¡Isabel, Isabel mía!... ¡Si yo no amo á nadie más que á tí!... ¡Si tú eres mi vida, si yo soy el primero en reconocer mi locura! ¡Apiádete de mí!...

—Ya es tarde,—repuso Isabel tras de algunos momentos de vacilación.—Dentro de pocos días volveré á Sevilla, donde mi hija está reclamando mis atenciones. Cuando termines tu misión y vuelvas á tu casa, encontrarás á la madre, pero no busques á la esposa, porque esa, como he dicho, ha muerto para tí.

—¡Pero mira que es horrible lo que estás diciendo, Isabel! ¡Reflexiona que no basta que tú digas no quiero, siendo yo el marido que te ama!

—Basta con mi voluntad.

—¡No!

—¡Sí! Porque estoy segura que no te habrás degradado tanto que pretendas obtener por la violencia lo que te niega la voluntad.

—¡Dios mío, Dios mío!—murmuró Joaquín dejándose caer sobre una silla y cubriéndose el rostro con las manos.

La marquesa dió algunos pasos para salir de la estancia.

—He venido á verte,—dijo,—para que sepas que nada ignoro, que desde que estoy en Roma sé todo cuanto has hecho, incluso las visitas á la deidad de Triana, y al mismo tiempo para decirte la resolución que he tomado, resolución que es la más acertada para evitar escándalos que podrían refluir en perjuicio de nuestra hija.

—Es decir, que te empeñas en que el castigo supere tanto á la culpa.

—No he sido yo quien te incitara para ello.

—Pero eres sobradamente implacable.

—No, soy justa. ¿Qué más puedes desear? Te dejo en libertad absoluta para obrar; díste ya el primer paso en la senda de las infidelidades, pues sigue adelante por este mismo camino, que no volverás á escuchar de mis labios una sola palabra de queja. ¡Adiós... y no pienses que esta resolución mía se cambie por nada ni por nadie!

—¿Pero dónde vas? ¿Dónde vives?

—No lejos de aquí, en el Hotel de Roma, con mi doncella Casilda y Curro. Ellos son los que me han acompañado, y todavía ignoran para qué hice este viaje, así como ignoran también la conducta de su amo.

—Entonces deja que te acompañe.

—He venido sola y sola me marcharé.

Y en vano fué que Quiros intentara detener á su mujer.

Lo único que pudo conseguir fué que retrasara su viaje de regreso algunos días, y que le permitiera acompañarla y presentarla en la alta sociedad romana.

*
* *

La noche que pasó Joaquín fué verdaderamente horrible.

A la mañana siguiente, Gaspar y Rosendo entraron en la habitación de su amigo, diciendo:

—¿Pues sabes que si siempre estás tan ocupado como anoche, de bien poco nos sirve haber venido á pasar contigo algunos días?

—Permitidme que os diga, — repuso Quiros,—que no estoy para nada.

—¿Qué tienes?—preguntó Rosendo, reparando entonces en la alteración de las facciones del conde.

—Pues es verdad,—añadió Gaspar;—ahora observo que á tí te sucede algo extraordinario.

—¡Y tan extraordinario!

—¿Pero qué es ello?

—Lo que no podéis imaginaros. Si estoy aturdido todavía con la desgracia que sobre mí se ha desplomado.

—Pero bien; ¿qué desgracia es esa?—dijo Gaspar.

—¿Podemos ayudarte nosotros?—añadió Rosendo.

—No, amigos míos, nada podéis hacer por mí, más que compadecerme.

—¡Demonio!

—Pero bien, habla: ¿qué es lo que te ocurre?

—Que Isabel está aquí.

—¡Cómo! ¡la marquesa está en Roma!—exclamó Gaspar con una sorpresa perfectamente fingida.

—Sí, desde hace tres días.

—¿Y tú no lo sabías por la mañana?

—Si lo he sabido esta noche pasada, si estaba esperándome aquí cuando me retiré. ¡Oh! ¡y lo sabe todo!

—Malo, malo.

—Figuraos que anoche, anoche mismo, había roto con *Mariquiya*, y mi mujer llevaba aquí tres días espiándome; y no ha querido creer ni en mi arrepentimiento, ni en mi cariño hacia ella.

—Y el caso es que, en medio de todo, hemos de convenir que no le falta razón á la pobre señora,—dijo Gaspar.

—Si yo no se lo niego; pero lo que no puedo concederle es que se muestre tan cruel como se muestra conmigo.

—Por supuesto que sería una escena de denuestos y de...

—De nada; ha sido más horrible todavía que si se hubiese presentado así.

—Vamos, chico, cuenta, cuenta, porque realmente ha sido una contrariedad extraordinaria.

—¿Pero no está aquí?—preguntó Gaspar.

—No, esta en el Hotel de Roma.

—¡Demonio! Luego eso quiere decir que hay una ruptura...

—Completa, amigos míos, completa.

—Pero bien, vamos á ver, hablemos con calma y no nos amontonemos: ¿qué es lo que ha pasado?

Y los dos amigos tomaron asiento cerca de Joaquín esperando ansiosos su confesión.

*
* *

El esposo de Isabel refirió á sus amigos todo lo que ya conocen nuestros lectores.

Con profunda atención estuvieron escuchándole, y cuando hubo terminado, dijo Gaspar:

—¡Bah, bah! que no es el mal tan grave como te empeñas en considerarlo.

—Más de lo que tú crees.

—¡Calla, hombre, calla, por Dios! sin duda que no habremos visto en el mundo mujeres que se creen ofendidas, que hacen veinte mil protestas de no considerar á sus esposos como tales, y sin embargo, después, con unos cuantos mimos y cuatro muestras de arrepentimiento, ceden y se ablandan.

—Isabel no es de esas.

—Entonces, emplea otro medio.

—Ninguno.

—Sí, hombre, sí que le hay,—dijo Vargas.

—No sé cuál.

—El de herir su amor propio.

—¿De qué manera?

—Mostrándole las queridas, ya que ella se ha empeñado en mostrarse inflexible.

—Pues si únicamente por saber lo que ha sabido referente á esa gitana ha obrado así, ¿qué sucedería si yo hubiese alardeado de esa clase de caprichos?

—Como que el mal nace del principio.

—No te comprendo.

—Justamente; nace de haber dado demasiado cariño á la mujer.

—Vamos, Gaspar, no digas eso.

—Pues aquí tienes á este,—repuso el jorobado señalando á Vargas,—dime tú si hay nadie más feliz que él.

—Porque ya sabemos que no quiere gran cosa á su mujer.

—De todas maneras, aun cuando se las quiera no se las debe demostrar.

—Eso es imposible; si hay cariño...

—¿Para qué sirve la reflexión entonces?

—Pero con esta discusión no me decís nada de lo que yo necesito.

—¿Y qué es lo que tú necesitas?

—Que me digáis que es lo que debo hacer en la situación en que me encuentro.

—Difícil de aconsejar es,—repuso Vargas.

—Pero bien; ¿la marquesa, qué es lo que pretende?

—¿Pues no os lo he dicho?

—Vamos, eso se le pasará, y antes de que se marche de Roma habréis firmado ya las paces.

—No conoces su carácter cuando dices semejante cosa.

—Pues entonces, hijo, peor para ella.

—No, peor para mí.

—Porque tú querrás.

—Si es que yo la quiero mucho.

—Pues desengáñate, que si no obras como te digo, no conseguirás nada.

—De modo que vuestro consejo...

—Cuidado, Joaquín,—se apresuró á decir Rosendo;—que nosotros, ó por lo menos yo, me guardaré muy bien de aconsejarte en ese particular.

—Ni yo tampoco,—añadió Gaspar;—aquí no cabe más que una opinión.

—¡Válgame Dios! ¡Si yo pudiera coger al miserable que escribió ese anónimo á mi mujer!...

Por los ojos de Gaspar pasó algo que no pudo advertir Joaquín, por lo preocupado que estaba.

*
* *

Cuando más tarde pudieron encontrarse solos Rosendo y el jorobado, éste dijo:

—¿Ves como ha llegado la ocasión que yo te había dicho?

Rosendo no contestó, porque desde que se había separado de Quiros estaba profundamente pensativo.

Gaspar le contempló con indefinible expresión.

Y viendo que no le contestaba volvió á insistir, diciendo:

—Pero chico, ¿no me escuchas?

—¿Qué decías?—preguntó Vargas.

—Que la ocasión se ha presentado ya.

—¿Qué ocasión?

—¡Toma! La de sacar partido de la situación en que se ha colocado ese matrimonio.

—¿Y quién lo ha de aprovechar?

—Cualquiera que abrigara algún propósito respecto á Isabel.

—¡Vamos, calla. Gaspar, calla! ¿crees que todas las mujeres son iguales?

—En ese terreno, todas.

—No lo creo.

—Dueño eres de hacerlo, así como yo también lo soy de pensar como pienso.

—La verdad es que el pobre Joaquín, si ha cometido una falta, cara la va á pagar.

—Y como no haga lo que yo le he dicho, está perdido sin remedio.

—De todos modos...

—Sí, es un cauterio terrible, pero tal vez es el único de resultado.

—No lo creas. Lo que él ha dicho es verdad. Si por una sola falta se muestra su mujer tan inexorable, lo natural es que aumentando las ofensas aumente también el resentimiento.

—En fin, él que haga lo que quiera. Yo, en su lugar, sé muy bien lo que habría hecho.

—Y nosotros mañana debemos visitar á la marquesa porque desde el momento en que, por decirlo así, oficialmente conocemos su estancia aquí...

—¡Ya lo creo que iremos á verla! Por supuesto que en cuanto se divulgue el hecho ya habrá más de uno que buscará el partido que pueda sacar del estado excepcional de ese matrimonio.

—Sí, ¿y cómo puede saberse lo que pertenece á la vida íntima?

—¡Que tonto eres! Lo que no se dice es lo que no se sabe. Apenas si los criados hablarán... Después, ¿crees que no ha de advertirse algo anormal entre Isabel y Joaquín?

—Yo no creo...

—Pues yo sí. Tú lo verás.

—Me parece que en eso, como en otras muchas cosas, te haces ilusiones, querido Gaspar.

—Al tiempo.

—Pues el tiempo nos demostrará quién de los dos tenía razón.

—Desde este momento te aseguro que la tendré yo exclusivamente.

CAPITULO LXXXVI

El mal camino

ISABEL cumplió su palabra.

Había prometido á su esposo presentarse en público con él y aceptar las invitaciones de la alta sociedad de Roma y así lo hizo.

Pero la intimidad doméstica había desaparecido.

Habían tomado un departamento completo del Hotel de Roma, y la marquesa dijo á su marido, señalándole las habitaciones destinadas para él:

—Eso es lo que tú debes ocupar. Ya sabes lo que te he dicho.

—Pero...

—Todo es inútil; he formado mi resolución y ya conoces mi carácter.

—Pero eso es llevar la crueldad á un extremo...

—Parecido al que tú la llevaste para ofenderme.

Joaquín inclinó tristemente la cabeza y abandonó el aposento de su esposa.

Desde el inmediato día comenzaron las visitas.

Gaspar y Rosendo, conforme habían dicho, fueron á visitar á Isabel.

Esta se mostró con ellos sumamente reservada y un tanto altanera.

La marquesa presentía que el anónimo que había recibido, partía indudablemente de aquellos dos hombres.

En cuanto á la letra ya vimos que la había reconocido como de Rosendo.

Isabel había supuesto que de aquel incidente trataría de sacar partido su antiguo amante en pró de sus pretensiones, y esto la indignaba de un modo extraordinario.

Porque lo que en aquella mujer imperaba en gran manera, era el orgullo del estricto cumplimiento de su deber.

Estaba segura de no caer jamás, y la sola idea de que hubiese quien pensara que, movida por el despecho ó instigada por cualquier afecto culpable, pudiese faltar á lo que á sí misma se debía, le sublevaba.

El conde estaba cada día más desesperado.

Había roto con la gitana á fin de evitar que su mujer llegara á saber nada, y, sin embargo, este caso había llegado, y en unas condiciones que le desesperaban.

En vano había suplicado á Isabel.

Esta se había mostrado inexorable.

* * *

Una noche estaban en el teatro.

El conde y Gaspar habían salido del palco durante uno de los intermedios, y Rosendo entró á saludar á Isabel.

La manera fría y ceremoniosa con que ésta trataba á Rosendo, especialmente desde que había recibido el anónimo

consabido, había llamado la atención de Vargas al principio, le ofendió después, y concluyó por herirle de una manera violenta.

Como ya hemos dicho, únicamente, en virtud de un esfuerzo de su voluntad, había conseguido encerrar en el fondo de su pecho, el amor que sentía por aquella mujer.

Porque la marquesa estaba en aquellos momentos más hermosa que nunca.

El tinte de severidad esparcido sobre su rostro, aquella expresión de majestuosa indiferencia que parecía refiejarse en él, contribuían de un modo eficaz á aumentar sus encantos.

Vargas deseaba con impaciencia una ocasión en que poder hablarla sin testigos.

Y ésta la encontró aquella noche.

Mejor dicho, Gaspar con su malévola habilidad se la había proporcionado.

El miserable leía en el corazón de Rosendo mucho mejor que él mismo, y sabía lo que en él pasaba.

Le había visto en el teatro, sin quererse aproximar á él, observando el palco de la marquesa, y comprendió que espiaba una ocasión en que poder presentarse allí.

Sonrióse con aquella expresión maligna que le distinguía, y cuando llegó el entreacto sacó á Joaquín de allí, diciéndole:

—El secretario de la embajada me ha preguntado por tí hace un momento.

—¿Dónde está?—preguntó Joaquín.

—En el palco del representante de Austria.

—Pues vamos allá.

Y salieron, y la marquesa, al ver á su esposo acompañado del jorobado, no pudo menos de decir:

—Ese hombre le perderá. He hecho todo cuanto pude para separarle de él y todo ha sido inútil. Hay algo en mi co-

razón que está diciéndome que ese hombre nos ha de ser fatal.

Y la joven quedóse pensativa durante un buen espacio.

El presentimiento de Isabel era exacto.

El enemigo más encarnizado, más implacable, que tenían, no solamente ella, sino Rosendo y Joaquín, era Gaspar.

El miserable no podía perdonar al uno, como ya hemos dicho, el haber sido amado por la joven, y al otro el ser su esposo.

Según la manera de ser del jorobado, todos ellos debían sufrir los mismos tormentos que él sufría también.

*
* *

Como hemos dicho, la marquesa se había quedado profundamente pensativa, cuando el rumor de la puerta del palco al abrirse, la hizo levantar la cabeza.

Y palideció al ver que la persona que acababa de entrar era Rosendo.

Sin embargo, poseyendo, como poseía, criterio suficiente para saber lo que debía hacer, dominó su desagradable impresión y aun cuando sin amenguar en nada su severidad, saludó á Vargas, ofreciéndole asiento.

Durante algunos minutos estuvieron hablando de asuntos relacionados con la función y los artistas que tomaban parte en ella

Como que verdaderamente el uno y la otra comprendían que no era aquel el terreno en que debían estar, la conversación decayó en breve espacio y la marquesa cogió los gemelos y se puso á mirar á los palcos de enfrente.

Rosendo, dijo entonces:

—Marquesa, ¿me permite usted que la dirija una pregunta?

—¡Una pregunta! ¿Y para ello necesita usted mi permiso? —repuso Isabel, separando los gemelos de sus ojos y mirando fijamente á su interlocutor.

—Ya lo creo que necesito de su permiso, porque la pregunta podría parecer indiscreta.

—Pues si usted juzga indiscreta esta pregunta, ¿por qué pretende hacerla?

—Porque necesito para mi propia tranquilidad que usted conteste á ella.

—¿Para la tranquilidad de usted?

—Sí, señora.

—Confieso que no comprendo.

—Tampoco yo comprendo la actitud en que usted se ha colocado respecto á mí.

—¿Y qué es lo que encuentra usted de extraño en mi actitud?

—¡Marquesa, una desgracia horrible fué la que nos separó!

—Desgracia de la cual estoy segura que me hará la justicia de creer que yo no tuve culpa alguna.

—La tuvo la fatalidad.

—No, Vargas; no acusemos á la fatalidad de actos realizados por nosotros mismos y por nuestra libérrima voluntad.

—¿Se refiere usted á mí?

—¡Pues á quién me he de referir! ¿Fué acaso mi conducta la que determinó el acuerdo que tomamos?

—¡Tantas cosas se exageran!

—Demasiado sabe usted que allí no hubo exageración de ningún género. Usted hizo de su cariño el uso que tuvo por conveniente. De lo único que yo debo felicitarme es de haberlo sabido antes de que hubiese sido tarde ya.

—Y, sin embargo, marquesa, queriendo evitar eso, ha caído usted en una situación análoga.

*
* *

La marquesa no pudo menos de palidecer.

Era tan directa la alusión, que sintió el golpe, permaneciendo algunos momentos silenciosa.

Su semblante reflejó de una manera gráfica lo que sentía.

El mismo Rosendo se arrepintió de haber dicho aquello.

—Ahora acabo de convencerme,—dijo la marquesa al cabo de algunos momentos,—de lo que había dudado, conservando un resto de esperanza acerca de la caballerosidad de usted.

—¡Marquesa!...

—El hombre que tiene valor para decir las frases que acaba usted de pronunciar, ha debido tenerlo también, indudablemente, para escribir el anónimo en que se me denunció la falta de mi marido.

—¡Marquesa!

—Esa es la verdad, Rosendo. Le había á usted creído loco, arrebatado calavera; pero no pude imaginarme jamás que descendiera usted de ese nivel, convirtiéndose en cobarde denunciador.

—¡Isabel, por Dios! Mire usted que estas frases...

—¿Con qué otras quiere usted que califique su proceder?

—Pero es que yo no he escrito ese papel á que usted se refiere.

—¿Pues quién le ha escrito entonces?

—¡Y porque no sabe usted quién lo ha escrito, me lo achaca á mí!

—Usted mismo, con sus palabras de ahora, acaba de corroborármelo.

—Pues yo le juro á usted, marquesa, que esa carta á que

se refiere no la he escrito. Si lo hubiese hecho se lo diría del mismo modo. Ya conoce usted mi carácter y sabe que lo mismo para el bien que para el mal, no acostumbro á ocultar lo que hago.

Y efectivamente, el acento de Rosendo era de aquellos que no dejan lugar á duda alguna.

—Pero entonces, ¿quién ha podido hacer aquella letra?

—¿Parecida á la mía, tal vez?

—Así lo he creído.

—El cobarde que recurre á medios semejantes para realizar malvados fines, trata siempre de disimular su letra.

Isabel no pudo menos de quedarse un tanto pensativa.

Rosendo la contemplaba con avidez.

Jamás le había parecido tan hermosa.

—Isabel, crea usted que lo que antes la he dicho no ha tenido otra intención que la de rebatir la calumnia que respecto á mí se hizo circular, que llegó á noticias de su papá de usted y que la obligó á romper el lazo que nos unía. Y sin embargo, aun cuando aquellas locuras de que se me acusaba hubieran sido verdad, ¿por qué desconfiar de que el día que poseyera el supremo bien que ambicionaba, no había de romper en absoluto con antiguas costumbres y con hábitos de soltero?

—Suplico á usted, Rosendo, que pongamos término á esta conversación. Hoy más que nunca debe usted evitar el pronunciar ciertas frases, así como yo también debo evitar el escucharlas.

—Como usted quiera.

—No es como yo quiera, es como debe ser. Si quiere usted que crea que no ha tenido participación en aquel infame papel que vino á revelarme una verdad que ignoraba, no me hable de un pasado que ha muerto por completo para los dos.

—Eso no, Isabel; podrá haber muerto para usted, pero para mí subsiste siempre.

—Repare usted que me está ofendiendo.

—¿Quién? ¿yo? ¡ofenderla yo, que sería capaz de arrancar el alma, no ya al que se atreviese á ofenderla, sino al que pudiera soñarlo siquiera!...

—Vargas, recuerde usted que ese derecho no es suyo, recuerde usted quien soy yo y los distintos puntos que ocupamos en el campo de la vida. Mi esposo es quien únicamente tiene ese derecho.

—Pero si su esposo de usted ha obrado...

—¡Basta, Vargas!—repuso severamente la marquesa;—para juzgar á mi marido no puedo consentir que haya otro juez que yo.

—Es usted inexorable.

—No soy más que una mujer digna que no consiente ni consentirá nunca, entiéndalo usted bien, que nadie, sea el que sea, se atreva á censurar delante de ella al padre de su hija.

—¿Pero no está usted ofendida?

—De mis ofensas no debo dar cuenta á nadie, ni dejar que nadie tampoco trate de vengarlas. Y por última vez, Vargas, escuche bien lo que voy á decir.

Rosendo, dominado por el acento de aquella mujer, inclinó la cabeza, diciendo humildemente:

—Hable usted.

—Decir á una mujer, que sufre por esta ó por la otra razón, que no merece el sufrimiento que la agobia; acriminar á la persona por quien sufre, y hacerlo esto con la interesada mira de ver si se puede aprovechar el despecho ó la indignación de aquella desgraciada, para arrastrarla á un abismo de deshonra y de ignominia, es indigno de un caballero.

—Isabel, si usted supiera...

—No quiero saber nada sino que soy una mujer honrada, que en mi vida no hay ni la más leve sombra de una mancha, y que estoy resuelta, comprenda usted bien toda la fuerza de esta frase en mis labios, estoy resuelta á que jamás tenga nadie derecho para censurarme. No hubiese yo jamás provocado esa cuestión, usted ha sido quien la ha traído y quien me pone en el caso de que así le hable. Amo á mi esposo, ¿por qué negarlo? es el padre de mi hija, y por deber, por cariño, por decoro propio, debo sostener su honra, que es la honra mía también, y que mañana será la honra de mi hija. Yo podré tener resentimientos con él, la herida que me ha causado no se cicatrizará, pero también debe usted estar seguro de que no daré paso alguno que pueda llevar á su frente la vergüenza con que él ha pretendido manchar la mía. Esto es todo lo que tenía que decir á usted. A esta explicación usted mismo es quien me ha provocado, por lo tanto le suplico que terminemos ya esta conversación.

—¿Es decir que me despide usted de su presencia?

—Puede volver mi esposo y Gaspar, y no hay necesidad de que adviertan ni la alteración de mi semblante ni la impresión que hay en el de usted.

Rosendo comprendió que tenía razón Isabel.

Es más, estaba completamente dominado por la actitud y por el acento de la marquesa.

Se levantó de su asiento, saludó á la joven con una leve inclinación de cabeza, y salió del palco más enamorado que nunca de aquella mujer.

Entretanto Gaspar decía á Joaquín, señalándole hacia el palco de su esposa:

—¡Anda, anda, que buena ración está dándose Rosendo de hablar con tu mujer!

—Es verdad,—dijo el conde un tanto contrariado.—Como

ha visto que Isabel estaba sola, habrá querido, sin duda, distraerla un rato. Vamos á dirigirnos hacia allá.

—Ahí tienes uno, que si no hubiese sido por sus locuras, se habría casado con Isabel.

—Ya lo sé.

—¡Oh! y sin embargo de eso él pretendía que estaba muy enamorado de ella.

—Bien, bien; eso ya ha pasado.

—Desde luego; «lo que no fué en tu año no fué en tu daño,» dice el refrán. ¿Conque tu mujer tan esquiva como el primer día?

— Sí,—contestó lacónicamente y con acento sombrío Quiros.

—Mientras no hagas lo que yo te digo...

—Pero ¿qué es lo que tú me dices, Gaspar? No me desesperes más, porque hay consejos ó frases que producen un efecto distinto del que se cree quien las pronuncia.

—Anda, vámonos hacia tu palco, que ahora veo que Rosendo sale de él

La frente del conde no pudo menos de nublarse, y siguió á su amigo hacia el palco.

CAPITULO LXXXVII

Trabajos de zapa

En Sevilla se había quedado la esposa de Rosendo, no muy satisfecha por el viaje de su marido.

Comprendía ésta que no era el afecto que Rosendo la profesaba el mismo que ella le tenía; pero sin embargo, con el nacimiento de su hijo tenía esperanzas de que se consolidaría algún tanto, y si no el cariño, en completa armonía con el suyo, llegaría á profesarla la estimación que sus virtudes exigían.

En su viaje á Italia, aun cuando, como hemos dicho, no la satisfizo, no sospechó que podía haber una segunda intención.

El pretexto había sido la estancia de Joaquín y como que sabía la amistad que los tres se profesaban, encontró hasta natural aquel viaje.

Sin embargo, pocos días después de haberse marchado recibió una carta que llamó su atención.

Aquella carta venía de Italia y no era letra de su marido la del sobre.

¿Quién podía escribirla desde allí? ¿ni qué era lo que la podían decir tampoco?

La pobre mujer miraba la carta, la daba vueltas entre sus manos, y hubiérase dicho que tenía miedo de abrirla.

¿Qué razón podía tener para ello? ¿de qué nacía aquel temor?

¿No era ridículo que una mujer tuviera miedo de abrir una carta, procedente de un sitio donde estaba su esposo?

¿No podía ser una noticia que á éste se refiriese, quizás una noticia respecto á su salud?

Al llegar, en la marcha de su pensamiento, á este punto, ya no vaciló.

Con temblorosa mano abrió la carta y buscó la firma, porque la letra le era tan desconocida como la del sobre.

Pero la firma era la de un amigo desconocido.

—¡Qué quiere decir esto!—exclamó la pobre mujer mirando la carta, sin atreverse á leerla.

Y como si aquel papel tuviera una maldita atracción que la obligara á leer, sus ojos se fijaron en las primeras líneas y un grito se escapó de sus labios.

—¡Dios mío!—exclamó;—¡qué dice aquí!

Y entonces, presa de una agitación extraordinaria, leyó la carta, que decía así:

«Feliciana: Sé que vas á tener un disgusto y, sin embargo, yo que tanto te aprecio, no tengo más remedio que dártelo.

»A veces vale más, pero mucho más, abrir los ojos á quien los tiene cerrados, que no dejar que de repente les hiera la luz, produciéndose así males mucho mayores que los que de otro modo habrían podido evitarte.

»Conozco lo que has sufrido desde tu matrimonio, al convencerte de que tu marido no te amaba y he admirado tu re-

signación y tu valor, soportando dignamente la conducta del que te había dado su nombre.

»Creiste, sin duda, que por este medio conseguirías hacer abrir los ojos al que se empeñaba en tenerlos cerrados y que le atraerías á tu lado algún día.

»Pero amiga mía, todos tus cálculos eran equivocados.

»Yo, que conocía muy á fondo á Rosendo, sabía perfectamente que en su corazón guardaba profundo cariño hacia otra mujer, cariño que le avasallaba y para olvidar el cual cometía toda clase de locuras.

»Mientras esa mujer permaneció inflexible, tu marido siguió la conducta que tantas lágrimas te ha hecho derramar.

»Pero llegó un día en que la marquesa de Aldana comenzó á humanizarse y aquel día, mi pobre amiga, hube de convencerme de que tus nobles esfuerzos serían inútiles.

»No quiero que vivas más tiempo engañada.

»La marquesa de Aldana ha marchado á Roma con el pretexto de reunirse con su esposo, y tu marido ha marchado también con su digno cómplice Gaspar Cerralbo, á reunirse con la adúltera.

»Los proyectos que tengan no puedo decírtelos, pero casi, casi, puedes presumirlos, dadas las respectivas situaciones.

»Estos proyectos no pueden ser nada satisfactorios para tu tranquilidad.

»Sin embargo, como nada has de conseguir obrando de otro modo, si quieres seguir el leal consejo de un amigo que te aprecia mucho y que por tí se interesa, no te preocupes más por la oveja descarriada á quien ni tu bondad, ni tu belleza, ni tu mansedumbre, han conseguido atraer al hogar doméstico.

»Tienes un hijo y á él debes consagrarte en absoluto.

»Deja á los culpables, que ya encontrarán el castigo que merecen.

»Este es el consejo que te da quien siempre se ha interesado por tí y quien te ha admirado constantemente.

»*Un amigo desconocido.*»

* * *

Feliciana leyó aquella carta sin detenerse ni un momento.

Las lágrimas estaban temblando entre sus párpados y sin embargo, el esfuerzo de su voluntad las contenía, para que no la impidieran llegar hasta el fin.

Unicamente cuando hubo concluido fué cuando exclamó, con sollozante acento:

—¡Pero Dios mío! ¡qué es lo que esto quiere decir! ¡Será verdad lo que dice este papel! ¿Quién puede ser ese amigo que, interesándose por mí, como dice, tan grande dolor me proporciona?

Y la pobre mujer volvía á fijarse en aquellas letras, cual si quisiera encontrar en ellas algún rasgo conocido, algo que la revelara la mano que las había escrito.

Pero ni un indicio encontraba, revelador de aquella persona desconocida.

Y que era verdad lo que decía ó cuando menos algo de lo consignado allí, era indudable.

Isabel había salido de Sevilla y aun cuando no había dicho dónde iba, era presumible que hubiese marchado á Roma.

Allí habían ido también su marido y Gaspar.

Efectivamente, Rosendo había tenido relaciones con Isabel, relaciones que se habían roto por algunas locuras cometidas por él.

En todo esto la carta tenía razón.

El que la había escrito estaba perfectamente enterado y hasta no ignoraba la influencia que Gaspar ejercía sobre su esposo.

Todos estos eran datos que, conocidos por ella, parecían obligarla á dar crédito á los demás que contenía la carta.

Sin embargo, no se atrevía á dar crédito á la infamia á que aquella carta se refería.

¿Cómo era posible que la marquesa de Aldana, de quien hasta entonces nadie había tenido que hablar, fuera capaz de tan torpe conducta?

Es verdad que había desaparecido de Sevilla sin que nadie pudiera presumir dónde había ido.

Pero esto, ¿era acaso razón bastante para suponer que se había ido á reunir con su amante, sin que éste fuera Rosendo?

Era cierto que había sido novio de Isabel y que su matrimonio estaba tratado y que se había deshecho casi cuando ya estaba á punto de realizarse.

Pero también era verdad que la joven había permanecido bastante tiempo sin tener relaciones con nadie, hasta que llegó Joaquín, á Sevilla.

Rosendo no demostró poco ni mucho poner empeño en reanudar los amores con la joven, sino que por el contrario, continuó su vida de placeres y devaneos.

¿Cómo era posible suponer que lo que no se había hecho cuando soltero, se hiciera casados ambos, con hijos los dos y cuando ostensiblemente nadie había observado nada que pudiera dar lugar á aquella suposición?

Que Feliciana advertía cierta frialdad en su marido, era cierto.

Y no se podía quejar de ello, porque el mismo Rosendo, al casarse, le dijo que en su corazón había escasez de amor, pero en cambio, sentía respecto á ella un afecto tan grande, tenía en tan gran concepto las cualidades que la adornaban, que estaba seguro de llegar á quererla con idolatría.

Lo único que la rogaba era que nada le dijese, que no

pretendiese reprenderle, que él mismo iría rompiendo con antiguos hábitos y con costumbres adquiridas ya, hasta llegar á ser un modelo de buenos esposos y de padres de familia.

*
* *

Feliciana estaba dotada de clara inteligencia, y comprendió perfectamente lo que significaba todo lo que su esposo la había dicho.

Ella le amaba con locura, y comprendía que quizás con su abnegación, con su prudencia, con su buen tacto, conseguiría llegar al punto que deseaba.

Y efectivamente, nada le decía.

Y no era porque no llorase, no porque dejase de sentir las frialdades y las noticias que hasta ella llegaban de las locuras cometidas por su marido.

Pero quería dejarle, y si Rosendo llegó á sospechar el llanto, por el surco que dejaba sobre las mejillas de su esposa, y la pena que la corroía en la palidez del semblante, ella procuraba sonreirse siempre y tratarle con aquella afabilidad y aquella dulzura que constituía la base de su carácter.

Cuando fué madre creyó haber conseguido mucho

Rosendo la abrazó tiernamente y la dijo con voz conmovida, estrechándola contra su pecho:

—Eres la más noble y la más digna de las mujeres, y no merecía tenerte por esposa. Yo te juro que serás feliz.

Y la pobre mujer, gozosa con aquella promesa, esperaba impaciente llegar á aquella *tierra prometida*, aun cuando tuviera que pasar por los dolores que hasta entonces pasara.

Pero de repente, y cuando menos lo podía esperar, se le decía que su esposo la abandonaba definitivamente; que amaba á otra mujer, que el amor de ésta era el único de su exis-

tencia, y que las locuras cometidas hasta entonces no habían sido más que para ocultar aquel amor.

Esto era horrible.

La pobre Feliciana no podía resistirlo.

Había consentido en que su marido tuviera devaneos, que ya comprendía que tratándose de cierta clase de mujeres no podían ser muy peligrosos; pero en aquellos momentos ya no se trataba de mujerzuelas de ínfima condición, sino que se refería á nobilísima dama, hermosa y discreta, con la cual existía ya el precedente de las antiguas relaciones.

Feliciana no sabía qué pensar.

No quería revelar á un tío que tenía, su único pariente y su tutor hasta que se llegó á casar, la noticia recibida, y la verdad era que siendo tan nueva la situación en que se hallaba, la era imprescindible un consejo ó un consuelo cuando menos.

*
* *

El anciano sacerdote que había bendecido su unión y que era el mismo que la recibió en la fuente del bautismo, la profesaba verdadero afecto.

El, únicamente, podía ilustrarla con su opinión y consolarla en medio de su dolor.

En él depositó su confianza, y en su busca se dirigió.

Atentamente estuvo escuchándola; leyó la carta que había recibido, y la dijo:

—Hija mía, difícil es que yo te pueda aconsejar en un asunto de esta naturaleza; pero si quieres creerme no des crédito á quien indudablemente debe tener muy mal corazón cuando se complace en darte semejantes noticias. Antes de dar paso alguno, me parece que debes meditarlo y enterarte bien.

—Pero padre, ¿cómo he de hacerlo? Los culpables, si lo son, están lejos de aquí.

—En ese caso, pon tu confianza en Dios únicamente. Es demasiado justo, demasiado bueno para permitir que el inocente sufra y goce el criminal, y si por un momento deja que se consume la falta, es para que brille más la grandeza del inocente.

Y el buen anciano hizo todo cuanto de su parte estuvo para infundir á la joven resignación y valor para sobrellevar su infortunio, si éste existía de hecho, y esperanza de que no fuese verdad lo que se la había dicho.

Pero Feliciana estaba dolorosamente herida.

No era fácil que pudiera resignarse con lo que se le decía.

Comprendía la justicia de cuanto el sacerdote la había dicho, pero le faltaba la conformidad.

La idea de que Rosendo, á despecho de todo cuanto la había prometido, le faltase de aquel modo tan inicuo, la sublevaba.

Y la prudencia y la discreción de que tan repetidas muestras había dado desde que se casara, se agotaron de repente.

Feliciana se alzó indignada contra los adúlteros, y sin fuerzas para resistir aquel impulso que hacia el abismo la arrastraba, dió algunas órdenes, y pocos días más tarde se dirigía á Cádiz, donde se embarcó para Italia.

CAPITULO LXXXVIII

El drama

PROFUNDAMENTE afectado estaba Quiros con la resolución tomada por su esposa.

Isabel se mostraba en público afable, aun cuando severa y altiva, pero una vez cumplidos los deberes, digámoslo así, de buena sociedad, la ofendida dama dejaba aparte la afabilidad y quedaba la severidad y la altivez.

Y en vano era que su esposo intentase franquear aquella especie de muralla tras la cual se ocultaba su esposa.

Esta permanecía inflexible.

Gaspar seguía con visible complacencia aquella dolorosa escena.

Porque el miserable adivinaba en el rostro de su amigo el sufrimiento que le dominaba.

—No seas tonto,—le decía;—las mujeres son todas lo mismo, tratándose del corazón. Es necesario hacerlas sentir. Mientras sea uno el que sienta y el que sufra, ellas se divierten, por lo mismo, es menester hacerlas padecer.

Y con semejante trabajo un día y otro y una tras otra hora consiguió llevarse á Joaquín á ciertas diversiones, á las cuales les acompañaba también Rosendo.

El maligno jorobado solía decir al esposo de Feliciana:

—Todos los pasos que va dando Joaquín, facilitan el camino á cualquier hombre que estuviese enamorado de Isabel. El despecho es el mejor auxiliar con que puede contar.

Y Rosendo, inconscientemente, acompañaba á sus amigos y formaba otro de los individuos del triunvirato de españoles locos, que tanto estaba dando que hablar en Roma, en los momentos en que Muller llegaba allí, después de haber abandonado el servicio del marqués de la Florida, según dijimos en otro lugar.

Astuto como era el alemán, si bien al principio no conoció el juego de su amo, no tardó en comprender que algo extraño y misterioso mediaba en todas aquellas locuras que presenciaba.

Poco á poco, Quiros fué acostumbrándose á buscar el olvido, siquiera fuese momentáneo, de lo que sufría en su casa, en los brazos de otras mujeres fáciles de alcanzar, ó en la embriaguez de las orgías.

Y todo esto lo sabía Isabel.

Anónimos que recibía, y en los cuales se imitaba la letra de Rosendo, la tenían al corriente de todo cuanto sucedía.

Varias veces pretendió la joven marcharse de Roma y regresar á su país.

Pero después, decía:

—No; de este modo triunfarían esos miserables, que se han propuesto perder á mi marido, y gozarían creyendo que, no pudiendo soportar más el sufrimiento, me declaraba vencida. No me iré, aun cuando aquí hubiese de morir; permaneceré en Roma hasta que Joaquín termine su misión.

Un día, dijo Gaspar á Muller:

—Necesito que desempeñes una comisión que exige mucha destreza.

—Veremos si la puedo desempeñar,—repuso modestamente el criado.

—Es fácil, en medio de todo.

—Usted dirá.

—Es preciso que te vayas recorriendo todas las fondas de Roma y me averigües si en alguna de ellas está una señora española que se llama doña Feliciana Arellano.

—Está muy bien.

—Te advierto que yo te doy este encargo y que, por lo tanto, á mí solo hay que dar la contestación.

—Desde luego.

—Si diese la casualidad que te encontraras á alguno de mis amigos, evita decirles nada.

—¡Por Dios, señor! no debiera usted hacerme semejante advertencia.

—¿Por qué?

—Porque yo no acostumbro jamás á decir nada á quien no le importa lo que hago.

—Esa es buena condición; pero de todos modos, no está de más la advertencia.

*
* *

Muller cumplió á conciencia el encargo de su amc.

Pero antes tuvo buen cuidado de pensar en aquel encargo y como había escuchado alguna conversación entre Gaspar y Rosendo, entró en sospechas respecto á quién podía ser la dama cuya llegada á Roma parecía interesar tanto á su señor.

Para esto, hablando al día siguiente con el criado de Rosendo, le dijo:

—La verdad; me gusta más España que Italia y que todas las demás naciones que he conocido. Si he accedido á servir á un caballero español ha sido con la esperanza de volver á España con él.

—¡Oh! Pronto me parece que lo conseguirás, porque nosotros estamos aquí por casualidad solamente, porque el conde de Quiros, que es muy amigo de nuestros señores, está aquí, como sabes, con una comisión del Gobierno.

—Eso quiere decir que terminada esta...

—El conde y su esposa regresarán á España y nuestros señores también.

—¡Qué alegría!

—Deseándolo estoy yo más que tú. Porque vamos, ni cielo, ni mujeres, ni juergas como las de Sevilla, se encuentran en parte alguna del mundo.

—¡A quien se lo dices! Llorando estoy todavía el momento en que salí de aquella hermosa ciudad.

—¡Pues qué! ¿Has estado tú en Sevilla?

—¡Ya lo creo!

—¿Cuándo?

—Pues hará unos tres años. Fuí con el señor marqués de la Florida.

—¿Y tú estuviste en Triana?

—Más de una vez.

—¿Y en la Macarena?

—¡Ay! No me hables de eso. Fueron aquellos pocos días una fiesta continua. Por cierto que yo conocí allí á una señora, mejor dicho, yo la conocí porque mi señor la visitaba, que era tan buena, tan amable, tan hermosa...

—¿Cómo se llamaba?

—No sé si lo recordaré; ya se ve, mi señor tenía tantas visitas... Me parece que le decían Feliciana...

—¡Feliciana!...

—Arellano, me parece que es el apellido.

—¿Cómo has dicho?

—¡Eso, eso! Feliciana Arellano.

—¡Pero hombre de Dios! ¡Si esa es la esposa de mi amo!

—¡Qué dices!—exclamó lleno de asombro Muller.

—Es una señora alta, buena moza, pelo negro y...

—¡Justo, justo! ¡Vaya una casualidad!

—¡Ya lo creo!

—¿Y cómo no ha venido con su esposo?

—Eso ya es distinto. Mi señora ha tenido hace poco un niño y no está para hacer viajes.

—Comprendo.

* * *

Muller había sabido ya todo lo que quería saber.

Y aquella noche, cuando estaba en su habitación, sacó del fondo de su cofre un cuaderno, abrió el broche que lo cerraba y estuvo escribiendo un buen rato en él.

Después lo volvió á cerrar, lo guardó con las mismas precauciones, y murmuró sonriéndose:

—Bueno es que uno tenga siempre algo que le ayude á refrescar la memoria.

Al día siguiente emprendió la tarea que su amo le confiara.

Recorrió todas las fondas de Roma y ya comenzaba á perder las esperanzas, cuando en una de las de segundo orden encontró precisamente á la persona que buscaba, la cual había llegado el día anterior.

—Pues señor,—iba murmurando el alemán cuando salió de allí.—¿Qué diablos quiere decir todo esto? Yo encuentro en la conducta de estos tres amigos algo que llama mi aten-

ción y que no puedo adivinar. ¿Por qué viene esta señora á Roma y no va á ver á su esposo? ¿Por qué mi señor tiene interés en saber si esa señora ha llegado? Es preciso que yo esté siempre con el oído muy atento, porque, ó me engaño mucho, ó aquí se trama algo que yo debo descubrir.

Cuando Gaspar supo que había llegado aquella señora, su semblante, que estaba observando atentamente Muller, expresó una innoble satisfacción.

—Veo que eres listo, Muller;—dijo al criado, dándole un golpecito en el hombro.—Sigue así y no dudo que te harás viejo á mi lado.

—Eso deseo.

Y no dijo nada más Gaspar.

En cambio, al día siguiente, hablando con Rosendo, le decía:

—¿Sabes tú lo que yo haría en tu caso?

—¿Qué?—preguntó Rosendo.

—Ir á ver á Isabel.

—¡Calla hombre! ¿Estás en tí? Ya sabes que he estado dos veces y no me ha recibido.

—Pues inténtalo la tercera.

—Pero bien, ¿para qué he de ver á la marquesa? ¿Qué la he de decir?

—A mi juicio tú tienes una misión que cumplir cerca de ella, misión á que te obliga la amistad que te une con Quiros.

—Explícate, Gaspar, porque verdaderamente que cuanto más te escucho te comprendo menos.

—Cualquiera diría que yo soy tan enigmático.

—Para mí lo eres. ¿Qué misión es esa que supones debo cumplir en virtud de mi amistad hacia Joaquín?

—La de suplicar á Isabel que amengüe sus rigores para con el pobre Joaquín, porque si así sigue, solo va á conseguir

que ese pobre caiga enfermo por efecto de las locuras que comete.

Rosendo miró estupefacto á su amigo.

Lo que éste le decía le parecía tan extraño, que durante algunos segundos no supo qué responder.

—¡Hombre!—dijo Gaspar, viendo el silencio de su amigo. —No parece sino que haya dicho algún disparate.

—Desde luego.

—Gracias.

—Considero disparate el que cuando tú mismo llevas y aconsejas á Joaquín la vida que hace, ahora me vengas diciendo que vea de que Isabel temple sus rigores á fin de librar á su marido del peligro á que tú mismo le has conducido.

—¡Yo!

—Me parece...

—He visto al pobre Quiros tan desesperado, tan abatido, que he tratado de distraerle, lo mismo que tú, porque me parece que siempre nos has acompañado.

—Sí, pero arrastrado por vosotros.

—Eso sólo falta; que ahora nos eches la culpa de todo lo que has hecho.

—En fin, Gaspar, lo que acabas de decir me parece lo único razonable que has dicho en mucho tiempo.

—Mil gracias.

—Es la verdad. Te he dejado siempre que hagas lo que quieras y que digas cuanto te dé la gana, porque al fin y al cabo dueño eres de tus acciones y de tus palabras; pero no porque dejara de conocer lo mal que hacías.

—Y sin embargo, no has dejado de aprovecharte en algunas ocasiones para hablar con Isabel.

—¡Oh! pero también me ha cerrado las puertas de su casa.

—Porque tú habrás tenido la culpa.

—Era natural que estando cerca de ella, aun sin quererlo yo mismo, el corazón..

—Luego no ha sido mía toda la culpa.

—En fin, de todos modos creo muy razonable lo que dices y lo haré.

—Me parece que es ya lo único que puede salvar á ese pobre Quiros.

—Por supuesto que me figuro que Isabel no va á querer recibirme.

—Ponle dos letras en una tarjeta y que se las pase su criado.

—Así lo haré; pero de todos modos no espero un resultado satisfactorio.

CAPITULO LXXXIX

Preparar la mina

AQUELLA tarde se fueron á pasear Quiros y Gaspar.

El jorobado había hecho de manera que Rosendo no les acompañara.

Días hacía ya, desde la noche del teatro en que Gaspar con tanta malignidad llamó la atención de Joaquín respecto á Rosendo, que el conde se mostraba algo receloso.

Las pérfidas insinuaciones del jorobado habían hecho su efecto en el ánimo del conde, y sin que él mismo pudiera explicarse la razón, la verdad era que no miraba á su amigo del modo que hasta entonces lo hiciera.

—Es extraño,—decía Quiros,—que Rosendo no haya querido acompañarnos.

—No sé qué demonios tiene ese chico hace días,—repuso Gaspar;—lo encuentro preocupado, como si algo le sucediera, y por más que le pregunto no puedo sacar nada en limpio.

—También yo he advertido algo.

—Ese chico, desde que el padre de tu mujer, que en gloria esté, le despidió de su casa y la marquesa rompió sus relaciones con él, ya no ha vuelto á ser lo que era.

—Es verdad, que Rosendo estuvo para casarse con Isabel,—murmuró Joaquín como hablando consigo.

—¡Toma! ¡Ya lo creo! como que si se descuida, se encuentra tu mujer esposa del hombre más calavera del mundo.

—Loco ha sido Rosendo, es verdad.

—Y yo creo que sigue siéndolo todavía. Lo que es Feliciana ha tenido suerte.

—Y por cierto que es buenísima.

—Razón de más para que sufra.

—Tienes razón.

Y durante un buen espacio los dos amigos fueron andando sin cambiar una sola frase.

De pronto, dijo Quiros:

—Daría cualquier cosa por saber dónde ha ido Rosendo esta tarde.

—Eso si que me parece fácil.

—¿Por qué?

—¡Hombre! porque el mismo nos lo dirá esta noche.

—¿Y si no lo dice?

—En ese caso, él sabra las razones que tenga para callar.

*
* *

Otro nuevo espacio de silencio lleváronse los dos amigos.

Quiros evidentemente iba muy preocupado, porque el jorobado llamóle la atención más de una vez sobre algunas personas á quienes encontraba, y tenía que repetirle dos ó tres veces lo que había dicho, para que le comprendiera.

Al regresar á su casa, Gaspar dijo:

—¡Calla! ¿No es aquel Rosendo?

—¿Quién?—preguntó vivamente el conde.

—Uno que me ha parecido que salía de tu casa.

—¡De mi casa!—exclamó palideciendo Quiros.

—Puede que no fuera.

—Veamos.

Y el conde clavó las espuelas á su corcel, que en breve espacio se encontró á la puerta de la casa que ocupaba Isabel.

Miró á todos lados, pero no vió á la persona que buscaba.

Gaspar, que se había reunido con él, dijo:

—No sería; á mí me pareció; pero á cierta distancia fácilmente puedo uno equivocarse.

—Es verdad.

Y el conde, distraidamente, se apeó del caballo, cuyas riendas cogió uno de sus criados, y se despidió del jorobado diciéndole:

—Hasta la noche.

—Sí; hasta después.

Cuando Joaquín entró en sus habitaciones, dijo al criado:

—¿Ha salido la señora?

—No, señor.

—¿Ha tenido visita?

—¡Ya lo creo! y más de una.

—¿Quién ha venido?

—Cinco ó seis señores con unos títulos muy revesados que apenas si me acuerdo. También ha venido un comendador y un general.

—¿Y no ha venido Rosendo?—preguntó Quiros tartamudeando.

—No, señor. El señorito Rosendo hace ya bastantes días que no ha vuelto.

—Parece que la señora no quiere recibirle, según me dijiste.

—Por lo menos eso parece que se desprende de lo que ha dicho Curro.

—Ella sabrá lo qué hace. ¿No ha venido nadie más?

—No, señor; únicamente han traído una carta para la señora.

—¡Una carta! ¿De quién?

—Yo la he recibido; pero el que la ha traído no me ha dicho de parte de quién venía. Parecía un criado de fonda.

—¿Y ha esperado contestación?

—No, señor.

—¿De modo que la señora la esperaba ya sin duda?

—Me parece que no, porque al dársela me ha parecido que se sorprendía.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada; que estaba muy bien.

*
* *

Quiros no podía olvidar aquella carta.

Permaneció solo en sus habitaciones hasta que llegó la hora de comer, y por más esfuerzos que hacía para olvidar á Rosendo y á su esposa, estas dos personas aparecían sin cesar en su pensamiento.

Y sin que pudiera explicarse la causa, unía al recuerdo de su amigo y de su esposa, aquella carta de que le había hablado el criado.

Cuando pasó al comedor, Isabel, grave y severa como siempre, estaba ya sentada á la mesa.

—Ya sé que has tenido visitas esta tarde.

—Sí,—contestó friamente la marquesa;—han estado la

marquesa Octavia de Frascatti y su hija, la generala Olivieri y algunos caballeros.

—Me alegro, porque siempre te habrás distraído. ¿Qué piensas hacer esta noche?

—La marquesa me ha ofrecido su palco y he creído que debía aceptar.

—Bien hecho. ¿Te acompañaré?

—Si no quieres molestarte, no hay necesidad.

—Si tú no quieres...

—No, porque de ese modo podrás estar más libre para ir con tus amigos.

—¡Isabel!

—¿Acaso no pasas con ellos la mayor parte del tiempo? ¿No son ellos los que te acompañan á todas esas ruidosas diversiones en que tanto te diviertes y que han concluido por daros cierto prestigio entre gentes...?

—¡Por Dios, Isabel!

—Si es la verdad, creo que no debe ofenderte el que te la diga. Has encontrado medio de poderte distraer de la soledad del hogar doméstico que tú mismo te has proporcionado, y haces muy bien; no creas que te moteje por una cosa, que al fin y al cabo, no es más que una consecuencia lógica de otra.

—Si tú comprendieras que precisamente de esto de que te quejas, tu misma crueldad tiene la culpa...

—Debo decirte una cosa, Joaquín.

—¿Qué?

—Que no me quejo de nada. Ya te dije en una ocasión que aceptaba los hechos tal como tú los habías presentado; por lo tanto, es completamente inútil todo cuanto me digas.

—¿Es decir que me condenas á vivir perpetuamente separado de tí?

—¿No tenías el bien y escogiste el mal? ¿no sigues esa

misma existencia, después de todo? Prueba de que te va muy bien con esa vida y que te place mucho más la existencia del calavera que la del honrado padre de familia. Cada uno tiene sus gustos; no censuro los tuyos, y, por lo tanto, no te doy derecho para que censures ni acrimines los míos.

*
* *

Joaquín abandonó las habitaciones de su esposa, completamente desesperado.

Llegó á las suyas, dejóse caer sobre una silla, y dijo á su criado:

—No estoy en casa para nadie; si viene Gaspar ó Rosendo, que me he marchado; entiéndelo bien: no quiero ver á nadie ni hablar con nadie.

El criado inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y el conde, una vez solo, sepultó la cabeza entre sus manos, permaneciendo largo rato en aquella postura.

Unicamente pudo sacarle de su ensimismamiento el rumor de un carruaje que se detuvo á la puerta de su casa, el movimiento que después advirtió en ésta, y, finalmente, el nuevo rumor del coche que se alejaba.

Isabel se marchó al teatro en compañía de las señoras que habían ido á buscarla.

Joaquín, murmuró entonces con acento lleno de amargura:

—¿Es decir que no puedo tener esperanza? ¿que Isabel no será nunca para mí lo que había sido? ¿que no me amará jamás...? ¡Oh! Eso no puede ser; no ha sido tan grande mi crimen para un castigo tan duro. Ni yo he sido el primer marido que ha cometido un desliz, ni ella la única mujer orgullosa y severa que ha existido en el mundo. Algo existe aquí que no me explico y que necesito conocer.

Y el conde, abandonó su asiento y comenzó á pasearse por la estancia.

De pronto, se detuvo.

—¿Qué carta será esa,—dijo,—que ha recibido Isabel esta tarde? ¿Por qué no ha venido Rosendo á reunirse con nosotros?

Y pasándose las manos por la frente como si quisiera desechar todas las horribles ideas que se le ocurrían, dijo con acento colérico:

—No sé por qué se me ha de ocurrir el nombre de Rosendo cuando me estoy lamentando del proceder de Isabel. Ese maldito Gaspar tiene ocurrencias diabólicas. El podrá decirlo sin intención, quiero hacerle esa justicia; pero el caso es que sin saberlo enciende un fuego que ya es difícil de apagar. Y esto es lo que á mí me sucede. Sé que es absurdo todo lo que pienso, todo lo que se me ocurre, todo lo que bulle y se agita en esta maldita cabeza mía, y, sin embargo, no puedo arrancármelo de ella.

Y el conde se golpeaba furioso la cabeza, cual si en realidad se irritara contra los pensamientos que en ella se agitaban.

—¿Sería capaz Isabel de engañarme?—decía después.

Y al ocurrírsele esta idea, crispábanse sus manos, su mirada centelleaba y un vértigo horrible parecía que se apoderaba de él.

—Esa maldita carta que ha recibido hoy, si yo pudiera saber de quién es... ¿Y por qué no he de saberlo? ¿No soy yo, por más que ella diga, el amo de mi casa? ¿No tengo el derecho de conocer las cartas que á mi mujer le escriban?... Tal vez se la haya dejado por su cuarto... ¿Por qué no he de verlo? Esa sería la única manera de quedarme algo más tranquilo.

Y el conde fué á dirigirse hacia las habitaciones de su mujer.

Pero cuando ya iba á franquear la puerta del aposento, se detuvo murmurando:

—Vaya, eso no estaría bien hecho: descender yo hasta ese extremo, rebajarme hasta el punto de espiar... Nada, nada; estaba loco, y yo mismo no sabía lo qué iba á hacer.

Y otra vez volvió á dejarse caer en la butaca.

Pero no permaneció mucho tiempo allí.

El deseo volvió á dominarle, y otra vez dijo:

—No puedo vivir con esta impaciencia; es preciso que yo la calme de una manera ó de otra. Ocasión como la de hoy, difícilmente se me presentará.

Y volvió á dirigirse á la habitación de Isabel, y otra vez se detuvo, hasta que, finalmente, penetró, resuelto á todo.

Su mano febril estuvo reconociendo todos los cajones de los muebles que había en el aposento.

Mas aquella carta no aparecía.

—Empeño inútil,—decía con acento de amargura;—si esa carta le interesaba, ó la habrá destruido, ó quizás la tenga tan guardada que no me sea dable encontrarla.

Pero de pronto llamó su atención el traje de casa que vestía aquella tarde Isabel.

Maquinalmente y como persona que obra impulsada por una fuerza irresistible, cogió el traje y metió la mano en los bolsillos.

Una exclamación de alegría se exhaló de sus labios.

Acababa de tocar algunos papeles.

—Aquí está,—dijo.

Y sacó dos ó tres papeles y una carta encerrada bajo un sobre.

—Ahora voy á saberlo todo,—exclamó.

Pero como si se arrepintiera de sus palabras, y más que todo, de su acción, volvió á dejar los papeles donde estaban y se alejó de aquel sitio.

Sin embargo, la atracción era demasiado grande.

No pudo resistirla, y cogió otra vez el vestido y sacó los papeles.

Y sus ojos se fijaron en el sobre de la carta, y una palidez espantosa sucedió rápidamente al enrojecido color que antes había aparecido en sus mejillas al tropezar con los papeles.

—¡Esta es letra de Rosendo!—dijo con voz sorda.

CAPITULO XC

Dos heridos de un mismo golpe

DURANTE algunos segundos, el conde permaneció inmóvil, mirando aquel sobre.

—Pero señor,—dijo después;—¿qué tiene que escribir Rosendo á mi mujer? ¿quién le ha autorizado á sostener estas relaciones con ella, á espaldas de su marido? Es infame lo que estoy haciendo, ¿pero acaso habría algún marido en mi lugar que no lo hiciera?

Y Quiros sacó la carta que estaba encerrada en aquel sobre que tanto efecto le produjera.

Lo primero que hizo fué buscar la firma.

Era de Rosendo.

—¡Ya no se puede dudar!—exclamó;—¡quién hubiera de decirme que había de pasar por esta nueva amargura!

Y el conde leyó lo siguiente:

«Señora marquesa:

»Aun cuando despedido de su casa por consecuencia de

sucesos que no quiero calificar, ruego á usted que mañana consienta en recibirme, porque es de gran importancia lo que tengo que decirla.

»No tema usted que de mis labios salga ninguna frase que la pueda ofender, pero crea usted que es de gran importancia para la tranquilidad de todos, el que usted consienta en recibirme.

»Con la seguridad de que lo hará usted, tendré la satisfacción de pasar á ofrecerla mis respetos á las doce.

»Hasta mañana, pues.

»*Rosendo de Vargas.*»

—¿Qué tranquilidad es esta á que se refiere Rosendo, diciendo que la de todos depende de esa entrevista?

Y otra vez volvió á leer la carta y de nuevo sus ojos se fijaron en los otros papeles que había sacado del bolsillo.

Dos de ellos eran completamente insignificantes.

Pero en cambio, el otro, arrugado y demostrando que hacía mucho tiempo que andaba rodando por los bolsillos de la dama, llamó su atención.

Lo desdobló y exclamó como cuando había visto el sobre de la carta anterior:

—¡Letra de Rosendo también!

Y se puso á leer precipitadamente aquella carta, que precisamente era el anónimo que Isabel había recibido en Sevilla revelándole los amores de su marido con la gitana.

—¡Oh! ¡Infame!—exclamó con un acento en el que vibraba la cólera y la indignación.—Ahora lo comprendo todo.

Y volvió á leer el anónimo.

Y cuando se hubo enterado bien de él, añadió:

—Por mi nombre, que yo juro que quien ha escrito esto no volverá á escribir nada semejante.

Y volvió á dejar los papeles en el mismo sitio en que estaban y salió de la estancia.

*
* *

Largo rato llevaba el conde en su habitación, entregado á sus meditaciones, cuando de pronto entró el criado, diciéndole:

—Dispénseme usted, señor conde, si á pesar de la orden que antes me dió, me veo obligado á faltar á ella.

—¿Qué quieres decir?

—No ha sido mía la culpa.

—Pero bien, ¿qué es lo que sucede?—dijo el conde, mirando con irritados ojos al criado.

—Yo no había caído en dar la orden al portero y como que éste sabía que el señor conde estaba en casa...

—¡Acaba!

—Pues bien; ha llegado...

—¿Quién?

—Ha llegado una señora.

—¡Una señora!

—Que solicita con insistencia ver al señor.

—¡Verme á mí! ¿La conoces? ¿sabes quién es?

—No he podido verle el rostro, porque el velo que la cubre es muy espeso. Me ha parecido muy agitada.

—¿Pero no será Mariquita?

—¡Cá, no, señor! La hubiera conocido al momento.

—¿Y tú le has dicho á esa dama?...

—¡Ya lo creo! Que no estaba usted.

—Entonces...

—Me ha manifestado que el portero la había dicho que estaba, y lo que tenía que decir á usted era muy interesante, que

no le entretendría mucho, y que me apresurase á pasarle recado.

—¿Y no le has preguntado su nombre?

—Sí, señor.

—¿Quién es?

—No ha querido decírmelo.

—Pues entonces yo tampoco quiero recibirla. Sal y dila que no recibo á quien no conozco.

—Dispénseme usted, señor conde,—dijo entonces una voz desde la puerta;—me conoce usted demasiado.

Volviéronse vivamente amo y criado y en el umbral de la puerta vieron á una mujer, cubierto el rostro por el velo de la mantilla.

El sonido de su voz recordó efectivamente á Joaquín el de otra que había escuchado en varias ocasiones, sin que en el momento pudiera definir á quién pertenecía.

Hizo una señal al criado para que se alejara y un momento después estaban solos en el aposento, Quiros y la desconocida.

*
* *

Lleno de curiosidad, dijo el conde:

—Ahora ya estamos solos, señora, y me parece que puede usted decirme quién es.

La dama, por toda contestación, levantó el velo que cubría su semblante.

—¡Feliciana!—exclamó el conde dando un paso hacia la esposa de Vargas, pues era ella efectivamente la persona que estaba en su presencia.

—Sí, señor, yo soy, y debe usted comprender que cuando á estas horas me encuentra usted en su casa, algún motivo muy grave me ha conducido aquí.

—Tome usted asiento, y ya sabe usted que sea la que quiera la hora en que aquí venga, como á su casa viene, no debe tener reparo alguno.

—Mil gracias, conde; pero á pesar de lo que usted me dice y aun cuando para obligarme á abandonar Sevilla ha habido una causa poderosísima, puede estar seguro que no habría venido á molestarle, á no haber recibido esta tarde una carta en la cual se me decía que podía venir á verle puesto que usted lo sabía todo.

—¡Yo!—exclamó sorprendido Quiros.—¿Y qué es lo que yo sé?

—La desgracia que á los dos nos hiere.

—Pero Feliciana, ¿qué está usted diciendo? Permítame usted que me asombre, porque hasta ahora ni me explico la razón que ha tenido usted para abandonar á Sevilla, ni el por qué Rosendo nos ha ocultado su estancia en Roma, ni su presencia en esta casa á semejantes horas.

—¿Qué no se lo explica usted?

—No, señora.

—¡Pero por Dios, conde! si yo tengo noticias de la situación excepcional en que se encuentra usted con Isabel.

—¿Qué usted lo sabe?

—Sí, señor.

—¿Quién se lo ha dicho?

—El mismo que me ha obligado á salir de Sevilla.

—¿Pero quién es?

—Un amigo desconocido á quien, á pesar del mucho daño que me ha hecho, he de agradecerle, sin embargo, que me haya quitado la venda de los ojos.

El conde no pudo menos de estremecerse.

—Vamos á ver, amiga mía,—dijo, procurando serenarse,—no perdamos la razón y hablemos con entera ingenuidad. ¿Sabe Rosendo que está usted en Roma?

—No, señor.

—¿Y por qué no lo sabe?

—Porque he querido sorprenderle; he querido que no pudiera negarme su infamia.

—Y esa infamia, ¿quién se la había dicho?

—¿No se lo indiqué antes? Ese amigo desconocido que, por lo visto, debía estar muy bien informado.

—Y ese amigo ¿quién es?—dijo el conde, pasándose la mano por la frente, que la tenía cubierta de sudor.

—Lo ignoro.

—¿Y le cree usted?

—Como que he visto justificado todo cuanto me decía.

—¡Oh!

Y Quiros se llevó entrambas manos al pecho.

—Vamos á ver, conde; ahora me toca á mí ser quien interrogue, y ruego á usted me conteste del mismo modo que yo lo hice.

—No comprendo.

—¿Es ó no verdad que su esposa de usted le ha retirado su cariño, pretextando las relaciones que ha sostenido usted con cierta gitana que se trajo de Sevilla?

—Es verdad.

—¿Y es cierto también que está usted celoso porque alguien le ha dicho que Isabel conserva en su corazón el recuerdo de otros amores...?

—¡Basta, Feliciana, basta; no encienda usted mi cólera!

—¿Pues no ha deseado usted que yo viniera á verle? ¿No ha sido usted quién ha autorizado á ese amigo desconocido, según me dice en su carta de hoy, para que viniese á verle?

—¡Yo! pero ¿está usted en su juicio, Feliciana?

—Así se me ha dicho.

—¿Pero quién?

—Véalo usted.

Y la joven sacó del bolsillo una carta que mostró á Joaquín.

Este la cogió, miró su letra y no pudo conocerla.

—Léala usted,—dijo Feliciana.

El conde leyó la carta.

Y la sorpresa, á medida que avanzaba en su lectura, iba retratándose en su rostro de un modo sobradamente perceptible.

Por supuesto, que había razón para ello.

En aquella carta se decía á la esposa de Rosendo que podía sin temor alguno ir á ver á Joaquín porque éste ya estaba enterado de todo.

Que conocía la conducta de su esposa, que sabía ya que Rosendo había salido de Sevilla porque salió Isabel, y que fué á Roma porque ella había ido allí.

Que él había sido el autor de la carta que ella recibió, en que se le revelaba que su marido estaba en relaciones con una *cantaora* de taberna, con objeto de que el despecho ó el afán de tomar la revancha, la llevaran á sus brazos.

Que era menester que tomasen juntos una determinación, porque el escándalo en Roma era grande y precisaba ponerle remedio.

Que ya sabía el conde que ella estaba en aquella ciudad, y que, por lo tanto, la esperaba.

En resumen; la carta no dejaba lugar á duda alguna.

El conde la leyó lentamente, y cuando hubo concluido se la devolvió á Feliciana, diciéndola:

—Ya ve usted la situación en que estamos. No creí que hubiera quien pudiera estar más enterado que yo mismo de lo que pasaba en mi casa y hasta de lo que yo pensaba.

CAPITULO XCI

La explosión

El conde pronunció las anteriores frases con una frialdad, con una indeferencia, que no pudo menos de llamar la atención de Feliciana.

No podía explicarse aquella actitud en persona que tenía fama de valiente, que se le citaba como modelo de pundonor y de quien todos los que le conocían, no vacilaban en asegurar que amaba á su esposa con locura.

Y sin embargo, la actitud de Quiros estaba perfectamente explicada.

El había resuelto ya, desde el momento en que encontró en las ropas de su mujer las cartas que suponía de Rosendo, lo que con éste debía hacer.

Así era que la revelación de Feliciana no le podía sorprender desde el momento en que sabía lo más esencial.

Lo único que preocupaba su imaginación, lo que realmente tenía para él gran significado, era lo de aquellas cartas enviadas á la mujer de Vargas.

¿Quién las había escrito? ¿quién conocía tan íntimamente todos aquellos sucesos? ¿quién tenía interés en que se produjera el escándalo?

Porque indudablemente debía de comprender el que fuera, que no habían de permanecer inactivos aquellos á quienes hería el suceso en cuestión.

Este era el trabajo á que estaba sujeto el pensamiento de Quiros, mientras hablaba.

Adivinaba, desde luego, que había una mano que todo aquello lo había impulsado.

¿Pero á quién pertenecía ésta? ¿quién tenía interés en su desgracia? ¿quién estaba, finalmente, tan enterado de todo y que con tanto lujo de detalles lo pudiera manifestar?

Este era el gran problema á resolver que tenía Quiros.

Es verdad que muchos de los hechos se habían traslucido, que su misma conducta había permitido que se formaran sobre ella toda clase de comentarios; mas á pesar de esto, la verdad era que nadie se hallaba tan al corriente como parecía demostrarlo el autor de aquella carta.

* * *

Como hemos dicho, Feliciana miraba llena de asombro á Quiros.

Había presumido en él una explosión de ira; pero nunca se hubiera imaginado aquella especie de apatía que advertía en él.

Y su sorpresa se reflejó de tal modo en su semblante, que Joaquín la comprendió, y dijo sonriéndose tristemente:

—Veo, amiga mía, que llama su atención de usted, lo que juzga, sin duda, indiferencia de mi parte, ante la desgracia que nos aflige, y debo dar á usted una ligerísima explicación.

—No tiene usted necesidad de decirme nada, porque para usted, distraído ya por amores nuevos y perdida la senda de la tranquilidad doméstica, no debe significar gran cosa por lo visto, la infidelidad de su esposa. He oído decir que en nuestra sociedad, en esa sociedad á la cual pertenecemos usted y yo, cosas semejantes se ven todos los días y nadie se preocupa de ellas.

—Pues está usted en un error, amiga mía; yo me preocupo más de lo que usted se imagina y tengo formada ya mi resolución.

—¿Y cuál es?—preguntó vivamente Feliciana.

—Permítame usted que me la reserve. A su tiempo tendrá ocasión de conocerla.

—Me parece...

—Sí; que tiene usted derecho para ello, lo reconozco; pero como que yo también estoy en el mío de reservar aquello que estime más oportuno, me lo reservo hasta que juzgue conveniente obrar.

—Como usted quiera,—dijo la esposa de Rosendo, á quien empezaba á sorprender la calma con que hablaba el joven.

—Conforme usted me hablaba,—prosiguió Quiros,—más que el hecho á que usted se refería, lo que llamaba mi atención, lo que en realidad me está sorprendiendo en todo este asunto, es la personalidad que se esconde detrás de ese *amigo desconocido* que le ha escrito esas cartas.

—¿Y eso le llama á usted la atención? ¿Acaso no cree usted que en el mundo hayan personas todavía, amantes de la justicia, que se subleven contra lo que es indigno y que no vacilen en decir á la esposa engañada el engaño de que es víctima?

—Amiga mía, en nuestra sociedad, puede usted estar se-

gura que cuando se da ese paso, por algo se hace; personas tan desinteresadas como usted cree, tan amantes de la justicia y que tomen á su cargo la caritativa empresa de abrir los ojos al que no ve, clavándole para ello agudo puñal, y haciendo así la cura mucho peor que la enfermedad, alguna razón les impulsa. Por eso es por lo que yo busco la piadosísima persona que ha destruido la paz de su corazón de usted y que debe ser la misma también, que de mí se ha ocupado en varias ocasiones.

—Pero el hecho, ¿es cierto ó no?

—Yo me guardaré mucho de afirmarlo, Feliciana; puesta la mano sobre mi corazón, crea usted que no sé qué pensar.

—Pero Isabel...

—Isabel se ha perdido para mí... ¡quién sabe si por alguna de estas oficiosidades propias de esos amigos desconocidos, por el estilo que el que se ha dirigido á usted!

—No negará usted que Rosendo tuvo relaciones con Isabel y que iba á casarse con ella.

—Todo, todo lo sé, amiga mía; nada ignoro, y como ya le he dicho, tengo mi resolución formada. Pero, créame usted, que haría toda clase de sacrificios por conocer á la persona de quien se trata.

—Y dígame usted, conde: ¿qué es lo que me aconseja que haga en este caso?

—Esperar.

—¡Esperar!—exclamó sorprendida la esposa de Vargas.

—Sí, amiga mía; esperar, en la inteligencia que yo la prometo que no ha de esperar mucho.

—¿Pero qué quiere usted hacer? ¿qué ha de esperar usted?

—Yo mismo lo ignoro; pero quiero esperar, como la he dicho.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta mañana.

—Cuando he venido aquí, había estado en el teatro, y allí he visto á la marquesa.

—¿Y Rosendo?

—He sabido que había salido de su casa con Gaspar.

—¡Siempre Gaspar!—murmuró Quiros con voz apenas perceptible y frunciendo el entrecejo.

—¿Qué decía usted?—preguntó Feliciana, que no había comprendido lo que el conde acababa de decir.

—Nada, ideas que se me ocurren, que tal vez tengan relación con el profundo disgusto que nos agobia.

*
* *

Feliciana abandonó la casa de Quiros mucho más preocupada que había entrado en ella.

Cuando llegó allí, lo hizo bajo la presión de la excitación que en ella había producido la carta que recibiera.

Como había dicho muy bien á Quiros, salió de su casa, y se puso á observar la del conde.

Y vió salir á Isabel y supo que había ido al teatro, porque hizo que su carruaje fuera siguiendo al que conducía á la marquesa.

Después, y cada vez más exaltada, marchóse á la casa de su marido.

Allí la dijeron que hacía poco habían salido éste y Gaspar.

Entonces volvió al teatro, por si acaso estaba allí.

Su celosa mirada lo escudriñó todo, todo lo quiso ver y no encontró á las personas que buscaba.

Entonces fué cuando se dirigió á la casa de Quiros.

En la maldita carta que recibiera aquella tarde, se la indicaba que el conde lo sabía todo, que no ignoraba su estancia

en Roma, que la esperaba y que estaba dispuesto á obrar tan luego la hubiese visto.

Dominada por el mismo vértigo, allí se dirigió, y ya hemos asistido á su entrevista.

Pero cuando salió, calmada ya la primera impresión, la joven comenzó á reflexionar.

Y sin que ella misma se pudiera dar cuenta, encontraba en aquellos momentos algo, en la actitud bajo la cual se le había presentado Quiros, que la aterraba.

Había juzgado que al unirse sus dos indignaciones, el choque debía producir una explosión violenta.

Pero no había sucedido así.

Encontró á Joaquín tranquilo, impasible, y aquella calma en medio de una tempestad tan furiosa como la que debía rugir en sus corazones, la sorprendía y la llenaba de espanto al propio tiempo.

¿Qué había querido decir con esperar hasta el siguiente día?

* * *

Feliciana ignoraba la carta que Isabel había recibido aquella tarde, escrita por Rosendo, carta que, como sabemos, había leído Quiros.

Y aquella espera que el conde había dado á la joven no tenía más objeto que el de enterarse si aquella visita se realizaba, á fin de obrar en su consecuencia.

No pensaba provocar escándalo de ningún género en su casa.

En medio de todo, tenía la seguridad de que su mujer no le había faltado ni podía faltarle.

Conforme había ido reflexionando, se afirmó mucho más en esta idea.

Mas no por eso dejó de condenar en su interior á Rosendo.

Aquella maldita carta, ajada por el tiempo que Isabel la llevaba en el bolsillo, carta que, aun cuando no estaba firmada por Vargas, no podía negarse que era escrita por él, había sido la sentencia de muerte del esposo de Feliciana.

Esto no podía decírselo á la joven.

Por eso la había indicado que esperase hasta el día siguiente.

Después que la joven se hubo marchado, Joaquín volvió á su anterior inmovilidad, inmovilidad que tenía su explicación en las frases que se escaparon de sus labios.

—Ese amigo desconocido para Feliciana, indudablemente es muy conocido nuestro. Rosendo no es posible que escribiera esas cartas á su mujer. ¿Quién las ha escrito entonces?

Y al llegar á este punto se detenía Quiros, porque realmente era muy aventurado pronunciar un nombre.

Y sin embargo, aquel nombre lo tenía, como vulgarmente se dice, en la punta de la lengua.

Con una lucidez extraordinaria, comenzó á recordar escenas pasadas hacía mucho tiempo.

Recordó que Gaspar había sido quien le hizo las primeras indicaciones respecto á la gitana, quien había excitado sus deseos, quien había despertado su capricho.

El, lo mismo que Vargas, le habían acompañado á las juergas de Triana.

Gaspar era quien había deslizado en su oído las primeras frases referentes á las supuestas inteligencias que pudieran mediar entre Isabel y Vargas, y finalmente Gaspar era el que en aquellos momentos estaba empujándolos sin cesar, por el camino del escándalo y de la locura.

CAPITULO XCII

Tratamos de lo mismo

QUIROS no pudo dormir en toda la noche.

Cuando llegó su mujer del teatro, trató de dirigirse á su encuentro.

Pero después reflexionó, y dijo:

—¿Para qué? ¿de qué me serviría provocar una escena ahora, que quizás retrasaría la resolución que ya he tomado? Mañana, ó Vargas ó yo, habremos dejado de existir, y es conveniente que tenga prudencia por ahora.

Pero á pesar de esto, Quirós, ni pudo encontrar descanso, ni era posible tampoco que lo pudiera tener.

Era demasiado violenta su situación.

Su amòr por Isabel, crecía en la proporción que se acentuaba la frialdad y la indiferencia de la joven.

No sentía celos, porque, como hemos dicho, tenía la seguridad más completa en la virtud de su mujer.

Pero le irritaba el recuerdo de que Vargas hubiese sido su amante y la convicción que abrigaba en vista de la carta

que encontró en el traje de su esposa, de que él con aviesa intención, sin duda, hubiera revelado á Isabel las inconveniencias de su conducta.

Entretanto, Gaspar estaba, como vulgarmente se dice, bañándose en agua rosada.

La tarde anterior, había entregado una carta á Muller, diciéndole:

—Es menester que esta carta llegue á su destino, sin que digas quién la envía, ni pretendas tampoco esperar contestación.

—Está entendido lo que usted quiere,—repuso el alemán cogiendo la carta y guardándosela.

—Cuando hayas cumplido ese encargo, vuelve inmediatamente, porque es preciso que te dé otro.

—Puede usted, desde luego, suponer que éste satisfará cumplidamente su deseo.

—Así lo espero.

—Y si usted quiere decirme qué es lo otro que debo hacer, no perdería el tiempo yendo y viniendo.

—No; tiempo hay de sobra.

—Como usted quiera.

***

Muller salió de la habitación de su amo, dirigiéndose á la suya para cambiar de traje é ir donde se le había mandado.

Pero una vez que estuvo solo, miró el sobre de la carta, y no pudo menos de exclamar:

—¡Hola! Va dirigida á la señora que me encargó averiguase si había llegado á Roma. Y quiere que llegue á su poder sin que sepa que es él quien se la dirige. Esto me huele á anónimo. ¡Cuando yo digo que hay misterio en todo lo que estoy viendo!...

Y comenzó á vestirse, murmurando á la par:

—¡Cuánto daría por saber lo que dice en esta carta! Pero y si mi amo me llama ó se le antoja venir á burcarme...

Y concluyó de vestirse, y los deseos de conocer lo que dentro de aquel sobre se encerraba, fueron más vehementes.

Cogió la carta, le dió una porción de vueltas, y murmuró:

—Está pegada con goma, y mal pegada por cierto. Tan pronto como yo podría abrir esta carta...

Por fin, no pudiendo contener más su curiosidad, se dirigió á la cocina de la fonda, pidió una vasija con agua caliente, la llevó á su cuarto, puso la carta de modo que recibiera el vapor por la parte en que estaba cerrada, y algunos minutos después se enteró perfectamente de lo que en ella decía Gaspar.

—Pues señor,—murmuró,—esto ya es algo. ¡Qué demonio es mi amo, y como sabe manejar estos líos! Pero señor, ¿será posible que á todas las personas á quienes sirvo se encuentren mezcladas en asuntos de esta naturaleza? Ya procuraré recordar bien todo esto para apuntarlo después y formar mi composición de lugar.

Y el alemán cogió la carta y la llevó á su destino.

*
* *

Cuando Muller regresó, después de haber cumplido su encargo, le dijo su amo:

—Ahora entérate bien de lo que te voy á decir.

—Hasta ahora, me parece que no ha tenido usted motivo de queja en los encargos que me ha dado.

—Ya lo sé; pero éste que te voy á confiar es tal vez el más delicado de todos.

—Pues venga, señor, que al servicio del señor marqués

de la Florida, he tenido también ocasión de desempeñar misiones muy delicadas.

—Sí; me lo figuro, porque conozco á ese muchacho lo suficiente para comprender que algo habrás tenido que trabajar en su casa.

—Bastante.

—Conque vamos á ver; entérate bien de lo que te voy á decir.

—Diga usted.

—En primer lugar, vas á tomar un carruaje que deberás tener á tu disposición, para seguir á la persona á quien vas á vigilar desde este momento.

—¿Y quién es esa persona?

—La misma señora á quien le has llevado la carta hace un momento.

—¡Ah! Ya sé.

—Si sale de su casa, la sigues, enterándote minuciosamente de todo cuanto haga.

—Pero comprenda usted que si habla con alguien ó penetra en sitios que yo no pueda penetrar, será difícil, por no decir imposible, que satisfaga su deseo.

—Con que me digas los sitios donde ha estado, me basta.

—¿Y si no sale de su casa?

—En ese caso tu misión será mucho más fácil de cumplir.

—¿Es decir, que he de permanecer entonces en observación?

—Sí por cierto.

—¿Y si alguien entra en ella que á usted le interese y yo no le conozco?

—Las únicas personas que pueden entrar allí para verla las conoces ya. Pero para esto había de mediar antes algún aviso que ella les enviara.

—¿De modo, que también quiere usted que siga á la persona que salga de su casa?

—No,—repuso Gaspar al cabo de algunos momentos de reflexión.

—¿Es decir, que yo lo que debo hacer únicamente es permanecer allí?

—Justamente.

—¿Y qué personas son las que usted dice que yo conozco y que pueden visitar á esa señora?

—El conde de Quiros y su esposa.

—¡Ya!

—Fuera de éstos, no creo que nadie más vaya á visitarla.

—Está comprendido. ¿Y hasta que hora ha de durar mi facción?

—Hasta que tú comprendas que ya no es posible que vaya nadie á la fonda donde reside esa señora.

—Está muy bien.

Muller fué á cumplir su encargo, y Gaspar salió á paseo con Rosendo, según vimos en otro lugar.

Cuando regresó de su paseo, el jorobado restregábase las manos lleno de satisfacción porque había observado que Rosendo estaba escribiendo una carta.

Poco después, el joven llamó á su criado y le dió el encargo de llevarla á su destino.

Gaspar lo había estado observando todo esto desde su habitación, y murmuró:

—Ahora es cuando tengo la confianza en el éxito. Ya era tiempo de que pudiera disfrutar de una verdadera alegría. Después de esto quedará alzada entre los dos esposos una barrera de sangre que ya no será posible que la franqueen ninguno de los dos. Si muere Rosendo, malo; si muere Quiros, mucho peor. Lo que es la marquesa ha de reconocer bien

á su pesar, que no tan fácilmente se puede jugar conmigo. Vamos á ver qué es lo que nos dice este otro.

Y entró en la habitación de Vargas.

*
* *

Este se hallaba profundamente pensativo.

Después de haber escrito la carta y de haberla enviado á la marquesa, casi se arrepentía de haberlo hecho.

—¡Hola! ¿Has terminado ya tu correspondencia?—dijo Gaspar al entrar en la habitación de Rosendo.

—Sí; bien corta era por cierto,—repuso éste alzando la cabeza.

—¿Sin duda habrás escrito á la marquesa?

—Sí; no me ha parecido mal tu idea y la he aceptado, porque verdaderamente me duele lo que está haciendo Joaquín, máxime cuando si lo hace es por esa tenacidad de que está dando tan repetidas muestras Isabel.

—De eso, lo único que puede resultar es una cosa.

—¿Qué?

—Que Isabel rechace tus oficiosidades, con lo cual te daría entonces ocasión para hablar por cuenta propia.

—Pero hombre, ¿es posible que tengas tan mala lengua?—repuso Rosendo haciendo un gesto de disgusto.

—Llamáis malas lenguas á dar á las cosas su verdadero nombre. Si precisamente eso es lo que tú estás deseando.

—No sé quién te lo ha dicho.

—Yo que lo veo.

—Pues tienes la suerte de ver las cosas bajo un prisma detestable.

—Detestable podrá ser, bajo el punto de vista de la moral, pero no puedes negarme que es verdadero.

—En fin, dejemos esa cuestión. ¿Qué vamos á hacer esta noche?

—Lo que tú quieras. Iremos al teatro si te parece.

—No tengo gana; estoy ya cansado de teatro, así como empiezo á cansarme de todo, y si después de mi entrevista con Isabel no consigo nada, pienso volverme á Sevilla.

—¡Hola! parece que quieres volver á la vida pacífica.

—¿Acaso tiene algo de agradable la que aquí estamos llevando?

—Siempre se divierte uno, y cuando menos, olvida disgustos y contrariedades de que siempre adolece la humanidad.

—Yo no tengo nada que olvidar,—contestó secamente Rosendo.

—Pues dichoso tú que te encuentras libre de los quebraderos de cabeza que produce siempre el pasado, y que á todos, y á mí el primero, tanto nos ha mortificado.

CAPITULO XCIII

Una imprudencia de Muller

AQUELLA noche Vargas y el jorobado no fueron al teatro, prefiriendo irse á correr una de aquellas escandalosas aventuras que tanta fama dieron en Roma á los tres españoles.

Cuando Gaspar se retiró á la fonda, eran ya las primeras horas de la madrugada.

Muller estaba allí, después de haber cumplido su comisión con la mayor escrupulosidad y esperaba á su señor.

Este, al verle, asegurándose primero de que no podía escucharle su amigo, le preguntó:

—¿Cumpliste mi encargo?

—En todas sus partes. No faltaba más sino que sabiendo que interesaba tanto á mi señor, no lo hubiese hecho.

—¿Y qué?

—La esposa del señor de Vargas...—empezó diciendo Muller.

—¡Qué! ¡qué has dicho!—preguntó el jorobado, que no

pudo menos de estremecerse al ver que su criado sabía quién era la dama encubierta.

—¿No es acaso doña Feliciana de Arellano la esposa del señor don Rosendo?

—¿Pero quién te ha dicho á tí eso?

—Nadie, señor; pero yo tengo por costumbre enterarme bien de todo aquello que puede interesar á mis señores, y aun cuando tengo buena memoria, para evitar que se me olviden ciertas cosas, las anoto en un cuadernito que tengo destinado á ese objeto exclusivamente.

—¡Excelente costumbre!—replicó Gaspar; mas en sus ojos brilló algo que ni pudo ver Muller, ni aun cuando lo hubiera visto quizás hubiera adivinado la verdadera causa.

Contestando al elogio que acababa de hacer Gaspar, dijo Muller:

—Esa es una costumbre que tengo desde hace mucho tiempo, desde que empecé á servir. A veces á los señores se les suele olvidar alguna circunstancia que la deberían recordar, y mis apuntes sirven maravillosamente para el caso.

—¡Pues ya lo creo!

—Y no crea usted, que esto me ha valido bastantes elogios por parte de mis señores.

—Lo mismo que te los tributo ahora yo también. Lo único que te encargo es que guardes profundo secreto respecto á esa señora.

—¡Quiere usted callar! ¡pues qué! ¿ignoro acaso que cuando usted obra así, razones muy importantes han de asistirle?

—No lo sabes tú bien. Conque vamos, cuéntame todo lo que has hecho esta noche.

Muller refirió entonces á su amo cuanto ya conocen nuestros lectores, referente á los viajes hechos por Feliciana, determinando el tiempo que pasó en la habitación de Joaquín.

La fisonomía del jorobado reflejaba el innoble gozo que aquello le producía.

Y cuando hubo concluido, le dijo:

—Perfectamente; veo que sirves muy bien para misiones como la que te he confiado y como á mí me gusta premiar siempre á los que bien me sirven, voy á darte lo que mereces.

—Pero señor, si yo no hice más que cumplir con mi deber,—repuso Muller, tomando cierto aire ofendido, del cual maldito el caso que hizo su señor.

Este sabía el valor que tiene en momentos determinados un billete de diez duros, y se lo entregó á su ayuda de cámara, diciéndole:

—Esto no es más sino una pequeña muestra de lo que soy capaz de hacer.

—E igualmente lo que yo hice también es una ligera muestra de lo que yo puedo ejecutar.

Gaspar, cuando se hubo retirado á su cuarto, restregóse las manos lleno de satisfacción, diciendo:

—Pues señor, esto marcha perfectamente hacia su desenlace. Ya tengo ganas de que llegue éste, porque me conviene marchar á Sevilla, y dar una vuelta por mi hacienda.

*
* *

Después, reflexionando sobre lo que había dicho Muller, exclamó:

—Vean ustedes un criado curioso. Tendría gusto en conocer todos esos apuntes, digo, si es que los conserva. ¡Y vaya si los conservará!—prosiguió al cabo de algunos momentos.—Poco marrullero que es ese mozo. No hay más que verle para comprender que tiene más conchas que un galápa-

go. Debe ser capaz de todo. Estos criados son los que convienen para ciertas empresas.

Y Gaspar quedóse algún tiempo silencioso, hasta que, recobrando sin duda imperio en su pensamiento la idea referente á Quiros, volvió á decir:

—Mañana será el gran día. No hay remedio; la incógnita va á despejarse tal como yo he pretendido. Veremos entonces si todavía duda Isabel de mi poder.

Y sonriéndose con la idea de la venganza, aquel miserable se quedó dormido.

Cuando despertó, hacía ya mucho tiempo que el sol había comenzado su curso.

Pasóse las manos por los ojos y llamando á Muller, le dijo:

—¿Cómo no me has llamado, sabiendo que ya era tan tarde?

—El señor no me dijo nada y como que no tiene costumbre de levantarse temprano...

—Hoy me convenía hacerlo.

—Si me lo hubiese encargado...

—¿Se ha levantado ya Vargas?

—Sí, señor.

—¿Ha preguntado por mí?

—Y le he dicho que todavía estaba usted durmiendo.

—¿Pero está en la fonda?

—No, señor. Ha salido hace un momento.

—¡Que ha salido!

Y Gaspar miró el reloj, añadiendo después:

—Si todavía no es hora.

—Se conoce que han venido á buscarle.

—¿Quién?

—Lo ignoro, aun cuando no sé por qué me figuro que debe haber sido su mujer.

*
* *

Al escuchar estas palabras, palideció de un modo intenso Gaspar.

La noticia que más sorpresa podía causarle, lo que menos se podía imaginar, era precisamente lo que Muller acababa de decir.

No era presumible, por ningún estilo, que Feliciana hubiese enviado á buscar á su marido.

¿Con qué objeto? ¿para qué? ¿qué le podía decir? ¿qué razón existía para que le enviase á buscar, después de los pasos que había dado en sentido totalmente diferente?

Para enviar á buscar á Vargas, ¿por qué había ido el día anterior á ver á Quiros?

La suposición de Muller era completamente absurda.

Era una suposición que ni tenía razón de ser, ni podía hacerla nadie que tuviera sentido común.

Así lo calculó Gaspar, que dijo:

—¿Y de dónde has sacado tú que sea la mujer de Vargas quien le ha enviado á buscar?

—Porque me han dicho los camareros de la fonda, que quien ha traído la carta, les ha parecido que no era criado de ninguna casa particular, sino que debía ser dependiente de alguna otra fonda.

—¡Qué horrible contrariedad podría ser ésta!—murmuró el jorobado estremeciéndose.—¿Y no te se ha ocurrido, ya que has pensado que podía ser eso, haberte marchado en seguimiento de Vargas?

—Esperaba que usted se levantara para decirle lo ocurrido y que me diera instrucciones.

—¿Pero no comprendes que mientras tanto ha podido ya perderse un tiempo precioso?

—¡Quién sabe!

—¿Cuánto tiempo hace que se ha marchado Vargas?

—Escasamente hará un cuarto de hora.

—Pues vete al punto; vete á ver si por casualidad se confirman tus sospechas.

—Yo me temo mucho que ha de ser lo que he dicho.

—Pues yo no, porque eso fuera un contrasentido inexplicable.

—¡Oh! Es que precisamente esos contrasentidos suelen presentarse en asuntos que se relacionan con mujeres.

—¡Ea! No pierdas tiempo, ni divaguemos ahora en entretenernos en apreciaciones de cierto género.

—Y si por casualidad, cuando yo llego ha salido ya don Rosendo, ó bien no es allí donde ha ido, ¿he de permanecer observando á esa señora ó he de regresar inmediatamente?

Gaspar quedóse pensativo algunos momentos.

Después, dijo:

—No; limítate á averiguar si está allí, ó si Vargas se ha marchado ya.

—Está bien.

*
* *

Quedóse Gaspar lleno de inquietud.

Porque si era cierta la suposición de Muller, todo su plan iba por tierra.

Porque en el mero hecho de haberle enviado á buscar su mujer, tenía que resultar de aquella entrevista una explicación.

Esta explicación, quizás entrañase la visita hecha la noche anterior por Feliciana á Quiros, y como consecuencia natural,

Vargas ya no querría ir á ver á Isabel, y por lo tanto, todo el plan iba por tierra.

—¡Pero cá, si no es posible!—decía el jorobado paseándose por su aposento.—No hay cabeza humana donde quepa que una mujer enterada de lo que su marido ha hecho, y mucho más después de haber hablado con el esposo de su rival y de haberse puesto de acuerdo, porque sin duda alguna así lo habrán hecho, vaya ahora á cometer esa simpleza.

Pero otras veces, decía también:

—Por supuesto que la verdad es que nada de particular tendría que así hubiera sucedido. Lo que ha dicho Muller ya tiene razón. Con las mujeres suele suceder que se realiza siempre aquello que es ilógico. Vean ustedes por dónde todo el trabajo de tanto tiempo se iría al demonio; porque vamos, si esto hubiera sucedido, no habría que pensar por ahora en que diese ningún resultado.

Cada rumor que escuchaba en la galería donde daba su habitación, hacíale detenerse á escuchar, por si acaso era Muller que le llevaba alguna noticia.

Y cuando se convencía de que no era á su habitación donde se dirigían, murmuraba con una expresión de desaliento indescribible:

—Fíese usted de la actividad de los criados, ni del interés que se tomen; hace ya tres cuartos de hora que se ha ido, y tenía tiempo de sobra para haber hecho esa pregunta y haber venido.

En uno de estos momentos dieron dos golpes á la puerta.

—¡Adelante!—exclamó.

Y cuando vió á Muller, dijo:

—¡Gracias á Dios que has venido!

—Pues mire usted; no me he detenido más que el tiempo

necesario para ir y volver, porque precisamente cuando ya estaba próximo, he visto salir de la fonda á don Rosendo.

—¿Te ha visto él?

—No, señor; porque en cuanto le distinguí, aprovechándome del aire distraído con que caminaba, me metí en un portal y le dejé pasar.

—¿Conque efectivamente ha estado allí?

—Sí, señor.

—¿Y no ha venido Vargas todavía?

Iba á contestar Muller, cuando de pronto se abrió la puerta de la estancia y Rosendo apareció en ella.

Gaspar se quedó inmóvil, mientras Vargas decía dirigiéndose al criado:

—Déjanos solos, Muller.

El alemán se inclinó silenciosamente y salió del aposento.

CAPITULO XCIV

Marido y mujer

La suposición de Muller era completamente exacta.

Vargas habíase levantado aquella mañana mucho más temprano que de costumbre, bajo la presión de la visita que debía hacer á Isabel.

Miró la hora que era, vió que todavía le faltaba bastante tiempo, y se dispuso para salir á la calle, alegrándose de que su compañero estuviese durmiendo todavía, y para evitar, según le había dicho su criado, tener que dar explicaciones de ningún género.

Pero en el momento en que iba á salir, presentóse un camarero de la fonda, diciéndole:

—Esta carta acaban de traer para usted.

—¿Una carta para mí?

—Sí, señor.

—¿De quién?

—Han dicho que no esperaban contestación, bastando que supieran que estaba usted aquí y que se le había entregado la carta.

—¡Vaya una cosa rara!

Y Rosendo tomó la carta, llamando su atención la letra del sobre.

—¡Qué demonio quiere decir esto!—exclamó.—¡Juraría que era letra de mi mujer! Pero ¡cá! imposible.

Y abrió la carta.

—¡Pues es de ella!—exclamó lleno de admiración.

Y precipitadamente se puso á leerla.

La carta era muy lacónica.

Decía así:

«Rosendo: te sorprenderá que esté en Roma y que no te haya dicho nada; pero nunca es tarde, y por esa razón te escribo, para que sepas donde estoy y acudas á verme, como juzgo que es tu deber.

»La ausencia de tu lado se me iba haciendo demasiado violenta, y he querido venir á verte.

»No he querido ir á la fonda en que habitas porque estando allí tus amigos no quiero dar lugar á interpretaciones ridículas.

»Por lo tanto, te espero tan luego como recibas ésta, y de ese modo podrás tranquilizarme algún tanto.

»Porque puedes creer, querido Rosendo, que realmente tu prolongada ausencia tenía muy intranquila á tu

»*Feliciana.*»

* * *

Puede comprenderse perfectamente todo el efecto que esta carta tan sencilla y tan inocente en la apariencia, tenía que producir en Vargas.

—Pero ¿qué quiere decir esto?—exclamó con la carta en

la mano, mirándola y dándole vueltas entre ella.—¿Qué causa ha habido para que Feliciana salga de Sevilla y se haya venido aquí? Por supuesto, que nada de lo que dice en su carta es verdad. No ha sido el cuidado que pudiera inspirarle mi larga ausencia, porque otras veces he pasado temporadas más largas en Madrid y, sin embargo, no se la ha ocurrido abandonar las comodidades y la tranquilidad de su casa. Aquí hay algo que yo no comprendo y que es menester que conozca cuanto antes.

Y sacando el reloj, miró la hora que era, y dijo:

—Todavía tendré tiempo para ir á casa de Isabel. Quiros no irá á reunirse con los demás individuos de la comisión hasta las doce y media ó la una, y, por lo tanto, tengo tiempo muy de sobra.

Y acabando de vestirse precipitadamente, se lanzó á la calle.

Poco después llegaba á la fonda donde paraba su mujer.

Apenas le vió la doncella que la había acompañado, exclamó:

—¡Calla! ¡el señorito aquí! Voy á avisar á la señorita inmediatamente.

—No; déjame, que yo entraré sin anunciarme.

Y separando á la doncella, entró en la habitación donde estaba Feliciana.

La joven no había dudado que su marido iría á verla inmediatamente que recibiría su carta.

Así era que estaba esperándole ya.

Sentada en una butaca, al verle entrar en el aposento se levantó y salió á su encuentro, diciendo:

—Ha sido necesario que te venga á ver para saber algo de tí.

—¿No has recibido carta mía?

—Sí; pero tus cartas me hacían comprender lo contrario de lo que decías en ellas.

—¿Qué quieres decir, Feliciana?—preguntó Vargas frunciendo el entrecejo.

—Que sin duda te encontrabas aquí muy bien, cuando la frialdad y la indiferencia se desprendían de aquellas líneas trazadas por tu mano.

—¿Pero estás en tí? No comprendo lo que significan tus palabras y mucho menos lo que quiere decir este viaje hecho sin haberme consultado.

—Si te lo hubiese consultado, no me habrías dado tu permiso.

—¿Por qué?

—Inútil es que me preguntes las razones, cuando harto las conoces ya.

—¡Yo!

—Tú, sí.

—Pero ¿cuándo has venido?

—Hace tres días.

—¿Tres días que estás en Roma y hasta hoy no me has participado tu llegada?

—Tenía necesidad de descansar, y sobre todo quería justificar si eran ciertas las noticias que habían llegado hasta mí.

—¿Y esas noticias?...

—Parece que resultan ciertas. Tú y tus amigos habéis adquirido gran fama en Roma, y esto, tratándose de hombres formales como Quiros y tú, no puede menos de ser muy loable.

Y el acento de Feliciana vibró con tal ironía, que su marido no pudo menos de fruncir el entrecejo.

—Me parece que te han informado muy mal,—dijo.

—No por cierto. Cuando hasta á Sevilla había llegado el

—No, pero nos [illegible] comprometido lo contrario de lo que decías en ella.

—¿Qué quieres decir, Fernanda?—preguntó [illegible] frunciendo el entrecejo.

—Que sin duda te encontrabas aquí muy bien cuando la frialdad o la indiferencia se desprendían de aquellas líneas trazadas por tu mano.

—¿Eso crees tú? No comprendo lo que significan tus palabras y mucho menos lo que quiere decir este viaje tuyo sin haberme consultado.

—Si te lo hubiera consultado, [illegible] permiso.

—¿Por qué?

—Porque [illegible]

—¿Yo?

—Tú.

—Pero ¿cuándo has venido?

—Hace tres días.

—¡Tres días que estás en Roma y hasta hoy no me has participado tu llegada!

—Tenía necesidad de descansar, y sobre todo quería ver por mí misma [illegible]

—¿Y [illegible]?

—Parece que [illegible] en Roma [illegible] todos.

Y [illegible] de Fernanda [illegible] que su marido [illegible] el [illegible]

—Me parece que te han informado muy mal,—dijo.

—No por cierto. Cuando [illegible] llegado el

—¡Ya sabia que eras un miserable!

rumor de vuestras hazañas, puedes comprender que grande sería el escándalo.

—Siempre se abultan las cosas, y á distancia parecen siempre más grandes de lo que son en realidad.

—Pues aquí la realidad supera á la fama.

—Vamos, Feliciana, no seas así y da crédito á lo que yo te digo. Ya que has venido, permanece aquí los días que quieras y después nos volveremos á Sevilla. Precisamente á no haber venido tú, es muy posible que mañana ó pasado, hubiese abandonado á Roma.

—¡Imposible!

—¿Dudas de mis palabras?

—Sí,—contestó resueltamente la joven.—No había creído que fueses tan embustero, por más que desde que nos hemos casado debía ya estar acostumbrada á no dar crédito á lo que tantas veces has dicho.

—¡Basta, Feliciana!—repuso Vargas con severidad.—Ten presente el valor que tienen tus palabras.

—Más valor todavía tienen tus hechos.

—Pero ¿qué quiere decir esto? ¿Es que has venido á Roma á provocar un rompimiento?

—No he venido más sino á convencerme de la verdad de lo que se me había dicho.

—¿Y te has convencido?

—Sí.

—Y después de esto, ¿qué es lo que pretendes?

*
* *

Esta pregunta, para la cual no estaba prevenida Feliciana, la hizo enmudecer.

No podía, mejor dicho, no quería tampoco cerrar en absoluto á su marido las puertas de su pecho.

Le amaba, era el padre de su hijo, y lo único que quería era sustraerle á la influencia de aquella mujer á quien antes que á ella, amara, y á quien, por lo visto, seguía amando todavía.

Así fué que al ver que su marido se formalizaba, al comprender, por la expresión de su rostro, que estaba ya en el momento crítico de producirse la explosión, no pudo sostener su actitud, y la esposa y la madre volvieron á aparecer.

—¡Rosendo! ¡Rosendo mío!—dijo.—¿Qué puedo yo pretender sino que tú me pertenezcas como me prometiste? ¿Acaso no te amo yo sobre todas las cosas de este mundo? ¿No eres el padre de mi hijo? Yo no tengo más ambición que tu amor, ni deseo más sino que me ames. Vámonos á Sevilla; yo no he venido á Roma sino porque tú estabas. Vámonos de aquí y seré completamente dichosa.

Y la joven, al decir estas palabras, se había aproximado á su marido con los ojos llenos de lágrimas y revelando en su semblante el dolor y la ansiedad que experimentaba.

Vargas estaba conmovido.

Si su mujer hubiese persistido en la actitud en que desde el principio se había colocado, era muy fácil, mejor dicho, seguro, que el rompimiento no se hubiera hecho esperar.

Pero Feliciana había cambiado.

Era la esposa amante que lloraba, la madre para quien no había nada en el mundo superior al padre de su hijo.

Y Vargas no pudo sostener tampoco su dureza.

—Vamos, Feliciana, vamos,—la dijo;—serénate.

Y la estrechó entre sus brazos y la condujo á la butaca que había abandonado al entrar él.

—Pero ¿nos marcharemos de aquí?—preguntó la esposa.

—Sí; nos iremos á Sevilla.

—¿Cuándo?

—Cuando quieras. Mañana mismo; con eso te convencerás de mi deseo por complacerte.

—Pero ¿tu cariño...?

—Eres la madre de mi hijo, y por lo tanto, tú sola tienes derecho á él.

—¿De veras?

—¿Y has podido dudarlo?

—Tantas cosas me han dicho...

—¿Quién? Dime quien ha sido la persona que se ha gozado en emponzoñar tu existencia, y yo te juro que...

—¡Ay! Rosendo, que en medio de todo, y como ya te he dicho, he visto que no me habían engañado en lo que me dijeron.

—¡Feliciana!

—¿Acaso no he sabido aquí la desdichada fama que habéis adquirido?

—De todos modos, no sé por qué haber ido á proporcionarte ese disgusto que á nada ha conducido.

—Si tú hubieses tenido en cuenta que podías dármelo, y no obraras así...

—No hablemos más de eso,—dijo Rosendo mirando el reloj.

—Como quieras. Pero mañana...

—Mañana, á Sevilla; ya te lo he dicho. ¿Sabe alguien que estás aquí?

—¿De tus amigos?

—De mis amigos, ya sé que lo ignoran todos, porque á saberlo, me lo habrían dicho en seguida.

—A nadie me he descubierto.

—Más vale así.

Feliciana había ocultado á su marido su entrevista con Quiros, porque después de haber estado reflexionando la no-

che anterior, no pensó en hacer valer lo que sabía respecto á sus amores con Isabel.

Porque comprendió que si ella hablaba á su marido de su entrevista con Quiros, podía resultar un lance, y la sola idea de que Rosendo corriera un peligro, la llenaba de espanto.

Había ido á casa de Quiros en un momento de vértigo, de locura, casi inconscientemente, arrastrada por la maldita carta de aquel amigo desconocido que parecía gozarse en martirizarla.

Pero una vez que estuvo fuera de la casa de Isabel, cuando se encontró sola en sus habitaciones, entonces reflexionó y conoció que había obrado con demasiada ligereza.

Recordó todas las palabras de Quiros y temió que, habiendo ella desencadenado la tempestad, no fuese ésta de tal naturaleza, que su marido se viese obligado á cruzar su espada con la del conde.

Y al pensar esto, se estremeció.

Y desde este momento, sólo pensó en el modo de evitar lo que ya juzgaba, no sólo probable, sino seguro.

Y llena de ansiedad, esperó la llegada del día.

Cuando amaneció, lo primero que hizo fué levantarse y empezar á arreglarse para salir.

Pensó ir en busca de su marido, obligarle á que la siguiese y llevársele de Roma.

Pero se abstuvo de intentarlo al recordar que Gaspar vivía en la misma fonda, que tal vez habitaba en el mismo cuarto que su esposo, y ella no quería que el jorobado supiese nada.

Porque del mismo modo que á Isabel le sucedía, á ella también le era repulsivo aquel hombre.

Entonces pensó en escribirle.

Y ya hemos visto que esto le dió el resultado apetecido.

Y con muy buen acuerdo, no quiso ni nombrar á su marido al esposo de Isabel á fin de evitar que se viesen.

Sólo quería llevársele de Roma, y la promesa que Vargas la hizo, ya la tranquilizó algún tanto.

Sin embargo, todavía quiso más.

—Dime, Rosendo,—le dijo;—¿por qué no nos vamos hoy mismo?

—¡Hoy!—exclamó sorprendido Rosendo.

—¡Si tú supieras los deseos que tengo de tenerte á mi lado, de sacarte de aquí!

—¿No te he dicho ya que nos iremos mañana? Hoy debo emplear el día en hacer algunas visitas, en despedirme de los amigos...

—No, á tus amigos no les digas nada, te lo ruego; hazme esa concesión siquiera.

—¡Vaya un capricho!

—¿No comprendes que si se lo dices tratarán de quitártelo de la cabeza y tu cederás por fin á sus sugestiones?

Vargas comprendió que, en medio de todo, no le faltaba razón á su mujer.

CAPITULO XCV

Ventura á medias

Feliciana, de lo que tenía miedo, era de que su marido se encontrara con Quiros y sucediera lo que lógicamente había de suceder después de una escena como la que había sucedido entre ella y el marido de Isabel.

De aquí su afán, ya que no pudiera llevarse á Rosendo, de evitar que éste dijera nada á Gaspar ni á Quiros.

Pero Vargas, aunque ignorando las verdaderas razones que su mujer tenía para manifestar aquel deseo y comprendiendo como buena la que le había dado, no podía, sin embargo, comprometerse á hacer lo que ésta quería, porque le parecía una falta muy grande salir de Roma sin decirles una sola palabra.

¿Qué opinión formarían de él? ¿qué dirían?

Por otra parte, tenía ya contraído un compromiso formal con Isabel, para ir á su casa aquella mañana.

No era posible, por lo tanto, que él dejara de hacerlo, así como también imposible no despedirse de sus amigos.

En su consecuencia, dijo al cabo de algunos momentos de reflexión.

—Considera, querida mía, que lo que pretendes es imposible. No tengo más remedio que despedirme de mis compañeros, mas yo te prometo que por mucho que digan, no han de conseguir cambie de mi resolución.

—Pero vamos á ver, Rosendo, ¿tú has de vivir con tus amigos? ¿los necesitas para nada? pues entonces ¿por qué has de guardarles tanta consideración?

—Porque son mis amigos y porque merecen que se las guarde. Del mismo modo que á mí me sabría mal que conmigo hicieran una cosa así, comprendo el efecto que ha de producirles si yo lo hago.

—Ya verás las consecuencias que tiene para nosotros lo que intentas.

—¿Por qué?

—No lo sé; pero no quisiera que lo hicieses.

—No seas tonta, Feliciana. Te he dicho que mañana nos marchamos de Roma, y así se pusieran de rodillas mis amigos, yo te prometo que marcharemos.

—¿Pero no podrías marcharte despidiéndote por medio de una tarjeta?

—¡Quita de ahí, mujer! eso podría hacerse con otras personas, pero con ellos...

—Pues ellos son los que me asustan más que nadie.

—No tengas cuidado, tontina,—repuso Rosendo acariciando con su mano el rostro de la joven,—mañana saldremos de aquí.

—¿Qué es eso, te marchas ya?—preguntó Feliciana viendo que su esposo hacía un movimiento para dirigirse á la puerta.

—Sí; ya sabes que te he dicho que he de destinar el día á despedirme de algunas personas y á prepararlo todo para marchar.

—¿Pero vendrás á comer?

—Sí, y á la noche vendré á reunirme contigo para no separarnos más.

* * *

El acento con que Rosendo pronunció las anteriores palabras, vibró con tanta ingenuidad, que la joven no pudo menos de felicitarse por el triunfo conseguido.

Y es que positivamente, Vargas, en aquel momento estaba convencido de que el cumplimiento de su deber le obligaba á obrar de aquel modo.

Si estaba resuelto á ver á Isabel, era positivamente para suplicarla que amenguase su dureza con Quiros, á fin de poderle hacer feliz.

Quería patentizarle que el cariño del conde era verdadero, que á nadie amaba más que á ella, y que si se entregaba á aquellas locuras que tanto le perjudicaban, era solamente para olvidar el dolor que la causaba la severidad de su mujer.

Con estos propósitos salió de la fonda en que estaba Feliciana.

Y se dirigió á la suya, entrando en el cuarto de Gaspar en el momento que ya vieron nuestros lectores.

Una vez que Muller se hubo marchado y que se quedaron solos los dos amigos, Gaspar, que estaba mirándole atentamente, le preguntó:

—¿Qué hay de nuevo, chico? Porque parece que te veo algo preocupado.

—¡Calla, Gaspar, calla! porque me ha sucedido lo que menos te puedes imaginar.

—¡Diablo! ¿qué ha sido ello?

—¿Sabes quién está en Roma?

—¿Quién?

—Mi mujer.

—¡Qué! ¡qué dices! ¡qué Feliciana está aquí!

—Lo que oyes.

—Pero señor, ¿qué viajes son estos que hacen estas señoras sin anuencia de sus maridos? Tengamos aquí la segunda edición de Isabel.

—¡Justamente! la segunda edición es.

—¿Pero cuándo ha llegado esa señora?

—Hace tres días.

—¿Y no sabías nada?

—Lo he sabido hace una hora y eso porque ella me lo ha enviado á decir.

—¿Y á qué ha venido?

—Ya te lo puedes imaginar.

—Nada, yo no me imagino nada, porque te aseguro que esas inesperadas presentaciones me desorientan de un modo extraordinario.

—No sé quién demonios se entretuvo en contarle en Sevilla la vida que llevábamos por aquí.

—¡Ya! vamos, celosías.

—Algo de eso.

—Pero, señor, que atrevimiento tienen estas mujeres.

—Tales cosas deben haberle dicho. Por supuesto, que aquí para entre nosotros, la verdad es que obramos de un modo muy escandaloso.

—Esas son las locuras de Quiros.

—No, las nuestras.

—El propone.

—Y nosotros le ayudamos. Desengáñate que por nuestra parte hemos hecho mucho también.

—Pero vamos á ver, en resumen, tu mujer ¿qué es lo que se propone?

—Nada. Yo soy el único que ya he resuelto lo que voy á hacer.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Y qué es lo que vas á hacer?

—Salir mañana mismo de Roma.

—¡Cómo! ¿nos abandonas?

—Sí; le he prometido á mi mujer que mañana nos volvemos á Sevilla.

—¡Jesús, que disparate!

—¡Gaspar!

—Sí, hombre, sí; pues qué; ¡quieres que te diga que está bien hecho? cedes hoy al capricho de tu mujer, y mañana estará completamente envalentonada con su triunfo.

—¡Calla, hombre, calla! ¡qué ha de estar envalentonada! tienes también un modo de ver las cosas... Yo sé muy bien lo qué debo hacer. Harto hemos dado que hablar ya en este país, y es justo que recojamos velas.

—¡Ya!

—Así es, que después veré á Quiros, me despediré de él, y mañana mismo á Sevilla con mi mujer y mi hijo. Puesto que me he casado y he adquirido compromisos y obligaciones que juré cumplir, las cumpliré.

—Propósito muy laudable. Vamos, veo que ha llegado para tí la hora del arrepentimiento.

—Y no me avergüenzo de decirlo.

—Pero Isabel...

—Isabel no será para mí más que la esposa de un amigo, y si algún recuerdo queda en mi corazón de un pasado que no puede volver, lo esconderé de tal modo, que nadie ha de poder descubrirle.

—¿De modo que hoy no irás á verla?

—¿Por qué no?

—Pues no dices...

—Que guardaré su recuerdo.

—En ese caso no comprendo tu visita.

—Es decir, que tú no comprendes más que lo malo.

—Pero chico, si no te entiendo.

—He dicho que conservaré el recuerdo de Isabel en el fondo de mi pecho, pero esto no obsta para que vaya á verla y la hable, para hacer un favor, mejor dicho, para cumplir con un deber de amistad.

—¿Desinteresado?—preguntó maliciosamente Gaspar.

—Desinteresado,—contestó secamente Vargas.

—En fin, chico, haz lo que quieras, que en cuestiones de matrimonios no quiero meterme.

—Ya se ve que lo haré.

—¿Y piensas marcharte mañana?

—Se lo he prometido á Feliciana, y cumpliré mi palabra.

—Y harás perfectamente.

Tras estas palabras, siguieron algunos momentos de silencio.

Al cabo de ellos, dijo Gaspar:

—¿De modo, que habrá sido algo borrascosa la escena con tu mujer?

—No.

—Pues entonces, ¿á qué ha venido? ¿para darte un abrazo?

—No ha sido lo borrascosa que tú presumes, porque precisamente yo pensaba también haberme marchado un día de estos.

—¡Hola! Conque es decir, que tú á espaldas nuestras pensabas abandonarnos.

—Como que ya estoy aburrido de esto.

—¡Vaya una cosa rara!

—Sí; estoy aburrido, porque... no sé, me parece que entre nosotros se agita algo extraño, inexplicable, misterioso, que el día menos pensado va á ser causa de algún disgusto.

—¡Chico, chico! ¡qué cosas dices!

—Sí, sí, tú búrlate; pero el caso es que es verdad.

—¡Verdad! ¿el qué?

—La existencia de eso extraño de que me quejo. Y sino, vamos á ver; ¿quién le fué á Isabel con el cante de lo que su marido estaba haciendo por aquí? ¿quién la dijo que se había traído la gitana, cuando ni en Sevilla lo sabía nadie, y sobre todo, cuando no era verdad?

—¡Toma! cualquiera que lo sospechase. Te extraña que se sepan las cosas, pues hijo en este mundo lo que no se sabe es lo que no se hace.

—Además, ¿quién habrá ido á mi mujer á contar la vida que yo llevo aquí?

—Eso sí que es una pregunta bien excusada.

—¿Por qué?

—Porque lo que nosotros hacemos ha sido bien público; todo el mundo habla de los tres demonios españoles, y cualquiera que haya sabido esto y que casualmente haya ido por Sevilla, lo puede haber dicho.

—Tú dirás lo que quieras; pero á mí nadie me quita de la cabeza que aquí se oculta algo.

—Vamos, sin duda tú te has contagiado con lo que en nuestro país han dado los políticos en llamar la mano oculta. Para tí hay, sin duda, alguna mano oculta también, que se mezcla en nuestros asuntos.

—Como que es innegable.

—Para tí lo será, que lo que es por mi parte ni en ella he creído, ni espero creer jamás.

—Puede que algún día seas de opinión contraria.

Todavía continuaron hablando un buen espacio, hasta que Vargas miró el reloj, diciendo:

—¡Ea! ya es hora de que me vaya á ver á Isabel. Quiros habrá salido de la fonda, y por lo tanto la encontraré sola.

—Pues anda con Dios; aquí te esperaré, para que me digas el resultado de tu entrevista.

—Me alegraré que sea satisfactorio, porque de ese modo evitaremos al pobre Quiros disgustos de gran consideración.

—Pero que son disgustos que él mismo se los ha buscado.

—A saberlo.

Y Vargas salió del aposento, abandonando un poco después la fonda.

Una vez que estuvo solo Gaspar, exclamó:

—Vaya, es menester que yo enmiende la torpeza que ese tonto ha cometido.

Y cogió la pluma, y se puso á escribir una carta.

Una vez que la tuvo concluida, la leyó atentamente, y dijo:

—Hé aquí una banderilla destinada á concluir por cambiar por completo la situación. Si esto no da el resultado que me propongo, tendré que confesar que no entiendo nada en asunto de pasiones.

Y llamó á Muller y le dijo:

—Volando vas á llevar esta carta para que se la entreguen á la esposa de Vargas; ¿lo entiendes? Pero ingéniate de manera que nadie pueda sospechar de dónde procede. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Asegúrate antes si allí está la señora á quien va dirigida.

—¡Toma! eso, desde luego.

—Aquí te espero, para que me digas si la has entregado.

—Está bien.

CAPITULO XCVI

Cómo puede interrumpirse una entrevista

El conde de Quiros había quedado profundamente pensativo después que se hubo marchado la esposa de Vargas

En todo lo que estaba pasando encontraba algo misterioso que le llamaba la atención.

Sin embargo, el punto saliente, digámoslo así, el que lo dominaba todo, el que era completamente indisculpable, era la frialdad, mejor dicho, el desamor de su mujer.

Porque no podía comprender de otro modo, que no sintiendo nada por él, la conducta que Isabel observaba.

Era verdad que él había faltado, sosteniendo en Sevilla unas breves relaciones con la gitana.

Pero esto no había pasado de ser el capricho de un momento, pasado el cual había cesado todo peligro.

¿Tenía él, acaso, la culpa de que la gitana hubiese ido á Roma, siguiéndole?

¿Quién había tenido interés en decirle á *Mariquiya* dónde estaba?

Si no la había rechazado, como fué su primera intención, fué temeroso del escándalo que aquella mujer podía proporcionarle.

Era verdad que para evitar un escándalo dió otro, sosteniendo á la gitana cerca de sí.

Pero también lo era que había roto con ella resueltamente, y que cuando su mujer llegó, nada podía decir respecto á él.

Esto, se lo había demostrado hasta la saciedad á su mujer; le había suplicado que templara sus rigores, y, sin embargo, empeñada en sostener aquella situación tan tirante, le lanzaba por una senda donde él mismo comprendía que se iba perdiendo cada vez más.

Y de esto mismo había hablado á su mujer; la había suplicado que le salvara y que le amparara con su cariño, y ella, sin embargo, permaneció inflexible.

¿No daba esto pábulo á sus sospechas?

Si sobre la conducta de Isabel se lanzaban acusaciones, ¿no estaban, acaso, justificadas?

Vargas no tenía necesidad alguna de haber ido á Roma, y se había presentado allí, coincidiendo su llegada con la de su mujer.

Y Vargas había sido su primer amante, y con ella se iba á casar, y todos decían que ella estaba muy enamorada de él.

De Vargas era la letra de la carta que él había encontrado en el vestido de su mujer, carta en la cual la revelaba los amores de su marido con la gitana.

¿Para qué esta revelación? ¿qué objeto se llevaba con ella?

Tal vez obligar por medio del despecho á que la marquesa cediera á su amor, otorgándole el que negaba á su marido.

Podría mediar en todo cuanto le sucedía algo extraño y misterioso, como él creía; pero la verdad era que algo cierto, algo práctico existía también.

Y esto así, posible era lo ilícito de las relaciones que mediaban entre Vargas y su mujer.

Y como si las pruebas que él creía encontrar fuesen insuficientes, se había prestado Feliciana para remachar el clavo, como vulgarmente se dice.

Aquella esposa, justamente ofendida, también tenía otra carta acusadora.

¿Cómo dudar, ante semejantes pruebas?

*
* *

En medio de todo, todavía Quiros no creía en la culpabilidad de su mujer.

Había datos que parecían demostrarla; pero no eran tan completos como habría deseado.

En cambio, sí los tenía respecto á los propósitos de Vargas.

Contra éste era contra quien se encendía toda la cólera de Quiros, y hubo de hacer un gran esfuerzo para contenerse aquella noche y no salir de su casa para buscarle y arrojarle al rostro su indigna felonía.

Pero no por eso renunció á castigarle.

Por el contrario, la ocasión estaba ya prevista y la esperaba con impaciencia.

Aquel hombre había pedido una entrevista á su mujer y debía presentarse en su casa.

¿Qué ocasión más á propósito que aquélla para satisfacer su enojo y confundir á los culpables?

Porque si bien, como ya hemos dicho, el conde no creía en la materialidad de la culpa, más que todo por aquel indomable orgullo que tenía su mujer, desde luego presumía que las tendencias eran aquellas, y que sólo faltaba para determinar la completa derrota, la ocasión oportuna.

Esta idea hacía estremecer de cólera al conde.

Y precisamente en estos momentos amaba con más furor, si esta frase se nos permite, á su mujer, y la sola idea de que perteneciera á otro, le hacía sufrir horribles tormentos.

Cuando se levantó, llamó á su criado y le dijo:

—¿Sabes si la señora está levantada ya?

—No, señor. Se recogió muy tarde, y ahora me acaba de decir la doncella de la señora marquesa, que todavía está durmiendo.

—Está bien.

—Si el señor conde desea que diga alguna cosa á la señora...

—No, déjame.

El criado salió del aposento, y Quiros, acentuando mucho más su preocupación y mal humor, dejóse caer sobre una silla, abismándose en sus reflexiones.

*
* *

La marquesa también había pasado la noche inquieta y agitada.

Se hallaba bajo la presión de un presentimiento cuya causa no podía definir, y la verdad era que estaba indecisa sobre si recibir á Vargas cuando se presentara, ó si dar orden para que se le despidiera.

Sin embargo, el maldito orgullo la obligó á acallar aquel primer impulso.

No recibirle, creyó que podía considerarse como cobardía, como que no tenía valor para luchar contra los apasionamientos de aquel hombre, á quien ella misma había amado, pero de cuyo amor nada absolutamente quedaba en su pecho.

Tenía la seguridad de resistir por completo todas las sugestiones de aquel amor.

Ya presumía cuanto Vargas la podría decir respecto á las locuras cometidas por su marido, pero ya sabía ella lo que había de contestar á fin de escarmentarle, para que no volviera más á importunarla con sus cuentos.

Isabel estaba segura de sí misma, y de que no daría jamás un solo paso que pudiera resultar en menoscabo del honor de su esposo.

Por otra parte, como que aquella entrevista concedida á Vargas no se verificaba recatándose para nada del conde, no tenía que temer que se le diera una interpretación torcida.

Sin embargo, estaba inquieta, estaba preocupada, como hemos dicho, tenía así como el presentimiento de una desgracia, que como no podía definirla, la era imposible poderla contrarestar.

La misma pregunta que el conde había dirigido á su criado, dirigió la marquesa á su doncella.

Pero así como el criado del conde dijo que todavía no se había levantado su señor, la doncella contestó á la marquesa:

—El señor conde está levantado desde muy temprano, como que anoche no salió...

—¿Qué no salió?

—No, señora; en casa permaneció toda la noche. Eso sí, me parece que se acostó muy tarde.

—¿Sabes si está enfermo acaso?—preguntó con inquietud la marquesa.

—Me parece que no, señora.

—Como dices que no salió anoche, y sus costumbres...

—Tiene razón la señora. Y no es lo más notable eso, sino que dió orden terminante para que no se abriera á ninguno de sus amigos si venían á buscarle.

—¿Qué dices?

Y por los ojos de Isabel pasó algo como un rayo de esperanza.

Después, dijo con acento un tanto desalentado:

—No, no; es imposible. El mal tiene ya hondas raices, y no se estirpa tan fácilmente. Si no salió anoche y no quiso recibir á nadie, sería porque alguna ligera indisposición se lo impediría.

La doncella se encogió de hombros, no sabiendo qué contestar á su señora.

—Cuando el señor conde se marche, avísame.

—¿Recibe hoy la señora?

—Sí.

Salió la doncella, y la marquesa no pudo menos de decir recordando lo que aquella había dicho respecto á la permanencia en su casa del conde.

—¿A qué habrá obedecido que Joaquín se quedara en casa? ¿Sería tal vez por arrojarme al rostro su permanencia aquí, mientras que yo me iba al teatro? No; no creo que en su corazón quede ya ningún recuerdo de aquel cariño que pareció sentir en los primeros días de nuestro matrimonio. Mucho me ruega que deponga mi rigor, pero esos ruegos son hijos, más bien del amor propio, que del verdadero amor.

Así permaneció largo espacio, entregada también á sus meditaciones, hasta que su doncella entró á participarla que el conde se había marchado.

—¡Ah! vamos,—murmuró,—en ese caso su enfermedad no debió ser tan grande como habíamos creído.

Y aquel semblante que por un momento se había esclarecido algún tanto, volvió á recobrar su impasibilidad habitual.

*
* *

A la hora convenida, Rosendo se presentó en casa de la marquesa.

No debía sorprender á los criados su presencia, toda vez que sabían la amistad que le unía con su señora.

Isabel no opuso reparo alguno para recibirle, mas á pesar de esto, cuando le vió entrar en su aposento, no pudo menos de inmutarse.

Vargas, saludó respetuosamente á la dama, diciéndola después:

—Suplico á usted, Isabel, que no dé una interpretación torcida á mi visita, porque el único objeto de ella, es ver si por medio del esfuerzo de mi amistad, puedo conseguir hacer que cese una situación anómala, y que tengo la seguridad que es tan violenta como dolorosa, para las dos personas por cuya suerte me intereso.

—Como no se explique usted mejor, Vargas, debo confesarle que sus palabras tienen algo de logogrifo completamente incomprensible para mí.

—Me lo figuro, y si he dicho esto, ha sido únicamente para evitar que usted creyera que en mi ánimo había entrado al venir aquí, el pensamiento de ofenderla hablándole de un pasado que murió hace mucho tiempo.

—No podía imaginarme semejante cosa, porque no le he juzgado á usted tan bajo que se atreviera á evocar esos

recuerdos, y yo me creo demasiado alta para que aun cuando usted hablara, pudieran llegar hasta mí sus palabras.

Vargas no pudo menos de palidecer, pero sin embargo se repuso en seguida y dijo:

—Tiene usted razón, y una vez hecha ya esta salvedad, me permitirá usted que entre de lleno en la cuestión, porque debo marcharme pronto, para salir mañana de Roma, y me alegraría muchísimo dejar terminado un asunto que tanto afecta á amigos que me son muy queridos.

—Usted dirá.

—Se trata de usted y de Joaquín.

—¡Cómo!

—Sí, señora, de ustedes.

—¿De nosotros?

—Sí, marquesa; mi objeto único al hablarla, ha sido suplicarla que amengüe sus rigores respecto á Joaquín, pudiendo usted abrigar la íntima convicción de que es amada por él, que está sufriendo con esa indiferencia que usted sigue ya por sistema, y que de continuar este estado, lo que hoy no pasa de ser un medio para olvidar los dolores que sufre, podría convertirse en un hábito que se hiciera imposible de corregir.

—¿Acaso le ha dado á usted Joaquín el encargo de que me hable?—preguntó la marquesa.

—¡Señora!...

—Cuando toma usted de ese modo su defensa, cuando usted que le ha acompañado en sus escandalosas aventuras y quizás con intención determinada, le ha enseñado á que abandone sus deberes y él ha seguido dócilmente sus inspiraciones, nada de particular tendría que hubiese aceptado el papel de embajador en este caso.

—Lo cual no tendría nada de extraño,—dijo en esto una

voz que resonó en la estancia,—porque el señor Vargas está acostumbrado á hacer toda clase de papeles.

Volvióse vivamente Rosendo, y una exclamación de dolorosa sorpresa, se exhaló de sus labios.

Feliciana, apoyándose en el brazo del conde, acababa de aparecer en la puerta de la estancia.

CAPITULO XCVII

El desenlace esperado por Gaspar

La presencia de Feliciana en la habitación de Isabel, necesita una ligera explicación.

Por supuesto que esta explicación fácilmente pueden comprenderla nuestros lectores si recuerdan la carta escrita por Gaspar en el momento que Rosendo salió para dirigirse á la casa de su amigo.

La resolución que Vargas había manifestado, desconcertaba todos los propósitos de Gaspar.

Descartados los celos de Feliciana, faltaba una nota importantísima dentro del cuadro que aquel miserable se había trazado.

Era preciso hacer volver á la joven sobre su acuerdo, pincharla por decirlo así, y estimulada por el acicate de los celos, lanzarla á manera de ariete, en el momento que fuera necesario dar el golpe decisivo.

Para esto, cogió la pluma, y escribió unas cuantas frases de gran efecto.

La carta decía:

«Feliciana:

»Tu marido te engaña de una manera lastimosa.

»Tú le has creído, y él se separa de tu lado para dirigirse á casa de Isabel, á comunicarle, sin duda, tu inesperada presencia, y la concesión que se ha visto obligado á hacerte.

»Aprovecha estos momentos, porque así el culpable nada te podrá negar.

»Ahora, le encontrarás en casa de Isabel; también allí está el esposo ultrajado, y reunidos los dos, será más fuerte vuestra acción.

»Ya ves si está bien enterado de todo tu

amigo desconocido.»

No es necesario que nos entretengamos á describir el efecto producido por esta carta.

Nuestros lectores pueden comprenderlo perfectamente, con mayor motivo, teniendo en cuenta la escena que poco antes había mediado entre los dos esposos.

Recordando lo que la noche anterior le había dicho Quiros, y suponiendo que estaría esperándola ya, tan luego hubo leído la carta, se apresuró á vertirse, y un momento después, salía de su casa dirigiéndose precipitadamente á la del conde.

* * *

Este, aun cuando había simulado que se marchaba, regresó casi inmediatamente y se dirigió á sus habitaciones.

—El señor de Vargas,—le dijo su criado,—ha llegado hace un momento.

—Está bien,—dijo Quiros.—¿Ha preguntado por mí?

—Ha solicitado ver á la señora.

—Está bien.

Y aquel hombre, dominando por medio de un esfuerzo la impresión recibida, permaneció impasible.

—Déjame,—dijo al criado.

Y se quedó solo en su aposento, y únicamente cuando ya estaba seguro de que nadie podía verle, se cubrió el rostro con las manos, murmurando con voz ronca:

—¿Es posible que llegue á tal extremo la infamia de esa gente? ¡Oh! pero les juro que he de ser inexorable. El infiel amigo y la imprudente esposa, no han de vanagloriarse de su triunfo.

Y cuando se disponía á salir de sus habitaciones para dirigirse á las de su mujer, el criado penetró en la estancia, anunciándole la llegada de la misma dama que había estado la noche anterior.

—¡Oh!—exclamó Joaquín,—ya me había olvidado de ella. Sí, que entre, con eso tendrá más espectadores el escándalo.

Un momento después, Feliciana, agitada, temblorosa, revelando en su rostro el desasosiego y la inquietud á la par que la cólera y la impaciencia, penetró en el aposento del conde.

—¿Está aquí mi esposo?—dijo aproximándose á él.

—Sí, señora;—contestó el conde, con una calma que no pudo menos de desconcertar algún tanto á la joven.

—¿Está acaso en las habitaciones de Isabel?

—Sí.

—¿Y usted lo deja estar con esa calma?

—Estaba esperándola á usted.

—¡Oh! vamos, vamos, que estoy sedienta de confundir al culpable.

—¿Usted únicamente?—preguntó el joven con un acento

que reveló á Feliciana todo lo que no había comprendido hasta entonces.

Y no pudo menos entonces de adivinar todo lo que iba á resultar de aquel paso.

Ofuscada en los primeros momentos por la cólera, no había previsto, mejor dicho, no había comprendido todo cuanto podía resultar de aquel choque.

Pero ya entonces lo vió claro.

Cayó bruscamente la venda de sus ojos, y no pudo menos de temblar.

—Joaquín,—dijo,—nuestra desgracia es ya irremediable, no pretendamos aumentarla más con el escándalo. Yo me marcho, y ruego á usted que me acompañe hasta mi casa.

—Sí,—contestó Joaquín con su terrible impasibilidad,—después la acompañaré; pero ahora vamos á entrar en las habitaciones de Isabel.

—No, si yo no quiero.

—Ahora soy yo quien lo exige.

—Joaquín...

—Es la consecuencia natural de haber usted venido á buscarme. No debe quejarse de lo que ya no tiene remedio.

—Pero...

—Vamos, señora, vamos, que estamos perdiendo el tiempo lastimosamente.

Y Quiros arrastró fuera del aposento á Feliciana, que casi maquinalmente le fué siguiendo.

* * *

Las palabras pronunciadas por el conde al entrar en el aposento de su esposa, ya hemos dicho el efecto que produjeron.

Los dos se volvieron súbitamente hacia la puerta, y Vargas al ver á su mujer, adivinó la escena que se preparaba.

—¡Feliciana!—dijo.—¿Qué haces aquí?

—Ya lo ves,—contestó Quiros,—del mismo modo que tú has venido á visitar á Isabel para completar, sin duda, las revelaciones que en otra ocasión le hiciste por escrito, tu mujer ha venido á verme para contarme sus sufrimientos.

—Supongo, Joaquín,—dijo Vargas,—que esas frases que has pronunciado respecto al objeto que aquí me ha conducido, no las habrás meditado lo suficiente.

—Yo siempre medito todo lo que hago,—repuso secamente el conde.

—Y también, sin duda, has meditado,—dijo Isabel con irónico acento,—el convertirte en amparador de señoras que lloran las infidelidades de sus maridos ¿no es verdad?

—Esta señora se ha quejado con razón, y valiera más que no se mostrara tanto en público, la que tanto se rebaja en secreto.

—¡Caballero!—exclamó la marquesa alzándose de su asiento y fijando en su esposo una mirada llena de cólera.

—La marquesa,—dijo Vargas,—no merece tus reproches.

—Permítame usted, Vargas,—dijo Isabel.—No necesito que nadie acuda en mi defensa, porque yo soy suficiente para defenderme.

—Nadie hasta ahora,—dijo el conde,—ha hecho, que yo sepa al menos, una acusación completa, que exija una defensa inmediata.

—Es que tampoco podría hacérseme ninguna acusación.

—Ya lo oye usted, Feliciana,—dijo Quiros, volviéndose á la esposa de su amigo;—la marquesa niega que se la pueda acusar.

—¿Y qué tiene que ver mi esposa en esta acusación, ni quién te ha dado tampoco derecho para que á ella te dirijas?

—Me parece que no es este el lugar oportuno para que yo te conteste.

—Tienes razón. Pasemos á tus habitaciones, si así lo crees conveniente.

—Al momento. Entretanto, Feliciana puede quedarse con Isabel.

—¡Oh, no, no!—exclamó la joven, separándose del brazo de Quiros, y corriendo hacia su marido, para impedirle que saliera de la estancia.—Tú no saldrás de aquí.

—¿Y por qué no?—dijo Rosendo, rechazando suavemente á su esposa.—Puedes quedarte tranquila, al lado de la señora marquesa.

—¿Pero no oyes que yo no quiero que salgas? ¿no comprendes que, en medio de todo, es mía tu vida?

—¡Basta!—exclamó impaciente Vargas;—he dicho que te quedes aquí, y aquí te quedarás.

Y rechazando bruscamente á la joven, se dirigió hacia la puerta del aposento, diciendo á Quiros, que permanecía impasible en ella:

—Cuando quieras

—¡Señora! ¡por piedad!—gritó Feliciana, dirigiéndose á la marquesa;—una usted sus ruegos á los míos, para evitar...

Y la joven, dominada por la misma emoción que sentía, cayó al suelo, completamente desvanecida.

Isabel se apresuró á socorrerla, Joaquín y Rosendo aprovecharon aquellos momentos para salir de la estancia.

Isabel, asustada por aquel inesperado acontecimiento, comprendiendo que quizás pudiera realizarse lo que Feliciana ha-

bía presentido, deseando marchar en busca de su esposo y Rosendo, y no atreviéndose tampoco á dejar allí abandonada á aquella desgraciada, llamó á su doncella, y entre las dos trataron de hacer volver en sí á la joven.

Entretanto, Joaquín y Rosendo se habían dirigido á las habitaciones del conde.

El criado de éste, estaba en la puerta.

—Bajo tu responsabilidad.—le dijo severamente Joaquín. —vas á evitar que entre nadie en mi cuarto; ¿comprendes?

—Pero si viene la señora marquesa...

—La orden es terminante; y si quieres evitarte compromisos, á cualquiera que venga le dices que hemos salido fuera de casa.

CAPITULO XCVIII

Duelo sin testigos

Rosendo no hizo objeción alguna á lo que su amigo acababa de disponer.

Siguióle silenciosamente, resuelto á todo.

Porque desde luego comprendió que en el aspecto agresivo que Joaquín había tomado, la escena podría tener un desenlace violento.

Quiros, apenas hubo entrado en su aposento, cerró la puerta con llave, y se la guardó en el bolsillo.

Hecho esto, se volvió hacia su amigo, que se había quedado inmóvil á corta distancia de la puerta, y dijo:

—Ya comprenderás que de aquí no ha de salir más que uno de los dos.

—Como tú quieras,—repuso friamente Rosendo.

—Aquí tenemos dos espadas, que precisamente compré hace cinco días. Si prefieres otra arma, ya sabes que tengo también pistolas y...

—La pistola mete demasiado ruido.

—Tienes razón. Eso quiere decir que optas por la espada.

—Estoy á tus órdenes para todo.

—¡Lástima que no te hubieras puesto también del mismo modo antes de cometer el daño!

—Como comprendo que ahora serían inútiles ya todas cuantas explicaciones pretendiera darte, las suprimo.

—Y haces perfectamente, porque no te creería.

—Entonces, terminemos cuanto antes, porque si no, sería fácil que trataran de estorbar nuestro propósito.

—Nadie entrará aquí; te lo aseguro.

—Pues concluyamos.

—Todavía falta algo.

—¿Qué?

—El que sobreviva podría encontrarse en un compromiso, toda vez que nuestro encuentro carece de testigos y se verifica en mi domicilio.

—Comprendo.

—Escribamos cada un papel, por medio del cual nos eximamos recíprocamente de toda responsabilidad.

—Está bien pensado.

—Aquí tenemos papel y pluma.

Y los dos amigos, completamente serenos, sin que su pecho revelara el horrible drama de que ambos iban á ser actores, escribieron un documento en el cual se libraban mutuamente del cargo que se les pudiera haber hecho.

Ambos leyeron sus respectivas cartas, y una vez que estuvieron conformes, las doblaron y se las guardaron en el bolsillo del pantalón.

Después se quedaron en mangas de camisa, y Joaquín descolgó de la panoplia dos espadas.

Midiólas, y ofreciéndoselas á Rosendo, le dijo:

—Elige.

El esposo de Feliciana cogió una de las armas, y fué á ocupar su puesto en el centro de la estancia.

*
* *

Joaquín, á su vez se colocó frente á su adversario, diciendo:

—¿Estás prevenido?

—Cuando quieras,—repuso Rosendo poniéndose en guardia.

—Ahora,—dijo Joaquín.

Y los dos jóvenes cruzaron los aceros.

Uno y otro eran excelentes tiradores, y uno y otro empezaron el combate completamente serenos.

Pero poco á poco fueron animándose.

El recuerdo de la pasada amistad, de las largas horas de orgía y de placer, todo se iba borrando para dejar paso únicamente al odio y al encarnizamiento de dos enemigos irreconciliables.

Las espadas se cruzaban con rapidez, las acometidas eran hábilmente paradas, y uno y otro comenzaban ya á dar muestras de cansancio.

Rosendo dijo á su adversario:

—Si quieres, podemos descansar algunos momentos.

—No;—contestó Joaquín.—Terminemos cuanto antes.

—Como quieras.

Y con nueva furia chocaron las espadas al mismo tiempo que se oyó la voz de Isabel que golpeaba la puerta, diciendo:

—¡Joaquín, abre, abre por Dios!

—Voy, voy, repuso el conde con jadeante acento. Espera un momento.

—No quiero esperar. ¡Abre, te digo!—volvió á gritar la marquesa.

—Acaba de una vez,—dijo el conde á Rosendo.

Este fué á tirarse á fondo, pero al quitar Joaquín la estocada de su amigo, la punta de su espada, cogiendo al descubierto el pecho de su contrario, se hundió en él algunas pulgadas.

Rosendo soltó el arma, y se llevó la mano al pecho, donde la sangre brotaba con violencia.

Por un momento permaneció de pié.

Después cayó pesadamente al suelo.

Joaquín, pálido casi tanto como su amigo, acudió á sostenerle.

—Joaquín...—le dijo el moribundo haciendo un poderoso esfuerzo para hablar.—Isabel es digna de tí. Yo he sido... siempre... tu amigo... Hay alguien... que nos... ha perdido... Te... lo juro... por... mi hijo... ¡Ah!

Y perdió el sentido por completo

—¡Oh! ¡Socorro!—gritó Joaquín con acento desesperado.

—¡Abre, abre!—respondió la voz de Isabel.

El conde, entonces, recordando que él había guardado la llave de la puerta, la sacó precipitadamente, y con temblorosa mano la introdujo en la cerradura.

Inmediatamente se precipitaron en la estancia la marquesa y el criado, que fiel á la consigna recibida de su señor, había impedido mientras pudo, que su señora llegase á la puerta.

—¡Joaquín! ¡Joaquín!—gritó la marquesa corriendo hacia su marido.—¿Estás herido?

—¡Tal vez valiera más que fuese yo en vez de ese desgraciado!

—¡Qué has hecho, Joaquín! ¡qué has hecho!

Y la marquesa con una presencia de ánimo superior á

lo que podría esperarse de su sexo, se volvió hacia el criado:

—Vete inmediatamente á buscar médicos. El primero que encuentres. Sobre todo, silencio. Que venga Curro al momento.

—Y avisa también á Gaspar,—dijo Rosendo con voz débil.

El criado marchó á cumplir los encargos recibidos.

*
* *

Un instante después, Curro estaba en la estancia de su señor.

Al ver el cuadro que á su vista se ofrecía, quedóse suspenso, sin tener aliento más que para decir:

—¡Señor!...

—Pronto, Curro,—dijo Isabel;—ayuda á tu señor á poner en la cama á don Rosendo. Ponedle paños de agua fresca en la herida. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgracia!

Y la marquesa, recordando que Feliciana estaba sola al cuidado de la doncella con quien la había dejado, con orden expresa de que no la permitiera salir del aposento, dijo:

—Yo me marcho al lado de aquella infeliz. ¡Sólo faltaba que viniese aquí!

Y salió de la estancia.

Joaquín empezó á serenarse, y conforme la reflexión iba sucediendo á la anterior excitación, comprendía todo lo horrible de lo que había sucedido.

Las palabras que Rosendo había podido pronunciar, fueron bálsamo dulcísimo para la herida que creía abierta en su honor.

Pero esto mismo, aumentaba el horror que contra sí, sentía

El herido no daba muestras de volver en sí.

Gaspar, estaba en la fonda esperando con el oído atento, cualquier rumor que pudiera relacionarse con él.

Su maldad había adivinado lo que podía suceder y esperaba.

Y cuando llegó el criado, aun cuando sin que éste le dijera una sola frase, comprendió que había sucedido lo que esperaba.

—¡Señorito! ¡Señorito, por Dios!—exclamó el criado;—vaya usted al momento á casa.

—¿Qué hay?—preguntó Gaspar.

—No lo sé; una desgracia. Pero vaya usted al momento.

—Voy.

Y Gaspar cogió precipitadamente el sombrero y salió al mismo tiempo que el criado.

Entretanto habían llegado ya algunos médicos, y todos juzgaron la herida del mismo modo.

Era mortal de necesidad.

Joaquín estaba aterrado.

Envió á buscar á sus jefes, en la comisión que estaba desempeñando en Roma.

Isabel permanecía al lado de Feliciana, que se empeñaba en salir del aposento.

Hubo que decirla que Joaquín y Rosendo habían salido y que esperaban noticias suyas.

*
* *

Cuando Gaspar llegó á la casa de su amigo, éste se encontraba entregado á la más profunda desesperación.

Los médicos no daban esperanza alguna.

Rosendo no podía vivir arriba de dos ó tres horas.

El esposo de Feliciana comprendía lo inmediato de su fin, y varias veces había preguntado ya si se había avisado á Gaspar.

Cuando le dijeron que éste había llegado, su semblante se esclareció algún tanto y dijo con voz débil:

—Que entre, quiero verle.

—Es imposible,—dijo uno de los médicos,—el estado en que usted se halla, exige cierto reposo, cierta quietud, y cualquiera emoción que experimente, ha de agravar mucho su estado.

Joaquín, que permanecía silencioso y sombrío en un extremo de la estancia, se aproximó al lecho y dijo:

—Tienen razón los médicos, Rosendo, no te empeñes en perjudicarte tú mismo; díme lo qué quieras, que lo haré y ¡ojalá pudiera evitar del mismo modo, todo el daño que te hice!

—¡Calla!—se apresuró á decir Rosendo,—yo en tu lugar habría obrado del mismo modo. No has sido tú quien me ha muerto, ha sido... no sé quién, porque realmente de nadie puedo sospechar, y sin embargo, alguien ha tenido aquí un verdadero interés en provocar esta situación. Deja que entre Gaspar, porque tengo necesidad de hablar con él.

—Suplico á usted,—dijo uno de los médicos,—que no insista, porque empeorará su estado.

—Vamos á ver, señores,—repuso Rosendo hablando con dificultad.—¿Me creen ustedes tan necio, que desconozca la proximidad de mi fin? Desengáñese usted, doctor,—continuó dirigiéndose al que tenía más inmediato,—la proximidad de la muerte no me asusta, lo único que de ustedes deseo, es que me digan que tiempo me queda de vida.

—Pero...

—Es una súplica que les hago, al objeto de que pueda yo arreglar todos mis asuntos.

—Pero...

—Suplico á ustedes de nuevo que tengan la bondad de contestarme á lo que acabo de decirles.

—Pues bien; si no hace usted exceso alguno, puede prolongarse su existencia algunas horas.

—¿Y si le hago?

—En ese caso no podemos responder de lo que pueda sobrevenir.

—Pues como que tengo necesidad de hacer ese exceso de que me hablan, vuelvo á suplicarles de nuevo, que dejen entrar á Gaspar.

Los médicos se consultaron con la vista, y comprendiendo que efectivamente, dada la proximidad de su fin, tenía necesidad el joven de hablar, ó mejor dicho, de arreglar sus asuntos de familia, accedieron á su petición.

*
* *

Momentos después, Gaspar entraba en la habitación donde estaba Rosendo.

—¡Pero cómo ha sido esto!—exclamó precipitándose sobre el lecho de su amigo.

—Ya lo ves,—dijo éste.

Y después volviéndose á los que con él estaban, prosiguió:

—He dicho á ustedes antes, que deseaba hablar á solas con Gaspar y les suplico que nos dejen solos.

—No olvide usted nuestras últimas prescripciones,—dijeron los médicos.

—Mil gracias, señores, por ese interés; pero harto saben ustedes mismos que ya es todo inútil.

—No te entretengas mucho,—dijo Joaquín, indicando á su amigo la gravedad de Rosendo.

Una vez que estuvieron solos los dos, dijo Gaspar:

—¿Pero quieres explicarme qué locura ha sido esta?

—Una locura que tenía que ser. Pero como no estamos ahora para perder el tiempo hablando de eso, como voy sintiendo por momentos que la vida me falta, hemos de aprovecharlos para decirte lo que deseo de tí.

—No eres tú quien ha de decirme semejante cosa; soy yo, tu amigo, quien debe hablarte. ¿De qué ha provenido esto?

—Ya te lo explicará Joaquín, si es que el remordimiento que ha de experimentar, le deja espacio para ello.

—¿Luego él te ha muerto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Pregúntaselo á los que se han entretenido en jugar con nosotros por medio de cartas y noticias que necesariamente han producido esta catástrofe. En fin, ahora ya no hemos de hablar más sobre ese particular; lo único que de tí exijo es, y quiero que me lo jures, Gaspar, quiero que me jures que no te darás paz ni sosiego hasta que encuentres al miserable autor de cuanto ha pasado. Es mi venganza la que te lego, júrame que la cumplirás.

—¡Lo juro!—contestó el miserable sin vacilar y alzando la vista al cielo, como si tratara de tomarle por testigo del perjurio que cometía.

CAPITULO CXIX

Buen tutor

Rosendo parecía haber concentrado toda su vida en la mirada que tenía fija en el jorobado.

Tal vez, en su fuero interno, abrigase alguna sospecha respecto á él, sospecha que quiso justificar con el juramento que le exigió.

Pero el cinismo de aquel hombre era tal, que sin vacilación de ningún género, como cediendo al deseo del amigo, pronunció el juramento, sin que se alterara un solo músculo de su fisonomía, ni se advirtiese la menor vacilación en su acento.

Al escucharle, no era posible abrigar la duda más leve respecto á su inocencia.

La fisonomía del moribundo reflejó la satisfacción que experimentaba.

—¡Gracias!—dijo, tras un ligero esfuerzo.

—Yo te juro,—prosiguió Gaspar,—consagrarme única y

exclusivamente á buscar al miserable autor de semejante infamia, y si lo encuentro, como lo encontraré, tu amigo sabrá vengarte.

—Hablemos de otra cosa ahora,—dijo Rosendo.

—Lo que yo quisiera sería que no hablases nada. Me has exigido un juramento, te lo he hecho; tan interesado como tú estoy en el descubrimiento de ese crimen; por lo tanto, satisfecho tu deseo, no hables ya más, y no te preocupes respecto á otros negocios.

—Es que todavía pretendo más de tí.

—Habla; pero que sea breve.

—Tú sabes el cariño que me profesa la pobre Feliciana.

—Lo sé.

—Es muy posible que este golpe le cueste la vida.

—¡Calla, por Dios!

—La conozco, y sé muy bien todo lo que debe sufrir.

—Pero Feliciana es madre antes que todo, y comprenderá que debe vivir para su hijo.

—Pues ahí está el caso: que no lo comprenderá, y que mi hijo, si ella muere, se quedará sin apoyo alguno.

—No digas eso, mientras yo viva.

—Pues, precisamente de eso se trata. ¿Quieres ser el tutor de mi hijo?

—¡Por Dios, Rosendo! ¿no tienes otra persona más digna que yo, para desempeñar semejante cargo?

—Posible es que se lo hubiese confiado á Joaquín; pero ya te he dicho que ese pobre también sucumbirá, bajo la presión del dolor que ha de causarle lo que ha hecho.

—¿Pues por qué lo hizo?—repuso rudamente Gaspar.

—Lo hizo por lo mismo que lo hubieses hecho tú y que lo hubiera hecho yo también. Como te he dicho, hay algo inexplicable, algo incomprensible en lo que aquí ha pasado, y cuya explicación tú la encontrarás algún día.

—Aun cuando yo no tuviera el carácter oficial de tutor tu hijo, aunque no te hubieses acordado de mí para nada en estos momentos tan supremos, puedes abrigar la seguridad de que, faltando tú, de tal modo he de consagrarme al cuidado de esos seres que te son tan queridos, que no viviré más que para ellos.

—¡Gracias, amigo mío, gracias!—repuso el moribundo con acento conmovido. —Ahora,—dijo al cabo de algunos momentos,—que entren esos señores, y que vayan inmediatamente á buscar un escribano, para que pueda dejar consignada mi última voluntad.

* * *

Gaspar, haciendo esfuerzos para dominar la maligna alegría de que estaba poseído, salió del aposento.

Poco después, el testamento de Rosendo quedaba hecho, nombrando como tutor de su hijo á Gaspar.

Joaquín, no había pronunciado una sola palabra.

Cada vez más triste, cada vez más sombrío, hubiérase dicho que en el corto espacio de algunas horas había envejecido de un modo extraordinario.

Si á costa de su vida hubiera podido salvar la de su amigo, la hubiera sacrificado sin vacilar.

Desde el momento en que la confesión de Rosendo quitó el enorme peso que le torturaba, representósele su acción con tan negros colores, que se sublevaba contra sí mismo, y apenas si podía fijar sus ojos en el desgraciado que sucumbía, víctima de su fatal obcecación.

—Quiero ver á mi mujer,—dijo á los médicos, después que hubo firmado el testamento.

—¿Pero qué va usted á conseguir con eso? empeorar

su estado y producir á la pobre señora una impresión terrible.

—Mi mujer es fuerte, y soportará este dolor como debe soportarlo.

Y no hubo medio de hacerle que desistiera.

Gaspar fué el encargado de entrar en la habitación donde estaban Isabel y Antonia.

Joaquín no tuvo valor para ello, y abandonó la habitación de su amigo, no atreviéndose á soportar el efecto de aquella entrevista.

Isabel, entretanto, ayudada por algunos de los individuos que componían la comisión de que formaba parte el conde, y á los cuales, como ya dijimos, había enviado á buscar Joaquín, revelaron á Feliciana la terrible verdad.

El golpe fué tan rudo, por más que ya lo estaba presintiendo, que perdió el sentido, costando no poco trabajo á los médicos el hacerla volver en sí.

Cuando Gaspar entró en el aposento, tornó de nuevo á repetirse la anterior explosión.

Isabel no pudo reprimir un movimiento de despecho y de cólera, viendo allí á aquel hombre á quien su instinto achacaba la culpa de todo.

También Feliciana profesaba alguna antipatía al jorobado; pero en aquel momento en que el sentimiento era el que la dominaba, al ver al amigo de su esposo, rompió á llorar amargamente.

La escena que tuvo lugar entre Feliciana y Rosendo, fué extremadamente conmovedora.

Isabel había ido acompañando á su amiga, y por lo tanto, hubo de sufrir también las consecuencias de aquel tan atendible deseo del moribundo.

Pero la marquesa era más fuerte que su amiga y única-

mente por la palidez de su rostro y por las lágrimas que silenciosamente resbalaban por sus mejillas, podía comprenderse lo que sentía.

Sin embargo, hubo un momento en que toda su entereza fué por tierra, como vulgarmente se dice.

Rosendo, la llamó con voz débil:

—Marquesa,—la dijo,—juro á usted por la vida de mi pobre hijo á quien ya no he de ver más, que cuando vine á esta hace algunas horas, no tenía otro objeto sino el de abogar por mi pobre amigo Joaquín.

—Suplico á usted que calle,—repuso Isabel con voz balbuciente.

—No; he de decirlo todo, y quiera Dios que mi muerte al menos, produzca la reconciliación de ustedes.

Y como observara el movimiento hecho por Isabel al escuchar las anteriores frases, prosiguió:

—Sí, marquesa, la reconciliación de ustedes. Las palabras de uno que va á morir, son sagradas y yo le juro que Joaquín no ha dejado de amarla, un solo día.

—Es muy noble lo que hace usted Rosendo,—replicó Isabel,—pero...

—No continúe usted, Isabel;—prosiguió Rosendo cada vez más trabajosamente,—pudo delinquir un solo instante; pero su arrepentimiento ha sido tal, que no merecía el rigor con que usted le trató. Todos hemos sido víctimas de un enemigo oculto, misterioso, implacable, á quien Gaspar me ha jurado descubrir; esa ha sido la verdad, y ese enemigo ha sido el encargado de atizar en su corazón un resentimiento que ya debía haberse extinguido. Cese usted en esa actitud en que se ha colocado, y de ese modo tal vez consiga salvar al pobre Joaquín.

—Harto salvado está ya,—dijo con acento de profundo dolor Feliciana.

—No lo creas,—contestó su marido.—Conozco al conde mejor que vosotros y sé que mi muerte unida á la frialdad de su esposa, no le dejará vivir mucho tiempo. Por eso deseo que Isabel sea indulgente.

*
* *

La marquesa cayó de rodillas junto al lecho de Rosendo.

Toda su entereza, toda su energía se extinguieron allí y rompió á llorar amargamente.

El proceder de Rosendo y su terrible predicción, la hicieron estremecerse.

Porque, como ya hemos dicho, amaba á su marido con toda su alma y la sola idea de que llegase á morir, la trastornaba.

Rosendo, entró poco después, en la agonía.

Al espirar la tarde, falleció.

Joaquín había sido llamado por él, también antes de morir.

Le otorgó su perdón y le encargó igualmente que velara por su mujer y su hijo.

Mucho se habló en Roma de aquel suceso; pero se le echó tierra encima y la verdadera causa del duelo no llegó á la superficie.

Feliciana cayó gravemente enferma, siendo necesarios todos los esfuerzos de la ciencia, y el cariño y la solicitud de que la rodeó su amiga Isabel, para que pudiera llegar el día en que los médicos la declararan fuera de peligro.

Joaquín pidió su separación del ejército, y cuando Feliciana estuvo ya en disposición de abandonar á Roma, mas como un autómata que como una persona que tiene entero conven-

cimiento de lo que hace, se dejó conducir á Madrid por su mujer.

La marquesa comprendió que no era posible seguir viviendo en Sevilla después de lo que había pasado.

Por más que Feliciana hubiera comprendido que la muerte de su marido había sido consecuencia de una lucha legal, frente á frente y con iguales armas; por más que siguiendo el deseo de su esposo, había perdonado al matador, la verdad era que debía serle muy violento vivir donde éste vivía y verle con frecuencia.

Por otra parte, tampoco la marquesa podía ya estar bien en la ciudad donde había nacido.

Así fué que se estableció definitivamente en Madrid, aun cuando iba á Sevilla durante la primavera.

Joaquín no volvió más.

Isabel, aun cuando amenguó su rigor respecto á él, mostrábase, sin embargo, algo reservada, reserva que no dejaba de advertir Joaquín.

Conocíase que había desaparecido la paz y la dicha de aquel matrimonio, y el infeliz esposo, agobiado, tanto por esta razón como por el remordimiento producido por la muerte de Rosendo, comenzó á languidecer.

Gaspar era el único que estaba satisfecho.

Había realizado parte de sus aspiraciones.

Rosendo, el primer amante de la marquesa había sucumbido á manos de su esposo.

Ella debía experimentar el dolor de haber sido la causa de aquella desgracia.

Herido como estaba Joaquín, fácil era que sucumbiese también y entonces ella se quedaría libre y él podría recrearse con los dolores que la había proporcionado.

Su objeto, como hemos dicho, estaba en vías de realización.

Sabía que jamás sería suya aquella mujer; pero ya que no pudiese ser feliz con su amor, tampoco lo sería nadie, inclusa ella misma.

Al contrario, su existencia si llegaba á morir Joaquín como él pretendía, no sería más que un tormento continuado, un prolongado martirio que él se encargaría de aumentar provocándola nuevas torturas.

CAPITULO C

Gaspar

Feliciana estaba inconsolable con la muerte de su esposo.

Cuantas reflexiones se la habían hecho, todas habían sido inútiles, y si algún aliciente tenía para ella la vida, era única y exclusivamente por su hijo.

Gaspar había creído cumplir á conciencia su misión, acompañando la viuda hasta Sevilla, donde también habían conducido el cuerpo de Rosendo.

El jorobado pareció que también había renunciado á sus antiguas calaveradas.

Sin embargo, si ostensiblemente parecía estar regenerado, en secreto se entregaba á todas las hediondeces propias de su voluptuosa y perversa naturaleza.

Así transcurrieron tres ó cuatro años.

Durante este período, Gaspar estuvo en Madrid dos ó tres veces.

Fué á ver á Quiros, y observó con complacencia, los progresos que el mal iba haciendo en él.

Solicitó ver á Isabel, y la marquesa no quiso recibirle.

—Tu mujer sigue teniéndome la misma ojeriza que en otro tiempo,—dijo Gaspar á su amigo en una de las ocasiones que había obtenido aquella negativa.

—Cree siempre ver en tí á mi compañero de locuras.

—Lo que hace, sin duda,—dijo Gaspar,—es recordar al pobre Rosendo.

—¡Gaspar!—exclamó Quiros con los ojos centelleantes de ira,—mira lo qué dices.

—No te alteres, hombre, que yo hablo en el sentido de que quizás sospeche que alguna indiscreción mía pudiera haber producido la excisión entre vosotros, que tuvo tan funestos resultados.

—Ya sabe que no es así,—repuso el conde á quien la explicación de su amigo satisfizo algún tanto.

—Entonces, chico, no lo entiendo.

—Ni es necesario tampoco,—repuso el conde.—Doblemos la hoja sobre eso, y hablemos de otra cosa.

—Como quieras. Pero vamos á ver,—prosiguió Gaspar cambiando de entonación,—¿en qué es en lo que piensas? ¿qué haces? ¿qué clase de vida es la que llevas, que cada día te encuentro más desmejorado?

—¿Pues qué quieres que haga? lo mismo de siempre; vivo feliz.

—¿De veras?—preguntó intencionadamente Gaspar.

—¿Por qué lo has de dudar cuando yo te lo afirmo?

—Es que á veces se dicen cosas...

—Yo no digo más que la verdad. ¿Y en Sevilla, cómo estáis?

—Lo mismo. Aquello no varía en nada; las mismas diver-

siones, los mismos elementos de vida, en fin, exactamente igual que cuando tú estabas.

—¿Y Feliciana?

—¡Oh! lo que es esa pobre no puede olvidar ni un solo momento á su marido.

—Lo mismo exactamente que yo.

*
* *

La entonación que dió Joaquín á estas palabras, fué tal, que Gaspar, á pesar de su perversidad, no pudo menos de estremecerse.

Y durante algunos segundos no supo qué decir.

Porque en el acento de su amigo descubrió la honda pena que estaba minando su existencia.

Efectivamente, el pensamiento de la orfandad en que había dejado al pequeño Feliciano y al mismo tiempo ser la causa del inmenso dolor de aquella pobre viuda, le agobiaban.

Era demasiado recto, demasiado leal, para no reconocer la injusticia que había cometido.

—Vaya, chico,—le dijo Gaspar al cabo de algunos momentos,—no digas semejantes cosas, porque no tienes motivo para ello.

—¿Qué no tengo motivo? Unicamente tú lo dirás.

—Podrás decir que obraste con una obcecación lamentable, que tu ligereza fué injustificada.

—¿Y te parece poco?

—Pero al fin y al cabo os batísteis en duelo leal, y del mismo modo que le heriste, pudo también él quitarte la vida.

—¡Ojalá!

—Vamos, calla.

—¿Crees acaso que no es él mucho más feliz que yo?

¿Puedes suponer que sea vida la existencia mía? Vamos, Gaspar, cree que Dios hubiera hecho muy bien en cambiar la dirección de las espadas.

—Lo único que me pruebas con todo eso, es, que á pesar de lo que el pobre Rosendo pidió á tu mujer, ésta continúa mostrándose inflexible.

Joaquín no contestó.

Inclinó la cabeza tristemente y así hubo de permanecer un breve espacio.

Después alzó la cabeza y preguntó á su amigo:

—Y del encargo que te hizo Rosendo, ¿qué has hecho?

—¿De qué encargo?

—El de vengarle.

—¡Oh! para eso hay necesidad de encontrar al culpable.

—¿Y no le has encontrado todavía?

—No.

—¡Desgraciado eres en tus pesquisas!

—Ya comprenderás que no habré omitido diligencia alguguna para conseguirlo.

—¿Pero tan difícil puede ser encontrar al miserable que á este extremo nos condujo á todos?

—Yo lo único que puedo decirte es que he puesto en prensa mi imaginación, que no hay detalle que no haya recordado, ni incidente que haya pasado desapercibido para mí.

—Y á pesar de eso...

—A pesar de eso no he podido encontrar un hilo conductor que me lleve al descubrimiento de la verdad.

—¿Y será posible que se quede impune el autor de tanto daño?

—Ya comprenderás cual será mi disgusto al no haber podido cumplir la última voluntad de nuestro pobre amigo.

—Si yo supiera encontrar un medio para tropezar con el

miserable, ó los miserables, que así falsificaron nuestras letras y que obraron de ese modo.

—Los que así obran, desengáñate, que saben encubrirse de manera que no es fácil que se les encuentre.

—Si yo no hubiese perdido en los años que han transcurrido y con todo lo que por mí ha pasado, todas mis energías y hasta todas mis aspiraciones, te aseguro que ya me hubiese puesto en campaña para encontrar al autor.

—¿Y crees acaso haber hecho más diligencias que yo?

—No lo sé, Gaspar; porque puedo asegurarte que hay momentos en que imagino que no has hecho las diligencias que debías.

—Si otro que no fueses tú me dijera estas palabras, cree que me ofendería. ¿Acaso supones lenidad en mis diligencias? ¿puedes dudar del afecto que he profesado á Rosendo y que te profeso á tí? He sido desgraciado y nada más.

—¡Cómo ha de ser!

*
* *

Gaspar regresó á Sevilla con la seguridad de que su amigo no sobreviría mucho tiempo á Rosendo.

Su dolor no era fácil que se mitigara.

La marquesa seguía mostrándose inflexible con él.

No había querido recibirle ni cuando fué á despedirse.

El jorobado se sonreía al escuchar cada una de aquellas negativas.

—¡Pobre mujer!—murmuraba,—¡qué caro tiene que pagar todo eso! Sin cuidado me tiene que no me reciba; pero no sabe ella misma que con semejante proceder está demostrándome todo lo vivo de la llaga que hay en su pecho.

Un año después Feliciana fallecía, quedando Feliciano entregado por completo á su tutor.

En los últimos momentos, la infeliz viuda de Rosendo, cual si por intuición hubiese presentido la desdichada suerte que á su hijo le iba á alcanzar en poder de Gaspar, quiso ver si podía revocar la disposición de su esposo.

Pero fué imposible, ó mejor dicho, la muerte la sorprendió antes de poder realizar su deseo.

Gaspar se llevó consigo á Feliciano, arregló todos los asuntos referentes á la tutoría, y fué también á establecerse á Madrid, porque era donde pensaba poder recrearse más de cerca con los resultados definitivos de sus trabajos.

Había escrito á Joaquín una carta notificándole la muerte de Feliciana, seguro de que aquella carta haría más profunda la úlcera que había en el corazón del conde.

Y efectivamente que su presunción fué exacta.

Al recibirla, palideció intensamente y murmuró:

—¡Pobre mujer! También tú has sucumbido, y yo, la causa de todos tus males, vivo todavía.

Y desde aquel momento, su tristeza tomó mayores proporciones.

Isabel únicamente hubiera podido dulcificar los días de su marido, pero su misma altivez la impedía seguir los impulsos de su corazón.

Porque había momentos en que al verle abatido bajo el peso del infortunio de que había sido causa, sentía vivísimos anhelos de correr hacia él, de estrecharle entre sus brazos, de colmarle de caricias, de consolarle en sus dolores.

Pero el orgullo le recordaba que aquel hombre principió engañándola, sustituyendo su cariño con el de una cantadora de taberna, para entregarse después en Roma al más desenfrenado libertinaje y aun cuando después dió tan repetidas muestras de su arrepentimiento y justificó muchos de aquellos actos con el mismo desvío de que ella le hacía víctima, y aun

cuando ella prometió al moribundo Rosendo olvidarlo todo, la verdad era que ni lo olvidaba ni había conseguido perdonar en absoluto.

Joaquín lo comprendía así.

Creía que aquello era el castigo por la culpa que cometiera, dando muerte á un inocente y había aceptado ya aquella especie de expiación, esperando con impaciencia el día en que fuera á reunirse con su amigo.

*
* *

Pero este día tardaba demasiado.

La muerte de Feliciana acabó de llenar el vaso de su amargura y como si esto no hubiera sido bastante, la llegada de Gaspar fué el complemento de su desesperación.

El miserable, como si hablase de cosas indiferentes, refería á su amigo, á su manera como ya se puede comprender, los sufrimientos de Feliciana.

Un día, estaba Gaspar en su casa, en ocasión que también se hallaba Isabel en sus habitaciones.

Joaquín parecía estar más preocupado que de ordinario.

Había comprado el día anterior unas armas que según dijo, estuvo probando en el tiro de pistola.

Gaspar, con sus intencionadas frases había hecho estremecer más de una vez á Joaquín, y palidecer á la marquesa.

De pronto, dijo Joaquín, cogiendo una de las pistolas que todavía permanecían en la caja donde las había llevado.

—¿Qué te parecen estas pistolas, Gaspar?

—¿Has comprado más armas?—dijo el jorobado aproximándose á la mesa donde estaban las armas.

—Ya sabes que esa ha sido siempre mi pasión favorita.

—Al menos no es tan costosa como otras,—repuso Gaspar.

—Y en momentos dados puede servir de mucho,—dijo Joaquín.

—Como no sea para quitar de en medio á cualquier persona...

—O para quitarse uno mismo...

—¡Calla, Joaquín, calla por Dios!—dijo Isabel.

—Lo principal es que sirvan para los demás.

—No; un arma, siempre es un amigo leal que según cómo se considera, puede prestar un gran servicio:

—Según sea el servicio.

—Figúrate que uno se encuentra de repente acometido por una persona, con la cual, no puedes competir, físicamente hablando.

—¡Toma! te expones á recibir una paliza más ó menos grande, según la superioridad de tu adversario.

—Pero si llevas un arma, equilibras en un momento las fuerzas.

—Y te expones, si llegas á darle, á que te condenen á presidio como homicida.

—No siempre sucede eso.

—Yo creo que sí.

—Otro caso,—dijo Joaquín mirando á Isabel con una expresión indefinible.

—Veamos.

—Está una persona cansada de la vida, bien sea por quebrantos de fortuna, bien por frialdades y desdenes que encuentre en el seno de la familia, bien por otra causa cualquiera, y como no ha de ir á quejarse al vecino, ni pedirle que mejore su situación, no tiene más que coger un arma así como ésta, de una precisión admirable, ponérsela en la sien y...

—¡Joaquín, separa esa arma!—gritó Isabel levantándose de su asiento y corriendo hacia su marido.

Este sonriéndose, la dijo:

—Tranquilízate, mujer, si está descargada, ¿ves?

Y al decir estas palabras soltó el gatillo y... y salió el tiro.

CAPITULO CI

La confesión de Joaquín

EL efecto producido por el disparo fué terrible; las armas eran, como había dicho Joaquín muy bien, de una precisión admirable, y como que el pulso del conde no había vacilado, la muerte fué instantánea.

Durante un buen espacio, permaneció inmóvil, pero después se desplomó, salpicando con su sangre el vestido de Isabel.

Esta, rígida, fría, como herida por una horrible catalepsia, con los ojos desmesuradamente abiertos, sin exhalar un grito, sin derramar una lágrima, contemplaba el cadáver de su esposo.

Gaspar, á pesar de su cinismo y de su falta de corazón, también se quedó inmóvil y aterrado.

Había sido aquello tan inesperado y tan rápido, que ni pudo preveerse ni evitarse.

Al ruido de la detonación acudieron los criados y el grito

de su espanto fué el que, si esta frase podemos emplear, hizo volver en sí á la marquesa.

Pero volvió en sí para precipitarse sobre el cuerpo de su esposo, llamarle con los más dulces nombres, cubrirle de caricias, abrazarse estrechamente con él y perder el sentido finalmente.

Gaspar cubrió con una mirada indefinible aquellos dos cuerpos y dió algunas disposiciones, mientras llegaban los médicos y las autoridades á quienes se fué á dar aviso.

Joaquín había cubierto las apariencias perfectamente.

De aquellas pistolas, probadas el día anterior en el tiro, por una imprudencia, sin duda, quedóse cargada una, y al jugar distraidamente con ella, produjo aquella desgracia.

El relato de Gaspar, lo mismo que el de Isabel, cuando á fuerza de cuidados pudo volver en sí, estuvieron conformes.

Sin embargo, ni la marquesa ni el jorobado creyeron lo mismo que decían.

Para los dos, Joaquín se había suicidado.

Pero este suicidio reunía unas circunstancias tales, que únicamente los que estaban en el secreto de la existencia de aquel matrimonio y de cuantos incidentes habían mediado, podían apreciarlas.

Estos eran Isabel y Gaspar.

Pero ni el uno ni la otra revelaron la verdad.

Unicamente Isabel, durante la terrible enfermedad que sufrió, en medio de su delirio pronunció algunas frases incomprensibles para las personas que la asistían, que eran algunos parientes suyos que acudieron solícitos en el momento de la desgracia.

En cambio el jorobado cuando se las dijeron, las comprendió perfectamente.

Pero como nuestros lectores pueden comprender, guárdose de dar explicación alguna sobre ellas.

Cuando la marquesa estuvo en disposición de poderse hacer cargo de su estado y de la gestión de sus asuntos, uno de sus tíos, que fué desde los primeros momentos quien se puso al frente de la casa, la entregó un voluminoso paquete encontrado entre los papeles del conde, paquete lacrado y sellado cuidadosamente, en el cual, decía: «Para mi esposa.»

Isabel comprendió desde luego que quizás bajo aquel sobre se encerraba la explicación del acto, en virtud del cual se había quitado la vida.

*
* *

Efectivamente, así era.

Sola en sus habitaciones la marquesa, teniendo cerca de sí su hija, único sér en quien había concentrado todo su cariño, fué rompiendo uno por uno los sellos del fúnebre legado, y entonces aparecieron ante su vista varios documentos que no eran más que disposiciones testamentarias del conde, y una carta dirigida á Isabel.

Aquella carta empezaba con las siguientes palabras:

«Mi confesión.»

Después, continuaba así:

«Cuando leas esta carta, Isabel de mi alma, quizás haga ya mucho tiempo que yo habré dejado de existir.

»Y digo que hará mucho tiempo, porque juzgo que de tal manera ha de sobrecogerte la noticia de mi muerte, que conociendo como conozco tu organismo, es muy posible que una larga enfermedad te prive durante muchos días de leer esto, que para tí únicamente lo escribo.

»Si fueras otra clase de mujer, si no supiera que en tu

corazón, á pesar del hielo de que revistes tu semblante, encierras incólume todavía el ardiente fuego de los primeros días de nuestro amor, no creería que mi muerte te sobrecogiese de tal modo.

»Pero sé que me amas, Isabel; sé que únicamente tu maldito orgullo, la tenacidad de tu carácter, la soberbia que te causa la idea de que yo haya podido decir apasionadas frases á otras mujeres, son las que impiden que aquel fuego llegue hasta mí y me abrase como me abrasaba en los primeros días de nuestra unión.

»Y, sin embargo, esposa querida, te lo digo al borde ya de la tumba, no he amado á nadie más que á tí; tú has sido el único amor de mi vida, por tí supe lo que era el verdadero placer sobre la tierra y, desgraciadamente, también por tí, he tenido que saber cual es el supremo dolor que hay en el mundo.

»El deslumbramiento de un instante y quizás sugestiones que no sé si calificar de pérfidas ó de imprudentes, me llevaron al lado de aquella gitana, cuyo triunfo fué tan efímero, que sólo duró el tiempo que emplea uno en aspirar el perfume de una flor.

»Inmediatamente que desperté del sueño, comprendiendo la enormidad del crimen, yo mismo intenté ponerle remedio, y si por algo acepté aquel inesperado nombramiento para marchar á Roma, fué porque merced á él iba á romper una cadena, que ni había pretendido formar, ni creí jamás que se me llegara á hacer tan pesada.

»Marché á Roma sin revelar á aquella mujer dónde iba.

»Pagué con dinero lo que con dinero había comprado, y sin duda, la traidora mano que me había empujado por aquel camino, no se creyó satisfecha, reveló á la gitana dónde estaba yo, y hasta quizás la facilitó los medios para que me

fuera á encontrar, y puedes creer, Isabel de mi alma, que cuando, la ví comparecer en Roma, me quedé muerto de espanto.

»Aquella mujer me amenazó con un escándalo; le tuve miedo por el cargo que desempeñaba, y cedí como cede el caballo bajo el freno que lo sujeta.

»Todo lo que te estoy diciendo, es la pura verdad.

»Vuelvo á repetirte que esto lo verás después de mi muerte, porque estoy resuelto á morir, y las palabras que se pronuncian al borde de un sepulcro, son palabras verdaderas siempre.

»Aquel lazo no era de flores por cierto, sino de hierro tan duro, que á riesgo de todo, arrostrando el escándalo, rompí con aquella mujer, el mismo día precisamente que tú llegaste á Roma, y llegaste, porque la misma mano que me había empujado hacia la gitana y á su vez obligó á ésta á que me siguiera, tenía necesidad de amargar tu existencia y la mía, y te llevó á Roma.

»Lo que sucedió después, tú lo sabes muy bien; pero lo que ignoras, lo que no has comprendido, mejor dicho, lo que no has querido comprender nunca, es lo muchísimo que yo he sufrido con el castigo tan horrible que me impusiste.

»Yo sentía la presencia de un enemigo invisible, autor de todo cuanto había pasado, me parecía que le tenía cerca de mí, y cuando yo te suplicaba que me perdonases, que vieras únicamente mi amor pasado, y no mi culpa presente, creo, ¡Dios me perdone! que estaba cerca de nosotros dos, y que se reía de mi candidez, y se burlaba de mi fiereza.

»Loco, desesperado por tu desdén, desdén que yo comprendía que era fingido, porque no con tanta facilidad se apaga el fuego en corazones como el tuyo, impulsado por aquel mismo demonio que con nosotros estaba recreándose, em-

prendí una vida de desorden, no tanto para ver si despertaba tu corazón, que aun cuando en apariencia, estaba durmiendo, cuanto para olvidar lo que me hacías sufrir.

»Tú sabes todo lo que medió después.

»Llegó el instante en que ese mismo demonio, origen de todos mis males, despertó mis celos.

»La infeliz esposa de Rosendo fué lanzada también á la candente arena del circo, en el cual debían enconarse nuestras pasiones, y el choque inevitable, terrible, choque en el cual yo perdí la razón, sobrevino, y las consecuencias no pudieron ser más dolorosas.

»Mi pobre Rosendo sucumbió bajo mi acero homicida; pero yo también quedé mortalmente herido.

»Tú, únicamente, pudieras haber endulzado mi herida, y quién sabe si con tu cariño hubieras llegado á cicatrizarla.

»Pero no lo quisistes, y desde el momento en que comprendí que todo era inútil, que el hielo de que habías cubierto tu rostro se había endurecido de tal modo, que ya no dejaba paso al fuego de la pasión que vivía en tu pecho, comprendí que mi suerte estaba echada.

»Era preciso morir.

»Pero antes quise confesarte la verdad.

»No quiero, que después de mi muerte, sigas creyendo que tu marido te había olvidado.

»Eso jamás.

»Ni en esas horas de fiebre dejó de presentárseme ante los ojos tu imagen querida, ni un solo instante cesé de reprocharme lo que hacía, y á lo cual me lanzaba, como te he dicho, para ver si en el fondo de aquella copa de envenenada absenta, que aspiraba con avidez, podía encontrar el olvido del dolor que me causabas.

»Ahora, cuando todo esto lo leas, todas tus prevenciones

habrán desaparecido, porque á los muertos se les perdona y se les compadece, y si por algo he querido morir, ha sido porque al menos, muerto, podría tener de tí lo que en vida no pude conseguir, tu perdón absoluto.

»La fatalidad nos desunió, y mucho me temo que esa fatalidad ha de pesar sobre tí.

»¿Por qué causa? ¿quién es el emblema de esa fatalidad?

»Yo no lo sé; pero que existe, es indudable.

»El pobre Rosendo también lo creyó así, y cuanto más he reflexionado sobre todo lo que nos ha ocurrido, más me he ido convenciendo de ello.

»¡Por Dios, Isabel! procura vivir muy prevenida, porque, como te he dicho, tengo el presentimiento de que esa fatalidad ha de pesar también sobre tí.

»Una última súplica voy á hacerte.

»No puedo explicarte la razón de por qué te la hago.

»Yo mismo, que escribo esto, ignoro el fundamento que tiene.

»¿Es esto un presentimiento? ¿es esto una advertencia? ¿ó qué? Lo ignoro.

»Pero de todos modos, debo decírtelo:

»No te fíes para nada de Gaspar.

»Aléjale de tu lado, y más todavía del de mi pobre hija.

»Ahora, ¡Adiós, Isabel!

»Si tú pudieras comprender el dolor tan infinito con que estoy trazando estas últimas palabras...; pero he resuelto morir, y es necesario que mi propósito se realice.

»¡Adiós por última vez! Tu pensamiento será el último que tendrá tu *Joaquín.*»

CAPITULO CII

Las amenazas de Gaspar

Cuando terminó Isabel la lectura de aquella carta de su esposo, murmuró:

—¡Bien había adivinado mi pobre Joaquín! Todo procede de ese hombre. Yo te juro, esposo mío,—prosiguió la hermosa viuda con exaltación, alzando sus ojos al cielo,—que cumpliré en un todo tu voluntad.

Y efectivamente, Isabel se marchó de Madrid con su hija.

Muller había acompañado á su señor al regresar á España, y había seguido paso á paso la marcha de aquellos sucesos, tomando apuntes, que pensaba utilizar algún día.

Y efectivamente, en ocasión en que Gaspar envió un recado á Isabel, pidiéndole su venia para pasar á visitarla, venia que le fué negada por la viuda, Muller dijo á su señor:

—Y eso que la señora marquesa no sabe todavía de la misa la mitad, como dicen aquí en España.

—¿Qué has dicho?—preguntó Gaspar, mirando fijamente al criado.

—Que si la señora supiera que usted había sido el autor de todo, con el genio que tiene, no sé lo qué hubiera hecho.

—¡Ah! ¿conque tú sabes que yo he sido el autor de todo? Muy bien, querido Muller, veo que eres un muchacho aprovechado. ¿Y de dónde has deducido tú todo eso?

—Yo me precio de ser muy observador,—dijo el alemán, —creyendo que había llegado el momento de hacer valer cuanto sabía.

—Es verdad, ahora recuerdo que me dijiste en alguna ocasión que tenías apuntes muy curiosos.

—Sí, señor, es una costumbre que adquirí hace ya mucho tiempo. Precisamente, fué un encargo de mi padre, que no he olvidado nunca.

—Vamos á ver, vamos á ver,—repuso Gaspar, afectando una bondad y una complacencia extraordinaria. ¿Qué fué lo que te dijo tu padre?

—Había sido siempre un leal servidor, y había estado en muy buenas casas.

—No lo dudo, ¿y qué fué lo que te dijo?

—Que el mejor medio para tener seguros á los amos, era siempre poseer algún secreto suyo.

—¡Ya!

—Y no crea usted, que me ha ido muy bien hasta ahora obrando así.

—Lo creo.

—¡Y si viera usted que de secretos conozco!

—Que te habrán valido algún dinero.

—De mis señores, siempre, porque yo jamás he hecho traición á la casa donde servía.

—¿Pero si en otra te hubieran hecho mejores proposiciones?...

—Es un caso en el que no me he encontrado nunca, porque siempre mis señores han comprendido lo bien que yo les servía.

—Mejor dicho, tú se lo habrás hecho comprender.

—De todo ha habido,—contestó sonriéndose maliciosamente el alemán.

—Vamos, pues yo no quiero ser menos que han sido los demás, y como que deseo que olvides cuanto ha pasado...

—¿Olvidarlo?

—Sí, porque hay cosas que molesta el recordarlas.

—Pues vea usted la fatalidad que yo tengo; que mi memoria nunca me es infiel.

—¿Y tu lengua?

—En cuanto á esa, está siempre á la completa disposición de mis señores.

—Pues toma, para que veas que tus señores también saben apreciar el mérito de sus criados.

Y al decir estas palabras, Gaspar sacó del bolsillo dos billetes de Banco, y se los entregó al alemán.

***

Muller quedó altamente satisfecho con aquella muestra de generosidad que su amo le había dado.

Y se prometió, para más adelante, hacer otra nueva tentativa.

Pero su amo, pensaba precisamente todo lo contrario.

Muller no sabía con quién trataba, y había dejado ver su juego con demasiada inocencia.

—Este necio,—había dicho el jorobado,—creerá, sin duda, explotarme, y no sabe con quién trata.

Por entonces, fué cuando Isabel abandonó á Madrid, acompañada de su hija y de algunos criados de confianza.

Unicamente su mayordomo de Sevilla, sabía donde estaba.

Gaspar lo supo también, y un día anunció á Muller que se marchaban á París.

El criado alegróse, porque iba aproximándose á su país, y ya comenzaba á sentir deseos de abandonar el servicio de Gaspar.

Este también había formado el propósito de separarle de su lado.

Pero quería separarle de una manera que no pudiera mortificarle nunca.

No quería comprometerse quitándole la vida, y dedicóse á buscar un medio de conseguir un objeto análogo, sin exposición alguna de su parte.

Una vez en París, donde había ido con el objeto de poner á Feliciano en un colegio, dió á Muller el encargo de que marchase á Tolón.

Al mismo tiempo, envió á la policía un anónimo, denunciándole como espía alemán, que llevaba el encargo de inspeccionar las fortificaciones de aquella plaza.

El efecto, fué instantáneo.

Muller, detenido por las autoridades francesas, fué reducido á prisión.

Al saberlo Gaspar, se frotó las manos lleno de satisfacción.

Lo que deseaba, ya se había realizado.

Entonces registró el equipaje de su criado, y entre él encontró aquellos famosos apuntes que el alemán había ido reuniendo.

Merced á esto, conoció toda la historia del marqués de la Florida.

Otros apuntes había respecto á las demás casas en que sirvió Muller; pero como que la mayoría de aquellos personajes para nada importaban al jorobado, únicamente, lo que llamó su atención, fué lo del marqués, por tratarse de una persona á quien conocía.

Guardó cuidadosamente aquellos papeles, y después envió las ropas á su criado, con alguna cantidad, diciéndole que había declarado en su favor; pero que, no pudiéndose detener por más tiempo en París, le dejaba en completa libertad para que al salir de la prisión buscase otro amo, si quería.

* * *

Ya hemos dicho que Isabel se había marchado de España sin decir á nadie dónde iba.

Gaspar hizo todas las diligencias imaginables para encontrarla; pero todas fueron inútiles.

La marquesa se había establecido en Francia.

España, para ella, tenía recuerdos muy dolorosos, y si bien todos los años hacía un viaje á Madrid, el día del aniversario de la muerte de su esposo, para ir á visitar su sepulcro, inmediatamente regresaba á su encantador retiro de Francia, donde se dedicaba exclusivamente á la educación de su hija.

En ella había concentrado todo su cariño.

Joaquina crecía, siendo un vivo retrato de su padre.

Cuatro años hacía que el conde había muerto, y ya contaba nueve la niña, cuando un día que ésta había salido á paseo con su aya, al regresar dijo á su madre:

—¿Sabes, mamá, que hoy hemos tenido un encuentro?

—¡Un encuentro!—exclamó sorprendida Isabel.

—Sí por cierto. Que te lo cuente miss Alice.

Este era el nombre de la institutriz que tenía Joaquina.

La marquesa fijó una mirada interrogadora en la inglesa.

—Diré á usted, señora marquesa,—dijo miss Alice,—el encuentro á que alude Joaquina, es uno de tantos que se tienen en los paseos. Un caballero, á quien, sin duda, ha llamado la atención la niña por su belleza, y que se ha quedado un buen espacio contemplándola.

—Algo omite usted, Alice,—repuso Joaquina,—que aquel caballero me ha estado mirando de un modo...

—Como miran otros.

—¿Pero no ha dicho nada?

—¡Oh! no, señora.

—Pero nos ha seguido hasta muy cerca de aquí.

—La casualidad, tal vez, le haría llevar el mismo camino que nosotras.

Isabel quedóse un tanto pensativa.

Sin saber por qué, le llamó la atención aquel caballero.

De pronto, se volvió á la institutriz y la dijo:

—¿Qué señas tenía ese desconocido, miss Alice?

—Parecía un gran personaje; vestía con mucha elegancia.

—Sí; pero era muy feo.

La marquesa no pudo menos de sonreirse al oir la observación de su hija.

—¿Era joven ó viejo?—preguntó.

—De una mediana edad,—repuso miss Alice.—Ya dice bien Joaquina, era muy feo, y más que todo, poco simpático,

y eso que con nosotros no hizo nada para justificar esa antipatía.

—Mira, mamá, para que nada le faltase al buen señor, hasta era jorobado.

—¡Jorobado!

Y la marquesa palideció al escuchar el defecto físico del desconocido.

—Lo que oyes.

—Pero apenas se le advertía,—observó la inglesa.

—¡Ya lo creo! cuando yo lo advertí...

—¿Y nada te dijo?

—Nada, señora,—contestó miss Alice.

—¡Es extraño!—murmuró Isabel.

—¡Qué! ¿le conoces tú, mamá?

—¡Qué le he de conocer, hija mía! Me sorprende el que digas que os ha venido siguiendo hasta aquí, después de haberte estado mirando tan atentamente.

—Yo no creo que nos siguiera con intención, porque, poco antes de llegar á casa, le vimos que se metía por otra calle.

—Pues á mí me parece,—repuso Joaquina,—que se quedó parado en la esquina.

—En fin, no hablemos más de ese incidente, que me parece que no tiene ninguna importancia.

—También creo yo lo mismo,—repuso la institutriz.

Sin embargo, la marquesa no cesó de pensar en aquel extraño personaje, que era feo, según había dicho la inglesa y la niña, y que además era jorobado.

El nombre de Gaspar se ocurrió al pensamiento de la marquesa, y no pudo menos de estremecerse.

CAPITULO CIII

Sigue tratándose de lo mismo

AL día siguiente, la marquesa no quiso que su hija saliera á paseo.

En cambio, á la hora en que la niña acostumbraba á salir con la institutriz, se dirigió ella hacia el bosque de Bolonia.

Cubierto el rostro por el espeso velo de su sombrero, caminaba lentamente, cuando de pronto sintió una voz cerca de ella, que decía:

—¡Gracias á Dios, marquesa, que la suerte me ha proporcionado el placer de encontrarla!

A pesar de los años transcurridos, Isabel reconoció la voz de Gaspar.

Volvióse vivamente, y vió al jorobado que la contemplaba con irónica expresión.

—Supongo que no tendrá usted la pretensión,—le dijo,—de creer que haya permanecido oculta todo este tiempo.

—Yo no tengo pretensión alguna, señora; yo no he dicho más si no que me felicitaba por haberla encontrado, después de haber pasado tanto tiempo sin verla.

—Doy á usted gracias por esa felicitación que le causa mi encuentro.

—Ya presumía desde ayer que estaba usted en París. Ví á su hija, y encontré en su rostro algo que me hizo adivinar quién era.

—Y por eso, sin duda, la fué usted siguiendo.

—¡Naturalmente!—repuso Gaspar un tanto desconcertado, —como que ese era el único medio para saber dónde usted vivía.

—Permítame usted que le haga una pregunta,—dijo Isabel con alguna altanería.

—Ya sabe usted que puede hacer cuantas quiera.

—¿Tanto le interesaba saber dónde vivía?

—¡Ya lo creo! como que jamás se ha borrado usted de mi pensamiento.

—Vea usted por donde á los dos nos ha pasado lo mismo.

—¿De veras?

—Sí por cierto.

—¿Conque usted se ha acordado de mí?

—Sí, señor; para deplorar el primer día en que tuve la desgracia de conocerle.

Y el acento de Isabel vibró con tan glacial expresión, que el jorobado no pudo menos de morderse los labios, quedando un tanto desconcertado.

Sin embargo, no duró mucho semejante estado.

Bien pronto se recobró, pero fué, como fácilmente se comprende, para herir.

La punzada que la marquesa le diera, le hirió profundamente.

Esta herida tenía que vengarla, y así lo hizo.

Durante algunos segundos estuvo pensando qué sería lo que más podría hacer daño á aquella mujer, y finalmente dijo:

—También mi difunto amigo el conde, debió deplorar mucho el día en que se dió muerte, aquel otro día en que conoció á usted por primera vez. Usted podrá haber olvidado la primera fecha, pero yo no he dado al olvido la segunda.

*
* *

El golpe había estado perfectamente dirigido.

Efectivamente, la marquesa guardaba siempre fijo el recuerdo de la muerte de su marido.

Aquel suicidio del cual ella se reconocía la única culpable, era su remordimiento.

Comprendía muy bien todo lo que aquel miserable pretendió decirla con aquellas palabras.

Así fué, que se quedó inmóvil durante algunos segundos.

Después fijó su altanera mirada en el jorobado.

Y una desdeñosa expresión brilló en ella.

Sin decirle una sola palabra, se separó de él y se alejó de allí.

Pero no era esto lo que le convenía á Gaspar.

Si había deseado verla, si tanto la había buscado, no podía resignarse á perderla sin más ni más.

Así fué que dió algunos pasos, y la dijo:

—¡Marquesa!

—No tengo nada que hablar con usted.

—Podrá usted no hablar si no quiere,—repuso el jorobado,—pero yo la aseguro que me ha de escuchar.

—¿Y si no quiero?

—Me escuchará usted si es que no quiere que se produzca un escándalo.

—¿Un escándalo?

—Naturalmente, á mí el escándalo no me asusta, por el contrario, me agrada; conoce usted mi carácter y sabe que no retrocedo ante nada. Aquí, si alguien saldría perjudicada, sería usted.

La marquesa comprendió que aquel miserable tenía razón.

Entonces se detuvo.

Midióle de alto abajo con una mirada llena de desdén, y le dijo:

—¿Y qué es lo que tiene usted que decirme?

—¿Ve usted cómo se ha detenido?

—Es natural; como que del escándalo nadie más que yo resultaría perjudicada, no quiero dar á usted el placer de que con él se recree. Pero una cosa le he de decir á usted, que termine cuanto antes, porque no me agrada que nadie me vea hablando con usted.

—¿Tanto la perjudica?

—No es que me perjudique, pero me disgusta.

—Pues pronto quedará terminada nuestra conversación, por más que debo decirla que experimento un singular placer en escucharla.

—Es extraño.

—Todo lo que usted quiera; pero hay personas que se envenenan lentamente experimentando cierta especie de voluptuosidad en la aspiración lenta del tósigo, y á mí me sucede lo mismo que á esas personas.

—Caprichos propios de usted.

—¿Pero sabe usted, marquesa,—dijo de pronto Gaspar mirando fijamente á la viuda,—que cada día está usted más hermosa?

Isabel hizo un gesto de repugnancia tan marcado, que Gaspar no pudo menos de advertirlo.

—Ya sé que mis elogios para usted son un objeto de indignación, de cólera, y precisamente esa es una de las razones que yo tengo para prodigárselos.

—¿Es decir, que á sabiendas pretende usted mortificarme?

—¿Por qué no? Sigo amando á usted de la misma manera que la amaba en otro tiempo.

La marquesa tampoco contestó, su mirada reflejó de tal manera lo que sentía, que otra sonrisa tan cruel y tan malvada como todas las suyas apareció en los labios del jorobado, sonrisa bajo la cual pretendió ocultar la sorda cólera que rugía en su pecho.

—Ya sé,—dijo,—que usted no me ama, que me aborrece, que me cree el autor de todas sus desgracias; pero eso, ¿qué importa? no tiene usted otro remedio que soportarme, y quizás si algún día pretende librarse de este suplicio, acceder á mi ruego.

—¡Oh! eso jamás,—repuso vivamente la marquesa, haciendo un gesto de repugnancia tan marcado que no podía dejar lugar á duda alguna respecto á los sentimientos que aquella mujer experimentaba.

—Como usted quiera,—prosiguió Gaspar,—no hemos de reñir porque yo la diga que la quiero y usted me conteste que me aborrece. Todo es cuestión de tiempo y de circunstancias, amiga mía, y debe usted comprender que quien tan pacientemente ha esperado tantos años, se encontrará dispuesto á esperar otros tantos.

—¿Ocasionando tantas desgracias como hasta ahora?

—Puede.

—¡Oh! ¡qué indigno es el proceder de usted!

—Ya verá usted, marquesa, las cosas deben tomarse tal como son.

—Pues por esa causa juzgo todos los actos de usted

como infamias indignas de cualquier persona que en algo se estimara.

* * *

Durante un breve espacio permanecieron silenciosos la marquesa y Gaspar.

Uno y otro como dos combatientes que procuran reunir todas sus fuerzas para el ataque, se miraban recíprocamente cual si quisieran encontrar la parte vulnerable de cada uno para introducir con más seguridad el arma homicida.

Pero eran dos adversarios dignos uno de otro.

El jorobado, curtido en la maldad, no dejaba llegar hasta su rostro ni el más ligero pensamiento ni la palpitación más leve de su corazón.

La marquesa, envuelta en su altivez, escudada con la conciencia de su virtud y de su deber, verdadero tipo de la mujer fuerte, no dejaba tampoco aparecer en su semblante lo que pasaba en su corazón.

—Sabe usted, marquesa,—dijo Gaspar al cabo de algunos momentos,—que sus palabras son excesivamente duras.

—Están en relación con el procedimiento de usted hasta ahora.

—¿Me quiere usted decir, cuál ha sido mi procedimiento? ¿Qué es lo que encuentra usted de vituperable en él?

—Vamos, Gaspar, se necesita toda la impudencia y todo el descaro que usted tiene, para atreverse á hacer semejante pregunta.

—Si lo analiza bien, ha de reconocer forzosamente que la culpable de todo ha sido usted.

—¡Yo!

—Justamente. Si desde el primer momento, cuando yo

tuve la desgracia, porque desgracia y muy grande fué para mí, el prendarme de usted, no me hubiera rechazado, es muy posible que nada de lo ocurrido hubiese tenido lugar.

—¿Y acaso pudo usted suponer por un momento siquiera, que yo mandase á mi corazón, que no había sentido ni podía sentir respecto á usted, afecto alguno?

—Si hubiese usted atendido á la voz de su interés.

—¡Basta! me da asco de hablar de semejantes cosas.

—Pues mire usted, ese asco ha traído las consecuencias que nadie más que usted ha tenido ocasión de deplorar.

—Porque he tropezado con usted, con una persona que no se ha gozado, ni ha pretendido en el mundo más que causar la desdicha de los que tuvieron la desgracia de conocerle.

—Vamos, marquesa, suplico á usted que demos tregua á los denuestos y á las acusaciones y que reflexionemos un poco, mejor dicho, que reflexione usted acerca de su situación

—¿Y qué pretende usted con esas palabras? ¿Tiene usted valor todavía para hablar de una situación, que nadie más que usted ha creado?

—Pero ¿por qué la he creado? ¿quién ha tenido la culpa?

—Usted.

—No, señora, la situación ha sido usted quien la creó. Y sino recuerde bien todo cuanto la dije.

—Yo he dado al olvido esas palabras.

—Muy mal hecho; porque si las hubiese recordado, es fácil que no hubiese cometido ciertos actos.

—Siempre. ¿Cree usted que cuando se experimenta repugnancia respecto á una persona, baste solo la conveniencia, el interés ó cualquier otra pasión vergonzosa y repugnante para trocar la aversión en afecto y el odio en cariño?

—La fuerza de voluntad lo consigue todo, cuando esa fuerza existe para otras cosas, por ejemplo para el desprecio.

—No, porque el desprecio nace espontáneo, se produce por los actos de la misma persona que es objeto de él y como precisamente todos los de usted no han tendido nunca sino á producirle, ha tenido que salir naturalmente y sin violencia de ningún genero.

—Pues ya ve usted, si ha producido males todo ese desprecio.

—Lo que no comprendo es,—dijo la marquesa al cabo de algunos momentos,—lo que no comprendo es, repito, que tenga usted todavía valor para hablarme en el sentido que lo hace.

—Como que lo tendré todavía para decirle algo más.

—¿Acaso nuevas amenazas?

—¡Quién sabe! y tenga usted presente, por supuesto que eso ya lo sabe usted muy bien, que mis amenazas se traducen en hechos.

—¿De modo que todavía pretende usted amenazarme?

—Como que no se ha extinguido mi amor.

—¡Maldito amor que á semejantes extremos le ha conducido! Puede usted creer que si en mi mano estuviera destruir esa fatal hermosura que así pudo seducirle, y convertirme en el sér más repugnante, lo haría sin vacilar.

—Si es qúe siempre la amaría del mismo modo. ¿No comprende usted, qúe yo no vería jamás á la mujer de hoy sino á la de ayer; no comprende usted que mi empeño no nace de este momento, sino qúe ya es antiguo, y que para llegar á conseguirle he recorrido ya un camino sobradamente largo y que dejé sembrado de cadáveres?

—¡Calle usted!

—No por cierto, que vine resuelto á hablar y llegaré hasta el fin á pesar de todos sus esfuerzos. Marquesa, usted no sabe lo que es la tenacidad en una persona como yo. Han pasado once ó doce años desde que nos conocimos, las condiciones de mi físico no fueron de su agrado, y sin descender hasta el fondo de mi pecho, me rechazó usted, concediendo á otro su preferencia. ¿Qué pasó después? su primer proyecto de matrimonio quedó roto, el segundo se llevó á cabo y más valiera que no se hubiera realizado tampoco, porque por usted penetró la desgracia en la casa de Rosendo.

—Si no necesito que me cuente usted historias de ese género.

—Se las cuento para refrescar un poco su memoria, y que comprenda usted, que si antes no he retrocedido para llegar al objeto que quería, hoy retrocederé mucho menos, teniendo como tengo en mi poder elementos que más tarde ó más temprano esté segura que los utilizaré.

—¿Y qué quiere usted indicarme con eso?

—Que no he renunciado á mis pretensiones, marquesa; que los años pasados no han hecho más que avivar el fuego que me consume, que como la dije un día la he de colocar en una pendiente tal, que no ha de tener otro remedio que caer en mis brazos y que si no pude conseguirlo descartándome del esposo, amargando sus últimos días y arrojando sobre usted la responsabilidad, tanto de su muerte como de las de Rosendo y de Feliciana, lo conseguiré poniendo en juego á su hija de usted y al hijo de Rosendo.

CAPITULO CIV

El destino

TODA la firmeza, toda la energía, toda la indomable altivez de la marquesa, se desvanecieron ante aquella terrible amenaza.

Adivinó en un momento lo que aquel miserable la anunciaba.

Y anonadada bajo el peso de aquella nueva desgracia, no pudo menos de inclinar la cabeza, para ocultar á su adversario la palidez de que su rostro se había cubierto.

Una sonrisa de triunfo brilló en el innoble rostro del jorobado.

Juzgó que el golpe, diestramente dirigido, había dado en el blanco.

Sin embargo, si bien la marquesa inclinó la cabeza por un momento, fué para alzarla con mayor energía, con mayor altivez, diciendo:

—¿Era todo eso lo que tenía usted que decirme? ¿era para

lanzarme esa última amenaza, para lo que tanto me buscaba usted?

—Sí, señora.

—Pues me parece que ha perdido el tiempo. Le he dicho muchas veces, y creí que ya estaba usted plenamente convencido de ello, que yo no soy de las mujeres que se doblegan ante consideración de ninguna especie. Yo pertenezco al número de las que se rompen, pero que no se inclinan. Podrá usted amargar mi existencia, podrá usted aumentar nuevos dolores, á los que ya me hizo sufrir; pero tenga usted por cierto, que le despreciaré siempre, y que si yo pudiera creer, ¿qué digo creer? presumir siquiera que mi corazón pudiera tener un momento de debilidad para suplicarle piedad y gracia, yo misma me quitaría la vida para evitar que llegara ese momento.

—No sabe usted, sin duda, lo que es luchar con los sentimientos maternales.

La marquesa volvió á estremecerse.

Pero se dominó en seguida, y dijo:

—Y usted no sabe tampoco lo que es el corazón de una mujer honrada. Acostumbrado á tratar con mujerzuelas de la peor especie, vulgarizado entre lo que se compra y lo que se vende, no puede usted apreciar el temple de mi corazón, que no ha soñado jamás en separarse de la rectitud y de la honradez.

—Yo podré haber tratado con gentecilla de la que usted supone únicamente, en eso ya estamos conformes; pero crea usted, marquesa, que el estudio del corazón, de las pasiones y de los sentimientos, no me es desconocido tampoco, y si ante el cariño del esposo, ante los deberes de la amistad, ante los afectos sociales, ha podido usted permanecer impasible y dejar que todo se hunda y que desaparezca todo antes que tran-

sigir, con lo que juzga su rebajamiento, no le sucederá lo mismo el día en que se encuentre frente á frente con su propia hija.

—¡Oh!

Y la marquesa se llevó la mano á los ojos, cual si pretendiera rechazar la horrible visión que ante ellos apareciera.

*
* *

Efectivamente que era horrible la idea emitida por aquel hombre.

Hubo un momento en que la imaginación de Isabel casi adivinó lo que aquel hombre pretendía.

Y tan grande fué su horror, que, como hemos dicho, se cubrió el rostro con la mano, para no ver.

El maligno jorobado conoció lo que pasaba en el corazón de la marquesa, y se sonrió, diciendo:

—Desengáñese usted, que la única solución que tiene, la sola esperanza que le resta, es aceptar mi cariño, que en nada ha disminuido, á pesar del tiempo transcurrido.

—¿De modo, que esa es su última proposición?

—La que para usted encierra la salvación de intereses, que la deben ser muy sagrados.

—Para salvarlos, crea usted, Gaspar, que no necesito excitaciones de ningún género. Deseche usted todas esas ideas que ignoro, mejor dicho, que no me explico cómo las ha podido concebir. No sé en qué concepto tan rebajado me pudo usted tener, para pensar siquiera que pudiese acceder á sus deseos.

—He venido á brindarle el ramo de olivo, marquesa.

—Lo que ha venido usted á hacer, ha sido, sino le conociese ya, á sembrar una nueva perturbación en mi pecho, á

llenar de angustia mi corazón, á hacerme que desconfíe de mi hija, del único sér que ya me queda en la tierra; y si todo eso al menos, pudiera darle una esperanza, si por medio de ello pudiera usted imaginarse que había de conseguir vencer mi resistencia, todavía se podría explicar. Pero si es que usted debe conocerme, si es que debe saber hasta qué extremo llega mi energía y mi resistencia, y sabiéndolo ha de estar plenamente convencido de que nunca, nunca, recuérdelo usted bien, he de ser suya.

Y con estas palabras, puso la marquesa término á aquella conversación.

Separóse bruscamente, dirigiéndose hacia su casa.

Gaspar no intentó seguirla.

Su objeto ya estaba conseguido.

Había sembrado la perturbación en su pecho, la tenía ya bajo la presión de aquella amenaza, y por lo tanto, había conseguido lo que deseaba.

Una sonrisa satánica se dibujó en sus labios, y murmuró:

—¡Anda con Dios! Tú podrás no caer, pero también te aseguro, que los dolores que has sufrido, no son nada en comparación de los que te quedan que sufrir.

*
* *

Gaspar no se preocupó, por el momento, de la marquesa.

Dejó para más adelante renovar sus pretensiones, porque efectivamente, como había dicho muy bien, su amor por aquella mujer, era inextinguible hoguera, que conforme iban pasando los años, iba aumentando su violencia.

Así transcurrió algún tiempo.

Gaspar se entregaba á toda clase de vicios.

Regresó á Madrid y penetró en el círculo de los calaveras más corrompidos, entre los cuales, conoció al marqués del Pino, de quien nuestros lectores á *Las hijas sin madre*, deben conservar alguna memoria.

Tan perversos el uno como el otro, simpatizaron desde el primer momento, y así como Gaspar supo cuales eran los ideales que perseguía, así también el marqués conoció el objeto que preocupaba al jorobado.

Aquellos dos hombres formaron una especie de alianza mútua, alianza que hubo de romperse al poco tiempo, porque los negocios de la tutoría, obligaron á Gaspar á marchar á Sevilla.

El patrimonio de Gaspar Cerralbo había sufrido quebrantos de consideración, por la dispendiosa existencia que llevaba; pero allí estaba el patrimonio de Feliciano para cubrir las brechas que en el suyo hiciera la intemperancia de su conducta.

Cuando llegó la época de que el hijo de Rosendo saliese del colegio, llevósele consigo Gaspar, y excusado es decir la escuela que tuvo el joven.

El jorobado se estremeció de gozo al ver las felices disposiciones del adolescente para el papel que le tenía reservado en lo porvenir.

Durante muchos años, la existencia de la marquesa fué algo más tranquila.

No había vuelto á ver á Gaspar, nada sabía de él, y consagrada exclusivamente á formar el corazón de su hija, llegó á olvidar las amenazas de aquel miserable.

Cuando Joaquina había cumplido los diez y seis años, comprendió que no tenía razón ni derecho para tenerla como secuestrada en extraño país, y decidió regresar á España.

Antes se informó si estaba Gaspar en Madrid, y supo que se había ido á Sevilla.

Joaquina era un vivo retrato de su madre.

La única diferencia que entre ambas existía, estribaba en el carácter.

La entereza, la energía, la fuerza de voluntad de Isabel, no las tenía su hija.

Dulce, tierna, cariñosa, toda pureza, la joven era el tipo acabado y completo del sentimiento.

Isabel era poco expansiva, tal vez, por efecto de lo mucho que había sufrido, y de las extraordinarias contrariedades que amargaron su vida.

Esta era la única nota dolorosa que había en la existencia de Joaquina.

Cuando la pobre niña necesitaba más de la tierna solicitud, del insinuante afecto de su madre, tropezó con aquella frialdad, mejor dicho, con aquella especie de muro de reserva y de severidad, que ahogaba en sus labios toda frase cariñosa y toda expansión propia de su edad.

Y no era porque la marquesa no amase á su hija.

Lo hemos dicho en otro lugar, ella resumía todos los afectos de su vida.

Joaquina era para ella el recuerdo vivo de su marido, de aquel hombre á quien tanto había amado, y á quien después de muerto amaba todavía más.

Pero al mismo tiempo, Joaquina, también representaba para ella el remordimiento.

Porque ya no dudaba, no podía dudar, de que ella inconscientemente quizás, había causado la muerte de su esposo.

Este recuerdo no se borraba de su pensamiento, y tal vez contribuía á aquella misma especie de reserva que en ella advertía Joaquina y que tanto daño la causaba.

De este modo fué formándose el carácter de la joven.

Tuvo que concentrar en el fondo de su pecho todas sus impresiones.

Siendo expansiva y cariñosa, vióse obligada á dominar sus expansiones, temerosa siempre de mortificar á su madre.

Por el contrario, miss Alice, su institutriz, que de ella no se había separado, indulgente, cariñosa, llena de afecto hacia su discípula, obtenía todas sus confidencias.

La indulgente inglesa se sonreía escuchando las ingenuas é inocentes manifestaciones de la niña; más tarde escuchó y apreció las de la joven, y, finalmente, llegó á ser la verdadera amiga de su educanda.

*
* *

Un día la marquesa advirtió con espanto que su hija parecía querer á la institutriz mucho más que á ella.

Equivocó el procedimiento para atraerse el cariño de la joven, como había equivocado el de ganarse el afecto de su marido. Bajo el pretexto primero que se la presentó, despidió á la institutriz, creyendo de este modo reconquistar el afecto de su hija.

Pero por desgracia, sólo consiguió el efecto contrario.

Joaquina hubiera aceptado perfectamente la falta de su institutriz si su madre hubiera sustituido con su cariño el que aquélla la había inspirado.

Pero desgraciadamente, tampoco en esto tuvo tacto la marquesa.

Siguió la misma marcha que hasta entonces.

Quería muchísimo á su hija, pero sin demostrárselo, sin responder con la manifestación franca y cariñosa de su amor al amor de la joven.

Y sucedió lo que necesariamente tenía que suceder.

Que á falta de institutriz, la niña depositó su cariño en otra persona que no tenía ni las condiciones de honradez ni las de discreción de aquélla.

La nueva favorita de Joaquina, era su camarera.

Había cumplido Joaquina diez y ocho años, y dió comienzo para ella la edad más crítica y más llena de peligros.

Entonces más que nunca debiera haber velado la marquesa por ella y, sin embargo, entonces más que nunca su confianza tomó un carácter tan vituperable, que apenas se concibe, en persona de su talento y por la desgracia tan aleccionada, que obrase de aquel modo.

Creía haber educado á su hija en los principios de la moral más estricta y á propósito para resistir todas las seducciones y todos los halagos con que el mundo pudiera brindarla.

En su consecuencia, creía haber hecho como madre cuanto podía y cuanto se tenía derecho á exigir de ella.

Hacía tanto tiempo que no había sabido de Gaspar, que, como ya hemos dicho, hasta llegó á olvidarse de aquel último encargo que la hiciera su esposo en la carta que la había escrito poco antes de morir.

Joaquín la decía que aquel miserable había ejercido una gran influencia en los hechos que todos deploraban y que temía que tratara de ejercerla para lo sucesivo en la suerte de su hija.

Que la encargaba que velase por ella y que estuviera prevenida siempre para evitar todo cuanto pudiera suceder.

Esto decía Quiros que, en los momentos que precedieron á su muerte, parecía haber sido adivino.

Y sin embargo, la marquesa, abandonándose á una culpable confianza, consagrándose, por decirlo así, más al recuerdo

de su marido muerto que al cuidado de su hija viva, dió lugar á nuevas desgracias que debían acibarar su existencia en los postreros años de ella.

—Yo he cumplido con mi deber,—decía más de una vez,—he guardado firmemente la fe jurada á mi marido y he hecho de mi hija una mujer honrada y digna. Y la prueba de esto está en que ha entrado en el mundo y no la han desvanecido los halagos de él, ni en su corazón han hecho mella las lisonjas y las adoraciones de que ha sido objeto. Mi pobre Joaquín debe estar satisfecho de mí.

¡Pobre marquesa! ¡qué poco conocía lo que aquel mismo mundo la tenía reservado á no tardar mucho!

CAPITULO CV

Seducción

Durante el tiempo transcurrido desde la última entrevista que Gaspar había tenido con la marquesa, el hijo de Rosendo había ido creciendo y bajo la inteligente dirección de su tutor, había llegado á ser un hermoso joven, apuesto, galante, decidor, simpático para las mujeres, temible para los hombres, puesto que manejaba admirablemente todas las armas y tenía valor personal para presentarse ante el enemigo.

Pero en cambio no había vicio en el cual, á pesar de su juventud, no fuera ya consumado maestro.

Gaspar, lo único que había procurado, había sido sostener su influencia respecto á su pupilo.

Más ducho que él en la perversidad, con más astucia que talento y dominado siempre por una idea á la cual todo lo había sacrificado, el miserable quiso hacer de Feliciano un instrumento para sus planes futuros.

Un día, en ocasión que se hallaban en París, dijo Gaspar:

—Sabes, querido Feliciano, que la vida que llevamos concluirá por arruinarnos á los dos.

—¿Y qué me quieres decir con eso?—preguntó el joven arrojando una bocanada de humo y mirando con indiferencia las espirales que éste iba formando.

—Que es menester pensar seriamente en nuestra situación.

—¿Para qué he de pensar yo en ella? ¿No eres tú quien me ha conducido hasta aquí? pues ya verás el medio de sacarme adelante.

—Pues ya lo he pensado.

—Entonces ¿á qué esta especie de queja que acabas de formular?

—Tu última jugada en el Círculo, nos ha costado la friolera de quince mil francos.

—¿Por qué me enseñaste á jugar?

—Porque para brillar en el mundo cual corresponde á una persona de tus circunstancias, es preciso hacer lo mismo que los demás.

—¿Entonces de qué te quejas?

—Si no me quejo, únicamente expongo la verdad de nuestra situación.

—Pues mira, padrino, podrías suprimir muy bien pintarme los horrores de una situación á la cual tú has contribuido en gran manera; porque si yo en el juego he perdido la cantidad que dices, tú entre tus queridas y tus apuestas me parece que no te has quedado en zaga.

—Yo he gastado de lo mío.

—Pues entonces yo te contestaré lo mismo; si he gastado gasto de lo mío; el día que no me quede una peseta ya sé lo que me toca hacer.

—Eso es, la contestación de los necios. El día en que no tengas dinero pensarás, sin duda, pegarte un tiro.

—¡Justo!

—¿Y no piensas en que te queda todavía una misión que cumplir en el mundo?

*
* *

Al escuchar esta pregunta, la serena frente del joven se nubló de un modo extraordinario.

Inclinó la vista y dijo con visible acento de disgusto:

—Sin duda, te refieres á la muerte de mi padre.

—¡Justo! muerte que no se ha vengado todavía y que es preciso que se vengue.

—Vamos, bueno, ya sé que lo que quieres, es que cometa otra infamia.

—¡Feliciano!

—No sé por qué te sublevas porque dé á las cosas su verdadero nombre.

—Me parece que lo que yo te he dicho no es más ni menos que un acto de justicia.

—Según tú la entiendes.

—No, según es.

—También era para tí un acto de justicia el desafío que tuve con aquel inglés que se atrevió á acusarme de mala fe en el juego, y tuve que darle muerte, cuando tú y yo sabíamos que era verdad.

—Es que hay verdades que no se pueden consentir.

—Mira, padrino, la verdad es que tú me has colocado ya en un camino por el cual no me queda más recurso que seguir adelante. Estoy seguro que concluiré por estrellarme; pero ¿qué importa? haz lo que quieras y díme lo qué te conviene que haga.

—Cuidado, que no es que á mí nada me convenga; pero tu padre murió asesinado villanamente y al morir me encargó que le vengaras.

—Y lo único que siento,—repuso el joven con voz sombría,—es que la muerte me haya quitado al conde de Quiros, evitando que mi espada le arrancase la vida. Esa hubiera sido la venganza digna de un hijo que pretende vengar á su padre.

—Sin embargo, hay otros medios.

—Todos son infames.

—Nunca es infame cuanto se haga para vengar la muerte de un padre. Tienes el deber ineludible ya que no has podido castigar al conde, de amargar la existencia de su viuda del único modo que puedes hacerlo.

—Pero...

—Ahora, si no quieres, á mí me tiene sin cuidado. Esperaré á que cumplas la mayor edad, te daré las cuentas de mi tutoría y cada uno que siga el camino que le convenga más.

—¡Válgame Dios, hombre, qué cosas tienes! Parece mentira que te expreses así.

Y Feliciano se levantó de su asiento y comenzó á pasear por la estancia.

*
* *

Gaspar había ido poco á poco tratando de inocular en el corazón del joven todo aquel veneno que en el suyo existía.

Feliciano en medio de su depravación; á pesar de los medios en que su existencia se había desarrollado, era más bien el joven corrompido en la forma externa, si esta frase pode-

mos usar, que no el de perversos instintos, en cuyo corazón no existe ni una sola fibra que pueda vibrar bajo la presión de ningún sentimiento honrado.

Era más perverso en la forma que en el fondo, y á ser posible que en aquellos momentos otra persona dotada de un recto sentido moral se hubiese hecho cargo de él, y hubiese con su influencia desbancado la de Gaspar, Feliciano se habría regenerado por completo.

Desgraciadamente, el jorobado había remachado de tal modo los eslabones de la cadena que los unía, que era sumamente difícil que llegase el caso que hemos indicado.

Aquel miserable que en hacer el daño encontraba cierto voluptuoso recreo, lo había pesado todo, había calculado casi matemáticamente las operaciones que debían practicarse para producir las catástrofes con que había soñado, y procuró no dejar cabo suelto de ningún género para que escaparan las personas á quienes pretendía herir.

Porque, como ya hemos dicho, lo mismo aborrecía á Feliciano que había detestado á sus padres.

La juventud, la belleza, los favores de que disfrutaba por parte de las mujeres el hijo de Rosendo al excitar su envidia determinaban su cólera y si á esto se unía ser hijo de Rosendo, que había estado prendado de Isabel á quien él amó tanto, se comprenderá perfectamente la triste situación en que Feliciano había de encontrarse.

Para que mejor sirviera á sus planes, como ya dejamos indicado, había ido formando á su pupilo, tratando de engendrar en él un odio profundo hacia la familia de Quiros.

Isabel, á pesar de la antipatía que profesaba á Gaspar, habíase interesado siempre por Feliciano, recordando los encargos de Rosendo y de Feliciana, y desde que el joven estuvo fuera del colegio le había abierto las puertas de su casa.

Las locuras del hijo de sus amigos llegaron un día á oídos de la noble viuda, le reprendió suavemente y tal vez sus reprensiones habrían conseguido algo, á no mediar la maléfica influencia de Gaspar.

Más tarde, los actos de Feliciano revistieron una gravedad, que, como es consiguiente, provocó nuevas reprensiones por parte de Isabel, hasta que, finalmente, llegó la ruptura completa, producida por aquellos mismos desórdenes que tantas veces le reprendiera.

Realmente Feliciano hubiera podido regenerarse, porque el ejemplo de Joaquina había momentos en que le ganaba y sentía predisposiciones para seguir perseverando en la senda del bien; pero por desgracia Gaspar había podido más y el joven no pudo menos de resentirse de un modo extraordinario por el desaire que le hiciera la marquesa al despedirle de su casa.

Estos eran los momentos que pretendía aprovechar Gaspar.

Feliciano se resistía á las sugestiones del jorobado.

Porque, según hemos dicho, á pesar de su perversión había algo en el fondo de su pecho que se sublevaba á la idea de la indignidad que de él se pretendía.

*
* *

Cuando el jorobado se cansó de ver al joven pasearse por el aposento, le dijo:

—Pero, vamos á ver, ¿es que tú piensas pasarte toda la vida meditando acerca de tu conducta futura?

—No sé por qué me digas eso.

—Porque al decirte cualquier cosa que en tus necios escrúpulos juzgas desacertada, ya no hay Dios que te haga contestar una palabra, limitándote á pasear y á callar.

—Pero bien; ¿qué quieres que te diga?—repuso el joven deteniéndose,—¿crees acaso que tus proyectos tengan para mí, aliciente de ninguna especie?

—Peor para tí, porque nunca serás nada.

—¿Por qué no?

—Porque la memoria de tus padres es de tan poca significación para tí, á lo que se ve, que no darás el paso más pequeño para vengarla; y, desengáñate, Feliciano, que el hijo que así reniega de sus padres, poco bueno puede dar de sí.

—Es decir,— contestó Feliciano que había palidecido intensamente al escuchar las palabras de su padrino,—que para tí, el único modo de vengar á mis padres es cometer una vileza.

—Pero si aquí no hay vileza que valga; aquí no hay más que usar unas armas, en armonía con las mismas que se emplearon para producir la muerte de aquéllos.

—Yo tengo otras noticias distintas de las tuyas.

—En ese caso, atiende lo que otras personas te digan y á mí no me preguntes ni lo qué debes hacer, ni á mí recurras en las situaciones difíciles de tu vida, como hasta ahora has hecho.

—Es que si lo hice fué por el deber en que te encuentras como tutor, de atender á mis exigencias.

—Pues me dirigiré al tribunal para que me elimine de semejante responsabilidad, y obra tú en todo y por todo como mejor te convenga. Veremos á ver esos amigos que te aconsejan ó que en ese sentido te hablan, si se encuentran dispuestos á sacarte del compromiso en que tus torpes jugadas últimamente en Monte-Carlo, te han puesto.

—¡Calla, calla!—contestó el joven palideciendo, sin duda, porque el recuerdo evocado por su tutor le hacía daño.

—Nada, tú verás la manera que tienes de salir de ese compromiso; porque, hijo mío, yo me lavo las manos toda vez que para nada he contribuido á ello.

—Mira, Gaspar, vale más que no hablemos de ese particular y tengamos la fiesta en paz. Razón tienes, en que no has tomado parte en el hecho material que determina lo violento de mi situación; pero quieres decirme si no hubiera sido por tí, ¿cómo habría yo conocido todas esas ruindades del juego, que me han colocado en la situación en que estoy? Tan criminal es el que comete el crimen como aquel que ha facilitado los medios para que se realice, y si tú no me hubieras enseñado todas esas raterías, puedes estar seguro que yo no las sabría.

—¡Sólo me falta que también ahora me achaques lo que nadie más que tú ha cometido!...

—Pero el caso es,—murmuró el joven con voz sorda,—que yo necesito salir de esa situación.

—Pues tú verás qué medio empleas para conseguirlo; porque, francamente, en el estado en que tus bienes se encuentran, veo algo difícil el que nadie quiera darte ni una peseta.

—Pero, en cambio, los tuyos...

—¡Oh! los míos no están en mejor situación. Sin embargo, como que he tenido más tacto que tú, es fácil que encuentre, en un momento de apuro, lo que tú no encontrarías. Pero desde el momento en que, según tu modo de ver las cosas, mi gestión te ha sido perjudicial, cada uno puede obrar exclusivamente por sí y para sí. Sal de tus compromisos como puedas, que yo también procuraré salir de los míos de la mejor manera que me sea dable.

CAPITULO CVI

Gaspar triunfa en toda la línea

La verdad era que la situación de Feliciano no era, ni con mucho, tal como Gaspar la había presentado.

Al jorobado le convenía hacer creer siempre al joven que le tenía en su poder, y de aquí que, como él era el administrador de sus bienes, les daba la apariencia que mejor le convenía.

De este modo, sitiando con la necesidad, si así nos podemos expresar, no tenía más remedio que sujetarse á su capricho.

Y así sucedió también en el momento en que vamos hablando.

Feliciano había hecho dos ó tres jugadas en Monte-Carlo que le habían dejado en un descubierto tan terrible, que no sabía de qué modo cubrirlo para que su honor no padeciera.

Había tropezado con otros más hábiles que él, y cuando el joven creyó redondear una colosal jugada, se encontró envuelto en las mismas redes en que había pretendido coger á los demás.

Gaspar ya tenía medios para sacar al joven del aprieto en que estaba.

Pero á su vez quería aprovecharse también de las ventajas que le daba su situación.

Feliciano había firmado documentos á un plazo fijo, documentos que si no se retiraban inmediatamente y llegaban á hacerse públicos, arrojaban sobre su nombre indeleble mancha que ya no podía borrar jamás.

Los escrúpulos que el joven ponía á cometer la infamia con la marquesa, según era el deseo de Gaspar, irritaban á éste, que se propuso concluir de una vez, aprovechando las circunstancias que estaban en su favor.

Feliciano no tuvo más remedio que transigir.

Prometió á Gaspar hacer lo que quisiera, y poco después los documentos á que hemos hecho referencia eran recogidos por el jorobado, que se los mostró al joven, pero que no se los entregó, reservándoselos con toda intención.

* * *

Un día dijo á Feliciano:

—¿Has procurado ya ponerte en relaciones con Joaquina?

—Sí.

—¿Y te corresponde?

—Joaquina no me había olvidado nunca; pero como tú comprenderás, así no es posible pasar toda la vida.

—No he tenido yo pretensión de que tal suceda; por el contrario, cuanto antes le pongamos término mucho mejor,

porque estas cosas, ó se resuelven pronto, ó no se resuelven nunca.

—¿Y qué quieres decirme con eso?

—Que si estás seguro de que Joaquina te quiere, es menester que utilices esas buenas disposiciones en estos momentos, para lo cual debes dirigirte á la marquesa, pidiéndole la mano de su hija.

—¡Estás en tí!—exclamó el joven sorprendido,—¿crees acaso que la marquesa acceda?

—Ya sé que no accederá y precisamente eso es lo que buscamos.

Feliciano se quedó mirando á su tutor.

—No sé por qué me miras así,—dijo Gaspar,—¿acaso suponías que la marquesa accediera á tus deseos y te diera la mano de su hija, inmediatamente? Si precisamente con esa negativa hemos contado La marquesa increpará duramente á su hija; dado el carácter de la niña, esta negativa no hará más que irritarla con mayor violencia y de ese modo se facilitará el medio para que salga de su casa, según tenemos convenido.

—¡Qué horrible es todo eso!

—Es necesario y nada más. También fueron muy horribles todos los medios que se pusieron en juego para producir la catástrofe que quitó la vida á tu padre y que más tarde fué también la causa de la muerte de tu pobre madre.

—No hablemos de eso.

—Ya tengo comprada la posesión que ha de servir de nido á la amorosa pareja, hasta el momento en que uno de los dos se canse.

—Pero si es que yo no quiero á Joaquina. Tú me obligas á que dé un paso que, como cariño, rechazo, y como sentimientos, me repugna

—Pues si tu amor estuviera interesado y tus sentimientos fueran verdaderamente los que jugaran en este asunto ¿cómo había de tener lugar la venganza, entonces? Esto estriba precisamente en que únicamente tu cabeza sea la que juegue. De ese modo, el día en que convenga, se hace la procesión del niño perdido y la hermosa Dido abandonada, no tendrá otro remedio que volver al lado de su madre para que la consuele en su abandono.

Y Gaspar, á quien esta idea solamente, regocijaba ya de un modo extraordinario, no pudo menos de reflejar en su rostro todo lo innoble del gozo que experimentaba.

Feliciano hizo lo que su malvado mentor le aconsejaba.

Joaquina, al revés de lo que á Feliciano pasaba, había sentido que su corazón se inclinaba hacia él.

Cuando la marquesa se vió obligada por las repetidas noticias que de sus locuras recibía, á despedirle de su casa, el dolor que la joven hubo de sufrir fué extraordinario.

Sin embargo, como que tenía un carácter tan entero como el de su madre, procuró encerrar aquel dolor en el fondo de su pecho y aun cuando la palidez del rostro parecía acusar la existencia de una oculta pena, Isabel no la oyó exhalar una sola queja.

Unicamente una circunstancia inesperada fué la que demostró á Isabel que el fuego seguía latente y ya sería muy difícil de extinguir.

* * *

Compañero de infancia de Joaquina, primeramente en París y después en Madrid, había sido Pablo Romero González, lejano pariente de la marquesa, hijo de un acaudalado comerciante sevillano que más tarde se estableció en Madrid, siendo su casa de banca la de más fama que existía.

Pablo había estudiado la pintura con notable aprovechamiento, había viajado bastante y jamás se había olvidado de su parienta y compañera en los juegos de la niñez.

En la época de la ruptura de relaciones entre la marquesa con Feliciano, Pablo había llegado á Madrid, y la impresión que recibió al ver á la joven transformada en mujer, fué tal, que la misma marquesa no pudo menos de advertirla.

Pocos días después el padre de Pablo pedía solemnemente á Isabel la mano de su hija para el recién llegado.

—Mira, Gregorio,—contestó Isabel al banquero,—ya comprenderás que tu proposición me satisface en gran manera, porque tu hijo reune todas las condiciones apetecibles para hacer feliz á una mujer; pero también conoces mi modo de pensar y no violentaré la voluntad de mi hija si ella de buen grado no se inclina á ese matrimonio que me propones.

—Es que te he de advertir una cosa, Isabel,—repuso el banquero,—que Pablo está locamente enamorado, y me temo mucho que ese muchacho haga una tontería si por casualidad tu hija no le quiere. Te digo esto para que te pongas al corriente de nuestra situación y de lo mucho que espero de tu buen talento, á fin de que hagas inclinar, si acaso, el ánimo de Joaquina hacia mi pobre hijo.

La marquesa prometió explorar el terreno y obrar con prudencia en aquel asunto.

Pero desde el primer momento en que lo inició á la joven, ésta se irguió con altivez y dijo:

—No, mamá, yo no quiero á Pablo para esposo. Es un buen amigo, compañero de la infancia á quien aprecio muchísimo y por quien daría la sangre de mis venas si fuera necesario; pero lo que es mi amor no se lo daré nunca.

Esta negativa tan rotundamente formulada, irritó algún tanto á su madre que la dijo:

—Olvidas, Joaquina, que tu madre tiene derecho para...

—Para romper un matrimonio que cree perjudicial para el bienestar de su hija, comprendo que lo tengas; pero para obligarme á que contraiga otro que me haría infeliz, estoy segura que no lo tienes. En buen hora no tendré relaciones con la persona que tu juzgabas inconveniente, pero no me obligues tampoco por ningún estilo, á que las tenga con otro que mi corazón rechace.

En vano fué que se hicieran toda clase de reflexiones á la joven.

Cuanto más se le decía, más se irritaba, y el pobre Pablo sufría las consecuencias de aquel desdén, en términos que su padre juzgó necesario enviarle á viajar.

*
* *

Hallábase en Londres en ocasión que también estaba allí Feliciano.

Tanto uno como otro se conocían y sabían las pretensiones que habían tenido respecto á la misma mujer.

Así era que entre ambos existía ya cierta rivalidad que si bien no había tomado un carácter ostensible, la verdad era que podía estallar de un momento á otro y con una violencia extraordinaria.

Pero esta violencia no podía partir sino de Pablo.

De Pablo que era quien sabía que Joaquina amaba á Feliciano; porque ésta se lo había confesado con entera ingenuidad.

En vano el joven había tratado de demostrar á la que amaba, los vicios de que adolecía el hombre por quien sentía predilección.

Joaquina estaba obcecada y lo que Pablo decía, atribuíalo á su resentimiento por no haberle concedido sus favores.

Una noche, en uno de los círculos más aristócratas, Feliciano estaba jugando y realizó en pocos momentos una enorme ganancia.

Al final de la partida, una acusación terrible se alzó contra él.

Acusábanle de haber ganado por ilícitos medios.

Pablo estaba allí, siendo precisamente el único español que se encontraba en aquel sitio, y tuvo que enterarse y presenciar como el joven era expulsado de aquel círculo y el compromiso de honor formado por todos los concurrentes para no volverle hablar más ni saludarle mientras que no se rehabilitara de un modo digno y conveniente.

Pablo sufrió el bochorno de ver como era tratado un compatriota, y en aquel momento olvidó hasta la rivalidad para no ver sino la afrenta inferida á su nacionalidad.

Feliciano salió del círculo avergonzado y Pablo se apresuró á correr hacia él, diciéndole noblemente:

—A su disposición de usted me tiene en todo y para todo si pretende rehabilitarse. Dinero, relaciones, cuanto le haga usted falta de todo puede disponer. Lo que importa es que cuanto antes pueda usted volver dignamente á este lugar.

—No necesito nada;—contestó secamente Feliciano.

Pablo sintió aquella negativa, pero trató de insistir siquiera por el buen nombre de la nación á que pertenecían.

Pero lo mismo él que Gaspar, estuvieron tan insolentes, que la conversación se fué agriando poco á poco y de ella resultó un duelo.

Gaspar creyó que Feliciano se desharía con facilidad de aquel pintor que mejor debía manejar los pinceles que la espada; pero no sucedió así; por el contrario, dos veces tuvo á su disposición la vida de su adversario, y dos veces se la perdonó.

Después, cuando ya el duelo iba á terminar, Pablo cometió un descuido del que tampoco quiso aprovecharse Feliciano, siendo después duramente reprendido por Gaspar, reprochándole la generosidad de que hiciera alarde.

También Domingo, criado colocado por Gaspar al servicio de Feliciano y á quien hemos tenido ocasión de tratar en el primer capítulo de nuestra obra, censuró duramente á su señor por la generosidad de que había hecho alarde, con mayor motivo, según decía él, cuanto que sabiendo lo que había sucedido en Londres podía, si le daba la gana, ponerle en evidencia.

Pero Feliciano, maldito si le dió importancia á aquel suceso; mal ó bien se arregló lo del círculo; Pablo regresó á Madrid más enamorado que nunca de Joaquina, y más tarde tuvieron lugar las escenas de que hemos hecho mención entre Gaspar y su pupilo.

Obedeciendo lo que el jorobado le había dicho, Feliciano cogió la pluma y escribió á la marquesa una carta pidiéndole la mano de su hija, prometiéndole la enmienda de todas sus faltas y afirmando que, puesto que Joaquina le amaba, no debía ella, como madre, servir de obstáculo á la dicha de su hija.

CAPITULO CVII

El rapto

PRECISAMENTE el mismo día en que la carta de Feliciano era enviada á la marquesa, Domingo, el criado del joven, y hechura, como sabemos, de Gaspar, le decía á éste:

—¿Sabe usted á quién he visto rondando la casa de la señora marquesa, cuando he ido á llevarle la carta del señorito?

—¿A quién?

—¡Toma! al hijo de aquel banquero: á D. Pablo Romero González.

—¿Y qué?

—Pues nada; que si el señorito no hubiera tenido aquellos escrúpulos de monja, en Londres, se evitaría que ese mozo revele, si á mano viene, á la señora marquesa lo que no tenía necesidad alguna de saber.

—Y aun cuando se lo revele, ¿qué puede suceder?

—¡Una friolera!

—No sé qué entiendes tú de estas cosas...

—Por de pronto, la señora marquesa se pondrá hecha una furia.

—¿Y qué?

—¡Juzgue usted si irá á dar su hija á una persona de quien así le hablen!

—Pues ya se sabe, y de eso ya estamos plenamente convencidos nosotros.

—Entonces...

—Mira, Domingo, no trates de saber más de lo que te queramos decir; ¿comprendes? Cuando te pidamos tu opinión, entonces la puedes dar; entretanto, cállate y no me marees.

—¡Pero señor! ¿no me ha dicho usted que la carta que llevaba, era pidiendo la mano de la señorita?

—Sí.

—Pues cuando se pide la mano de una mujer, me parece que debe ser para casarse.

—Pues ahí tienes tú lo que son las cosas; Feliciano no se casará nunca con la hija de la marquesa.

—¡Qué ha dicho usted!

—Lo que oyes.

—¿Pues con quién se va á casar, entonces?

—Eso ya lo veremos en Zaragoza.

Y Gaspar no dió más explicaciones á Domingo, el cual abandonó la estancia de su señor sin poder comprender lo que aquello significaba.

*
* *

Fácilmente puede comprenderse el efecto que en la marquesa había de producir la lectura de la carta de Feliciano.

Este, insiguiendo las instrucciones de Gaspar, había escrito ya á Joaquina y se había puesto de acuerdo con ella para la carta que pensaba dirigir á su madre.

La joven no tenía confianza alguna en el resultado.

Conocía muy bien el carácter de Isabel, y sabía que habiendo dicho una vez que no, y convencida de que obraba con justicia negando su consentimiento á aquel matrimonio, no era fácil que nada la hiciera mudar de opinión.

Con mayor motivo, cuanto que cada día eran peores las voces que circulaban respecto á Feliciano.

Porque Joaquina no dejaba de comprender que su madre tenía razón, desde el momento en que la hablaban en el sentido que lo hacían, de Feliciano.

Pero creía exageradas las voces que circulaban respecto á él.

Creía que el joven tenía enemigos ó envidiosos, y éstos no perdonaban medio para desacreditarle y ponerle en evidencia.

Tal era su opinión, y ella tenía la pretensión de creer que quizás su amor consiguiera regenerarle, y de aquí que las frases que escuchaba respecto al joven no la produjeran el efecto que en otro caso, necesariamente hubieran debido producirle.

Una vez que la marquesa recibió la carta de que dejamos hecha referencia, y cuando pudo dar momentánea tregua á la indignación que sentía, llamó á su hija.

Joaquina se presentó inmediatamente en las habitaciones de su madre.

Su amante la había dicho el paso que iba á dar, y tan luego la llamó la marquesa, presumió ya de lo que se trataba.

Isabel procuró afectar la mayor serenidad, á pesar de la

ira que sentía, porque no acusaba á Feliciano de aquello; á quien acusaba era á Gaspar, á Gaspar, que era su enemigo encarnizado y el único de quien tenía motivos de recelar.

—¿Sabes quién acaba de escribirme una carta que te interesa bastante?—preguntó Isabel, mirando fijamente á su hija.

—¿Quién?—preguntó la joven con frialdad.

—¿No tenías tú noticias de ella?

—¡Yo! ¿de quién?

—Pues es muy extraño, cuando esta carta parece que ha sido autorizada por tí.

—Yo no puedo autorizar á nadie para que te escriba, mamá; ya lo sabes. Podrá escribirte de motu propio quien lo tenga por conveniente, y te suplico que me digas de qué se trata, para que yo pueda contestarte con más conocimiento de causa.

La marquesa miró fijamente á su hija, que sostuvo también con energía aquella mirada.

Después, dijo:

—Feliciano ha tenido el atrevimiento de escribirme, pidiéndome tu mano.

La joven se encogió de hombros, diciendo después:

—Lo sabía.

—¿No dijiste antes que no habías autorizado...?

—Una cosa es autorizar y otra es saber. Tenía noticias de lo que iba á hacer Feliciano, porque me lo había dicho.

—¿Cuándo?—preguntó Isabel, frunciendo el entrecejo.

—Ya hace días.

—¿Luego tú te comunicas con él?

—No me lo habías prohibido.

—Desde el momento en que se rompieron sus relaciones con esta casa, me parece que debías haber cerrado tus oídos para cuantas palabras te dijera.

—¡Imposible! mamá; no podía cerrarle, como tú dices, mis oídos, cuando estaban abiertas para él las puertas de mi pecho.

—¡Joaquina!...

—Te lo dije, mamá; desde el día en que hablamos de eso, y posteriormente cuando me manifestaste las pretensiones de Pablo. Comprendo que no he querido ni podré querer á ningún hombre como á Feliciano.

—Pero, ¡desdichada! ¿no sabes lo perdido que es, no te ha dicho todo el mundo los malos pasos en que anda y la fama tan desastrosa que ha ido adquiriendo por todas partes?

—Todo lo que tú quieras; pero... ¡quién sabe todo eso que de él hablan, por qué lo hablarán!... Por otra parte, un hombre puede haber sido muy malo durante un año, dos, diez si es preciso; pero ¿por eso hemos de negar que pueda llegar un día en que se arrepienta y se convierta en un hombre honrado?

—¡Ay! ¡pobre Joaquina, que poca experiencia tienes!

—Ninguna, ya lo sé; pero de esto que te he dicho, estoy profundamente convencida.

—Quizás él te habrá dicho que tu amor le regenerara, que está arrepentido de su vida pasada, etc., etc., ¿no es verdad?

—¡Sí, mamá!

—Pues, hija mía, esas regeneraciones, muy difícilmente se realizan y el hombre que ya tiene contraídos ciertos hábitos, ese, está segura que no los olvida por nada ni por nadie. Palabras de esas todas hemos escuchado en la vida y seguirán escuchándose siempre; pero créeme, no hay que hacerles caso alguno

—Siento decirte que no soy de tu opinión. Yo creo á Feliciano.

—Y yo no; y como que no le creo, no accederé á lo que desea.

—¿Es decir, que quieres mi desgracia?

—Consentiría en ella si te dejara casar con Feliciano. Hija mía, tú debes comprender que nadie más interesado en tu felicidad que tu madre, y cuando yo no consiento en esa unión, es porque motivos muy poderosos tengo para ello. Tú eres muy niña todavía, apenas si sabes la clase de sentimientos que en tu corazón se agitan; hoy estás obcecada y crees positivamente que ese hombre te ama y que tú le correspondes, y sin embargo no es así. La fascinación del momento no es jamás el amor de toda la vida. Tengo, como te he dicho, la seguridad de que tú misma te has de desengañar más tarde y Pablo ocupará en tu corazón el lugar que verdaderamente le corresponde.

—¡Nunca, mamá!—contestó la joven resueltamente.

—Joaquina, no pronuncies esta palabra que tú misma no sabes el valor que tiene.

—Sí, lo sé; y por esa razón la pronuncio. Con todos sus defectos, con todas sus faltas, con todo eso de que le acusan, yo amo á Feliciano. Será una debilidad en mí, pero ¿qué quieres? no sé mentir, y tú me has enseñado á que te diga lo que siento. Tú no consentirás en que yo le dé mi mano, pero también te prometo que no la obtendrá ningún otro.

* * *

La marquesa frunció el entrecejo y fijó una mirada impregnada de cólera en su hija, que de un modo tan atrevido acababa de manifestarle su voluntad.

—Basta ya,—dijo después,—te prohibo terminantemente, entiéndelo bien, Joaquina, te prohibo que pienses en ese hombre.

—No podría cumplir tu prohibición,—contestó la joven sencillamente.

—¡Pero desgraciada,—exclamó Isabel exasperada,—así te atreves á desafiar la cólera de tu madre! ¿Es que crees injusto lo que yo hago? ¿qué interés puedo yo tener más que el de tu felicidad, negándome á apadrinar esos amores?

—Si yo no te digo que quieras mi desgracia, si yo no hablo por tí, hablo por mí únicamente.

—Mira, hija mía,—prosiguió la marquesa dominando toda la tempestad que rugía en el fondo de su pecho,—tú ignoras por completo y yo no he querido revelarte jamás por no afectarte, los dolores tan horribles que han amargado mi juventud y que ahora mismo parece que se renuevan con mayor violéncia al escucharte. El padre de Feliciano, mejor dicho, el tutor actual de Feliciano, me hizo horriblemente desgraciada. La influencia de ese miserable ha pesado sobre mi vida como una horrible maldición, haciéndome sufrir lo que tú no sabes. Hoy mismo, ese amor de Feliciano, no es más ni menos que inspirado, alentado, favorecido por ese hombre que todavía no está satisfecho con lo mucho que me ha hecho padecer. Joaquina mía, no quieras aumentar los disgustos de tu madre; da al olvido ese amor, recházalo, arrójalo de tu pecho porque es indigno de tí ¿Lo harás, hija mía?—prosiguió la marquesa dirigiéndose cariñosamente hacia su hija.

—Pero, mamá, ¡si lo que me pides es mi desgracia!

—¿Tu desgracia? ¿todavía dices que lo que yo quiero es tu desgracia, porque te exijo que olvides á un hombre indigno de tí?

—Pero si yo le amo.

—¡Imposible! tú no puedes amarle.

—Te digo que sí; y esa misma imposición tuya creo que aumenta más el cariño que le tengo.

—¡Oh!—exclamó la marquesa con voz trémula por la misma emoción que sentía,—parece imposible que seas mi hija.

—¡Mamá!

—Vaya,—exclamó resueltamente la marquesa,—ahora ya no es cuestión de suplicar, sino de exigir. Contigo son totalmente inútiles las reflexiones, es preciso recurrir al mandato. No vuelvas á pensar ni á hablarme siquiera de ese hombre. Yo le contestaré rechazando su demanda y tú obedecerás, porque tu obligación es la de obedecer lo que tu madre ordena.

—Si yo no te he negado la obediencia. No quieres que me case, pues te obedezco; pero no me exijas nada más, porque lo que pudieras exigirme, que pertenece á mi fuero interno, eso no podría hacerlo.

—¡Joaquina, no me exasperes!—gritó la marquesa.

—Te digo la verdad.

—Pues no quiero saberla. Vete de mi presencia que ya me sería imposible permanecer tranquila ante una insolencia semejante.

Joaquina salió lentamente de las habitaciones de su madre.

*
* *

Inútil es decir cual fué la contestación de la marquesa á la petición de Feliciano.

Cuando Gaspar la leyó, devolvió la carta al joven, diciéndole:

—Lo que esperábamos. Ahora ya puedes obrar.

—Es que en lo que dice la marquesa tiene razón,—repuso Feliciano,—no hay un solo hecho de los que aquí cita que no sea verdad.

—Y por eso no debe ofenderle á uno... Me agrada tu

modo de ver las cosas. Si fuera un hombre quien lo dijera...

—¡Ojalá!—interrumpió el joven con energía.—Yo te aseguro que le haría arrepentirse de haber pronunciado esas palabras. Pero es una señora...

—Pues á una señora se la trata como se merece y la venganza que respecto á ella se tome, debe estar también en armonía con el sexo á que pertenece.

—Está bien,—repuso Feliciano pasándose la mano por la frente, — estoy en tus manos y he de hacer lo que quieras.

—No, lo que debes, porque yo juré á tu padre...

—¡Calla!

—¿Por qué?

—No me hables más de ese juramento, porque en fuerza de repetírmelo tanto, creo que llegaría hasta á dudar de él.

—¡Feliciano!

—Ya te lo he dicho. Dí lo que he de hacer.

El joven escribió á Joaquina.

El rigor con que desde aquel momento la marquesa comenzó á tratar á su hija, acabó de exasperarla.

Un día, la institutriz hizo presente á Isabel los peligros que podían resultar del violento trato de que hacía víctima á la joven.

Isabel, contestó entonces:

—Mi hija puede hacer lo que quiera. Si desobedece mi voluntad; si se empeña en persistir en unas relaciones tan vergonzosas, la abandonaré á su suerte y arrancaré de mi pecho el cariño de esa hija á quien tanto he querido.

—¡Oh! señora, ¡por Dios!—exclamó la institutriz hondamente afligida.

—He dicho lo que cumpliré.

. . . .

Dos meses más tarde, Joaquina desapareció de su casa, siguiendo á Feliciano que la había dado su palabra formal de casarse con ella y legitimar ante los hombres la irregularidad de su proceder.

CAPITULO CVIII

El ángel malo de Isabel

La marquesa recibió aquel golpe terrible sin que, en apariencia al menos, demostrara todo el efecto que en realidad le había causado.

Su hija, al abandonar su casa, dejó una carta para ella, en la que le decía:

«Madre mía: perdóname.

»Abandono tu casa para unirme al hombre á quien adora mi corazón.

»No puedes decir que te haya engañado, porque siempre te estuve diciendo que le amaba y que jamás pertenecería á otro hombre.

»Conoces muy bien todos los detalles de su vida, soy la primera en censurar sus faltas; pero espero por el mismo amor que le profeso que he de conseguir regenerarle y hacerle completamente digno de tu estimación y ¡quién sabe! si de tu cariño.

»No me maldigas por este paso que doy.

»Sé que tu corazón ha de sentir dolorosa herida por efecto de él; pero si así no lo hiciera, como que tengo la seguridad de que tú de buen grado no accederías jamás á este enlace, me veo obligada á recurrir á este medio para no hacer la desgracia eterna del hombre á quien he consagrado todo mi afecto.

»Porque tenlo por muy seguro, madre mía, la desesperación de Feliciano habría sido tal que para ahogar sus penas no habría vacilado en hundirse más en el camino del vicio, y quizás nosotras hubiéramos sido las responsables de las nuevas faltas que en lo sucesivo pudiera cometer.

»Antes de dar este paso, lo he reflexionado mucho.

»Soy la primera en reconocer toda la enormidad de mi falta, pero también nadie como yo te conoce y tengo confianza en tu indulgencia y en tu cariño.

»Adiós, madre mía, en el momento en que la iglesia sancione nuestra unión, recibirás, con la certificación de nuestro matrimonio, la respetuosa carta de tu hija pidiéndote tu beneplácito para correr á estrecharte entre sus brazos.

»Riego esta carta con mis lágrimas, primeras que he tenido que derramar en los años que cuento de existencia.

»Quiera Dios, madre de mi alma, que sean también las últimas, y que al reunirme de nuevo contigo, sea nuestra existencia una perpetua sonrisa.

»Recibe el cariñosísimo abrazo de tu hija, que al separarse de tí parece como que le falta la vida.

»*Joaquina.*»

La marquesa leyó esta carta atentamente, y después llamó á su mayordomo.

—Curro,—le dijo,—haz que vistan de luto los criados. Mi hija ha muerto, y desde hoy reina el luto en esta casa.

—¡Señora!—exclamó el fiel servidor profundamente sorprendido.

—Haz lo que te he dicho, y da las órdenes necesarias para ello.

Y en vano fué que parientes y amigos íntimos de la casa intentaran hacer mudar de opinión á la marquesa.

Esta persistió en su idea, y prohibió terminante á todos que volvieran á hablarla de su hija.

No quiso hacer diligencia alguna, ni dar parte á la autoridad; nada de cuanto en idéntico caso han hecho siempre la mayoría de los padres.

Su hija había muerto para ella, según decía, y no tenía para qué ocuparse ya de ella.

* * *

Sin embargo, á pesar de toda aquella entereza, á pesar de que en sus ojos no había brillado lágrima alguna después del doloroso acontecimiento, la herida de Isabel había sido tan terrible, que llegó un momento en que, aniquilada por el mismo esfuerzo que hiciera, cayó completamente desplomada.

Seis meses llevóse luchando con la muerte.

Al cabo de ellos, triunfó la vida.

Durante sus largos días de delirio, y en aquellas eternas noches de inquietud y de desesperación para cuantos la rodeaban, un nombre era el único que pronunciaban sus labios.

El de su hija.

Porque Joaquina había sido el único, el verdadero amor de su existencia.

Mucho había amado á su esposo; pero aquel amor había sido de corta duración.

La fatalidad había cortado la existencia de Quiros, precisamente cuando con mayor violencia podía desarrollarse el cariño de la esposa.

Así era que de los dos afectos, del conyugal y del maternal, había hecho uno solo, grande, impetuoso, violento, como tenían que ser todos los afectos de una naturaleza tan enérgica y tan altanera como la suya.

Este afecto único, como hemos manifestado, lo concentró en su hija.

En Joaquina veía á la hija de sus entrañas, al mismo tiempo que al sér engendrado por Quiros, que había sido el esposo elegido por su corazón.

En aquella niña tenía cifrado su orgullo, su esperanza.

Respecto á ella, formaba cien planes para el porvenir.

Veíala dando el brazo á un esposo digno de ella, envidiada por las demás mujeres y rodeada del respeto y de la benevolencia general.

En otras ocasiones, el cuadro variaba, así en la acción general como en los accesorios.

Veíase en los jardines de uno de aquellos poéticos cortijos que poseía en Andalucía, rodeada de sus nietos, de los hijos de su hija, reproducciones exactas de la belleza de ésta, de sus virtudes y de las grandes condiciones de su padre.

¡Cuánto gozaba con todos estos sueños del porvenir!

De repente, todo esto se había hundido.

Su hija la había abandonado por seguir á un vicioso, á un libertino, manchado con todas las infamias sociales, de cuyo contacto huía cualquier persona honrada, y al cual ella se había visto obligada á despedir de su casa.

—¡Cómo no considerar muerta su hija, cuando la veía de aquel modo, hundida en el fango, para no salir jamás de él!

El choque que recibió fué tan terrible, que fué necesario

uno de esos milagros verdaderamente sorprendentes, para recobrar la salud.

Sin embargo, el golpe había sido mortal.

Los médicos estuvieron completamente de acuerdo en su pronóstico.

La marquesa tenía la muerte en el alma, y la curación de entonces no había sido una tregua puramente pasajera.

La primera pregunta que hizo cuando estuvo en disposición de ocuparse de los asuntos de su casa, fué si se había recibido alguna carta.

Recordaba que su hija la había prometido que en cuanto estuviera su matrimonio santificado por la Iglesia, se apresuraría á manifestárselo.

—¡Me lo había figurado!—murmuró con voz apenas perceptible, al decirle que no se había recibido carta alguna para ella.

Siguiendo su anterior idea, persistió en que sus criados vistieran de luto, y si alguien cometía la imprudencia de preguntarla por Joaquina, contestaba invariablemente:

—Murió hace ya algunos meses. Precisamente por ella llevamos luto y la alegría ha desaparecido de esta casa.

Un día recibió la marquesa una carta, que llevaba el sello de Zaragoza.

Al ver la letra del sobre, se estremeció.

—¿Qué nueva desdicha me anunciará este miserable?—murmuró.

Había reconocido la letra de Gaspar.

Durante algunos segundos permaneció con la carta en la mano, sin atreverse á abrirla.

Mejor dicho, no es que la faltara valor para leer el contenido de la carta, sino que quería, por decirlo así, prepararse para que el golpe que esperaba, no la sorprendiera tanto.

Por fin, rompió el sobre.

La carta era bastante larga, y estaba concebida en estos términos:

*
* *

«Señora marquesa de Aldana.

»Mi perpetua enemiga.

»Me parece que se habrá usted convencido ya de lo inútil que es luchar conmigo.

»Rechazó usted mi amor la primera vez, por concedérselo á Rosendo, y ya vió usted de que manera fuéronse enredando las cosas, que usted misma tuvo que despedirle de su casa.

»Sin embargo, usted no quiso comprender entonces que todo lo que Rosendo había hecho y aquellas locuras de que se le acusaban, no eran más ni menos que los jalones que iba yo sembrando en el camino que pensaba recorrer hasta llegar al punto que pretendía.

»Por sorpresa, pues, no de otra manera puedo calificarlo, se verificó su matrimonio de usted con Quiros.

»No llegué á tiempo de impedirlo, y tal vez hubiera valido más que así hubiese sucedido.

»Pero se realizó; usted creyó haber puesto una valla insuperable entre nosotros, y precisamente lo que hizo fué allanarme el camino, que como he dicho, pretendía recorrer.

»El matrimonio de Rosendo con Feliciana, fué obra mía.

»Necesitaba que el hombre que no la había olvidado todavía, estuviera casado con otra mujer, á fin de que la explosión fuera mucho mayor.

»También fué obra mía el estrechar las relaciones entre Vargas y Quiros.

»Me parece estar viendo el gesto que debe usted poner al

leer esta carta, y las maldiciones que desde el fondo de su corazón debe estar lanzando sobre mí.

»Pues mire usted, todas esas maldiciones de nada han servido; por el contrario, el triunfo ha sido mío, y la desventura, para usted, conforme se lo había anunciado muchas veces.

»Obra mía fué lo de la gitana, que la hirió en su orgullo de mujer y en su cariño de esposa, así como también fué obra mía hacer que Rosendo pidiera el nombramiento de Quiros para la comisión que marchaba á Italia, porque precisamente de ello esperaba sacar todo el partido que saqué.

»El conde maldito lo que quería á la *Mariquiya.*

»La gitana no fué para él más que el capricho de un momento, que una vez satisfecho, no dejó huella alguna en su corazón.

»Pero á mí no me convenía esto, y yo me encargué de avisar á la gitana donde estaba Quiros, de facilitarla dinero para que se marchase á Italia, yo quien escribí á usted aquella carta imitando la letra de Rosendo, y yo, finalmente, quien preparé todo el golpe de Roma, tan fecundo en resultados, como debe usted recordar.

»Dos veces le había á usted ofrecido la paz, y usted siempre prefirió la guerra; pues así la he tratado, y me parece que no se podrá usted quejar de los resultados que hasta ahora obtuvo.

»Usted se ha empeñado en despreciar mi amor; ha creído que con el tiempo y los desdenes me iría olvidando, y desgraciadamente para usted no ha pasado así.

»Mi empeño ha crecido; su desdén, ha continuado, y como que no he tenido otra idea que la de herirla en sus sentimientos de madre, hice de Feliciano un instrumento para mis planes, completamente admirable.

»Y no me ha faltado, marquesa, ya lo ha visto usted.

»Ya sé que ha hecho usted correr la voz de que su hija ha muerto, y en esto reconozco esa entereza de carácter que no se le puede negar; pero todavía no sabe usted lo que la espera.

»No estoy satisfecho con que su hija haya arrojado sobre su escudo tan indigna mancha, necesito algo más, porque sé que precisamente lo que ha de suceder es lo que más la ha de herir.

»Hasta ahora, no dirá usted que he dejado de cumplir mis palabras.

»Mientras usted persista en la actitud en que se ha querido colocar, yo seguiré también la línea de conducta que me he trazado.

»Usted sufre hoy lo mismo que me ha hecho sufrir.

»Yo podré no conseguir lo que me he propuesto porque ya he tenido tiempo para juzgarla, y me parece que no cederá usted; pero tenga presente que tampoco yo cejaré y los pocos ó muchos años de existencia que la quedan, se los ha de amargar su siempre apasionado,

Gaspar.»

CAPITULO CIX

El último golpe

Desde que la marquesa vió la firma de Gaspar, ya adivinó lo que podría decir la carta.

Conocía demasiado á aquel hombre, para comprender que todo lo ocurrido había sido obra suya.

Así fué que la lectura de la carta, nada de nuevo la dijo.

Sin embargo, la produjo una impresión de asco, si así podemos expresarnos, de repugnancia, de esa repugnancia que inspira la presencia del reptil.

—¡Qué infame y qué cínico es ese hombre!—murmuró.

Y volvió á sumirse en la continua meditación de que apenas conseguían sacarla las pocas visitas que tenía.

Así se pasaron cuatro años.

Gaspar había querido, en varias ocasiones, romper la cadena que unía á Feliciano con Joaquina.

Pero á pesar de sus esfuerzos, la verdad era que el joven sentía vergüenza del papel que estaba jugando y carecía de

valor para abandonar á la desgraciada á quien había perdido.

Siempre con pretextos, siempre buscando excusas y dilaciones, había ido dilatando el cumplimiento de la promesa que hiciera á Joaquina.

La sacó de su casa ofreciéndola que se casarían inmediatamente, y esto no se había realizado.

Y cuando llegó el día en que la joven fué madre, volvió con más insistencia á pedir á Feliciano que diese su nombre al tierno sér que llevaba en su seno.

En honor de la verdad, hemos de decir que Feliciano, casi estaba dispuesto á hacerlo.

Y en este sentido habló á Gaspar.

Pero esto no era lo que al jorobado convenía, y después de algunos días de lucha consiguió decidir á su pupilo á que no cediese.

Todavía la pobre Joaquina concibió una esperanza.

Tal vez cuando viese á su hijo, cuando sus infantiles caricias pudieran halagarle, conseguiría enternecerle y que accediera á lo que, por otra parte, tenía el deber de hacer.

Pero este caso llegó.

Joaquina volvió á suplicar primero y á exigir después un nombre para su hijo, y Feliciano tuvo el indigno valor de negarse rotundamente.

A partir de este momento, Joaquina perdió toda esperanza, y su existencia fué un martirio prolongado.

Cada vez que veía á su hijo acariciar el rostro de su padre, sus ojos se llenaban de lágrimas, considerando que aquella inocente criatura acariciaba al mismo que le negaba el nombre que más tarde habían de pedirle en la sociedad; nombre que, al no poder darle, habría de cubrir de vergüenza su semblante.

*
* *

Entretanto, la marquesa había vuelto á sufrir otra enfermedad, porque á pesar de aquella especie de indiferencia y de frialdad con que parecía mirar lo que se refería á la desaparición de su hija, la verdad era que no la olvidaba un instante y que el recuerdo de la existencia que podría llevar, era un torcedor continuo que amargaba su vida.

Para aumentar lo profundo de su pena, cuando su hija tuvo el niño, Gaspar tuvo la crueldad de escribirle una nueva carta, muy lacónica, pero más terrible si cabe que las anteriores.

Decía así:

«Marquesa, ya es usted abuela.

»Su hija ha tenido un niño, que jamás llevará el nombre de su padre.

»Pero á bien que con el muy ilustre de Quiros, tiene ya suficiente.

»Así he hecho que se bautice en una iglesia de Zaragoza, hijo de la Excma. Sra. D.ª Joaquina de Quiros, vizcondesa de este título, hija del Excmo. Sr. Conde de Quiros y de la Excelentísima Señora Condesa de Aldana, siendo desconocido el padre de la criatura.

»¿Qué le parece á usted, marquesa?

»Pues todavía ha de tener que saber usted algo más.

»Porque dentro de poco, Feliciano se casará con otra rica heredera, cuyo casamiento estoy tratando, y Joaquina y su hijo tendrán que irse por esos mundos de Dios á ganarse la vida como puedan, si es que usted no quiere recibirlos en su casa.

»Y esto será lo más posible que suceda, dado su carácter de usted.

»No dirá usted que no la tengo al corriente de todas las novedades que ocurren.

»Oportunamente la diré cuándo se casa Feliciano y cuando queda despedida su encantadora hija y su precioso nieto, que realmente es una monada.

»Hasta otra, querida marquesa.

»*Gaspar.*»

*
* *

Esta carta, en una naturaleza trabajada ya, produjo, como hemos dicho, nueva enfermedad, de la que costó á Isabel gran trabajo reponerse.

Entonces, y deseando sustraerse así á las cartas de aquel miserable, como á los consuelos, á las preguntas ó á las indicaciones de su familia y de sus íntimos amigos, la marquesa, sin decir á nadie dónde iba, acompañada únicamente de tres criados de su confianza, salió de Madrid y se marchó al extranjero.

Merced á esto, no pudo recibir la última carta que la escribió Gaspar desde Zaragoza, notificándola la separación de Feliciano de su hija, y el abandono en que ésta quedaba.

Pablo Romero había seguido visitando á la marquesa, y el dolor que sintió al saber su desaparición, fué extraordinario.

El joven la amaba con todo su corazón, y al ver el abandono que de ella hacía su madre, sorprendido por la dureza de que hacía alarde, dijo un día á un íntimo amigo suyo, llamado Pablo Céspedes, que había llegado de Buenos Aires poco tiempo antes:

—Querido tocayo, voy á buscar á Joaquina.

Céspedes no pudo menos de mirarle lleno de sorpresa.

—¿Qué has dicho?—le preguntó.

—Que voy á buscar á Joaquina. Esa pobre niña ha sido indignamente engañada; el miserable á quien amaba, incapaz de nada bueno, de nada honrado, estoy seguro que la abandonará más ó menos pronto, y la infeliz va á encontrarse sin una mano que la sostenga, precisamente en los momentos en que ha de tener más necesidad de apoyo y de sostén.

—Muy digno y grande es lo que pretendes,—le contestó Céspedes;—¿pero acaso sabes dónde está?

—No; mas la buscaré.

—¿Estás en tí? ¿Qué clase de peregrinación es la que quieres emprender, cuando no tienes un solo dato que te pueda guiar?

—Sí que le tengo,—contestó Pablo Romero dándose una palmada en la frente, cual si de repente se le hubiera ocurrido una idea.

—¿Qué dato es ese?

—El padrino de ese Feliciano que indudablemente ha sido su raptor, tiene posesiones en Sevilla.

—¿Y qué? ¿Crees que él habrá aconsejado ese rapto ó habrá tenido participación en él?

—¡Ya lo creo! Si el tal Cerralbo es un bribón de primer orden. Tuve ocasión de conocerle en Londres, lo mismo que á Feliciano, y como el rapto según presumo ha sido cosa de éste, puedes estar cierto que aquél ha contribuido en gran manera.

—De modo que, por lo visto, tu idea es la de irte á Sevilla y ver si allí están los amantes.

—Que es lo más posible.

—Pues precisamente yo no lo creo así.

—¿Por qué?

—Porque á ese sitio menos que á otro cualquiera habrían ido á refugiarse. ¿No comprendes que allí sería donde primero les habrían ido á buscar, en caso de que la marquesa hubiese dado parte á la autoridad?

—Tienes razón.

—Por lo tanto, esa parte de tu gestión la considero de todo punto inútil.

—Estás en un error, porque cuando no otra cosa, sabré dónde pára ese hombre.

—¿Y qué adelantarás con eso?

—¡Dale! ¡mira que estás pesado! Sabiendo donde está, me voy directamente á buscarle, y yo sabré entonces donde está Feliciano.

—Pero vamos á ver, querido amigo mío: supongamos que has descubierto ya el paradero de Feliciano, ¿qué es lo que vas á hacer?

—¡Hombre! si veo que Joaquina es feliz y que él se porta bien con ella, lo cual dudo mucho, nada haré ni diré nada.

—Desengáñate, que en el mero hecho de haberse ido ella con él, no tiene derecho alguno para quejarse por lo que la pueda suceder.

—¿Y si yo te dijera que conozco á Joaquina y sé que es imposible, pero imposible de todo punto que pueda ser dichosa con ese hombre?

—Entonces, ¿por qué se ha marchado con él?

—¿Y acaso sabemos nosotros lo que puede haber ocurrido en ese particular? Feliciano no es ni más ni menos, según lo que yo he podido juzgar lo mismo en Londres que en París, que un jugador de oficio que se las echa de consumado duelista, que emplea en el juego toda clase de armas y que gasta

en orgías y en francachelas, el dinero ganado no muy lícitamente, por cierto.

—¡Excelente persona!

—Juzga tú, que conoces á Joaquina, si es posible sea dichosa con un hombre semejante.

—Pero bien; aun cuando no lo sea, ¿vas tú á meterte en su casa para ofrecerla tu amparo y protección?

—¡No, hombre, eso no!

—Pues entonces...

—Estaré á la mira y esperaré el momento que ha de llegar, no te quepa duda, en que caiga la venda de los ojos de esa desgraciada y tenga necesidad de un verdadero amigo que la anime y la sostenga.

—Pero la marquesa...

—La marquesa es terrible, querido Céspedes; es un carácter de hierro, que ya lo has visto, considera muerta á su hija, y puedes tener por seguro que no la abrirá sus brazos aun cuando la viera agonizando.

—Entonces esa mujer no es madre.

—No, es un carácter y nada más.

—¡Pobre muchacha!

—Por eso te he dicho que quiero estar cerca de ella en los momentos supremos del desengaño.

—¿Pero es que la amas todavía, querido Pablo?—preguntó Céspedes, fijando compasiva mirada en el rostro de su amigo.

—Creo que la amo más que antes, porque ahora, al amor que me había inspirado, se une la compasión que me causa su estado.

* * *

Céspedes no pudo menos de deplorar la pasión de su

amigo, considerándola como una locura, y aun cuando trató de disuadirle de emprender aquel viaje, nada pudo conseguir.

Pablo Romero marchó á Andalucía según había proyectado, y allí nada pudo saber.

El mayordomo que tenía Gaspar era incorruptible, y dijo á Pablo que en aquellos momentos estaba en Valencia.

El desdeñado amante de Joaquina se dirigió á aquella población, y presto se hubo de convencer de que el sevillano le había engañado.

Mas no se desanimó por esto.

Convencido de que Feliciano y Gaspar no podían residir sino en grandes centros donde pudieran ejercitar sus habilidades en el juego, dirigióse á Monte-Carlo, y allí supo que las últimas noticias que tenían eran que estaban en España.

Dirigióse á París, y algunos amigos de Gaspar le dijeron que estaba en Madrid.

Entonces volvió á España.

Sus diligencias en Madrid fueron inútiles, y entonces emprendió una peregrinación por todas las provincias.

Cuantos más obstáculos se le presentaban, más vehemente era su deseo; y siempre preguntando, tropezaba con varios amigos de Gaspar, de los cuales unos le decían que le habían visto en Viena, otros que en París, hasta que, finalmente, hubo uno que le dijo que hacía un mes escasamente que le había visto en Zaragoza.

Inmediatamente se dirigió Pablo á la capital del antiguo reino aragonés.

Y efectivamente, allí tuvo ocasión de ver á Gaspar y á Feliciano.

Pero en cuanto á Joaquina nada supo.

Por fin, á fuerza de preguntas y de pesquisas, supo que Feliciano residía en una casa de campo cercana á Zaragoza, y

entonces, abandonando la ciudad, comenzó á recorrer todos los pueblos inmediatos, hasta que por fin la casualidad le condujo al mismo sitio donde Joaquina había caído con su hijo, según vimos en el primer capítulo de nuestra obra, siendo traidoramente herido por Domingo, quien, para borrar toda huella del crimen, arrojó su cuerpo al río Gállego.

LIBRO SEGUNDO

LA CALLE DE LA AMARGURA

CAPITULO CX

Qué había sido de Joaquina

Dados ya todos los antecedentes referentes á los personajes que han figurado en los primeros capítulos de nuestra obra, necesario nos es ver lo que había sido de la desgraciada amante de Feliciano, á quien dejamos en el primer capítulo, perdido el sentido, en medio del bosque, cuando iba á buscar la muerte, sepultándose en las aguas del río con su pobre hijo.

También recordaremos que el niño había sido recogido por un joven que, oculto entre los árboles, había presenciado la caída de la madre, quedando ésta sola y bañada en la sangre que brotaba de la herida que se hizo al caer.

Algún tiempo permaneció así.

En el pequeño bosquecillo, formado á orillas del río, no se percibía rumor alguno.

De pronto, á lo lejos, sintióse el sordo rumor producido

por las ruedas de un carruaje que por la carretera se aproximaba al bosque.

A poco cesó el ruido del carruaje y se percibieron las voces de dos ó tres personas que iban acercándose hacia el lugar donde estaba el inanimado cuerpo de Joaquina.

—¡Cuando os digo que éste es un sitio delicioso!—decía una de las voces.

—Sí, ya le conozco,—decía otra.

—Pues yo no le conocía, y veo que tu primo tiene razón, —dijo una tercera voz de mujer.

—Como que tú no sales nunca de casa...—dijo el segundo que había hablado.

—En eso, tiene razón mi primo,—añadió el primero;—lo que es tú, querida Rosario, estás haciendo una vida que, si no la viera, difícilmente hubiera creído que la pudieses llevar.

—Pues siempre ha hecho lo mismo,—repuso la otra voz masculina.

—¡Tiene tan pocos alicientes para mí la vida!—contestó Rosario.

En este momento aparecieron los expedicionarios, si esta denominación podemos darles, en la pequeña plazoleta donde se habían desarrollado los sucesos de que nos ocupamos en el primer capítulo de nuestra obra.

—¿Qué es esto?—exclamaron á la par los dos hombres que iban delante.

Y se detuvieron al ver el cuerpo de Joaquina.

Los recién llegados, eran jóvenes que á lo más tendrían de veinticinco á treinta años.

Sus semblantes estaban revelando, del mismo modo que su acento, que habían visto la primera luz en países situados al otro lado del mar.

Efectivamente, eran mejicanos.

Uno de los dos jóvenes, el que tenía la fisonomía menos simpática y en la cual se advertía cierta expresión de doblez y astucia que le hacían poco agradable, era esposo de la joven que les acompañaba, á la cual hemos oído llamar Rosario.

*
* *

Aquellos de nuestros lectores que hayan leído nuestra obra, *Casada, Virgen y Mártir,* recordarán que Pablo Céspedes había conocido en Méjico á una hermosísima joven á quien salvó el honor, con la cual debía casarse, y lo hubiera hecho, sin la felonía de su amigo Benito, el cual aprovechándose de su ausencia robó á la joven y la puso en condiciones de que no tuviera otro remedio sino darle su mano.

Recordando todas aquellas escenas, encontrarán nuestros lectores la explicación de aquella especie de retraimiento en que la joven vivía.

Pero para los que no hayan leído la obra citada, debemos decirles que Benito no sólo cometió la infamia que dejamos indicada, sino que obligó á su mujer á escribir una carta á Pablo Céspedes, diciéndole que había aceptado de buen grado aquel amor, que no volviera á pensar más en ella y que vivía completamente feliz.

Esta carta la escribió Rosario bajo la presión de una amenaza de muerte hecha por su marido, muerte con la cual amenazaba á Pablo.

Este, cuando recibió aquella carta, creyó volverse loco de desesperación, y, finalmente, regresó á España con el corazón destrozado, inspirándole tedio todas las mujeres y dudando ya de todo.

En cuanto á Rosario, su existencia era la del autómata que obedece el impulso que le dan, careciendo de voluntad, de sentimientos y de energía.

Durante algunos meses, su marido la guardó alguna consideración.

Al cabo de ellos, ya no le tuvo ninguna, y al heredar la inmensa fortuna de su padre y otra más grande todavía que reconquistó de su mujer, pues otros la disfrutaban indebidamente, comenzó á viajar por Europa, deteniéndose en las poblaciones que más le agradaban y entregándose en ellas á toda clase de placeres.

En su vagamunda carrera llegaron á España, y finalmente fueron á parar á Zaragoza.

Benito encontró allí una mujer con quien algunos meses antes había tropezado en Valencia, y determinó fijar su residencia en aquel sitio.

Con objeto de estar más libre y pretendiendo satisfacer así mucho mejor los gustos de su mujer, buscó una casa de campo en las inmediaciones de Zaragoza; y efectivamente, en la opuesta orilla del Gállego, á unas dos leguas próximamente de donde estaba la casa donde la pobre Joaquina había sufrido tanto, fué á establecerse la familia mejicana.

Rosario siguió haciendo allí la misma vida retirada que en todas partes.

Su marido solía marcharse á Zaragoza á las primeras horas de la mañana, y á veces, pasaba dos ó tres días sin regresar á su casa.

Por entonces llegó á reunirse con su primo, Martín Gobantes, médico mejicano que había asistido á un congreso de medicina recientemente celebrado en París y que aprovechaba la circunstancia de estar en España sus parientes para pasar una temporada con ellos.

Todo lo que de falso tenía Benito, de franco, de leal y de honrado, lo tenía su primo.

Desde los primeros días sorprendióle la especie de aleja-

miento en que vivía respecto á su mujer y más de una vez le reprendió por ello.

*
* *

En el momento en que los presentamos á nuestros lectores, Martín había aprovechado la permanencia de su primo la noche anterior en su casa, para decirle:

—¡Hombre! vamos á dar una vuelta por estos alrededores, que el otro día, cazando, me parecieron deliciosos.

—No sé qué placer encontráis en visitar eso que vosotros llamáis sitios deliciosos y que, finalmente, se quedan reducidos á cuatro terrones con más ó menos vegetación, corrientes de agua que en nada se pueden comparar con aquellos poderosos ríos que tenemos en América, y andar á veces leguas enteras sin encontrar una mala aldea donde pueda uno descansar algunos momentos.

—No, lo que es con esa descripción que tú haces, á cualquiera le quitarías la gana de hacer una excursión campestre.

—¡Pero si es la verdad!

—¡Vaya! pues si tú no vienes, yo me marcharé solo. Si Rosario quiere acompañarme...

—¡Hombre! iremos todos.

Y la expedición se realizó, y ya hemos visto como quedaron sorprendidos al ver el cuerpo de la infeliz Joaquina.

—¡Es una mujer!—exclamaron Martín y Benito.

—Y parece que está muerta,—añadió Rosario adelantándose hacia ella.

—Pues mira,—dijo Benito deteniendo á su mujer,—en asuntos de esta especie no debemos meternos nosotros. Vámonos de aquí y dejarse de tonterías.

—¡Tonterías le llamas á prestar auxilio á una desgraciada!—exclamó Rosario con indignación.

—Tienes razón, prima,—contestó Martín.

Y se aproximó á Joaquina seguido de su prima.

Benito no tuvo más remedio, aun cuando refunfuñando, que seguir el ejemplo de los demás.

Martín, al ver el semblante de Joaquina, no pudo menos de decir:

—¡Hermosa mujer!

—Pero ¿está muerta?—preguntó Rosario.

—No; me parece que no,—repuso el médico examinando á la joven.—Mira, Benito: hazme el favor de traerme un poco de agua en el vaso que llevas ahí en el estuche.

—Aquí detrás viene el criado con la cesta del almuerzo,—dijo Rosario,—y podremos utilizar alguna de las vasijas para el objeto que deseas.

Efectivamente, en aquel momento llegó el criado portador de un cesto donde iba el almuerzo, el cual se aproximó á sus señores.

Poco después, el médico lavaba la herida que en la cabeza había recibido Joaquina, y por medio de algunas sales que extrajo del botiquín portátil que siempre llevaba consigo, consiguió que la joven hiciera algún movimiento.

—Va á volver en sí,—dijo Rosario.

—Pero mucho me temo,—repuso el médico,—que la conmoción cerebral sea de gran importancia. Y por lo visto, hace ya tiempo que esa pobre señora se encuentra así.

—Dí, Pedro,—preguntó Rosario al criado:—¿sabes si por esas inmediaciones hay alguna casa donde puedan prestarnos algún auxilio?

—No, señora; no conozco estos lugares. Sólo sé que á una legua, poco más ó menos, está Villanueva.

—Pero señor, ¿cómo esta señora, cuyo traje revela una posición distinguida, se encuentra en este sitio y en semejante estado?

—Cuando vuelva en sí, nos lo explicará,—dijo Benito.

—Mucho le cuesta el volver,—prosiguió Martín, á quien estaba ayudando Rosario á formar una especie de compresa con los pañuelos del bolsillo.—Mucha sangre ha perdido esta infeliz.

—¿Por qué no hacemos una cosa?—dijo Rosario.

—¿Qué?

—Transportémosla al coche y llevémosla á casa. ¿Crees que podría soportar el viaje?

—Vaya una ocurrencia,—repuso Benito.—¡A saber quién será esta mujer!

—Para socorrerla,—dijo severamente Rosario,—no tenemos necesidad de saber quién es. Se trata de una desgracia y nuestro deber es auxiliarla.

—Dices bien, prima; si Benito no quiere que vayamos á su casa, alguna otra encontraremos por ahí, donde admitirán con mucho gusto á una persona que necesita socorro.

—¡No, hombre, no!—repuso Benito de mal talante.—No quiero decir eso. Pero llevar á nuestra casa una persona á quien no conocemos y de quien tampoco sabemos por qué está así... Vamos, vosotros podréis decir lo que queráis, pero á mí me parece que es un poco comprometido.

—Si por esos miramientos no hubiéramos de proteger ó amparar al que necesita auxilio, bueno estaría el mundo.

*
* *

En este momento Joaquina hizo un pequeño movimiento.

—Parece que vuelve en sí,—dijo Rosario.

—A ver.

Joaquina abrió los ojos trabajosamente y fijó su mirada atónita en las personas que la rodeaban.

—¿Cómo se llama usted, señora?—se apresuró á preguntarla Benito.

—¡Quieres callar!—le dijo en voz baja su primo.

Joaquina miró á todos los circunstantes y después trató de alzar las manos, exclamando, con un acento imposible de describir:

—¡Mi hijo!

—¿Qué ha dicho?—exclamó Benito.

—¡Mi hijo! ¡mi hijo!—volvió á gritar Joaquina, haciendo un esfuerzo para incorporarse.

—¡Por Dios, señora!—dijo Martín;—tranquilícese usted y díganos lo que la ha sucedido.

Pero Joaquina no pudo decir nada.

Tras otro nuevo esfuerzo consiguió ponerse de rodillas, gritando con desgarrador acento:

—¡Mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

Y viendo que nadie le contestaba, tras una extraviada mirada con la cual recorrió á todos los circunstantes, lanzó un grito y volvió á caer completamente desvanecida.

CAPITULO CXI

Los bienhechores

El médico tomó el pulso á la para ellos desconocida, mientras Rosario la sostenía entre sus brazos, y murmuró tras un detenido examen:

—Lo que me había imaginado. La congestión sobreviene de una manera horrible; es preciso cuanto antes trasladar á esta señora á sitio donde le podamos prestar los auxilios convenientes.

—Pues vamos á casa en seguida,—repuso Rosario.

—¡Bonita partida de placer!—añadió Benito.

—Si yo pudiera salvar la vida á esta desgraciada,—exclamó el médico,—consideraría este día como uno de los más felices de mi existencia.

Benito se encogió de hombros y no contestó una palabra.

—Ha hablado de un hijo,—dijo Rosario.

—Sí, y precisamente la falta de él se conoce que ha sido la que ha determinado este nuevo acceso.

—¡Pobre señora! Vaya usted á saber qué misterio se encierra en todo esto.

—Grande debe ser,—dijo el médico.

—Pero que por de pronto á nosotros nos va á causar una perturbación de mil demonios.

—¿Quién piensa en eso?—repuso Martín.

—Sí, sí; vosotros todo lo encontráis muy llano.

—¡Pero, hombre! Cualquiera diría que te sabe mal el hacer un bien.

—No es que me sepa mal; es que considero las cosas tal como son; y te aseguro que nos echamos encima una responsabilidad, que ya la verás, si por una casualidad llega á morir esta señora.

—Tiempo tendremos para hablar de eso, si ese caso llega desgraciadamente. Relaciones tengo en Zaragoza.

—¡Oh! En cuanto á eso, también las tengo yo.

—Pues por lo mismo no nos hemos de preocupar ahora por un acontecimiento que, á Dios gracias, no me asusta por el momento.

—¿Pero qué hacemos?—dijo Rosario.—Si esta señora necesita auxilios y cuidados que aquí no se le pueden prestar, me parece que estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Es verdad, prima, tienes razón.

—¡Pero hombre, sin informarnos!...

—Tiempo tendremos para ello; mañana volveremos por aquí y tomaremos todos los informes que quieras.

Benito no tuvo otro remedio que conformarse, y entre todos, llevaron el inanimado cuerpo de Joaquina hasta el carruaje.

Una vez allí, Martín encargó al cochero que fuera muy despacio, á fin de evitar los sacudimientos violentos á la infeliz.

Más de una hora empleó el auriga en llegar á la casa habitada por sus amos, y en todo este tiempo, más de una vez hubo de exclamar Martín:

—¡Válgame Dios y con qué lentitud andamos! Mucho me temo que el tiempo que se pierde...

—¿Pero crees que realmente existe el peligro de una manera tan violenta?

—Sí, Rosario;—decía el médico que iba estudiando en el pulso de la herida el movimiento ascendente de la congestión. —Presumo que vas á tener que constituirte en enfermera de esta pobre señora durante bastantes días.

—¡Vaya un consuelo!—repuso Benito.—Dime, Martín: ¿no podríamos llevarla á Zaragoza y en el hospital, aun cuando tuviésemos que pagar, á fin de que estuviera mejor cuidada?...

—¡Calla! ¡calla!—se apresuró á decir Rosario.—Ni pensarlo siquiera. ¿Qué mérito tendría entonces nuestra acción?

—¿Y por eso nos hemos de sacrificar todos?

—Para tí no puede haber sacrificio de ninguna especie,—contestó secamente Rosario.—Puedes continuar haciendo tus excursiones á Zaragoza ó donde mejor te plazca, del mismo modo que las has hecho siempre.

—¡Justo! y te dejaré que veles y te quites la vida...

—Supongo que eso debe importarte muy poco.

—Pero ¡tú oyes, hombre!—exclamó Benito dirigiéndose á su primo.—Cualquiera que oyese á mi mujer creería que no me tomaba interés por ella, que la tenía abandonada, que era para mí un objeto poco menos que despreciable y...

—No hablemos ahora de eso,—repuso Martín, á quien realmente en aquellos momentos nada importaba más que la existencia de la pobre mujer que iba sosteniendo en el carruaje.

—¿Es decir, que entre unos y otros os habéis propuesto

que tenga yo que sufrir las consecuencias de vuestras extemporáneas filantropías?

—Vaya,—repuso Martín incomodado ya;—nada te costarán ni ningún sacrificio te impondrán nuestras filantropías, como tú dices. Todos los gastos que la estancia de esta señora pueda ocasionar en tu casa yo los abonaré de mi bolsillo. Si te niegas á prestarle tu asistencia, ó mejor dicho, á que tu mujer se la preste, también sabremos pasar sin ella. Te he dicho que no abandono á esta señora, y no la abandonaré.

—Ni yo tampoco,—dijo Rosario.

—Nada; lo que os he dicho; á la fuerza me obligáis.

—Te confieso con entera ingenuidad,—repuso el médico,—que jamás te hubiera creído así. En Méjico nuestra familia ha tenido siempre fama de caritativa y desinteresada, y veo que tú eres egoista y, lo que es peor, que tienes mal corazón.

—Solo eso falta, Martín; que después de hacer lo que vosotros queréis, me maltrates ahora.

*
* *

Hablando así, habían llegado á la casa de Benito.

Inmediatamente ordenó el médico la traslación de Joaquina á la cama, y comenzó á prestarle los auxilios que su estado exigía.

Lo que había dicho Martín se realizó en todas sus partes.

La congestión se presentó con una violencia tal, que durante muchos días Rosario no pudo separarse del lecho de la joven.

El médico no se separaba un momento de ella, y á las preguntas que Rosario le hacía, contestaba:

—Si podemos salvarle la vida, mucho habremos hecho; pero me temo que tal vez le fuera mucho mejor que muriese.

—¡Dios mío! ¿qué dices?

—Sí, porque presumo que va á perder la razón.

—¡Dios mío!

—Lo que oyes. Haré todo cuanto de mí dependa, ya puedes estar segura; mas á pesar de eso, dudo del resultado.

Benito cada día tenía que hablar respecto al gasto que tenía y á las incomodidades que sufría su mujer.

En cuanto á él, lo más que solía decir cuando entraba en la habitación de la enferma, era:

—¡Lástima de mujer; y que preciosa ha debido ser!

Esto mismo pensaba también el médico, que se pasaba horas enteras contemplando el pálido rostro de la joven, murmurando:

—¡Dios mío! ¡y que no pueda yo saber el terrible drama de que ha sido víctima esta desgraciada! Quizás si conociera la causa que ha determinado esta situación, podría atacarla con más vigor. Pero nada. He leído todos los periódicos por si encontraba en ellos alguna noticia que me diese luz respecto al particular, y todos han permanecido mudos, lo cual me demuestra, ó que ha habido un interés directo en hacerles callar, ó que quizás esto ha permanecido oculto, que nada se ha sabido. De todos modos, se trata quizás de uno de esos crímenes misteriosos, de los que por desgracia tantos se realizan en nuestra sociedad, crimen que regularmente quedará impune si yo no consigo devolver la razón á esta pobre mujer.

Y Martín trabajaba de un modo extraordinario.

Se marchó á Zaragoza, se trajo consigo los dos médicos más eminentes de aquella ciudad para que viesen á la enferma y le dieran su opinión.

Esta fué favorable para el tratamiento que él había seguido y para el diagnóstico que formara.

Si aquella señora salvaba la vida, sería indudablemente á costa de la razón.

*
* *

Un día, cuando ya comenzaba la convalecencia de Joaquina, al llegar Benito de Zaragoza, dijo á su primo mostrándole las cartas que había recibido de Méjico:

—¿Sabes lo que hay?

—¿Qué?—preguntó Martín.

—Que tenemos necesidad de regresar á Méjico.

—¡Cómo!—exclamó Martín palideciendo.

—Digo, si es que no queremos perder los doscientos mil pesos de la herencia de nuestro tío Clemente.

—¿Qué quieres decir? ¿acaso ha muerto?

—Sí, hijo, sí; y como que tú y yo somos los herederos inmediatos, es necesario que nos apresuremos, no sea que nuestros primos se echen encima.

—¡Oh! eso ya han podido hacerlo, y tiempo tienen hasta que lleguemos nosotros. ¡Pobre tío Clemente, que no quería que me viniese á Europa, temeroso, como decía, de que no le volviese á ver!

—Si de sus achaques y de su edad no podía ya esperarse otra cosa.

—Sí; pero eso no quita para que uno sienta su muerte.

—Mira, lo que hemos de decir, es que allá nos espere muchos años, ¿comprendes? ¡Qué clase de vida la suya! ¡Apegado siempre al dinero y sin disfrutar de nada absolutamente!

—Pues yo, ¡qué quieres que te diga! no pienso como tú; á tí te preocupa mucho la cuestión del dinero y creo que ahoga en tí el natural sentimiento que debía producirte la muerte del único hermano de nuestros padres; pero yo no me fijo en el dinero, y deploro la pérdida de la persona que tanto nos quería. ¿Y cuándo piensas marchar á Méjico?

—Pues mira, á fin de mes; de modo que todo lo hemos de tener listo dentro de quince ó veinte días.

—Muy pronto es.

—Antes, si quisiéramos, podríamos marchar.

—Y esta pobre mujer, ¿qué vamos á hacer de ella?

—¡Toma! llevárnosla con nosotros.

—¡Llevárnosla, dices!—exclamó Martín, mirando sorprendido á su primo.

—Una mujer bonita no se la deja abandonada sin más ni más. Precisamente su locura es tranquila y no ofrece peligro de ninguna especie.

—Pero Benito, ¿qué infamia es la que bulle en tu imaginación?

—¿Ya volvemos á tus palabras de siempre? Ahora calificas de infamia el que yo pretenda llevarme á la loca, cuando precisamente por tí y por mi mujer, ha sido por quién ha permanecido en esta casa.

—Es que temo adivinar el proyecto que te llevas con ese viaje.

—Pues chico, haces mal en adivinar lo que yo no he pensado siquiera. Que es guapa, que me gusta, ¿por qué lo he de negar? Pero puedo asegurarte que no tengo idea preconcebida de ningún género respecto á ella.

—Es que aun cuando la tuvieras,—repuso Martín severamente,—no tendrías más remedio que renunciar á ella.

—¡Hombre! ¿por qué?—preguntó irónicamente Benito mirando audazmente á su primo.

—Porque esa infeliz no puede ponerse en camino.

—¿Cómo?

Y Benito, al hacer esta pregunta, frunció el entrecejo, demostrando así el mal efecto que le producía lo que su primo acababa de decirle.

—Ese viaje por mar, podría determinar en ella, una locura furiosa.

—Yo creo, por el contrario, que podría serle beneficioso.

—Si tú tienes la pretensión de saber más que nosotros, que estamos constantemente estudiando esa clase de enfermedades, es otra cosa.

—¿Y acaso pretendes que porque esa mujer no pueda ponerse en camino con nosotros, dilatemos nuestro viaje y perdamos acaso, la herencia de nuestro tío?

—Yo lo único que sé es que cumpliré con mi deber hasta el fin,—repuso Martín secamente.

CAPITULO CXII

Coincidencias

Cuando Rosario se enteró de las noticias que de Méjico se habían recibido, no pudo menos de murmurar:

—¡Otra vez á América sin haber conseguido verle!

Y más tarde, hablando con su primo, le dijo:

—Según Benito me ha dicho, pretendía llevarse á Méjico á nuestra pobre enferma.

—Así me dijo.

—¡Es mucha la filantropía y la caridad de mi marido!—exclamó la joven, con un acento que no pudo menos de llamar la atención de su primo.

—¿Acaso no crees en ella?—dijo éste.

—¿Crees tú, Martín? En el tiempo que llevas con nosotros ¿no has conocido todavía lo que es Benito?

—¡Pobre prima mía!—repuso el médico con un acento que conmovió profundamente á la joven.

—No lo sabes bien todavía,—repuso;—¡no es posible que puedas imaginarte todo lo de horriblemente doloroso que hay en mi existencia!

—Te confieso ingenuamente que nunca me había podido imaginar lo que era Benito; y te lo digo ahora que hemos llegado al terreno de las confidencias, pues tú misma sabes que jamás mis labios se desplegaron para decirte nada, por más que en mi fuero interno hace tiempo que había formado ya mi juicio.

—Y, sin embargo, no sabes nada, Martín.

—No, lo que he visto me parece bastante para hacerme adivinar lo que no he presenciado.

—Pues estás en un error. Todo eso que dices que has visto, no es nada; y si siendo así te ha producido tanto efecto, puedes juzgar cómo será la causa que determinó mi unión con tu primo. No sé cómo no he muerto cincuenta veces. Sin duda la Providencia ha querido reservarme, no sé si para martirizarme por alguna falta que yo ignore ó si para reservarme, tras tantos días de dolor, un instante siquiera de ventura.

El acento de Rosario vibraba de un modo tal, que su primo la contemplaba profundamente enternecido.

Llenos los ojos de lágrimas, producidas, sin duda, por la evocación de aquellos recuerdos, Martín no pudo menos de decirla:

—Ten resignación, pobre Rosario; no te aflijas, ya que desgraciadamente, tu pena no es de aquellas que fácilmente se puedan remediar. He visto muchas veces las huellas del llanto en tus ojos y hubiera deseado poderte decir lo que ahora te digo. ¿Qué adelantas con llorar?

—Pues si no hubiera podido llorar, ¿crees acaso que habría podido resistir toda la violencia de mi desdicha?

*
* *

Durante algunos segundos, los dos jóvenes permanecieron silenciosos.

Rosario dejaba resbalar por sus mejillas las lágrimas que se desprendían de sus ojos, hasta que Martín la dijo:

—Mira, prima; ignoro toda la magnitud de tu pena, que comprendo debe ser muy grande, y que quisiera aliviarla, si supiera que lo había de conseguir, aun á costa de los mayores sacrificios; pero ya que esto no puede ser, cuenta con un hermano, con un amigo leal, que hace suyo tu dolor, y que desea conocerle, en la parte anterior á la época en que hemos intimado nuestras relaciones.

—¿Por qué quieres conocer, lo que indudablemente ha de causarte impresión bien desagradable?

—Para infundirte resignación el día que llegue á faltarte, porque comprendo muy bien que en cierta clase de dolores, llega un momento en que falta el valor, y precisamente en esos momentos es cuando se hace más necesario el consuelo del amigo.

—La historia que quieres que te cuente es muy breve, y yo creo que por su misma brevedad es por lo que reviste caracteres más dolorosos.

—Habla, habla; cuéntame cómo se verificó tu matrimonio con mi primo, porque yo no estaba en Méjico entonces, y presumo que desde ahí es de dónde debe arrancar tu desgracia.

—Es verdad.

—Pues bien; ¿cómo no conociste lo suficiente á Benito, para acceder á darle tu mano?

—¡Si es que yo no accedí! ¡Si es que yo no le amaba! ¡Si es que conmigo se cometió la más horrible de las infamias!

—¿Qué quieres decir?

—¡Yo amaba á otro hombre... á otro hombre que me había salvado la vida, porque salvó la de mi madre y salvó mi honor!... Aquel hombre había llegado á Méjico recomendado al padre de Benito; tuvo que marcharse á Buenos-Aires donde le llamaban sus obligaciones, después de habernos jurado amor eterno, y de haberme prometido que una vez que hubiese llegado á Buenos-Aires enviaría por mi madre y por mí, para casarnos.

—Ya comprendo; y al estar en su país se olvidó de tí, como tantos otros han hecho. Esa es la historia eterna; hombres que burlan el cariño y la confianza de una pobre mujer, que en ellos ha creído, y mujeres que tienen que casarse con hombres á quienes no aman, para ponerse á cubierto, tal vez, de la miseria ó del abandono.

—Estás en un error, Martín,—repuso la joven.—Aquí no tuvo lugar nada de eso. Pablo Céspedes, que así se llamaba el único hombre á quien he amado, se alejó ya de Méjico lleno de tristes presentimientos, porque había llegado á adivinar la torpe pasión de su indigno amigo, y la prueba de ello fué, que dejó á mi lado á un criado de toda su confianza, para que velase por nosotras.

—Pero si ese hombre te amaba y tenía por qué recelar algún peligro, ¿por qué razón no casarse antes de salir de Méjico?

—Era imposible, Benito, de tal manera se había manejado con el principal y protector de Pablo, que éste no tenía más remedio que ir allí para sincerar su conducta y obtener su aprobación para nuestro enlace.

—¿Y Benito, sin duda, durante su ausencia, forjó alguna calumnia?

—No, hizo algo peor.

*
* *

El acento con que Rosario pronunció estas palabras tuvo una expresión tal, que Martín no pudo menos de estremecerse.

Y mirando fijamente á la joven, la dijo:

—¿Qué has querido decir?

—Que tu primo cometió la mayor de las vilezas. Cuando recibimos la carta de Pablo diciendo que nos pusiéramos en camino inmediatamente, que todos los obstáculos estaban vencidos y que á nuestra llegada á Buenos-Aires nos casaríamos, Benito llegó á saberlo, y el mismo día de nuestra marcha, al frente de una partida de bandidos, asaltó nuestra casa.

—¡Rosario! — exclamó Martín, lleno de indignación.—¿Pero es verdad eso?

—¡Ay, sí, por mi desgracia! En aquel asalto horrible murió mi pobre madre y murió también el criado de Pablo, y aquel día debí morir yo también y así habrían terminado mis sufrimientos.

—Pero ¿es posible lo que me estás diciendo? ¿mi primo pudo descender á un extremo semejante? ¿no hay en tu relato ninguna exageración?

—¡Ay! ¡Ojalá fuera así!

—Pero ¿ese asalto...?

—No fué, como te he dicho, más que una combinación hecha por tu primo con una banda de malhechores que hacía tiempo vagaba por aquellos contornos.

—¿Pero tú no pudiste pedir auxilio?

—¿Qué auxilio podía pedir, cuando ese hombre había tomado de tal modo sus medidas, que me condujo á una casa aislada, donde abusó cobardemente de mi desvanecimiento

obligándome así á que no tuviera otro remedio que aceptar su mano para cubrir mi honor ultrajado?

—¡Jesús!

Y Martín se cubrió el rostro con las manos, porque realmente se avergonzaba del parentesco que le unía con el hombre que así procediera.

Después volvió á contemplar con expresión de profunda tristeza á la joven, y dijo:

—¡Cuánto debes haber sufrido!

—No es posible que te lo imagines, porque hay momentos en que yo misma me asombro de ver como he tenido resistencia para soportar golpes tan repetidos y vergüenzas tan espantosas.

—Es decir, ¿que después de consumado el crimen todavía te maltrata?

—Sí. ¿Y tú sabes de qué medios se valió para darme el postrer golpe, para matar hasta mi última esperanza?

—Después de lo que me has dicho, ya es todo creíble.

—Pues bien; Pablo supo lo que había sucedido, escribió al padre de Benito; sus amenazas sin duda le impusieron pavor, porque sabía muy bien que Pablo no amenazaba en balde, y para ponerse á cubierto de cualquier tentativa de su parte, diciéndome que haría asesinar á Pablo, me obligó á escribirle una carta reconociéndome la más miserable de las mujeres en el mero hecho de decirle que le había estado engañando; que yo á quien amaba era á Benito, que con él me había casado por mi propia voluntad, y que no volviera á pensar en mí.

—¿Y tuviste valor para escribir esta carta?

—¿Acaso podía hacer otra cosa? Conocía demasiado á Benito para saber que, si él personalmente era incapaz de intentar nada contra Pablo, podía comprar perfectamente, brazos homicidas, que de ello se encargaran.

—¿Y esa carta la enviaría á su destino sin duda?

—Sí por cierto. Ya comprenderás lo interesado que estaba en que la recibiese la persona á quien iba dirigida.

—Y ese Pablo ¿qué hizo?

—Informándome, como tú comprenderás, con toda clase de precauciones, pude saber que había estado gravemente enfermo, y que después se vino á Europa.

—¿Y qué hizo tu marido para compensarte todo el inmenso dolor que debiste sufrir?

—¿Qué hizo? Seguir esa misma conducta que ves. Lo mismo en los Estados Unidos que en Méjico, que posteriormente en Europa, no ha hecho más ni menos que mofarse impudentemente de mí, mostrándome sus queridas por doquiera y alardeando de un cinismo y de una maldad sin ejemplo.

—¡Eso es horrible!

—Te lo había dicho. Comprende ahora si tendré razón para sufrir y para que mi rostro esté reflejando constantemente la muerte de todas mis esperanzas.

—Y lo peor es que el remedio...

—Aquí no hay otro remedio que la muerte, Martín, y puedes estar seguro que si hubiera tenido valor para ello, haría ya mucho tiempo que no existiría.

*
* *

Durante un buen espacio, los dos jóvenes permanecieron silenciosos.

Después, dijo Martín, como respondiendo á su propio pensamiento:

—¡Y todavía quería llevarse á esa infeliz demente, para hacer de ella, sin duda alguna...!

—Una querida más.

—Con la circunstancia agravante de que esa querida era una pobre mujer falta de sentido.

—¿Y eso qué le importa? Para la satisfacción de sus innobles apetitos, no ha reparado en nada tu primo.

—¡Oh! no será así; yo te juro que lo que es esa desdichada no será pasto de su voracidad.

Y el acento con que Martín pronunció estas palabras hizo sonreir, aun cuando tristemente, á la joven, que dijo:

—Ves como la amas; si sabes que te lo dije desde los primeros días que esa desgraciada estuvo en casa.

—Pues bien, sí,—dijo Martín resueltamente al cabo de algunos momentos,—la amo. Ignoro quién es, no puedo comprender por qué cúmulo de circunstancias pudo encontrarse en la situación en que nosotros tropezamos con ella; pero te aseguro que el dolor que siento en estos momentos al pensar que dentro de pocos días he de dejarla, no te lo puedes imaginar.

—¿Es decir, que estás resuelto á que no marche á Méjico?

—¡Oh! ¡eso nunca!

CAPITULO CXIII

Un cuerdo y una loca

FUÉ tan resuelto el acento con que Martín pronunció las anteriores palabras, que su interlocutora exclamó, tendiéndole la mano:

—Muy bien hecho, Martín; gracias, no por mí, á quien importan ya muy poco todas las veleidades de ese hombre cuyo nombre llevo; te doy las gracias por esa infeliz á quien libras de ese modo de la perdición á que tu primo pretendía arrastrarla. ¿Y qué es lo que piensas hacer de ella?

—Precisamente el director del manicomio de Zaragoza es íntimo amigo mío. Estuvimos juntos en el último congreso de alienistas que tuvo lugar en Berlín, y estrechamos, con este motivo, nuestras relaciones; de manera, que una simple indicación mía, es muy suficiente para que haga todo cuanto pueda.

—¿Y le has hablado ya?

—Sí; ayer mismo estuve hablando con él, y el día en que marchemos de aquí, yo mismo acompañaré á esa desgraciada á la Casa de Locos.

—Pero ¿tienes alguna esperanza de curación?

—Sí, ¿por qué te lo he de negar? y de esa misma esperanza participa también el director del establecimiento de Zaragoza, después de haberle explicado todos los fenómenos que he tenido ocasión de observar en nuestra enferma. He sometido el plan que llevo con ella á la aprobación de mi amigo, y no ha encontrado objeción alguna que hacer. Por otra parte, como yo pienso estar de regreso dentro de cuatro ó cinco meses, entonces es muy posible que realice la última prueba, que yo creo que ha de ser la decisiva.

—Lo que has de hacer, es que no sujeten á esa infeliz á los tratamientos á que, según dicen, sujetan en esas casas á los infelices faltos de razón.

—Ya he quedado yo con mi amigo respecto á ese particular, y la pobre permanecerá en su misma casa, al lado de su señora y saliendo á todas partes con ella, del mismo modo que aquí ha hecho contigo estos últimos días. Quiero ver si con la distracción, si con la presencia de objetos diferentes y ante impresiones distintas, puedo conseguir encontrar algo que la hiera, á fin de recoger un punto de partida para llegar al objeto deseado.

—De ese modo estará bien. Por supuesto, que ya le das á tu amigo hecha ya la mayor parte de la tarea, porque todos los grandes trabajos, todas las angustias, todos los sufrimientos, todas las zozobras, las hemos pasado nosotros durante los meses que lleva esa infeliz en nuestra casa. Para mí es lo que hemos dicho muchas veces: indudablemente esta pobre señora ha debido ser víctima del robo ó de la muerte de algún hijo.

—¡Oh! es que lo grande que hay en esta mujer, el fenómeno inexplicable y que si yo, médico, no estuviera presenciándolo, apenas me atrevería á creerlo si me lo contaban, es

que esta señora, en medio de su extravismo, no ha pronunciado un solo nombre que pudiera habernos servido, aun cuando en pequeñísima escala, de rayo para hacer alguna investigación.

—Es que tampoco dice ninguna otra palabra.

—Y no es porque esté muda, porque á veces, cuando se impacienta, pronuncia alguna frase incoherente, es verdad, pero en fin, que prueba que el mutismo no existe.

* * *

Después de la confidencia hecha por Rosario á su primo, la compasión de éste respecto á la joven, tomó mayores proporciones, á la par que su frialdad para con su primo, aumentó también.

Y esta última tomó un carácter tal, que hasta la misma Rosario hubo de decirle un día:

—Martín, te ruego que procures disimular un poco, porque sino tu primo va á creer que hemos hablado alguna cosa y ¡sabe Dios! lo que resultará.

El médico juzgó acertada la observación y trató de atemperar un poco su conducta, para no despertar recelos en el suspicaz carácter de Benito.

Entretanto, se iba aproximando el día de la marcha y la mejoría de Joaquina se acentuaba cada vez más.

Nos referimos al estado físico, porque el intelectual continuaba del mismo modo.

La pobre madre no decía una palabra; miraba cuantos objetos la rodeaban con la mayor indiferencia, y á cuantas preguntas la hacían, nada contestaba.

Un día, precisamente cuando ya no faltaban más que dos ó tres para marchar, Martín cogió un santoral y se puso en voz alta á leer todos los nombres de los santos.

Joaquina estaba, como de costumbre, al lado de Rosario mirando atentamente como trabajaba.

De pronto, el médico en su lectura, exclamó:

—San Feliciano, mártir.

Al escuchar este nombre la loca alzó vivamente la cabeza y murmuró con una expresión indefinible:

—¡Feliciano!

Y después, al cabo de algunos momentos, volvió á decir:

—¡Mi hijo!

El médico aparentó no haber oído nada.

Pero de súbito alzóse Joaquina, reflejando en su semblante la cólera y la desesperación y comenzó á recorrer la estancia, exclamando:

—¡Feliciano! ¡miserable!

Y como si amenazara á un sér invisible, se lanzó fuera del aposento, gritando:

—¡Vete de aquí! ¡vete, infame!

Después, cambiando de repente la inflexión de su voz, volvió á decir expresando una ternura infinita:

—¡Feliciano! ¡hijo de mi alma!

Y se fué al jardín de la casa y allí se sentó, comprendiéndose por el movimiento de sus labios que estaba pronunciando incesantemente aquel nombre.

Una sorpresa extraordinaria se retrató en los semblantes de Rosario y de su primo.

—¿Qué quiere decir esto?—exclamó Rosario.

—Que mi idea ha sido buena y que comenzamos á divisar alguna luz.

—¡Cómo!

—El hijo de esa señora, indudablemente se llama Feliciano.

—Entonces, ¿cómo te explicas esa súbita cólera y llamar infame á ese mismo Feliciano?

—Ese es el problema, para el cual preciso es que hallemos solución,—contestó sonriendo Martín.—Si eso lo supiéramos, ten presente que todo estaba resuelto ya. Pero mucho hemos adelantado y me alegro poderle comunicar á mi amigo ese dato que él, con su buen criterio, sabrá utilizar y apreciar.

Aquella noche Benito dijo á su mujer y á su primo:

—Ya están encargados los billetes á Barcelona y he pedido un camarote al lado del nuestro para esa desgraciada.

—¡Que has pedido un camarote! ¿y quién te ha dicho semejante cosa?—preguntó Martín.

—Hombre, yo no tengo valor para dejar á esa pobre mujer aquí. Ya que hemos hecho lo más, hagamos lo menos.

—Pues no puede ser eso que tú pretendes, porque yo, como médico, me opongo. Ya sabes que te lo dije. Esa señora no puede ponerse en viaje.

—Pero, entonces...

—Entonces ya tiene el sitio determinado donde se ha de quedar. He dado los pasos necesarios para ello y estará perfectamente.

—¡Que tú has dado los pasos!

—Sí.

—¡Y sin decirme nada!

—¿Y qué necesidad tenía de ello? ¿Eres tú ó yo quien estaba encargado de ella?

—Me parece que todos hemos trabajado.

—Lo que es tú muy poco; tu pobre mujer no diré que no.

—Sea lo que quiera, me parece que debieras haber tenido la consideración de contar conmigo.

—Vamos, Benito, déjame en paz, que sé perfectamente lo que hago. Esa señora quedará donde debe quedar, y quizás á mi regreso, tenga la satisfacción de ver que ha recobrado la razón. Llevarla á Méjico, sería por todos estilos, conducirla á su propia perdición.

—No sé lo qué quieres decir con eso,—repuso Benito, que á duras penas podía disimular su cólera.

—Quiero decir lo mismo que he dicho, y como ya que, merced á mi tratamiento, he conseguido alguna ventaja y espero conseguirla mayor todavía, no quiero que se malogre mi obra por un capricho tuyo.

—¿Dónde piensas dejar á esa señora? porque yo iré...

—¿Y dónde has de ir tú y para que hace falta tu presencia? Precisamente el lugar donde se queda esta señora es de aquellos donde tu influencia no sirve para nada.

—Pero bien; ¿dónde es?

—En la Casa de Locos.

—¡En la Casa de Locos! ¡estás en tí! ¿Dejar á esta señora después de lo mucho que hemos estado haciendo por ella, en un sitio semejante?

—El único donde debe estar, y donde estará.

—Estoy seguro que Rosario se opondrá lo mismo que yo.

—Rosario lo que hace es aprobar en todo mi conducta, cosa, por otra parte, que es lo único que puede hacer; porque en este terreno, como te he dicho, soy yo el único que tiene derecho para disponer y para obrar.

—En fin, tú harás lo que quieras; pero mi aprobación no la tendrás.

—Tendré la mía.

—Sujetar esta infeliz al tratamiento de estas casas...

—El tratamiento será mejor cien veces que el que ha tenido aquí. El director del manicomio, que es íntimo amigo, la tendrá en su casa en vez de encontrarse en una celda como las demás enfermas.

Benito no pudo menos de morderse los labios.

Aquella presa que él había juzgado segura ya, aquella mujer, cuya belleza excitaba de un modo extraordinario sus

groseros apetitos, desaparecía, poniéndose en condiciones imposibles para él, por el momento al menos.

*
* *

Y llegó el día de la partida.

Joaquina no hizo demostración alguna de sorpresa al abandonar aquella casa donde había pasado algunos meses.

Penetró en el carruaje sin extrañeza de ningún género, y como persona acostumbrada á ser conducida en ellos.

Todos estos detalles los iba apreciando Martín, que dijo á Rosario:

—Mi amigo estoy seguro que obrará en un todo conforme le tengo dicho, y quién sabe el resultado que podremos obtener. Yo confío mucho que á mi regreso he de tener alguna noticia satisfactoria.

—¿Y por qué no haces una cosa?—dijo Rosario á su primo.

—¿Qué?

—Que si algo de particular ocurre, si la curación se determina como tú crees, siendo tan amigo tuyo como es el director del manicomio, podía ponerte un telegrama.

—¡Eso desde luego! Con mayor motivo, cuanto que he de dejarle dinero para atender á todos los gastos.

—Eso sí que no,—se apresuró á decir Benito;—yo lo costearé todo.

—Mil gracias por esa generosidad tan de última hora,—repuso irónicamente Martín;—pero ya sabes que desde el principio, cuando tanto te dolían los gastos que la estancia de esta señora te representaban, te dije que todo corría de mi cuenta, y de mi cuenta ha corrido hasta hoy, y de mi cuenta correrá hasta el día en que recobre la razón.

Benito no se atrevía á insistir.

Lo que decía Martín era verdad, y por lo mismo que no sabía de qué modo contrarrestarlo, aumentaba su cólera.

Llegaron á Zaragoza, y Martín, que en todos los detalles se fijaba y que lo apreciaba todo, observó que Joaquina miraba las calles que cruzaban, las tiendas y todo cuanto veía, como si lo conociera, no extrañando nada, y fijándose en todo.

—Pues señor,—dijo el médico dirigiéndose á Rosario,—esta señora ha debido vivir aquí ó ha estado en esta población alguna otra vez. ¡Qué lástima que tenga que emprender ahora este viaje, porque me parece que no habríamos tardado mucho en conocer algo de lo que pretendemos!

Benito trató todavía de intentar algo para ingerirse en el nuevo plan formado por Martín.

Pero su empeño resultó inútil.

Al día siguiente, Rosario y el médico condujeron á Joaquina á la Casa de Locos.

Precisamente aquel mismo día también Feliciano daba su mano á Mercedes, la hermana del marqués de la Florida.

CAPITULO CXIV

Cómo consiguió Luis decidir á Mercedes

NUESTROS lectores recordarán todo cuanto en otro lugar dejamos expuesto sobre las tentativas hechas por Muller, así para descubrir lo que había sido del hijo de Mercedes, como de la suerte que había tenido Ricardo.

Pero uno y otro propósito fracasaron, y el conde de Almarza, no recibió otra noticia del alemán.

La existencia de Mercedes, después de los sucesos de que había sido víctima, no pudo ser más triste.

Condenada á la soledad y al aislamiento, teniendo sobre su conciencia la muerte de Marcos, así como la de Ricardo y su madre, la pobre joven no disfrutaba un momento de tranquilidad.

La noticia de los sucesos ocurridos en su casa, abultada, como es consiguiente, con arreglo á la fantasía de los criados, había producido un efecto extraordinario.

Unos decían que ella había tenido la culpa de la muerte del mayordomo y de su mujer, porque les había negado su apoyo y protección; otros que había estado divertiéndose con Ricardo hasta que, finalmente, le había despreciado, obligándole á que se suicidase, y que á consecuencia de esta noticia, que los pobres viejos habían recibido sin preparación de ningún género, Marcos y su mujer habían fallecido.

Otros lo tomaban por otro estilo y decían que sus liviandades de tal modo habían llegado á irritar á su hermano, que le habían puesto en el caso de dar muerte á Ricardo y de increpar duramente á sus padres.

De todas maneras siempre ella era la que salía peor librada.

De modo que Mercedes, tras del disgusto que la produjeron aquellos sucesos, tuvo que sufrir el no menos grande de la opinión, que se encarnizaba con ella de un modo extraordinario.

Su hermano se había marchado, dejándola entregada á las indignas suposiciones que respecto á ella se hacían, no contando, por único apoyo, más que con el del conde de Almarza, anciano ya, y abatido doblemente por la desgracia de que era víctima su pupila

Esta, una vez repuesta de su larga enfermedad, enterada por el conde de las cartas que recibió de Muller y una vez que éstas cesaron y que por lo tanto perdió toda esperanza sobre lo que el alemán la dijera, no perdió el ánimo, y un día dijo al conde:

—Padrino, me marcho á Italia.

—¡A Italia!—exclamó sorprendido el anciano.

—Sí, señor.

—Pero, hija mía, ¿qué vas á hacer tú en Italia?

—Lo ignoro; pero esté usted seguro que debo ir á aquel

país, donde tal vez mi amor de madre y de esposa encuentren alguna noticia que no han podido encontrar los que han emprendido la generosa tarea de quererme servir.

—No creo que consigas nada,—exclamó el conde al cabo de algunos momentos de reflexión.—Yo quisiera acompañarte y tal vez mis relaciones te podrían servir; mas por desgracia ya ves como estoy; mis achaques se han recrudecido con mayor violencia y mucho temo que si ahora te marchas ya no te volveré á ver.

—¡Por Dios, padrino, no diga usted eso! porque creo que esa consideración tendría fuerza suficiente para que me obligara á quedarme en Epila.

—Por ningún estilo; no soy tan desconsiderado que deje de comprender lo que necesita tu amor de madre y de esposa. Anda con Dios y llévate contigo á Ruperto. De todos modos el día en que yo muera ha de irse en tu compañía para sustituir á nuestro pobre Marcos; conque lo mismo da que esté unos cuantos meses antes ó después.

*
* *

Y efectivamente, provista de cartas de recomendación del conde, interesando á todos sus amigos para que auxiliaran á la joven en sus pesquisas, se puso en marcha para Italia.

Pero ¡ay! todo fué inútil.

Por más que su afecto fuera grande y que su excitación de esposa y de madre la sugiriesen diversos recursos que emplear para saber algo, le sucedió lo mismo que á Muller.

Nada pudo descubrir que la diera esperanzas para llegar al deseado fin.

Durante algunos meses permaneció en Italia, derramando dinero, viajando, haciendo toda clase de indagaciones, y al

cabo de ellos volvió á regresar á España, con la esperanza completamente perdida.

Ricardo había muerto de un modo misterioso y desconocido para todo el mundo.

En cuanto á su hijo, nadie le dió razón, lo mismo que de la nodriza y de su marido, en cuyo poder había estado.

Estos dos últimos se habían marchado á América.

Entonces Mercedes escribió á su hermano pidiéndole algunos detalles sobre la desaparición de aquellas personas tan queridas.

Pero la contestación fué digna de él:

«Tu hijo, es decir, el hijo del crimen y de la deshonra, fué abandonado por mí en medio del campo.

»Ricardo, tu seductor infame, fué muerto por mí, honrándole todavía con que fuese mi mano la que le castigara.

»Nada más puedo decirte, y harás muy bien en no preguntarme.»

Semejante contestación no podía dejar lugar á duda alguna.

Era preciso perder toda esperanza de encontrar á la tierna criatura abandonada en medio del campo.

Mercedes volvió á Epila, donde su tutor estaba esperándola lleno de impaciencia.

Se sentía morir, y lo único que le dolía era no poder tener á su lado, en los postreros instantes de su vida, á aquella pobre niña que tanto había sufrido y á quien tanto amaba.

Cuando la vió junto á sí, la dijo con acento en que vibraba la mayor ternura:

—¡Gracias á Dios que al fin estás á mi lado y tus manos serán las que cerrarán mis ojos!

*
* *

Durante un buen espacio permanecieron tutor y pupila sin poder decir una palabra.

La misma emoción que sentían, hacía enmudecer sus labios.

Por fin dijo el conde:

—¿Qué has adelantado, hija mía?

—Nada,—repuso tristemente la joven.—Todo ha sido completamente inútil. Mi hermano borró de tal modo las huellas de esos dos seres tan queridos para mí, que no me ha sido posible dar con ellas.

—Tu hermano acabará muy mal, hija mía, no tengas duda. Todo lo ha sacrificado á su mal entendido orgullo, y ese será su castigo.

—¡Si usted supiera cuántas lágrimas he derramado en esa dichosa peregrinación!...

—¡Oh! lo comprendo perfectamente. ¡Pobre hija mía!

—Y sobre todo, lo que más me ha herido ha sido la carta de mi hermano.

—¿Acaso te ha escrito?

—Sí, señor; contestando á la que yo le dirigí pidiéndole alguna noticia respecto á los seres que me eran tan queridos.

—¿Y su contestación fué...?

—Mírela usted.

Y la joven leyó á su tutor la carta que ya conocen nuestros lectores.

El conde, después que hubo escuchado aquella lectura, exclamó:

—Hija mía, no pierdas la esperanza.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó la joven mirando sorprendida al anciano.

—Que tu hijo vive.

—Y aun cuando viva, ¿cómo es posible que pueda encontrarle jamás?

—¡No digas eso, hija mía! la Providencia no abandona nunca á los que en ella confían. ¿No recuerdas ninguna circunstancia especial que pudiera tener tu hijo?

—Sí, señor; y usted me hace recordarlo, aun cuando es muy posible que en el tiempo transcurrido haya desaparecido. ¿Recuerda usted que Ricardo tenía una pequeña mancha blanca en el centro de la cara?

—Me parece que sí.

—Pues su hijo tenía la misma mancha, en el arranque del pelo sobre la frente, y además en la mano izquierda no tenía más que cuatro dedos.

—¿Tú ves? eso es una señal poco común; y ¡quién sabe si el día menos pensado tropezarás con tu hijo, y entonces quedarán compensados todos los días de amargura que has sufrido!

—Pero ¿y Ricardo?

—En cuanto á ese, hija mía, creo que no debes tener esperanza alguna; tu hermano ha tenido fama siempre de buen tirador, y el golpe debió ser muy certero. Tu hijo, es diferente, si no hizo más que abandonarle, alguna pobre familia de aquellos contornos le recogería.

—No, señor. Suponiendo que Luis arrebatase el niño de poder de los que le cuidaban, y que fuera á dejarle abandonado á diez leguas de distancia de aquel sitio, extendiendo las averiguaciones á diez leguas á la redonda, ya debe usted comprender el inmenso radio que eso comprendería.

—¡Ya lo creo!

—Pues esa diligencia la he practicado yo misma.

—¿Y no encontraste noticia?

—No, señor.

—Entonces es indudable que tu niño fué recogido del sitio que le abandonaran por algunos viajeros. En Italia abundan las compañías nómadas, de músicos, bailarines, titiriteros y otra gente de esa especie, ¡quién sabe si alguna de esas le encontró en el camino y se lo llevó consigo!

—¡Pobre hijo mío!—exclamó Mercedes con dolorido acento,—¡Qué suerte habrá sido la tuya!

El conde hizo todos los esfuerzos imaginables para consolar á la pobre madre, infundiéndola alguna esperanza.

Al año siguiente falleció, y entonces Mercedes se encontró completamente sola.

Con motivo del fallecimiento del anciano, la joven se encontró inmensamente rica, puesto que su tutor la instituyó por su única heredera.

Pero todas estas riquezas no hacían más que aumentar su dolor.

Un día dijo á Ruperto que, como sabemos, había sustituido á Marcos en el cargo del mayordomo:

—Ruperto, vamos á viajar.

—Cuando usted quiera, señorita.

Como que Mercedes había llegado á la mayor edad pocos meses antes de la muerte del conde, encargó á su administrador el cuidado de sus haciendas, y acompañada de Ruperto, de otro criado y de una doncella, volvió á Italia; y recordando lo que su tutor la dijera se dedicó á interrogar á cuantos músicos, acróbatas y demás gente de su especie que encontraba, por si alguien podía darle razón de aquel niño que tenía una señal tan marcada para distinguirle.

Pero nadie le daba razón.

Así recorrió Inglaterra y Francia; así estuvo en Alemania, y únicamente al cabo de tres años supo que unos acróbatas llevaban consigo un muchacho que habían encontrado

abandonado en medio del campo, cuyo muchacho tenía un mechoncito de cabello blanco encima de la frente.

Pero no supieron decirle ni dónde estaban aquellos acróbatas ni cómo se llamaban.

Por fin, al cabo de seis años de viajes y de estar haciendo todas las pesquisas imaginables, Mercedes, cansada de tanto inútil esfuerzo, se dirigió á Epila esperando que la casualidad le proporcionase algún día la única dicha á que ya podía aspirar, que era la de encontrar á su hijo.

CAPITULO CXV

Continuación del mismo asunto

A pesar de los inmensos sufrimientos que habían afligido la existencia de Mercedes, su belleza había aumentado de un modo extraordinario.

Parecía que el dolor, al herir su pecho, con los matices que llevaba hasta su semblante, le prestaba un encanto más.

Así era que, cuando se presentaba en Zaragoza, donde iba con alguna frecuencia, llamaba poderosamente la atención.

Y como que si por hermosa ocupaba un lugar distinguido, como rica era quizás el mejor partido de la provincia, no la faltaban pretendientes.

Mercedes no había tenido más que un solo amor, que fué el de Ricardo.

A él había jurado consagrarse, y se pasaron algunos años sin que pensara faltar á la promesa que había hecho.

Pero al cabo de ellos comprendió que con los inmensos

bienes que poseía, teniendo que bregar con administradores y mayordomos, que muchas veces no respondían á la confianza en ellos depositada, tenía necesidad de que una mano más vigorosa que la suya se encargase de aquella gestión.

Como que realmente su unión con Ricardo había sido sancionada por la Iglesia, y tenía las cartas en que su hermano la aseguraba que había dado muerte á Ricardo, no temía las consecuencias de cualquier demanda matrimonial que la pudieran hacer.

* * *

Entre sus pretendientes hubo uno que consiguió interesarla algo más que los otros.

No para profesarle el cariño que profesara á Ricardo, sino que eran tales las cualidades que le adornaban, que la joven íbase inclinando hacia él, cuando una circunstancia completamente imprevista llegó á desbaratar los cálculos formados quizás tanto por el pretendiente como por la pretendida.

De la noche á la mañana, y sin aviso de ninguna especie, presentóse Luis en Zaragoza.

Dirigióse á la casa de su hermana, y aun cuando ésta sintiera invencible repugnancia al verle, no pudo menos de recibirle.

—Debe sorprenderte, sin duda,—la dijo su hermano,—verme por aquí al cabo de tantos años.

—Me tienes tan acostumbrada ya á sucesos extraordinarios.—repuso Mercedes,—que nada de cuanto hagas me puede sorprender.

—Parece que me guardas rencor todavía.

—¡Siempre!—contestó la joven resueltamente.—No rencor, porque aun para mi mayor enemigo, que eres tú, no podría

tenerlo; pero no te perdonaré nunca lo desgraciada que me has hecho.

—Creo, por el contrario, que te he prestado un gran servicio, y la prueba de ello es que ahora te vas á casar con el barón de las Fuentes, y ese matrimonio me lo debes á mí.

—¡A tí!—exclamó la joven con indescribible acento.

—Sí por cierto. Dí después que no te quiero.

—Mucho.

—¿A caso el barón no es un cumplido caballero, inmensamente rico, y un modelo de lealtad y de nobleza?

—Sí que lo es.

—Tu casamiento con él es lo mejor que podías esperar.

—Pero ¿has dicho que ese casamiento te lo debía á tí?

—¡Ya lo creo!

—¿Y cómo ha sido?

—¿No te lo ha explicado él?

—No.

—Vamos, hasta en eso se ve lo reservado que es.

—Explícate.

—En París me habló de tí, significándome el cariño que le habías inspirado; pero al mismo tiempo, confiándome sus temores respecto á que no fuesen bien acogidas sus pretensiones por la frialdad, y la tristeza y la indiferencia que siempre advirtiera en tí.

—Tristeza de que tú únicamente has sido el autor.

—Bien; dejemos eso.

—Tienes razón.

—Yo, entonces, recordando que tiene una hermana no tan bella como tú, pero muy agradable también; y que esa hermana es una de las más ricas de la Rioja, le prometí contigo influir en su favor, le indiqué la manera de que debía tratarte para conseguir interesar tu corazón, y al mismo tiempo la pedí la mano de su hermana.

—¿Y te la concedió?

—¡Ya lo creo!

—Entonces tu venida á Zaragoza...

—Es para que se celebren juntas nuestras dos bodas.

—De modo que tu interés, ha sido el verdadero móvil que ha influido para que me proteges.

—Pues hija mía, es natural; considera que yo estoy arruinado, y necesito agarrarme, como vulgarmente se dice, á un clavo ardiendo.

—Vamos, ya comprendo tu cariño.

—Me parece que después de lo pasado, un casamiento como este para tí...

—Sí, es demasiado, lo comprendo.

***

Cuando la joven se quedó sola, comenzó á reflexionar, y el resultado de sus reflexiones fué que al día siguiente envió á llamar al barón de las Fuentes, y le dijo:

—Amigo mío, siento extraordinariamente el disgusto que le voy á causar; pero estoy segura de que me hará usted la justicia que merezco, y que quizás más tarde ha de darme las gracias.

—Permítame usted que me sorprenda, Mercedes, porque semejante lenguaje...

—Sí, le ha de sorprender, máxime, cuando nuestras relaciones parecían tener ya un carácter tan adelantado...

—Como que nuestro matrimonio debía celebrarse el día que usted misma señalara.

—Y, sin embargo, ese matrimonio no puede tener lugar.

—¡Mercedes!—exclamó el barón palideciendo.

—Sí, amigo mío, ese matrimonio es imposible; y por más que me duela manifestárselo así, crea usted que no puede ser.

—Pero no había usted asentido antes...

—Antes, sí, señor; pero ahora me retracto, y usted comprenderá la razón que tengo para ello.

—¡Mercedes, por Dios! suplico á usted que retire esa palabra de retractación, porque no es posible que se imagine todo el dolor que me causa al escucharla.

—No puedo retirarla, por el contrario, me ratifico en ella.

—Pero ¿qué hice yo para que usted me castigue así?—exclamó el joven con acento en que se revelaba lo mucho que estaba sufriendo.

—Usted no ha hecho nada.

—Pues entonces... reflexione usted que su hermano ha venido para asistir á nuestro enlace, y realizar al mismo tiempo el suyo con mi hermana.

—Ninguno de los dos me parece que se pueden verificar.

—Pero ¿por qué?

* * *

Mercedes permaneció algunos momentos sin contestar.

Comprendíase que la era doloroso lo que iba á decir.

Pero, sin embargo, había formado ya su resolución, y ya sabemos que Mercedes no pertenecía al número de las personas que cambian de opinión con tanta facilidad.

Desde que había oído á su hermano, comprendió que era imposible aquel doble enlace.

Luis, como de costumbre, había pretendido especular con

el cariño que el barón la profesaba, y ella ni podía ni debía consentir semejante cosa.

Pero para esto era necesario que descubriese toda la ruindad de su hermano, y esto la repugnaba.

Ya que tratase de este asunto, para evitar la desgracia de la infeliz que le iba á dar su mano, era menester también que ella rompiese su matrimonio.

Y para hacerlo así no tenía otro recurso que levantar el velo de su pasado; y esto, como es consiguiente, la costaba mucho trabajo.

El barón, viendo que la joven después de las terribles palabras que le había dicho permanecía silenciosa, volvió á insistir, diciendo:

—¡Mercedes, por piedad! dígame usted por qué no puede realizarse nuestra unión.

—Es verdad,—contestó la joven haciendo un esfuerzo;—tiene usted derecho á una explicación, y debo dársela.

Y Mercedes refirió al barón sus amores con Ricardo, el nacimiento de su hijo, y el proceder que su hermano había tenido con ella.

Al mismo tiempo le indicó que no debía por ningún estilo consentir que Luis se casara con su hermana porque la haría desgraciada, y que esta consideración, más que otra, la obligaba á romper su compromiso.

En vano fué que el barón la dijera que estaba resuelto á casarse con ella, aceptándola tal y como se le había presentado, puesto que aquella confesión todavía la enaltecía á sus ojos, que rompería el matrimonio de su hermana con Luis; pero sin que por esto debiera sufrir el suyo la misma suerte.

Mercedes se mostró inflexible.

No debía casarse, dada su situación.

El barón salió de su casa desesperado.

Cuando el marqués supo que su hermana no se casaba y que las dos bodas estaban desbaratadas, pidió á Mercedes la explicación.

Esta le confesó lo que había hecho.

La cólera de Luis fué extraordinaria, y rompió abiertamente sus relaciones con la joven, saliendo precipitadamente de Zaragoza.

CAPITULO CXVI

Donde Faustina ayuda en gran manera para que se verifique el matrimonio de Mercedes con Feliciano

DURANTE la última estancia de Luis en Zaragoza, Faustina, la antigua doncella de su hermana, y la que tanto le había servido para el descubrimiento de sus relaciones con Ricardo, estuvo á verle.

Antes de esto, en uno de los viajes que Mercedes hizo á Zaragoza, Faustina tuvo la imprudencia y el descaro de presentarse en casa de su antigua señorita.

La joven no fué dueña de sí al verla.

Su instinto la reveló que ella fué la causa de su desventura, y la arrojó violentamente de su presencia.

Faustina abandonó la casa llena de ira.

Precisamente todo cuanto hizo hasta entonces impulsada por la envidia, todo le había dado su mal resultado.

Ni consiguió, como pretendía, que Ricardo se quedase libre de los amores de su señorita, para ver si por este medio ella conseguía insinuarse en su corazón; ni llegó á casarse

con su pariente el cartero, á quien debió la interceptación de aquella carta que sirvió á Luis para llevar á cabo sus infames planes, ni aun sus mismos padres la quisieron en su casa porque, aun cuando rudos trabajadores, no se les oscureció que las malas artes de su hija habían contribuido de alguna manera á las desgracias que se desplomaran sobre la casa de sus señores.

Lo único que sí consiguió, fué llenar de amargura el corazón de su antigua compañera de infancia.

En cuanto á esto podía estar completamente satisfecha.

Faustina no tuvo otro remedio que ponerse á servir de nuevo, y esto fué muy duro para ella, que creyó cambiar de situación, así por las dádivas del marqués como por la libertad de Ricardo ó las pretensiones del cartero.

Puede comprenderse perfectamente, que la despedida de Mercedes acabaría de exasperarla.

*
* *

Cuando supo, como hemos dicho, que el marqués estaba en Zaragoza, la joven se presentó en la fonda solicitando verle.

La paga que Luis la diera por el servicio que le prestara, no la satisfizo, y quería reclamarle el precio verdadero de su trabajo.

Porque el interés y la envidia fueron los verdaderos acicates que la empujaron para hacer lo que hizo, y la verdad fué que de nada la sirviera lo que su interés anhelaba.

Algunos pequeños regalos, algunas monedas que se habían gastado casi inmediatamente de recibirlas, era todo lo que la produjo su vergonzoso procedimiento. Así fué que no quedó

nada contenta del resultado moral ni del material que había obtenido.

Su único deseo, desde entonces, fué que llegara un día en que pudiera echar la vista encima, según decía, al marqués, para decirle cuantas eran cinco.

Pero Luis, como ya sabemos, no volvió á España durante muchos años, y Faustina no pudo satisfacer su deseo.

Tuvo noticia de los proyectos matrimoniales de Mercedes con el barón de las Fuentes, y tenía el propósito de inutilizar aquel matrimonio, según ella pensaba, revelando al barón lo que ella creía que debía ignorar.

Porque el odio que profesaba á su señora y á todos los individuos de aquella familia, no se había extinguido á pesar del tiempo transcurrido y de las desdichas de que Mercedes, especialmente, había sido víctima.

Luis, lo que menos podía esperarse, era la visita de Faustina.

Y no podía esperarla, porque se había olvidado de ella.

En su vida, Faustina no había sido otra cosa que un factor que tuvo su importancia relativa en un período determinado, pasado el cual, lo había desechado como completamente inútil.

Por otra parte, tantos y tan graves habían sido los acontecimientos que con posterioridad á aquella fecha habían ocurrido al marqués, que, absorbiendo por completo su atención, contribuyeron á que olvidara en absoluto el instrumento de que estuvo sirviéndose durante tanto tiempo.

Cuando vió á la joven entrar en su cuarto, la miró con extrañeza, porque realmente, en los años transcurridos, el semblante de Faustina había sufrido esa transformación consiguiente á caracteres como el suyo.

Las decepciones que sufriera, el justo castigo que su envidia había tenido, al agriar su carácter, ajaron en gran manera sus facciones.

—¿No me conoce usted ya, señorito?—preguntó la muchacha, observando la expresión de sorpresa con que la estaba mirando el marqués.

—¡Calla! sí; ahora caigo en quién eres.

—¿Es decir, que me encuentra usted muy cambiada?

—No, pero como hacía tanto tiempo que no te había visto...

—He tenido muchos disgustos.

—¿Y quién en este mundo no los tiene? ¡Ya tú ves! yo mismo los he experimentado de gran consideración.

—¡Ya! pero usted sabe, señorito, que hay un refrán que dice que los duelos con pan son menos, y si usted ha tenido disgustos, los ha podido soportar mucho mejor que yo.

—Eso es lo que tú no sabes.

—Desde luego; ¡como que por servir á usted perdí mi bienestar y lo perdí todo.

*
* *

Luis empezó á comprender lo que significaba la visita de Faustina.

Hizo un gesto de disgusto y contestó:

—Ya verás, como que me parece que no debías tener la pretensión de convertirte en señora si salías de casa de mi hermana, como forzosamente habías de salir el día en que se descubriese la participación que habías tenido en ciertos hechos...

—Sí, señor, tiene usted razón. Yo no podía ni debía tener esas pretensiones; pero tampoco creí que usted me abandonara del modo que lo hizo.

—¡Yo!

—Usted, sí, señor.

—¿Qué yo te he abandonado?

—Pues ¡ya lo creo!

—Me parece que te dí lo que tu servicio exigía. Y aun me parece que te dí de más, porque supuse que el afecto que profesabas á la casa era el que te hacía obrar así.

—Vamos, señorito, no se burle usted.

—¡Yo burlarme! ¿á santo de qué? Si me hubieses dicho desde el principio la cantidad en que valuabas tus servicios, si me hubieran convenido los hubiera aceptado, y si no, te hubiese despachado por completo.

—Es decir, que para usted...

—Para mí, como para todos, Faustina;—repuso el marqués que ya empezaba á impacientarse;—después que se obtiene un servicio, se da al olvido al que lo ha prestado.

—¡Oh! eso permítame usted que le diga, señorito, que está muy mal hecho.

—¿Qué quieres, hija mía? así está el mundo, y nos hemos de conformar con ello.

—Pero si no hubiese sido por mí, ¿cómo habría usted podido averiguar?

—¡Ta, ta, ta! ¡qué cosas dices!

—Yo he perdido por usted...

—Tú no has perdido nada por mí; porque harto perdida estabas cuando en la casa donde habías nacido y á la persona que te había tratado como hermana querida, la hacías traición, hablabas mal de ella y la tenías envidia. Ya ves si estabas bien perdida, ó cuando menos en camino para perderte del todo.

—Quiero pasar por lo que usted dice; pero de esa perdición en que usted supone que yo estaba, supo aprovecharse diestramente.

—Y es natural, hija mía. ¿De quién se sirve uno para ciertas empresas, sino de los traidores?

—De modo, que según usted, todavía ha hecho por mí...

—Más, pero mucho más de lo que mereces.

—¿Qué dice usted?—exclamó Faustina, cuya cólera estaba próxima á estallar.

—Lo que has oído. Mira, Faustina, en este mundo, es cosa muy vieja servirse del traidor; utilizar la traición, y desprenderse después del que la ha realizado; y cuando yo te estoy hablando todavía, es prueba de que no te he puesto en el lugar que realmente merecías.

*
* *

Faustina no pudo menos de morderse los labios.

Realmente entonces estaba experimentando el castigo de la falta que había cometido.

Sin embargo, todavía la cólera le prestó fuerzas para decir:

—Y no ha pensado usted, señorito, que cuando las necesidades apremian, y uno se cree con algún derecho para lo que reclama, puede hacer públicos ciertos hechos y...

—No continúes, porque lo que es en ese terreno, no es fácil que puedas encontrarme como tú pretendes. Si no me han intimidado personas que valían más que tú, y que realmente tenían más importancia que la tuya, ¿cómo quieres que tus necedades me asusten? Márchate en buen hora, y si algo quieres, depón esos aires de reina ofendida, porque lo que es con ellos nada has de conseguir.

—¿Usted lo cree así?

—Necio fuera si no lo creyese.

—Pues si yo en otra ocasión hubiese revelado á la señorita ó á su amante, los propósitos que usted tenía.

—¿Por qué no lo hicistes? Ellos te hubiesen pagado quizás...

—Algo mejor que usted.

—Puede...

—Segura estoy de qué hubieran sido más agradecidos.

—Pues, hija, siento que no lo hicieras; porque ahora te digo que de mí no esperes nada.

—Mire usted que yo sé muchas cosas, señorito.

—Me tiene sin cuidado, y lo que debes hacer es librarme cuanto antes de tu presencia, porque ya sabes que no ha sido nunca mi fuerte la paciencia, y si se me agota, sería muy posible que llamase á uno de los camareros para que te echen de aquí.

Faustina se mordió los labios llena de cólera.

Y con voz trémula por la misma emoción que sentía, repuso:

—No tiene usted necesidad de nada de eso; pero acuérdese usted muy bien de lo que le voy á decir.

—Inútil molestia...

—Insisto en ello.

—Puedes suprimirlo si quieres.

—Es que no quiero que después diga usted que le hiero á traición. En este mundo no hay enemigo pequeño y todo lo que antes tuve de amiga para usted, lo tendré desde hoy de enemiga.

—Sea muy en hora buena,—contestó el marqués con indiferencia.

—Ahora ya está usted avisado.

—Muchas gracias Pero vete, vete pronto, porque empiezas á mortificarme.

—Me marcho, señorito, pero no olvide usted lo que le acabo de decir.

Y la muchacha salió de la habitación del marqués conteniendo á duras penas su indignación.

*
* *

Luis no prestó por el momento gran importancia á las amenazas de Faustina; pero cuando su hermana le anunció lo que había hecho con el barón de las Fuentes, creyó si Faustina habría tenido en ello alguna participación.

Sin embargo, reflexionando bien, hubo de convencerse de que lo que él había supuesto no existía.

Mercedes había obrado por sí misma sin que para nada interviniera Faustina.

Así pasaron algunos años.

La doncella servía á la sazón en casa de unos señores muy ricos, en Zaragoza, que habían ido á París á pasar una temporada.

Faustina fué acompañándoles.

Una vez en París, como paisanos, oyó hablar á sus señores del casamiento del marqués con la hija de la condesa de Maranges.

Como pudo oir, aquel casamiento era importantísimo, porque la de Maranges estaba emparentada con la mayor parte de la nobleza francesa y además era sumamente rica.

Según decían, el marqués había realizado el año anterior una ganancia considerable en Monte-Carlo, merced á la cual había podido desempeñar gran parte de su patrimonio.

Elogiábase en gran manera aquel matrimonio, porque, según hemos dicho, se trataba de una de las primeras casas de Francia, siendo de una rectitud extraordinaria la condesa madre.

Decíase que Octavia, que así se llamaba la joven, estaba ciegamente enamorada de Luis y que más por esta circuns-

tancia que por otra alguna, había accedido su madre á aquel matrimonio.

Faustina fué diestramente adquiriendo detalles sobre aquel acontecimiento y murmuró cuando estuvo bien enterada:

—Ahora sabrá el marqués si valgo ó no.

CAPITULO CXVII

Se sigue tratando de lo mismo

EFECTIVAMENTE, la condesa de Maranges, viuda hacía algunos años, profesaba un cariño idólatra, si esta frase podemos usar, á su hija Octavia.

El marqués, que á pesar de haber pasado ya de los cuarenta reunía todavía condiciones para impresionar favorablemente el corazón de las mujeres, fijó sus ojos en la hermosa Octavia, y diestro, insinuante, hombre de mundo, poseyendo al dedillo el misterio de todas las seducciones, se apoderó de su corazón al mismo tiempo que se ganaba las simpatías de la condesa.

Y cuando llegó el momento en que Luis dijo á la condesa que amaba á su hija, la ilustre dama no encontró frase alguna que oponer.

El título que llevaba Luis pertenecía á la primera nobleza española.

Su fortuna, á pesar de las profundas brechas que en ella abrieran las locuras del marqués, pasaba todavía por ser muy regular, y sobre todo Octavia amaba á Luis y para la condesa la felicidad de su hija era lo principal.

Como ya hemos dicho, una buena jugada hecha en Monte-Carlo, había puesto un tanto á flote al hermano de Mercedes, que habiendo comprendido que ya era hora de realizar un buen casamiento, no se entregó á locuras exageradas sino que lo primero de todo procuró salvar algunos de sus bienes que estaban amenazados.

Hecho esto, con lo que le quedó y las rentas que aquellos bienes le producían, fueron suficientes para que sostuviese su casa de soltero, bajo un pié elegante y cual convenía á su clase, pero modesto al mismo tiempo.

Todo el mundo estaba asombrado de aquel inesperado cambio; pero la virtud de éste, según él decía, era debida á Octavia, que había sido el ángel que la Providencia ponía en su camino para regenerarle.

La hermosa condesita estaba orgullosa por el triunfo obtenido sobre aquella rebelde naturaleza, que hasta entonces sólo gozaba con el desorden y libertinaje, y su amor aumentaba de un modo extraordinario.

Llegó, por fin, el momento en que se fijó la época en que se había de verificar el matrimonio, resolviéndose que fuese en España.

Enlazada la condesa de Maranges con lo más ilustre de la nobleza francesa, el matrimonio de Octavia constituía un acontecimiento para toda la familia.

En estos momentos fué cuando Faustina, según dijimos, había llegado á París con sus señores.

Luis había escrito á su hermana noticiándole su proyectado enlace.

Mercedes, al recibir aquella noticia, alzó los ojos al cielo y se contentó con decir:

—¡Dios quiera que sea tan feliz como desgraciada me ha hecho!

Y se apresuró á preparar para su futura cuñada, el regalo de boda.

*
* *

La noticia circuló entre los criados, y Faustina, á la vez que sabía en París la novedad, según dijimos en otro lugar, la sabía también por la carta que de su casa recibiera.

—No, pues como yo pueda,—había murmurado la joven, —ya procuraré que no tan fácilmente se realice ese matrimonio. El señorito tiene una cuenta muy larga conmigo, y para que quedemos al corriente es menester que me pague mucho.

Luis no pensaba que pudiera tener enemigos tan encarnizados.

Su presunción era tal, que había supuesto siempre que todo cuanto él hiciera estaba bien hecho, y ni el remordimiento por la muerte de Ricardo y la desaparición de su sobrino le afligían, ni las lágrimas que durante su larga carrera de liviandades hiciera derramar, turbaban su conciencia.

Como ya dejamos expuesto, se consideraba completamente feliz.

Había llegado hasta el momento apetecido.

Se había divertido, había figurado en primera línea en las capitales donde había residido, había sufrido toda clase de impresiones durante su existencia, y, finalmente, cuando ya estaba cansado de todo, cuando nada le quedaba de que disfrutar, un casamiento, como él no podía habérselo imaginado jamás, iba á redondear su fortuna.

Razón tenía, por lo tanto, para estar satisfecho de sí mismo.

Y, sin embargo, había enemigos que se agitaban en la sombra.

Y enemigos que él mismo se los había creado, por efecto de aquellos actos de que él se mostraba tan satisfecho.

Uno de estos enemigos era precisamente el que más amigo parecía mostrársele.

El marqués de la Esperanza.

Tan pervertido como él, más bribón todavía, si cabe, que él lo era, el marqués de la Esperanza tenía graves motivos para vengarse de Luis.

Años antes, el marqués habíase enamorado locamente de una vienesa que, á lo adorable de su rostro, reunía una virtud á toda prueba.

Jorge, que así se llamaba el marqués, había empleado todos los recursos de su seducción para conseguir vencer á la joven.

Pero todo había sido inútil.

Y lo que había principiado por pasatiempo, siguiendo el camino de una aventura vulgar, se trocó en cariño ciego.

Pero el marqués de la Esperanza estaba completamente perdido.

Más adelante, y cuando con él hagamos un conocimiento más extenso, sabremos por qué y á qué circunstancias se debía la situación en que se hallaba.

Hubo un momento en que ésta fué tan crítica, que se encontró á merced de su amigo. el marqués de la Florida, poseedor entonces de documentos que le comprometían en gran manera.

Luis, como la mayoría de sus amigos, conocía á la hermosa vienesa.

El hermano de Mercedes se había prendado de ella.

Y como encontró propicia la ocasión, propuso al de la Esperanza un contrato infame.

El entregaría aquellos documentos, que en tan graves compromisos podía poner al marqués, en cambio de la cesión que éste había de hacerle de la hermosa joven.

El convenio era inicuo, era infame, pero como que el de la Esperanza no quería pasar tampoco por el ridículo ante sus amigos, de aparecer enamorado de la joven, y como que, por otra parte, Luis había procurado ir cerrándole todos los caminos para que no tuviera más remedio que ceder, aun cuando con la rabia en el corazón y un odio feroz contra quien así se aprovechaba de su estado, no tuvo otro remedio que ceder.

La infeliz muchacha, víctima de la lubricidad de Luis, murió al poco tiempo, después de haberse enterado de la infamia cometida por su amante.

Jorge había corrido junto á su lecho tan luego supo el abandono de Luis como lo desesperado de la situación de la joven, y de labios de ésta supo cuanto había pasado.

Desde aquel momento, juró más tarde ó más temprano, vengarse del hombre que tan villanamente se portara con él, y constantemente estuvo buscando una ocasión en que poder hacerlo.

*
* *

El marqués de la Esperanza y Faustina, eran dos enemigos cuya existencia no sospechaba Luis, y que, sin embargo, iban á acarrearle serios disgustos.

Un día, la condesa de Maranges recibió una carta cuya letra le era desconocida.

La carta estaba fechada en París, estaba escrita en espa-

ñol, y en los primeros momentos creyó la buena señora que encerraría alguno de los muchos llamamientos que á su caridad estaban haciendo constantemente.

Pero no tardó en salir de su error.

Aquella carta era terrible.

Decía así:

«Señora condesa de Maranges:

»Muy señora mía: Esta tiene por objeto darle algunas noticias respecto al marqués de la Florida, que no dudo agradecerá á la persona que se las comunica, por más que de momento la causen algún disgusto.

»El marqués de la Florida no es lo que usted se cree, señora.

»He tenido noticias del buen nombre de su casa, de lo mucho en que estima á su hija, de su severidad de principios y de lo intransigentes que son lo mismo usted que sus parientes, en las cuestiones de honra.

»Estas razones son las que me han obligado á escribirla.

»Usted no conoce al señor marqués de la Florida ni á su familia, sino por lo que éste haya querido decirle.

»La historia de su casa la ignora usted, y de aquí la razón por la cual deseo que la conozca.

»Hace algunos años que la hermana del señor marqués tuvo la debilidad de enamorarse del hijo de su mayordomo, siendo las consecuencias de ella, algo muy grave, que el señor marqués trató de ocultar dando muerte al seductor.

»Pero no con esto quedó cubierto el desgarro hecho en la honra de aquella casa.

»La deshonra se había hecho pública, y nadie ignora en Zaragoza y fuera de ella, que la baronesa de Corvera está completamente deshonrada.

»Y la prueba es, que dos personas se han presentado con

el propósito de casarse con ella, y las dos han desistido, no atreviéndose á contrarrestar la opinión general.

»Omito otra porción de cosas respecto al señor marqués, porque me parece que para una casa de la formalidad de la suya, tratándose de personas tan virtuosas como la señora marquesa de Maranges y sus ilustres deudos, es ya suficiente lo dicho, pero de todas maneras, señora condesa, debe usted muy bien reflexionar antes de consentir en enlazarse con una casa sobre la cual pesa una mancha como la que ya he dicho antes.

»Tome usted sus informes, y practique todas aquellas diligencias que crea necesarias para asegurar su tranquilidad; pero no proceda usted con una ligereza de que tal vez tuviera que arrepentirse algún día.

»Yo siento mucho, señora marquesa, haber tenido que darle un trago, como vulgarmente se dice, tan poco satisfactorio, pero me figuro que debe usted agradecérmelo, porque le evito para mañana un disgusto de mayor trascendencia y de arreglo más difícil.

»Después de lo dicho, usted sabrá lo que debe hacer.

» *Una amiga que la aprecia muy de veras.*»

CAPITULO CXVIII

Más averiguaciones

Puede comprenderse muy bien el efecto que debía producir en la condesa de Maranges la lectura de aquella carta.

Luis las había hablado de aquella hermana, con la cual la significó que sus relaciones eran un tanto frías, por cuestión de intereses.

Pero según se desprendía de aquella carta, los motivos eran algo más graves; y según de la misma se podía comprender también, el marqués, no era tan buen partido como ella se había creído.

Ya hemos dicho que la condesa idolatraba á su hija; verla feliz era su único anhelo; y la desgracia mayor que la podía acontecer era encontrársela, más tarde, herida por el dolor.

Por otra parte, aquella acusación de deshonra, aquella mancha que pesaba sobre la reputación de Mercedes, la aterraba; más todavía que por ella, por los parientes de la joven.

Porque la condesa de Maranges tenía sobrada despreocupación para dejar de comprender que de la falta cometida por un individuo de una familia, no podían ni debían ser responsables todos los demás miembros de ella.

Pero tenía en mucho la opinión de sus parientes.

Acostumbrada á respetarles, no quería que por ningún estilo pudieran criticarla al día de mañana, por su ligereza.

Los informes que había tomado, todos habían sido favorables para el marqués.

Mejor dicho, no habían sido tales informes, sino que estaban basados en lo que decía la opinión general.

Esta, ya sabemos que en determinadas clases de la sociedad, es sumamente indulgente para cierta clase de faltas, y aun cuando le dijeron y ya tenía noticia de muchas de sus calaveradas, era la verdad, que desde que se había enamorado de Octavia, había cambiado por completo.

Pero una vez aquella carta en su poder, comprendió que era preciso obrar de otro modo.

Por de pronto, quiso ocultar á su hija el terrible golpe que ella había recibido.

Contentóse únicamente con indicarla que no era conveniente que se abandonara tanto á las expansiones de su cariño, para evitar las murmuraciones de los parientes de su padre.

A Octavia le extrañaron indicaciones semejantes en aquellos momentos; pero como que conocía muy bien los caracteres de las personas á quienes su madre se refería, no quiso darles motivo para crítica de ningún genero.

Y como la condesita tenía sobrado buen criterio, obró de manera que Luis no advirtiese nada en su conducta.

La condesa, entretanto, hablando con uno de sus parientes, le dijo al día siguiente de haber recibido la carta:

—Dime, Arturo, ¿entre los españoles que tú conoces y que

asisten al Círculo, sabes si hay alguno que conozca íntimamente al marqués de la Florida?

—Sí, más de uno; el banquero Mastrich, un banquero catalán muy rico; el marqués de la Esperanza, Cerralbo, Feliciano Vargas, una porción hay que más ó menos, le conocen. ¿Por qué me hace usted esa pregunta, tía?—preguntó Arturo de Lindsay, barón de Treilles, y uno de los más distinguidos caballeros de la *hig-liffe* parisién.

—Por nada; porque como entre jóvenes todo se dice, y creo que Luis ha tenido una juventud bastante borrascosa...

—Mucho, eso es verdad.

—Me parece también que ha tenido varios duelos...

—Sí, y ha salido vencedor casi siempre.

—Con lo cual se ha creado una porción de enemigos.

—Eso ya se sabe.

—Quisiera conocer con algún detalle, la historia del individuo que va á entrar en nuestra familia.

—Permítame usted, tía, que la diga que cuando menos, hoy es un poco tarde, en el caso de que en esa historia hubiese algo inconveniente.

—No lo creo,—se apresuró á decir la condesa, á quien no le agradaba dar á entender nada á su sobrino.

—En fin, de todas maneras, si algo existiera ya lo sabríamos.

—Así, con cuidado, si algo sabes dímelo.

El barón, que en sus tiempos había abrigado algunas esperanzas respecto al amor de su prima, procuró complacer á su tía.

Y se valió para ello de Cerralbo y del marqués de la Esperanza, que eran los dos personajes con quienes tenía mayor intimidad.

Inútil es decir que los informes del marqués fueron terribles.

De cierta manera, sin que se le pudiera culpar por lo que había dicho, sin que jamás pudiera hacérsele cargo de ningún género, dió los peores informes respecto al marqués.

Cerralbo, á su vez, hizo algunas indicaciones respecto á sus fechorías en el juego, y todo esto, como es consiguiente, produjo en el barón un efecto detestable.

Cuando volvió éste á ver á su tía, la dijo:

—¿Sabe usted que efectivamente en las calaveradas del marqués, hay algo que reviste un carácter poco satisfactorio?

—¿Qué quieres decir?—preguntó la condesa severamente.

—Sí, querida tía; no podía imaginarme lo que he sabido, por más que, como ya la dije, me constaban algunas de las calaveradas de Luis.

—Pero bien, ¿qué hay? Porque esas calaveradas, como dices, todos las habéis cometido, y tú mismo, querido sobrino, no creo que puedas ser de los que tiren piedras al tejado del vecino.

—Es verdad,—repuso el barón sonriendo;—pero mis calaveradas, querida tía, no tienen nada que ver, ni hay comparación de ningún género, con las de Luis. Las mías en nada afectan á mi buen nombre, mientras que las suyas son muy censurables.

—Supongo que habrás tenido presentes las fuentes de donde procedían esas noticias; porque á veces hay enemistades personales, que es muy conveniente tener en cuenta.

—Sí, señora; tiene usted razón: y por eso he querido enterarme de personas completamente imparciales. Ya ve usted, me he valido de sus mismos paisanos.

—Sí, comprendo que haya sido bueno el medio. Pero vamos á ver, ¿qué es lo que te han dicho?

El barón refirió á su tía algo de lo que le habían manifestado lo mismo Cerralbo que el marqués de la Esperanza.

Y como quiera que, según hemos manifestado, todo ello se prestaba á comentarios nada favorables para Luis, la condesa no pudo menos de decir:

—¡Pero es horrible todo eso que me estás contando! Mucho me temo, Arturo, que en ello exista alguna exageración.

—Tal me ha parecido; pero de igual manera que me lo han contado, del mismo modo se lo refiero también, al objeto de que no pueda decir después que he quitado ni he añadido palabra alguna.

—Yo creo, desde luego, que el marqués habrá cometido locuras; pero lo que me estás diciendo, traspasa los límites de la locura para llegar hasta el delito, y eso, francamente, se me hace algo duro de creer.

—Recuerdo que el marqués de la Esperanza y Luis, no estaban muy bien, que digamos, por más que, aparentemente, eran muy íntimos amigos. Según oí, no sé á quién, ni por qué causa salió la conversación, parece que los dos marqueses tuvieron, en Viena, una fuerte incomodidad á propósito de una mujer.

—Entonces ya está explicada la razón de esos informes.

—He de advertir á usted, que el marqués no me ha dicho rotundamente todo cuanto yo la he indicado. Lo he deducido, y me parece que muy acertadamente, de sus mismas palabras.

—Pues entonces tus deducciones han resultado algo exageradas.

—Gaspar Cerralbo, otro español á quien usted también debe conocer, me ha hablado en el mismo sentido, y hasta me ha dicho no sé qué cosa respecto á una hermana suya.

Al escuchar estas palabras, la condesa no pudo menos de palidecer.

Precisamente esto respondía al anónimo que había motivado las preguntas de la condesa.

—¡Respecto á una hermana del marqués!—dijo.—¿Y qué tiene que decir de ella?

—¡Oh, querida tía! ya sabe usted que en el mundo se dicen tantas cosas, que si hubiésemos de creerlas...

—Pero bien, ¿qué es lo que ha dicho?

—¡Qué sé yo! porque tampoco el mismo Cerralbo me lo dijo claro. Algo se murmura, allá en su país, sobre no sé qué amoríos, que Luis no llevó á bien, y que cortó de un modo muy radical, por cierto.

—Matando al seductor, lo sé.

—¡Que lo sabe usted!—exclamó el barón mirando á su tía lleno de asombro.

—Sí, lo sé todo. Mira esa carta que recibí hace unos días. Por efecto de ella es por lo que te dí el encargo que has desempeñado tan perfectamente.

Y la condesa entregó á su sobrino la carta de Faustina.

El joven la leyó atentamente.

Después dijo, devolviéndosela á su tía:

—Verdaderamente que es un mal negocio éste para los duques de Soudans, tíos carnales de Octavia, y para el marqués de Saint-Andre y los Cretigni y todos esos señores tan aferrados á sus rancias preocupaciones de honor y...

—¡Basta, Arturo!—repuso severamente la condesa;—no olvides que estás enlazado con ellos y que la nobleza que representan es la más pura y más ilustre de Francia.

—¡Pero tía, por Dios! ¿qué culpa ha de tener Luis de que su hermana...?

—¡Ni una palabra más!

—Como usted quiera.

—Lo único que deseo de tí, y para lo que espero que me

des tu palabra de honor, es que lo que hemos hablado no ha de salir de nosotros.

—Mas...

—Tu palabra, porque sé muy bien que un Lindsay jamás ha faltado á ella.

—Ni faltará ahora. Por mí, nadie sabrá lo que hemos hablado.

—Por supuesto, que has de seguir haciendo averiguaciones hasta ver si consigues rectificar ó ratificar y lo que te han dicho esos caballeros á quienes hablaste.

—No tenga usted cuidado; por más que, como ya la he dicho, juzgo algo exageradas esas noticias.

—Tú podrás comprenderlo mejor que yo, en vista de lo que observes.

—Es lástima que Feliciano de Vargas, el ahijado de Cerralbo, se haya marchado á Zaragoza, porque él me hubiera podido decir algo más concreto.

—De todos modos, no dejes de seguir tus pesquisas. Son muy importantes.

CAPITULO CXIX

Una interrupción

EL marqués de la Florida, bien ajeno de la nube que se venía sobre su cabeza, esperaba impaciente el día en que la condesa le dijese que estaba dispuesta á marchar á Zaragoza, donde, según había pensado, debía celebrarse su matrimonio.

Octavia, siguiendo las observaciones de su madre, mostrábase un tanto reservada con Luis, reserva que éste llegó á advertir por fin y que le obligó á decir á su amada:

—Octavia: permíteme que te haga una pregunta, y ten presente que de su contestación pende la tranquilidad de mi corazón.

La joven miró sorprendida á su amante.

—¡La tranquilidad de tu corazón!—le dijo.

—Sí; porque desde hace dos ó tres días no acierto á comprender lo que pasa por mí.

—Ni yo tampoco te comprendo, si no te explicas con más claridad.

—¿Qué tienes? ¿Por qué á las anteriores expansiones de tu corazón, que tan feliz me hacían, ha sucedido una frialdad que hiela mi pecho y que me hace estremecer de dolor? Habla, mi siempre querida Octavia; dime en que he podido ofenderte, dime si lo que en tí advierto es hijo de una alucinación de mis sentidos, ó si es que en tus sentimientos se ha verificado algún cambio desfavorable para mí. Habla; dime la verdad, sea la que quiera; pero no me hagas sufrir este horrible purgatorio de dudas y de recelos

La joven no pudo dominar su confusión.

De aquel modo interrogada, carecía de hábitos para mentir, y, por otra parte, no quería tampoco decir que obedecía las indicaciones que su madre la hiciera.

Así fué que, haciendo un esfuerzo para sonreir, dijo:

—Razón has tenido al preguntarme si eran alucinaciones tuyas; porque, efectivamente, no otra cosa puede ser lo que me preguntas. ¿Qué motivos habría para esa frialdad de que te quejas? Tú mismo sabrás si en algo me has ofendido. Si tu conciencia de nada te acusa, si tu corazón sigue perteneciéndome como siempre, ¿por qué dudas que yo continúe del mismo modo? Las mujeres de mi familia jamás han faltado á la fe jurada, y bien sabes que he jurado ser tuya.

—Tal vez tengas razón, quizás lo que te acabo de decir no sea más ni menos que una alucinación de mis sentidos. Y no tendría nada de particular, porque amándote como te amo, y comprendiendo toda la inmensidad de la dicha que con tu amor me espera, natural es que recele y dude, temiendo á cada instante que, como un sueño se desvaneciera tanta ventura.

—Me ofendes con esas palabras.

—¡Ofenderte! Por piedad, no me lo digas siquiera; creo que si se me ocurriera algún día la idea de que yo te podía

ofender, me quitaría la vida para evitar el que semejante idea se me ocurriera.

—Entonces no sé por qué te quejaste de eso que calificas de frialdad, cuando creo que sigo siendo lo mismo que antes.

—Pero ¿es cierto que me amas?

—¿No te lo he dicho, no una, sino muchas veces? No tengo yo la seguridad de tu amor, ¿por qué no has de tener tú la seguridad del mío?

—Tienes razón; perdóname, porque hay momentos en que no sé lo qué sucede en mí, y me devora la impaciencia, esperando que la condesa se digne fijar la fecha de nuestra marcha.

Octavia había eludido diestramente la contestación á la pregunta del marqués.

Sin embargo, éste, al día siguiente, volvió á experimentar los mismos recelos.

Y estos recelos aumentaron, cuando al cabo de tres días recibió una carta de la condesa de Maranges, concebida en estos términos:

«La condesa de Maranges espera al señor marqués de la Florida esta tarde de tres á cinco.

»La señora condesa agradecerá muchísimo al señor marqués que de esta entrevista no tenga noticia alguna la señorita de Maranges.»

* * *

¿Qué significaba aquella cita dada por la madre de su amada y con el encargo especial de que ella no se enterase?

¿Qué misterio se encerraba en aquéllo?

¿Estaría relacionada esta cita con la especie de reserva observada por Octavia desde pocos días antes?

El marqués no pudo menos de estremecerse.

Precisamente en aquel matrimonio tenía fijadas sus esperanzas.

La noche anterior, en el Círculo, el banquero Mastrich le había ganado cincuenta mil francos, y aquella misma mañana, no queriendo desprenderse de cantidad alguna, había firmado documentos al opulento banquero, fijando como plazo para la devolución del dinero, quince días después de aquel en que se verificara su unión.

Por lo tanto, puede comprenderse el efecto que podía causarle cualquier incidente que entorpeciese la realización del matrimonio.

Lleno de inquietud, inquietud para la cual, la verdad era que no encontraba explicación plausible, acudió Luis á la cita de la condesa.

El mayordomo de ésta le esperaba, prevenido ya, sin duda, y le condujo inmediatamente á las habitaciones de su señora.

La condesa, á fin de evitar que su hija advirtiese nada, la envió aquel día á casa de una parienta suya, bajo un pretexto de que hacía mucho tiempo que no la había visto.

El marqués trató de ocultar la inquietud que sentía y saludó afablemente á la condesa, que le dijo después:

—Estoy segura que habrá usted encontrado extraña mi invitación y mucho más la advertencia que le hacía respecto á Octavia.

—Sí por cierto, condesa; ¿por qué no la he de ser franco? me ha sorprendido, por más que pudiendo usted disponer completamente de mí como la he dicho muchas veces; el más ligero deseo suyo es orden ineludible para mí.

—Crea usted, marqués, que razones muy poderosas son las que han motivado el paso que he dado.

—¡Razones muy poderosas! ¿Y estas razones es á mí á quien se refieren?

—Sí, señor.

—Hable usted, condesa; hable usted, por piedad; porque estoy ya impaciente por conocer la causa de su resolución.

—Usted sabe, marqués, lo que muchas veces hemos hablado respecto á lo delicado de mi situación desde el momento en que quedé viuda, dadas las condiciones de carácter de todos los parientes de mi difunto esposo, y hasta las de los mismos míos, porque si no hubiese existido esa especie de comunidad de ideas entre unos y otros, es muy posible que no se hubiese verificado mi matrimonio.

—Y á mí me parece que ninguno de esos parientes á quienes usted alude, han podido censurarla en lo más mínimo respecto al cumplimiento de sus deberes, dado lo ilustre del nombre que lleva y las obligaciones que como madre tenía contraídas.

—Pues precisamente para evitar que lo que no hicieron hasta ahora puedan hacerlo mañana, ha sido por lo que le envié á buscar.

—Y á sus órdenes me tiene, dispuesto á acatar las que se sirva darme, si es que de órdenes se trata.

—No tengo derecho para dar órdenes, marqués; pero sí creo tenerle para pedir explicaciones.

—¡Explicaciones!

*
* *

El marqués volvió á estremecerse, á la par que miraba fijamente á la condesa.

Esta permaneció algunos momentos silenciosa, y después dijo:

—Todos mis parientes adolecen de algo que, según las modernas ideas, tal vez sea calificado de rareza, pero que yo vengo obligada á respetar más que nadie, tal vez. Tienen sobre el honor, ideas que yo soy la primera en reconocer que son exageradas, pero que á pesar de eso no tengo más remedio que transigir con ellas.

—En lo cual hace usted perfectamente, porque no encuentro razón alguna para que se trate de exagerado cuanto al honor atañe.

—Sin embargo. .

—Yo en su lugar haría exactamente lo mismo.

—Como que entre las personas á quienes me refiero no existe más que una sola, la mariscala de Saint-Andre, que hubiera dado motivo para ser censurada por la ligereza de sus costumbres, y por esa razón se rompieron con ella toda clase de relaciones, no quisiera que tuvieran que decir nada referente á la familia del hombre con quien va á casarse mi hija.

—¡Condesa!...

Y Luis no pudo menos de palidecer.

Una sospecha acababa de ocurrírsele.

¿Habría sabido la condesa algo referente á su hermana?

¿Quién podía habérselo dicho?

Precisamente de la colonia española establecida en París, nadie sabía nada.

—Ya sé,—prosiguió la condesa,—que usted también es intransigente en las cuestiones de honra; pero, sin embargo, su hermana de usted, la que va á ser cuñada de mi hija, no se ha casado todavía á pesar de ser muy bella, según me han

dicho, y no se ha casado porque cierta mancha que usted trató de lavar con sangre, no se ha borrado todavía.

—Condesa,—se apresuró á decir el marqués,—me parece que nadie puede rèprocharme que no hice cuanto debía para lavar el ultraje inferido á mi nombre, y me parece que quien tal hizo no puede ser considerado como mal caballero por lo que no estuvo en su mano evitar.

—Lo sé perfectamente; pero ¿quién evita que esos buenos parientes pongan el grito en el cielo sabiendo que su sobrina, una Maranges, va á tener que rozarse y estrechar entre sus brazos á una cuñada que se encuentra en una situación tan equívoca como lo está su hermana de usted? Póngase en mi lugar, amigo, y comprenderá los calificativos de ligera, imprevisora, etc., etc., que me prodigarán todos esos señores.

—¡Pero, por Dios, condesa! ¿por qué han de decir todo eso? ¿Acaso en mi conducta han encontrado algo contrario á las leyes del honor? ¿Acaso el título que ostento no es de un abolengo tan ilustre cuando menos como el suyo?

—Si todo eso lo sé, si usted mismo sabe que no hice oposición alguna al manifestarme usted sus propósitos; pero es que aquí no se trata de mí.

—Pero bien, condesa, ¿qué quiere usted que yo haga?

—Para eso precisamente es para lo que le envié á buscar.

—¿Acaso ha encontrado usted algún medio de resolver el conflicto?

—No; pero entre los dos lo encontraremos.

—Usted comprenderá que yo no puedo obligar á nadie á que se case con mi hermana.

—Según he oído se le han presentado algunos partidos.

—Sí, señora.

—Y si no se ha casado ha sido...

—Porque mi hermana, á quien en medio de todo no puedo menos de hacer justicia, tiene un carácter noble y leal, y ha revelado á las personas que han pedido su mano el secreto de su existencia, negándose á aceptar un nombre que se consideraba indigna de llevar.

CAPITULO CXX

La resolución de la condesa

La condesa quedóse pensativa algunos momentos.

Realmente lo que decía el marqués no carecía de fundamento.

El no podía obligar á nadie á que se casara con su hermana, ni podía impedir tampoco que ésta, obligada por un sentimiento de delicadeza digno de elogio, revelase á la persona que la ofrecía su nombre, el misterio que en su pasado se encerraba.

Pero también era muy triste que ella misma se viera obligada á publicar su deshonra del modo que lo estaba haciendo.

Y en esto se apoyó la condesa para decir:

—Pero permítame que le diga, que su hermana de usted obra con muy poco tino en este asunto, porque para no aceptar la mano que se la ofrece, no tiene necesidad de revelar su falta. A no ser que ésta se haya hecho tan pública que ya la importe poco alardear de ella.

—No, condesa; no infiera usted ofensa tan grande á la que ya es harto desgraciada con lo que la ha sucedido. Puede usted tener la seguridad de que la desgracia de mi hermana no era conocida de nadie.

—Pues entonces...

—Su amante murió á mis manos, los padres de él bajaron á la tumba llevándose consigo su secreto, y no acierto á explicarme cómo ha podido usted saber lo que nadie conocía más que nosotros.

—Prueba de que alguien más lo sabía, cuando ha llegado á mi noticia, y quien á mí me lo ha dicho, ya comprenderá usted que del mismo modo también puede decírselo á mis parientes.

El marqués inclinó la cabeza sin saber qué contestar.

Después dijo:

—¿Y sabe Octavia?...

—Nada; ya comprenderá usted que no era á mí á quien tocaba hacer una revelación semejante.

—Pero bien, ¿y qué es lo que quiere usted que yo haga en este caso? ¿es que pretende usted que se rompa nuestro enlace, enlace que es mi vida, porque si yo hubiese de renunciar á Octavia, se lo juro á usted por mi fe de caballero, me causaría la muerte?

Y el acento del marqués vibró con una expresión tal, que la condesa no pudo menos de conmoverse.

—¡Oh, no, no!—dijo;—no llevemos las cosas á ese terreno.

—Entonces...

—Lo que tenemos que buscar es un término conciliatorio.

—Pero bien, ayúdeme usted, indíqueme qué clase de término es ese, qué es lo que yo puedo hacer, porque esté usted

segura que cuánto sea necesario, cuánto de mí dependa, todo lo haré antes que renunciar al amor de Octavia.

—También mi hija ama á usted.

—Y la desgracia sería para entrambos.

—¿No es usted el jefe de la familia?

—Sí, señora.

—¿Y no podría usted obligar á su hermana á que se casara, es decir, á que procurase cubrir esa mancha que sobre el nombre de sus padres ha echado?

—Mi hermana es mayor de edad, condesa, y por lo tanto, dueña de sus acciones.

—Entonces, no sé qué decir á usted, porque sé que vamos á tropezar con serias dificultades por parte de los parientes de mi esposo.

—Pero permítame que la diga, que eso fuera no solo una injusticia manifiesta, sino que hasta llegaría á argüir falta de cariño á Octavia. Si ella me ama, y si su amor es mi vida, ¿cree usted, condesa, que las oposiciones de esos señores fueran bastantes para separar dos voluntades que nacieron para unirse?

—Comprendo todo cuanto usted me diga, pero créame usted, amigo mío; busquemos un medio para salvar la situación antes que llegue á declararse la guerra.

*
* *

Realmente el marqués comprendía lo que la condesa le decía.

No pudo presumir jamás que la condesa llegara á saber nada respecto á Mercedes.

Ni ¿cómo podía saberlo tampoco?

Lo que pasó, lo sabía únicamente su hermana y los ma-

yordomos, y precisamente éstos habían muerto y aquélla no lo iría á pregonar.

Había tenido ocasión de conocer á los parientes á quienes se refería la condesa, y sabía todo lo que tenían de intransigentes en materia de honor.

Bastaba que supieran lo que había sucedido á Mercedes, para que se opusieran con todas sus fuerzas al enlace de Octavia con el marqués.

La condesa no se atrevería á desafiar su cólera y de esto resultaría que se desbarataría el acordado enlace.

Y esto era terrible para él.

No sólo porque perdía una mujer encantadora, sino, y esto era lo más doloroso, que se le escapaba aquella dote que tanto ambicionaba y respecto á la cual tantos proyectos había formado.

—Condesa,—dijo con voz suplicante, al cabo de algunos momentos;—ayúdeme usted á encontrar ese medio de salvación.

—Si usted no acierta con él, ¿cómo quiere que yo le descubra?

—Confieso á usted que mi cabeza no está para pensar. Lo que nada tiene de particular, porque este golpe me ha cogido tan de improviso, que estoy aturdido.

—Lo comprendo, y á mí me ha sucedido lo mismo, marqués, con tanto mayor motivo cuanto que he podido apreciar desde luego los resultados que podría tener para todos una oposición como la que presiento por parte de mis parientes, en el momento en que se lleguen á enterar de lo que sucede.

—Pero bien, ¿cómo han de enterarse? porque yo creo que ni usted ni yo hemos de ir á manifestárselo.

—Tiene usted razón; pero puede usted comprender que hay algún enemigo que tiene gran interés contra usted, cuan-

do me ha escrito ese anónimo, y cuando hace circular voces que en nada le favorecen. Usted sabrá si tiene algún enemigo.

—Crea usted que eso me acaba de sorprender. No sé qué clase de enemigos sean esos que tanto quieran ensañarse contra mí. De todos modos, crea usted, condesa, que trataré de observar á todas las personas que me tratan, por si encuentro motivos de recelo en alguna de ellas.

—Yo, en lugar de usted, y permítame que le dé este consejo, trataría de ver si por medio del ruego, de la persuasión, podía usted conseguir de su hermana que cediera en esa oposición á su matrimonio.

—Es un carácter tan violento...

—Sin embargo, esos caracteres también se modifican cuando se les sabe llevar.

—No quiero que diga usted que no lo he intentado todo para conseguir el objeto que ambiciono. Iré á ver á mi hermana.

—Pero sobre todo que Octavia no se entere.

—Usted tiene que ayudarme para eso.

La condesa y Luis combinaron entonces la forma en que habían de anunciar á Octavia el próximo viaje del marqués, bajo el pretexto de arreglar la casa que habían de ocupar en Zaragoza.

*
* *

No habían dejado de sorprender á Gaspar las preguntas hechas por Arturo, y el astuto jorobado supuso desde luego que alguna razón grave debía mediar para ello.

Tiempo hacía que el miserable pretendía dar el golpe de gracia á la marquesa de Aldana, obligando á Feliciano á

abandonar á Joaquina, medio eficacísimo para completar la obra de venganza á que con tanto afán había venido dedicándose.

Por otra parte, necesitaba también restaurar un poco la fortuna de Feliciano por medio de un matrimonio ventajoso, y aun cuando había estado buscando herederas á propósito para su objeto, no había podido encontrar lo que realmente le convenía.

El barón, insiguiendo las instrucciones que su tía le había dado, volvió á hablar con Gaspar, y aun cuando aquél procuró que todas sus preguntas fueran indirectas, era demasiado sátrapa el jorobado para que se le escapara la verdadera idea de su interlocutor.

Y obrando con más destreza, y envolviendo al joven barón en una red de la cual éste no pudo desenvolverse, le obligó á hablar y á decirle todo lo que había ocurrido en casa de su tía.

Semejantes noticias fueron un rayo de luz para Gaspar.

Una vez que estuvo solo, frotóse las manos lleno de satisfacción, exclamando:

—Pues señor, esto se presenta mejor de lo que yo me creía; hé aquí por dónde, si yo sé manejar bien el negocio, le hago un favor al marqués y consigo asegurar la posición de Feliciano. Aquí es preciso estar muy alerta, y en el momento en que el marqués se encuentre más ahogado, presentarse uno como su ángel salvador.

Y desde aquel momento, Gaspar ya no perdió de vista á la persona cuyos pasos tanto le convenía seguir.

Al día siguiente de su entrevista con el barón, precisamente fué Luis quien le facilitó las noticias que necesitaba.

—¿Sabe usted, Cerralbo, que me marcho á Zaragoza dentro de poco?—le dijo.

—¡Hombre! pues entonces allí nos veremos,—se apresuró á contestar el jorobado.

—¡Cómo! ¿También usted se marcha?

—Sí, mañana mismo voy á Barcelona y de allí iré á Zaragoza.

—Es verdad que Feliciano creo que está por allí.

—Devaneos, amigos míos, devaneos y locuras de muchachos, á las cuales ya es conveniente poner término. ¿Y usted cuándo piensa marcharse?

—Siempre tardaré ocho ó diez días; pienso hacer allí algunas obras para cuando me case, y quiero dar las disposiciones para ello.

—Hace usted muy bien.

Al día siguiente, Gaspar emprendió su viaje hacia Barcelona, según dijo, encargando al marqués de la Esperanza que le avisara inmediatamente, si por casualidad Luis firmaba algunos documentos nuevos al banquero Mastrich.

Y la razón de semejante encargo la encontrarán nuestros lectores en los siguientes capítulos.

CAPITULO CXXI

El lazo de Mastrich

Gaspar había comprendido perfectamente que el marqués de la Esperanza odiaba á Luis y precisamente pensó utilizarle oportunamente.

Averiguó la causa de aquel odio, y una vez que la supo, dijo:

—Perfectamente; ahora lo único que me falta saber es la clase de relaciones que existen entre Mastrich y el marqués de la Esperanza, y entrar algo más en la vida de éste, donde, en mi concepto, debe haber más de un punto negro. Yo creo que el eje sobre el cual está girando toda esta gente, es el duque de la Unión y la condesa de la Estrella. Como siempre es bueno tener una carta en su favor, yo penetraré en la existencia de esta gente, á fin de saber cuánto me convenga.

Con mayor razón hubiera podido el jorobado decir que en la existencia de Mastrich y del de la Esperanza había más de un punto negro, si hubiese podido escuchar las palabras cam-

biadas entre el marqués y Mastrich, precisamente el mismo día en que Cerralbo emprendía el viaje para Zaragoza.

El banquero tenía un semblante que predisponía muy poco en su favor.

La astucia, la hipocresía y la maldad, estaban retratadas con tan gráficos caracteres, que desde luego se adivinaba que, ni aun el crimen sería bastante para contener á aquel hombre, para llegar á la realización de lo que se hubiese propuesto.

Involuntariamente, al verle por primera vez, experimentábase esa especie de repulsión que produce la presencia del reptil, sin que fuera posible dominarla, conforme se iba tratando á aquel hombre.

Por el contrario, según iban intimándose relaciones, más se aumentaba aquella repulsión.

Hubo algunos que trataron de averiguar el origen de la fortuna de aquel hombre, cuando precisamente, ni por su afabilidad, ni por sus grandes conocimientos financieros, se le reconocían facultades para ello.

Pero desde el momento en que abandonó Mataró para establecerse en Barcelona, nadie podía ya saber el origen del capital con que principió sus operaciones en la capital del Principado el señor D. Juan Mastrich.

Porque era de Mataró, y allí se ocupaba en algunas pequeñas operaciones de banca.

Eso sí, era muy avaro, y había quien aseguraba que le había caído la lotería dos ó tres veces, sin que pudiera precisarse la cantidad ganada, porque siempre tomaba los billetes en Barcelona.

En Mataró tenía muy pocos amigos.

Unicamente un cierto escribano, llamado don Dimas y un sobrino del marqués de la Esperanza, que era el presunto he-

redero de este título, eran las únicas personas con quienes parecía tener relaciones íntimas.

Y por cierto, que aquellos dos amigos no disfrutaban de la mejor fama en la población.

De la noche á la mañana, el marqués de la Esperanza murió, heredó título y riqueza su sobrino Jorge, se marchó de Mataró, y poco después y con un ligero intervalo entre uno y otro, Mastrich y don Dimas se fueron á establecer en Barcelona.

A partir de este momento, el banquero entró de nuevo en la vida de los negocios, y en un corto número de años realizó una gran fortuna.

En el decurso de nuestra obra, tendremos ocasión de conocer los medios de que se valió para realizarlo.

Por ahora cumple solo á nuestro propósito, hacer conocer á nuestros lectores la conversación sostenida por el marqués y el banquero el día de la marcha de Gaspar, según hemos dicho.

* * *

Sentados en una de las habitaciones del «Gran Hotel,» donde se aposentaba el banquero, éste dió un magnífico tabaco al marqués, diciéndole:

—¿Conque no se decide usted por ir á pasar quince días á Suiza?

—No por cierto. Lo que deseo es regresar á España.

—¡Ah! ya. Sin duda la marquesa de la Estrella le está esperando. ¿Ha tenido usted noticias del hijo que la hemos encontrado?

—No hablemos de ese particular ahora, porque hemos de ocuparnos de otro asunto que, á usted especialmente, le conviene más que á mí.

—¡Hombre! ¿Y es por mi propio beneficio solamente por lo que se preocupa?

—¡Pues ya lo creo!

—¡Que milagro!

—¿Lo duda usted?

—Francamente; como no me tiene acostumbrado á ello, me sorprende.

—Se trata del marqués de la Florida.

—¡Buen pájaro está! Y por cierto que no sé qué diablos pasará con la de Maranges, que un pariente suyo estuvo el otro día haciéndome una porción de preguntas.

—También á mí me sucedió lo mismo ¿Y no comprende usted de lo que se trata?

—No por cierto.

—Pues es muy sencillo. Que la marquesa ha sabido, sin duda, alguna de las muchas gracias del tal Luisito y tal vez ha pretendido asesorarse mejor, preguntando á sus paisanos.

—Que todos creo que habremos puesto al marqués que no habrá por donde cogerle.

—Si usted ha sido de los que han hablado en ese sentido, permítame usted, amigo Mastrich, que dude de su buen talento.

—¿Por qué?

—Sencillamente porque así se expone á perder en absoluto todo su crédito.

—Más perdido que le tengo ya...

—Está usted en un error. Precisamente sobre este particular quería hablarle.

—No comprendo...

—Octavia adora al marqués.

—Y su madre en estos momentos y después de lo que

debe haber sabido, esté usted seguro que ya le habrá despedido de su casa.

—¡Hombre! ¡Qué inocente es usted!

—¿Por qué dice eso?

—La marquesa quiere con delirio á su hija y ésta se halla completamente *chiflada* por el marqués, y á pesar de todo y digan lo que quieran, se casará con él.

—No lo crea usted.

—Digo que se casarán. No le quepa duda de ningún género.

—Entonces me pagará.

—Está usted en un error. No le pagará, si no hace lo que yo voy á decirle.

—Quisiera yo ver como se atrevía á rechazar los documentos que tengo.

—Muy sencillamente. El marqués constituye todos los pocos bienes que le restan como dote de su mujer, y resulta que si quiere usted cobrar se verá obligado á sostener un pleito en el cual gastará más que lo que ha de cobrar.

*
* *

El banquero no pudo menos de dar un puñetazo sobre el brazo de la butaca, y lanzando un formidable juramento, exclamó:

—Eso sería una infamia que yo no puedo consentir.

—Sin embargo, en su mano de usted está el poderlo salvar todo.

—Veamos el medio.

—No tiene nada de particular. El marqués estoy seguro que va á venir á pedirle dinero.

—Sí, pues á buena parte viene, y sobre todo, en buena ocasión.

—La mejor para usted.

—Vamos, Jorge, no me exaspere diciendo todas esas tonterías.

—No lo son, y la prueba de ello es que estoy seguro, segurísimo que se lo dará usted.

—¿Quién? ¿yo? ¡Un demonio que se le lleve donde no le vea más!

—Repito á usted que se lo dará. Y en ello hará usted perfectamente, porque ese es el medio de salvar lo que le debe ya.

—¡Hombre de Dios! por no decir otra cosa; si usted mismo me asegura que nada he de sacar de aquello, ¿cómo quiere que ahora le dé más, con la convicción de que lo he de perder también?

—No; se lo dará usted con la convicción de que lo ha de cobrar.

—Vamos, marqués, déjeme usted en paz.

Y el banquero se levantó de su asiento y empezó á pasear por la estancia.

El marqués le contemplaba tranquilamente.

Cuando juzgó que ya se había calmado algo su excitación, le dijo:

—¡Ea! ¿está usted ya en disposición de poder escucharme?

—Es decir, que usted persiste en darme esos consejos tan desinteresados?

—Sí, señor. Cuando esté más tranquilo; tengo la seguridad de que ha de darme las gracias.

—Mucho lo dudo.

—Pues hace usted mal.

Mastrich miró atentamente á su interlocutor, y después se sentó de nuevo, diciendo:

—Vaya, hable usted. Siquiera para demostrarle lo mal que me ha juzgado, si ha creído que soy algún tonto, quiero escucharle.

—He dicho á usted,—repuso el marqués con calma,—que Luis vendrá á pedirle dinero.

—Si eso no lo dudo. Precisamente se han creído ustedes que mi caja ha de estar siempre abierta para satisfacer todas sus necesidades.

—Ahora estoy hablando respecto al marqués, en cuanto á mí ya hablaremos en otra ocasión.

—Pues bien, hablemos del marqués. ¿Con qué va á responderme del dinero que me pide?

—No, si él no ha de ofrecerle garantía de ningún género, es usted quien se las ha de pedir.

—Mal puedo yo pedir al que no tiene nada que dar.

—Pues precisamente ahí está su error de usted.

—¡Cómo!

—Exíjale usted al marqués que hipoteque, para el pago de esa cantidad, los bienes de su esposa, la marquesa de Maranges, el día en que su matrimonio se verifique, y esté usted seguro que cobra.

—¡Oh! es que no querrá,—dijo el banquero al cabo de algunos minutos de reflexión.

—Ya sabe usted que cuando uno tiene el agua al cuello, se agarra aunque sea á un clavo ardiendo.

—Sí, no está mal pensado.

—No es eso lo que usted opina, Mastrich; hablemos categóricamente, esa idea no se le había ocurrido á usted.

—Confieso que no.

—Y añada usted también, que, no sólo encuentra la idea razonable, sino que es la única que puede asegurar sus intereses. Juzgue usted el compromiso y la situación en que le pon-

dría, si llegara usted á hacer uso de esos documentos. Todavía puede usted exigirle más.

—¿Cómo más?

—Que ponga la firma en esos documentos la señorita Octavia de Maranges.

El banquero dió un respingo sobre su asiento, y mirando á su interlocutor, le dijo:

—¿Pero está usted en su juicio?

—Sí, señor.

—¿Pero cómo ha de firmar la marquesa?...

—Usted insista en ello, y la firma vendrá.

—¿Pero quiere usted decir que la marquesa accederá?...

—Lo mismo da.

—¡Cómo!

—Una firma se falsifica fácilmente, y Luis tiene necesidad de dinero.

—Lo que veo es que usted odia al marqués de un modo feroz.

—No lo niego. Pero diga usted si ese odio no va á redundar en beneficio de usted.

—¡Quién sabe!

—Le digo que si usted puede coger ese documento, puede dormir tranquilo, porque no hay remedio, lo ha de satisfacer sin dilación.

—¡Toma! como que si no podría llevarle á presidio.

—Y el escándalo sería horrible.

—¡Ya lo creo!

—¿Y él le ha dicho á usted que iba á venir á pedirme dinero?

—Alguna indicación me hizo, y como que estoy seguro que después de la escena que debe haber mediado entre él y

su futura suegra, estará más interesado que nunca en hacer ostentación de su riqueza, usted verá como viene á verle.

—Pues ya pensaré respecto á la idea que usted me ha dado.

—Y por ella me dará usted las gracias.

CAPITULO CXXII

Una proposición atrevida

DEMONIO de Jorge! y que ideas se le vienen,—murmuraba el banquero estirándose cuán largo era en la butaca y saboreando el cigarro que tenía en la mano.—A nadie se le hubiera ocurrido una cosa así. Por supuesto, que, á saber la segunda intención que en eso va envuelta; porque á mí que no me venga Jorge con que obra desinteresadamente, él se lleva en eso su plan y nada más.

Después arrojó lejos de sí el cigarro que fumaba, y añadió:

—Después de todo, sólo faltaba que no se presentara ese buen señor. Podía haber encontrado dinero por otra parte y no necesitar el mío, y por lo tanto, quedarme sin cobrar aquéllo, y con el disgusto de no haber podido realizar una buena idea de Jorge. Por cierto que lo que es con éste, también tenemos necesidad de andar con un poco de cuidado,

porque me parece que va despertándose demasiado. Lo mismo Dimas que yo le creímos tenerle sujeto siempre, y si no le atamos muy corto, sería fácil que nos diese algún disgusto.

Al día siguiente se calmaron algún tanto los recelos de Mastrich.

Su ayuda de cámara entró á participarle que el marqués de la Florida deseaba verle.

—¡Bien había presumido Jorge!—murmuró el banquero tan luego salió el ayuda de cámara de la estancia,—vamos á ver, qué partido podemos sacar á este individuo.

—Buenos días, Mastrich,—dijo el marqués penetrando en la estancia.

—¡Hola, marqués!—contestó el banquero tendiendo su mano al recién llegado y ofreciéndole una silla,—¡cómo es esto que tan de mañana anda usted ya por esos mundos de Dios!

—Tenía necesidad de ver á usted, y he creído que esta sería la hora más á propósito

—Pues me ha encontrado usted por casualidad. Iba á marcharme á Saint-Cloud, á almorzar con unos amigos que me han invitado una porción de veces.

—Pues lo que es hoy le necesito yo á usted.

—A su disposición me tiene. Que me dispensen mis amigos si quieren.

—Doy á usted gracias.

—No las merece; creo que conoce usted mi buena amistad.

—Pues á prueba vengo á ponerla hoy.

—¿Qué es ello? ¿Se trata de algún lance?

—Sí, amigo mío, de lance se trata; pero es un lance de dinero.

*
* *

Mastrich creyó conveniente dar á su semblante una expresión de disgusto y contrariedad, para ocultar la alegría que le causaba la indicación del marqués.

—Mal estamos de dinero ahora,—dijo al cabo de algunos momentos.

—Sí, lo que es yo estoy muy mal; porque necesito veinte mil duros.

—¡Demonio! pues ya es una cantidad respetable.

—Para mí, en las actuales circunstancias, respetabilísima; pero para usted, cuya firma es tan conocida en París, insignificante.

—Pero ¿qué diablo ha hecho usted del producto de su última jugada en Monte-Carlo?

—No crea usted que lo he tirado. Tenía una porción de créditos contra mí, y me apresuré á recogerlos.

—Olvidándose del mío.

—No por cierto; el de usted quedará solventado el día en que realice mi matrimonio.

—¡Hombre! y á propósito de su matrimonio de usted; ¿qué rumores son esos que circulan referentes á sí se ha roto ó no, esa proyectada unión?

—No haga usted caso alguno. Enemigos que uno tiene, y que se han entretenido en ir á contar á la marquesa de Maranges alguna de mis locuras. Nada después de todo. Tengo necesidad de ese dinero, porque trato de restaurar mi palacio de Zaragoza á fin de celebrar en él mi matrimonio.

—Pues amigo mío, yo siento mucho no poder complacer á usted.

—¡Cómo Mastrich! ¿será usted capaz de rehusarme esa friolera?

—¡Demonio! ¿y llama usted friolera á cien mil pesetas?

—Para usted, ya lo creo que lo son.

—Pues á pesar de ser tan friolera, me es imposible facilitársela.

—Dígame usted que no quiere...

—No es eso, amigo mío, es que no puedo. El dinero anda escaso, y yo tengo esparcidas una porción de cantidades por el mismo estilo que la de usted.

—Ya le he dicho que la mía se la pagaré.

—Sí, cuando se case usted; pero como que para casarse necesita usted, por lo visto, esos veinte mil duros y yo no se los puedo dar, y no es fácil tampoco que se los dé nadie, vea usted por dónde ni usted se casará, ni yo cobraré ese dinero.

—Reflexione usted, Mastrich, el grave compromiso en que me pone.

—Sí, señor, ya lo reflexiono; pero si no puedo hacer nada, ¿qué quiere usted que le diga?

—Vuelvo á repetirle que no me diga eso; lo que ha de decir, más bien, es que no quiere hacerlo.

—Y aun cuando así fuera, ya que usted tanto me apura, ¿no estaría acaso en mi derecho?

—No comprendo.

—Vamos á ver, ¿qué garantía podría usted ofrecerme?

—Ya lo sabe usted, los bienes que poseo.

—Pero si esos bienes ya los tiene usted afectos á otros compromisos, y, según mis noticias, si algo le queda libre es lo que va usted á ofrecer como dote á la hermosa Octavia de Maranges, ¿qué demonio de garantía me queda?

—¿Quién le ha dicho á usted eso?

—No lo sé. Pero en fin, como que no puedo hacer el negocio, me importa muy poco el estado en que se encuentran

sus bienes. Diez mil duros le tenía dados, los mismos que ya considero perdidos.

—Porque usted querrá.

—No, porque usted lo ha querido. Conforme pagó los demás créditos, pudo haber pagado éste también.

—Entre nosotros mediaban otras relaciones distintas de las que tenía con los demás acreedores.

—¡Pues hombre! reniego entonces de esa amistad que, por lo visto, no ha tenido otra tendencia que la de perjudicarme.

—No es eso, Mastrich; tenía ya pensado el modo y la forma en que se debía verificar ese reintegro; por lo tanto, no pasaba grandes apuros.

—En cambio yo no he podido hacer cuenta de ese dinero, y crea usted que me ha hecho falta.

—Vamos, no diga semejante cosa. Todo lo cobrará junto después.

—¡Cómo todo!

*
* *

Mastrich, al hacer esta pregunta, revelaba de un modo gráfico en su semblante lo poco dispuesto que se hallaba á hacer concesión de ningún género sobre aquel particular.

El marqués de la Florida no pudo menos de morderse los labios.

Su esperanza la tenía concentrada en Mastrich.

Era el único á quien hubiese pedido dinero, puesto que era aventurado pedirlo á cualquier otro banquero de París, que hubiera equivalido á comunicarlo inmediatamente á la de Maranges.

—Mastrich,—repuso el marqués con acento en que se re-

velaba la angustia que comenzaba á apoderarse de él,—ya sabe usted que hace muchos años que nos conocemos, y, por lo tanto, á usted he recurrido siempre en todos mis apuros.

—Y yo he tenido una verdadera satisfacción en sacarle de ellos.

—Como que siempre le ha resultado una operación beneficiosa.

—Menos esta última.

—Ya le he dicho las razones.

—Razones que no me convencen, como debe usted comprender.

—En fin, vuelvo á suplicarle que me saque del compromiso en que me encuentro. Pídame usted todo lo que quiera, le duplicaré la cantidad en el documento que estipulemos, pero no me deje usted sin ella.

—Ya le he dicho la imposibilidad material en que me hallo.

—Y como que yo le conozco mucho y sé que es totalmente imposible que usted no pueda disponer en París de cien mil pesetas...

—He verificado operaciones de importancia que me han obligado á echar mano de todos los fondos que aquí tenía.

—¿Es decir que se cierra usted á la banda y que no quiere hacer ese último favor á su amigo?

—¡Dale bola! No es eso, Luis, no es eso.

—Pues no encuentro otra causa.

—Vamos,—dijo Mastrich al cabo de algunos momentos y como si hubiera estado luchando en busca de una idea salvadora;—para que vea usted hasta dónde llega mi amistad, voy á proponerle el único medio que yo juzgo factible, no para poderle dar de mi bolsillo ese dinero, sino para encontrarlo en París.

—¡Oh! es que no siendo usted quien me lo dé, no lo quiero tomar de ningún banquero de aquí. ¿No comprende usted que al poco tiempo lo sabría la marquesa de Maranges y quedaría yo en muy mal lugar?

—Es verdad.

—Ha de ser cosa de usted.

—Pues bien. Escúcheme bien, porque tal vez de ese modo yo me decidiera á pedirlos para mí y entregárselos á usted.

—Ya le he dicho que á todo estoy dispuesto.

CAPITULO CXXIII

Mastrich triunfa

Ya tenía razón el marqués, en la situación en que se encontraba.

A todo estaba dispuesto, porque para presentarse en Epila, vencer la resistencia de su hermana y preparar la casa que tenía en Zaragoza, de la cual hacía muchísimo tiempo que no se ocupaba, hacer en ella las obras necesarias y montarla con el servicio conveniente á su categoría, ni aun con los veinte mil duros, unidos á los que le quedaban todavía de su famosa jugada de Monte-Carlo, quizás no tendría suficiente.

El apuro era grande, porque entonces menos que nunca quería hacer papel ridículo ante la familia de su futura.

—Vamos á ver, Mastrich,—dijo el marqués, viendo que el banquero, después de sus últimas palabras, había quedado silencioso;—acabe usted de explicar su pensamiento.

—Nada, no veo otro medio,—repuso aquél, cual si hubiera estado reflexionando.

—Pero bien, ¿qué medio es ese?

—¿Usted está dispuesto á garantir el préstamo que se le haga con los bienes de su mujer?

—Y con los míos.

—Es que de los de usted me fío muy poco.

—Con los de mi hermana.

—No es garantía; si ella quiere firmar, es distinto; pero para eso hay algo mucho mejor.

—¿Qué es?

—Que firme su conformidad la señorita de Maranges.

—¡Qué ha dicho usted!—exclamó sorprendido el marqués.

—Ya lo ha oído; que la señorita de Maranges haga suyo el crédito en cuestión, y hé aquí cómo queda una garantía suficiente, y no digo veinte mil, sino que aun que quisiera usted veinticinco ó treinta, yo me comprometería á buscárselos.

—Vamos, Mastrich, usted ha perdido la cabeza,—dijo Luis, limpiándose el sudor que corría por su frente.

—Pues yo lo siento, amigo mío; pero ya verá usted si encuentra algún cuerdo que le dé esa cantidad por su sola firma.

—Pero si lo que usted propone es absurdo.

—No, es sencillamente asegurar el capital.

—Las condiciones son inadmisibles. ¿En qué cabeza cabe que vaya yo á decir una cosa semejante á la mujer con quien me voy á casar?

—¿Y qué necesidad tiene usted de decirla nada?

*
* *

El acento con que pronunció el banquero estas palabras fué tan intencionado, que el marqués, que, como sabemos, no se asustaba de nada, no pudo menos de estremecerse.

Miró fijamente á su interlocutor, y aproximándose á él, le preguntó en voz baja:

—¿Qué ha querido usted decir, Mastrich?

—Que no hay necesidad de que firme la marquesa.

—Pues entonces...

—Ya se encuentra algún medio si es que uno quiere buscarlo.

—Pero ese medio...

—Es peligroso, según en las manos en que se ponga.

—No sé lo qué quiere usted decir.

—Pues entonces vale más que no hablemos de ese asunto.

—¡Que no hablemos! Vamos, Mastrich, no pronuncie usted esas palabras cuando sabe el apuro en que estoy y la necesidad que tengo de ese dinero.

—Pero hijo, si usted no entiende lo que le dicen, ó no quiere entenderlo, ¿qué culpa tengo yo? Tiene usted necesidad de dinero; también yo; le propongo medios para adquirirlo, usted no los encuentra razonables, pues dejémoslo estar. ¿A qué andar divagando, si no hemos de conseguir entendernos nunca?

—Si comprendiera usted todo lo de horrible que tiene mi situación...

—Todo lo que usted quiera; pero ¿acaso he sido yo quien le ha traído á ella?

—¡Si no es eso, hombre!

—Amigo mío, no sé entonces qué decirle.

—Lo que ha de decirme usted, es lo que ha querido significarme con esas palabras.

—¡Diablo! si que se ha vuelto usted torpe, querido marqués. Se conoce que desde el cambio que en su vida y costumbres se ha verificado, ha perdido usted muchísimo de aquella perspicacia que tanto le recomendaba.

—No es que la he perdido, Mastrich, sino que hay cosas que aun cuando uno las comprenda, no quiere ni debe hacerlas.

—Pues entonces, renunciar á lo que se pretende.

—Pero si es imposible.

—Dejémoslo.

—¡Ea! concluyamos, Mastrich; formule usted con toda claridad su proyecto, dígame usted de un modo concreto las condiciones bajo las cuales puede ó quiere hacer ese negocio.

—Yo, por mi parte, si pudiera, lo haría sin condición de ningún género; pero es que ahora no se trata de mí, sino de que yo tengo que buscar ese dinero, que debo ser yo quien lo ha de pagar, y quiero, por lo tanto, saber cómo estoy garantido.

—Yo he dicho á usted ya que es imposible dirigirse á la marquesa con una demanda semejante.

—¡Si lo sé, hombre; si lo sé muy bien! por eso he dicho á usted que también hay medios, y usted los conoce lo mismo que yo, para que aparezca una firma en un documento, sin que la haya puesto la persona á quien se refiere.

*
* *

El marqués palideció, porque realmente lo que Mastrich le proponía no era más ni menos que una infamia.

Pero una infamia que podía llevarle á presidio con la mayor facilidad.

¿Y qué hacer? La situación era tan apremiante, que era imposible contrarrestarla no recurriendo á medios extraordinarios.

Pero estos medios, ¿cómo y de qué manera se habían de emplear?

—De modo que únicamente,—dijo el marqués al cabo de algunos momentos,—usted lo que pretende de mí es una falsificación.

—Cuidado, marqués, que yo no he dicho nada de eso. Yo no le aconsejo, no hago más ni menos que emitir una opinión.

—Opinión que ya comprenderá usted que no tengo más remedio que seguir.

—Eso, usted mismo, amigo mío; usted sabrá lo que hace, usted conoce la magnitud de su apuro, y la conveniencia de seguir esa idea.

—Pues bien, ocupémonos de esa idea; haga usted el favor de esplanarla más, y puesto que es preciso llegar á la infamia, lleguemos hasta el fin. ¿Ese documento ha de ir á parar á manos de alguna otra persona que no sea usted?

—No por cierto.

—¿De modo que la garantía es para usted?

—¡Justo! pues es ese único el medio de tener seguro el reintegro. Aquí hemos de hablar con entera franqueza, querido marqués; no quiero tener mi dinero á la evicción de que usted quiera ó no quiera, pueda ó no pueda pagar. De ese modo sé que pagará usted, y si no tengo aquí el dinero necesario, lo buscaré con la seguridad de encontrarlo.

—Perfectamente; ahora veo claro el asunto.

Luis no tuvo otro remedio que aceptar.

El documento se extendió tal como Mastrich deseaba, la firma de la señorita de Maranges se falsificó perfectamente, y Luis recogió la cantidad que necesitaba.

—Ahora ya le tengo en mi poder,—dijo Mastrich frotándose las manos lleno de satisfacción después que hubo guardado aquel documento.—¡Buena fué la idea del marqués de la Esperanza, y ya tenía razón al decir que le daría las gracias! Y vaya si se las daré cuando le vea.

*
* *

Una vez realizada por Luis la cantidad que Mastrich le había entregado, se marchó á Zaragoza, llegó á Epila, hizo algunas indicaciones á su hermana respecto á su casamiento, y después volvió á Zaragoza para activar las obras que en su casa se estaban verificando.

En estos momentos fué cuando Gaspar le hizo la proposición que nuestros lectores vieron en los primeros capítulos de nuestra obra.

Feliciano estaba ya á punto de romper con Joaquina, y verificada esta ruptura, recordaremos también que el jorobado le propuso la boda con Mercedes, en la fonda donde paraban, boda que Feliciano aceptó después de haber preguntado á su tutor:

—Vamos á ver: ¿qué dote tiene esa mujer?

Gaspar se lo dijo y el joven consintió por fin.

Luis, á pesar de su natural perversidad, resistió cuanto le fué posible aquel matrimonio, porque conocía á Feliciano, y más todavía que á él á Gaspar.

Pero la verdad era que, dada la situación en que se encontraba, no tenía más remedio que transigir.

La condición impuesta por la marquesa de que desapareciese la equívoca situación en que se encontraba Mercedes, le abrumaba por completo, y era menester que á todo trance aquel casamiento se verificara.

Gaspar, que sabía muy bien el compromiso en que se encontraba, apretaba cada vez más, hasta que por fin accedió.

Contraído ya el compromiso, no hubo más remedio, el marqués marchó á Epila para convencer á su hermana.

Esta fué la misión más difícil que tuvo que cumplir.

Mercedes se resistía enérgicamente, diciéndole:

—¿Quieres exponerme sin duda á otro bochorno como el anterior? En la situación en que me hallo, lo mejor es dejarme tal como estoy.

—Ya te he allanado el camino y Feliciano conoce perfectamente todo tu pasado.

—¿Y lo acepta?

—Desde luego, cuando yo vengo en su nombre á pedir tu mano. Hazlo por mí, Mercedes, que si yo á mi vez pudiera borrar el pasado y devolverte á las personas de tu cariño, créeme que lo haría. Desgraciadamente las locuras que se cometen en las condiciones en que yo cometí las mías, difícilmente se pueden enmendar ya.

—¡Cuántas lágrimas me has hecho derramar!

—Y puedes creer que todas ellas están pesando sobre mi conciencia.

—¿Y ese hombre, como tú dices, acepta mi pasado?

—Sí, porque necesita tu dinero también.

—¿Es decir, que se trata de otra venta?

Y el acento de Mercedes vibró lleno de amargura.

—No; Feliciano, aun cuando está necesitado de dinero, es un caballero incapaz de hacerte desgraciada.

—Es que como no puedo ser feliz ni con él ni con nadie...

—No digas eso. El olvido llegará para tí como para todo el mundo, y tal vez nuevas afecciones te harán olvidar las antiguas.

—Nunca, Luis; puedes abrigar la seguridad de que yo no olvidaré jamás á las personas queridas de mi corazón.

—¿Pues no has de olvidarlas? Créeme y acepta el matrimonio que te ofrezco. Tengo la seguridad de que me lo has de agradecer.

Y tanto y tanto insistió el marqués y tan cansada estaba ya de luchar Mercedes, que finalmente cedió.

Esta noticia llenó de júbilo á Gaspar.

El casamiento de Feliciano después del abandono de Joaquina, era para él la suprema venganza que podía tomar de la marquesa de Aldana.

Por efecto de todo esto, se realizó la unión de Mercedes con Feliciano, según dijimos en otro sitio, precisamente el mismo día en que Joaquina era conducida á la Casa de Locos de Zaragoza.

CAPITULO CXXIV

Quién era el duque de la Unión

PODEMOS decir que el duque de la Unión, que, como debemos recordar, era pariente de Mercedes y cuyo título hemos citado más de una vez, era el prototipo de la honradez y de los buenos sentimientos.

Jamás había querido salir de Barcelona, donde no había desgracia que no procurase aliviar, ni infortunio que no tratase de socorrer.

Sus riquezas eran inmensas, y no teniendo hijos, pues jamás había querido casarse, repartía una parte de sus bienes entre los pobres que le adoraban como á su Providencia.

Respetado de todos, querido de su familia, é idolatrado por la clase indigente, parecía que el duque debiera ser completamente feliz.

Y sucedía lo contrario.

Era muy desgraciado.

Anciano sexagenario ya, una porción de achaques le aquejaban.

A esto hay que añadir un disgusto de otro género que vamos á dar á conocer á nuestros lectores.

El duque de la Unión era hermano de la condesa de Finestrall.

Esta señora, aun cuando viuda y con una hija, no era ésta sola la que había tenido.

Un hijo fué el primer fruto de su matrimonio.

La alegría de sus padres no tuvo límites

Y conforme fué creciendo el niño, se trató de darle una educación correspondiente á su clase y á los inmensos capitales con que sus padres contaban.

El chico era inteligente y travieso, y pronto fué en sus clases el más adelantado en estudio y el más loco en las horas de holganza.

Por entonces también el marqués de la Esperanza había mandado á su sobrino Jorge, al mismo colegio.

Y pronto entre los dos niños se formó una amistad sumamente estrecha á pesar de la diferencia de edades, pues el hijo de la condesa tendría unos siete años, mientras que Jorge había cumplido ya los trece.

Así transcurrieron dos años.

Y los condes cada día amaban más á su hijo, único que entonces tenían.

***

Pero toda felicidad tiene un día nublado, y la de los padres de Rafael, que así se llamaba el niño, se oscureció de una manera tremenda.

Un día se presentó en el colegio un criado de su casa á buscarle, como acostumbraba á ir todos los días de fiesta, y el niño salió, pero no fué á su casa.

Impacientes los padres por la tardanza de su hijo y del criado que había ido á buscarle, mandaron un recado al colegio, y la contestación que obtuvieron les llenó de un terror desconocido.

Su hijo había desaparecido.

En vano se pusieron en juego todos los recursos imaginables para descubrir el paradero del niño y del doméstico, nada pudo saberse, y locos de dolor el padre y la madre, veían pasar los días sin una noticia del hijo á quien tanto amaban.

Pero en quien este suceso hizo profunda impresión fué en el duque de la Unión.

No había visto á su sobrino más que dos veces, durante dos viajes que su hermana había hecho á Barcelona; pero de tal manera le habían seducido los atractivos de aquel niño y su precoz inteligencia, que le amó, casi con tanta fuerza como sus padres.

Y á tal extremo llegó, que en una enfermedad que tuvo al poco tiempo, temeroso de perder la vida sin haber hecho testamento, lo hizo, legando á su sobrino lo inmenso de su fortuna.

Por esto se comprenderá el lugar que aquel niño ocuparía en el corazón del anciano.

Y comprendido esto, se adivinará muy bien el sentimiento tan horrible que oprimiría su pecho al saber su desaparición.

Hubo momentos en que sus amigos y sus criados temieron que perdiese la razón.

Pero de pronto una carta que recibió de Madrid vino á darle alguna esperanza.

En ella se le decía que en una cueva que había en una montaña cerca del mar, por la parte de Mataró, depositase un millón y rescataría á su sobrino.

Coincidió con esto la presentación de una partida de fora-

gidos en la montaña, á la cual la Guardia Civil perseguía con la actividad propia y eficaz que les distingue.

El duque no quiso confiar á nadie aquella delicada misión.

Realizó fondos inmediatamente, y una mañana salió de su casa sin decir á nadie absolutamente donde iba.

Llegó al sitio indicado, y en vano estuvo esperando todo el día.

Pasó la noche de la misma manera, y durante tres días estuvo por aquellos alrededores con una ansiedad inexplicable y en un estado de angustia horrible.

Nadie se presentó allí.

Y al cabo de aquel tiempo regresó á su casa demacrado y cadavérico y con la muerte en el corazón.

* * *

Desde entonces comenzó á padecer dolores físicos, hijos de la enfermedad moral que le consumía.

Había concentrado en aquel niño todas sus afecciones, por decirlo así, y la pérdida de éste era un golpe terrible para su corazón.

En cuanto á sus padres, después de haber practicado cuantas diligencias su cariño y su situación les sugiriera, se convencieron de que su hijo había muerto, y aunque siempre con el recuerdo suyo, el tiempo fué poco á poco calmando su pesar.

Años después, tuvieron una niña, que era Elisa, y al poco tiempo otra que falleció de corta edad.

Y pasaron años, y murió el conde de Finestrall.

El duque de la Unión no olvidó un instante á su sobrino, y este era el pesar que le torturaba y éste el dolor que amargaba la felicidad de que debiera disfrutar.

Se pasaron veinticuatro años, y un día el duque encontró entre su correspondencia una carta cuya letra era desconocida.

Llamó á su secretario y le dijo que se la leyese.

Este la abrió con precipitación, y al ver la firma no pudo menos de estremecerse.

—¿Qué es eso, Lucas?—preguntó el anciano sorprendido de la emoción de su secretario.

—Nada, señor; pero esta firma...

—¿Qué firma? Habla.

—La de esta carta.

—¿Quién la escribe?

—Uno que se llama Rafael Casas.

—¿Rafael has dicho?—gritó conmovido el duque.—¡Oh!... lee, lee esta carta.

—Escuche usted, señor.

Y el secretario se puso á leer la carta, que decía así:

«Querido tío:»

—¿Qué dices?—interrumpió el duque, alzándose de su asiento como movido por un resorte.

—La verdad, señor.

—¿Será posible, Dios mío?...—prosigue, Lucas, prosigue.

El secretario con voz trémula por la emoción que experimentaba, prosiguió:

«Querido tío: acabo de llegar á Barcelona procedente de los Estados Unidos, donde he pasado largos años; por una coincidencia que ya le explicaré, he sabido durante mi travesía los antecedentes de mi familia, que coinciden con algunos que yo recuerdo, si bien muy confusamente, porque he sufrido mucho, de mis primeros años; si usted se digna concederme una entrevista tendrá el gusto de arrojarse en sus brazos su sobrino, *Rafael Casas.*»

—¡Hijo de mi vida!—gritó el anciano con las lágrimas en los ojos;—vamos, corramos á verle.

—¡Oh!... señor, ¡si fuera cierto!

—¿Pues no lo oyes? vamos, vamos corriendo ¿dice dónde está?

—Sí, señor; en la Fonda de Oriente.

—Pues vamos allá.

Y el anciano, presa de una agitación febril, se vistió apresuradamente y abandonó su casa seguido de su secretario.

Llegó á la fonda y se encontró con un joven que represenba unos treinta y dos años, que al verle le abrazó, diciendo:

—¡Oh! querido tío. Ya tenían razón aquellas gentes cuando me decían que debía ser sobrino de usted.

Mientras tanto el anciano lloraba y estrechaba al joven entre sus brazos.

Y sus lágrimas se confundían, participando también el secretario de aquella emoción.

***

Por fin se pasaron aquellos primeros y naturales trasportes y entonces dijo el duque:

—Y dime, Rafael, ¿qué ha sido de tu vida? ¿cómo no nos has dicho nada? ¿cómo no has tratado de dar á conocer á tu familia tu paradero?

—Por una razón muy sencilla: cuando me robaron tenía muy poca edad y efecto sin duda de los malos tratamientos que me dieron durante mi cautiverio, perdí en tales términos la memoria que nada recuerdo de entonces.

—¡Pobre criatura!

—Lo que únicamente sé, es que llegó un día en que mis guardianes me abandonaron, yo salí de la cueva donde estaba,

y andando llegué á una población que después me dijeron que era Tarragona.

—¡Tan cerca de aquí!...

—Sí, señor; allí mendigué durante algún tiempo, hasta que un día un capitán de un barco mercante me dijo si me quería ir con él; contestele que sí y fuimos á Liverpool; cargamos nuevamente y llegamos á New-York. Entonces parece que mi inteligencia comenzaba á esclarecerse. A los dueños de la casa donde iba consignada la carga del buque que me había conducido, les gustó mi letra y algunas cuentas que había hecho y me hicieron proposiciones para quedarme en su casa. Acepté y allí pasé largos años. No tenía idea alguna acerca de mi pasado. Me preguntaban por mis padres y no sabía qué responder. Y pasaba muy malos días, porque quería recordar y no podía.

—¡Infames gentes!

—¡Oh! sí, señor; muy infames; por fin, oyendo hablar incesantemente de Europa, yo deseaba visitarla; reuní, al cabo de algún tiempo de economizar, una pequeña cantidad, y me embarqué para España. En el mismo buque que yo venía, iba un caballero que al oir mi apellido, se sorprendió extraordinariamente y me hizo varias preguntas. La oscuridad de mis primeros años coincidía perfectamente con las voces que en Barcelona corrieron sobre mi desaparición, y las fechas de mi embarque en Tarragona y la de la pérdida del hijo de los condes de Finestrall guardaban también cierta analogía. Entonces comenzó á descorrerse un velo ante mi vista, que yo jamás había podido entrever. Notó una semejanza inmensa entre mi madre y yo.

—Justamente, mi sobrino se parecía extraordinariamente á su madre.

—Y á ese señor debo el placer de estrechar á usted entre mis brazos.

—Dios le bendiga por el placer que me ha causado.

—¿Pero y mi madre?—dijo Rafael.

—Tu madre dentro de pocos instantes sabrá semejante novedad.

Y el anciano que había estado contemplando con los ojos húmedos al joven, volviéndose hacia su secretario le dijo con voz trémula por la emoción que experimentaba:

—Anda, mi buen Lucas, corre y pon un parte á mi hermana.

Levantóse el secretario de su asiento y abandonó la estancia para cumplir las órdenes de su señor.

En cuanto al joven, pocas horas después estaba instalado en la casa del duque, habiéndose esparcido por Barcelona la nueva de la llegada del heredero de los condes de Finestrall.

Este se presentó desde luego con documentos que atestiguaban la veracidad de sus asertos, y por lo tanto, era sumamente verosímil la historia que había contado.

En su consecuencia, Rafael quedó reconocido como legítimo heredero de los condes de Finestrall, y admitido en los principales círculos de Barcelona.

Entretanto, conforme á las órdenes del duque de la Unión, Lucas había puesto un parte telegráfico á la condesa, parte que no pudo llegar á su destino por lo que nuestros lectores verán en el próximo capítulo.

CAPITULO CXXV

Contrato de dos tunantes

Ya dijimos en otro lugar las circunstancias por las cuales el marqués de la Esperanza había heredado á su tío, así como la existencia que había llevado, pudiendo fácilmente apreciarse las condiciones de su carácter por los ligeros incidentes en que le hemos hecho jugar.

Sin embargo, como que todo en Jorge era maldad, ésta se había manifestado en él desde que era muy niño.

Condiscípulo suyo era el primogénito de los condes de Finestrall, hermanos del duque de la Unión, y un día, por una cuestión que tuvo con Rafael, formó el propósito de vengarse de él.

Precisamente por aquellos días se habían verificado varios secuestros de criaturas, por cuyo rescate se pedían cuantiosas sumas á sus madres, y Jorge se las compuso de manera que pudo entenderse con el jefe de la cuadrilla y el resultado fué que el hijo de los condes desapareció, como ya hemos dicho,

sin que á pesar de las diligencias practicadas por sus padres y por las autoridades, fuera posible descubrir su paradero.

Más tarde, sus locuras y sus desórdenes costaron la vida á su madre, y su tío no quiso ni oirle nombrar siquiera.

A pesar de esto, llegó un momento en que de tal modo supo mostrar su arrepentimiento al buen señor, que éste le devolvió su amistad y hasta se decía que le pensaba nombrar su heredero.

Pero esto último no era verdad.

El marqués de la Esperanza conocía muy bien á su sobrino, y resolvió dejar por heredera de su cuantiosa fortuna, á una sobrina llamada Dolores, á la cual, lo mismo que á su madre, había acogido en su casa y á quienes profesaba verdadero afecto.

Todo el mundo creía que aquella niña, que niña era á la sazón Dolores, sería la afortunada heredera; pero cuando llegó el fallecimiento del marqués, fallecimiento también misterioso é incomprensible, don Dimas, llamado á toda prisa para hacer el testamento, según se dijo, se las compuso de modo que Jorge apareció como tal heredero.

¿Qué era lo que había pasado entre Jorge, el escribano don Dimas Gabarró y el agente de negocios Juan Mastrich, que eran, especialmente los dos últimos, quienes más rodeaban al marqués?

Nadie lo supo; pero el caso fué que Jorge se presentó á recoger su herencia, que arrojó sin compasión alguna á la pobre Luisa y á su hija Dolores, sin que le doliera el abandono en que quedaban, ni el parentesco lo tuviera en cuenta para nada, y se trasladara inmediatamente á Barcelona, y de allí á Madrid á rehabilitar el título de su tío y á gastar su fortuna.

La existencia del marqués fué desde entonces la del más desenfrenado calavera.

Marchó al extranjero, donde sus locuras llamaron la atención, y en Alemania hizo conocimiento con el marqués de la Florida, y en Londres con Gaspar y Feliciano.

Tal prisa se dió á gastar, que Mastrich, opulento banquero á la sazón, creyó necesario cerrarle su caja y aconsejarle que viera de asegurar su fortuna por medio de un matrimonio ventajoso.

Un día, vió Jorge á la preciosa hija de los condes de Finestrall.

Elisa era un ángel; pero no fué ni su belleza ni su bondad lo que le sedujo.

Fueron sus millones, porque la joven era riquísima.

—Hé ahí,—le dijo el banquero,—la mina que debe usted explotar.

Jorge no pudo menos de estremecerse, recordando entonces la coincidencia de que él hubiese sido quien hizo desaparecer á su hermano, por cuya razón Elisa era tan rica entonces.

—Esa joven,—le dijo Mastrich,—además de lo que le corresponde de sus padres, es la única heredera del duque de la Unión, su tío.

Jorge se hizo presentar en casa de las de Finestrall.

La condesa, viuda hacía algunos años, era el reverso de la medalla de su hermano el duque.

Todo lo que éste tenía de sencillo, de bondadoso y de poco infatuado con su nobleza, lo tenía su hermana de altiva y orgullosa.

Para ella no había virtudes más que en la nobleza, ni vicios más que en el pueblo.

El marqués de la Esperanza fué perfectamente acogido por ella.

Y cuando advirtió cierta inclinación por parte de Jorge

respecto á su hija, no pudo menos de mostrar su satisfacción.

Lo contrario le sucedió á Elisa.

El marqués la fué repulsivo desde el primer momento.

Es verdad que tenía razón para ello.

Su corazón hacía tiempo que no le pertenecía.

En otro lugar veremos por qué y á quién se lo había concedido.

El marqués, á pesar de la frialdad con que la joven le acogía, la acompañaba á todas partes, y bien pronto se dijo en Madrid que el marqués de la Esperanza sería el esposo de la encantadora Elisa de Finestrall.

Finalmente, Jorge habló con la condesa y ésta le contestó que si su hija le correspondía, por su parte no había de oponerse.

Mas Elisa se opuso tenazmente.

Bajo pretexto de que era muy joven todavía y que no se le había ocurrido tomar estado, fué eludiendo una contestación que una y otra vez la exigía el marqués y para la cual también su madre la estaba excitando.

* * *

Un día, hablando con la condesa de Finestrall respecto al duque de la Unión, dijo aquélla:

—Calle usted, marqués, no me hable usted de mi hermano, porque parece que no se ha propuesto más que darme disgustos.

—¡Cómo es eso, condesa! Pues si yo tenía entendido que se llevaban ustedes perfectamente.

—Hasta ahora, sí, señor.

—¿Luego ha sido reciente la causa de su disgusto?

—¡Y tan reciente! Hace seis ú ocho días tuve una carta, á la cual he contestado como debía.

—Siento infinito el disgusto que debe usted haber experimentado.

—Y muy grande. Por supuesto, que como no tiene nada de particular, voy á decírselo, y estoy segura que ha de darme la razón.

—Pero mamá,—dijo Elisa, que no podía disimular la conriedad que experimentaba escuchando á su madre;—si después de todo, yo que soy la persona de quien se trata, reconozco que mi tío está en su derecho.

—¡Calla, hija, calla! ¿Qué sabes tú de esas cosas? Figúrese usted, marqués, que hace algunos meses que, sabiendo que mi hermano está achacoso, le escribí diciéndole que como no tenía más sobrina que mi Elisa, sería conveniente, puesto que muchas veces había dicho que cuanto tenía era para mi pobre hijo, el que desapareció, como ya me ha oído alguna ocasión, que sería conveniente variase su disposición testamentaria.

—Y era muy lógico.

—Pues yo le dije á mamá lo contrario,—repuso Elisa.—Yo no he pretendido jamás heredar á mi tío; con lo que tengo me basta.

—¡Jesús! ¡hija mía, que cosas tienes!

—Debe usted tener en cuenta, Elisita, que lo natural es que todos esos bienes, ya que el duque es soltero, se reunan en una sola mano.

—Así pensaba yo también, y mientras se trató de mi hijo lo creí natural y justo, y por esa razón lo recordé, ya que desgraciadamente aquél había desaparecido.

—¿Y ha variado acaso de opinión el señor duque?—preguntó el marqués.

—¡Ya lo creo! Pero de un modo especial. ¡Vamos, si eso es una locura!

—No digas eso, mamá.

—Vamos, Elisa, ya sabes que me incomodas cuando hablas así.

—Conque el duque...

—Calle usted, marqués, calle usted. Me dice en su carta que ya sé que tiene hecho testamento en favor de mi hijo, testamento que sigue firme todavía porque él no se ha olvidado jamás de mi pobre Rafael; pero que si á su muerte no ha parecido, es su voluntad que toda su fortuna se reparte entre los asilos de beneficencia. ¿Ha visto usted nada más absurdo?

—¡Válgame Dios!

—Como si mi hija no fuese también sobrina suya como lo era Rafael.

—¿Y qué mejor destino puede dar mi tío á su fortuna que legarla á los establecimientos de beneficencia?

—Dispense usted, Elisa, que en lo que dice su mamá tiene mucha razón.

—¿Lo oyes?

—No dejarle á usted esa fortuna, es hacerla un gran disfavor.

—No lo creo yo así.

—Eso no prueba más sino que tiene usted un corazón de ángel; pero los que ya somos algo prácticos en la vida, no podemos menos de encontrar censurable semejante proceder.

—Yo he escrito á mi hermano una carta, que estoy segura le ha de haber mortificado un poco.

—Indudablemente volverá sobre su acuerdo y ya verá usted como todavía revoca esa disposición.

—Y en ese caso, yo sería la que renunciaría á esa herencia,—dijo Elisa.

Y tan resuelto fué su acento, que el marqués comprendió que lo haría tal como lo pensaba.

*
* *

Cuando Jorge salió de casa de los de Finestrall, iba pensando en lo que había oído.

—¡Demonio! Esto si que es una contrariedad,—murmuraba.—La herencia del duque es colosal y yo no debo renunciar á ella.

Y durante todo aquel día, estuvo pensando en los medios que podría emplear para evitar que el duque realizara lo que se había propuesto.

Al día siguiente fué á ver como de costumbre á la marquesa.

—¿Quieren ustedes algo para Barcelona?—las preguntó.

—¡Cómo! ¿Se marcha usted?

—Sí, marquesa; he recibido hoy una carta que me obliga á marchar inmediatamente; pero mi ausencia durará muy poco.

—Nos alegraremos que tenga usted feliz viaje, y sobre todo que tengamos el placer de volverle á ver cuanto antes.

—Ya puede usted comprender si haré todo lo posible por salir de Barcelona al momento, sabiendo, como sabe, que mi corazón se queda aquí.

Y dirigió una mirada llena de amor á Elisa, que no dió muestras de advertirla siquiera.

—Si ve usted á mi hermano,—dijo la marquesa,—ya puede usted decirle lo disgustada que estoy.

—Se lo haré presente, y si puedo contribuir en algo para hacerle que modifique esa resolución, puede usted estar segura que lo haré.

—Y yo se lo apreciaré mucho, en nombre de mi hija.

—Yo nada digo á usted, marqués; por mi gusto no lo haga.

Y Elisa pronunció estas palabras con firme acento.

—No haga usted caso, señor marqués; obre como crea que debe obrar.

. . . .

Al día siguiente el marqués de la Esperanza abandonaba á Madrid, dirigiéndose á Barcelona.

CAPITULO CXXVI

Un roto para un descosido

El marqués de la Esperanza había concebido una idea.

Esta no era otra que la de sustituir aquel hijo de los condes de Finestrall, que él hizo desaparecer, por otro individuo buscado *ad hoc*, hacerle reconocer y teniéndole sujeto, partir con él la herencia de su tío, el duque de la Unión.

«Del lobo un pelo,» había dicho Jorge, y valía más, después de todo, coger la mitad de la herencia del duque, la cual constituía un buen bocado, que no perderla toda; pues conociendo como conocía el carácter del hermano de la condesa, estaba seguro que ésta no habría conseguido con sus cartas otra cosa que romper completamente con su hermano.

Como que la persona que debía representar el papel que él deseaba tenía que reunir condiciones especiales, y por otra parte necesitaba hacer aquel negocio en las mejores condiciones posibles, no quiso confiar á nadie el encargo y se marchó el mismo día á Barcelona.

Una vez allí, se dirigió inmediatamente á casa de don Dimas.

El escribano, por sus condiciones particulares y sobre todo por el cargo que ejercía, debía conocer personas que pudieran responder á los propósitos del marqués.

—¡Caramba, marqués!—exclamó el escribano al verle.—¿Quién había de esperarle á usted aquí?

—¿Qué tiene de extraña mi venida? Cualquiera que le oyese, creería que yo había hecho juramento de no volver á mi país.

—Poco menos. Usted ha roto ya con todos sus conocimientos de otro tiempo, y si acaso se acuerda de ellos es para pedirles dinero.

—¿Pues á quién se lo he de pedir sino á aquellos que se han enriquecido á mi costa?

—¡Cáspita! Durilla es la palabra.

—Pero exacta. En fin, no se trata ahora de que volvamos sobre el pasado. Otra razón tiene mi venida.

—¡Hola! Ya pareció. ¡Cuando yo decía que no había venido usted á Barcelona por el solo placer de vernos!...

—Ya se ve que no.

—Al menos es usted franco.

—Ya sabe usted que siempre lo he sido. Conque vamos á ver si conseguimos entendernos.

—De usted dependerá.

—El trabajo que le voy á pedir no tiene nada de particular, conque no ha de serle penoso por ningún estilo.

—Cuando sepa lo que usted quiere...

—Que me proporcione un pobre diablo que quiera ganarse algunos duros.

—¡Hombre! Muchos hay que lo deseen.

—Pero yo no quiero ninguno de esos muchos. El que ne-

cesito pertenece al número de los pocos. Es decir, deseo que la persona de quien le hablo pueda estar completamente á mi merced para que nunca me pueda hacer traición. ¿Comprende usted?

—Confieso que muy poco.

—Me explicaré más claro. El hombre de quien se trata debe tener unos veintiocho á treinta años, ser simpático, tener cierta educación, y hasta si es posible que haya viajado por América.

—¡Demonio! ¿Pues sabe usted que no pide nada?

—Al mismo tiempo, como ya le he manifestado, es menester que ese hombre se encuentre bajo la acción de la justicia para que le pueda yo dominar á mi gusto. Como estoy seguro que usted ha de conocer á muchos personajes parecidos, porque tal vez los estará utilizando en sus negocios...

—¡Por Dios, marqués!...

—Sí, hombre, sí. ¿No ve usted que nos conocemos? ¡Ea! dígame si conoce á algún individuo de esas condiciones, y cuánto quiere por cedérmele.

—Aquí había un chico, catalán por cierto, de la provincia de Gerona, que tal vez le sirviera para el caso; pero no sé donde andará ahora. El me dijo que pensaba irse de Barcelona.

—¿Y qué era ese muchacho?

—Según yo pude entender, había hecho no sé qué estafa en Cádiz, creo que una falsificación de documentos; le echaron mano, pero pudo escaparse y se vino aquí. El ignoraba que yo sabía esto.

—¡Ya! Y usted, merced á esta circunstancia le explotaría á su gusto. Sabe Dios los testamentos ó disposiciones testamentarias que habrá falsificado por cuenta de usted ese mozo.

—Pues era lo natural. ¿Cree usted que yo debía darle de balde mi protección?

—Es verdad. Pero como que á mí me importa muy poco lo que usted hiciera, lo que quiero saber es cómo y dónde pudo encontrar á ese individuo.

—¡Hombre! Mastrich se lo dirá mejor que yo.

—¡Hola! ¿También ese le conocía? ¡Pues cuántos chanchullos que se habrán arreglado!

—Algo se ha hecho, porque el individuo en cuestión es muy listo.

—¿Cómo se llama?

—Enrique.

—¿Y tiene buena educación y buen aspecto?

—Como que, según creo, es de buena familia. Pero resultó calavera, y las malas compañías hicieron el resto. Marchó á América, donde también hizo alguna, y después fué á parar á Cádiz, donde le sucedió lo que le he dicho.

—¿Y usted tiene el arma para sujetar á ese hombre?

—¡Ya lo creo! El mandamiento de prisión, y como la sentencia en Cádiz se pronunció en rebeldía, tengo el derecho de meterlo en presidio á la primera que me haga.

—¡Vaya unos negocios que habrá usted hecho, amigo don Dimas!

—Poco más ó menos como el que usted tratará de hacer cuando con tanto empeño busca un hombre en esas condiciones.

—Es verdad. Yo no le busco para canonizar á ningún santo. Vamos á ver si nos entendemos: ¿dice usted que Mastrich sabe donde pára ese hombre?

—Sí, señor.

—¿Cuánto quiere usted por esa arma que contra él posee?

—Teniéndola usted es como si la tuviese yo. Quiero que vea que le aprecio por más que usted no lo crea. Le daré los documentos que tengo contra él.

—Lo que prueba que usted ya le ha explotado bastante.

—Puede que sí. Ahora es Mastrich quien le utiliza, y no ha querido darme participación en los negocios que por medio de él ha hecho, cuando si no hubiese sido por mí...

—Yo no procederé como él. Yo le daré dos mil duros por esos documentos.

* * *

El marqués se fué á ver á Mastrich.

En casa del banquero se presentó de un modo distinto que en casa del escribano.

Este le había indicado alguna de las operaciones que Mastrich hizo por medio de Enrique, y por lo tanto le dijo resueltamente:

—Amigo Mastrich, necesito que me diga usted donde podré encontrar á Enrique.

Al escuchar estas palabras, el banquero miró fijamente al marqués, y no pudo menos de palidecer.

—¡A Enrique!—murmuró —¿Y quién es ese individuo?

—El que le ayudó á realizar el timo contra la Caja de...

—¡Silencio!—exclamó el banquero trémulo de temor.

—Ya ve usted si le conoce.

—Pero...

—Necesito saber dónde podré encontrarle y pronto, amigo mío, que el negocio es urgente.

—¿Quién le ha dicho...?

—El caso es que yo sé que usted tiene relaciones con ese hombre; por lo tanto, hágame usted el favor de decirme dón-

de y de qué manera puedo verle, porque me urge ponerme en contacto con él.

—Pero si no sé de quién se trata. Quien le ha dado á usted esas noticias, está equivocado sin duda, porque ni sé quién es ese Enrique, ni sé tampoco á lo que usted se refiere.

—Vaya, amigo Mastrich, ya veo que con usted es necesario jugar á cartas vistas. Sé perfectamente las relaciones que le unen con ese hombre, y una sola palabra mía sería suficiente para que toda esa aureola de probidad y de grandeza que le rodea, desapareciera en el calabozo de una cárcel. Conque procuremos entendernos y será bueno para todos.

—Marqués... no juegue usted con fuego, porque podría quemarse.

—Quien no ha de jugar es usted, porque, como le digo, tengo en mi poder los medios para perderle.

El banquero hubo de comprender, dada la actitud de Jorge, que no solamente estaba enterado de todo, sino que había ido allí resuelto á despejar la situación, por lo que á él pudiera convenirle.

Y como que conocía muy bien á Jorge y sabía que era capaz de todo, cuando por medio estaba su interés, comprendió que no la quedada más recurso que transigir.

—Pero, vamos á ver,—dijo,—¿para qué necesita usted á ese hombre?

—Si se lo dijera, sabría usted tanto como yo. ¿Me ha dicho usted alguna vez el uso que había hecho de la parte que se adjudicó con la herencia de mi tío? ¿Me ha dado usted participación en los negocios que merced á ella consiguió realizar?

—¡Hombre!...

—Nada, nada, Mastrich, ahorremos palabras inútiles y vamos al grano. Yo no puedo perder tiempo y necesito aprovecharlo. ¿Dónde vive ese hombre?

Mastrich no tuvo más remedio que decir al marqués dónde y de qué manera podría encontrar á la persona que quería.

*
* *

El marqués se dirigió á la fonda de las Cuatro Naciones donde se alojaba el individuo en cuestión.

Enrique Romero, que así se llamaba, ó por lo menos así se hacía llamar el individuo de quien tanto Dimas como Mastrich habían hablado á Jorge, habitaba en las mejores fondas de Barcelona, si bien su estancia en cada una de ellas era de corta duración, tratando de despistar de este modo las pesquisas de la autoridad, si es que á ésta se la ocurría hacer alguna referente á él.

Si astuto y largo, como vulgarmente se dice, era el marqués, lo que es el tal Romero le daba cruz y raya al más bribón de la honorable sociedad de los pillos.

Como el escribano había dicho muy bien, tenía un exterior agradable y simpático. Vestía de un modo irreprochable, se presentaba admirablemente, poseía dos ó tres idiomas, había estado en América y había visitado algunas poblaciones del extranjero, venciendo fácilmente cuantas exterioridades se necesitaban para engañar á las personas de quienes esperaba sacar partido.

El marqués comprendió desde luego lo útil que podía serle aquel hombre.

Romero á su vez, conocía también la clase de persona con quien tenía que habérselas.

Y como natural consecuencia, no les fué difícil entenderse.

Varias entrevistas celebraron dando el marqués á su cóm-

plice cuantos detalles juzgó pertinentes para el papel que debía representar.

En materia tan bien organizada como la de Enrique, aquellos detalles fueron de un efecto maravilloso.

El mismo marqués estaba encantado de su obra.

A los ocho días, Enrique Romero conocía al dedillo el papel llamado á desempeñar y en su consecuencia dijo al marqués:

—Pues cuando usted quiera estoy yo dispuesto á presentarme en casa del duque.

—Lo primero que se ha de hacer es, abandonar esta fonda y que usted se aposente en otra desde la cual debe escribir una carta al duque.

—Lo que usted quiera.

Y en su consecuencia Enrique dejó la fonda que ocupaba, se trasladó á la de Oriente, donde escribió la carta que vimos en otro lugar, carta que recibida por el duque le hizo correr á buscar á su sobrino y poner después el telegrama á su hermana.

CAPITULO CXXVII

Quiénes eran Carlos y Andrés

Ligerísimos antecedentes daremos respecto á estos dos jóvenes que incidentalmente tienen que entrar en nuestra novela.

Andrés y Carlos eran hijos de Mataró, juntos habían crecido, y sus padres habían quedado arruinados durante la guerra civil.

Huérfanos los dos, su amistad se había estrechado más fuertemente, porque el dolor une los corazones con lazos más indisolubles que el placer.

Crecieron juntos, y sus madres, haciendo un sacrificio, los mandaron á la corte á que siguieran una carrera.

Muy escasos eran sus recursos, y por lo tanto, los pobres muchachos tuvieron que buscar un medio para ayudar á sus gastos.

Andrés entró en casa de un banquero, y Carlos por recomendación de un amigo de su padre, en una oficina del gobierno.

Tenían poco sueldo, pero en cambio seguían sus estudios y eran queridos de sus profesores y de los jefes de sus respectivas oficinas y así pasaban una vida tranquila en lo que cabe, y ansiaban cada uno concluir su carrera para endulzar algún tanto la situación de su respectiva familia.

Pero un nuevo golpe vino á afligirles.

Con intervalo de un año fallecieron sus madres, legando á sus hijos unas tierras de escaso valor, en su pueblo, y la amistad que á ellas les había unido durante tantos años.

Pero todos los dolores tienen su lenitivo con el tiempo, y el de nuestros amigos le tuvo también.

Y así transcurrió aquél, y ellos vivieron muy sobrados de esperanzas, aunque muy escasos de recursos; jamás la nube más pequeña de disgusto empañó el cielo de su amistad, y alegres y satisfechos esperaban que llegase la terminación del curso, con el cual concluían su carrera.

* * *

El día en que vamos hablando, algún tiempo antes de que el marqués de la Esperanza pidiera la mano de Elisa, día que precisamente era el de San Isidro, los dos jóvenes querían asistir á la tradicional Romería que tanta celebridad tiene en Madrid.

—Conque, vamos á ver, chico.—decía Andrés,—antes de todo, balance de capitales.

—Pronto está hecho,—repuso Carlos,—yo tengo diez y ocho reales

—No es mucho que digamos; yo tengo catorce, con que total, ocho pesetas para dos personas decentes.

—Cantidad mezquina para dos caballeros como nosotros.

—No tan mezquina. Peor fuera no tener nada.

—De manera, que estás decidido á que vayamos á San Isidro.

—¿Y quién deja de ir, cuando de fijo que estará allí la más hermosa de las costureras que hay en Madrid?

—¡Feliz tú que al menos podrás ir al lado de Dolores!

—Pero hijo, ¿y quién tiene la culpa que tú hayas ido á levantar tanto tus miradas?

—Como si eso dependiera de la voluntad del hombre,— repuso el futuro abogado con tristeza.

—Ya lo creo que depende, ¡pero mira! hijo, si nos ponemos á declamar ahora contra las injusticias de la fortuna, no concluiremos jamás, y perderíamos un tiempo precioso, conque así, vamos andando, porque se va haciendo tarde.

—Cuando quieras.

Y los dos jóvenes salieron de su casa con dirección á la pradera de San Isidro.

*
* *

El día estaba despejado y tranquilo, y la multitud afluía por todas partes hacia la famosa puerta segoviana, estando expuesta con demasiada frecuencia á ser atropellada por los carruajes y los jinetes que se dirigían hacia el mismo punto.

—Mira, mira, Andrés, ¿qué te parece ese espectáculo?

—¡Phs!... ahí veo una multitud muy divertida y que tal vez vuelva muy triste.

—¡Eh!... no me vengas ahora con tus filosofías.

—O muy despechada, que da lo mismo.

—No sé por qué.

—Pues es de muy fácil explicación; mira, los unicos reyes de esta fiesta, son los mendigos y los tenderos, esos son los únicos que gozan.

—¡Toma! y nosotros también.

—Ahora lo decimos así; ¿podremos decirlo acaso dentro de una hora?

—¿Y por qué no?

—¿Sabes tú lo que puede sucedernos todavía?

—Lo único que puede sucedernos, es volver sin un cuarto.

—Ahí tienes una de las razones; vamos ahora muy alegres, y cuando volvamos pensaremos en que nuestra patrona nos va á plantar en la calle porque la debemos dos meses; que el sastre y el zapatero nos persiguen sin piedad, y en fin, otras mil zarandajas que ninguno sabe tan bien como tú.

—¡Ya, ya! pero de muchas de esas cosas nadie tiene la culpa más que tú; esos amores platónicos...

—No me riñas, Andrés,—dijo Carlos, por cuyo rostro pasó una nube de tristeza infinita;—esa mujer es mi vida.

—Sí, pero es la muerte de nuestros bolsillos.

—Tienes razón.

Y el abogado inclinó la cabeza pensativo, y así anduvieron algunos momentos sin cruzarse entre ellos palabra alguna.

El médico le miró dos ó tres veces, y sintiendo tal vez haberle ofendido, le dijo:

—Vamos, Carlos, no ha sido mi ánimo herirte en lo más mínimo; no estés cabizbajo, que esa cara patibularia no sienta bien con la alegría que nos rodea.

—¡Que me he de incomodar contigo! yo mismo comprendo que es una locura el fomentar esta pasión ridícula, y locura mayor todavía los gastos exagerados á que me arrastra.

—¡Ya, ya! tú quieres ir al teatro que ella va, quieres ir á los paseos que ella concurre, y todo eso, mi pobre Carlos, no es para unos pobretes como nosotros.

—Conozco la verdad de cuanto me dices, hago propósito de no verla; pero á pesar mío, hay una fuerza extraña que me

impele siempre hacia ella, y la veo, y su mirada se fija en mí de un modo que yo leo en ella cien protestas mudas de amor, y mi voluntad se quiebra, y voy al teatro, y monto á caballo y cada día nos empeñamos más.

—¿Y qué le hemos de hacer? A todas esas razones no hay más que callar; cuando uno se vuelve loco, ó dejarlo, ó llevarlo á Leganés.

—Y puedes creerme, que si por alguien siento este amor, es por tí, pobre amigo mío, que te sacrificas.

—¡Bah... bah!... sacrificios, ¿quién te habla de semejante cosa? tú lo que debías haber hecho era lo que yo, buscar una novia costurera, que es la fruta más económica que hay; esas te cosen las camisas, te arreglan el chaleco alguna que otra vez, y cumples, con entrarlas á la horchatería algún domingo, ó llevarlas al paraíso del teatro Real alguna vez, muy raras por supuesto, porque es muy malo acostumbrarlas á malos vicios, y en fin, siempre se pesca algo.

—¡Que buen humor tienes siempre!

—¿Y qué quieres que le haga? he de llorar porque esté sin un cuarto, ¡cá!... A grandes males, grandes remedios; yo te aseguro que quisiera los amores de las marquesas, pero, chico, son amores muy caros; yo tomar, no sé; y dar, no puedo; por lo tanto busco lo más económico. ¡Oh! y lo que es la que tengo ahora, te aseguro que es excesivamente económica; es verdad que está con su madre también, y en fin, parece que aunque pobres, son virtuosas, y casi casi, si yo no hubiera dudado que me podía enamorar, me figuraría... pero ¡cá!... esa es una palabra que yo he borrado de mi diccionario particular.

—Dichoso tú, Andrés, si no te enamoras, y quiera Dios que no lo estés nunca.

—¡Oh! en cuanto á eso, preferiría perder el año á estar enamorado.

—No sabes tú cuánto sufro.

—No, pero me lo figuro, y vale más figurárselo que sentirlo.

Volvieron otra vez á suspender su conversación los dos amigos, sin que por eso interrumpieran su marcha.

De pronto se detuvo Carlos exclamando:

—¡Ah!... ¡ella!

—¡Caramba! ¡mi costurera!—exclamó Andrés al mismo tiempo.

—¡Qué hermosa es!

—¿Quién, mi conquista?

—Ya me ha visto,—murmuró el abogado dibujándose en su rostro una satisfacción suprema.

—¿Pero de quién hablas, chico?—dijo Andrés, mirando con asombro á su amigo.

—¡De quién he de hablar! de ella.

—¿De mi novia?

—No, es de Elisa, mírala... mírala en su carretela, ¿la ves?

Y Carlos señaló á su amigo una joven que, acompañada de una señora anciana, iba en una magnífica carretela, tirada por dos bricsos caballos.

—¿Sabes que es hermosa tu conquista, chico?—dijo Andrés después de haberla estado contemplando algún tiempo;—¿sabes que por una mujer así se puede arriesgar *todo*?

—¿Verdad que sí?

—Todo... menos el dinero, y mucho menos cuando no se tiene.

—Es cierto.

—Pero repara, Carlos, repara en esa rubia que va ahí delante de nosotros... mira qué cara, mira qué talle y mira qué caderas, ¿qué te parece?

—No es fea.

—¡Qué ha de ser fea, hombre! si esa es la reina de las costureras, esa es la dueña de mis pensamientos y...

En aquel momento, la joven de quien hablamos volvió la cara y reconoció á su amante.

—Vamos, ya me ha visto,—dijo éste,—no hay más remedio que acercarme á ella. ¿A cómo estarán las pasas y los torrados? Los enemigos han distinguido nuestro flanco, y van á abrir en nuestros bolsillos una brecha menuda.

Carlos no pudo menos de reirse á la extraña salida de su amigo, y siguiendo los pasos de éste, se encontró muy pronto al lado de la costurera.

Sin embargo, sus ojos no acertaban á separarse de la carretela en que iba Elisa.

Si encantadora era la dama á quien amaba Carlos, no era menos hermosa la amada del médico.

Ambas representaban dos tipos distintos, pero igualmente bellos y puros.

Elisa, morena, de ojos negros y de cutis blanco y fino como el armiño, que permitía que se transparentasen sus azuladas venas.

Rubia, de ojos azules, de labios encendidos y de mejillas suaves como el terciopelo, era la costurera, sin que á pesar de la distinción de clases de las dos mujeres y á pesar de la variedad de trajes de ambas, fuera posible decir cual era más hermosa de las dos.

Si la una estaba encantadora con su capota de paja y su vestido de glasé, no lo estaba menos la otra con el ligero traje de percal y el sencillo manto de seda.

Andrés iba sumamente satisfecho al lado de la joven.

Carlos envidiaba aquella felicidad que disfrutaba su amigo.

Hubiera querido haber podido ir también al lado de Elisa, y hacía cuantos esfuerzos le eran posibles por acercarse hacia su amada, cuyo carruaje iba sumamente despacio.

Esta no apartaba su vista de él.

Tal persistencia hubo de llamar la atención de un jinete que cabalgaba á una de las portezuelas.

Dirigía de vez en cuando la palabra á Elisa, y distraída ésta, ó bien no le contestaba, ó si lo hacía, generalmente no era acorde.

Siguió el caballero la dirección de sus ojos y pronto encontró la causa de la distracción de la joven.

Frunció ligeramente su entrecejo y sus ojos destellearon un resplandor siniestro.

Sin embargo, se dominó instantáneamente y siguió contemplando á nuestros amantes, sin que éstos se apercibiesen de la observación de que eran objeto.

*
* *

Entretanto Carlos, por medio de una hábil evolución, hizo que variasen de sitio las personas con quienes iba, encontrándose junto al camino por donde iban los carruajes, y por lo tanto, más cerca de su amada.

Andrés miraba de vez en cuando á su amigo, se sonreía imperceptiblemente y seguía compartiendo sus atenciones entre su costurera y la madre de ésta.

Elisa iba jugando distraídamente con el pañuelo que llevaba en la mano, cuando una ligera ráfaga de viento se lo arrebató, viniendo á caer al suelo.

A la leve exclamación de sorpresa que hizo, el caballero volvió rápidamente su caballo y trató de coger la delicada batista.

Pero ya Carlos lo había visto caer y rápido como el pensamiento se lanzó al camino.

El caballero hizo un gesto de cólera al ver la acción del

abogado, y espoleando furiosamente á su cabalgadura, se lanzó sobre el joven.

Andrés, sorprendido por la brusca separación de su amigo, le vió inclinarse para coger el pañuelo, y al caballero que se disponía á atropellarle.

Entonces levantó su bastón, y dirigiéndose de un salto á donde estaba Carlos, exclamó:

—Ahora verás, tunante.

—Andrés, ¿qué va usted á hacer?—le dijo la costurera asustada; y ambas mujeres, temerosas de que se comprometiera el estudiante, trataron de detenerle.

Andrés llegó junto á Carlos á tiempo que iba á alzarse éste y á ser atropellado por el caballero, pero un bastonazo del médico perfectamente aplicado al corcel, hizo que su amigo se salvase.

Elisa dió un grito y Andrés se dispuso á secundar.

Pero un incidente nuevo vino á llamar su atención.

Al sentir el caballo el golpe, dió una media vuelta, viniendo á dar contra los caballos de la carretela de Elisa.

Estos se espantaron con el choque, y volviéndose rápidamente, cogieron á la madre de la costurera, magullándola horrorosamente con sus piés.

Todo esto, que nosotros hemos tardado algún tiempo en referir, pasó instantáneamente, y cuando Andrés volvió la cabeza, sólo vió á la anciana cubierta de sangre, á su hija dando gritos desconsoladores, desmayada Elisa, y á la multitud entristecida y afectada contemplando aquel cuadro.

Inmediatamente se lanzó á socorrer á las dos mujeres.

Carlos, que no sabía aun el peligro que había corrido, se guardó maquinalmente el pañuelo y siguió á su amigo después de haber dirigido una triste mirada á Elisa, á la cual hubiera también deseado socorrer.

Entretanto la anciana seguía sin movimiento, y cuando la autoridad acudió al lugar de la catástrofe, se la trasladó al hospital que había en la pradera, donde se la hizo la primera cura, siendo conducida desde allí á su casa.

Andrés y Carlos siguieron dolorosamente el fúnebre cortejo y de vez en cuando se le oía murmurar al primero:

—¡Oh! no he podido ver bien la cara á ese tunante, causa de todo esto; pero si muere esta pobre mujer, yo le aseguro que se ha de acordar de mí.

Gracias á los socorros que á Elisa se prodigaron, pudo volver en sí, y aunque las gentes señalaron como autor primitivo de la desgracia al caballero que iba al lado del coche de la joven, la autoridad no se atrevió á hacer uso de su derecho contra aquel señor, que se llamaba D. Jorge del Bosch y era marqués de la Esperanza.

La condesa de Finestrall, madre de Elisa, deploró aquel incidente desgraciado, y tranquilizada algún tanto por haber vuelto su hija del desmayo, dispuso volverse á su casa, como lo hizo, acompañadas por el marqués de la Esperanza.

CAPITULO CXXVIII

El amor de Elisa

Justo es que manifestemos á nuestros lectores que todos estos sucesos que vamos refiriendo relacionados con Carlos y su amigo, también han tenido lugar antes de la marcha del marqués de la Esperanza á Barcelona y, por lo tanto, antes también de que hubiese aparecido el hermano de Elisa.

Hecha esta salvedad prosigamos nuestro relato.

Han transcurrido ocho días desde la tarde en que la carretela de Elisa atropelló á la madre de Dolores.

Estamos en casa de la primera.

Elisa, como recordarán nuestros lectores, se desmayó al contemplar el lastimoso cuadro que se ofreció á su vista aquella tarde.

Y tal fué la impresión que la causó, que al volver á su casa, tuvo necesidad de meterse en el lecho, pues la fiebre la devoraba.

Es cierto también que la pobre niña se había impresionado á la vista del peligro que había corrido Carlos.

Y todas estas emociones hicieron su efecto en aquella naturaleza débil é impresionable.

A los ocho días, que es el momento en que la presentamos á nuestros lectores, estaba ya un poco mejor, y su palidez excesiva aumentaba doblemente sus encantos.

Sentada en una butaca y sola completamente en sus habitaciones, Elisa estaba cabizbaja y pensativa.

¿De qué podía ocuparse aquella imaginación de diez y ocho años?

De sus amores.

Efectivamente, la joven condesa de Finestrall amaba con toda la fuerza de su corazón.

La joven tenía un alma privilegiada.

Para ella, todas las diferencias que la sociedad ha puesto para separar las clases, eran desconocidas.

Estaba, por decirlo así, sobre todas las preocupaciones sociales, y el pobre y el rico eran iguales ante sus ojos, si ambos eran honrados, buenos y virtuosos

Su madre era el reverso de la medalla.

Engreída con su nobleza y orgullosa con su capital, nada bueno veía, más que lo que emanaba del círculo en que vivía.

Sin embargo, tenía una cosa en su abono, y era el cariño profundo é inmenso que profesaba á su hija, cariño que había hecho concentrar en ella la pérdida de su primer hijo, y la de su otra hija después.

Mas de una vez consiguió Elisa que se dulcificase el carácter de su madre, y que se plegase algún tanto á sus ideas; pero estos eran meteoros que duraban bien poco, toda vez que presto volvía á reaparecer su carácter, y volvía á ser la altanera señora, amante de los blasones y de las riquezas.

El marqués de la Esperanza se presentó en su casa, y fué perfectamente recibido por la aristocrática dama.

Jorge era joven todavía, y conociendo la dote tan inmensa de Elisa, pensó en ella, y se dedicó á hacerla la corte.

La joven sintió hacia aquel hombre una repulsión invencible.

Pero su madre, desde luego, vió con gusto las inclinaciones del marqués, y se hizo la ilusión de ver realizado aquel matrimonio.

Más su hija tenía ya hecha su elección.

Amaba á Carlos, y para ella, valía infinitamente más el pobre estudiante, que el opulento marqués.

Digamos cuatro palabras sobre el conocimiento de Elisa con el joven.

* * *

Era uno de los días más crudos del invierno.

Había nevado la noche anterior, y el piso estaba excesivamente resbaladizo.

Una pobre mujer anciana y miserablemente vestida, bajaba por la calle de la Montera.

Temblando de frío y tal vez desfallecida por falta de alimentos ó ahogada por el dolor, la pobre vieja tenía necesidad de apoyarse de vez en cuando en la pared, para no caer.

De pronto se le escurrió un pié, vaciló y trató de sostenerse, para cuyo efecto, se cogió á un hombre que pasaba á la sazón.

Pero éste, reprendióla con brutalidad y la arrojó al suelo, quedando la anciana sin sentido.

En este momento una joven que salía de una tienda para entrar en el coche que la esperaba, dió un grito de indignación al presenciar semejante acto de brutalidad, y se dispuso á socorrer á la vieja.

Pero casi al mismo tiempo, un joven se lanzó hacia el hombre que maltrató á la anciana, y afeándole su proceder, llegaron á tal extremo, que pasaron á las vías de hecho, viniendo los golpes tras de las palabras.

El hombre sin corazón que había maltratado á la anciana, quedó castigado entre los aplausos de las personas que presenciaron el lance, y nuestro joven, que no era otro que Carlos, se dirigió á la pobre mujer, á la cual ya habían hecho volver en sí los cuidados de la joven.

Carlos adivinó la enfermedad de la anciana, y viéndola temblar, dijo:

—Pero esta desgraciada está temblando de frío.

Y quitándose su gabán, abrigó con él á la pobre.

Después tomó un coche, la hizo entrar en él y la condujo á su miserable vivienda.

Cuando regresó á su casa, en medio de la satisfacción que sentía su alma por la acción que había hecho, sentía un dolor extraño, inexplicable.

La imagen de aquella joven tan rica, según parecía, y tan buena, no se apartaba un instante de su pensamiento.

Por su parte, Elisa sintió una mezcla indescriptible de movimientos, en su corazón.

Y volvieron á verse ambos jóvenes en casa de la anciana.

Y ambos se ruborizaron y casi no se atrevieron á cambiar una palabra.

Poco á poco fueron sintiendo que un placer inmenso se apoderaba de ellos cuando estaban juntos.

Se pidieron á sí mismos la explicación de aquellos sentimientos, y comprendieron que se amaban.

Y en aquellos primeros momentos de embriaguez, ambos olvidaron sus respectivas posiciones, y dejaron que brotaran de sus labios las primeras palabras de amor.

Desde entonces vinieron los excesivos gastos del estudiante.

Ambos se amaban con su primera pasión, y ambos deseaban verse, ya que hablar podían hacerlo en muy raras ocasiones.

Por lo tanto, Carlos se veía precisado á asistir á los teatros, á los paseos, y aun valiéndose de algunos buenos amigos, pudo penetrar en varios salones, donde tenía la confianza de encontrarse con Elisa.

Esto, como es consiguiente, producía gastos, que la posición de nuestro estudiante, no podía soportar.

Y de ahí la razón por la cual tanto su amigo Andrés como él, llevando ambos una conducta irreprensible, se veían entrampados, sin recurso de ninguna especie.

Entretanto, Elisa, tras de su primer sueño de felicidad, se encontró con el despertar de su dolor.

El marqués de la Esperanza estaba deseoso de obtener la mano de Elisa, que halagaba tanto á sus sentidos como á su ambición.

La condesa viuda, por su parte, estaba también deseando que el caballero se explicase, pues también halagaba á su orgullo aquella unión.

Y dos personas que tan de acuerdo se encontraban en ideas, natural era que se entendiesen, y el resultado de esto fué, que el marqués pidió la mano de Elisa, y que la condesa no tuvo reparo en concedérsela por entonces.

Y decimos por entonces, porque llegó un día en que se

trató la cuestión de capitales, y resultó que Elisa poseía algunos miles de duros más que el marqués, y si bien esto no fué un obstáculo formal, sí hizo que se enfriase algo el deseo de la condesa.

El marqués lo comprendió y trató de aparentar más de lo que en realidad existía, y entretanto apretó á la madre para que explorase y en caso necesario, intimase su voluntad á Elisa.

La condesa creyendo contar con la pasiva obediencia de su hija, la habló en aquel sentido.

Pero sucedió lo contrario de lo que esperaba.

Elisa se opuso á aquella unión, que rechazaba su alma.

Y esta oposición, como es natural, irritó á la madre é hizo asomar las lágrimas á los ojos de la hija.

El marqués con esto ganó mucho más, porque la condesa orgullosa por naturaleza, desde el momento en que se la presentaba un obstáculo, trataba á toda costa de vencerlo.

Y la persistencia de la madre, aumentó el dolor de la hija.

Tal era la situación en que se encontraban nuestros personajes, cuando ocurrió el desgraciado suceso del día de San Isidro.

***

Jorge comprendía algo de la repugnancia con que le miraba Elisa, y sospechó con harto fundamento que cuando la joven no le amaba, sería porque amase á otro.

Y el día de San Isidro, por la tarde, pudo conocer el rival afortunado cuya existencia adivinaba, pero á quien hasta entonces no pudo conocer.

Carlos, por su parte, estaba completamente ajeno de cuanto pasaba.

Veía sí la tristeza de Elisa y aunque le preocupaba, no podía ni remotamente imaginarse la causa de ella.

Dados estos ligeros antecedentes necesarios para los sucesos que han de seguirse, continuaremos la marcha de nuestra obra.

Ya hemos dicho que Elisa estaba en su habitación, preocupada y pensativa.

También hemos asegurado, que pensaba en sus amores.

Y tenía motivos para ello.

El médico había indicado á su madre que sería muy conveniente que la llevasen fuera de Madrid una temporada, y con el cambio de aire, su salud un tanto quebrantada hacía algún tiempo, podía restablecerse completamente.

Su madre desde luego asintió á la idea del facultativo, pero Elisa tampoco estaba conforme con ella; porque marcharse de Madrid equivalía á no ver á Carlos, y Carlos era su vida.

Y sin embargo, no podía contrarrestar abiertamente la voluntad de su madre.

¿Qué había de decir ella para justificar su deseo de quedarse en Madrid?

Nada; no tenía más que resignarse y sufrir también el nuevo tormento de la ausencia.

Y de aquí que la joven estuviera tan cabizbaja y tan pensativa, como nuestros lectores la vuelven á encontrar.

CAPITULO CXXIX

El juramento

Largo tiempo permaneció en aquella situación hasta que abriéndose la puerta de su cuarto, dió paso á la condesa, que dirigiéndose á su hija, la dijo:

—Conque, hija mía, ya lo sabes, para pasado mañana he dispuesto que sea la marcha.

—¿Tan pronto, mamá?

—Sí, tu salud lo exige y es demasiado preciosa para mí, para que demore nuestra partida.

—¿Y dónde vamos?

—Pasaremos en Andalucía hasta á mediados de Junio y después nos iremos á nuestra torre de San Gervasio en la cual esperaremos la temporada de baños, para ir á Biarritz.

—Pero ¿para qué marchamos de Madrid, mamá?

—No seas niña, Elisa, ¿qué interés tienes en que permanezcamos aquí?

—Yo ninguno; pero...

—Además, que cuando Jorge sepa que nos marchamos vendrá con nosotras.

—¡Oh!... no se lo digas, mamá,—dijo Elisa con viveza.

—¿Por qué?—preguntó sorprendida la condesa.

—Porque te aseguro que me pondría peor.

—No seas tonta, niña; Jorge te quiere y él solo debe hacer tu felicidad.

—Bien, mamá, dejemos ahora esa conversación.

—No, Elisa; hace unos cuantos días he advertido que tu repugnancia hacia el marqués de la Esperanza, toma proporciones colosales.

—Creo que siempre me has visto lo mismo respecto á él.

—Lo cual no ha dejado de sorprenderme, y ya sabes que varias veces te he dicho clara y terminantemente cual era mi voluntad.

—Y yo creo que nunca me he opuesto á ella.

—Pero sin embargo, comprendo que esta boda te disgusta.

—Y comprendes perfectamente.

—Pero vamos á ver, hija,—dijo la condesa, que comenzaba á impacientarse.—¿Qué es lo que tú le encuentras á Jorge para que te sea tan antipático?

—Todo.

—No te comprendo.

—En ese hombre hay bajeza, hay orgullo, hay malos sentimientos; hay, en fin, todo cuanto puede hacer desgraciada á una mujer.

—Son quimeras que tú te forjas, Elisa; yo creo conocerle perfectamente y sé que es honrado, que no es de esos hipócritas que se encubren con el manto de una falsa virtud, sino un

hombre muy despreocupado que desprecia toda esa pobretería que nos cerca, desde el momento en que sabe que tenemos dinero; y sobre todo, Elisa, es el marqués de la Esperanza, ó lo que es lo mismo, el representante de una de las casas más nobles y más fuertes de Cataluña.

—Yo quisiera mejor menos títulos y más corazón.

—Pero ¿quién te ha inculcado estas ideas tan vulgares, Elisa? ¿Qué más puedes desear que tener á tu lado un hombre rico y noble?

—¡Como si todo se redujera á eso!

—¡Ea! ¡ea, niña! basta de contemplaciones, que veo que contigo es peor dejarse ablandar.

—¿Pues qué te he dicho yo, mamá?—le dijo Elisa, con una tristeza infinita.

—Nada, nada; pero no parece más sino que te empeñas en contrariarme completamente, mujer; según tus ideas, nada hay bueno más que... esa clase que nuestros antepasados trataban á latigazos, y que sería muy conveniente que hoy hiciesen lo mismo.

—¡Pero mamá, por Dios! ¿qué tiene esa pobre gente de menos que nosotros?

—¿Y me lo preguntas aún, Elisa? ¿Dónde radican todos los vicios más que en ellos? Yo te aseguro que si no hubiera sido porque cuatro tontos los han embaucado, no tendría el pueblo tantos humos.

—Desengáñate, mamá, el progreso es, como dice el conde de Montserrat, una ley de la humanidad, el progreso es el imán, por decirlo así, que atrae á su derredor á todos los pueblos.

—¡Vaya un personaje el conde de Montserrat! un abogadillo hablador.

—Mira, mamá, que el conde es de la mejor nobleza, y sus riquezas son tan pingües como noble su alcurnia.

—Pero él ha renegado de todo eso; ¿quién le habrá engañado para olvidar su noble origen y hacerse defensor del pueblo?

—Su buen instinto y su justo criterio.

—Vamos, vamos, tan loca eres tú como él.

Y la condesa, sumamente sofocada, se levantó de su asiento y se puso á dar paseos precipitadamente por la estancia.

*
* *

Un momento después, un criado apareció en la puerta de ella y dijo:

—El señor marqués de la Esperanza pide permiso para saludar á las señoras.

—¡Que pase, que pase!—contestó la madre de Elisa.

Y volviéndose hacia su hija, continuó:

—Vamos, niña, no estés con este semblante de tan pocos amigos.

En aquel momento penetró Jorge en el gabinete.

—¡Adiós, condesa! ¿cómo se encuentra usted, Elisa?

—Bien, gracias; hoy parece que me encuentro más fuerte que otros días.

—Y Dios mediante pronto las recuperará del todo,—añadió la condesa.

—Eso es lo necesario; crea usted que si pudiera á costa de cualquier sacrificio devolver á las mejillas de Elisa los perdidos colores, lo haría con verdadero placer.

—Ya lo sabemos, Jorge, y le agradecemos ese interés; pero ahora en Andalucía, bajo aquel cielo encantador, mi hija tornará á su anterior estado.

—¡Cómo! ¿Van ustedes á Andalucía?

—Sí, y desde allí á Barcelona, á San Gervasio. El médico nos ha dicho que sería muy conveniente el cambio de aires á Elisa, y para pasado mañana he dispuesto el viaje.

El marqués pretendió acompañarlas, y aun cuando Elisa estaba visiblemente contrariada, no tuvo otro remedio que resignarse.

Sin embargo, una ligera indisposición de su madre las hizo desistir del viaje, por el momento al menos, y en este espacio recibió la condesa la carta de su hermano, el duque de la Unión, carta que produjo el disgusto que ya vimos en uno de nuestros capítulos anteriores, y que al tener de ella conocimiento el marqués de la Esperanza, le puso en el caso de marchar á Barcelona á fin de buscar una persona que pudiera hacer el papel del hijo perdido de la condesa.

Esta modificó su plan de viaje, puesto que su salud estaba algo resentida, y ya no pensó sino en marchar directamente á Barcelona cuando estuviesen en disposición de ello.

*
* *

Entretanto, una escena de un carácter completamente distinto, tenía lugar en una modesta casa de la calle de la Palma.

Allí vivía Dolores, la amada de Andrés, la hija de la pobre anciana atropellada por el carruaje de la condesa de Finestrall.

La anciana estaba espirando.

En vano se había recurrido á todos los medios posibles para salvarla.

Andrés, ya hemos dicho que estudiaba medicina, y era querido extraordinariamente por sus catedráticos, que veían su

aprovechamiento y que cifraban en él grandes esperanzas para lo porvenir.

Por lo tanto, no vaciló en recurrir á ellos para que le prestasen los socorros de su ciencia.

Visitaron á la madre de Dolores; pero todo fué inútil.

El padecimiento moral había venido gastando durante muchos años su naturaleza, y las lesiones que había sufrido, eran además, tan graves, que no existía ningún remedio.

Se la mandó administrar la Extremaunción, y en el momento que vuelven á verla nuestros lectores, se encuentra en la agonía.

Junto á su lecho de muerte hay tres personas.

Su hija á la cabecera, Andrés al otro lado y Carlos á uno de los extremos.

La mano del joven estudiante de medicina tenía cogida la muñeca de la anciana, espiando en su pulso la vida que le quedaba.

Nada turba el silencio aterrador que reina en aquella estancia, más que el estertor de la moribunda y los ahogados sollozos de su hija.

De pronto hizo aquélla un movimiento y atrayendo junto á sí á su hija, la dijo con solemne voz, aunque debilitada por la proximidad de la muerte:

—Dolores, hija mía... cuando muera, vete á Barcelona, allí sabes que tengo una hermana... pobre como yo... pero buena y caritativa... no implores nunca la caridad. . del marqués de la Esperanza... Tu primo es el peor de todos los hombres.

—Yo le juro á usted, señora,—dijo Andrés,—que mientras viva Dolores tendrá en mí un defensor, y un hermano mientras no pueda ser su esposo.

—Gracias, Andrés... ya sé que usted la quiere... y que mi pobre hija le corresponde... usted es bueno y ella también... y si algún día llegan á unirse, serán felices... porque tienen condiciones para serlo.

—¡Oh! ¡madre mía! ¡madre mía!

—No te aflijas, Dolores... no te aflijas... mi muerte es una cosa natural...

—¡Oh!... no lo crea usted, y yo le juro que al que ha tenido la culpa...

—No jure usted nada... Andrés...¡quién sabe! Aquello fué un accidente puramente casual.

Y la anciana volvió á caer sobre su miserable lecho, debilitada por el esfuerzo que hizo para hablar.

Dolores lloraba, y Andrés contemplaba con dolor, á entrambas mujeres.

En cuanto á Carlos, sufría también de una manera intensa y horrible.

Aquel día y poco antes de entrar en casa de Dolores, había recibido una carta de Elisa, en la que le participaba que iba á marchar á Barcelona con su madre, tan luego se encontrara algo mejor.

Unido esto al cuadro que se presentaba á su vista, le oprimía terriblemente el corazón.

Hubo algunos momentos de silencio y al cabo de ellos, la anciana dilató extraordinariamente los ojos.

Sus músculos se contrajeron y dió un grito horrible.

A éste contestó otro.

La anciana era cadáver.

Dolores se había abrazado estrechamente á él y sus labios besaban convulsivamente los pálidos y fríos de su madre.

Carlos limpió una lágrima que asomó á sus ojos y des-

pués se arrodilló, y recordando sus oraciones de niño, envió hasta el cielo una plegaria, ardiente y llena de fervorosa unción.

Entretanto, Andrés, extendiendo la mano sobre el fúnebre lecho, dijo:

—Juro sobre el cadáver de esta desgraciada que he de castigar á su asesino, y al que quiso hacer otro tanto con mi amigo Carlos.

CAPITULO CXXX

Los trabajos de don Dimas

Otra vez nos encontramos en Barcelona y en casa del escribano don Dimas.

Es el día siguiente al de la aparición de Rafael como hijo de los condes de Finestrall.

El escribano se encuentra en su despacho muy preocupado, cuando la puerta se abrió, y uno de sus escribientes apareció en ella.

Don Dimas alzó la cabeza, y preguntó:

—¿Qué ocurre?

—El señor marqués de la Esperanza desea ver á usted.

—¡El marqués!... dile que pase en seguida.

El dependiente abandonó la estancia y un momento después entraba en ella Jorge.

—¡Adiós, señor marqués!—dijo el escribano estrechando afectuosamente la mano que aquél le tendía.

—Buenos días, don Dimas, ¿qué tal le ha ido?

—Como siempre; rodeado constantemente de negocios, y sin saber cómo acudir á todos.

—¡Ya, ya! y usted que es tan activo...

—Esa fama tengo, y usted puede asegurarlo perfectamente.

—Es muy cierto.

—Y vamos; ¿qué tal la mano de aquel individuo?

—Bien, hasta ahora no se porta mal.

—¿Trabaja?

—Sí.

—¿Hoy acaso?

—No, ayer mismo; cuando llegué anteayer á mi casa, estaba esperándome.

—¿Y está conforme?...— preguntó el escribano con un acento en que, á pesar de lo que trataba de ocultarlo, se traslucía una ansiedad inmensa.

—En todo.

—¡Oh!... ¡entonces somos felices!

—No tanto, porque tiene exigencias, y aunque yo he tratado de combatirlas ha cedido á la fuerza; pero ¡quién sabe lo que podrá hacer en lo sucesivo!

—Ya lo tendremos constantemente vigilado.

—Sin embargo, no conviene descuidarse.

—¿Y los documentos?

—Ya están firmados.

—Pues eso es lo principal; ¿á ver?...

—¿Para qué? me los he dejado en casa comprendiendo que para nada hacía falta el traerlos.

El escribano arrojó una mirada indescriptible á Jorge.

Este aparentó no verla, y dijo con la mayor indiferencia:

—¿Sabe usted que necesito dinero?

—Ya hablaremos de eso; pero creo que recordará usted que quedamos...

—Sí, en que usted sería el depositario de todos los documentos.

—Justamente.

—Pues yo he pensado, mi buen don Dimas, que lo mismo daba que estuviesen en mi poder.

—Eso desde luego; pero usted sabe perfectamente, que los contratos se deben observar mutuamente.

—Eso mismo debí yo recordar á usted en otra ocasión, amigo mío.

—No recuerdo.

—Cuando la muerte de mi tío, habíamos quedado en que un testamento tendría usted y otro yo, y sin embargo, yo me quedé sin ninguno.

—Eso fué cosa de Mastrich.

—Y de usted, también, don Dimas.

—De manera que usted se ha querido vengar ahora, ¿no es eso?—preguntó el escribano mordiéndose los labios de cólera.

—No ha sido venganza, ha sido precaución.

—¿Pero usted no comprende, señor marqués, que aunque no me quiera dar esos documentos, tengo otras armas con las cuales podría perderle si quisiera?

—Se perdería usted conmigo,—contestó friamente Jorge.

—Está usted en un error.

—Pues haga usted uso, si quiere, del testamento de mi tío.

—¡Oh!... si no es de eso de lo que yo hablo.

—Entonces, no comprendo...

—Pues es muy fácil; ¿todas las cartas que usted me ha escrito referentes al asunto de esta fabricación, no están en mi poder?

—¿Y qué tenemos con eso?—dijo Jorge con una calma admirable.

—¿Y esas cartas no son suficientes, á pesar de no tener firma alguna, para llevarle á un presidio, en cuanto se pruebe que son de puño y letra de usted?...

—Es que usted, no hará uso de esas cartas.

—Demasiado lo sabe, y por eso abusa de mí.

—No es precisamente por eso, y no se ofenda usted, amigo mío; todas las seguridades que usted me pudiera dar no me conformarían; pero tengo otra más positiva.

—Usted me ofende, y creo que no tratará de dar lugar á que el amigo se torne en un enemigo, que para usted pudiera ser algo temible.

—Haga usted lo que guste.

—¿Conque es decir, que esos documentos persiste en no entregármelos?

—Sí, señor; persisto.

—¿Pero la confianza?...

—No es más que una palabra que entre usted y yo no tiene significación alguna.

—Ese lenguaje...

—Es un tanto atrevido, ¿no es cierto?...—dijo con insolencia el marqués.

—Sí, señor; y pudiera costarle caro,—añadió don Dimas cuyo furor iba aumentándose por grados.

—Haga usted lo que quiera, le repito.

—¿De modo que me provoca?

—Yo no provoco, no digo más que lo que estoy resuelto á hacer.

—Y yo también obraré.

—¿Con qué? ¿con las cartas acaso?—preguntó con ironía punzante Jorge.

—Sí, señor; con las cartas.

—Me parece que está usted equivocado.

—¿Cómo equivocado?...—gritó el escribano pálido de coraje.

—No se altere usted, don Dimas; con las cartas no podrá usted hacerme tiro alguno.

—¿Por qué?

—Porque es imposible.

—Pero...

—Esas cartas no están en poder de usted.

—¿Qué está usted diciendo?

—Que yo no soy ningún tonto para dejar en manos de usted armas que pudieran en un día dado, volverse contra mí.

—Según eso...

—Las cartas están en mi poder.

Un rayo que hubiese caído á los piés de don Dimas, le habría sorprendido menos que la seguridad con que Jorge pronunció las últimas palabras.

Por algunos momentos permaneció anonadado. Pero después se levantó del asiento, se dirigió á su *secretaire* que tenía en un rincón del despacho, lo abrió, oprimió algunos resortes, salieron varios cajones invisibles hasta entonces, y los registró en vano.

Los papeles que buscaba, no estaban allí.

Entonces arrojó una mirada dura y acerada al marqués, que no pudo menos de estremecerse al percibirla.

Cerró de nuevo el mueble, y con los labios contraídos y crispadas las manos, volvió á ocupar su poltrona delante de la mesa de despacho.

—¿Conque es decir que ha ganado usted la partida?—dijo con una calma aparente, que contrastaba con la tempestad que rugía en el fondo de su pecho.

—Así parece,—contestó Jorge, que á pesar suyo se sentía impresionado por la mirada penetrante del escribano y por la entonación glacial de su voz.

—¿Y no teme usted que yo quiera tomar la revancha?

—Puede usted hacerlo.

—Pero no lo haré.

—Me es indiferente; pasemos á otro asunto.

—Hable usted,—contestó el escribano con la misma calma que tanto estaba mortificando á Jorge.

—Ya le he dicho que necesito dinero.

—Infinitas personas habrá en Barcelona que tengan á mucha honra el prestárselo al marqués de la Esperanza.

—¿Es decir que usted?...

—Yo no tengo fondos disponibles, pues todos son depósitos confiados á mi custodia.

—¿Y dónde voy á pedir yo los diez mil duros que me hacen falta?...

—Cualquier prestamista se los dará, siempre que exista una buena garantía.

—Veo que me conserva usted rencor por lo anterior, y lo siento, porque me hacía ese dinero mucha falta.

—¿Qué quiere usted que yo le diga?

—Vamos á otra cosa, hagamos un trato.

—Usted dirá.

—Los deseos de usted y los míos son de quitar el testamento que tiene Mastrich, ¿no es cierto?

Los ojos del escribano brillaron de una manera que demostraba que Jorge tenía razón.

—Bien, concedo; ¿pero qué más?

—Si usted consigue recoger ese documento, le entrego, en cambio, los del negocio de la moneda.

—¿De veras?—preguntó don Dimas con codicia.

—De veras.

—Pero para eso es necesario que hagamos una pequeña formalidad.

—Lo que usted guste.

—Una especie de escriturita en la cual conste á lo que cada uno nos obligamos.

—Pero ha de ser por duplicado.

—Convenido.

—Entonces manos á la obra.

—Es que tal vez cueste algo caro eso.

—Cueste lo que cueste,—dijo Jorge,—con que perdiese el banquero su arma, ganaríamos mucho.

—¡Quién sabe!—contestó con acento profundo el escribano.

Y agarrando la pluma, trazó en un momento un contrato por duplicado, en el cual se comprometían ambos á entregarse respectivamente los documentos de que habían hablado.

Tras esto, cada uno firmó en su lugar respectivo, y después de cambiados los documentos, dijo Jorge:

—¿Conque es decir que no quiere usted prestarme ese dinero?

—No lo tengo.

—Mire usted, don Dimas, que estoy en un compromiso terrible.

El escribano se contentó en encogerse de hombros.

Jorge palideció de cólera; pero comprendió que nada adelantaría con hacer exceso alguno, y le dijo:

—Está visto que usted se ha olvidado completamente de nuestra antigua amistad.

—Nada de eso; esos reproches yo y sólo yo, tendría derecho á hacerlos.

—Bien, dejémoslo, y haga usted lo que quiera, toda vez que estoy en sus manos.

Y se cruzaron entre ambos los saludos de ordenanza, y el marqués abandonó la casa del escribano, murmurando:

—Este hombre se prevale de que me tiene en su poder, pero ¡ay de él el día que yo pueda evadirme de su tutela!

En cuanto á don Dimas también se quedó un tanto pensativo, permaneciendo durante mucho tiempo en aquella misma posición, al cabo de él agarró la pluma y se puso á escribir, diciendo:

—Este es un truhán muy largo y milagro será que no me juegue alguna mala partida; preparémonos en todo caso, por lo que pueda suceder.

Cuando concluyó de escribir encargó á uno de sus dependientes que llevase inmediatamente aquella carta á la calle del Olmo, y preguntase por D. Antonio Palacios, sin entregarla á nadie más que á él.

Y sucedió así efectivamente.

Y como en ella pedía una cita el escribano á Palacios, éste pasó inmediatamente á su casa.

Cuando entró en el despacho de don Dimas, se apresuró éste á decirle:

—Siento infinito haber molestado á usted, pero es tan interesante para ambos el objeto de esta llamada, que no he vacilado en hacerlo.

—Usted me dirá,—dijo el joven, pues tal era el recién llegado.

—Usted, supongo que aborrece al marqués de la Esperanza, de la misma manera que le aborrezco yo.

La expresión que se retrató en el semblante de Palacios, fué la contestación más elocuente que se pudo dar á la pregunta de don Dimas.

Sin embargo, el joven repuso:

—No comprendo donde quiera usted ir á parar.

—He preguntado á usted si le aborrece y en su semblante he visto la respuesta á mi pregunta.

—Mucho adivinar es, y muy fisonomista debe usted de ser.

—Algo, amigo mío, algo, á mis años de todo se sabe un poco.

—Y bien, supongamos que yo le odio.

—Tendrá usted, como es consiguiente, deseos de evadirse de esa mano de bronce que pesa sobre usted.

—¿Y usted me proporcionaría los medios necesarios?—preguntó vivamente el joven.

—¡Psh! ¡quién sabe!

—Hable usted, hable usted.

—Pues bien, el marqués acaba de pedirme diez mil duros, que se los he negado.

—¡Cómo!—preguntó sorprendido el joven á quien conocemos bajo el nombre de Antonio Palacios.

—No porque creyera que yo los tuviese,—contestó don Dimas á quien no convenía que aquel hombre supiese que tenía dinero,—sino que como yo conozco á muchas personas que suelen prestar, ha recurrido á mí, siempre que se ha visto en semejantes circunstancias.

—Pero si usted no le ha dado ese dinero, encontrará otro que se lo preste.

—Será imposible.

—¿Por qué razón?

—Porque mañana estarán avisados todos los prestamistas y la firma del marqués de la Esperanza, no tendrá valor ninguno en la plaza.

—¡Oh! ¡ese es un gran pensamiento! pero ¿y qué resultado nos dará?

—A eso voy á parar.

—Impaciente estoy por saberlo.

—Viéndose el marqués sin nadie que le preste un real y rodeado de compromisos, acudirá á usted.

—¡A mí!

—Sí, señor.

—¿Y para qué?

—Para que le falsifique la firma de alguna casa de Banca extranjera ó española; ¡quién sabe lo que ese hombre será capaz de hacer!

—Es que yo no asentiré nunca á semejante proposición.

—Hará usted muy mal.

—¿Pues qué he de hacer entonces?

—Falsificar ese documento.

—Es que en eso juego mi libertad.

—¿Y no la tiene usted acaso jugada en el negocio de que nos ocupamos?

—Es cierto.

—Pues bien, usted falsifica, é inmediatamente me avisa la clase de documento que ha sido.

—¿Y qué piensa usted hacer con eso?

—Tener un arma de la cual podamos utilizarnos.

—Está comprendido.

—¿Y me avisará usted?

—¡Oh! sí, señor; como usted ha dicho antes perfectamente, daría cualquier cosa para librarme de ese hombre, que si bien me ha colocado en esta posición, me lleva unos réditos enormes.

—Pues en esto tenemos el medio de que usted rompa ese yugo.

—Nada; estamos convenidos.

—Y por lo tanto, yo me voy á preparar el terreno, y excuso encargarle muchísima cautela en todo este asunto.

—Puede usted estar descuidado.

Y tras estas palabras comenzó á vestirse el escribano, y ambos salieron de la casa después de haber celebrado aquel pacto contra uno de sus cómplices.

Como se comprenderá perfectamente por la conversación anterior, la extraña reunión de ese Antonio Palacios con don Dimas y Jorge, no podía ser más que con el objeto de llevar á cabo alguna infamia.

Más adelante nos ocuparemos de esto y daremos algunos antecedentes necesarios respecto á Palacios.

CAPITULO CXXXI

El corazón de una madre

Dijimos en otro lugar que el parte telegráfico remitido por el duque de la Unión á su hermana, no había podido llegar á su destino.

Y vamos á explicar el por qué.

Ya habrán visto nuestros lectores en los capítulos antecedentes que, á consecuencia de la delicadeza de la salud de Elisa, el médico la había propinado el cambio de aires, y por lo tanto, se proyectó el viaje á Barcelona, á la quinta que poseía en San Gervasio.

El marqués de la Esperanza, que también tenía que ir á la capital del Principado á evacuar ciertos asuntos urgentes, según dijo, las precedió en el viaje.

Esta fué la causa de que el parte remitido por el duque, no encontrara á la condesa en su casa.

Dos días después Elisa abrazaba á su tío.

Pasaron los primeros transportes, y el duque dijo á su hermana:

—Por lo que veo, no has recibido mi telegrama que te he mandado hace dos días.

—No; ya estábamos en camino.

—Lo siento, porque así me habría ahorrado un trabajo.

—No te comprendo.

—Pues bien, pasemos adelante; dime, Carolina, ¿pudiste ó has podido averiguar alguna cosa de tu hijo, de mi pobre Rafael?

—¿Para qué evocarme esos recuerdos? Siempre que nos ves me haces la misma pregunta, y te aseguro que me hace daño, mucho daño.

—¿Y has hecho diligencias?

—¿Crees que una madre no las haga para encontrar á su hijo? Todos los recursos he agotado, y nada he podido averiguar.

—De manera, que lo habrás dejado como una cosa completamente perdida.

—¿Y qué he de hacer? A mi juicio, Rafael no existe.

Y la condesa acercó el pañuelo á sus ojos para enjugar las lágrimas que asomaban á ellos.

—¿Y si yo te dijera que Rafael no había muerto?...

—¡Dios mío!... ¡Habla, habla por Dios!

—Tranquilízate, mujer, tranquilízate.

—¿Pero no has dicho?...

—Que tu hijo no ha muerto.

—¿Y dónde está?... yo quiero verle, quiero estrecharle contra mi corazón.

—Ten calma; tu hijo vive, y pronto le podrás ver.

—¿Es verdad?... pero eso no puede ser, es un sueño, ¡me engañas ó te estás divirtiendo conmigo!

Y la condesa fijaba los ojos en su hermano con una expresión de duda y á la par de esperanza, de desesperación y de sentimiento.

—Ya sabes, Carolina, que jamás me he chanceado con cosas que tan de cerca tocan al corazón; lo que te he dicho, es verdad.

—Pero ¿y dónde está mi hijo? ¿quién te ha dicho que vive?

—Tu hijo está en Barcelona, y vino hace cuatro días de los Estados Unidos.

—¿Pero quién le dijo que era sobrino tuyo?

—Ten paciencia, mujer, ya te lo contaré todo.

—¿Y cómo quieres que la tenga cuando se trata del hijo de mis entrañas? Habla, habla y satisface esta ansiedad que me devora.

El duque entonces refirió á su hermana, todo lo que ya saben nuestros lectores.

La condesa sintió oprimirse dolorosamente su pecho, al escuchar la narración de las desgracias de su hijo.

Y aquella madre, extremosa como todas y avara de las caricias de su hijo á quien había llorado como muerto, y cuya pérdida nada en el mundo había sido capaz de atenuar, estaba impaciente por abrazarle y prodigarle aquellas ternezas, aquel inmenso cariño que había ido atesorando durante tantos años en su corazón.

Pero Rafael, no estaba en su casa aquel momento.

Tampoco estaba Elisa en la habitación de su tío, y por lo tanto, no pudo escuchar la noticia que de tan gran manera afectaba á su familia, y particularmente á sus intereses.

Así fué, que quedó sorprendida extraordinariamente cuando su madre la anunció semejante novedad, y en su elogio debemos decir, que su alegría fué franca é inmensa, sin que pensase en el cambio de posición que aquel encuentro traía consigo para ella.

Y solo pensó, lo mismo que su madre, en abrazar cuanto antes á aquel hermano tan llorado.

Y los minutos se les hicieron siglos.

Y las horas, un mundo de inmensidad para la impaciencia que las devoraba.

Y entretanto la nueva se había esparcido entre los criados que la condesa había traído de Madrid, y todos deseaban conocer á su nuevo amo. Pero especialmente el mayordomo, que tenía la hermana del duque.

Lucas, que así se llamaba, había entrado desde niño en la casa del conde de Finestrall, había estado constantemente con él, y amaba á sus señores en general, pero especialmente á aquel niño tan travieso, y tan cariñoso, y bueno, que fué el primogénito de la familia.

La alegría del buen hombre fué extraordinaria, y casi casi deseaba tanto como su dueña, la llegada de Rafael.

Y ésta se retrasaba demasiado.

Y nadie sabía dónde había ido.

Por fin, llegó Rafael.

Describir las caricias de la madre, los abrazos de la hermana y las lágrimas y suspiros de todos, sería materia imposible, y á la cual desde luego renunciamos.

Lucas, también tomó su parte en el alborozo general, y no era posible hacerle comprender que el joven, efecto de los disgustos y del susto que había sufrido, se hubiera olvidado de los días de su infancia, y de las personas que le habían rodeado.

Y sus atónitas miradas no se apartaban un momento de Rafael.

Hubiérase dicho al verle, que estaba comparando aquella fisonomía con otra que él tenía en su imaginación.

Y cuando abandonó la estancia de sus señores, después de

haber arrojado otra mirada más escrutadora que las anteriores al joven, salió murmurando:

—¡Diablo, diablo! yo no sé lo qué pasa aquí; pero casi me atrevería á apostar que ó yo estoy loco, ó este Rafael no es el mismo que tantas veces ha jugado sobre mis rodillas.

En cuanto á Elisa, estaba como cortada en presencia de su hermano.

Parecía que aquel hombre no era de su familia, y sí un extraño que se permitía ciertas libertades con ella.

Trataba de estar con él amable, cariñosa como una buena hermana, que ha estado toda su vida sin conocer á su hermano, y que solo ha aprendido á llorarle, por lo mucho que sus padres le lloraban.

Y durante toda la larga conversación que siguió á aquella entrevista, la joven estuvo haciendo esfuerzos inmensos para aparentar lo que no sentía.

Y decimos lo que no sentía, porque así era la verdad.

Ella debía demostrar á su hermano un cariño, hijo de un sentimiento delicado, dulce y bueno como es el del afecto fraternal.

Y al revés de esto, la sensación que experimentaba Elisa, era de una repulsión invencible.

Y se apenaba y se reprochaba aquella ingratitud hacia el pobre joven que durante tantos años había estado privado de todas las dulces afecciones y cuidados de la familia. Y veía á su madre contenta y feliz con el hallazgo de su hijo, y se desesperaba consigo misma por poder decir otro tanto. Y cuando llegó la noche y se encerró sola en su habitación, empezaron los reproches y las preguntas reiteradas una y mil veces á su corazón.

Pero éste seguía lo mismo.

Ella no sabía la causa; pero comprendía que no podía amar á Rafael como á un hermano.

En cuanto á la sensación que experimentó el duque de la Unión, anciano octogenario y que había querido con delirio á su sobrino, fué la de una alegría inmensa, como ya hemos dicho en otro lugar.

En la condesa fué aquella misma alegría; pero llevada al extremo infinito con que una madre puede sentirla al recuperar un hijo que creía perdido para siempre. Sin embargo, pasados los primeros transportes, sintió algo extraño, al volver á encontrarse con su hijo. Los trazos de aquella fisonomía no eran los de la que ella tenía en su imaginación.

Aquellas facciones esculpidas en su alma de una manera indeleble, no eran las de aquel Rafael que se había presentado como llovido del cielo.

Y tornó á verle una y otra vez durante los dos días que se siguieron al en que llegó á Barcelona, y ya no tuvo para él las palabras de cariño, las caricias tan naturales en una madre que ha estado privada por tanto tiempo de su hijo.

Y lo mismo que sucedía á Elisa, le pasaba á ella.

Se reprochaba en su interior aquella falta de cariño, aquel cambio de sentimientos que se había operado con el transcurso de los años respecto á su hijo.

Ya hemos visto también, que la duda había germinado en el corazón de Lucas, el criado antiguo de la condesa, y en uno de los momentos en que ésta se encontraba más preocupada, penetró aquél en la habitación á consultar con su dueña algunos asuntos puramente domésticos.

Hecho esto, iba ya á retirarse el mayordomo, cuando la condesa, volviéndose á él, le dijo:

—Vamos, Lucas, nada me has dicho aun acerca del acontecimiento que ha ocurrido en la casa; ¿qué te parece mi hijo?

—¡Hum!—dijo el anciano, arqueando extraordinariamente sus cejas;—me parece, señora, que viene muy cambiado.

—¡Toma! ¡como que desapareció cuando era un niño y ahora le vemos hecho todo un hombre!

—¡Oh! no es de ese cambio del que yo quiero hablar, señora.

—Pues no te comprendo.

—Perdóneme V. S. si hablo con demasiada franqueza, pero desde el primer día que ví al señorito, lo dije y lo sostengo: se han llevado uno y ha venido otro muy distinto.

—¡Te atreverías á suponer!...

—Nada supongo, señora; pero si las fisonomías pueden variar, los sentimientos no cambian tan fácilmente y respecto al señor conde, me atrevo á decir que ha habido una transformación extraordinaria.

—Vamos, vamos; esas son aprensiones tuyas

—Será todo lo que V. S. quiera, pero yo siempre he sido claro y lo digo tal como lo siento.

—Bien, déjame; puedes marcharte,—dijo la condesa con visibles muestras de malhumor.

—Sentiría que la señora se hubiese disgustado.

—No estoy disgustada, pero déjame.

Y el mayordomo salió de la estancia, murmurando al notar la contracción del semblante de su señora:

—Está visto, que el decir la verdad es un mal; pero yo, á pesar de eso, he de decirla siempre.

Entretanto la condesa era presa de una agitación extraña.

Lo que Lucas le había dicho respondía perfectamente á su pensamiento.

Así fué que, alzando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Dios mío! ¿será verdad? ¿este hombre que yo he abrazado como á mi perdido hijo, me habrá engañado? ¡Oh! ¡eso sería extraordinariamente cruel! ¿y cómo salir de esta duda? Lucas está loco, pero entonces también lo estoy yo, porque

también siento lo mismo que él; pasado el primer momento he visto que mi corazón se contraía en vez de dilatarse. ¡Oh! esta incertidumbre es cruel y no hay ningún medio para salir de ella.

Y la condesa, presa de esa agonía, presa de ese disgusto y de esa incertidumbre extraña, pasó una larga parte del día encerrada en sus habitaciones.

En tales términos, que Elisa, así como las demás personas de la casa, no dejaron de alarmarse, y especialmente la primera entró resueltamente en las habitaciones de su madre.

En el mismo estado en que nosotros la dejamos, la encontró su hija.

—¿Qué tienes?—la preguntó:—¿estás indispuesta?

—No me siento muy bien.

—¿Y por qué no has avisado? hubiésemos llamado al facultativo y...

—Hija mía,—contestó sonriendo la condesa,—mi enfermedad no es de aquellas que puede curar el médico.

—No te comprendo.

—Ni yo misma tampoco.

—¡Mamá, tú me asustas! estás pálida, agitada...

—Eso no es nada; siéntate á mi lado y hablemos un momento.

—Como tú quieras.

—¿Vas á hablarme con entera franqueza?

—Pregúntame, mamá,—dijo Elisa estremeciéndose á su pesar, porque creía que su madre habría descubierto sus relaciones con Carlos.

—Dime, ¿qué te parece tu hermano?

—¡Qué pregunta!

—Pero que exige una contestación.

—¿Qué me ha de parecer? lo que es; un hermano mío que

creía perdido para siempre y que la Providencia se ha encargado de conservarnos para tu felicidad y la mía.

—¡Para tu felicidad!... ¡para la mía!...—dijo tristemente la condesa.

—Explícate más, mamá;—repuso Elisa, que comprendía que alguna cosa extraña estaba pasando en el corazón de su madre

—Dime; ¿quieres mucho á tu hermano?

—¡Qué cosas tienes, mamá! ¿pues no he de quererle? ¿no circula por sus venas la misma sangre que por las mías? ¿no tengo un deber de amarle y respetarle?

—No es eso, Elisa; lo que tú sientes hacia tu hermano, es la conciencia de tu deber, ó la afección instintiva de la sangre hacia la sangre.

—No comprendo lo que me quieres decir,—repuso Elisa, que no se atrevía á manifestar á su madre la repulsión que hacia Rafael experimentaba.

—Pues creo que me explico bien claro; ¿sientes en tu corazón la fuerza que te impele hacia Rafael? ¿hay en tu alma una fibra que responda acorde, á la palabra de hermano que él te prodiga?

A esta pregunta tan directa, Elisa no supo qúé responder.

Temía decir á su madre que no, y por otro lado la repugnaba extraordinariamente el tener que mentir.

Así fué, que durante algunos momentos permaneció silenciosa, hasta que por fin dijo:

—Sí, mamá; quiero á mi hermano de la manera que debo quererle.

—¡Es decir,—exclamó con explosión la condesa;—que todo el mundo le ama!

—Y creo que eso debe llenarte de satisfacción, mamá.

—¡Oh! sí, ¡muchísimo!—repuso aquélla amargamente.

Reinaron algunos momentos de silencio.

Elisa contemplaba con inquietud á su madre.

Veía en ella una cosa que jamás había notado, y que por lo mismo la preocupaba más.

Aquellas preguntas respecto al cariño que hacia su hermano sentía, habían llamado también extraordinariamente su atención.

En cuanto á su madre, sufría extraordinariamente.

Había visto que su hija, es decir, la única persona con quien podía contar para hacer aquella prueba de sentimientos, por decirlo así, quería á su hermano; sentía el afecto dulce, cariñoso y tranquilo de la hermana.

Mientras que ella, su madre, el sér que había dado una parte de su esencia á aquel otro sér, no sentía hacia aquel hijo el infinito amor, la incomparable ternura y el afecto grande, noble y desinteresado que debía sentir una madre respecto á su hijo.

Así era, que un remordimiento cruel, una zozobra inexplicable y una angustia infinita torturaban su alma.

Elisa, que veía aquella agitación, cada vez más se aferraba en la idea de que á su madre le pasaba algo extraordinario y algo que era necesario conocer instantáneamente para ponerle remedio con la premura que el caso exigía.

Así fué, que la dijo:

—Vamos, mamá, es menester que hables á tu hija con franqueza, ¿qué tienes?

—¡Ay, mi querida Elisa! un peso horrible que abruma mi corazón.

—¿Pero qué es? ¡vamos!—dijo Elisa más y más alarmada por el acento de su madre.

—¿Para qué lo quieres saber? ¿Para qué entristecer tu corazón con la infinita tristeza que consume el mío?

—¿Y qué? ¿acaso los hijos no deben sufrir cuando padecen sus padres? ¿no tienen una obligación, un derecho de conocer las penas de los que le dieron el sér y de sufrir ó gozar con ellos?

—También los padres tienen obligación de querer á sus hijos, y, sin embargo, no los quieren.

—Sí; pero eso no reza contigo, mamá.

—Te equivocas, Elisa; hablo respecto á mí.

—No sé lo qué quieres decir.

—Yo te lo explicaré, por más doloroso que me sea y por más remordimientos que me cause.

—¡Remordimientos!

—Sí, remordimientos, porque yo siento en mi corazón una cosa especial respecto á tu hermano.

—¡A mi hermano!—dijo vivamente Elisa, que no pudo menos de estremecerse de la extraña homogeneidad que había respecto á aquel mismo sér, entre sus sentimientos y los de su madre.

—Sí, Elisa; el primer día, fascinada, aturdida por la inmensa alegría que sintió mi corazón al recibir la noticia de la recuperación de mi hijo, creí positivamente que le amaba con el cariño de otros tiempos; pero después, cuando me he quedado á solas con mis sensaciones, entonces, Elisa, he visto que yo había variado respecto á él; que comprendía que debía amarle, pero que mi corazón rehusaba concederle aquel cariño á que tenía derecho.

—¿Y sufres por eso, mamá?

—¿Y cómo no he de sufrir cuando he llamado á Lucas, y éste, antiguo servidor de la casa me ha dado á entender que tampoco él sentía hacia su señor lo que hacia aquel pobre Rafael que perdimos? Pero en él nada tiene de particular eso, porque ha variado con el tiempo; por eso te he llamado á tí, por eso te he interrogado, y tu corazón, más noble y más leal

que el mío, siente hacia tú hermano el cariño que el de tu madre no siente hacia su hijo.

Y la condesa, deshecha en llanto, inclinó la frente, dejando resbalar por sus mejillas las lágrimas de su dolor.

Elisa, al verla en semejante situación; se levantó de su asiento y abrazando estrechamente á su madre, exclamó con un acento indefinible:

—¡Oh! ¡Madre mía! ¡madre mía!

—¿No es verdad que es horrible el que una madre no sienta hacia su hijo el mismo cariño que él la profesa, el mismo cariño á que él tiene derecho?

—¿Y si yo te dijera, mamá, que te he engañado?

—¡Que me has engañado!—exclamó la condesa sorprendida.—¿Sobre qué?

—Sobre los sentimientos que yo abrigo respecto á mi hermano.

—¡Dios mío! ¡Acaso tú...!

—Tampoco le amo; también yo siento hacia él una repulsión invencible.

—¡Tú! ¡Hija mía! ¡Es decir que las dos únicas personas que deben sentir, que tienen derechos concedidos por la naturaleza para experimentar esas afecciones, las dos sienten lo contrario! ¡Oh! Cuando la voz de la sangre no habla, ¿qué hacer? ¿qué pensar, Dios mío?

Y ambas mujeres, estrechamente abrazadas, permanecieron algunos momentos sin saber qué contestarse á aquella última pregunta.

Pero vino á sacarlas de aquella situación la aparición de un criado, que dijo alzando el *portier* que cubría el vano de la puerta:

—El señor marqués de la Esperanza, desea saludar á las señoras.

A este anuncio inesperado, la madre y la hija lanzaron una exclamación de sorpresa.

Se separaron ligeramente, y la condesa contestando al criado le dijo:

—Bien; dile que pase.

CAPITULO CXXXII

Un bribón más

Las dos mujeres se vieron obligadas á ocultar su llanto y su turbación al recibir la noticia de que el marqués de la Esperanza deseaba saludarlas.

Por un momento la condesa quiso decir que no recibía.

Pero precisamente los criados habían dicho lo contrario y no hubo otro remedio que dar orden para que pasase.

Jorge, al saludar á las dos señoras, comprendió desde luego en su agitación y en las huellas que el llanto había dejado en sus ojos, que algo extraordinario pasaba allí.

Y como su amistad le autorizaba para ello, preguntó á la condesa si había tenido algún disgusto.

—Sí por cierto,—contestó la madre de Elisa;—tanto mi hija como yo hemos pasado un mal rato.

—¿Por qué?

—Por el relato que nos han hecho de una miseria, tan grande, tan desconsoladora, que nos tiene muy contristadas.

—Eso prueba sus buenos sentimientos. Pero supongo que ustedes habrán atendido á ello desde luego.

—Sí, señor; pero eso no quita para que estemos afectadas.

—Mucho me alegro,—repuso el marqués;—que ese incidente no pase de ser una cosa puramente pasajera, sin que tenga consecuencias ulteriores.

—¡Oh! desde luego que creo que no las habrá.

—¿Y qué tal le prueba á Elisa, Barcelona?

—Hasta ahora, bien.

—Me alegro infinito, y puede usted creer que el día en que torne á ver en esas mejillas los colores de otros tiempos, será el más feliz de mi existencia.

—Siempre tan galán.

—Siempre tan verdadero.

—Y ¿dígame usted, Jorge,—dijo de repente la condesa;—¿qué le parece á usted mi hijo?

—¿A mí?—repuso el marqués sorprendido,—á mí me parece muy bien.

—¿Pero no le encuentra usted algo cambiado?

—Naturalmente, señora, los años influyen muchísimo en las naturalezas, y cuando como en la de Rafael se experimentan esas emociones tan violentas, es doblemente inmensa la transformación que se verifica.

—¡Ya, ya! lo comprendo; pero ¿usted que le ha conocido niño, hoy no advierte en él algo muy distinto de lo que era?

—No comprendo que quiere usted decirme,—repuso Jorge cada vez más alarmado por las extrañas preguntas de la condesa.

—Será que yo no me explicaré bien,—dijo ésta.

—O que yo seré lo bastante torpe para no comprenderlo.

—Nada de eso; pero en fin, dejemos esta cuestión.

—Como usted quiera.

*
* *

Y entonces la conversación giró sobre otro terreno.

Se habló de cien cosas indiferentes, y el marqués siguió convenciéndose, al reparar varias veces en la notable preocupación de la madre y de la hija, que algo extraordinario las había sucedido.

En esto volvió á levantarse el *portier*, y el mismo criado que vimos anunciar al marqués, apareció de nuevo llevando una carta sobre una bandeja de plata.

—¿Qué es eso?—preguntó la madre de Elisa.

—Esta carta que acaban de traer para la señora.

—¿Y por qué no la has dejado para después?

—Porque han dicho que era urgente.

—Dame.

Y la condesa dirigiéndose á Jorge, añadió:

—Con permiso de usted, marqués.

—¡Oh! señora, es usted muy dueña.

Y la condesa abrió precipitadamente la carta, mientras que el marqués hablaba con Elisa.

La carta decía así:

«Señora condesa de la Estrella: Con un poco de audacia he podido realizar un buen negocio; sin embargo, no hemos podido engañarnos lo suficiente; usted, para persuadirse de que era mi madre, y yo para representar dignamente mi papel de hijo, por lo tanto he tomado el camino más prudente, que ha sido el de marcharme.

»En todo esto ha habido una combinación que yo he destruído burlándome de todo el mundo.

»No se extrañe usted si algo encuentra á faltar en su joyero, así como en la gaveta del señor duque de la Unión; pero yo necesitaba fondos para mi viaje, y además alguna recompensa habrían de dar ustedes al que les proporcionó una alegría tan infinita.

»En su consecuencia, ya no me verán ustedes más y podrán ser felices mientras yo también lo seré.

»Cuando reciban ésta, ya estaré bastante lejos y les encargo que no se molesten en perseguirme, porque estoy perfectamente á cubierto de todas las pesquisas.

»Mis afectos al marqués de la Esperanza y no olviden ustedes esta lección por si acaso se le ocurre á algún otro representar el mismo papel que ha representado

»*Rafael.*»

*
* *

Durante la lectura de esta carta, la agitación de la condesa había llegado, por decirlo así, á su grado máximum.

Su pálido semblante se tornó lívido, y en más de un momento, creyó que aquella carta se iba á escapar de sus manos.

Cuando acabó de leerla, incapaz de dominar por más tiempo la emoción que experimentaba, exclamó:

—¡Elisa! ¡Hija mía! Nuestros presentimientos no nos habían engañado.

Y dirigiéndose al marqués, le dijo tendiéndole la carta:

—Marqués, usted casi es ya de la familia, puede leer esta carta. Tome usted.

Jorge tomó aquella carta y la leyó con un acento que revelaba la sorpresa, el disgusto y la cólera que le causaba.

En cuanto á Elisa, una exclamación de alegría se exhaló de sus labios.

—¿Conque nos ha engañado?—dijo.

—Y nos ha robado también, según dice;—añadió la madre.

—¡Oh! Este hombre es un infame y es necesario dar parte al gobernador.

—¿Y para qué?... Ya ve usted lo que dice.

—Sin embargo, señora, la vindicta pública, el engaño de que todos hemos sido víctimas...

—¡Qué bien hacía mi corazón en dudar!

—Y el mío también.

—¿Pues qué? Ustedes...

—Sí, marqués; cuando usted llegó nos estábamos ocupando de eso casualmente; ambas nos reprochábamos la falta de cariño que experimentábamos hacia ese hombre y ambas llorábamos por lo que creíamos un crimen.

—¡Oh!... ¡Qué verdad es que el corazón no se engaña jamás!

Y Jorge, decidido á dar parte á la autoridad, se levantó disponiéndose á marchar, al mismo tiempo que la condesa también iba á enterarse de las alhajas que faltaban en su guardajoyas.

Estas eran infinitas, y el robo de Rafael, solamente en la parte que á ella le correspondía, no bajaba de veinte mil duros.

En cuanto á lo que faltaba en la gaveta del duque, eran otros diez mil duros en monedas de oro en su mayor parte.

Inmediatamente se puso la policía en movimiento; pero como había dicho Rafael perfectamente en su carta, todo fué inútil.

En cuanto al marqués, regresó desesperado á su casa.

Cuando entró en su gabinete, vió una carta sobre la mesa.

—¿Quién ha traído esto?—preguntó al criado.

—Un hombre á quien no conozco.

Y Jorge rompió el sobre y se puso á leer la carta que era sumamente lacónica y estaba concebida en los términos siguientes:

«Marqués: Ha querido usted hacerme su instrumento y yo me he burlado de usted como de todos; sírvale esto de gobierno para no buscar más hijos postizos á las personas á quienes trate de explotar.

»Suyo hasta la muerte

»*Rafael.*»

—¡Oh!... ¡Miserable!—gritó Jorge estrujando aquella carta entre sus manos.—Te juro que algún día has de caer entre mis manos; y, entonces, ¡pobre de tí!...

CAPITULO CXXXIII

Dos meses después

Han transcurrido dos meses desde los sucesos narrados en los capítulos anteriores.

Y en dos meses ¡cuántas novedades han ocurrido entre nuestros personajes!

Bien quisiéramos no hacer digresión alguna, que por más ligera que sea, siempre se hace pesada al lector é incómoda para el mismo autor, pero á pesar nuestro, y siendo muy necesaria para la mejor inteligencia de los sucesos que han de seguirse, no podemos menos de dar algunos antecedentes sobre los personajes que nos dejamos en Madrid y que ahora nos vamos á encontrar en Barcelona.

Creemos que no se habrá olvidado que Dolores, la encantadora costurera, amada de Andrés, recibió de su madre moribunda la orden de trasladarse á Barcelona.

Al mismo tiempo Elisa y su madre, la condesa de Finestrall, abandonaban la corte y se dirigían hacia la capital del Principado.

La despedida de Dolores y de Andrés fué, como nuestros lectores comprenderán, sumamente tierna.

Las protestas sucedieron á las lágrimas, y cien juramentos de eterna fidelidad y constancia se cambiaron entre ellos.

Lo mismo sucedió á Carlos y á Elisa.

Los dos se amaban con una fuerza igual y los dos sentían de la misma manera aquella ausencia ilimitada.

Como es consiguiente, los dos estudiantes quedaron, como vulgarmente se dice, sin sombra.

Salían de sus clases respectivas y sus pasos se dirigían maquinalmente hacia las casas de sus respectivas amadas.

Pero ¡ay! que las dos estaban desiertas.

En la de Dolores, vivía una familia extraña.

En la de Elisa, los balcones estaban cerrados y nadie había en ella más que dos ó tres criados, que eran otros tantos recuerdos vivientes que aumentaban el dolor del futuro abogado.

Y así transcurrieron los días.

Y llegó el fin del curso y nuestros dos amigos se examinaron, concluyendo sus respectivas carreras.

Pocos días después, se habían graduado.

Ya era médico el uno y abogado el otro.

Ya tenían una posición en el mundo.

Entonces el mismo pensamiento cruzó por la imaginación de entre ambos.

Puesto que para ejercer sus profesiones les era indiferente cualquier punto, natural era que eligiesen Barcelona, que era donde á la sazón residían los dos jóvenes.

Y formulado este pensamiento, la ejecución le siguió instantáneamente.

Tenían también varios asuntos de familia que arreglar en Mataró, y despachados éstos, fueron á Barcelona á establecerse definitivamente.

No debemos pasar desapercibida una notable incidencia con que se encontraron durante los pocos días de su permanencia en Mataró, donde, como sabemos, habían nacido.

Tuvieron serios disgustos, y el patrimonio, escaso ya, de ambos, quedó reducido á la nulidad por la mala administración de las personas encargadas de él.

De modo, que si pobres estaban en Madrid, más pobres aun fueron á Barcelona.

Pero ¿qué les importaba su pobreza, si llevaban un tesoro de ilusiones en su mente?

Como era natural, ambos trataron en seguida de ver á sus amadas.

Y si bien lo consiguió Carlos, no le sucedió lo mismo á Andrés.

Dolores no le había escrito la habitación donde había ido á parar, y, por lo tanto, no tenía más remedio que esperar á que la casualidad se encargase de presentársela.

Así era que nuestro médico estaba desesperado.

Y no lo estaba menos Carlos.

La condesa de Finestrall apretaba más á su hija cada día para que diese su mano al marqués de la Esperanza.

Y Elisa sentía cada vez mayor la repugnancia que le inspiraba.

Y Carlos padecía porque veía sufrir á la joven, y aunque ella le ocultaba las causas de su sufrimiento, él lo adivinaba al ver la asiduidad con que las acompañaba el marqués, y conociendo como conocía el carácter de la condesa.

Sabiendo ya la llegada y la situación de nuestros personajes á la capital del Principado, nos permitirán nuestros lectores que los olvidemos por algunos momentos para ocuparnos de Jorge.

*
* *

Habían transcurrido diez días de su llegada á la ciudad condal, cuando el banquero Mastrich se encontró sorprendido con la presentación de una tarjeta suya.

—¿Quién te ha dado esto?—preguntó al criado que se la entregó.

—Un caballero que está esperando.

—¡Un caballero dices!... Entonces es él; que pase.

Salió el criado y un momento después el marqués de la Esperanza estaba en el despacho del banquero.

Se cruzaron entre ambos, saludos que demostraban una amistad infinita, pero que á cualquier observador un tanto experimentado, le habrían dado á conocer un odio tenaz, profundo y terrible, oculto bajo aquella máscara de amistad y afecto.

—Conque, ¿qué me dice usted, señor marqués? ¿cómo fué que se marchó tan de repente?

—Negocios urgentes reclamaban mi presencia en Madrid. ¿Y que tal por aquí? Soy recién llegado, y, por lo tanto, ignoro lo que pasa en Barcelona.

—¡Psh!... Por aquí siempre lo mismo,—repuso el banquero con indiferencia;—la aristocracia mercantil cerniendo sus alas cada vez más sobre la ciudad condal.

—Y eso, como usted comprenderá, es una cosa injusta, Mastrich, porque la aristocracia del dinero no debe olvidar nunca que se ha enriquecido á costa de la aristocracia de la sangre.

El banquero se mordió los labios al escuchar esta indirecta del marqués, y dijo, dando á sus palabras una intención bastante marcada:

—Sí, no dudo que la aristocracia de la sangre haya enri-

quecido á algunos hombres; pero como en la vida todo es cuestión de negocios, cuando un noble quiere cometer una infamia y es suficientemente cobarde para no atreverse á hacerla por si solo, tiene que dar participación á otros, á los cuales necesariamente tiene que pagar.

—¡Mastrich!—gritó Jorge con acento colérico,

—¿Decía usted alguna cosa, señor marqués?—preguntó el banquero con un acento indefinible.

—No tolero alusiones de ninguna especie.

—He tolerado yo las de usted, y creo que estamos en el mismo caso.

—Nunca podremos ser iguales los dos,—contestó el marqués exasperado por la calma de Mastrich.

—Es verdad; de usted á mí hay la distancia que existe entre el miserable endurecido por el crimen y el hombre que, seducido y alucinado por aquél, se hace cómplice en una infamia.

—Pero infamia que le ha valido muchos millones.

—¿Acaso somos necios en el mundo? Si no hubiese sido por mi utilidad, ¿cree usted que le habría servido?

—Es que se ha enriquecido usted á mi costa.

—Me he enriquecido con el fruto de mi crimen,—contestó el banquero con un cinismo repugnante. Seducido por usted, dí el primer paso en la senda del vicio; cuando torné en mí, ya no podía retroceder, y entonces pensé en utilizar lo que no tenía remedio, y lo he hecho á completa satisfacción de ambos.

—Pero esto no puede continuar así.

—¿Por qué?

—Porque yo no quiero por más tiempo ser el juguete de usted.

—En buen hora; ¿y por qué medio piensa usted dejar de ser mi juguete?—preguntó Mastrich acreciendo la ironía de su acento.

—Por cualquiera.

—Vamos, piénselo usted bien, y hable después.

—Lo he pensado lo suficiente.

—Yo le digo á usted que no.

—Acabemos; ¿cuánto quiere usted por el testamento de mi tío?

—¿Habla usted formalmente, señor marqués?

—Sí, señor.

—Pues yo, por mi parte, le contestaré que no quiero nada por él.

Al escuchar semejante negativa, el semblante de Jorge palideció de una manera intensa.

Sus pupilas brillaron de un modo terrible, y se hubiese creído que iba á lanzarse sobre Mastrich.

En cuanto á éste, le contempló impasible.

Se sonrió con desdén, y le dijo:

—Vamos, cálmese usted, y escuche; ¿qué adelantaría usted con que yo le entregase eso testamento? Don Dimas tiene otro, y aquel solo basta para perderle; además, que entonces otro sería el árbitro de la muerte de usted, y ese no sería yo; y para no poder serlo solo, vale más que seamos los dos.

—Bien; menos palabras y al grano.

—Creo que estoy tratando la cuestión con bastante claridad.

—Sin embargo, yo quiero el testamento que tiene usted.

—Y yo le aseguro que no quiero dárselo.

—Piénselo usted bien, Mastrich;—dijo Jorge temblando de cólera.

—Ya lo he pensado, y le repito que no se lo entrego.

—¡Entonces, ya que no de buen grado, será á la fuerza!

Y ciego de furor, el marqués sacó una pistola y apuntó con ella al banquero.

*
* *

Este no se inmutó.

Oprimió con la mano un pequeño botón que tenía en su mesa por la parte en que él estaba, y saliendo por bajo de ésta una barra de hierro, dió con tanta fuerza en las piernas de Jorge, que le hizo vacilar, cayendo pistola y caballero sobre el tablero de la mesa de Mastrich.

Entonces alargó éste la mano, se apoderó del arma y dijo al lastimado marqués:

—Veo, amigo mío, que jugamos con armas de mala ley. Vamos, incorpórese usted y hablemos.

—¡Oh!... ¡tengo rotas las piernas!...—murmuró Jorge con acento doliente.

—Usted se lo ha querido. Es un remedio que tengo yo bastante á mano para cuando hay quien tenga, como usted, las manos demasiado largas.

El banquero se levantó de su asiento y ayudó al marqués á sentarse en la misma butaca donde estaba antes.

Entonces le dijo:

—Convénzase usted de que soy invulnerable.

—Mal me ha tratado usted.

—Lo siento; pero no he podido pasar por otro punto. Veamos, usted lo que quiere es dinero, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Pues hombre, ¿por qué no lo ha dicho usted antes?

—Es que no lo quiero con las condiciones anteriores.

—¡Descontentadizo!...

—No quiero hipotecar más fincas.

—Entonces, ¿cómo lo quiere usted?

—Con mi firma.

—También se lo daré á usted, y creo que en Barcelona seré la única persona que se lo dé.

—No comprendo...

—Vamos, ¿qué dinero necesita usted?

—Quince mil duros.

—Algo exorbitante es la suma, pero en fin, se encontrará; ¿cuándo los quiere usted?

—Mañana á las doce.

—Los tendrá usted.

—¿Y con qué condiciones?

—Por medio de un pagaré.

—¿A qué fecha?

—A la que usted quiera.

—¡Ah!... ya comprendo,—exclamó Jorge;—me da usted el dinero porque como tiene la administración de mis bienes...

—¿Y cómo cree usted que se lo diera de otro modo?

—Tiene usted razón; veo que para usted todo es negocio.

—Todo es cuestión de tanto por ciento.

—Y á propósito, ¿con qué interés me da usted el dinero?

—Con el tres por ciento mensual.

—Vamos, me anticipa usted mi dinero y aun me lleva un interés...

—Bastante bajo, en comparación de lo que otros harían con usted.

—¡Ea! estamos conformes y comprendo que me trata como amigo,—repuso Jorge con un acento que no estaba exento de amargura.

Y de este modo siguieron hablando aún y combinando el préstamo, no acordándose de la escena que momentos antes había mediado entre ambos.

*
* *

No descenderemos nosotros á ocuparnos de los detalles de esos préstamos repugnantes en los cuales el hombre explota la necesidad del hombre, y nos ocuparemos de un incidente ocurrido á Carlos días después de su llegada á Barcelona, incidente que, por la influencia que ha de ejercer sobre algunos de los personajes de nuestra obra, creemos conveniente no dejar que pase desapercibido.

Nuestro buen abogado salía una noche del Teatro Principal. La Singer acababa de cantar admirablemente la *Traviata*. Pero las preciosas notas del tercer acto del *spartito* de Verdi no habían causado gran impresión en nuestro amigo.

Estaba demasiado preocupado con otra cosa.

En uno de los palcos del proscenio estaba Elisa.

Elisa, que cada vez estaba más hermosa para los ojos de Carlos.

Ella le había visto, así como él la había adivinado.

Y encontradas sus miradas, sus ojos no podían separarse unos de otros.

La vida estaba concentrada en sus pupilas, y ni pensaban ni veían nada que no fuera ellos.

Pero de pronto una nueva figura se presentó en medio de aquella escena.

Era el marqués de la Esperanza.

Un gesto de disgusto hecho por Elisa fué á unirse al de cólera hecho por el abogado.

Pero una sonrisa de su amada le tranquilizó.

Jorge obtuvo, como siempre, algunas palabras excesivamente frías y una mirada que nada decía ni se comprometía á nada.

Y así transcurrió la noche, y cuando se corrió el telón, Carlos sintió en su corazón un dolor agudo. Se había despertado demasiado bruscamente de un sueño delicioso.

Elisa también había sentido la misma impresión.

Carlos la siguió cuando abandonó su palco, y mezclado con la gente que salía del teatro, pudo recoger una carta que ella le dió, estrechar su mano y escuchar de sus labios un «te amo» más armonioso que las mágicas melodías de Meyerbeer ó Beethowen.

Así es que nuestro amigo regresaba á su casa asaz preocupado.

Llevaba un mundo de felicidad en su corazón.

Y la saboreaba y gozaba con ella, y se complacía en recordar minuto por minuto las horas de aquella noche.

Como se comprenderá perfectamente, Carlos no vivía en una de las calles más principales de la ciudad.

Habitaban él y su amigo en un tercer piso de una de las más modestas casas de la calle de la Librertería.

Y hacia aquel punto dirigía sus pasos.

Cuando llegó á la plaza de San Jaime podemos decir que casi no sabía ni lo qué había andado ni por dónde iba.

Para él ni lo avanzado de la hora, ni los pocos transeuntes, significaban nada.

Nada era capaz de sacarle de su éxtasis.

*
* *

De pronto se oyó, que de una de las calles que desembocan en la expresada plaza, salía una voz que pedía socorro.

Entonces se sorprendió, y cuando volvió á escuchar la voz que demandaba protección, se lanzó hacia el punto de donde partía, deseoso de prestar su ayuda al que la necesitase.

Arrimado contra una pared, un caballero se defendía de tres hombres que le acometían con encarnizamiento.

El caballero no llevaba más armas que un bastón.

Los acometedores iban provistos de buenas navajas, que esgrimían con furor, aumentado por la resistencia que encontraban en aquél.

—¡Atrás, canallas! ¡yo os juro que si estuviera armado mal lo habríais de pasar!—gritaba el acometido.

Y acuchillaban al aire, mientras sus espaldas eran acariciadas bastante bruscamente por el bastón del caballero.

Entonces éste lanzó su primer grito pidiendo socorro.

Los acometedores entonces arremetieron con doble furia. En tales términos, que el desconocido se vió casi perdido y lanzó el segundo grito.

Entonces llegó Carlos.

Su presencia no pudo ser más oportuna.

Sacó un estoque que llevaba en el bastón, y dirigiéndose á los asesinos les gritó:

—¡Basta, tunantes! ¡ahora veremos quién vence á quién!

Los asesinos, al escuchar aquella voz y al ver relucir el arma, vacilaron y dieron tiempo á que el hombre á quien acometían se repusiese algún tanto.

—¡Animo, caballero!—dijo Carlos;—vamos á castigar á estos canallas.

—¡Ahora lo verás, señorito!

Y uno de los tres se volvió hacia él, y antes de que pudiera evitar el golpe, le tiró la navaja que fué á clavarse en uno de sus brazos.

Al sentirse herido, el abogado exhaló un rugido, al cual siguió una estocada.

Un hombre había caído al suelo.

Era el mismo que le había herido.

Entretanto el caballero acometía á los dos restantes.

Estos, en cuanto vieron caer á su compañero, comprendieron que estaban perdidos y abandonaron su presa, echando á correr y desapareciendo por las calles inmediatas.

A las voces y al ruído de la lucha acudieron inmediatamente los serenos y los agentes de la autoridad.

El caballero se había acercado al abogado, y las más sinceras protestas de gratitud y amistad se escapaban de sus labios.

—Cuente usted,—le decía;—con todo mi afecto y con todo cuanto valgo. Me llamo Félix Araoz.

—Yo, por mi parte,—le decía Carlos;—me llamo Carlos Figueras, soy abogado, vivo en la calle de la Libretería, y como guste y para cuanto quiera, puede disponer de mí.

—¿Conque es usted abogado?

—Sí, señor.

—Pues bien; mañana iré á ver á usted.

—Cuando usted quiera.

Y después de estas palabras se vieron interrumpidos por las preguntas de la autoridad.

Entonces sacó Carlos la navaja con que le había herido el asesino, y entonces fué cuando el caballero vió la sangre que bañaba el brazo del joven.

—¡Oh!... ¡amigo mío!... y nada me había dicho.

—¿Y para qué?

—Vamos, veo que seremos amigos.

Carlos no dijo una palabra; pero principió á vacilar, y habría caído al suelo á no haberle sostenido el desconocido.

Un momento después se encontraba en su casa; y mientras Andrés examinaba su herida, el caballero á quien había salvado estaba contemplándole profundamente.

CAPITULO CXXXIV

Demanda matrimonial

Una íntima amistad se estableció bien pronto entre Félix y Carlos.

Un día, el primero reveló al segundo una historia que venía á justificar hasta cierto punto la agresión de que había sido objeto, historia de la cual nos ocuparemos en otro lugar.

Carlos la escuchó lleno de admiración, y como Félix se había propuesto al llegar á Barcelona, un fin noble y honrado, según tendremos ocasión de ver, el abogado que á su vez le confió sus amores, le prometió ayudarle en su empresa.

Félix se relacionó bien pronto con lo mejor de la sociedad barcelonesa, y Carlos, acompañándole, pudo tener más de una ocasión para hablar con Elisa.

Entre las familias á quienes uno y otro visitaban, había una que era americana, compuesta de una joven viuda con su tía, á quienes Félix había conocido en América.

Rosario de Cárdenas, que así se llamaba la viuda, simpatizó con Carlos y con Elisa, por lo que Félix la había dicho, y más de una vez, en su casa, se vieron los dos jóvenes.

Rosario sentía una animadversión extraordinaria respecto al marqués de la Esperanza, que; insiguiendo su marcha de siempre, se mostraba sobradamente galante con ella, y más de una vez, hablando con la condesa de Finestrall, procuró inclinarla á que rompiera el proyecto de matrimonio de su hija con aquel personaje.

Pero la condesa era terca, como ya hemos tenido ocasión de ver, y aun cuando veía que su hija no amenguaba en su antipatía respecto á Jorge, persistía en que aquella boda se realizara.

Esto hizo que la amistad entre Rosario y Elisa se estrechase más.

Una noche, en un baile que dió Rosario, Félix, el marqués de la Esperanza y Mastrich se encontraron, y el primero dijo algunas palabras que llamaron la atención de Jorge.

Pero por el momento nada dijo, y siguió el plan que se había propuesto.

Elisa, que necesitaba una amiga en quien depositar el secreto de sus amores, la encontró en Rosario, y como que precisamente la posesión que en San Gervasio ocupaba la condesa de Finestrall estaba cerca de la de Rosario, esto permitía que Elisa fuese con alguna frecuencia á casa de su amiga ó bien ésta la enviase á buscar con el objeto de que se pudieran ver los dos amantes.

En el momento que vamos hablando, habían transcurrido algunos días desde el baile de Rosario, y Carlos y Félix habían subido á visitar á la hermosa americana.

Esta, sin decir nada al abogado, se apresuró á enviar á buscar á su amiga.

Elisa, á pesar de las murmuraciones de su madre, comprendiendo desde luego lo que aquella llamada significaba, se apresuró á salir de su casa.

Carlos estaba más triste que de ordinario.

También Elisa estaba más preocupada, porque precisamente su madre estuvo insistiendo aquel día con más violencia que en otras ocasiones, á fin de que diese su mano al marqués de la Esperanza.

Rosario proporcionó á los jóvenes ocasión de hablar, dirigiéndose hacia el jardín sosteniendo animada conversación con Félix.

Los dos amantes se alejaron algún tanto.

Habían cogido algunas flores, las habían cambiado, interpretando antes lo que significaban, y por fin el abogado dijo á su amada:

—Elisa mía, ¿qué tienes? ¿por qué tu frente no brilla tan despejada como otras veces?

—No sé por qué me dices esto, Carlos; creo que no tengo motivo alguno.

—Esa contestación equivale á decirme que no tienes confianza en mí.

—¡Que no tengo confianza en tí!... ¿y has podido suponer semejante cosa?

—Cuando se ama como yo, se duda de todo y de todo se sospecha.

—Pero hay sospechas que ofenden.

—Así como hay nubes de tristeza que oprimen dolorosamente el corazón de los que las contemplan.

—¿Es decir que persistes? ..

—Mira, Elisa; yo te amo, más aun, te idolatro; he alzado en mi corazón un templo, en el cual llevo grabada tu imagen para adorarla cuando estoy lejos de tí, y este amor infinito

que te profeso me ha hecho adivinar en tu mirada, en la expresión de tu rostro, en tu sonrisa, lo que pasa en tu corazón de manera, Elisa mía, que donde los demás no ven más que un círculo ligeramente azulado, que es un encanto más para tus ojos, yo encuentro la huella de una lágrima. Donde las miradas indiferentes no vẹn más que una línea imperceptible que cruza tu frente, yo encuentro el surco de una arruga, y donde la generalidad no ve más que una sonrisa de placer, yo distingo un dolor que, para esconderse á los ojos de los profanos, arroja hasta los labios una carcajada, que puede ser muy bien una explosión de la inmensa amargura que nos devora.

—¿Y qué quieres decirme con eso?

—Que tu frente se ha plegado bajo la influencia de un pensamiento doloroso, que ese pensamiento ha hecho asomar las lágrimas á tus ojos, y para ocultarlo tienes que llevar a tus labios una sonrisa, mientras que tu corazón, tal vez, está llorando.

Aquellas palabras de Carlos, que tan perfectamente demostraban el estado de su alma, hicieron una impresión profunda en la joven.

Y las lágrimas brillaron en sus ojos.

Y el abogado al verlas, dijo:

—¿Tú ves como no me había engañado? ¡Oh!... El corazón de un amante se equivoca muy pocas veces.

—¡Ay, Carlos! ¡Cuán desgraciados somos!

—Pero sepamos qué hay de nuevo.

—Que nuestros amores son irrealizables.

—¿Qué quieres decir?

—Que mi mamá me ha intimado hoy su voluntad y dentro de quince días se ha de firmar mi contrato de boda con el marqués.

—¿Y tú consientes?

—¿Y de qué sirve mi voluntad contra la voluntad de una madre?

—Tienes razón; pero esa boda es imposible; el marqués de la Esperanza es un infame y pronto esa máscara con que se cubre ha de desaparecer.

—¡Oh! Pero es que quizás ya sea tarde.

—Mira, Elisa,—dijo Carlos al cabo de un momento de reflexión;—¿Tú me amas?

—¿Y me lo preguntas? Te amo como no amaré jamás.

—Pues bien; entonces, mañana iré yo á ver á tu mamá.

—¡Tú!

—Sí, yo; yo que iré á pedir tu mano.

—¡Dios mío!

—Comprende que en la situación en que nos hallamos, es preciso jugar el todo por el todo.

—Pero es que mi madre rehusará concedértela.

—Entonces la hablaré de mis esperanzas, la pintaré la desgracia que va á causarte, y, ¡quién sabe si al menos, ya que no otra cosa, conseguiré que se dilate esa unión!

—O tal vez que se apresure más.

—Elisa, cualquiera creería que no aprobabas el paso que pienso dar.

—No te incomodes, Carlos; pero tú no conoces el carácter de mi madre y crees que sacarás partido.

—Y si no lo saco, no tendré más recurso que abofetear al marqués, obligarle á que se bata conmigo, y entonces, que la suerte decida quién ha de ser el dueño de tu mano.

—¡Oh! ¡Eso nunca!—exclamó Elisa terriblemente asustada.

—Es el único medio que nos queda.

—¡Qué desgracia tan inmensa pesa sobre nuestros amores!

—¡Quién sabe aún!

—Lo que es respecto á mi mamá, creo que debes perder toda esperanza.

—Entonces confiaré en otra cosa; yo te aseguro que en estos quince días minaré el mundo, si es necesario, hasta encontrar el arma que necesito para luchar con ese marqués infame.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Elisa sorprendida.

—Que hagas todo lo posible por dilatar la firma de ese contrato, pues es muy posible que dentro de ese término haya llegado á Barcelona quien pueda proporcionarnos lo que necesitamos para desenmascarar á Jorge.

—¿Pero estás resuelto á ver á mamá?

—Sí; ya sabes que muy pocas veces cedo en las resoluciones que tomo.

—Pues bien, sea lo que tú quieras; no quiero que digas nunca que me he opuesto á nada de cuanto piensas hacer.

Al día siguiente, y en virtud de la resolución tomada por Carlos, éste se presentó en casa de la marquesa de la Estrella.

El joven le había sido presentado en casa de Rosario, y la madre de Elisa le trataba con la finura que demostraba su buena educación.

Así fué, que al penetrar el abogado en la sala, la marquesa le tendió afectuosamente la mano, diciéndole:

—¡Adiós, Carlos! ¡cuán caro se hace usted de ver!

—Señora,—la contestó el joven;—la asiduidad y constancia que requieren la multitud de negocios que tengo, me han impedido tener en más de una ocasión el placer de venir á saludar á ustedes.

—Ya sé, ya sé que trabaja usted mucho; ya tengo noticias de que sus primeros pasos en el foro han tenido un éxito brillante.

—Usted me favorece, marquesa.

—No hago más que justicia al mérito que reconocen en usted cuantas personas le tratan.

—Usted me mira con demasiada benevolencia, y esto me ha animado á dar hoy un paso que no dudo disculpará.

—¡Disculparlo yo!—exclamó admirada la marquesa,—no comprendo.

—Ya se lo explicaré, y para cuando concluya, la suplico siga siendo tan indulgente conmigo como lo ha sido hasta aquí.

—Hable usted, Carlos, hable usted.

La condesa estaba sola, pues Elisa, al saber que Carlos estaba allí, había dado un pretexto para no salir á la sala.

El joven acercó un poco la butaca hacia la de la marquesa, y la dijo:

—Señora, no soy aficionado á las descripciones poéticas, y creo que tampoco son adecuadas para este caso; por lo tanto, ahorrando digresiones, debo decir á usted que amo á Elisa con cariño ciego.

—¿Qué ama usted á mi hija?—exclamó la marquesa extraordinariamente sorprendida.

—Sí, marquesa, la amo, y soy correspondido.

—¡Dios mío! pero esto es una indignidad.

Y las mejillas de la marquesa se tiñeron con la púrpura de la cólera.

—¿Por qué?—la preguntó.

—¿Y á ustedes, quién les ha dado derechos para amarse?

—Nuestro corazón, señora, que creo sea el único que pueda dárnoslos.

—Y la voluntad de una madre, ¿no significa nada para usted, señor abogado?

—La voluntad de una madre no puede hacer más que sancionar ese derecho, y eso es lo que yo me atrevo á suplicar á usted.

—Pues mire usted, caballero,—dijo la marquesa al cabo de algunos momentos de reflexión;—no trato de herir á usted en lo más mínimo; pero estando ya concertada la unión de mi hija con el marqués de la Esperanza, creo no debe usted extrañar que no acceda á su demanda.

—Pero piense usted, señora, que Elisa aborrece al marqués.

—Ese aborrecimiento desaparecerá con el trato; ¿cree usted acaso que mi hija no llegaría á perder el amor que usted dice le profesa, si viese que unida á usted, está sujeta á mil privaciones á que no está acostumbrada?

—Cuidado, condesa, que rebaja usted lo más santo del corazón al creerlo supeditado ó movido únicamente por el interés.

—Usted podrá decir lo que quiera, Carlos, pero la unión de mi hija con usted, es imposible.

—Entonces, señora, quiere usted la doble desgracia de su hija.

—¿La doble desgracia?

—Sí, señora; una porque no ama al marqués, y otra porque va á unirse á un hombre que tal vez dentro de pocos días reclamarán los tribunales.

—¿Qué está usted diciendo?

—La verdad, señora; el marqués de la Esperanza es un infame.

—Cuidado, Carlos, que el hombre que ultraja á un ausente de esa manera, si no tiene pruebas para sostener lo que dice, pasa por un calumniador villano, y si las tiene, en vez de hablar, las muestra para castigar al culpable.

—Es que esas pruebas se están esperando.

—Pues entonces obre usted cuando lleguen,—contestó la marquesa con una ironía que mortificó extraordinariamente á Carlos.

—¿Es decir que se niega usted rotundamente?

—Sí, señor.

—¿Sin temor á la desgracia de su hija?

—Mi hija sabe demasiado cual es su deber.

—Sí, señora; pero también conoce que su corazón no ama ni podrá amar nunca al marqués; y usted, condesa, no debe olvidar tampoco que los derechos de los padres no sirven para tiranizar á sus hijos.

—¡Caballero,—dijo la madre de Elisa con un acento en que se encontraba mezclada la cólera con el desdén,—en mi casa nadie tiene derecho á darme lecciones y mucho menos usted!

—Comprendo perfectamente, señora,—dijo Carlos levantándose,—que nuestra entrevista ha terminado.

—Y que, para lo sucesivo,—le interrumpió la condesa,—podrá usted suprimirlas.

—También era esa mi intención, pero antes de marcharme debo decirla que yo, á pesar del daño que usted me hace, seré el primero en rogar al cielo porque aparte de su corazón los remordimientos que ha de sentir por la conducta que observa con su hija y por el paso que la obliga á dar.

Y Carlos, con el corazón destrozado, abandonó aquella casa, en la cual quedaban enterradas todas sus ilusiones de felicidad y todos sus ensueños de placer.

CAPITULO CXXXV

Desdichado encuentro

TRANSCURRIERON algunos días y si bien Carlos era feliz porque veía á Elisa en el teatro, en las reuniones ó en los paseos, nuestro pobre Andrés, cuya reputación, merced á algunas curas extraordinariamente difíciles que había hecho, se extendió rápidamente por Barcelona, estaba excesivamente triste, sin que fuera bastante á distraerle ni la posición que empezaba á disfrutar, ni los consuelos que trataba de prodigarle su amigo.

Nada había sabido de Dolores y cada día se le hacía más imposible vivir sin verla.

Y había practicado cuantas diligencias están al alcance de un hombre enamorado; pero todo fué inútil, su amada no pareció.

Pero si Andrés no sabía lo que había sido de Dolores, no nos parece justo que nuestros lectores se encuentren en el mismo caso.

Y por lo tanto, les participaremos qué fué de la joven desde el momento en que salió de Madrid.

La tía con quien fué á vivir al llegar á Barcelona, era una pobre anciana sexagenaria, viuda de un empleado, merced á lo cual disfrutaba de una corta viudedad que le bastaba apenas para cubrir sus primeras necesidades.

Por lo tanto, la llegada de su sobrina fué una nueva carga para la anciana.

Inmediatamente se trató de buscar labor para la huérfana, y Dolores pudo añadir también su óbolo á los mezquinos medios con que contaba su tía para vivir.

Pero ésta no podía resignarse con que su sobrina hiciese costura para las tiendas, teniendo parientes en tan buena posición como los tenía.

Mas la joven, recordaba constantemente las palabras que su madre la dijo y temía desobedecer su postrera voluntad.

Sin embargo, á los quince días de haber llegado ella á Barcelona, cayó su tía gravemente enferma, en términos que el facultativo que la asistía fué de opinión de que se moría.

Y transcurrieron días y la anciana seguía enferma, y Dolores, después de haber agotado cuantos recursos había en la casa, empeñó cuanto tenía y llegó al punto de no tener con que dar á su tía lo necesario.

Su situación era excesivamente angustiosa.

Sin tener á quien recurrir y con la carencia absoluta en que se encontraba de medios, la pobre joven pasaba ratos sumamente amargos.

Y por fin, la necesidad, esa poderosa palanca que impulsa las más de las veces á efectuar hechos que en circunstancias normales quizás no se harían, la obligó á averiguar dónde vivía su primo el marqués de la Esperanza.

*
* *

Hacía pocos días que éste había llegado á Barcelona, cuando Dolores se presentó en su casa.

Invocó su parentesco para verle y llegó á su presencia.

Jorge quedó sorprendido de la extraordinaria belleza de su prima y desde luego la concedió su protección.

La joven no podía sospechar que llevase mira interesada en aquello y no podía concebir cómo su madre, en las circunstancias difíciles por que había atravesado, no había recurrido á aquel pariente que tan bueno se mostraba con ella.

Pero por desgracia más tarde lo comprendió.

El marqués desde luego la facilitó los medios que necesitaba para atender á la enfermedad de su tía, y habiendo ésta fallecido á los muy pocos días, puso á su prima en una habitación al cuidado de una señora anciana con encargo especial de que nada le faltase.

Dolores no encontraba palabras para alabar á su primo, y aun que ella se oponía á que gastase en nada absolutamente, él seguía gastando y se pasaba cada día más tiempo á su lado.

Muchas veces se preguntaba qué podrían significar estas visitas tan largas y tan repetidas, hasta que, por fin, llegó un momento en que se lo explicó.

Jorge rompió el silencio en que se había envuelto y dijo á la joven que la amaba.

Pero el amor en aquel hombre era la equivalencia del deseo, y por lo tanto, al hacer á su prima las proposiciones que la hizo, ésta las rechazó llena de indignación.

El marqués no se desanimó por esto, sino que continuó persistiendo, de una manera que llegó á alarmar á su prima.

Hostigada de la manera que lo estaba, viendo que la persona que tenía en su casa era una hechura del marqués y temiéndolo ya todo de éste, Dolores tuvo que adoptar una resolución extrema.

Una noche salió de su casa y se fué á la de otra costurera á quien había conocido en Barcelona.

Allí estuvo oculta durante algún tiempo, mientras el marqués estaba dado á los diablos, buscando por todas partes á su encantadora prima.

Su amiga la proporcionó trabajo y entonces fué cuando la joven escribió á Andrés.

Recién llegada á Barcelona, con las circunstancias especiales que después se la reunieron, Dolores no tuvo tiempo ni humor para escribirle.

Cuando su tía murió, le escribió, pero ya el joven no estaba en Madrid y la carta no pudo llegar á su destino.

Al volver á la situación precaria de que con un fin particular la había sacado su primo, Dolores tomó nuevamente la pluma para escribir á Andrés.

Mas ni tuvo contestación la primera carta ni tampoco la segunda, así como obtuvieron el mismo resultado otras dos que escribió.

Y la razón ya la hemos dicho antes.

Andrés estaba en Barcelona y nadie se ocupó de remitirle las cartas que se recibían en Madrid.

Pero la joven que nada de esto sabía, achacaba á olvido aquel silencio y se desesperaba viendo la volubilidad y la ingratitud de los hombres.

Y entretanto, Andrés andaba también desesperado buscándola por todas partes.

Pero ella salía muy pocas veces, temerosa de encontrarse con el marqués y de aquí la razón por la cual el joven no podía verla.

Por Dios señorita;escucheme V.

En el día en que vamos hablando, Dolores tenía necesidad de ir á casa de una señora que vivía en la Rambla, á tomar la medida para hacerla un vestido.

Contra su gusto salió poco antes de anochecer, desempeñó su comisión y volvió nuevamente á atravesar la Rambla, dirigiéndose hacia su casa con presuroso paso por no escuchar las flores que la echaban.

Pero por más que quiso no pudo evitar que un caballero la siguiese, á la par que la dirigía la palabra, diciéndola:

—¡Por Dios, señorita! escúcheme usted.

Instintivamente la joven al escuchar el metal de aquella voz, volvió la cabeza, arrojando un grito al reconocer en aquel hombre al marqués de la Esperanza.

***

Este á su vez, al encontrarse con la joven, no pudo menos de ahogar una exclamación de sorpresa.

Pero repuesto al momento, prosiguió con un acento cuya ironía iba creciendo poco á poco:

—¡Adiós, prima! ¿qué te has hecho en tanto tiempo como no nos hemos visto?

—Nada,—balbuceó la joven,—he vuelto á mi antigua vida de costurera.

—¡Ah! ¡y por eso dejaste la casa donde yo te había puesto! ¡mucha virtud se necesita para esto!

—No ha sido virtud, ha sido deber;—contestó la joven ofendida por el acento de su primo.

—¿Conque por deber rechazaste el amor que te ofrecí?

—Lo rechacé porque me deshonraba.

—¡Deshonra! ¡bah, bah! ¡la tecnología de las mujeres tontas!

—La tecnología de las mujeres que se estiman en algo.

—Vamos, prima, tú te crees que yo soy algún bobo, y que creo fácilmente lo que se me dice.

—Pues qué, ¿duda usted?

—¡Ta, ta, ta! no tomes ese aire de dignidad ofendida; cuando te has separado de mí, sería porque encontraste otro partido más ventajoso que el que yo te ofrecía.

—¡Basta, caballero!—dijo Dolores sintiendo que sus mejillas se enrojecían de indignación y que las lágrimas asomaban á sus ojos, atraídas por la insolencia grosera y brutal del marqués.

Y Dolores dió algunos pasos para retirarse.

Pero el marqués se interpuso nuevamente, diciéndola:

—No te marches así, prima, al menos dime dónde vives.

—No le hace á usted falta alguna saberlo, porque sus visitas me perjudicarían más que otra cosa.

—¿Acaso se disgustaría tu otro amante?—preguntó Jorge con una ironía sumamente punzante.

—¡Oh, caballero! nunca creí que fuese usted tan infame.

Y llorando y extremadamente afligida, trató Dolores de desviarse nuevamente de su primo.

Iba éste á seguirla, cuando otro personaje que se interpuso, vino á dar un nuevo giro á la cuestión.

Pasaba casualmente, cuando la joven pronunciaba las últimas palabras, y al sonido de aquella voz volvió vivamente la cabeza.

Y hubo de reconocer á la joven, porque exhaló una exclamación de sorpresa y se lanzó á detener al marqués cuando éste iba á seguir á su prima.

—Deje usted á esa señora que siga tranquilamente su camino,—dijo el recién llegado á Jorge.

Al escuchar aquellas palabras, Dolores alzó vivamente la

cabeza y exclamó con una voz que expresaba cien efectos distintos:

—¡Andrés!

—¡Calla, el amante desconocido!—dijo el marqués sarcásticamente.

—Aquí no hay amante alguno, caballero,—gritó Andrés que había reconocido á Jorge, á quién, como ya recordarán nuestros lectores, deseaba encontrar desde lo acaecido el día de San Isidro en Madrid.

—Vamos, señores, bien; ya que se han encontrado ustedes, sigan juntos su camino.

Y Jorge con una sonrisa más irónica aun que sus palabras, se disponía á marchar en opuesta dirección.

Pero Andrés, ciego de cólera, se lanzó sobre él, diciendo:

—Quien no se ha de marchar así, es usted; debe una satisfacción á esta señora y es necesario que se la dé.

—Vamos, hombre, usted está loco;—dijo Jorge pugnando por desasirse de la mano con que le detenía el médico.

—Déjale, Andrés,—gritó Dolores que temía las consecuencias que pudiera atraer aquel lance.

Pero su amante no la hizo caso y prosiguió, dirigiéndose á Jorge:

—El hombre que insulta á una mujer nò es caballero y se hace digno tan solo de que se le castigue como yo lo hago.

Y al par que decía estas palabras, dió una bofetada al marqués, que ciego de cólera, trató de pagarle con la misma moneda.

Pero ya se había reunido alrededor de ambos un círculo de curiosos, y algunos de ellos trataron de contener á entrambos adversarios.

Dolores, entretanto llena de vergüenza, trataba de ocultarse á las miradas de la multitud, y ésta, ávida siempre de

espectáculos, iba aumentando considerablemente alrededor de los tres actores de aquel drama.

Casualmente, entre los curiosos, había algunos amigos de ambos que les hicieron ver lo ridículo del papel que estaban haciendo, y consiguieron separarlos, después de haber mediado el respectivo cambio de tarjetas, obligado en casos semejantes.

CAPITULO CXXXVI

Presagio de tempestad

Como consecuencia directa de la escena anterior, tuvo lugar un desafío entre Andrés y el marqués de la Esperanza.

Y éste tuvo la desgracia de ser herido y la fortuna de que la espada del médico no hubiese profundizado mucho, de manera que á los pocos días ya estaba completamente restablecido.

Andrés, por su parte, tuvo una explicación con su amada, de la que resultó que ambos quedaban completamente satisfechos, habiéndose jurado al separarse, un amor eterno.

El marqués de la Esperanza, desde que en el baile de la brasileña había cruzado aquellas cuatro palabras con Félix, de que hicimos mérito en otro capítulo, no disfrutaba tranquilidad alguna.

El no podía explicarse el por qué, pero adivinaba que aquel hombre había de ejercer una influencia extraña en su vida.

Félix era una nube que empañaba el cielo de ventura de Jorge.

Y Mastrich vino á aumentar sus temores.

Convaleciente aun de la herida que le causara Andrés, se encontró una mañana con un recado del banquero.

Este le decía que tuviese la bondad de pasarse por su casa para tratar de asuntos del mayor interés.

Sin saber por qué, Jorge pensó en seguida en Félix.

Y se vistió apresuradamente, y pocos momentos después estaba en casa de Mastrich.

Una vez en el despacho de éste y después de cambiados los saludos de ordenanza, le dijo éste:

—Habrá usted extrañado mi llamada ¿no es cierto?

—Sí, me ha sorprendido.

—Pues más se sorprenderá usted cuando sepa el motivo.

—Estoy ya impaciente por conocerlo.

—Ante todo es necesario que tenga usted mucha calma y no se altere por nada.

—¿Pero de qué se trata?—preguntó Jorge á quien el preámbulo del banquero sobresaltaba doblemente.

—¿Usted se acuerda en los términos en que estaba concebido el testamento de su tío?

—No comprendo...

—Pues bien; en el testamento dice que todos los bienes libres que dejaba, incluso el título, pasasen á su hijo Manuel, caso de que éste existiera, y si no se sabía su paradero antes que su sobrina Dolores cumpliese los veinte años, era su voluntad que ésta fuese su heredera universal, reservando para ésta, en el caso de que su hijo existiese, la décima parte de sus bienes, y que desde luego hasta que éste pareciera ó se averiguase su paradero, su sobrina fuese la usufructuaria de aquéllos.

—¿Pero á qué viene todo eso?

—¡Tenga usted calma, hombre, tenga usted calma!

—El hijo de mi tío no existe, el testamento lo tienen ustedes seguro, y por lo tanto no comprendo...

—Está usted en un error.

—¿Cómo?

—Ese hijo existe.

*
* *

Jorge no pudo menos de palidecer intensamente, y con voz trémula exclamó:

—¿Qué dice usted?

—La verdad; ese niño que hoy es un hombre, vive y está en Barcelona.

—¿Y usted qué ha hecho?...

—Lo que usted en mi lugar.

—¿Según eso, á estas horas?—y la mirada del marqués acabó de cooperar lo horrible del pensamiento que encerraba su pregunta.

—A estas horas vive probablemente,—le contestó Mastrich con una calma perfecta.

—¿Y usted le ha dejado?—dijo Jorge con sorpresa.

—Sí, señor, y usted habría hecho lo mismo.

—¡Yo!

—Sí, usted; cuando no se sabe ni quién es, ni dónde pára, ni qué nombre lleva en la actualidad, es bien difícil dar con él.

—Pero entonces, ¿cómo sabe usted?

—Por una casualidad.

—¿Pero ese hombre de quien usted me habló, ese Félix, sabe quién es?

—No, señor.

—¡Oh! pues entonces podemos estar descuidados.

—No tanto como usted cree.

—¿Por qué?

—Porque ese niño tiene protectores poderosos.

Aquí Jorge volvió á estremecerse.

De nuevo se presentó á su imaginación Félix, y así fué que dijo:

—¿Acaso es Félix uno de esos protectores?

—Justamente; veo que anda usted acertado.

—¡Oh! bien temía yo que ese hombre había de ser mi mala estrella.

—¿Y á que no sabe usted quién es ese hombre?

—El demonio que me persigue.

—Ese hombre es aquel antiguo criado de su tío, que desapareció de Barcelona de una manera tan misteriosa.

—¡Ah!... ¡el infame!

—¡Chist!... no tal; no le insulte usted, y guárdese mucho de demostrar que le conoce siquiera.

—Pero explíqueme usted la manera cómo ha sabido todo eso.

—Amigo mío, yo no me he andado nunca por las ramas, y cuando su tío murió, pensé en aquel hombre y en aquella mujer y aquel niño.

—¿Y qué hizo usted?

—Mandé á América persona de toda mi confianza con encargo de que averiguase á costa de todo, el paradero del hombre: en cuanto á la mujer y al muchacho, me importaba bien poco; pero él sí, porque indudablemente al marcharse, fué en su busca, y para esto debía llevar documentos ó cosas que acreditasen quién era Ana y quién Manuel, y cuál era el parentesco que á ambos ligaba con el marqués.

—Muy bien pensado; ¿y consiguió usted?

—A fuerza de años y de dinero, mi hombre se puso sobre

las huellas del que iba buscando; yo no quise ni he querido recurrir á los medios extremos hasta el último caso, y por lo tanto, dije á mi agente que vigilase sin cesar á aquel hombre, y que cuanto hiciese me lo escribiese todos los correos, y ahí tengo un paquete de cartas en las cuales está toda la historia de la fortuna de Félix, que por cierto la ha hecho colosal.

—Con el dinero que le sacaría mi tío, sin duda.

—No, de eso puedo dar fe; si se llevó algo, no sería mucho. Ya sabe usted que yo era su administrador y, por lo tanto, me consta; pero en fin, esto no hace al caso.

—Tiene usted razón; adelante.

—Al cabo de una porción de cartas insulsas, me encontré un correo con una en que se me decía que había entregado á un capitán de un buque mercante, muy amigo suyo, unos papeles y le había dado el encargo de que buscase en Barcelona á un joven que podría tener de veinte á veintidos años.

—Justamente la edad que debe tener.

—Yo inmediatamente tomé mis medidas tan perfectamente, que el mismo día que la fragata «Reina de los ángeles» entraba en el puerto, su capitán caía en mi poder por medio de uno de mis mejores agentes.

—¡Diablo! bien jugada estuvo esa.

—Yo las hago siempre lo mismo,—contestó con un tanto de fatuidad el banquero;—aquella misma noche la cartera con los papeles que traía el capitán estaban en mi poder.

—¡Magnífico!

—No tanto como usted se figura.

—¿Cómo?

—Porque si aquellos papeles eran sumamente interesantes, á mí lo que más me importaba era conocer al joven para quien aquéllos venían.

—¿Y qué documentos eran?

—Un acta del reconocimiento del muchacho, firmada de puño y letra del marqués, y un testamento autógrafo del mismo, instituyéndole su heredero legítimo.

—¿Y tiene usted esos papeles?—preguntó Jorge bastante intranquilo.

—¡Ya lo creo!

—¿Y cómo no los ha inutilizado usted en seguida?

—¿Me cree usted tan necio...? esos papeles han ido á unirse al testamento que conservo de su tío.

—¡Ah! vamos, son las armas de usted contra mí.

***

Y Jorge arrojó una mirada al banquero que expresaba un odio y un deseo de venganza tan profundo, que éste se estremeció á su pesar.

Sin embargo, se repuso y le dijo:

—Vamos, nada de gestos melodramáticos: lo que yo he hecho debe usted agradecérmelo todavía, porque en esto se demuestra el interés que me tomo por sus asuntos.

—Por los de usted, mejor dicho.

—Bien; pero que el beneficio también es para usted.

—¿Y qué más tenemos?—preguntó Jorge impaciente.

—Del capitán no he sabido qué fué después de eso; pero yo comencé á practicar cuantas diligencias eran necesarias para descubrir á ese joven, sin que ninguna de ellas me diera resultado alguno.

—¡Qué desgracia!

—¡Ya lo creo! y lo peor fué que al correo siguiente recibí noticias de mi agente de América, participándome que Félix salía de aquel punto para Barcelona, habiendo consignado antes, en casa de uno de mis corresponsales, una parte considerable de sus fondos

—¿Conque tan rico es?

—Ya se lo dije antes, él mismo no sabe lo que tiene.

—Y bien; ¿qué hizo usted cuando llegó?

—Recibirle con las mayores muestras de deferencia y comprar tres puñales, que á los tres días de estar aquí, cayeron sobre él al retirarse á su casa por la noche.

—Eso estuvo admirablemente pensado.

—Sin embargo, todos mis cálculos salieron completamente fallidos, porque un hombre acudió á su socorro y uno de los asesinos cayó en poder de la autoridad y los otros tuvieron que escapar por temor de seguir la misma suerte.

—¡Maldito contratiempo!

—Y desde entonces he tratado poco á poco de ir captándome las simpatías y la confianza de Félix, á ver si podía descubrir alguna cosa, y para ponernos de acuerdo es para lo que he mandado llamar á usted.

—Diga usted lo que debemos hacer.

—Usted me ha dicho que le aborrece, ¿no es cierto?

—¡Oh! sí.

—Pues bien; sin que ese aborrecimiento disminuya es necesario ocultarlo en el fondo del corazón.

—Pero si este hombre me está provocando á cada paso.

—No hacer caso de sus provocaciones, tomarlo á broma y tratar de seguirle la corriente.

—¿Y qué más?

—Colocar en su casa un hombre de toda confianza, un hombre que sea nuestro su cuerpo y alma, rodearle de amigos, todos de usted ó míos y sobre todo separarle completamente de dos jóvenes con quienes se ha unido desde la noche en que uno de ellos le salvó la vida.

—¿Sabe usted cómo se llaman?

—Sí; el uno es abogado y se llama Carlos, y el otro es un

médico y se llama Andrés: ¡hombre, casualmente el mismo con quien usted se ha batido!

—¡Oh!—dijo Jorge, sintiendo que la cólera rugía otra vez en el fondo de su pecho,—esos dos hombres desaparecerán.

—Sí, pero tenga usted mucho cuidado con dar un paso imprudente.

—Descuide usted.

—Además hay que tener constantemente un hombre preparado y bien dispuesto, y cuya mano no tiemble, si llega el caso de dar un golpe.

—Ya lo comprendo, ¿y ese hombre?

—Ya se lo proporcionaré á usted.

—Corriente.

—¡Ah! tampoco conviene que por ahora adelante usted su boda con la hija de la condesa de Finestrall.

—No comprendo.

—Yo me entiendo.

Y Jorge arrojó una mirada escrutadora á Mastrich, la cual trató de penetrar en el fondo de su corazón.

Pero el banquero permaneció impenetrable y dijo:

—Quien era para usted un partido sumamente ventajoso, es doña Rosario de Cárdenas, esa linda viuda que trae vuelto el juicio á la mayor parte de nuestros jóvenes.

—Ya está eso pasado en cuenta.

—En primer lugar porque es excesivamente rica, y en segundo porque Félix se ha hecho muy amigo de ella, y quizás por ahí pudiéramos sacar alguna cosa.

—Tiene usted razón.

—Conque parece que estamos completamente de acuerdo en todo, ¿no es cierto?

—Sí, señor; y le doy infinitas gracias por su manera de portarse conmigo y por el gran interés que se toma.

—Eso no las merece; lo que importa es que consigamos vencer á ese enemigo que se nos ha presentado tan inopinadamente.

—Ya le venceremos, aunque tengamos que recurrir á los medios extremos.

—Como que si él no cae, cae usted.

—Ya trataré de que esto último no suceda.

Y aquellos dos hombres tan infames y que á pesar de aborrecerse mútuamente se unían para cometer el crimen, se apretaron cordialmente las manos y se separaron, después de haberse reiterado sus protestas de amistad.

CAPITULO CXXXVII

Una infamia del marqués

Ya hemos visto el efecto que había producido en Jorge lo mismo que en Mastrich la convicción adquirida de que Félix era el famoso criado que enviara el difunto marqués de la Esperanza en busca de su hijo.

El atentado de que había sido víctima Félix, atentado que no vaciló en atribuir á Jorge y á sus compañeros; el sufrimiento de Carlos, motivado por las pretensiones del marqués respecto á Elisa, decidiéronle finalmente á entablar la demanda contra Jorge para cuyo efecto dió los primeros pasos, haciéndole una citación.

Esto, comprendió el marqués que era el principio de la lucha y se aprestó para ella.

Félix, á su vez, queriendo antes de todo dar un paso conciliador por si podía evitar el escándalo que iba á sobrevenir, y más que todo, por hacer ver al marqués las armas con que contaba y obligarle por este medio, se decidió á ir á su casa.

A haber conocido Carlos esta resolución, es muy posible que se la hubiese quitado de la cabeza.

Pero Félix no quiso decirle nada.

Como hombre, tenía valor suficiente para afrontar el peligro y no le intimidaba encontrarse en presencia del marqués.

Así fué que al día siguiente de hecha la citación por el abogado, se dirigió á su casa.

Lo que menos podía esperar Jorge, era aquella visita y su sorpresa no conoció límites al decirle el criado la persona que deseaba verle.

La primera impresión que causó á éste al ver entrar en su gabinete á aquél, fué la de una sorpresa infinita.

Poco después, una sonrisa extraña vagó por sus labios.

Saludó afectuosamente á Félix, y le dijo con la más exquisita cortesía:

—¿Y podré saber á qué debo la honra de ver á usted por esta su casa, á una hora semejante?

—¡Oh! Sí, señor; y por cierto que el asunto que me trae aquí es bastante desagradable y quisiera que me concediera usted algunos momentos de audiencia.

—¡Oh! Pues entonces voy á dar algunas disposiciones, á fin de que no nos interrumpan.

—Mucho me alegraré, porque nuestra entrevista es un poco más grave de lo que parece.

—Vuelvo en seguida, porque, francamente, tengo ya deseos de conocer el objeto de ella.

Y el marqués de la Esperanza abandonó la habitación, durante algunos segundos.

Cuando volvió á entrar, una imperceptible expresión de extraña alegría se dibujaba en su semblante.

Félix estaba demasiado preocupado para advertir semejante cosa.

El marqués volvió de nuevo á tomar asiento, y le dijo:

—Cuando usted guste.

—Hoy supongo que habrá usted sido citado á juicio de conciliación, por mi apoderado.

—¡Ah! ¿Era cosa de usted?

—Sí, señor.

—Pues, amigo mío, efectivamente; he recibido una papeleta, y, con franqueza, tenía otras cosas que hacer y no he asistido.

—Bien; quiere decir que se dará el juicio por intentado y el negocio seguirá sus trámites.

—Pero ¿qué negocio es ese?

—Si dirige usted una ojeada á lo interior de su conciencia, desde luego lo encontrará

—Nó comprendo...

—Señor don Jorge, es usted un infame, y los tunantes como usted, tienen que encontrar su castigo tarde ó temprano.

—¡Caballero!—gritó Jorge, pálido de cólera por las palabras de Félix.

—Hágame usted el favor de estarse quieto,—dijo éste con una calma que contrastaba extraordinariamente con la irritación del marqués;—y no ofenderse por las palabras que le diga; aun le han de decir más los tribunales.

—¡Los tribunales!

—Sí, señor; á usted, asesino de Ana y de su tío; á usted, ladrón de títulos y herencias; á usted, en quien todo principio de honor y delicadeza está muerto completamente.

—Cuidado, Félix, estoy en mi casa y...

—Dé usted gracias á que esto no se lo he dicho en medio de la calle.

—Concluyamos de una vez; ¿qué es lo que usted quiere?

—No lleve usted tanta prisa, que nuestra conversación tiene que ser un poco larga.

—Es que yo estoy en mi casa y creo que tengo el derecho de mandar en ella.

—Se equivoca usted; aquí está en presencia de un juez, juez inexorable cuyos cargos no puede usted contrarrestar.

—Bien; ¿y qué es lo que usted quiere?

—En primer lugar, decirle á usted que con su incomparecencia al juicio, ha quedado entablado el pleito contra usted.

—Pero ¿qué pleito es ese?

—El pleito que yo, como tutor y curador del hijo del difunto marqués de la Esperanza, entablo contra usted por usurpación de los bienes y título que á aquél le corresponde; sin perjuicio de que más adelante proceda criminalmente contra usted por la conducta infame que siguió con la esposa y el hijo de su tío.

—¡Todo lo sabe!—murmuró sordamente el marqués.

—Sí, señor; todo lo sé;—prosiguió Félix dominando, por decirlo así, con su potente mirada á Jorge;—todo lo sé, y ya puede usted irse preparando para abandonar ese título que tan injustamente lleva, y para ir á parar á un presidio, única morada que en lo sucesivo le resta por justo castigo de sus crímenes.

—¡Oh, nunca!

—A no ser que usted quiera saltarse la tapa de los sesos, y es el mejor camino que puede tomar,—añadió Félix fríamente.

—¿Pero usted con qué derecho...?

—Ya se lo he dicho.

—Pero...

—A mí sólo me toca preguntar y á usted sólo responder. ¿Qué objeto llevó usted al hacer que se embarcase la desgraciada Ana y su hijo? ¿Creía usted que quedaría impune su delito?

Félix no dejó de percibir la palidez de Jorge, y vió en ella la confesión de su culpabilidad.

Por lo tanto, continuó:

—Usted supo que aquel niño era su primo, que aquella mujer era la amada de su tío, que éste tenía reconocido al niño, y que, por lo tanto, la herencia se escapaba de sus manos, y decidió deshacerse de ambos; ¿no es esto lo que ha pasado?

La turbación de Jorge aumentó doblemente.

Aquel hombre adivinaba de una manera extraña cuanto había pasado, y esto, como se comprenderá muy bien, no podía menos de impresionarle.

Félix seguía en el rostro del marqués las impresiones de su corazón.

Esperaba algunos momentos para ver si éste le contestaba, y viendo que no obtenía respuesta, volvió á decirle:

—He preguntado á usted qué ha hecho de aquellas dos personas inocentes, y cuando yo pregunto es para que se me conteste.

—No sé qué es lo que me quiere usted decir.

—La turbación de usted me está demostrando que lo sabe perfectamente, y es inútil que se obstine en guardar ese silencio, así como también lo sería el que cometiese un nuevo crimen.

—¿Por qué?

—Porque aun cuando haya muerto su primo de usted, con las pruebas que yo tengo en mi poder, serían suficientes para hacerle pagar harto caro su crimen.

—¿Conque tiene usted las pruebas, eh? pues bien, veamos ahora quién es aquí el más fuerte.

Para explicar este cambio en las maneras y en el acento del marqués, necesitamos decir qué era lo que fué á hacer

cuando dejó á Félix en su gabinete, pretextando que iba á dar algunas disposiciones.

Atravesó varias habitaciones, hasta que llegó al otro extremo de la casa.

Entonces mandó llamar á uno de sus criados, y éste, que no era otro que el que le había proporcionado Mastrich, según le dijo en la entrevista que presenciamos en el capítulo anterior, se presentó inmediatamente.

—¿Qué se ofrece, señor?

—Ya está ahí el hombre de quien te hablé esta mañana, —le contestó el marqués.

—¡Bravo! con eso nos ahorra el trabajo de ir á buscarle.

—Ahora es necesario obrar con mucha precaución. ¿Están ahí Antonio y Angel?

—Sí, señor.

—Pues entonces entrad con mucha precaución dentro de un momento; él está colocado de espaldas á la puerta, y fácilmente podréis taparle la boca y atarle perfectamente.

—Está entendido.

—No os descuidéis, no sea cosa que quiera marcharse.

Y el marqués, después de dar estas disposiciones, volvió á entrar en su despacho, donde tuvo lugar la escena que hemos descrito en las páginas anteriores.

Todo se hizo según él dispuso, y en el momento en que él cambiaba de acento y de maneras respecto á Félix, tres hombres se arrojaban sobre éste, y antes de que pudiera gritar y defenderse, se encontraba ya fuertemente agarrotado y con la boca tapada con un pañuelo.

—Ahora, señor mío, creo que yo soy el que tiene el derecho de mandar,—dijo Jorge irónicamente;—anuncié á usted que estaba en mi casa y que en ella nadie tenía derecho á mandar más que yo; usted no hizo caso y ya lo está viendo.

Félix hizo un movimiento desesperado para romper las ligaduras que le sujetaban.

Pero al verlo el marqués sonrió desdeñosamente y le dijo:

—No se canse usted inútilmente; no haga tampoco el más mínimo movimiento, porque cualquiera de esos tres perillanes que tiene usted á su lado se encargará de hacerle entrar en razón, con la hoja de su puñal.

Y pronunciadas estas palabras se levantó el marqués, disponiéndose á salir.

Entonces arrojó otra mirada de triunfo sobre Félix y le dijo:

—Convengamos en que son armas de mala ley con las que lucho, pero hasta ahora la ventaja ha estado de mi parte; por lo tanto, amigo mío, no hay más que resignarse.

Y llamando aparte al criado con quien le oímos concertar la manera de sorprender á Félix, continuó:

—No me dejes solo á ese hombre con ninguno de tus compañeros, ya sabes que no tengo confianza en nadie más que en tí; no le dejes hacer movimiento alguno y obsérvale con cuidado.

CAPITULO CXXXVIII

Confidencias

OFRECIMOS en otro lugar, manifestar á nuestros lectores, la confidencia que había hecho Félix á Carlos á los pocos días de haberle salvado la vida, y vamos á cumplir nuestra palabra.

La leve herida que recibiera el abogado, ni siquiera le obligó á guardar dos días de cama.

No obstante, durante los pocos días que hubo de permanecer en casa, aquél no dejó de favorecerle con sus visitas cotidianas.

En una de éstas, en que casi completamente restablecido disponíase Carlos á salir de casa, nuestro caballero tuvo ya con intención, ya sin ella, la curiosidad de preguntarle á dónde se dirigía y si tenía inconveniente en permitirle que le acompañase.

—Como usted guste,—contestóle Carlos;—pero le advier-

to que se molesta para tener el disgusto de separarnos muy pronto.

—Si es que alguna obligación...—advirtió el caballero.

—Las obligaciones del foro descuidadas durante todo este tiempo.

—¡Ah! ¿es usted abogado, amigo mío?—preguntó el caballero con cierta sorpresa.

—Para lo que tenga usted por conveniente mandarme,—repuso Carlos.

—Gracias; quizás tenga que utilizar ese ofrecimiento.

—Yo tendré una verdadera satisfacción en poder servir a usted ventajosamente.

Y después de un momento de pausa, nuestro caballero, dijo:

—Si no le urgiese tanto salir y pudiera dedicarme algunos momentos, me tomaría la libertad de hacerle una consulta.

—¿Por qué no, amigo mío? no son tales mis ocupaciones de hoy, que me priven de ese gusto.

—Es que sintiera que le causara...

—No puede causarme sino un verdadero placer,—interrumpió Carlos.

—Gracias, amigo mío, gracias,—dijo el caballero dándole un fuerte apretón de manos.—Entonces daré principio á mi historia, porque es una verdadera historia funesta y singular, el asunto principal que me obliga á dar este paso, deseoso de llevarla al terreno de los tribunales de justicia.

—Escucho á usted,—dijo Carlos.

* * *

Y tomando ambos asiento, después de algunos momentos

de reflexión, el desconocido se puso á hablar en los siguientes términos:

—Existía en cierta época, no muy remota, un marqués, recomendable sujeto, cuyas relevantes dotes le atraían el aprecio de todos cuantos tenían la honra de tratarle, el cual, por efecto de su carácter, unido á ciertos compromisos de familia, vivía en Mataró.

El tal señor marqués era el objeto de todas las consideraciones de su familia, que veía en la fabulosa fortuna que constituía su marquesado, la imagen de un porvenir venturoso, la realización del sueño dorado que halaga en la conciencia humana el incesante mar que se levanta desde su fondo, impulsado por la primera de sus tendencias: el egoísmo.

Entre todos los que componían el número de los que se creían con derecho á la fortuna del marqués, distinguíase un tal Jorge, sobrino suyo y joven de un corazón malvado y capaz, por consiguiente, de todo género de infamias, con tal de satisfacer la sed de oro que en primer término le dominaba.

Interin el celibato del señor marqués se conservó incólume, es decir, no apareció con ciertas tintas que le revistieran de un carácter como si dijéramos sospechoso, el sobrino permaneció en la más absoluta tranquilidad, dando á su conducta todas las apariencias de la más encantadora bondad, de los más inocentes deseos.

Empero, vino un día en que una rara é imprevista coincidencia descorrió el velo que por largo tiempo conservaba en el más impenetrable misterio la historia privada del señor marqués, y apareció la verdad desposeída de los atavíos que hasta entonces la habían tenido oculta por razones de conveniencia que me reservo para exponer más adelante; llegó aquel día y el lobo, aunque no despojándose del todo de la piel de cordero que vestía, empezó á dar muestras de sus devoradores instintos.

Contaría entonces el marqués unos cincuenta años de edad.

Hombre de una sólida y vasta instrucción y de un talento privilegiado, era lo que se llama un hombre superior.

Esto unido á un carácter noble y á una organización excesivamente sensible, había dado lugar á que desde sus primeros años experimentara las amargas consecuencias de una sociedad injusta y escéptica, y revistiera sus actos de aquel misterio conservado hasta entonces, dando á su vida social cierto viso de excentricidad que en cierta manera hacía que sobresaliera más su figura.

El principal móvil que obligó á aquel hombre á huir de esa vida de agitación y de placeres, de esa vida de disipación á que por su clase estaba destinado, fué un amor contrariado.

Amor cuyos detalles pasaremos por alto, porque yo creo que á nada conducen respecto á nuestra cuestión, si bien tiene una relación directa en lo que se refiere al objeto del litigio que me obliga á esta consulta.

Enamorado el marqués en los primeros años de sus mocedades de una encantadora niña que pertenecía á la clase proletaria, tuvo que sufrir todas las consecuencias de una tenaz oposición por parte de su familia, de modo que se vió obligado á adoptar el sistema de una retractación aparente, valiéndose de cuantos recursos son imaginables para desvanecer la preocupación, origen de la lucha á que incesantemente se hallaba expuesto y la cual debía conducir á la que era objeto de su amor, á la desesperación tal vez, ó cuando menos á la más lamentable desgracia, con derivación de las sangrientas persecuciones de una familia orgullosa y poseída de las más absurdas supersticiones.

La infeliz Anita, que así se llamaba la joven á quien tanto

adoraba el noble marqués, que entonces todavía no lo era, se vió obligada, de acuerdo con su amante, á cuyo amor correspondía con toda la pureza de un corazón virgen y bello como el de un ángel, á trasladarse inmediatamente á la capital del principado.

Y por espacio de un número de años más que regular la pobre joven tuvo que lamentar una horrorosa separación que la consumía, que la tenía en un estado, sino de privaciones, porque su amante no dejó nunca de portarse con la nobleza que le caracterizaba y con la distinción propia del cariño que la profesaba y que nada era posible que borrase de su corazón, bastante modesto por lo menos.

Y en todo este tiempo, aunque los deseos del marqués tuvieron un momento de excitación, su cabeza los dominaba y los castos oídos de la joven no escucharon nunca palabra alguna que pudiera ofender su honra.

Y pasó el tiempo y el marqués heredó su título y con su amor cada vez más potente fué á ofrecer á su amada la fortuna que poseía y el título que sus padres le habían legado.

—Fué un magnífico rasgo de nobleza,—interrumpió el abogado.

—¡Oh!... es que en todo se portaba de la misma manera el señor marqués,—dijo el caballero con un acento un tanto conmovido.

Pero reponiéndose en seguida prosiguió:

—Anita era una muchacha hija de una clase un tanto humilde, pero su alma era excesivamente elevada.

Su amante había tratado de cultivar sus buenas dotes, y la desgracia, que constantemente había perseguido aquellos amores, la habían enseñado bastante, así fué que rehusó la honra que el marqués le hacía.

La pobre mujer conocía un poco el círculo en que iba á entrar y sobre todo al sobrino del marqués.

—¿Al sobrino?—preguntó sorprendido Carlos.

—Sí, señor; es verdad que aun no he hablado á usted de este hombre infame que tanta influencia ha ejercido en la existencia de las dos personas á quienes creo que más he amado en mi vida.

Y el caballero, preocupado sin duda por los recuerdos que estaba evocando, detuvo algunos momentos su relato.

Carlos le escuchaba con un interés creciente.

Aquella relación en la cual estaba adivinando un misterio terrible, le hacía desear que llegase el desenlace.

Preveía un litigio en el cual podría su nombre salir de la oscuridad en que se encontraba, y este nombre cubierto de esa aureola que presta el foro cuando los que se dedican á él se ponen á la altura de su ministerio, era lo que él deseaba para poder ofrecer á su adorada Elisa.

El caballero se repuso algún tanto de su preocupación, y prosiguió:

—Voy á poner á usted en antecedentes sobre este personaje, antecedentes que le creo á usted muy necesarios. Jorge del Bosch, era hijo de una hermana del marqués. Cuantos vicios y cuanta maldad puede abrigar el corazón de un hombre, todos estaban anidados en el de Jorge. Quedó huérfano, pudiendo asegurar á usted, que los desórdenes del hijo acabaron la vida de su madre. El marqués que no podía ni tolerar ni aplaudir semejante disipación, riñó con él, y no quiso que se le hablase siquiera de su sobrino, que era su heredero forzoso en caso de fallecer él, sin sucesión.

Jorge, sin cuidarse poco ni mucho del enfado del tío, continuó la misma senda por la cual iba, y en Barcelona adquirió una triste celebridad por sus locuras, que en más de una ocasión tuvieron consecuencias bastante terribles.

Sin embargo, no faltó un amigo que le dijo las esperanzas que podía concebir con la herencia de su tío, toda vez que éste no se había casado, y desde entonces Jorge sintió surgir una idea nueva en su imaginación y formó un plan que siguió con la insistencia propia de su carácter.

El marqués, entretanto, con la repulsión de Anita, cuya delicadeza comprendió, sintió aumentarse su amor.

Ella también le amaba con doble fuerza, y llegó un momento en que aquella pasión oscureció su mente, y la joven fué madre.

El marqués hacía continuos viajes á Barcelona, donde seguía viviendo la joven, y estos viajes llamaron la atención de la gente de Mataró y especialmente la de Jorge.

—Ya creo que comienzo á preveer el resultado,—dijo Carlos al ver que su interlocutor se detenía para encender un cigarro.

—Me parece que no,—contestó el caballero,—porque fué demasiado inesperado el golpe.

—En fin, prosiga usted, porque de todas maneras, creo, que al menos el crimen, comienzo á adivinarlo.

—El crimen, sí, señor; pero la manera de llevarle á cabo es lo que usted no sabrá, porque yo tampoco he podido saberlo de cierto.

—Hable usted, hable usted.

Y deseoso de saber cuanto antes aquella historia que en su concepto le daría ancho campo para realizar su sueño dorado, Carlos se arrellanó en su asiento, disponiéndose á prestar toda su atención á lo que iba á oir.

CAPITULO CXXXIX

Continuación de una confidencia

JORGE,—continuó el caballero,—para engañar á su tío, abandonó la vida que hasta entonces había llevado, y tan buena maña se dió, que al cabo de algunos meses creyó aquel sincero su arrepentimiento y le perdonó.

—¡Oh, qué imprudencia!

—Y grande; no faltó quien se lo dijera al marqués; pero era demasiado bueno y juzgaba por su corazón el de los demás, así fué que su sobrino volvió á entrar en su casa y llegó á enterarse indudablemente, de alguna cosa respecto á aquellos amores.

—Eso fué lo que debió evitarse.

—El marqués, vuelvo á repetir á usted, que era excesivamente crédulo y su sobrino muy astuto y muy malvado, así es, que espiando siempre y vigilándolo todo, llegó á saber los amo-

res de sú tío, y puesto sobre la pista, la siguió con una perseverancia infinita, consiguiendo descubrir toda la historia pasada y la situación en que al presente se encontraban.

Esto, como usted supondrá, le hizo pensar un poco y temer las complicacioncs á que pudiera dar lugar el nacimiento de aquel sér, mas sin embargo, estaba resuelto á arrostrarlo todo, y esperó.

Ana dió á luz un niño, y el placer del marqués no tuvo límites, y noble y reflexivo como siempre, lo primero que hizo fué asegurar el porvenir de su hijo, legitimándolo.

Esto lo supo Jorge algún tiempo después, y su cólera debió ser inmensa; pero ya he dicho á usted que era hombre de grandes recursos y que no retrocedía ante medio alguno; con tal que éste le permitiese llegar al objeto que él se proponía.

—¿Y qué hizo?—preguntó Carlos.

—Yo no lo supe entonces; pero lo cierto fué, que durante una ausencia del marqués que tuvo que ir á Francia, desaparecieron la madre y el hijo.

—¿Murieron acaso?

—No, señor; fueron vendidos.

—¡Vendidos!—exclamó el abogado con asombro.

—Sí, señor; pero no anticipemos los sucesos, que ya llegaremos á ese punto.

—Tiene usted razón, prosiga usted.

—El marqués,—continuó el caballero,—volvió á Barcelona, inquieto por el silencio que durante algunos días había guardado Ana, y su desesperación no conoció límites cuando se encontró sin la madre y sin el hijo. Entonces comprendió la verdad que encerraban mis palabras al censurar la admisión á su gracia de su sobrino.

—¡Ah! ¿conque fué usted?...

—Sí, señor; ¿á qué andarse con rodeos? yo en esa época era

el criado, mejor dicho, el amigo, el hermano del señor marqués; para mí no tenía secreto alguno, y yo deploré con él las consecuencias de su excesiva confianza.

***

—El marqués,—continuó el antiguo criado, después de una breve pausa,—tuvo una entrevista con su sobrino, y éste tuvo la desfachatez de confesarle que conocía sus amores; pero que le importaban muy poco las consecuencias, toda vez que él sabía que si no se casaba, era su único heredero directo.

—¿Y el marqués qué hizo?

—El marqués riñó para siempre con él y se dedicó con ardor á buscar á Ana y á su hijo.

—¿Y qué resultado obtuvo?

—Ninguno por entonces; con las grandes relaciones que tenía y con los recursos de que podía disponer, hizo cuanto es imaginable; pero ni nada supo ni llegó á descubrir nada. Yo únicamente supe que el capitán de una goleta italiana que estaba por aquellos días en Barcelona, había marchado días antes de volver el marqués de su viaje, llevando á bordo una mujer y un niño. Me informé de todos los marineros, acerca del rumbo que pudiera haber seguido y me dijeron que creían que iba á la Habana. Comuniqué inmediatamente estas noticias á mi señor y le propuse marcharme á ver si descubría algo.

Acogió mi plan con una alegría que demostraba el inmenso amor que abrigaba hacia aquellos dos seres, y provisto de un nuevo documento por el cual legitimaba á su hijo, me marché con el mayor secreto á Cádiz y allí me embarqué para América.

Mi señor se retiró nuevamente á Mataró, se llevó á su casa

unas parientas pobres, pero muy lejanas, y allí esperaba con ansia las noticias que creía que yo debiera comunicarle.

Pero no sucedió así; llegué á la Habana, me informé de aquel hombre y supe que había marchado á Veracruz, fuí allá y me dijeron que se le presentó un cargamento ventajoso para New-York y que días antes había salido. Sigo mi carrera sin descanso, llego á los Estados Unidos y en vano esperé un mes y otro la arribada de aquella goleta; al cabo de mucho tiempo supe que se había perdido, pero que su tripulación se había salvado; un buque inglés la había recogido y la dejó en Buenos Aires.

Me dirijo aquel punto y tampoco estaba allí.

—También es desgracia.

—Y mucha, porque como usted comprenderá, en todos estos viajes se había perdido mucho tiempo, y cuando yo salí para Macao, á cuyo punto me dijeron que se había dirigido embarcado en un buque filipino, hacía tres años que había salido de Cádiz.

—¿Y el marqués?

—Cada día su salud se iba quebrantando un poco más, en sus cartas se traslucía el inmenso dolor que le devoraba, y puedo decir á usted con entera verdad, que lo único que le sostenía era la esperanza que tenía concentrada en mí. Por fin, para no cansar á usted, al cabo de cuatro años conseguí ver á mi hombre en Singapore.

—¿Según eso usted viajó?

—Sin descanso, amigo mío.

—¿Y qué dijo?

—Sin darme yo por entendido de nada, le hablé y quedamos citados para el día siguiente. Escribí al marqués participándole mi encuentro con aquel hombre, y cuando llegó el siguiente día, ví que había sido engañado miserablemente.

—¿No acudió á la cita?

—No solamente hizo eso, sino que desapareció de Singapore.

—¡Qué desgracia!

—Muy grande, porque cuando el marqués supo esto, su delicada salud no pudo resistir este nuevo golpe, y murió de una manera que más tarde tratamos de averiguar.

—¡Cómo! ¿Sospecha usted?

—Sí, señor; tengo razones para ello. Mi señor tenía en su casa una prima y una sobrina á las cuales quería tanto, que en más de una carta me dijo que si no llegaba á encontrar á la que consideraba su mujer y á su hijo, cuantos bienes libres tenía, incluso el título, todo se lo iba á dejar á ellas.

—¿Y qué?

—Que el marqués murió, que no apareció testamento alguno, que Jorge quedó por heredero universal y que de la noche á la mañana el mayordomo del difunto y un escribano que había en Mataró se trasladaron á Barcelona con un boato y un lujo extraordinario.

—¿Qué dice usted?

—La verdad.

—¿Y la madre y el hijo?

—Yo me hice un deber el buscarlos, y al cabo de otros dos años tropecé con mi hombre.

—¿Y qué?

—Me dijo que un caballero llamado Jorge, cuyas señas me dió, le había pagado el pasaje de Ana y de su hijo hasta la Habana, y que si bien después del viaje se los llevaba á Nueva-York, durante la travesía naufragaron y pereció la madre. Le exigí una declaración firmada de todo aquello y en la cual resultaba que Jorge era quien había arreglado aquel viaje con él.

—Pero ¿y ella por qué se marchó?

—Porque una noche entraron cuatro hombres en su casa, y después de haberla tapado la boca con un pañuelo, se la llevaron al buque, del cual no salió más que para irse á sepultar en el mar.

—¿Y el niño?

—Inmediatamente me fuí á San Juan de los Remedios, donde me dijo que residía un comerciante, que le había recogido, y como si la suerte se empeñase en desbaratar todos mis planes, me dijeron que la persona á quien yo iba buscando se había marchado á Cádiz, de donde era natural, después de haber realizado una fortuna bastante considerable, pero que no tenía ningún niño de la edad que debía tener el hijo del marqués.

—¿Y usted qué hizo entonces?

—Convencido de que cuando quisiera podría encontrarle con los antecedentes que ya tenía, me dediqué á ocuparme de mi suerte, que con la muerte del marqués había recibido un golpe terrible.

—¿Y trabajó usted con éxito?

—¡Oh! sí, señor; felizmente, mis negocios progresaron y pronto me ví con un capital bastante crecido. Entonces escribí á mi corresponsal de Cádiz dándole las instrucciones necesarias para encontrar á la persona que buscaba.

—¿Y la encontró?

—No, señor; así me lo escribió, pero quedó en hacer toda clase de indagaciones.

—¿Y dieron resultado?

—Al cabo de dos años me dijo que sabía que había ido á Barcelona, que el viejo había muerto después de haber perdido toda su fortuna, y que antes de morir pudo hablar con él y le dijo que efectivamente recordaba una historia de una

mujer y un niño españoles, ella llamada Ana y el niño Manuel, pero que los dos habían muerto por efecto de una epidemia.

—¡De una epidemia! ¿En dónde?

—Creo que fué en Manila. Este señor había hecho el viaje con ellos desde Barcelona á Cuba. Allí los perdió de vista y dos ó tres años después estuvo en Manila y la casualidad le hizo encontrar á la madre y al hijo, muriendo ambos poco después, habiendo ella contado á este caballero su historia. Mi corresponsal le exigió una relación firmada y me la remitió. Constante en mi idea, aunque no podía venir entonces por estar en Buenos Aires muy lleno de negocios, hablé con un amigo mío, capitán de un buque mercante que había de venir á Barcelona, y le facilité fondos é instrucciones para que buscase al capitán de aquel barco que les llevó á Cuba.

—¿Y qué tal?...

—No lo sé; yo, con una idea fija siempre, traté de orillar todos mis asuntos lo mejor que pude, realicé mis bienes y me vine aquí, donde hace diez días que estoy sin haber podido ni ver al capitán á quien dí aquel encargo ni encontrar al otro que me había engañado.

—¿Qué piensa usted hacer ahora?

—Lo primero de todo enterarme de la situación de todos los personajes que se rozaron con el señor marqués de la Esperanza, si encuentro al capitán, arrancar la máscara á su sobrino Jorge, y si no le hallo, matarle como se mata á un perro rabioso.

—Pero...

—¿Usted cree que con los documentos que tenemos podemos entablar el pleito?

—Y ganarlo.

—Entonces cuento con usted.

—Sí, señor; estoy dispuesto á secundar á usted en cuanto me sea posible.

—Doy á usted un millón de gracias.

—Eso no las merece; y dígame usted, del mayordomo y el escribano de quienes usted me habló, ¿qué sabe?

—Con el primero estoy en muy buenas relaciones; es el primer banquero de Barcelona y en su casa tengo colocados una parte de mis fondos.

—¿Y del otro?

—Aun no le he visto; pero creo que asistirá á la reunión de D.ª Rosario de Cárdenas, una brasileña que tiene alborotada á la población, y á la cual me ha invitado Mastrich, que así se llama el banquero, para que asista.

—Mucho me alegraré que descubra usted alguna luz que pueda iluminarnos.

* * *

Y tras estas palabras, el caballero, previos nuevos ofrecimientos y nuevos apretones de manos, se levantó de su asiento y abandonó la humilde estancia del joven abogado.

Este, por su parte, tuvo noticias de Elisa, y ésta le participaba que aquella noche, según su madre la había manifestado, iban á una reunión de una persona de lo más notable de Barcelona, llamada D.ª Rosario de Cárdenas.

Este nombre hirió extraordinariamente el oído del abogado.

Recordó lo que su amigo le había dicho el día anterior, y deseoso de ver á su amada y poderla hablar, se dirigió á la casa de don Félix, que así se llamaba el ex-criado del marqués de la Esperanza.

Allí le suplicó que, si le era posible, le presentase en casa de la brasileña, y le contó la historia de sus amores.

El antiguo criado del marqués no vaciló en hacerlo y aque-

lla noche los dos, acompañados por el opulento banquero, fueron presentados á la encantadora Rosario.

Cuando Carlos abandonó los magníficos salones de la hermosa brasileña iba un tanto preocupado.

Llevaba una alegría inmensa en su corazón, pero á la par una inquietud extraordinaria.

Y todo ello dimanaba de una misma causa.

Esta era su conversación con Elisa.

¿Qué le había dicho ésta que tanto embargaba el pensamiento del joven?

Elisa había escuchado trémula de placer las ardientes protestas de amor de Carlos.

Los disgustos que éste había pasado sin verla, los tormentos de la ausencia, sus esperanzas y sus goces, todo hacía palpitar con excesiva rapidez el corazón de la encantadora joven.

Y ruborosa y palpitante había confesado á Carlos que también ella había sufrido de la misma manera.

Pero la joven había hablado también á su amante de su hermano, de aquel hermano que, como llovido del cielo, se había presentado sin saber cómo ni cuándo y á quien ella debía amar y hacia el cual sentía una invencible repulsión.

Las noticias que ella le había dado sobre éste, la manera tan extraña de presentarse, todo, en fin, había sorprendido tanto á Carlos, que no acertaba á darse cuenta de lo que sentía.

Desde luego presentía que en aquel hombre iba á tener un enemigo más para sus amores.

Pero había además una cosa que no podía explicarse; pero que, sin embargo, preocupaba por completo su atención.

Su compañero también, aunque por causa distinta, participaba de su preocupación.

Había hablado con el marqués de la Esperanza, le había dirigido palabras en las cuales iba encerrada una segunda idea, y por decirlo así, se había puesto frente á frente con él.

Y ambos salieron silenciosos de casa de Rosario y continuaron así durante algún tiempo.

Por fin, Félix dijo volviéndose á Carlos:

—¡Caramba, amigo mío! ¿qué mosca le ha picado á usted en el baile?

—¡Hombre! no lo sé; no tengo motivos más que para estar alegre, y sin embargo, siento una inquietud, un desasosiego, que no me lo puedo explicar.

—Pues es extraño eso.

—Me ha hablado Elisa de un hermano que se ha presentado de nuevo en su casa y no sé qué diablo de efecto me ha hecho que me tiene preocupado á pesar mío.

—Ya conozco esa historia; he oído algo sobre el hallazgo, cuando menos pensaba, del heredero de los condes de Finestrall, y también á mí me ha parecido algo extraordinario; pero allá se las arreglen como puedan; usted lo que tiene es que, como buen enamorado, teme que la presencia de ese hermano influya algo en sus amores.

—Tal vez sea eso; pero me parece que lo que yo siento en mi interior no es el temor de su oposición respecto á mí, es otra cosa que no puedo explicarme.

—Puede muy bien que eso sea un presentimiento; en fin, como yo también tengo mis sospechas, trataremos de estar sobre aviso.

—¿Sobre aviso de qué?—preguntó Carlos sorprendido por las extrañas palabras de Félix.

—Nada,—le contestó éste,—duerma usted tranquilo y déjeme á mí velar, yo me ocuparé de usted y de mí.

—Pero no comprendo...

—Ni es necesario tampoco que lo comprenda usted; son ideas mías y ya sabe usted que todos los hombres tenemos ridiculeces.

—Sí; mas esas palabras que usted ha pronunciado, en vez de calmar mi inquietud, la exacerban doblemente.

—¡Eh! ¡no sea usted niño, tranquilícese usted! y puesto que su amada le quiere, aduérmase con esa ilusión, hasta que yo le haga despertar para ocuparse del marqués de la Esperanza.

—¡Oh! y á propósito: ¿le ha dicho usted algo?

—Sí; creo que llevará para morderse los puños de cólera esta noche.

—Dispénseme usted que le abandonase en aquellos momentos...

—¡Quite usted de ahí! los enamorados están dispensados de todo.

Y pocas palabras más se cruzaron entre ambos.

El antiguo servidor del marqués de la Esperanza llegó á su casa, y Carlos, después de haberse despedido de él, se dirigió también á la suya.

Despues de esto, las relaciones entre Carlos y Félix y Rosario se estrecharon mucho más, tuvo lugar el escandaloso robo del que habían creído hijo de los condes de Finestrall, los temores de Mastrich y de Jorge, y todos los demás sucesos que ya conocen nuestros lectores hasta llegar al villano ataque del marqués de la Esperanza contra el confiado Félix.

CAPITULO CXL

Unidad de miras

RECORDARÁN nuestros lectores que en uno de los anteriores capítulos el notario don Dimas estuvo hablando con un individuo llamado Antonio Palacios, á quien envió á buscar á la calle del Olmo con objeto de que le ayudase á poner en evidencia al marqués de la Esperanza, en el caso de que éste fuese á buscarle para proponerle que le falsificara algún documento.

Por lo que parecía desprenderse de la conversación que el escribano sostuvo con Palacios, éste debía ser un pájaro de cuenta que el marqués debía tener sujeto por medio de algún secreto, obligándole á hacer lo que él quisiera.

Y así era en efecto.

Palacios ni se llamaba así, ni era lo que aparentaba.

El marqués le había conocido en Madrid en la buena sociedad, á la cual pertenecía aquel joven.

Locura tras locura y entre el juego, las mujeres y las

francachelas, perdió su capital, y como precisamente hombreándose con cierta clase de truhanes había aprendido muchas truhanerías, uno de los días de apuro resolvió utilizar sus aptitudes y falsificó una letra de cambio que, hizo que el marqués fuese á cobrarla, dándole un pretexto plausible para no ir él.

La letra fué pagada sin dificultad, porque el banquero conocía al marqués; pero al cabo de algunos días se descubrió la falsedad, y antes de proceder criminalmente, como que la letra estaba endosada al marqués, el banquero le envió á llamar.

Entonces Jorge lo comprendió todo.

Devolvió el importe de la letra al banquero y se guardó el documento.

Pero con él en la mano amenazó á su falso amigo y entonces le obligó á falsificar, pero para partirse las utilidades.

Más tarde le llevó á Barcelona, le presentó á Dimas y entre los tres concertaron una falsificación de papel del Estado, de la cual esperaban sacar gran partido.

Don Dimas aprontó algunos fondos, y á este negocio se referían las cartas que el marqués había sustraído al escribano, quitándole así el arma que le hubiera podido comprometer.

A punto estaba ya de lanzarse á la plaza el papel falsificado, con el cual se habían hecho ya algunas pruebas que dieron excelente resultado, cuando con motivo de la sustracción de las cartas que tenía el escribano, éste le tuvo miedo al negocio y se quedó en suspenso.

***

Como el marqués encontró en Mastrich el dinero que ha-

bía pedido al escribano, ya no tuvo necesidad de recurrir al medio que pensó Dimas, y por lo tanto, resultó inútil el proyecto que entre los dos concibieran.

Sin embargo, el marqués de la Esperanza, que en las marrullerías era capaz de apostárselas con el primero, precisamente pasando aquel día por la calle del Conde del Asalto vió al criado del escribano que entraba en la del Olmo.

Inmediatamente recordó que allí vivía Palacios y se detuvo, esperando á que saliera el criado.

Momentos después que éste hubo salido, vió que Palacios salía también.

—¡Hola!—dijo.—Veamos dónde va este mozo.

Y fué siguiéndole, sin que aquél advirtiese nada.

Le vió entrar en casa de don Dimas, y exclamó:

—¿Para qué le habrá enviado á buscar el escribano?

Y como que quien está acostumbrado á obrar mal, piensa de los demás lo que es capaz de hacer, juzgó que don Dimas, después de lo que entre ambos había mediado, era lo natural que tratase de jugarle una mala pasada.

¿Cuál podía ser ésta? Eso ya no podía adivinarlo, pero desde luego pensó que contra él se dirigía.

*
* *

Durante cuatro ó cinco días no vió á Palacios ni al escribano.

Estaba madurando un plan que á todo trance quería poner en práctica.

Sin embargo, los sucesos, como hemos visto, fueron aglomerándose y el marqués no tuvo tiempo para ocuparse de nada más que de lo más indispensable.

Mas una vez que ya tuvo á Félix en su poder y el peligro

más inmediato vencido, por lo tanto, volvió á su antigua idea, y al día siguiente de la desaparición de Félix, le encontramos en su despacho hojeando varios papeles que había extraído de una caja de hierro que tenía sobre la mesa.

—Perfectamente. Ahora podré hablar con Félix y estoy seguro que llegaré á entenderme con él. Aquí están las partidas de defunción de la mujer de mi tío y de su hijo. Mi precaución de recogerlas fué muy buena, y como que de todo lo que ocasionó esas muertes nada se me puede probar, Félix no tendrá otro remedio que aceptar los hechos consumados. Ahora lo que hay que ver ès cómo puedo hacerme con los dos testamentos que tiene Dimas y Mastrich. Para esto es menester que me ayude Palacios.

Y como que para el marqués, pensar una cosa era ejecutarla, se dirigió á la calle del Olmo y poco después entraba en el cuarto de Palacios.

—¡Caramba! señor marqués,—le dijo éste al verle.—¡Qué caro se hace usted de ver!

—He estado muy ocupado, pero no me he olvidado de usted, y la prueba es que vengo á verle.

—Sin duda, porque me necesita.

—Es verdad.

—¡Triste condición la mía que me pone en el caso de tener que estar siempre sujeto á su voluntad!

—Injusto es usted en lo que dice. ¿Acaso si no hubiera sido por mí, estaría usted disfrutando de la libertad que disfruta, y viviendo con el decoro que vive?

—Pero con la espada de Damocles pendiente siempre sobre mi cabeza.

—¡No tanto, hombre, no tanto!

—Dígame usted si no me ha amenazado siempre con aquella maldita letra.

—Que estoy dispuesto á entregarle, para que vea que yo no quiero aprovecharme de su situación.

—¿Qué dice usted?

—Lo que oye. No tenía usted necesidad de unirse á Dimas y á Mastrich para perjudicarme, cuando me parece que debiera usted haber recordado mi comportamiento en otra ocasión.

—¿Qué yo me he unido á esos señores?...

—Sí, Palacios, lo sé todo. Y sin embargo, ya ha visto que ningún paso he querido dar en contra de usted, cuando con elementos tan poderosos contaba para hacerlo.

—Es decir, que le han dicho esos caballeros...

—No necesito que ellos me digan nada. Basto yo solo para adivinarlo.

—Pero usted comprenderá...

—Que desea usted verse en completa libertad, que le pesa mi yugo... todo lo comprendo.

—Entonces...

—Debía usted haberse dirigido á mí, en vez de hacer causa con los que usted sabe que son mis enemigos, á pesar de toda esa amistad que me aparentan.

—Y sin embargo, ya ve usted que ellos mismos me han vendido, pues no de otro modo se comprende que usted pueda saber lo que ha pasado.

—Eso le probará la clase de gente que son y la diferencia que existe entre ellos y yo.

—Señor marqués, disponga usted de mí y haga lo que quiera porque ahora conozco lo mal que obré.

—Ya le he dicho que estoy dispuesto á romper esa cadena que desde hace algunos años le ha unido á mí.

—¡Cuánto se lo agradeceré!

—Ese agradecimiento es el que quiero que me demuestre en el servicio que me va á prestar.

—Hable usted.

—Yo necesito recobrar dos documentos, de los cuales uno obra en poder de Mastrich, y el otro en el de don Dimas.

—Si usted me da detalles...

—¡Ya lo creo! y pongo á su disposición el dinero necesario para pagar la gente que necesite para que le ayude.

—¿Luego la cosa necesita tanta precaución?

—Sí, señor. Lo que á Dimas se refiere es algo más fácil porque está el documento en su casa y usted sabe que no tiene más que el ama de gobierno y el criado.

—Es verdad.

—En cambio el de Mastrich lo guarda en la casa de campo que tiene cerca de Moncada. Ya creo que la conoce usted.

—Sí, señor, he estado allí tres ó cuatro veces.

—Ya sabe usted que la posición no puede ser más ventajosa. Está aislada y no la habitan más que el colono, su mujer y el hijo de éstos. Es decir, que seis hombres bastan para tenerlos bien sujetos, mientras usted hace el registro.

—¿Pero dónde guarda esos papeles?

—En la sala que hay en la casa de campo, recordará usted que hay un cuartito al lado de la alcoba.

—Me parece que sí.

—Pues en aquel cuartito hay un cuadro que es un retrato de Mastrich. Ese retrato, parece que está empotrado en la pared. Oprima usted con fuerza el puño del bastón que lleva Mastrich en la mano, y el cuadro descenderá hasta el suelo, dejando al descubierto la pared. A la derecha verá usted un desconchado por el cual asoma el ladrillo. Empújele usted hacia dentro, y entonces verá usted abrirse un agujero y dentro del hueco encontrará algunos paquetes de papeles. Cójalos usted todos, y tráigaselos.

—Arriesgada y un tanto difícil es la operación.

—Por ningún estilo mientras pueda usted sorprender á la gente de la casa, y eso es muy fácil, porque por la parte del corral se entra con facilidad y una vez dentro de la casa todo lo demás es muy fácil. Por supuesto, que yo de usted haría la sorpresa de día.

—Más expuesto.

—No por cierto. El colono y su hijo se van á trabajar al campo, por la mañana temprano. Se queda sola en la casa la mujer y me parece que para entrar y sorprenderla, no se necesita gran cosa.

—Estudiaré el plan.

—Perfectamente. Ahora hablemos del de Dimas. Para ese le ayudaré en gran manera.

—Diga usted cómo.

—Reteniendo al notario en mi casa y haciendo salir al criado. Quedará sola el ama de gobierno, y fingiendo usted ser un oficial de procurador que lleva un expediente para el escribano, abrirá la puerta y lo demás ya comprende usted como se hace.

*
* *

Palacios quedóse pensativo.

Realmente lo que estaba diciendo el marqués era atrevido, pero estaba preparado de un modo que parecía que alejaba todo peligro.

Sin embargo, no se podía proceder de ligero, y él comprendía muy bien que aquella última exigencia del marqués era verdaderamente terrible.

—¿Qué opina usted de mi plan?—le dijo Jorge al cabo de algunos segundos.

—Que es bastante delicado.

—Pero también la recompensa que ha de tener...

—Si puedo creer en ella...

—¡Hombre, me ofende la duda!

—Siendo así...

—Mire usted; para que se convenza de mi lealtad, depositaré la letra encerrada bajo un sobre, que usted mismo lacrará, en poder de un escribano de su satisfacción, cuyo pliego quedará á nombre de usted para que lo recoja ocho días después del en que empiece los trabajos. Eso sí, todo ha de estar terminado dentro de esos ocho días. Ya ve usted si le doy espacio para una cosa que puede quedar despachada en dos días lo más.

*
* *

En realidad, la proposición no podía ser más tentadora.

Palacios se había visto obligado á hacer lo que aquellos hombres querían, porque le tenían completamente sujeto.

¡Cuántas veces maldijo su funesta habilidad para falsificar documentos, habilidad que en tan graves compromisos le pusiera!

Porque no se le oscurecía que cuanto estaba haciendo no era más que ahondar la sima en que podía hundirse.

Es verdad que en el tiempo que servía al marqués y á sus amigos, ó mejor dicho, á sus cómplices; había conseguido reunir algún dinero.

Y como Palacios había visto ya, como vulgarmente se dice, las orejas al lobo, fué cauto, recogió y guardó cuidadosamente aquel dinero, y sólo estaba esperando una ocasión propicia para poder embarcarse y marchar á América, dejando así burlados á los que creían tenerle en su poder.

Ya hemos dicho que Palacios no era el criminal de profe-

sión, sino el hombre arrastrado á una situación difícil por sus locuras, por las malas compañías, por la inexperiencia y por todas esas cien causas que generalmente suelen conducir á ciertos hombres al terreno en que aquél se encontraba.

Pero cuando comprendió el callejón sin salida en que había entrado, cuando vió el partido que de él podía sacar el hombre que era dueño de su honra y su libertad, entonces fué cuando realmente se arrepintió de lo que había hecho.

Por desgracia aquel arrepentimiento era tardío.

Ya era imposible retroceder, porque retroceder hubiera significado ir á la cárcel, donde el marqués le hubiera llevado como falsificador de aquella letra que obraba en su poder.

Así era que no tenía más remedio que resignarse á todo y obedecerle sumiso como un perro.

Pero lo hacía aborreciéndole.

Porque comprendía lo que estaba abusando de su situación y si antes ese delito representaba como uno, después aquel delito se había centuplicado.

*
* *

Puede comprenderse por esto el efecto que había de producirle la inesperada proposición de Jorge.

Aquello era para él la salvación.

Es verdad que el precio que se le exigía para ello era realmente formidable.

Pero sin embargo, más valía arriesgar algo para conseguirlo todo, que no continuar en aquella situación.

Durante algunos segundos permaneció el joven silencioso, porque la verdad era que la emoción que experimentara había sido muy grande.

Después dijo:

—Vamos á ver, señor marqués; aquí hemos de hablar con mucha claridad, porque el asunto es grave y lo requiere.

—No comprendo lo que quiere usted decir.

—Lo que me ofrece usted, ¿es de buena fe?

—¡Hombre! me parece que cuando le digo que la misma letra irá encerrada bajo un sobre que usted ha de lacrar, y cuyo depósito ha de hacerse en casa de un notario, puesto que á su nombre se ha de hacer, no sé qué más puede pedir.

—Ya sabe usted, señor marqués, que nos conocemos, y sabe usted también que, por desgracia, he tenido que conocer á las personas que le ayudan en sus operaciones.

—¿Y qué?

—Francamente, no debe usted extrañarse que abrigue cierta desconfianza sabiendo que tan bien le sirvo.

—Por esta razón quiero recompensarle.

—De modo que está usted resuelto á desprenderse de mí.

—¿Para qué le necesito después que haya recogido todos esos documentos que le he indicado?

—De todos modos, la ambición humana...

—Ya encontraré otra persona de quien valerme, si es que pienso emprender alguna otra operación análoga á aquella en que usted me ha servido.

—¿Y dice usted que Mastrich guarda los papeles en esa casa de campo?

—Sí, señor.

—Otra cosa debo decirle también. Ya sé que mi recompensa es la que usted me ha indicado, pero usted mismo ha confesado también que para la empresa que se refiere á Mastrich es necesario que haya alguien que me ayude.

—Sí, señor.

—Usted sabe lo que es esa gente y la exigencia que tiene cuando realmente se creen de gran utilidad.

—Sí, señor,—volvió á repetir el marqués,—pero no acierto donde quiere usted ir á parar.

—Voy á decírselo á usted. ¿Quién paga á esa gente?

—¡Vaya una pregunta, hombre, vaya una pregunta! ¿Acaso no me consta que tiene usted dinero, y aun cuando no lo tuviera, no había de ir á emplearlo en servirme?

—Eso no, si lo tuviese y usted lo necesitara...

—Vamos, vamos, déjese usted de alharacas, que ya sé que no lo haría porque su amistad respecto á mí no puede ser muy grande por más que usted diga.

—Mucho es ya que usted conozca que efectivamente ha abusado de la situación en que me hallaba.

—Si no hubiese sido yo habría sido cualquier otro que se hubiese encontrado en mi caso. Desengáñese usted que las torpezas que se cometen á alguien le han de aprovechar. Yo fuí el afortunado en este caso y he obrado en su consecuencia. Pero dejémonos de eso y vamos á terminar el verdadero objeto de esta entrevista. ¿Acepta usted mis proposiciones, está usted dispuesto á servirme bajo las condiciones que le he dicho?

***

Palacios reflexionó algunos momentos.

Después dijo:

—Convenido. ¿Dónde tiene los papeles el señor Dimas?

En el *secretaire* que sabe usted que tiene en su despacho á la derecha de su mesa.

—¿Y la llave?

—Ya lo tengo prevenido todo. Hace tiempo saqué con cera el molde, y tengo también la misma llave que me sirvió en otra ocasión.

—Podrá haberla cambiado.

—No; hace cuatro días tuve ocasión de sacar otro nuevo modelo en cera y corresponde exactamente con el antiguo.

—Pero ese mueble tendrá algún secreto.

—¡Ya lo creo! varios. Una vez abierto, verá usted una hilera de cajones. Saca usted el del centro y mete usted la mano en el hueco que deje; allí encontrará un botón de metal, y tirando de él, saldrán los dos cajones de los costados. Venga usted hoy á casa y le enseñaré otro mueble igual, porque precisamente para conseguir lo que conseguí en otro tiempo, adquirí del mismo constructor, uno completamente idéntico. Con eso se ejercitará usted en el modo de abrirle.

—Eso será lo mejor.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE DE CAPÍTULOS

DE

LA ÚLTIMA LÁGRIMA

TOMO PRIMERO

Libro primero.—Corazón de piedra

			Pags.
Cap. primero. . .		Desesperación.	5
»	II.	Conversación que da alguna luz sobre los sucesos anteriores.	18
»	III.	La llegada de Domingo.	26
»	IV.	El marqués de la Florida.	33
»	V.	Proposiciones.	40
»	VI.	Concedida la petición.	48
»	VII. . . .	Mercedes.	55
»	VIII. . . .	Cómo nace el amor.	62
»	IX.	La despedida.	69
»	X.	La situación se agrava.	77
»	XI.	Antes de la caída.	84
»	XII. . . .	Los primeros pasos.	92
»	XIII. . . .	Continuación del mismo asunto.	99
»	XIV. . . .	La situación va haciéndose cada vez más peligrosa.	106

		Págs.
Cap. XV.	Celos.	114
» XVI.	La imprudencia.	122
» XVII. . . .	La llegada de Luis.	129
» XVIII. . . .	Es necesario partir.	136
» XIX.	Ricardo comprende que debe marchar á Italia.	143
» XX.	Bachillerías.	150
» XXI.	La resolución.	158
» XXII. . . .	Después de la partida.	166
» XXIII. . . .	Resolución de Mercedes.	173
» XXIV. . . .	Marcos y Mercedes.	181
» XXV. . . .	Ultimo acuerdo.	190
» XXVI. . . .	Deuda pagada.	197
» XXVII. . . .	Ruptura entre los dos hermanos. . . .	206
» XXVIII. . .	Lo inesperado.	215
» XXIX. . . .	Marcos se encuentra en un grave compromiso.	223
» XXX. . . .	Las suposiciones de Faustina.	232
» XXXI. . . .	En París.	240
» XXXII. . .	Las pesquisas.	247
» XXXIII. . .	¿Dónde iba Mercedes aquel año?. . . .	255
» XXXIV. . .	En Italia.	263
» XXXV. . . .	Un año después.	271
» XXXVI. . .	El espionaje.	280
» XXXVII. . .	Una pavesa.	288
» XXXVIII. .	Un indicio.	297
» XXXIX. . .	Continuación del mismo asunto.	305
» XL.	Más indicios.	312
» XLI.	Donde se ve que Luis fué más afortunado que Muller.	319
» XLII. . . .	La carta de Faustina.	328
» XLIII. . . .	Seguimos tratando de lo mismo.	334
» XLIV. . . .	Mercedes descubre el juego.	341
» XLV. . . .	La explosión.	349
» XLVI. . . .	Venganza.	356
» XLVII. . . .	Zozobras.	364
» XLVIII. . .	La carta.	372
» XLIX. . . .	Los primeros pasos.	379
» L.	Rapto y duelo.	387
» LI.	Continuación del mismo asunto.	394

			Págs.
Cap.	LII.	El triunfo del marqués..	401
»	LIII.	El presentimiento de Marcos..	410
»	LIV.	Los dos hermanos.	419
»	LV..	Dolor de padre.	427
»	LVI.	Loca.	434
»	LVII.. . . .	El marqués comprende que no puede permanecer en Epila..	442
»	LVIII. . . .	El hermano y el tutor.	451
»	LIX.	La venganza del marqués..	459
»	LX.	El descubrimiento de Faustina.	466
»	LXI.	Muller.	474
»	LXII.. . . .	Qué sucedió en Epila, después de la salida del marqués.	481
»	LXIII. . . .	Las pesquisas de Muller.	488
»	LXIV. . . .	Qué había sido del hijo de Ricardo.. . .	497
»	LXV.. . . .	Un hallazgo.—Continuación del anterior..	506
»	LXVI. . . .	El niño abandonado..	513
»	LXVII.. . .	La princesa Olga..	521
»	LXVIII. . .	La resolución del conde.	529
»	LXIX. . . .	El mármol se anima.	538
»	LXX.. . . .	En Italia.	546
»	LXXI. . . .	La resolución de Olga.	554
»	LXXII.. . .	Ricardo desaparece..	563
»	LXXIII. . .	Continuación del mismo asunto.	571
»	LXXIV. . .	Marcha á Rusia.	579
»	LXXV.. . .	Muller cambia de señor.	587
»	LXXVI. . .	Triunvirato de locos.	596
»	LXXVII.. .	Dos bodas.	605
»	LXXVIII. .	Gaspar resuelve presentarse en escena. .	613
»	LXXIX. . .	El primer paso.	622
»	LXXX.. . .	Gaspar sigue haciendo de las suyas. . .	631
»	LXXXI. . .	Presentimientos justificados.	640
»	LXXXII.. .	Golpe inesperado.	648
»	LXXXIII. .	El marido infiel.	657
»	LXXXIV. .	Reyerta matrimonial.	667
»	LXXXV.. .	Ruptura y desesperación	675
»	LXXXVI. .	El mal camino.	683
»	LXXXVII..	Trabajos de zapa..	693
»	LXXXVIII.	El drama.	701
»	LXXXIX. .	Preparar la mina.	709

		Págs.
Cap. XC.	Dos heridos de un mismo golpe. . . .	718
» XCI.	La explosión.	725
» XCII.	Tratamos de lo mismo.	732
» XCIII. . . .	Una imprudencia de Muller.	739
» XCIV. . . .	Marido y mujer.	747
» XCV.	Ventura á medias.	756
» XCVI. . . .	Cómo puede interrumpirse una entrevista.	765
» XCVII. . . .	El desenlace esperado por Gaspar. . . .	774
» XCVIII. . .	Duelo sin testigos.	781
» XCIX. . . .	Buen tutor.	790
» C.	Gaspar.	798
» CI.	La confesión de Joaquín.	807
» CII.	Las amenazas de Gaspar.	814
» CIII.	Sigue tratándose de lo mismo.	821
» CIV.	El destino.	830
» CV.	Seducción.	839
» CVI.	Gaspar triunfa en toda la línea.	847
» CVII. . . .	El rapto.	855
» CVIII. . . .	El ángel malo de Isabel.	865
» CIX.	El último golpe.	873

Libro segundo.—La calle de la amargura

Cap. CX	Que habia sido de Joaquina.	882
» CXI.	Los bienhechores.	890
» CXII.	Coincidencias.	898
» CXIII. . . .	Un cuerdo y una loca.	906
» CXIV. . . .	Cómo consiguió Luis decidir á Mercedes.	914
» CXV.	Continuación del mismo asunto.	922
» CXVI. . . .	Donde Faustina ayuda en gran manera para que se verifique el matrimonio de Mercedes con Feliciano.	929
» CXVII. . . .	Se sigue tratando de lo mismo.	938
» CXVIII. . .	Más averiguaciones.	945
» CXIX. . . .	Una interrupción.	952
» CXX.	La resolución de la condesa.	960
» CXXI. . . .	El lazo de Mastrich.	967
» CXXII. . . .	Una proposición atrevida.	976
» CXXIII. . .	Mastrich triunfa.	983
» CXXIV. . .	Quién era el duque de la Unión.	991

			Págs.
Cap.	CXXV	Contrato de dos tunantes	999
»	CXXVI	Un roto para un descosido	1007
»	CXXVII	Quiénes eran Carlos y Andrés	1015
»	CXXVIII	El amor de Elisa	1025
»	CXXIX	El juramento	1032
»	CXXX	Los trabajos de don Dimas	1040
»	CXXXI	El corazón de una madre	1051
»	CXXXII	Un bribón más	1064
»	CXXXIII	Dos meses después	1070
»	CXXXIV	Demanda matrimonial	1082
»	CXXXV	Desdichado encuentro	1091
»	CXXXVI	Presagio de tempestad	1099
»	CXXXVII	Una infamia del marqués	1108
»	CXXXVIII	Confidencias	1115
»	CXXXIX	Continuación de una confidencia	1122
»	CXL	Unidad de miras	1133

PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAMINAS

TOMO PRIMERO

	PÁGINAS
PORTADA.	1
—¡Qué alegría voy á darle á Mariana!. . . .	14
—¡Si es necesario, cruzaré tu rostro! . . .	403
—¿Y la autoridad no ha podido dar con los ladrones?.	494
Aquel beso la abrasaba.	585
—Ya sabía que eras un miserable.	751
—¡Por Dios, señorita! ¡Escúcheme usted! . .	1095

303449

LS
C3527u

Author [Castillo, Rafael del]

Title La última lágrima. Vol.1.

DATE. NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED